

OCIÓN

ors j'vais la garder au en  
en, et j'en pars.

par la bouche pour or  
affaire de la dernière  
S'occupe, et d'ailleurs  
d'aller dans le monde

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

voyé un fils. Alors et qu'il  
par rêcher, on j'vais en  
voilà voici : « Mon

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

—  
de re  
et de

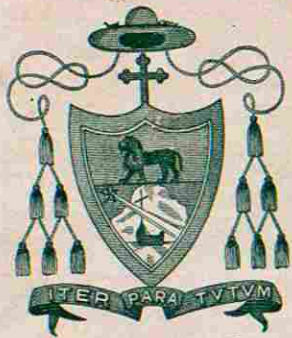
BT96

M3

C.1

017311

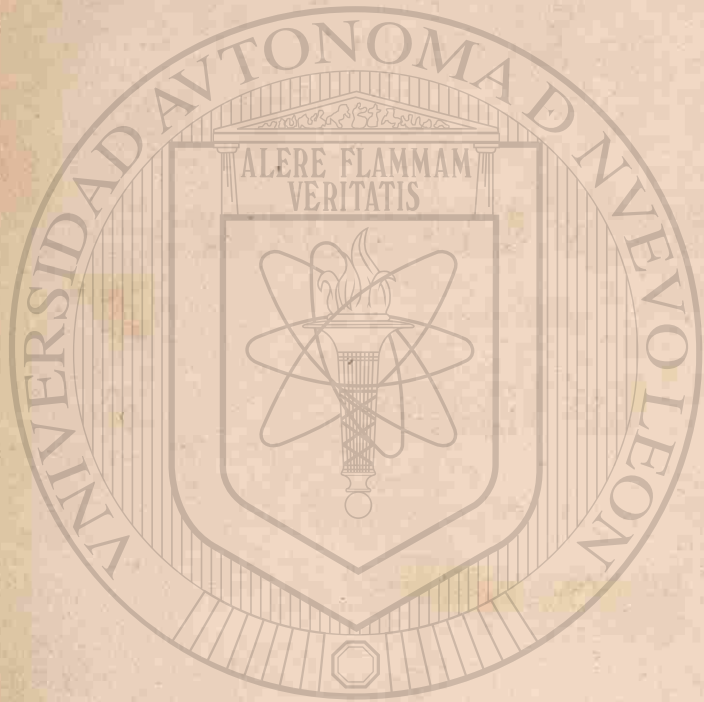




1080022973

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

#1.80



BIBLIOTECA UNIVERSAL

DE

**AUTORES CATÓLICOS.**

LAS VELADAS

DE

**S. PETERSBURGO.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

47889



LAS VELADAS  
DE  
S. PETERSBURGO,

ó DIÁLOGOS

SOBRE EL GOBIERNO TEMPORAL DE LA PROVIDENCIA.

SEGUIDOS DE UN

TRATADO SOBRE LOS SACRIFICIOS

POR

**EL CONDE JOSE DE MAISTRE.**

ANTIGUO MINISTRO DEL REY DE CERDEÑA EN LA CORTE DE RUSIA, ETC.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

**EL Dr. D. NICOLAS MALO.**

ABOGADO DE LOS ILUSTRES COLEGIOS DE MADRID Y ZARAGOZA, SOCIO Y VICE-CONTADOR DE LA SOCIEDAD ECONOMICA MATRITENSE É INDIVIDUO DE OTRAS CIENTIFICAS Y LITERARIAS.



*Pa José de Jesus Rodriguez  
de San Miguel*

MADRID:



OFICINAS DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CATOLICOS,  
calle de Hortaleza, núm. 67, bajo.  
1855.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

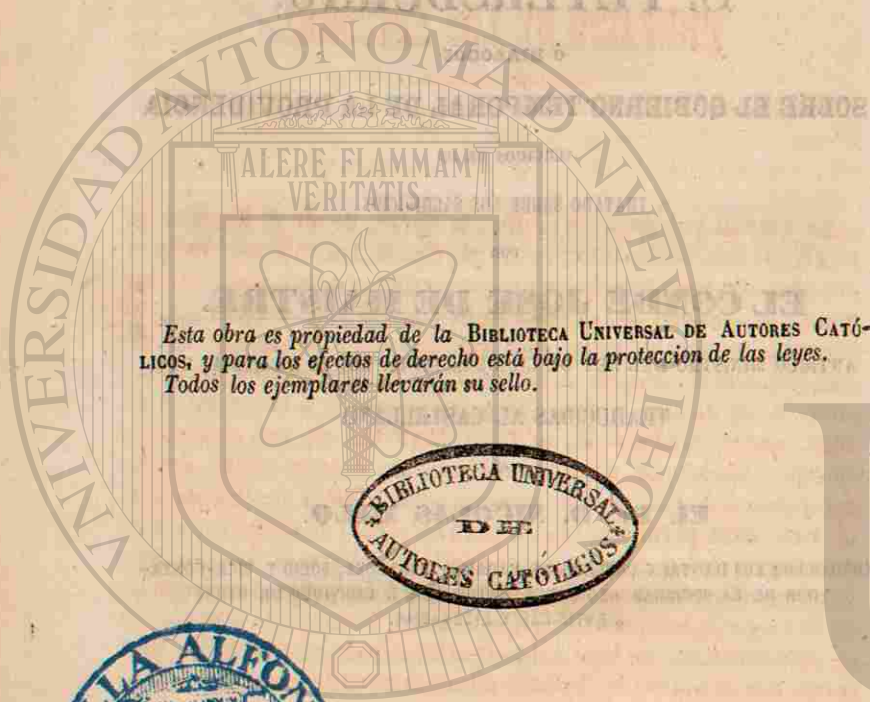
DT 96

M B

1887

LAS VERDAS

S. PETERSBURGO



Esta obra es propiedad de la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE AUTORES CATÓ-  
LICOS, y para los efectos de derecho está bajo la protección de las leyes.  
Todos los ejemplares llevarán su sello.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

IMPRESA DE LA VIUDA DE DOMINGUEZ,  
Hortaleza 67, bajo.

## PREFACIO DE LOS EDITORES.

La verdad y el error se dividen la tierra, donde el hombre no vive sino como transeunte; donde el crimen, los sufrimientos y la muerte, son para él señales de que es una criatura degenerada; donde la bondad del Criador le ha concedido la conciencia, el arrepentimiento y otros mil auxilios para levantarle de su caída; donde no cesa de marchar hácia el término que debe decidir de su destino eterno, siempre sometido á la voluntad de Dios, que le conduce segun la profundidad de sus designios; siempre libre, por voluntad propia, en hacerse digno de recompensa ó de castigo. Dos caminos pues tiene á su disposición, el uno para perderse, el otro para salvarse; caminos invisibles y misteriosos en los que se precipitan los hijos de Adam, confundidos al parecer en el conjunto, pero divididos sin embargo en dos sociedades que se alejan mas y mas la una de la otra, hasta el momento mismo que debe separarlas para siempre. De este modo nos descubre S. Agustin admirablemente las dos ciudades que al fin de los tiempos debe formar el género humano tomando su origen desde el principio de los tiempos: la ciudad del mundo y la ciudad de Dios.

Dios y verdad son una misma cosa; de donde debe deducirse que toda verdad que sea capaz de recibir la inteligencia humana le proviene de Dios; que sin él no conoceria ninguna verdad, y que ha concedido á los hombres, segun los tiempos y las circunstancias, todas las verdades que necesitaban. De la impotencia del hombre y de la bondad de Dios se deduce tambien la necesidad de una tradicion universal de la que se encuentran en efecto vestigios mas ó menos borrados entre todos los pueblos del mundo, segun que el orgullo de su espíritu y la corrupcion de sus corazones les han separado mas ó menos de la fuente de toda luz; porque el error proviene del hombre asi como la verdad proviene de Dios; y sino clama hácia Dios, el hombre per-

011811

manece constantemente sentado en las tinieblas y en la sombra de la muerte. (*Sedentes in tenebris et umbra mortis. Ps. cvi. 10.*)

El error tiene mil formas y dos principales caracteres: la superstición y la incredulidad. O el hombre desfigura dentro de sí la imagen de Dios para acomodarla á sus pasiones, ó por efecto de una pasión mas detestable todavía, lleva su furor hasta borrarla enteramente de él. El primero de estos dos crímenes los antiguos tiempos, fué el de todos los pueblos del mundo, con una sola escepcion; concibieron siempre con respecto al segundo un horror invencible, y los desgraciados que se hacían culpables de él fueron ellos mismos por largo tiempo una escepcion en medio de todas las sociedades. Porque esta última impiedad atacaba á la vez á Dios y á la existencia misma de las sociedades; el buen sentido de los pueblos lo había presentido, y en efecto, cuando la infame secta de Epicuro hubo estendido sus ruinas en medio del imperio romano, se pudo creer un momento que todo iba á entrar en el caos. Todo se había perdido sin duda alguna, si la verdad misma no hubiera elegido ese mismo momento para descender á la tierra y *conversar con los hombres. (et cum hominibus conversatus est. Baruch, III. 58.)* Las antiguas tradiciones se reanimaron desde luego, purificadas y santificadas por nuevas verdades; la sociedad que no era ya mas que un cadáver pronto á disolverse, volvió á tomar vida y movimiento, y ese principio de vida que le habían dado las tradiciones religiosas no pudo quedar estinguído ni por las revoluciones de los imperios, ni por una larga serie de siglos iliterarios que se ha convenido en apellidar bárbaros. Los síntomas de muerte no reaparecieron hasta el siglo XV, llamado el siglo del *renacimiento*: entonces fué cuando volviendo á tomar la razón humana su antiguo orgullo, que se creyó para siempre aniquilado por la fé, se atrevió de nuevo á escudriñar y atacar las tradiciones. No siendo ya posibles las supersticiones del Paganismo, la incredulidad sola fué quien intentó este funesto combate: ella destruyó poco á poco el antiguo y maravilloso edificio levantado por la verdad misma, y no cesando de negar unas despues de otras, todas las creencias religiosas, es decir, todas las relaciones entre el hombre y Dios, continuó marchando de este modo por medio de una corrupcion sienpre progresiva de la sociedad, hasta que en la revolución francesa fué negado el mismo Dios por la sociedad, cosa que jamás se había visto; y en que el mundo ha sufrido mayores males, y se ha visto amenazado de una catástrofe mas terrible todavía que en los últimos tiempos del imperio romano, porque la verdad eterna, habiendo obrado por sí el último milagro de la gracia, no debe ahora mas que justi-

cia, y no volverá ya á reaparecer entre los hombres sino en el día del juicio.

Y verdaderamente hubiera desaparecido el mundo si *según lo prometido*, esa gracia que ilumina y vivifica no se hubiera refugiado en un reducido número de corazones humildes, fieles y generosos. Ellos combatieron por la verdad, fueron sus mártires; y son todavía sus apóstoles. Alrededor de la luz que les ha sido concedida de lo alto, han sabido reunir y reúnen todavía todos los días, á los que saben abrir los ojos para ver y los oídos para oír. Habiendo llegado el error á su último exceso y mostrándose en su última espresion, la verdad ha pronunciado con su boca sus mas formidables decretos, ha descubierto á la vez todos sus principios para siempre inmutables, y sus consecuencias no menos absolutas: todas las dudas han desaparecido, todas las precauciones de timidez ó de prudencia han cesado; estos valerosos atletas han trazado con mano firme el dique de separacion; y lo que es tambien nuevo debajo del sol, las dos ciudades, la del mundo y la de Dios, se han separado para ya no confundirse jamás hasta el fin, y desde esta vida, se han puesto de manifiesto á la vista de todos.

Entre esos intérpretes de la verdad, tan visiblemente elegidos y llamados por ella para restablecer su imperio y levantar sus altares, nadie se ha presentado con mayor brillantez que el conde de Maistre; desde el principio de la grande época en que tenemos la desgracia de vivir, dejó oír su voz, y sus primeras palabras que resonaron en la Europa entera (1) dejando un recuerdo que no han podido borrar treinta años de acontecimientos inauditos. Lo mismo que las de los profetas, sus palabras descorrían el velo del porvenir, al mismo tiempo que indicaban á los hombres los medios de hacerlos mejores. Lo que ha vaticinado ha sucedido; ¡ojalá sea un día seguido en lo que ha aconsejado!

Fué menester callar cuando toda la tierra callaba ante un solo

(1) En la famosa obra titulada *Consideraciones sobre la Francia*, publicada en 1796. Aunque rigorosamente prohibida por el poder que entonces tiranizaba á la Francia, tuvo en el mismo año tres ediciones, y la cuarta en el siguiente. Desde 1793, época de su retirada al Piamonte, Mr. de Maistre había hecho aparecer dos cartas de un *Realista savoyano* á sus compatriotas, y en 1795 había publicado otro escrito bajo el título de *Juan Claudio Tetu, alcalde de Montagnole*; folleto, dicen, tan picante como ingenioso sobre las opiniones del momento. En 1796 sus *Consideraciones sobre la Francia* fueron precedidas de un escrito titulado: *Carta de algunos parientes de los militares savoyanos á la nación francesa*, en la que combatía con mucha energía la aplicacion de las leyes francesas sobre la emigracion á los súbditos del rey de Cerdeña. Mallet du Pont fué el editor de esta última obra.

hombre: en el silencio y el destierro fué donde Mr. de Maistre preparó y concluyó en parte los trabajos que debían completar esa especie de misión que había recibido de iluminar y reprender á su siglo, el más ciego y más criminal sin duda alguna de todos los siglos. Con todo eso, desde 1818, publicó en S. Petersburgo la obra titulada: *Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas*. En ese libro, corto, pero todo sustancial, el autor, remontándose al poder divino como á fuente única de toda autoridad sobre la tierra, parece detenerse con cierta complacencia sobre esta grande idea, que en efecto lo fecunda todo en el mundo de las inteligencias, de la que iban á emanar bien pronto todas sus demás producciones. En un objeto que era puramente metafísico, se le echó en cara el haber sido demasiado metafísico; los que le vituperaron ese hecho no sabían, y quizá no saben todavía, que en la metafísica es donde deben irse á atacar los errores que corrompen y desuelan hoy la sociedad; porque las bases de esta ciencia son falsas, desde Aristóteles hasta nuestros días, y yo no sé que de falso se ha infiltrado por todo y hasta en el seno de la verdad misma, es decir, hasta en las palabras y en los escritos de un gran número de sus más sinceros y más ardientes defensores. Podemos concebir alguna esperanza de que bien pronto se dejará ver esa grande y útil reforma, y M. de Maistre tendrá la gloria de haber contribuido poderosamente á ella.

En 1816, apareció su traducción francesa del tratado de Plutarco, intitulado: *Sobre las dilaciones de la justicia divina en el castigo de los culpables*. En las sabias y profundas notas con que acompaña esta traducción, M. de Maistre hizo ver el espíritu del cristianismo ejerciendo su influencia secreta é irresistible sobre un filósofo pagano, iluminándole á su pesar, y haciéndole decir cosas que toda la sabiduría humana abandonada á sí misma no hubiera podido jamás decir ni imaginar. Se vé desde luego que los grandes misterios de la Providencia ocupaban profundamente á este espíritu cuya mirada era tan justa y tan penetrante; cuando trataba, tanto como es permitido hacerlo á un hombre, de penetrar sus profundidades y justificar sus decretos. A seguir en efecto á la Providencia en todos sus caminos, es á lo que se había dedicado sin descanso en sus largos y laboriosos estudios; y pronto se vió aparecer el famoso libro en el que, levantándose con un vuelo de águila sobre todas las preocupaciones recibidas, atacando todos los errores acreditados, echando abajo todos los sofismas de la mala fé y de la falsa erudición, nos hizo visible la Providencia en el gobierno *temporal* de los papas, que ha presentado atrevidamente bajo

este aspecto, como los bienhechores y los conservadores de la sociedad europea, después de tantas declamaciones ineptas que desde hace tres siglos no dejan de declararlos como sus tiranos y verdugos. No se ha contestado á los dos primeros volúmenes de este libro, calificado de SUBLIME por uno de los mayores talentos de nuestra época; (el vizconde de Bonald), y aun cuando el objeto sea más político que religioso, la impiedad, que se cree justamente atacada cuando se habla del jefe de la Iglesia, no siendo para insultarle, no lo hubiera dejado sin respuesta si hubiera sido posible responderle. No se responderá ciertamente mejor al tercero que trata especialmente del Papa en sus relaciones con la *Iglesia galicana*. Sin duda que no vencerá á los espíritus apasionados y envejecidos en los hábitos de una doctrina absurda y peligrosa, pero las pasiones más irascibles quedarán reducidas al silencio.

No diremos que las *Veladas de S. Petersburgo* que hoy publicamos, sean una obra superior á su libro *Del Papa*. Ambas son obras del genio, ambas nos parecen igualmente bellas: sin embargo, por admirada, que haya sido esta última, no dudamos que las *Veladas* encontrarán un número mayor de admiradores. En el libro *Del Papa*, Mr. de Maistre no desenvuelve más que una sola verdad; y solo á presentarla con toda la claridad del medio día, es á lo que consagra todos los recursos de su talento y prodiga todos los tesoros de su saber; pero en esta el campo es más vasto, ó por mejor decir sin límites: considera al hombre en todas sus relaciones con Dios; trata de conciliar el libre albedrío y el poder divino, y de explicar el grande enigma del bien y del mal, apoderándose de innumerables verdades, ó mejor de todas las grandes y útiles verdades que considera como sus propios intereses, para defenderlas como poseedor legítimo contra el orgullo y la impiedad que han atacado á todas ellas. Por medio de un camino sembrado de peligros, marcha con paso firme con la antorcha de las tradiciones en la mano; y su razón recibe de ellas rayos luminosos que hace irradiar sobre todos los objetos cuyas profundidades sondea. Nunca la abyecta filosofía del siglo xviii encontró adversario más temible: ni la ciencia, ni el genio, ni le imponen las reputaciones; avanza sin cejar, echando por tierra delante de sí todos esos colosos de pies de barro; y usa de armas de toda especie para combatirlos: el grito de indignación, la amarga risa del desprecio; la acerada saeta del sarcasmo; una dialéctica que aterra; rayos de elocuencia que abrazan sus argumentos. Nunca se ha penetrado con más sagacidad en los repliegues más tortuosos de un sofisma para traerle á la luz del medio día y mostrarle tal cual es absurdo ó ridículo;



nunca se empleó una erudición mas estensa y mas variada con mas habilidad y mas juicio para fortalecer el razonamiento con todo el poder de la exactitud. Luego despues, cuando penetra hasta el fondo del corazon del hombre, cuando visita, por decirlo asi, las partes mas secretas de su inteligencia, ora esplique su fuerza, ora descubra su debilidad ¡que multitud tan ingeniosa de consideraciones, de frases inesperadas, de verdades nuevas y profundas! Qué sentimientos tan tiernos, tan delicados y tan generosos! Qué fé tan piadosa y tan fuerte! Qué talento sino el suyo ha podido CONCEBIR pensamientos tan grandes, y tan admirables sobre la guerra! Qué corazon el suyo donde parecen manar como de una fuente pura, y vivificante, palabras tan animadas y tan tiernas sobre la ORACION!

En todas las obras que habia publicado hasta esta, habia sido juzgada la manera de escribir de Mr. de Maistre como clara, nerviosa, animada, abundante en brillantes espresiones y en giros originales: estos son sus principales caracteres. En las *Veladas*, donde parecen precipitarse bajo su pluma objetos variados é innumerables, el ilustre escritor se entrega á ellos con mas intensidad, adoptando todos los tonos. A la fuerza y á la brillantez sabe unir segun el caso, la gracia y la dulzura; sabe estender ó contraer su estilo con igual encanto como flexibilidad, ese estilo disfruta de la viveza, de toda la vida, de esa alma donde habia una superabundancia de vida. No es por fortuna un estilo académico, es el de los grandes escritores, que no toman de los clásicos sino lo quede ellos debe tomarse, recibiendo lo demas de sus propias inspiraciones. ¿Y no es asi en efecto como conviene oír y poner en práctica las tradiciones en nuestro gran siglo literario? Esas tradiciones no están perdidas, como parece temer algunos amantes delicados de las letras, harto prendados quizá de ciertas bellezas de language, partidarios demasiado exclusivos de cierta manera de escribir que no es de nuestra época, y no teniendo cuidado sino en la imitacion servil, que hace los retóricos y que es justamente desdeñada del escritor que sabe pensar y tiene conciencia y energia. Los principes de nuestra literatura, que deben ser sin duda constantemente nuestros modelos, ¿cómo se habian formado ellos mismos para enriquecer sus escritos con los preciosos despojos que habian arrebatado á los sublimes genios de Grecia y de Roma? Se hacian griegos y romanos? De ninguna manera: permanecian franceses, y franceses como lo eran los del tiempo de Luis XIV. A un gusto esquisito y al mas seguro criterio, sabian acomodar la elocuencia de las repúblicas; y la inspiracion de las musas paganas á las nobles y dulces costumbres

de una grande y apacible monarquía, á la moral pura y austera de una religion bajada del cielo. Asi es como ofreciéndonos el modelo, nos han dejado tambien el precepto. Imitemos, pues, como ellos mismos han imitado: imitemos sin cesar esas obras maestras con que han honrado la palabra humana, mas quizá de lo que se habia hecho antes de ellos; pero visitemos a mismo tiempo y con un ardor no menos estudioso, esas antiguas y fecundas fuentes donde bebieron antes que nosotros, y encontraremos todavia algo despues de ellos que utilizar; y tratemos de hacer de lo que alli hayamos reunido un uso útil y generoso, segun los tiempos en que vivimos y las circunstancias en que nos encontramos. Todo hombre que una á un gran sentido comun un talento verdadero conocerá que el siglo XIX no puede ser literario en la forma que lo fué el XVII: que no se escribe, y que en efecto no debe escribirse en medio de los desórdenes, de los errores, de las pasiones, de los odios; en medio de la mas horrible corrupcion, como se escribia en el seno del orden, de la paz, de todas las prosperidades, cuando la sociedad estaba en cierto modo llena de fé, de esperanza y de amor. Ah! no hay que dudar, si esas grande inteligencias hubiesen vivido en nuestros desgraciados tiempos, la dulzura de Massillon se hubiera cambiado en vehemencia, una santa indignacion trasportando á Bourdaloue, hubiera dado movimientos mas apasionados á su poderosa dialéctica; Pascal hubiese dirigido hácia el mismo objeto las saetas brillantes de su sátira, y las no menos penetrantes saetas de su varonil elocuencia; la voz de Bossuet hubiera producido truenos mas retumbantes todavia; Boileau y Racine, ambos tan llenos de razon, considerarian hoy como vanos entretenimientos las obras maestras que constituyen su inmortalidad; y abandonando esas agradables é inocentes fábulas de que habian formado rica cosecha entre los antiguos, quizá demasiado abundante, se les veria consagrarse únicamente á alabar ó defender la bondad celestial, todos esos donativos celestes del genio y del talento que les habian sido prodigados tan magníficamente. Imitemos ahora, pues, esos modelos perfectos; pero sin asemejarnos á ellos, es como se puede aspirar á vivir tan largo tiempo como ellos; por no haberse arrastrado servilmente sobre sus huellas, por haber marchado con libertad por el mismo camino, por ese camino ensanchado durante dos siglos y que sobre todo conduce mas lejos, es como Mr. de Maistre y algunos otros raros talentos (1) han levantado

(1)..... *Pauci quos equus amavit  
Jupiter.*

(Virg.)

monumentos destinados, como los del gran siglo, á vivir tan largo tiempo como la lengua francesa, y á servir á su vez de modelos á la posteridad. La crítica encontrará sin duda alguna en los escritos de este hombre célebre algo que censurar: pero ¿qué obra hubo jamás que fuese perfecta?

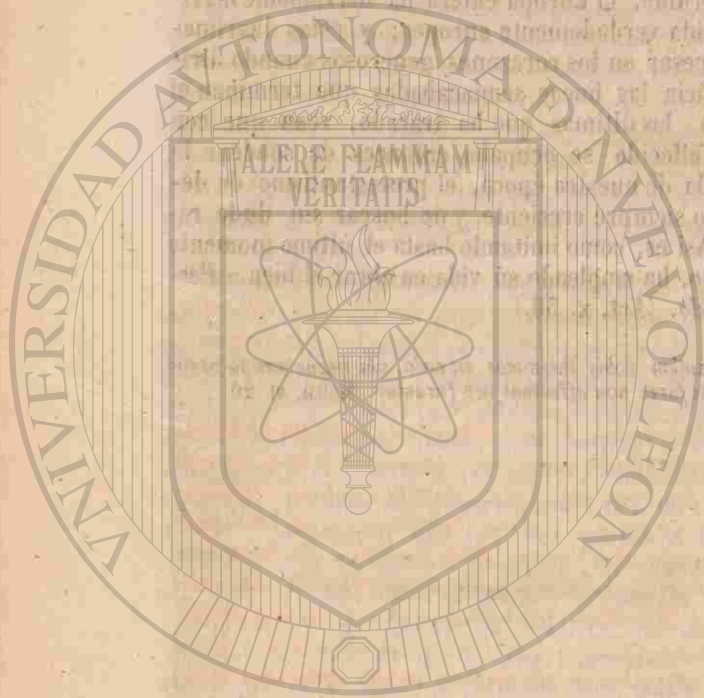
Observará particularmente en la obra que publicamos, algunas espresiones y aun algunas complacencias que el buen gusto del autor hubiera debido rechazar; le echará en cara el dar algunas veces á la razon las apariencias de sofisma, por la manera escudriñadora y demasiado sutil con que presenta ciertas verdades; pero si esta crítica es franca, razonable é imparcial, reconocerá al mismo tiempo que sería impropio de ella el detenerse en estos escasos y ligeros defectos que se pierden entre la brillantez de tantas bellezas superiores y muchas veces del orden mas sublime.

A seguida de las *Veladas*, irá un opúsculo titulado *Aclaraciones sobre los sacrificios*; y no tememos decir que en este volumen no hay nada quizá que pueda producir impresiones mas profundas. El autor, con su prodigiosa erudicion, que parece superarse aqui á si misma por nuevos prodigios recorre el mundo entero y compulsa sus anales mas oscuros y mas ocultos, para mostrarnos el sacrificio SANGRIENTO, establecido en todos los tiempos, en todos los lugares, sobre la fé de una tradicion universal é inmemorial, que por todas partes ha enseñado y persuadido: «que la carne y la sangre son culpables, y que el cielo está irritado contra la carne y la sangre; que en la efusion de la sangre hay una virtud *espiatriz*; que la sangre culpable puede ser *rescatada* por la sangre inocente.» Creencia inesplicable que ni la razon, ni la locura han podido inventar, y menos todavia hacer adoptar generalmente; creencia misteriosa, que tiene su raiz en las últimas profundidades del corazon humano, y que en sus aplicaciones mas crueles, mas violentas, mas erróneas, se anuda por invisibles lazos á la mas grande de las verdades. El autor persigue esta verdad por las huellas de luz que deja trás de sí á través de la profunda noche de la idolatria. En medio de los errores de tantas falsas, religiones encuentra mas ó menos alterados todos los dogmas de la verdadera, todas sus promesas, todos sus misterios, todos los destinos del hombre, y viene á concluir prosternándose ante el sacrificio incomprendible que *todo lo ha consumado*, á los pies de la gran victima que ha obrado la *salvacion* del mundo entero *por la sangre*. Nada mas admirable que este trozo: es un cuadro que puede decirse acabado en todas sus partes.

Ay de mí! no ha sucedido lo mismo con el libro de las *Veladas*.

Estaba decretado que el conde de Maistre no recibiera aqui bajo en la tierra, la última corona debida á sus largos y piadosos trabajos; trabajaba todavia en esta bella obra, cuando Dios ha querido llamarle á si para darle, en un mundo mejor, esa corona «*que la polilla y los gusanos no alterarán, esa corona incorruptible que no será jamás arrebatada* (1).» Los que le amaban no se consolarán de haberle perdido; la Europa entera ha derramado lágrimas por esta pérdida verdaderamente europea; y estas lágrimas se renovarán sin cesar en los corazones generosos cuando dirigiendo la vista hácia las líneas semiacabadas que terminan el undécimo diálogo, las últimas que ha trazado, vean que con la mano ya desfallecida se ocupaba entonces de sondear la llaga mas profunda de nuestra época, (el protestantismo) de demostrar el peligro siempre creciente, y de buscar sin duda remedios para él. Asi es, como imitando hasta el último momento á su divino modelo, ha empleado su vida en obrar el bien, *Pertransiit benefaciendo.* (Act. x. 38.)

(1) *Thesaurizate autem vobis thesauros in caelo, ubi neque aerugo neque tinea demolitur, et ubi fures non effodiunt nec furantur.* Matth. vi. 20.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## LAS VELADAS

DE

### S. PETERSBURGO.

#### PRIMER DIALOGO.

Al fin de la jornada de uno de los días mas calurosos del mes de julio de 1809, remontaba yo el Neva en una chalupa, con el consejero privado de T..., miembro del senado de S. Petersburgo, y el caballero de B..., jóven francés á quien los huracanes de la revolucion de su pais y una multitud de acontecimientos extraordinarios, habian llevado á esta capital. La estimacion recíproca, la conformidad de gustos, y algunas relaciones preciosas que existian por efecto de servicios y de la hospitalidad, habian formado entre nosotros una amistad íntima. Uno y otro me acompañaban ese día á la casa de campo en donde pasaba yo el estío. Aunque situada en el recinto de la ciudad, se hallaba sin embargo bastante lejana del centro, para que no pudiera llamarse propiamente *campiña* y aun *soledad*; porque falta mucho para que todo este recinto se halle ocupado de edificios; y aunque los vacíos que se encuentran en la parte habitada se van llenando, no es posible preveer si las habitaciones avanzarán un día hasta los límites trazados por el dedo atrevido de Pedro primero.

Eran próximamente las nueve de la tarde; el sol se acostaba dejando un tiempo soberbio; el débil vientecillo que nos impelia vino á espirar en la barca que vimos *balancear*. El pabellon que en lo alto del palacio imperial anuncia la presencia del soberano quedó de pronto tendido á lo largo del asta que lo sostiene, proclamando el silencio de los aires. Nuestros marineros tomaron

el remo; y les ordenamos nos condujeran con lentitud.

Nada es mas raro, á la verdad, pero nada mas encantador que una bella noche de estío en S. Petersburgo, sea que la larga duracion del invierno y la rareza de estas noches, haciéndolas mas apetecibles, les dan un encanto particular; ó que, como yo creo, sean realmente mas dulces y mas tranquilas que en los mas bellos climas.

El sol que en las zonas templadas, se precipita en el occidente, y no deja tras de sí mas que un crepúsculo fugitivo, va rasan-do aqui la tierra que parece abandona con sentimiento. Su disco cercado de vapores rojizos rueda como un carro encendido sobre los sombríos bosques que coronan el horizonte, y sus rayos reflejados por el vidriaje de los palacios, ofrecen á la vista del espectador la idea de un vasto incendio.

Los grandes rios tienen ordinariamente un lecho profundo y riberas escarpadas que les dan un aspecto salvaje. El Neva corre colmadas sus orillas, por medio de una ciudad magnífica: sus límpidas aguas besan el césped de las islas que abraza, y en toda la estension de la ciudad está contenido entre dos pretiles de granito, en línea recta hasta perderse de vista, magnificencia repetida en los tres grandes canales que recorren la capital, de que no hay ni modelo, ni imitacion en ninguna parte.

Mil chalupas se cruzan y surcan el agua en todas direcciones; á lo lejos se ven bageles extranjeros que pliegan sus velas y echan anclas. Traen al polo los frutos de las abrasadas zonas y todas las producciones del universo. Los brillantes pájaros de América vogan por el Neva entre bosquecillos de naranjos: y encuentran al llegar la nuez del cocotero, el ananas, la cidra, y todos los frutos de su tierra natal. El opulento ruso se apodera de seguida de las riquezas que se le presentan, arrojando el oro sin contarle, al ávido comerciante.

Ibamos encontrando de vez en cuando elegantes chalupas que retirados sus remos, se dejaban llevar dulcemente por el curso apacible de las hermosas aguas. Los remeros entonaban las canciones del país, mientras que sus amos gozaban silenciosamente de la belleza del espectáculo y de la calma de la noche.

Cerca de nosotros trasportaba rápidamente una gran barca una boda de ricos negociantes. Un pabellon de carmesí, guardado de franjas de oro cubria la jóven pareja y á los parientes. Una música rusa encerrada entre dos filas de remeros trasmitia á lo lejos el sonido de sus ruidosos cornetines. Esta música no pertenece mas que á la Rusia, y es quizá la única cosa particular de un pueblo que no sea antigua. Muchas personas, que viven todavia, han conocido al inventor, cuyo nombre despierta cons-

tantemente en su patria la idea de la antigua hospitalidad, del lujo elegante y de los nobles placeres. ¡Melodia singular! emblema brillante hecho para ocupar al espíritu mas que al oído. ¿Qué importa al objeto que los instrumentos no sepan lo que hacen? Veinte ó treinta autómatas egecutando juntos producen un pensamiento extraño á cada uno de ellos; el mecanismo ciego en el individuo; el cálculo ingenioso, la imponente harmonía en el conjunto.

La estatua ecuestre de Pedro I se levanta á la orilla del Neva, á una de las estremidades de la inmensa plaza de *Isaac*. Su severo semblante mira al rio, y parece animar todavia esa navegacion creada por su genio fundador. Todo lo que el oído entiende, todo lo que contempla la vista en este soberbio teatro, no existe sino por un pensamiento de la poderosa cabeza que hizo salir de en medio de un terreno pantanoso tantos y tan magníficos monumentos. Sobre estas desoladas riberas, donde la naturaleza habia desterrado al parecer toda vitalidad, Pedro asentó su capital y se creó nuevos súbditos. Su terrible brazo se halla todavia estendido sobre su posteridad, que se agrupa al rededor de su augusta efigie: se le mira y no se sabe si esa mano de bronce protege ó amenaza.

A medida que nuestra chalupa se alejaba, se iba estinguendo insensiblemente el canto de los bateleros y el confuso rumor de la ciudad. El sol habia descendido bajo del horizonte; nubecillas brillantes derramaban una dulce claridad, y un dorado crepúsculo que no puede pintarse, y que jamás he visto en ninguna parte. La luz y las tinieblas parecian mezclarse y entenderse entre sí para formar el velo transparente que cubria entonces la campiña.

Si el cielo me reservára, en su bondad, uno de esos momentos tan raros en la vida, en que el corazón se halla inundado de alegría por alguna extraordinaria ó inesperada felicidad; si mi mujer, mis hijos, mis hermanos separados de mí por largo tiempo, y sin esperanza de reunion, hubieran de caer repentinamente en mis brazos, quisiera, si, quisiera que fuese en una de esas bellas noches, sobre las orillas del Neva, en presencia de los hospitalarios rusos.

Sin comunicarnos nuestras sensaciones, gozábamos deliciosamente de la belleza del espectáculo que nos rodeaba, cuando el caballero de B... rompiendo bruscamente el silencio, dijo: «Quisiera ver aqui, en esta misma barquilla en que nos hallamos, á uno de esos hombres perversos, nacidos para desgracia de la sociedad; á uno de esos monstruos que oprimen la tierra...»

«¿Y qué hariais con él, preguntaron á la vez sus dos amigos?» — «Yo le preguntaria, replicó el caballero, si le parecia tan bella esta noche como á nosotros.»

La exclamacion del caballero nos habia sacado de nuestro éxtasis: su estraña idea suscitó desde luego entre nosotros la siguiente conversacion, cuyas consecuencias interesantes estábamos lejos de preveer.

EL CONDE.

Mi querido caballero, los corazones perversos, no tienen jamás ni bellas noches, ni bellos dias. Pueden distraerse, ó mejor aturdirse; pero jamás disfrutan de goces efectivos. Yo no les conceptuo susceptibles de las mismas sensaciones que nosotros. Por lo demas, quiera Dios alejarlos de nuestra barca.

EL CABALLERO.

¿Creeis que los malvados no son felices? Yo lo creeria asi de buena gana; sin embargo, oigo decir diariamente que todo les sale bien. Si asi fuera, sentiria que la Providencia hubiese reservado enteramente para el otro mundo el castigo de los malvados y la recompensa de los justos: me parece que no estaria de mas que pagasen algo á cuenta en esta misma vida. Esto me haria concebir al menos que los malvados, como creeis, no fueran susceptibles de ciertas sensaciones que nos encantan. Confieso que no veo claro en este asunto. Me debiais decir vuestra opinion, vosotros que sois tan fuertes en este género de filosofia.

A mí que criado en los campos desde mi tierna infancia,  
Dejé siempre á los cielos cuidar de su venganza,

confieso que no estoy bastante informado de la manera con que Dios se complace en ejercer su justicia, aunque, á decir verdad, reflexionando en lo que pasa en el mundo, paréceme, que si castiga en esta vida, al menos no se da prisa en hacerlo.

EL CONDE.

A poco que lo deseais, podremos muy bien consagrar la velada al exámen de esa cuestion, que no es difícil en sí misma, pero que ha sido embrollada por los sofismas del orgullo y de su hija primogénita la irreligion. Yo echo de menos aquellos *simposiacos* de que la antigüedad nos ha dejado algunos monumentos preciosos. Las damas son amables sin duda; es menester vivir con ellas para no hacernos agrestes. Las sociedades nume-

rosas tienen tambien su mérito, y es menester prestarse á ellas oportunamente; pero cuando se han cumplido todos los deberes impuestos por la costumbre, encuentro muy bueno que los hombres se reúnan algunas veces para razonar, aun en la mesa. No sé porque no imitamos en esta parte á los antiguos. ¿Creeis que el exámen de una cuestion interesante no ocuparia el tiempo que se emplea en la mesa de una manera mas útil y mas agradable que en los discursos ligeros ó reprensibles que animan el nuestro? Era, á mi parecer, bella idea la de hacer sentar á Baco y á Minerva á la misma mesa, para impedir al uno que fuese libertino y á la otra que fuera pedante. Nosotros no tenemos á Baco, y por otra parte nuestra pequeña *simposia* lo rechaza espresamente; pero poseemos una Minerva mucho mejor que la de los antiguos; invitémosla á tomar té con nosotros; es afable y no desea el estruendo; espero que vendrá.

Veis ese pequeño cenador sostenido por cuatro columnas chinescas encima de la entrada de mi casa; mi gabinete se abre hácia esta especie de belvedere, que podreis llamar un gran balcon; alli es donde, sentado en mi sillón antiguo de brazos, aguardo tranquilamente la hora de dormir. Dos veces castigado, como sabeis, por los golpes de la fortuna, no tengo derecho á lo que vulgarmente se llama *felicidad*: os confieso que antes de haberme fortalecido con saludables reflexiones, me ha sucedido muchas veces el preguntarme á mí mismo: *Qué me queda ya?* Pero la conciencia á fuerza de responderme, que yo mismo, me ha hecho avergonzarme de mi debilidad, y desde hace mucho tiempo ni aun me he atrevido á quejarme. Alli, sobre todo, en mi observatorio es donde encuentro momentos deliciosos. Unas veces me entrego á sublimes consideraciones; el estado á que por grados me conducen está lleno de encantos. Otras evoco, cual inocente mágico, las sombras venerables que fueron otro tiempo para mí divinidades terrestres, á quienes hoy invoco como genios titulares. Muchas veces creo que me hacen señas, pero cuando me dirijo hácia ellas, encantadores recuerdos me traen á la memoria lo que poseo todavia, y la vida me parece tan hermosa como si me encontrara en la edad de las esperanzas.

Quando mi corazón oprimido me pide tranquilidad, la lectura viene en mi auxilio. Todos mis libros los tengo alli á la mano; pocos me faltan; porque hace ya largo tiempo que estoy convencido de la completa inutilidad de muchas obras que gozan todavia de gran reputacion...

Habiendo desembarcado los tres amigos y tomado su asiento alrededor de la mesa de *thé*, volvió á tomar su curso la conversacion.

## EL SENADOR.

Me alegro de que la ocurrencia que ha tenido el caballero haya dado origen á la idea de una *simposia* filosófica. El objeto que tratamos no puede ser mas interesante: la *felicidad de los malvados, la infelicidad de los justos*. Este es el grande escándalo de la razon humana. ¿De qué manera podriamos emplear mejor una velada que consagrándola al exámen de ese misterio de la metafísica divina? De este modo nos veremos conducidos á sondear, al menos en la parte que es permitido hacerlo al hombre, *el conjunto de los caminos de la Providencia en el gobierno del mundo moral*. Pero os advierto, Sr. Conde, que podria sucederos, como á la sultana *Schérazade*, de no haber concluido en una sola velada: no quiero decir con esto que hagamos hasta *mil y una*; esto seria proceder indiscretamente; pero al menos volveremos aqui mas á menudo de lo que imagineis.

## EL CONDE.

Acepto lo que me decis, mas bien como un acto de finura, que como una amenaza. Por lo demas, señores, os iré contestando al uno ó al otro segun os dirijais á mi. Ni pido, ni acepto la parte principal en nuestra conversacion; pondremos, si os parece, en comun nuestros pensamientos: yo no comienzo sino con esta condicion.

Hace largo tiempo, señores, que nos quejamos de la Providencia en la distribucion de los bienes y de los males; pero confieso que no han hecho nunca la menor impresion en mi alma estas dificultades. Veo con una certidumbre de intencion, y doy por ello humildemente gracias á la Providencia, que bajo este punto el hombre *SE ENGAÑA* en toda la fuerza del término y en el sentido natural de la espresion.

Quisiera poder decir como Montaigne: *el hombre se engaña á si mismo*, porque esta es la verdad, si; no hay dada alguna, el hombre se engaña; se burla de si mismo; toma los sofismas de su corazon, naturalmente rebelde, así es la verdad, como dudas positivas nacidas en su entendimiento. Si algunas veces la supersticion  *cree creer*, como se le ha echado en cara muchas veces, estad seguros de ello, el orgullo  *cree no creer*. Este es el hombre que  *se engaña* siempre; pero en el segundo caso es mucho peor.

En fin, señores, no hay asunto sobre el que me crea mas fuerte que el del gobierno temporal de la Providencia; así que

voy á esponer, con perfecta conviccion, con mucho gusto, á dos personas á quienes amo tiernamente, algunos pensamientos útiles, que he recogido en un camino largo ya, de una vida consagrada enteramente á estudios sérios.

## EL CABALLERO.

Yo os escucharé con el mayor placer, y no dudo que nuestro comun amigo os concederá la misma atencion; pero os suplico me permitais que comience por argüiros antes que hayais comenzado, y no me acuseis de *responder á vuestro silencio*; porque este es como si hubiéseis hablado ya, y yo sé muy bien lo que vais á decirme. Estais sin duda ninguna á punto de comenzar por donde concluyen los predicadores, por la *vida eterna*. «Los malvados son dichosos en este mundo; pero serán atormentados en el otro: los justos, por el contrario, sufren en este, pero serán dichosos en el otro.» Esto es lo que se dice por todas partes. ¿Y por qué os ocultaré que esta respuesta decisiva no me satisface plenamente? Espero que no creereis que trato de destruir ó debilitar esta gran prueba; pero me parece que no perjudicaria el añadir otras.

## EL SENADOR.

Si el caballero es indiscreto ó demasiado precipitado en lo que acaba de decir, confieso que yo lo soy tanto como él; porque estaba á punto de objetaros lo mismo antes de que hubiéseis establecido la cuestion, ó si quereis que os hable formalmente os suplico que salgais de caminos trillados. He leído á muchos de vuestros escritores ascéticos de primer orden, á quienes venero infinito; pero haciéndoles la justicia que se merecen, veo con disgusto en esta gran cuestion, que sobre los caminos de la justicia divina en este mundo, parecen pasar como sobre ascuas sobre este hecho y convenir en que no hay medio de justificar á la Providencia divina bajo este aspecto. Si esta proposicion no es falsa, al menos me parece estremadamente peligrosa; porque hay gran peligro en dejar creer á los hombres que la virtud no será recompensada ni el vicio castigado sino en la otra vida. Los incrédulos, para quienes este mundo lo es todo, no piden otra cosa, y la multitud misma debe ser colocada en la misma línea: el hombre es tan distraído, tan dependiente de los objetos que le llaman la atencion, tan dominado por sus pasiones, que vemos todos los días al creyente mas sumiso, prescindir de los tormentos de la vida futura por el placer mas miserable. ¿Qué no hará aquel que no cree, ó que cree débilmente? Apoyémonos

pues tanto como nos sea posible en la vida futura, que responde á todas las objeciones; pero si existe en este mundo un verdadero gobierno moral, y si en esta misma vida debe temblar el crimen, ¿por qué descargarle de este temor?

EL CONDE.

Pascal observa en cierta parte que *la última cosa que se descubre al componer un libro, es la de saber cual debe colocarse la primera: yo no hago un libro, mis buenos amigos, pero yo comienzo un discurso que quizá sea largo, y tal vez hubiera dudado en adoptar el principio: felizmente me habeis libertado de este trabajo; porque vosotros mismos sois quienes me habeis enseñado por dónde debo empezar.*

La expresión familiar que no puede dirigirse sino á un niño ó á un inferior, *no sabeis lo que os decís*, es sin embargo el cumplimiento de un derecho que tendria un hombre sensato al dirigirla á la multitud que se pone á disertar sobre las delicadas cuestiones de la filosofía. ¿Habeis oido jamás, señores, quejarse á un militar de que en la guerra no caen los golpes sino sobre los hombres de bien, y que basta ser un malvado para ser invulnerable? Yo estoy seguro de que no; porque en efecto todos saben que las balas no distinguen de personas. Yo tendria derecho á establecer por lo menos una comparacion perfecta entre los males de la guerra con relacion á los militares y los males de la vida en general con relacion á todos los hombres; y suponiéndose exacta esta comparacion, bastaria por sí sola para hacer que desapareciera una dificultad fundada en una falsedad manifiesta; porque no es solamente falso, sino evidentemente falso que *el crimen sea en general dichoso, y la virtud desgraciada en este mundo*: es al contrario, de la mayor evidencia que los bienes y los males son una especie de loteria en que cada uno sin distincion puede sacar un billete blanco ó negro. Convendria, pues, cambiar la cuestion y preguntar *¿por qué en el orden temporal, no se halla el justo libre de los males que pueden asigir al culpable: y por qué el malvado no está privado de los bienes que puede disfrutar el justo?* Pero esta pregunta es todo diferente de la otra, y me admirará mucho si su simple enunciacion no os demuestra lo absurdo de ella; porque es una de mis ideas favoritas que el hombre recto está advertido ordinariamente, por un sentimiento interior, de la falsedad ó de la exactitud de ciertas proposiciones sin previo exámen, muchas veces aun sin haber tenido los estudios necesarios para hallarse en estado de examinarlas con perfecto conocimiento de causa.

EL SENADOR.

Yo estoy tan conforme con vuestra opinion, y soy tan afecto á esa doctrina, que quizá la he exagerado al llevarla á las ciencias naturales; sin embargo, puedo al menos hasta cierto punto, invocar la esperiencia. Mas de una vez me ha sucedido, en materia de fisica ó de historia natural, haberme chocado sin saber por qué, ciertas opiniones acreditadas, que he tenido despues el placer, que lo es en efecto, de verlas atacadas, y aun puestas en ridiculo por hombres profundamente versados en las mismas ciencias, de cuyo conocimiento no me envanezco como sabeis. ¿Creeis que sea necesario ser igual á Descartes para tener derecho á burlarse de sus torbellinos? Si se me viene á contar que el planeta que habitamos no es mas que un pedazo del sol, arrebátado hace millones de años, por un cometa estravagante que corria el espacio; ó que los animales se hacen como las casas, poniendo esta junto á la otra, ó que todas las capas de nuestro globo no son mas que el resultado casual de una precipitacion quimica, y otras cien cosas como esta que se han hecho correr en nuestro siglo, se necesita haber leído mucho, haber reflexionado mucho; se necesita pertenecer á cuatro ó cinco academias para conocer la estravagancia de estas teorías? Voy mas lejos; creo que las cuestiones mismas que tienen relacion con las ciencias exactas, ó que parecen descansar enteramente en la esperiencia, la regla de la conciencia intelectual no es mucho mas nula para aquellos que no se encuentran iniciados en esta clase de conocimientos; lo que me ha inducido á dudar, os lo confieso en voz baja, de muchas cosas que pasan generalmente por ciertas. La esplicacion de las mareas por la atraccion lunisolar, la descomposicion y recomposicion del agua, y otras teorías que podria citaros y que hoy pasan como dogmas, se niegan absolutamente á entrar en mi espíritu, y me siento invenciblemente inclinado á creer que vendrá algun día un sábio de buena fé á enseñarnos que estábamos en el error sobre tan grandes objetos, ó que no eran conocidos. Me direis quizá (porque la amistad tiene derecho para ello): *es pura ignorancia de vuestra parte*. Yo me lo he dicho mil veces á mi mismo. Pero decidme, ¿por qué no seré tan indocil á otras verdades? Yo las creo bajo la palabra de los maestros, y jamás se levanta en mi espíritu una sola idea *contra su fé*.

¿De donde procede, pues, ese sentimiento interior que se rebela contra ciertas teorías? Se apoyan en argumentos que yo no podría echar por tierra, y sin embargo esa conciencia de qu

hablamos no me dice menos: *quodunque ostendis mihi sic, incredulus odi.*

EL CONDE.

Señor senador, hablais en latin, aunque aqui no vivimos en un pais latino. Está muy bien que hagais escursiones á tierras extranjeras; pero debierais haber añadido por regla de urbanidad, con permiso de nuestro caballero.

EL CABALLERO.

Vos me adulais, señor Conde: sabed que no estoy tan reñido como creéis con la lengua de la antigua Roma. Es verdad que he pasado el fin de mi buena edad en los campos, donde se cita poco á Ciceron; pero la he comenzado en un pais en que la edneacion empieza casi siempre por el latin. Yo he comprendido muy bien el pasage que acabo de oír, aun cuando no sé á lo que pertenece. Por lo demás, no tengo la pretension de ser en este punto ni en otros muchos igual al señor Senador cuyos grandes y sólidos conocimientos respeto... y tendria derecho á decirme con énfasis;

Ve á decir á tu patria  
que aun hay alguna ciencia  
en las playas de Esetia.

Pero permitid, señores, al mas jóven de nosotros que os conduzca al camino del que tan impropiamente nos hemos estraviado. No sé como ha sido que de la Providencia viniéramos á caer sobre el latin.

EL CONDE.

De cualquier objeto que se trate, amigo mio, siempre se habla de ella. Por otra parte, una conversacion no es un libro; y aun quizá vale mas que un libro, precisamente porque permite alguna amenidad. Mas para volver á entrar en nuestro objeto por donde nos hemos separado de él, no examinaré en este momento, hasta qué punto puede uno fiarse de ese sentimiento interior que el señor Senador llama con gran propiedad, *conciencia intelectual.*

Y me permitiré menos todavia, discutir los ejemplos particulares á que la ha aplicado; estos detalles nos separarian demasiado de nuestro objeto. Diré solamente que la rectitud del corazon y la pureza habitual de intencion, pueden ejercer secretas influencias y producir resultados que se estienden mucho

mas lejos, de lo que comunmente se imagina. Estoy muy dispuesto á creer que entre personas tales como las que me escuchan; el instinto secreto de que hablábamos acertará muchas veces aun en las ciencias naturales; pero me inclino á créerle casi infalible cuando se trata de filosofia racional, de moral, de metafisica y de teologia natural. Es infinitamente digno de la suprema sabiduria, que todo lo ha creado y arreglado, el haber dispensado al hombre la ciencia de todo lo que verdaderamente le interesa. He tenido, pues, razon, al asegurar que una vez establecida con exactitud, la cuestion que nos ocupa, la determinacion interior de todo espíritu bien formado debia preceder necesariamente á la discusion.

EL CABALLERO.

Paréceme que el señor Senador aprueba, pues que nada objeta. En cuanto á mí he profesado siempre por máxima, no contradecir jamás las opiniones útiles. Que hay una conciencia para el espíritu, como la hay para el corazon, que un sentimiento interior conduce al hombre de bien, y lo pone en guardia contra el error en las mismas cosas que parecen exigir un aparato preliminar de estudios y de reflexiones, es una opinion muy digna de la sabiduria divina, y muy honrosa para el hombre: no negar nunca lo que es útil, ni sostener jamás lo que podria ser dañoso, es á mi juicio una regla sagrada que deberia sobre todo conducir á los hombres cuya profesion les separa como á mí de los estudios profundos. No espereis, pues, ninguna objecion de mi parte: sin embargo, sin negar que el sentimiento ha tomado partido ya en mí, no dejaré por eso de suplicar al señor Conde que se dirija á mi razon.

EL CONDE.

Lo repito, yo no he comprendido jamás ese eterno argumento contra la Providencia, tomado de la infelicidad de los justos, y de la prosperidad de los malvados. Si el hombre de bien sufriera porque es hombre de bien, y el malvado prosperase tambien por que es malvado, el argumento no tendria solucion; pero caé á tierra por su peso si se supone solamente que el bien y el mal se han distribuido indiferentemente á todos los hombres. Pero las opiniones falsas se asemejan á la moneda falsa, que acuñada al principio por grandes criminales, es consumida despues por gentes honradas, que perpetuan el crimen sin saber lo que hacen. La impiedad ha hecho gran ruido con esta objecion; la ligereza y la hombria de bien la han repetido; pero en la realidad no



tiene ningun valor. Vuelvo á mi primera comparacion: muere un hombre de bien en la guerra, ¿es esto una injusticia? No, es una desgracia. Si padece de gota ó de mal de piedra, si le hace traicion su amigo; si muere á efecto de la caida de un edificio etc., es tambien una desgracia, pero nada mas, porque todos los hombres sin distincion están sujetos á esta clase de desgracias. No perdais jamás de vista esta gran verdad: *que una ley general, sino es injusta para todos, tampoco lo será para el individuo.* No teneis tal enfermedad, pero podiais tenerla, la teneis, mas podiais estar libre de ella. El que ha perecido en una batalla podia haberse salvado; el que vuélve de ella podia haber quedado en el campo. Todos no han muerto; pero todos estaban allí para morir: por lo tanto no hay injusticia. La ley justa no es la que tiene efecto sobre todos, sino la que se ha establecido para todos; el efecto sobre tal ó cual individuo, no es mas que un accidente. Para encontrar dificultades en este órden de cosas, es menester tener interés en deseirlas; desgraciadamente se desean y se buscan: el corazon humano, constantemente rebelado contra la autoridad que lo contiene, inventa fábulas para el espíritu que las cree; acusamos á la Providencia, para quedar dispensados de acusarnos á nosotros mismos; levantamos contra ella dificultades que nos avergonzariamos de levantar contra un soberano ó contra un simple administrador, cuya sabiduria estimáramos algun tanto. ¡Cosa estraña! Nos es mas fácil ser justos hácia los hombres, que hácia Dios. *Multos inveni æquos adversus homines; adversus Deos, neminem.* (Sen. Ep. xcvi.)

Paréceme, señores, que abusaria demasiado de vuestra paciencia si me estendiese mas para probaros que la cuestion se halla por lo comun mal colocada; y que en la realidad *no se sabe lo que se dice* cuando se pretende que el vicio es dichoso y la virtud desgraciada en este mundo; cuando aun haciendo la suposicion mas favorable á los murmuradores, está provado manifiestamente que los males de toda especie llueven sobre el género humano, como las balas sobre un ejército, sin ninguna distincion de personas. Y si el hombre de bien *no sufre por ser hombre de bien*, y si el malvado no prospera *por ser malvado*, la objecion desaparece, y el buen sentido queda victorioso.

EL CABALLERO.

Confieso que si se atiende á la distribucion de los males físicos y exteriores, hay evidentemente falta de atencion ó mala fé en la objecion que se hace contra la Providencia; pero me parece que se insiste con mas razon sobre la impunidad de los crime-

nes; este es el grande escándalo, y sobre este artículo tengo curiosidad de oiros.

EL CONDE.

No es tiempo todavia, amigo mio. Os habeis dado por convencido antes de tiempo sobre lo que llamais males *exteriores*. Si he supuesto como habeis visto que estos males se hallaban igualmente distribuidos entre todos los hombres, es para tener esto adelantado; porque en la realidad no es así. Pero antes de ir mas lejos, procuremos, si os parece, no salirnos del camino; hay cuestiones que se tocan, por decirlo así, de manera que es fácil pasar de una á otra sin apercibirse de ello, por ejemplo: ¿por qué el justo padece? se pasa insensiblemente á esta otra: ¿por qué el hombre padece? La última, sin embargo, es del todo diferente; esta es la del origen del mal. Comencemos, pues, por evitar todo equivoco. *El mal existe sobre la tierra; ¡ay de mí! esta es una verdad que no necesita ser provada; pero además: esto sucede muy justamente, y Dios no puede ser autor de él:* esta es otra verdad de que, supongo no dudamos ninguno de nosotros, porque sé á quien hablo.

EL SENADOR.

Yo profeso con todo mi corazon la misma verdad, sin restriccion alguna; pero esta profesion de fé, á causa precisamente de su latitud, exige una esplicacion. Vuestro santo Tomás, con ese laconismo lógico que le distingue, ha dicho: *Dios es autor del mal que sirve de castigo, pero no del que constituye culpa* (*Deus est auctor mali quod est poena, non autem mali quod est culpa.* S. Thom. S. Theol. p. 1. Quæst. 49, art. 11.) Tiene ciertamente razon en un sentido; pero entendámonos: Dios es autor del mal que castiga, es decir, del mal físico ó del dolor, á la manera que un soberano es autor de los suplicios que se imponen por las leyes. En un sentido lejano é indirecto, *él* es quien ahorca y quien dá tormento, pues que toda autoridad y toda egecucion legal parte de él; pero en un sentido directo é inmediato, el ladrón, el falsario, el asesino, etc., son los verdaderos autores de ese mal que los castiga; ellos son quienes construyen las prisiones, quienes levantan las horcas y los cadalsos. En todo esto el soberano obra como la Juno de Homero, *con plena voluntad, pero muy contra su corazon* (*Ἐγὼν ἀέροντι γέ θυμῷ,* Iliad. IV, 45.) Lo mismo sucede con Dios, escluyendo siempre toda comparacion rigurosa que seria insolente. No solamente no podria ser, en ningun sentido, autor del mal moral ó del *pecado*, pero no se comprende, ni aun que pueda ser originariamente autor del mal físico, que no exis-

tiria si la criatura inteligente no lo hubiese hecho necesario, abusando de su libertad. Platon lo ha dicho, y nada es mas evidente por si mismo *el ser bueno no puede perjudicar á nadie* (*Probus invidet nemini*. In Jun.) Pero asi como nadie trataria de sostener que el hombre de bien deja de serlo, porque castigue justamente á su hijo, ó porque mate á un enemigo en el campo de batalla, ó porque envíe á un malvado al patibulo, guardémosnos, como antes deciais señor Conde, de ser menos equitativos con Dios que con los hombres. Todo espíritu recto está convencido por intuición de que el mal no puede provenir de un ser todopoderoso. Este sentimiento infalible es el que enseñó en otro tiempo al buen sentido romano á reunir, como por un enlace necesario, los dos títulos augustos de MUY BUENO y MUY GRANDE. Esta magnífica espresion, aunque nacida en el seno de paganismo, ha parecido tan justa, que se ha transmitido á vuestro idioma religioso tan delicado y tan eclético. Os diré, aunque sea de paso, que me ha sucedido mas de una vez el pensar que la inscripcion anti-qua, IOVI OPTIMO MAXIMO, podria colocarse entera en el frontis de vuestros templos latinos; porque que es IOV-I, sino IOV-AH?

EL CONDE.

Ya conocereis que no deseo disputar sobre lo que acabais de decir. Sin duda ninguna que, *el mal físico no ha podido entrar en el universo sino por la falta de las criaturas libres; y no puede existir sino como remedio ó expiación, y por consiguiente no puede tener á Dios por autor directo*; estos son dogmas incontestables para nosotros. Ahora vuelvo á vos, Caballero. Convenis desde luego en que se murmuraba sin fundamento de la Providencia respecto de la distribucion de los bienes y de los males; pero que el escándalo se apoya sobre todo en la impunidad de los malvados. Yo dudo sin embargo, que podais renunciar á la primera objecion sin abandonar la segunda; porque sino hay injusticia en la distribucion de los males, ¿en qué fundareis las quejas de la virtud? No estando el mundo gobernado sino por leyes generales, creo no tendreis la pretension de que, si los fundamentos del cenador, en que nos hallamos, quedasen en el aire por algun movimiento subterráneo, estuviese Dios obligado á suspender en nuestro favor las leyes de la gravedad, porque este cenador sostiene en este momento á tres hombres que jamás han asesinado, ni robado á nadie; caeriamos ciertamente y quedaríamos muertos. Lo mismo sucederia si hubiéramos sido miembros de la logia de los iluminados de Baviera, ó del comité de salud pública. ¿Querriais que cuando graniza se salvara el campo del

justo? Eso seria un milagro. Pero si casualmente este justo acabara de cometer un crimen á seguida de recoger su cosecha, debería esta podrirse en sus graneros? esto seria otro milagro. De suerte que exigiendo cada instante un milagro, el milagro vendria á ser el estado habitual del mundo, es decir, que ya no podria haber en él milagros; y que la escepcion seria la regla y el desórden. Con esponer semejantes ideas quedan suficientemente refutadas.

Lo que nos engaña todavia muy á menudo sobre este punto, es que no podemos impedirnos de atribuir á Dios, sin apercibirnos de ello, las ideas que tenemos nosotros de la dignidad é importancia de las personas. Con relacion á nosotros, esas ideas son muy justas, pues que todos estamos sometidos al orden establecido en la sociedad; pero cuando las trasladamos al orden general, nos asemejamos á aquella reina que decia: *cuando se trata de condenar á gentes de nuestra clase, creed que Dios se lo piensa mas de una vez*. Isabel de Francia sube al cadalso: Robespierre sube tambien á él poco despues. El ángel y el monstruo se habian sometido al entrar en el mundo á todas las leyes generales que le siguen. Ninguna espresion seria suficiente para calificar el crimen de los malvados que hicieron correr la sangre mas pura y mas augusta del universo; sin embargo, con relacion al orden general no hay injusticia; es siempre una desgracia unida á la condicion del hombre y nada mas. *Todo hombre, como tal hombre, está sugeto á todas las desgracias de la humanidad*: la ley es general; luego no es injusta. Pretender que la dignidad ó las dignidades de un hombre hayan de sustraerle de la accion de un tribunal iniquo ó equivocado, es precisamente lo mismo que querer que ellas le esceptuen de la apoplejia, por ejemplo, ó de la muerte. Observad sin embargo, que á pesar de esas leyes generales y necesarias, está muy lejos de existir la pretendida igualdad, contra la que he insistido hasta el presente. La he supuesto como os he dicho, para tener esta ventaja; pero nada es mas falso como vais á ver.

Comenzad desde luego por no considerar jamás al individuo: la ley general, la ley visible y visiblemente justa es *que la masa mas grande de felicidad, aun la temporal, pertenece no al hombre virtuoso, sino á la virtud*. Si sucediera de otro modo, no habria ni vicio, ni virtud, ni mérito, ni demérito, y por consiguiente no habria orden social. Suponed que cada accion virtuosa quede pagada, por decirlo asi, por alguna ventaja temporal, no teniendo entonces la accion nada de sobrenatural, no podria por lo mismo ser acreedora á una recompensa de este género. Suponed por otra parte que en virtud de una ley divina la mano del ladrón

cayese en el momento de cometer un robo; entonces se abstendría de robar como se abstendría de poner su mano debajo de la cuchilla de un carnicero, y el orden moral desaparecía enteramente. Para concertar, pues, este orden, el único posible para los seres inteligentes, y que por otra parte está probado por el hecho, para concertarle con las leyes de la justicia, era menester que la virtud fuese recompensada y el vicio castigado, aun temporalmente, pero no siempre ni sobre la marcha; era menester que el lote incomparablemente mucho mayor de felicidad temporal fuese atribuido á la virtud, y el lote proporcional de desgracia, entregado al vicio; pero que el individuo no estuviese nunca seguro de nadie, y esto es en efecto lo que sucede. Imaginad otra hipótesis, y os conducirá directamente á la destrucción del orden moral, ó á la creación de un mundo distinto.

Pero viniendo ahora á los detalles, comencemos por la justicia humana. Habiendo querido Dios gobernar á los hombres por medio de los hombres, al menos esteriormente, ha concedido á los soberanos la eminente prerogativa del castigo de los crímenes; y en esto es en lo que principalmente son sus representantes. Sobre este asunto he encontrado un trozo admirable en las leyes de Menú; permitidme que lo lea en el tercer volumen de las obras del caballero William Jones que están sobre la mesa.

#### EL CABALLERO.

Leed en hora buena; pero antes quisiera tuviérais la bondad de decirme quien es el rey Menú, al que no he tenido nunca el honor de ser presentado.

#### EL CONDE.

Menú, amigo mio, es el gran legislador de las Indias. Unos dicen que es hijo del sol, otros quieren que lo sea de Brahma, primera persona de la Trinidad indiana (1). Entre ambas opiniones, igualmente probables, permanezco indeciso sin esperanza: de decidirme por ninguna de ellas. Desgraciadamente tampoco me es posible deciros en que época uno ú otro de estos dos padres engendró á Menú. El docto caballero Jones cree que el código de este legislador es quizá anterior al Pentateuco, y por lo menos positivamente anterior á todos los legisladores de la Grecia (2). Pero Mr. Pinkerton, que tiene tambien algun derecho á nuestra confianza, se ha tomado la libertad de burlarse de los Brahm-

(1) Mauricés history of Indostan. London, in 4.º tom. 1, p. 53-56; y tom. II, p. 57.

(2) Sir William's Jones's works, tom. III, pag...

mas, y se ha creído en estado de probarles que Menú podría muy bien no ser mas que un honrado legista del siglo XIII. (1) Tengo costumbre de no disputar por pequeñas diferencias; así que voy á leeros el trozo en cuestion, dejando la fecha en blanco; escuchad con atencion.

» Brahma, creó en el principio de los tiempos, para uso de los reyes, al genio de las penas, y le dió un cuerpo de pura luz: ese genio es su hijo, es la justicia misma y el protector de todas las cosas creadas. Por temor á este genio todos los seres sensibles, móviles ó inmovibles (2), están contenidos en el uso de sus goces naturales, y no se separan de su deber. Que el rey, pues, cuando haya considerado bien y debidamente el lugar, el tiempo, sus propias fuerzas y la ley divina, imponga las penas justamente á todos los que obren con injusticia: el castigo es un gobernador activo; es el verdadero administrador de los negocios públicos, es el dispensador de las leyes, y los hombres sabios lo llaman el responsable de los cuatro órdenes del estado para el exacto cumplimiento de sus deberes. El castigo gobierna la humanidad entera; el castigo la preserva; el castigo está en vela cuando las guardias humanas duermen. El sabio considera el castigo como la perfeccion de la justicia. Que cese un monarca indolente de castigar, y el mas fuerte concluirá por destrozar al mas débil. La raza entera de los hombres está contenida en el orden por el castigo; porque la inocencia no existe, y solo el temor á las penas es lo que permite al niñero disfrutar de la felicidad que le está concedida. Todas las clases quedarian corrompidas, desaparecerian todas las barreras; no habria mas que confusion entre los hombres si dejara de imponerse el castigo ó lo fuera injustamente: pero cuando la pena negra, con ojos encendidos avanza para destruir el crimen, el pueblo está salvado si el juez es justo.» (3)

#### EL SENADOR.

¡Admirable! ¡magnifico! Habeis hecho un servicio en desenterrar ese trozo de filosofia indiana: en verdad que para nada hace falta la ecna.

#### EL CONDE.

La misma impresion me ha hecho á mi. Yo encuentro ahí á la razon europea con una justa medida, en ese énfasis oriental que

(1) Geogr., tom. VI de la traduccion francesa, pág. 260, 261.

(2) Fixed or locomotives. Ibid., pág. 223.

(3) Sir William's Jones's works, tom. III, pág. 233, 234.

agrada á todo el mundo cuando no es exagerado: creo que no es posible explicar con mas nobleza y energia esa divina y terrible prerogativa de los soberanos: *el castigo de los culpables.*

Pero permitidme, que advertido por tan tristes expresiones, detenga un instante vuestras miradas sobre un objeto que choca sin duda al pensamiento, pero que es sin embargo muy digno de ocuparle.

De esta prerogativa temible de que os hablaba poco há, resulta la existencia necesaria de un hombre destinado á imponer á los crimenes los castigos decretados por la justicia humana; y ese hombre, en efecto, se encuentra en todas partes, sin que haya ningun medio de explicarse el cómo; porque la razon no descubre en la naturaleza del hombre ningun motivo capaz de determinar la eleccion de este oficio. Yo os conceptuo muy acostumbrados á reflexionar, señores, para que no os haya sucedido muchas veces el que meditáseis sobre el verdugo. ¿Que ser tan inesplicable es este que prefiere á todos los oficios agradables, lucrativos, y aun honoríficos, que se ofrecen por do quiera á la fuerza ó á la destreza humana, el de atormentar y matar á sus semejantes? ¿Esta cabeza, este corazon se han formado como los nuestros? ¿No contienen nada de particular y de extraño á nuestra naturaleza? En cuanto á mí no puedo dudarle. Es formado como nosotros esteriormente; nace como nosotros; pero es un ser extraordinario, y para que exista en la familia humana, es menester un decreto particular, un FIAT del poder creador. Es creado como un mundo. ¡Observad lo que es en opinion de los hombres, y comprended si podeis, cómo puede ignorar esta opinion y sobrellevarla! Apenas la autoridad ha designado su morada, apenas ha tomado posesion de ella, cuando las otras habitaciones retroceden hasta que no ven la suya. En medio de esta soledad y de esta especie de vacío formado á su alrededor, vive solo con su hembra y sus pequeñuelos que le hacen oír la voz del hombre: sin ellos no conoceria mas que sus gemidos..... Se hace una señal lúgubre; un ministro abyecto de la justicia, llama á su puerta y le advierte que hace falta: marcha, llega á una plaza pública cubierta de gentes que se oprimen y palpitan. Se le entrega un envenenador, un parricida, un sacrilego: se apodera de él, lo tiende, lo ata á una cruz horizontal y levanta el brazo: entonces en medio de un horrible silencio, no se escucha mas que el crugido de los huesos fracturados bajo la barra, y los alaridos de la víctima. La desata; la lleva á la rueda: donde los miembros destrozados se entrelazan á sus rayos; queda pendiente la cabeza; se erizan los cabellos, y la boca abierta como un horno, no envía por intervalos mas que un reducido número

de palabras sangrientas que anuncian la muerte. Ha concluido la operacion: el corazon le late pero de alegría se alaba, y dice en su interior: *nadie sabe egecutar mejor que yo.* Baja; alarga su mano teñida en sangre, y la justicia arroja en ella desde lejos algunas piezas de oro que se lleva consigo á través de dos filas de hombres que se apartan horrorizados: y sin embargo, se pone á la mesa, y come; se acuesta, y duerme. Y á la mañana siguiente al despertarse, en todo piensa menos en lo que ha hecho en el dia anterior. ¿Es este un hombre? Sí: Dios le recibe en su templa y le permite orar. No es criminal, sin embargo; ningun idioma permite decir, por ejemplo, *que es virtuoso, que es hombre honrado, que es digno de estimacion, etc.* Ningun elogio moral puede convenirle, porque todos suponen relaciones con los hombres, y él no tiene ninguna.

Y sin embargo, toda grandeza, todo poder, toda subordinacion descansa en el egecutor: es el horror y el nudo de la asociacion humana. Quitad del mundo ese agente incompreensible; y en el instante mismo el orden deja su lugar al caos, los tronos se hunden y la sociedad desaparece. Dios, que es el autor de la soberania, lo es tambien del castigo: y ha echado á nuestra tierra sobre estos dos polos; *porque Jehovah es el señor de los dos polos, y sobre ellos hace girar el mundo (Domini enim sunt cardines terræ, et possuit super eos orbem. Cant. Annæ. I, Reg-14, 8.)*

Hay, pues, en el dominio temporal una ley divina y visible para el castigo del crimen; y esta ley, tan estable como la sociedad que hace subsistir, está egecitada invariablemente desde el origen de las cosas: existiendo el mal sobre la tierra, obra constantemente; y por consecuencia necesaria, debe ser constantemente reprimido por el castigo; y en efecto, vemos en toda la superficie del globo una accion constante de todos los gobiernos para detener ó castigar los atentados del crimen: la espada de la justicia no tiene vaina; debe siempre ó amenazar ó herir. ¿Qué es lo que se quiere decir, pues, cuando se habla de la *impunidad del crimen?* ¿para quiénes son el knout, los patibulos, las ruedas y las hogueras? Indudablemente para el crimen. Los errores de los tribunales son escepciones que no alteran la regla: tengo por otra parte muchas reflexiones que haceros sobre este punto. En primer lugar, esos errores fatales son mucho menos frecuentes de lo que se imagina: por pocas sospechas que haya, siendo la opinion contraria á la autoridad, el oido del público acoge con avidéz los mas insignificantes rumores que suponen un asesinato juridico; mil pasiones individuales pueden juntarse á esta inclinacion general: pero pongo por testigo vuestro

tra larga esperiencia, señor Senador, de que es una cosa escesivamente rara un tribunal homicida por pasion ó por error. ¡Os reis, señor Caballero!

EL CABALLERO.

Es que en este momento estaba pensando en Calás; y los Calás me han hecho pensar en el caballo y todo el tribunal (1). Ved como se eslabonan las ideas, y cómo la imaginacion no cesa de interrumpir á la razon.

EL CONDE.

No os disculpeis, porque me habeis hecho un servicio, haciéndome pensar en ese famoso proceso que me suministra una prueba de lo que antes decia. Nada mas probado, señores, que la inocencia de Calás. Hay mil razones para dudar de ella, y aun para creer lo contrario; pero nada me ha llamado mas la atencion que una carta original de Voltaire al célebre Tronchin de Ginebra, que lei con toda detencion hace algunos años. En medio de la discusion pública mas animada, en que Voltaire se titulaba el protector de la inocencia y el vengador de la humanidad, se burlaba en esa carta como si hubiera hablado de una representacion teatral. Recuerdo con especialidad una frase que llamó mi atencion: *habeis encontrado demasiado caliente mi memoria, pero yo os preparo otra* AL BAÑO DE MARIA. En este estilo grave y sentimental, es en el que este hombre digno hablaba al oido á un hombre que merecia su confianza, mientras que la Europa retemblaba con sus fanáticas *trenodias*.

Pero dejemos á un lado á Calás. Que parezca un inocente es una desgracia como cualquiera otra, es decir, comun á todos los hombres. Si se escapa un criminal, es otra escepcion del mismo género. Pero siempre es una verdad, generalmente hablando, que hay sobre la tierra un orden universal y visible para el castigo temporal de los crímenes; y debo tambien hacerlos observar que los culpables no eluden tantas veces el ojo de la justicia como se habria de creer, si se escuchara la simple teoria, segun las precauciones infinitas que toman para ocultarse. Hay muchas veces en las casualidades que ocasionan el descubrimiento de los malvados mas diestros, alguna circunstancia tan inesperada, tan sorprendente, tan imprevista que los hombres llamados por sus

(1) En la época que fué rehabilitada la memoria de Calas, el duque de A... preguntaba á un habitante de Tolosa como era posible que el tribunal de esta ciudad se hubiese equivocado tan cruelmente; á lo que este último contestó con el trivial proverbio: *hay algun caballo bueno que no tropieza*, en hora buena, replicó le duque, *pero todo el tribunal entero!*

reflexiones á seguir el giro de esta clase de negocios, se sienten inclinados á creer que la justicia humana no se halla desprovista, en la averiguacion de los culpables, de cierto auxilio extraordinario.

Permitidme que añada todavía otra consideracion para concluir el capitulo de las penas. Como es muy posible que nos equivoquemos cuando acusamos á la justicia humana de salvar á un culpable; porque miremos como tal á uno que en la realidad no lo sea; es tambien igualmente posible, que un hombre llevado al patibulo por un delito que no haya ejecutado, lo haya merecido en la realidad por otro crimen absolutamente ignorado. Por felicidad ó por desgracia hay muchos ejemplares de este género, probados por la confesion de los mismos culpables; y creo que hay un número mucho mayor todavía que ignoramos. Esta última suposicion merece sobre todo grande atencion, porque aunque los jueces en este caso, sean en gran manera culpables ó desgraciados, la Providencia, para quien todas las cosas sirven de instrumento, aun los mismos obstáculos, no se ha servido menos del crimen ó de la ignorancia para egercer la justicia temporal que nosotros pedimos; no hay que dudar que ambas suposiciones disminuyen notablemente el número de las escepciones. Ya veis cuán destruida se halla esa pretendida igualdad como yo lo habia supuesto desde el principio, considerando solo la justicia humana.

De los castigos temporales que impone, pasemos ahora á las enfermedades. Conozco que os adelantareis á mi propio pensamiento. Si se quitase del universo la intemperancia de todos géneros, se quitarian tambien la mayor parte de las enfermedades, y quizás sea permitido decir, que todas. Esto lo puede comprender en general todo el mundo, de una manera confusa; pero bueno será examinar el asunto de mas cerca. Si no hubiera enfermedad moral en la tierra, tampoco habria enfermedad física; y puesto que una infinidad de enfermedades son producto inmediato de ciertos desórdenes; ¿no es cierto que la analogia nos conduce á generalizar la observacion? ¿Teneis presente por casualidad el trozo vigoroso, y algun tanto desagradable de Séneca sobre las enfermedades de su siglo? Es digno de notarse el ver la época de Neron, marcada con una afluencia de enfermedades desconocidas en los tiempos que la precedieron. Esclama chistosamente: «¿y acaso os admirareis del inmenso número de enfermedades? Contad los cocineros.» (*Innumerabiles esse morbo minaris? coquos numera.* Sen. Ep. xcvi.) Se enoja principalmente contra las mujeres. «Hipócrates, oráculo de la medicina, habia dicho que las mujeres no estaban sugetas á la gota. Tenia razon

sin duda con relacion á su tiempo; hoy no sucede así. Pero ya que ellas se han despojado de su sexo para vestirse del otro, queden por lo tanto condenadas á participar de todas las enfermedades, de aquel cuyos vicios han adoptado. *Maldigalas el cielo, por la infame usurpacion que esas miserables han tenido valor de hacer de lo nuestro* (1). Hay sin duda ninguna enfermedades, que no son, y nunca se habrá dicho bastante, sino resultados accidentales de una ley general; el hombre mas bueno debe morir; y dos hombres que dan una carrera forzada, uno para salvar á su semejante, y otro para asesinarle, pueden uno y otro morir de pleuresia; pero qué número tan espantoso de enfermedades en general y de accidentes particulares hay que no se deben mas que á nuestros vicios! Recuerdo que Bossuet, predicando ante Luis XIV y toda su corte, trajo á la medicina por testigo sobre las funestas consecuencias de la voluptuosidad (2). Tenia gran razon en citar lo que habia de mas apremiante y mas admirable; pero hubiera tenido derecho á generalizar la observacion; y por mi parte no puedo resistirme á la opinion de un nuevo apologista, que ha sostenido que todas las enfermedades tienen su origen en algun vicio proscripto por el Evangelio; que la ley santa contiene tanto la verdadera medicina del cuerpo como la del alma, de manera que en una sociedad de justos que hicieran uso de ella, la muerte no seria mas que el término inevitable de una vejez sana y robusta; opinion que fué, segun creo, la de Origenes. Lo que nos engaña bajo este punto, es que cuando el efecto no es inmediato, no lo percibimos; pero no es menos real por ello. Las enfermedades, una vez establecidas, se propagan, se amplian, se amalgaman por una afinidad funesta, de suerte que hoy sufrimos acaso el castigo fisico de un exceso cometido hace mas de un siglo. Sin embargo, á pesar de la confusion que resulta de estas horribles combinaciones, la analogia entre los crímenes y las enfermedades es visible para todo observador atento. Hay enfermedades, así como delitos, ac-

(1) Así es en efecto ó poco menos. Sin embargo se hará bien en leer el testo. El espantoso cuadro que aquí presenta Séneca, merece igual atencion de parte del médico que del moralista.

(2) «Han inventado jamás los tiranos torturas mas insupportables, que las que hacen sufrir los placeres á los que á ellos se abandonan? Ellos han traído al mundo enfermedades desconocidas al género humano; y los médicos enseñan de comun acuerdo, que las funestas complicaciones de síntomas y de enfermedades que desconciertan su profesion, confunden sus esperiencias, y desmienten tan amenudo los antiguos aforismos, tienen su origen en los placeres.» (Sermon contra el amor á los placeres, I. Punto.)

Este hombre habla de todo lo que quiere, nada hay que esté mas alto ni sea bajo que él.

tuales y originarios, accidentales, habituales, mortales y veniales. Hay enfermedades de cólera, de gula, de incontinencia, etc. Observad además que hay crímenes que tienen caracteres y por consiguiente nombres distintos en todos los idiomas, como el asesinato, el sacrilegio, el incesto, etc., y otros á quienes no podria designarse sino por términos generales, tales como los de fraude, injusticia, violencia, malversacion, etc.; y de la misma manera hay enfermedades caracterizadas, como la hidropesia, la tisis, la apoplejia, etc.; y otras que no pueden ser designadas sino por los nombres genéricos de malestar, de incomodidades, de dolores, de fiebres *innominadas*, etc. Y cuanto mas virtuoso es el hombre, mas al abrigo se halla de las enfermedades que tienen nombres propios.

Bacon, aunque protestante, no ha podido menos de fijar su mirada observadora en el gran número de santos (principalmente monjes y solitarios) á quienes ha favorecido Dios con la longevidad; y no es menos notable la observacion contraria, pues que no hay un vicio, ni un crimen, ni una pasion desordenada que no produzca en el orden fisico un efecto mas ó menos funesto, mas ó menos lejano. Se deduce de la analogia entre las enfermedades y los crímenes, que el divino Autor de nuestra Religion, que era el maestro para autorizar su mision á los ojos de los hombres, encendió volcanes ó hizo caer el rayo; pero no derogó nunca las leyes de la naturaleza, sino para hacer beneficios á los hombres; que este divino Maestro, digo, antes de curar las enfermas que se le presentaban, no dejaba de perdonarles sus pecados, ó se dignaba dar un público testimonio de la fé viva con que los habia reconciliado (1); y qué cosa hay mas notable que lo que dijo al leproso: «ya veis que os he curado; guardaos ahora de pecar, para que no os suceda algo peor.»

Parece que uno se ve conducido á penetrar en cierto modo este gran secreto, si se reflexiona sobre una verdad cuya sola enunciacion es una demostracion para todo el que sabe algo en filosofia, á saber: «que ninguna enfermedad puede reconocer una causa material.» Sin embargo, aunque la razon la revelacion y la esperiencia se reunan para convencernos del funesto enlace que existe entre la enfermedad moral y la enfermedad fisica, no solamente nos negamos á reconocer las consecuencias materiales de esas pasiones que no residen en el alma, sino que ni examinamos bastantemente los destrozos de las que tienen su origen en el orden fisico, y cuyas consecuencias sensibles de-

(1) Bourdaloue ha hecho la misma observacion, en su sermón sobre la predestinacion: VIS SANUS FIENI? Obra maestra de una lógica sana y consoladora.

bieran horrorizarnos. Mil veces, por ejemplo, hemos repetido el antiguo adagio, *que la mesa mata mas que la guerra*; y sin embargo de eso hay bien pocas personas que reflexionen bastante en la inmensa verdad de este axioma. Si cada uno se examinara severamente asimismo, quedaria convencido de que come la mitad mas de lo que debe. Del exceso en la cantidad, pasa al abuso en la cualidad. Examinad en todos sus detalles ese arte perverso de escitar el apetito engañoso que nos mata; pensad los innumerables caprichos de la intemperancia, en esas composiciones seductoras que son precisamente para nuestro cuerpo lo que los malos libros para nuestra alma, que por este medio queda á la vez sobrecargado y corrompido; y vereis claramente como la naturaleza, atacada continuamente por tales excesos, combate estérilmente contra nuestros atentados de cada momento; y como, apesar de sus maravillosos recursos, sucumbe al fin y como recibe en nosotros el germen de mil enfermedades. La filosofía habia adivinado desde hace mucho tiempo que toda la sabiduria del hombre se hallaba encerrada en dos palabras; *SUSTINE ET ABSTINE* (*sufre y abstente*. Este es el famoso *ANEXOT KAI ABEXOT* de los estóicos.) Y aunque esta débil legisladora se presta al ridiculo aun en sus mejores leyes, porque carece de medios para hacerse obedecer, sin embargo es menester ser equitativos con ella y tener en cuenta las verdades que ha publicado; ha comprendido muy bien que siendo viciosas las mas fuertes inclinaciones del hombre que tienden al punto de destruir la sociedad, él era su mayor enemigo, y que cuando habia aprendido á vencerse, lo sabia todo (1). Pero la ley cristiana, que ve la voluntad revelada del que todo lo sabe y todo lo puede, no se limita á consejos estériles: hace de la abstinencia en general, ó de la victoria habitual ganada sobre nuestros deseos, un precepto capital que debe servir al hombre de regla en toda la vida, y mas aun, de la privacion mas ó menos severa, mas ó menos frecuente de los placeres de la mesa, aun los permitidos, constituye una ley fundamental que puede muy bien ser modificada segun las circunstancias, pero que permanece siempre invariable segun su esencia. Si meditáramos sobre la privacion que llama *ayuno*, considerándola de una manera espiritual, nos bastaria escuchar y comprender á la Iglesia cuando dice á Dios, con la infalibilidad que ha recibido de él: *te sirves de la*

(1) El mas sencillo, el mas piadoso, el mas humilde, y por todas estas razones el mas profundo de los escritores ascéticos, ha dicho: «que nuestro negocio diario es el de hacernos mas fuertes que nosotros mismos.» *Hoc debet esse negotium nostrum... quotidie se ipso fortiolem fieri.* (de *Imit.* ch. 1. 33.) máxima que seria digna del Epicteto cristiano.

*abstinencia corporal para elevar nuestros espíritus hacia ti, para reprimir nuestros vicios, y para darnos virtudes dignas de recompensa* (1); pero yo no quiero salirme del dominio temporal; me ha sucedido muchas veces pensar con admiracion y aun con reconocimiento en esa ley saludable que opone abstinencias corporales y periódicas á la accion destructora que ejerce la intemperancia en nuestros órganos, y que impide al menos que esta fuerza se haga acelerada obligándola siempre á comenzar de nuevo. Nada se imaginó jamás que fuese mas sabio, ni aun con relacion á la simple higiene; nunca se convino mejor la ventaja temporal del hombre con sus intereses y necesidades de orden superior.

## EL SENADOR.

Acabais de indicar una de las fuentes mas grandes del mal físico, y que por sí solo justifica en gran parte á la Providencia en sus vias temporales, cuando nos atrevemos á juzgarla bajo este aspecto; pero la pasion mas desenfrenada y mas cara á la naturaleza humana es tambien la que mas debe fijar nuestra atencion, pues que por sí sola derrama mas enfermedades sobre la tierra que todos los otros vicios reunidos. Nos horrorizamos del homicidio; pero ¿qué son todos los homicidios reunidos y la guerra misma comparados con este vicio que es como el principio malo, *homicida desde su origen. Homicida ab initio.* (Joan. VIII, 44), que obra todo lo posible, que mata lo que todavia no existe y que no cesa de ejercitarse en las fuentes de la vida para embrocerlas ó corromperlas? Como debe existir siempre en el mundo en virtud de su constitucion actual, una conspiracion inmensa para justificar, para embellecer, y aun casi para hacer sagrado este vicio, no hay uno, sobre el que hayan acumulado los santos libros mas anatemas temporales. El sabio nos anuncia con delicada sabiduria las funestas consecuencias de las *noches culpables*; y si miramos á nuestro alrededor con ojos puros y bien dirigidos, nada se opone para que podamos observar el incontestable convencimiento de esos anatemas. La reproduccion del hombre, que por una parte le acerca al bruto, le eleva por otra hasta la pura inteligencia por las leyes que rodean este gran misterio de la naturaleza, y por la sublime participacion

(1) *Qui corporali jejunio vitia comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et premia.* (Prefacio de la misa durante la cuaresma.)

Platon ha dicho, que si la naturaleza no tuviera medios físicos para prevenir, al menos en parte, las consecuencias de la intemperancia, este vicio fatal bastaria por sí solo para hacer inhabil al hombre *para todas las facultades del genio, de las gracias y de la virtud, y para estender en él el espíritu divino.* (In *Tim. Opp.*, tom. x, p. 394.)

concedida al que se ha hecho digno de él. Pero ¡cuán temible es la sancion de estas leyes? Si pudiéramos percibir claramente los males que resultan de las generaciones desordenadas y de las innumerables profanaciones de la primera ley del mundo, retrocederíamos llenos de espanto. Ved ahí porque la única, la misma inteligencia verdadera es también la única que sin haberlo reducido todo al hombre, se ha apoderado sin embargo del matrimonio y lo ha sometido á santos reglamentos. Creo que su legislación sobre este punto debe ser colocada en la esfera de las pruebas más sensibles de su debilidad. Los sabios de la antigüedad, aunque privados de las luces que nosotros poseemos, se hallaban más cerca del origen de las cosas, y habían llegado hasta ellos algunos fragmentos de las tradiciones primitivas; y así vemos que se habían ocupado fuertemente de este objeto importante, porque no solo creían que los vicios morales y físicos se trasmitían de padres á hijos, sino que por un resultado natural de esta creencia, advertían al hombre que examinase detenidamente el estado de su alma cuando al parecer no se entregaba sino á las funciones de las leyes materiales. ¡Qué no hubieran dicho si hubieran sabido lo que es el hombre y lo que puede su voluntad! No se imputen pues los hombres sino á sí mismos la mayor parte de las enfermedades que les afligen, padecen justamente lo que á su vez harán padecer. Nuestros hijos llevarán consigo el castigo de nuestros defectos; nuestros padres los han sufrido de antemano.

EL CABALLERO.

Sabeis amigo mio, que si fuerais oido por algunas personas que yo conozco, os considerarían como ser iluminado.

EL SENADOR.

Si esos hombres de que me habláis me hiciesen ese cumplimiento en la acepcion natural, yo les daría sinceramente las gracias; porque nada sería más feliz y más honorífico que el estar realmente *iluminado*; pero no es esto lo que entendéis. En todo caso, si soy iluminado, no lo soy al menos de los que hablamos hace poco (véase la página 29); porque mis *luces* no provienen seguramente de ellos. Por lo demás, si el género de mis estudios me conduce algunas veces á hojear las obras de algunos hombres extraordinarios, ya vos mismo me habeis proporcionado una regla segura para no estraviarnos, regla á la que nos deciais hace un momento sometiais constantemente vuestra

condueta. Esta regla es la de la utilidad general. Cuando una opinion no choca, no perjudica ninguna verdad reconocida y cuando por otra parte tiende á instruir al hombre, á perfeccionarle, y á hacerle dueño de sus pasiones, yo no veo motivo para que la rechacemos. Puede el hombre estar demasiado penetrado de su dignidad espiritual? No podría ciertamente engañarse creyendo que es para él de la mayor importancia el no obrar nunca en las cosas que se han puesto á su disposicion, como un instrumento ciego de la Providencia; sino como un ministro inteligente, libre y sumiso, con voluntad anterior y determinada de cumplir los proyectos del que le ha enviado. Si se equivoca en la estension de los efectos que atribuye á esta voluntad, es menester confesar que se equivoca muy inocentemente, y me atrevo á añadir muy felizmente.

EL CONDÉ.

Admito de todo corazón esa regla de la utilidad que es comun á todos los hombres; pero nosotros tenemos otra que nos liberta de todo error; á saber, la de la autoridad. Que se diga, que se escriba todo lo que se quiera; nuestros padres han echado ya el áncora; atengámonos á ellos y no temamos ni á los iluminados ni á los impíos. Separando por lo demás de esta discusion todo lo que pudiera mirarse como hipotético, estaré en mi derecho estableciendo este principio incontestable; *que los vicios morales pueden aumentar el número y la intensidad de las enfermedades hasta un punto que no es posible señalar, y reciprocamente, que el abominable imperio del mal físico puede ser reducido por la virtud á unos límites que es también imposible fijar.* Así como no hay la menor duda sobre la verdad de esta proposicion, no debe haberla tampoco para justificar los caminos de la Providencia aun en el orden temporal, si se une sobre todo esta consideracion á la de la justicia humana, pues que está demostrado, que bajo este doble aspecto, el privilegio de la virtud es incalculable aun sin apelar para ello á la razon, ni á ninguna consideracion religiosa. Creéis que salgamos ahora del orden temporal?

EL CABALLERO.

Empiezo á fastidiarme tanto de la tierra, que no sentiría nada que tuvieseis la bondad de llevarme más alto. Si pues...



EL SENADOR.

Me opongo á ese viaje por esta noche. El placer de la conversacion nos seduce, y el dia nos engaña; porque ya es mas de media noche. Vámonos pues á acostar de acuerdo con nuestros relojes, y mañana concurremos á la cita.

EL CONDE.

Teneis razon: Las personas de nuestra edad deben en esta estacion formarse una noche convencional para dormir tranquilamente, asi como tambien deben formarse un dia facticio en invierno para favorecer el trabajo. En cuanto á nuestro Caballero nada impide que despues de haberse separado de sus graves amigos vaya á distraerse en el gran mundo. Encontrará sin duda ninguna mas de una casa en que aun estarán sobre la mesa.

EL CABALLERO.

Me aprovecharé de vuestro consejo con la condicion sin embargo de que me hareis la justicia de creer que no pienso distraerme *en ese gran mundo* tanto como aquí. Pero decidme antes de separarnos si el bien y el mal están acaso distribuidos en el mundo como el dia y la noche. Hoy no encendemos las bugias sino por fórmula. Dentro de seis meses apenas las apagaremos. En Quito se encienden y se apagan las luces todos los dias á una misma hora. Entre estos dos puntos extremos, el dia y la noche van creciendo del equador al polo y viceversa en un orden invariable; pero al fin del año, cada uno saca su cuenta y cada persona ha recibido sus cuatro mil trescientas ochenta horas de dia y otras tantas de noche. Qué pensais de esto Sr. Conde?

EL CONDE.

Mañana hablaremos.

## SEGUNDA VELADA.

EL CONDE.

Devolveis la taza, Caballero, no quereis mas té?

EL CABALLERO.

No, gracias; me contento por hoy con una sola taza; educado, como sabeis en una provincia meridional de Francia en que no es mirado el té sino como un remedio contra el reuma, he vivido despues entre pueblos que hacen grande uso de esta bebida: la he usado como los otros para seguir la costumbre, pero sin haber encontrado jamás placer bastante para hacer de ella una necesidad. Por otra parte no soy partidario por sistema de esas nuevas bebidas; ¿quién sabe si nos habrán traído tambien enfermedades nuevas?

EL SENADOR.

Eso podrá ser muy bien, sin que la suma de enfermedades que hay en la tierra se haya aumentado; porque suponiendo que la causa que indicais haya producido algunas incomodidades ó enfermedades nuevas, lo que me parece bastante difícil de probar, habria tambien que tomar en cuenta las enfermedades que se han debilitado considerablemente, y que aun han desaparecido casi en su totalidad, como la lepra, la elefantiasis, etc. Además, yo no me inclino á creer que el té, el café y el azúcar, que han tenido un éxito tan prodigioso en Europa, se nos hayan dado como castigos: me inclino mas á mirarlos como presentes. Pero

EL SENADOR.

Me opongo á ese viaje por esta noche. El placer de la conversacion nos seduce, y el dia nos engaña; porque ya es mas de media noche. Vámonos pues á acostar de acuerdo con nuestros relojes, y mañana concurremos á la cita.

EL CONDE.

Teneis razon: Las personas de nuestra edad deben en esta estacion formarse una noche convencional para dormir tranquilamente, asi como tambien deben formarse un dia facticio en invierno para favorecer el trabajo. En cuanto á nuestro Caballero nada impide que despues de haberse separado de sus graves amigos vaya á distraerse en el gran mundo. Encontrará sin duda ninguna mas de una casa en que aun estarán sobre la mesa.

EL CABALLERO.

Me aprovecharé de vuestro consejo con la condicion sin embargo de que me hareis la justicia de creer que no pienso distraerme *en ese gran mundo* tanto como aquí. Pero decidme antes de separarnos si el bien y el mal están acaso distribuidos en el mundo como el dia y la noche. Hoy no encendemos las bugias sino por fórmula. Dentro de seis meses apenas las apagaremos. En Quito se encienden y se apagan las luces todos los dias á una misma hora. Entre estos dos puntos extremos, el dia y la noche van creciendo del equador al polo y viceversa en un orden invariable; pero al fin del año, cada uno saca su cuenta y cada persona ha recibido sus cuatro mil trescientas ochenta horas de dia y otras tantas de noche. Qué pensais de esto Sr. Conde?

EL CONDE.

Mañana hablaremos.

## SEGUNDA VELADA.

EL CONDE.

Devolveis la taza, Caballero, no quereis mas té?

EL CABALLERO.

No, gracias; me contento por hoy con una sola taza; educado, como sabeis en una provincia meridional de Francia en que no es mirado el té sino como un remedio contra el reuma, he vivido despues entre pueblos que hacen grande uso de esta bebida: la he usado como los otros para seguir la costumbre, pero sin haber encontrado jamás placer bastante para hacer de ella una necesidad. Por otra parte no soy partidario por sistema de esas nuevas bebidas; ¿quién sabe si nos habrán traído tambien enfermedades nuevas?

EL SENADOR.

Eso podrá ser muy bien, sin que la suma de enfermedades que hay en la tierra se haya aumentado; porque suponiendo que la causa que indicais haya producido algunas incomodidades ó enfermedades nuevas, lo que me parece bastante difícil de probar, habria tambien que tomar en cuenta las enfermedades que se han debilitado considerablemente, y que aun han desaparecido casi en su totalidad, como la lepra, la elefantiasis, etc. Además, yo no me inclino á creer que el té, el café y el azúcar, que han tenido un éxito tan prodigioso en Europa, se nos hayan dado como castigos: me inclino mas á mirarlos como presentes. Pero

en una ú otra manera, no los miraré como cosas indiferentes. No hay casualidad en el mundo, y sospecho desde hace mucho tiempo, que la comunicacion de alimentos y bebidas entre los hombres, tiene una tendencia lejana á egecutar alguna obra secreta que se verifica en el mundo sin que nosotros la conozcamos. Para todo hombre que vea claro y que quiera mirar, no hay nada mas patente que el enlace de los dos mundos; y rigurosamente hablando, pudiera decirse que no hay mas que un mundo porque la materia es nada. Imaginad, si gustais, la materia como existente por sí sola, sin inteligencia; y jamás podreis llegar á concebirla.

EL CONDE.

Pienso que nadie puede negar las relaciones mutuas del mundo visible y del mundo invisible. Resulta de esto un doble modo de considerarlas; porque la una y la otra puede ser considerada respectivamente en sí misma, ó en sus relaciones con la otra. Segun esta division natural, abordé ayer la cuestion que nos ocupa. Yo no consideré desde un principio mas que el orden puramente temporal; y os pedí permiso despues para elevarme á mas altas consideraciones, cuando fui interrumpido muy á propósito por el señor Senador. Voy á continuar ahora.

Siendo todo mal un castigo, se deduce de esto que ningun mal puede ser considerado como necesario, y no siendo necesario ningun mal, se deduce que el mal puede ser prevenido, ó por la supresion del crimen que lo habia hecho necesario, ó por medio de la oracion que tiene la fuerza de evitar el castigo, ó de mitigarle. Pudiendo, pues, ser coartado indefinidamente por este medio sobrenatural, ya veis...

EL CABALLERO.

Permitidme que os interrumpa y sea impolitico, para obligaros á que seais mas claro. Tocais un asunto que me ha agitado mas de una vez penosamente; mas por el momento suspendo mis argumentos sobre este punto; yo quisiera solamente hacer os observar que confundis, sino me engaño, los males debidos inmediatamente á las faltas de quien los sufre, con aquellos otros que nos trasmite una desgraciada herencia. Decis que nosotros sufrimos hoy, quizá por excesos cometidos hace mas de un siglo; á mi me parece que no debemos responder de esos crímenes como tampoco del de nuestros primeros padres. No creo que la fé se estienda hasta este punto; y si no me engaño, bastante es lo que hemos sufrido por un pecado original, pues que este solo peca-

do nos ha sometido á todas las miserias de esta vida. Parece, pues, que los males físicos que nos vienen por herencia, nada tienen que ver con el gobierno temporal de la Providencia.

EL CONDE.

Tened presente, que no me he fijado sobre esa triste herencia, y que no os la he dado como prueba directa de la justicia que egerce la Providencia en este mundo. He hablado de ello incidentalmente, como de una observacion que me encontraba en el camino; pero os doy las gracias de todo corazon por haberla puesto sobre el tapete, porque es muy digna de ocuparnos. Si no he hecho ninguna distincion entre las enfermedades, es porque todas ellas son castigos. El pecado original, que lo explica todo y sin el que nada se explica, se repite desgraciadamente á cada instante, aunque de una manera secundaria. No creo que en vuestra caulidad de cristiano, cuando sea desenvuelta exactamente esa idea, tenga nada de chocante para vuestra inteligencia. El pecado original es un pecado sin duda; sin embargo, si el hombre lo examina de cerca, encuentra que este misterio como los otros tiene aspectos satisfactorios aun para nuestra limitada inteligencia. Dejemos á un lado la cuestion teológica de la imputacion, que queda intacta, y limitémonos á esta observacion vulgar, que tambien se concierta con nuestras mas naturales ideas, que todo ser que posee la facultad de propagarse no puede producir sino un ser semejante á sí mismo. Esta regla no tiene escepciones; se halla escrita en todas las partes del universo. Si pues un ser está degenerado, su posteridad no será semejante al estado primitivo de este ser, sino mas bien al estado en que ha venido á parar por una causa cualquiera. Esto se concibe muy claramente, y la regla tiene lugar en el orden físico, como en el orden moral. Pero es menester observar que hay entre el hombre *enfermizo* y el hombre *enfermo*, la misma diferencia que tiene lugar entre el hombre *vicioso* y el hombre *culpable*. La enfermedad aguda no es trasmisible; pero la que vicia los humores, se convierte en *enfermedad original*, y puede perderá una raza entera. Lo mismo sucede con las enfermedades morales. Algunas pertenecen al estado ordinario de la imperfeccion humana; pero hay tales consecuencias de prevaricacion que pueden degradar absolutamente al hombre. Este es un *pecado original* de segundo orden, pero que nos representa, aunque imperfectamente el primer punto; de esto provienen los salvajes que han hecho decir tantas estravagancias, y que han servido sobre todo de testo eterno á J. J. Rousseau, uno de los

sofistas mas peligrosos de su siglo, y sin embargo, el mas destituido de verdadera ciencia, de sagacidad y sobre todo de profundidad, con una profundidad aparente que está toda en las palabras. Ha tomado constantemente al salvaje como el hombre primitivo, cuando no es ni puede ser mas que el descendiente de un hombre desgarrado del grande árbol de la civilizacion por una prevaricacion cualquiera, pero de un género que no puede repetirse, segun mi opinion, porque dudo mucho se formen nuevos salvajes.

Como consecuencia del mismo error, se han considerado las lenguas de estos salvajes como lenguas comenzadas, cuando no son y no pueden ser sino fragmentos de lenguas antiguas, *arruinadas*, si es permitido explicarse así, y degradadas como los hombres que las hablan. En efecto, toda degradacion individual ó nacional queda sobre la marcha manifestada por una degradacion rigorosamente proporcional en el lenguaje. ¿Cómo podria el hombre perder una idea ó solamente la exactitud de una idea sin perder la palabra ó la propiedad de la palabra que la explica? ¿y cómo por el contrario podria pensar mejor ó peor sin manifestarlo en el acto por su lenguaje?

Hay una *enfermedad original* así como hay un pecado original, es decir, que en virtud de esta degradacion primitiva, estamos sujetos á toda clase de padecimientos físicos *en general*; así como en virtud de esta misma degradacion estamos sujetos á toda clase de vicios *en general*. Esta enfermedad original no tiene, pues, otro nombre. No es mas que la capacidad de sufrir todos los males, como el pecado original (hecha abstraccion de la imputacion) no es sino la capacidad de cometer todos los crímenes, lo que concluye el paralelo. Pero hay tambien enfermedades, así como prevaricaciones *originales* de segundo orden; es decir, que ciertas prevaricaciones cometidas por ciertos hombres han podido degradarlas *mas ó menos*, y perpetuar de este modo mas ó menos en su descendencia así los vicios como las enfermedades: podrá suceder que esas grandes prevaricaciones ya no sean posibles; pero no es menos cierto que el principio general subsiste y que la religion cristiana se ha mostrado poseedora de grandes secretos, cuando ha dirigido su solicitud principal y toda la fuerza de su potencia legislativa é institutriz hácia la reproduccion legitima del hombre, para evitar toda trasmision funesta de padres á hijos. Si he hablado sin distincion de las enfermedades que debemos inmediatamente á nuestros crímenes personales y de las que recibimos como herencia de los vicios de nuestros padres, el error es ligero; pues que como decía hace poco, ellas no son verdaderamente sino castigos de un

crimen. Solo esta herencia es la que choca desde luego á la razon humana; pero entretanto que no podamos hablar de ella mas largamente, contentémonos con la regla general que he indicado, *de que todo ser que se reproduce no puede producir sino un ser semejante á simismo*. Aquí, Sr. Senador, es donde invoco vuestra *conciencia intelectual*: si un hombre se ha entregado á tal crimen ó á tal serie de crímenes que sean capaces de alterar su principio moral, comprendéis que esta degradacion es transmisible como lo es la del vicio escrofuloso y sifilitico. Por lo demas no tengo necesidad de esos males hereditarios. Recordad cuanto he dicho sobre este objeto como un paréntesis de la conversacion; todo lo demás queda inalterable. Reuniendo todas las consideraciones que he puesto ante vuestra vista, espero que no os quedará ninguna duda de *que el inocente cuando sufre no sufre jamás sino por su cualidad de hombre; y que la inmensa mayoria de los males recae sobre el crimen; lo que me es suficiente. Ahora...*

EL CABALLERO.

Seria inútil, al menos para mí, que fueseis mas adelante; porque desde que habeis hablado de los salvajes, ya no os he escuchado. Habeis pronunciado incidentalmente sobre esta especie de hombres una palabra que ocupa por entero mi atencion. ¿Podreis probarme que las lenguas de los salvajes son *fragmentos* y no *rudimentos* de lenguas?

EL CONDE.

Si tratase de emprender seriamente esa prueba, Caballero, parece que á vos seria á quien tocara el probar lo contrario; pero temo que nos internariamos en una disertacion que nos llevaria muy lejos. Si no obstante os parece que la importancia del asunto exige al menos que os manifieste *mi opinion*, yo la entregaré voluntariamente y sin detalles á vuestras reflexiones futuras. Ved, pues, lo que creo sobre los puntos principales cuya simple consecuencia ha llamado vuestra atencion.

La esencia de todo ser inteligente es el conocer y amar. Los límites de su esencia son los de la naturaleza; el ser inmortal, no aprende nada; sabe por su propia esencia todo lo que debe saber. Por otra parte, ningun ser inteligente puede desear el mal por su naturaleza ó en virtud de su esencia; seria necesario para ello que Dios lo hubiese hecho malvado, lo que es imposible. Si el hombre, pues, está sujeto á la ignorancia y al mal, esto no puede ser sino en virtud de una degradacion accidental

que no podría ser sino consecuencia de un crimen. Esta necesidad, esta sed de ciencia, que agita al hombre, no es sino la tendencia natural de su ser que le lleva hácia su estado primitivo y le anuncia lo que es.

*Gravita*, si puedo explicarme así, hácia las regiones de la luz. Ningun castor, ninguna alondra, ninguna abeja sabe mas que sus antepasados. Todos los seres permanecen tranquilos en el lugar que ocupan. Todos son degradados, pero lo ignoran; solo el hombre posee el conocimiento de ello, y ese sentimiento es á la vez la prueba de su grandeza y de su miseria, de sus sublimes derechos, y de su increíble degradacion. En el estado á que se halla reducido, no tiene ni aun la triste felicidad de ignorarlo: se contempla sin cesar, y no puede hacerlo sin avergonzarse; su misma grandeza lo humilla, pues que sus luces que le elevan hasta la region de los ángeles, no sirven mas que para demostrarle inclinaciones abominables que le hacen descender á la region de los brutos. Busca en las profundidades de su ser alguna parte sana, sin poderla encontrar: el mal lo ha corrompido todo y el hombre entero es una enfermedad (1). Agregado inconcebible de dos poderes diferentes é incompatibles, centauro monstruoso conoce que es resultado de alguna prevaricacion desconocida, de algun ingerto detestable que ha viciado al hombre hasta en su esencia mas intima. La inteligencia es por su misma naturaleza resultado, á la vez ternario y único, de una *percepcion* que aprende, de una *razon* que afirma, y de una *voluntad* que obra. Las dos primeras potencias están debilitadas en el hombre; pero la tercera está suelta (2), y semejante á la serpiente del Tasso, se arrastra á si misma (*E se dopo sé tira*. Tasso, xv, 48.) avergonzada de su dolorosa impotencia. En esta tercera potencia, es donde el hombre se siente herido de muerte. No sabe lo que quiere; quiere lo que no quiere; y no quiere lo que quiere; *quisiera querer*. Vé en si mismo cierta cosa que no es él, y que es mas fuerte que él. El sabio resiste y esclama: *¿quién me librará?* (Rom. vii, 24.) el insensato obedece, y llama *felicidad* á su cobardia; pero no puede deshacerse de esa otra voluntad incorruptible en su esencia, aunque haya perdido su imperio; é hiriéndole el corazon, el remordimiento no cesa de esclamar: *haciendo lo que tú no quieres, obedeces á la ley* (Ibid., 16.) ¿quién puede

(1) Όλος άνθρωπος νόστος. Hippocr., Carta á Demagetes. (*Inter opp. cit. edit. tom. II, p. 925.*) Esto es verdadero en todos sentidos.

(2) *Fracta et debilitata*. Esta es una espresion de Ciceron, tan justa que los Padres del concilio de Trento no encontraron otra mejor para explicar el estado de la voluntad bajo el imperio del pecado: *liberum arbitrium fractum atque debilitatum*. (Conc. Trid. sess. 6. ad Fam. l. 9.)

creer que tal ser haya podido salir en este estado de las manos del Criador? Esta idea es tan repugnante, que aun la filosofia por si sola, hablo de la filosofia pagana, ha adivinado el pecado original. El viejo Timeo de Locres, no decia ya, ciertamente que de acuerdo con su maestro Pitágoras, *que nuestros vicios provienen menos de nosotros mismos, que de nuestros padres y de los elementos que nos constituyen?* no dice tambien Platon, *que debemos atender mas al generador que al engendrado?* y en otro punto no ha añadido que *el Señor Dios de los Dioses (DEUS DEORUM. Ex XVIII, 2 Deut. x, 17. Esth. xiv, 12. Ps. xliii, 12. Dan. II, 47; III, 90.) viendo que los seres sometidos á la generacion habian perdido (ó destruido en ellos) el don inestimable, habia determinado someterlos á un trato propio enteramente para castigarles y regenerarles*. Ciceron no se separaba del sentir de estos filósofos, y de los iniciados que habian pensado *que estábamos en este mundo para espiar algun crimen cometido en otro mundo*. Ha citado y aun adoptado en cierta parte la comparacion de Aristóteles, á quien la contemplacion de la naturaleza humana le traia á la memoria el espantoso suplicio de un desgraciado atado á un cadáver, y condenado á pudrirse con él. En otra parte dice explicitamente *que la naturaleza nos ha tratado como madrastra mejor que como madre; y que el espiritu divino que existe en nosotros, está como sofocado por la inclinacion que ella nos ha imbuido hácia todos los vicios* (1); ¿y no es cosa singular que haya hablado Ovidio en los mismos términos que S. Pablo? El poeta crítico ha dicho: *yo veo el bien, y lo amo; y el mal sin embargo me seduce* (2); y el apóstol, tan elegantemente traducido por Racine, ha dicho:

Yo no hago el bien que amo,  
y hago el mal que aborrezco; (3)

Finalmente, cuando los filósofos que acabo de citaros, nos aseguran que los vicios de la naturaleza humana pertenecen mas

(1) V. S. Aug. lib. IV, *contra Pelag.*; y los fragmentos de Ciceron, in 4.º Elzevir, 1664, p. 1314—1312.

(2) ..... *Video meliora, proboque; Deteriora sequor.*

(Ovid. Met. VII, 17.)

(3) Voltaire ha dicho, aunque no tan bien:  
Se huye del bien que se ama; y se odia el mal que se hace.  
(Loi nat. II.)

Luego añade inmediatamente:  
El hombre, se ha dicho muchas veces  
Es un enigma oscuro.  
¿Pero en qué lo es el mas, que toda la naturaleza?  
¿Aturdido que sois! ya acabais de decirlo.

á los padres que á los hijos, es claro que no hablan de ninguna generacion en particular. Si la proposicion permanece vaga, es porque no tiene sentido; de manera que la naturaleza misma de las cosas la relaciona á una corrupcion de origen, y por consiguiente universal. Platon nos dice: *que al contemplarse á si mismo, no sabe si vé un monstruo mayor, mas malvado que Tiphon, ó bien mejor un ser moral, dulce y bienhechor, que participa de la naturaleza divina* (él veia lo uno y lo otro). Añade que el hombre, llevado así por sentimientos contrarios, no puede obrar bien y vivir dichoso *sin reducir á esclavitud aquel poder del alma en donde reside el mal, y sin poner en libertad el en que está la mansion y el órgano de la virtud*. Esta es precisamente la doctrina cristiana, y no puede confesarse con mas claridad el pecado original. ¿Qué importan las palabras? El hombre es malo, horriblemente malo. ¿Lo ha creado Dios tal? Ciertamente que no, y el mismo Platon se apresura á responder: *que el ser bueno no quiere ni hace mal á nadie*. Somos degenerados, ¿y de qué manera? Esta corrupcion que Platon veia en él, no era aparentemente cierta cosa particular á su persona, y seguramente no se creia mas malo que sus semejantes. En el fondo, pues, hablaba como David: *mi madre me ha concebido en la iniquidad*; y si estas espressiones se hubieran presentado á su imaginacion, hubiera podido adoptarlas, sin dificultad. Luego, no pudiendo ser la degradacion sino una pena, y suponiendo la pena un crimen, la razon por sí sola se encuentra conducida, como por fuerza, al pecado original: porque siendo nuestra funesta inclinacion al mal, una verdad de sentimiento y de esperiencia, proclamada por todos los siglos, y esta inclinacion constantemente mas ó menos victoriosa de la conciencia y de las leyes, no habiendo nunca cesado de producir en la tierra trasgresiones de toda especie, jamás ha podido reconocer y deplorar el hombre ese triste estado, sin confesar por ello mismo el triste dogma de que os hablo; porque no se puede ser malvado sin ser perverso, ni perverso sin ser degradado, ni degradado sin ser castigado, ni castigado sin ser culpable.

En fin, señores, nada hay mas confirmado, nada tan universalmente creído bajo una ú otra forma, nada, en fin, tan intrínsecamente admisible como la teoria del pecado original.

Dejadme que añada solamente, y espero que no tendreis ningun trabajo en concebir que una inteligencia originalmente degradada, sea y permanezca incapaz (á menos de una regeneracion sustancial) de aquella contemplacion inefable que nuestros antiguos maestros llamaron muy propiamente *vision beatífica*, pues que produce, y es ella misma la felicidad eterna; así como con-

cebreis que un ojo material, sustancialmente viciado, puede ser incapaz en tal situacion de soportar la luz del sol. Luego esta incapacidad de gozar del SOL, es, sino me engaño, la única consecuencia del pecado original que debemos mirar como natural é independiente de toda trasgresion actual (1). La razon me parece que puede elevarse hasta este punto; y creo que tiene derecho á alegrarse sin cesar de ser dócil á él.

Estudiado así el hombre en sí mismo, pasemos á su historia.

Todo el género humano proviene de una sola pareja. Se ha negado esta verdad como todas las demás; y eso qué le hace?

Sabemos muy pocas cosas de las que precedieron al diluvio, y aun segun algunas conjeturas plausibles no nos convendria saber muchas mas. Una sola consideracion nos interesa, y no conviene perderla jamás de vista, á saber; que los castigos son siempre proporcionados á los crímenes, y los crímenes proporcionados siempre á los conocimientos del culpable; de manera que el diluvio supone crímenes inauditos, y estos crímenes suponen conocimientos infinitamente superiores á los que poseemos, ved una cosa cierta y que conviene profundizar. Estos conocimientos desarrollados por el mal que los habia hecho tan funestos, sobrevivieron en la familia justa á la destruccion del género humano. Estamos cegados sobre la naturaleza de la ciencia por medio de un sofisma grosero que ha fascinado la vista de todos; á saber, el de juzgar el tiempo en que los hombres veian los efectos en sus causas, por el en que se elevan trabajosamente de los efectos á las causas, en que no se ocupan sino de los efectos, en que dicen que es inútil ocuparse de las causas, en que no saben ni aun lo que es una causa. No se cesa de repetir: *Juzgad del tiempo que ha sido menester para saber tal ó cual cosa!* Qué inconcebible ceguedad! No ha sido menester mas que un instante. Si el hombre hubiera podido conocer la causa de un solo fenómeno fisico, comprenderia provablemente todos los demás. No queremos conocer que las verdades mas difíciles de discutir, son muy fáciles de comprender. La solucion de cierto problema hizo en otro tiempo saltar de alegria al mas profundo geómetra de la antigüedad; y sin embargo esta misma solucion se encuentra en todos los tratados de matemáticas elementales, y no escede su conocimiento de las fuerzas ordinarias de una inteligencia de quince años. Hablando Platon, en ciertaparte

(1) La pérdida de la vision de Dios, supuesto que la conocen, no puede menos de causarles habitualmente (á los niños muertos sin bautismo) un dolor sensible que les impida ser felices. (Bongeant. Exposition de la doctrina, in-12. Paris, 1716, tom. II, ca. II, art. 2, p. 150 y tom. II, secc. IV, cap. III, p. 343.)

de lo que mas importa saber al hombre, añade de seguida con esa sencillez penetrante que le es natural. *Las cosas se aprenden fácil y perfectamente, si ALGUNO NOS LAS ENSEÑA* (1), ved la espresion. Es además evidente para la simple razon, que los primeros hombres que repoblaron el mundo, despues de la gran catástrofe, necesitaron de auxilios extraordinarios para vencer los obstáculos de toda especie, que se les presentaban (2); y ved, señores, el hermoso carácter de la verdad. ¿Se trata de establecerla? al momento vienen testigos de todas partes y se presentan por sí mismos; jamás se han hablado, jamás se contradicen, cuando los testigos del error se contradicen aun cuando tratan de mentir. Ved a la sabia antigüedad sobre las narraciones de los primeros hombres; ella os dirá que fueron hombres maravillosos, y que otros seres de orden superior se dignaban favorecerles con las comunicaciones mas preciosas. Sobre este punto no hay disonancia; los iniciados, los filósofos, los poetas, la historia, la fábula, el Asia y la Europa, no tienen mas que una voz. Tal concierto de la razon, de la revelacion y de todas las tradiciones humanas, forma una demostracion que solo la boca puede contradecir. No solamente, pues, han comenzado los hombres por la ciencia, sino por una ciencia diferente de la nuestra y superior á la nuestra; porque comenzaba mas alto, lo que la hacia tambien muy peligrosa; y esto os esplica, porque la ciencia en su principio fué siempre misteriosa y encerrada en los templos, donde se estinguió al fin cuando esa llama no podia servir ya sino para abrasar. Nadie sabe á qué época se remontan; no digo los primeros bosquejos de la sociedad, sino las grandes instituciones, los profundos conocimientos y los monumentos mas magníficos de la industria y del poder humano. Al lado del templo de S. Pablo en Roma, encuentro las cloacas de Tarquino y las construcciones ciclopeas. Esta época se toca á las de los Etruscos, cuyas artes y cuyo poder van á perderse en la antigüedad (*Dii ante rem romanum*. Tit. Liv), y á quienes Hesiodo llamaba *grandes é ilustres*, nueve siglos antes de Jesucristo (3).

(1) 'Εὐ διδάσκει τις. Lo que sigue no es menos precioso: *Pero*, dice, *nadie nos lo enseñará á menos que Dios no le muestre el camino*. Ἄλλ' ὁὐδ' ἐν διδάσειεν εἰ μὴ Θεὸς ὑπογοῖτο Ἐπίη. Opp. tom. IX, p. 259.

(2) *Yo no dudo*, decia Hippocrates, *que las artes hayan sido primitivamente gracias* (Θεῶν χάριτας) *concedidas á los hombres por los dioses*. (Hippocr. Epist. in Opp. ex. edit. Froesii. Francfort, 1624. in fol. p. 4274.) Voltaire no es de esta opinion: *para forjar el hierro, ó para sustituirle, se necesitan tantas CASUALIDADES felices, tanta industria, tantos siglos!* (Ensayo, etc. introd. p. 45.) Este contraste es extraño; pero creo que una buena inteligencia que reflexione atentamente sobre el origen de las artes y las ciencias no titubeará largo tiempo entre la gracia y la casualidad.

(3) Theóg. v. 114. Consultad relativamente á los Etruscos, *Carli-Rubi*

que enviaron colonias á Grecia y á varias islas, muchos siglos antes de la guerra de Troya. Pitágoras, viajando por Egipto seis siglos antes de nuestra era, aprendió la causa de todos los fenómenos de Venus. No tuvo mas que aprender cierta conseja curiosa, pues que sabia desde la antigüedad que *Mercurio, para sacar á una diosa del mayor embarazo, jugó al ajedrez con la luna y le ganó la septuagésima segunda parte del día* (1). Confieso que al leer el *banquete de los siete sabios*, en las obras morales de Plutarco, no he podido menos de sospechar que los egipcios conocian la verdadera forma de las órbitas planetarias. Podreis, cuando os plazca, proporcionaros el placer de comprobar ese texto. Juliano, en uno de sus desabridos discursos, no sé cual llama al sol *el Dios de los siete rayos*, ¿de dónde habia tomado este singular epíteto? ciertamente que no podia provenirle sino de las antiguas tradiciones asiáticas, que habia recogido en sus estudios theúrgicos; y los libros sagrados de los indios presentan un buen comentario de este texto, pues que en ellos se lee que siete jóvenes doncellas habiéndose reunido para celebrar la venida de *Crischna*, que es el Apolo indio, el Dios se apareció de repente en medio de ellas y les propuso bailar; pero que estas virgenes habiéndose escusado diciendo que les faltaban danzantes, Dios proveyó á esta necesidad, dividiéndose á sí mismo, de manera que cada doncella tuvo su *Crischna*. Añadid que el verdadero sistema del mundo fué perfectamente conocido desde la mas remota antigüedad. Pensad que las pirámides de Egipto, rigurosamente orientadas, preceden á todas las épocas ciertas de la historia; que las artes son humanas, que no pueden vivir y brillar sino reunidas; que la nacion que ha podido crear colonias capaces de resistir á la accion libre del aire por un periodo de treinta siglos, levantar á una altura de seiscientos pies, masas que insultarian á toda nuestra mecánica (véanse las Antigüedades egipcias, griegas, etc., de Cailús, en 4.<sup>o</sup> tom. v. prefacio), esculpir sobre el granito aves, entre las que un viagero moderno ha podido reconocer todas las especies (1); pero que esta nacion, digo, era *necesariamente* tan eminente en las demas artes, y sabia tambien *necesariamente* una multitud de cosas que nosotros no sabemos.

*bi, Lettere americane*, p. III. lett. II. p. 94—104 de l'édit. in 8.<sup>o</sup>. De Milan. Lanzi. *Saggio di lingua etrusca, etc.* 3 vol. in 8.<sup>o</sup>. Roma, 1780.

(1) Se puede leer esta historia en el tratado de Plutarco, de *Iris y Usiris*, cap. XII. Conviene observar que la septuagésima segunda parte del día multiplicada por trescientos sesenta, de los cinco días que se añadieron en la antigüedad; para formar el año solar, y que trescientos sesenta multiplicados por este mismo número, dan el de 20,920, que esplica la gran revolucion resultante de la precesion de los equinocios.

Si desde aquí echo una mirada en el Asia, veo los muros de Nemrod, levantados sobre una tierra, húmeda todavía con las aguas del diluvio, y observaciones astronómicas tan antiguas como la ciudad. Donde colocaremos pues esos pretendidos tiempos de barbarie y de ignorancia. Placenteros filósofos nos han dicho: *los siglos no nos hacen falta*: os hacen falta y mucho; porque allí está la época del diluvio para ahogar todas las fábulas de la imaginación, y las observaciones geológicas que demuestran el hecho, demuestran también su fecha, con una incertidumbre ilimitada, tan insignificante en el tiempo, como, la distancia entre nosotros y la luna, puede serlo en el espacio. Lucrecio mismo no ha podido prescindir de dar un testimonio notable de la modernidad de la familia humana; y la física, que podría aquí prescindir de la historia, deduce sin embargo de ella una nueva fuerza, pues que vemos que la incertidumbre histórica concluye entre todas las naciones en la misma época, es decir, hacia el siglo octavo antes de nuestra era. Es permitido á las gentes que todo lo creen, excepto la Biblia, citarnos las observaciones chinescas de hace cuatro ó cinco mil años, sobre una tierra que no existía, por un pueblo á quien los Jesuitas enseñaron á hacer almanaques al fin del siglo xvi; todo esto no merece la pena de discutirse: dejémosles decir. Quiero presentaros únicamente una observación que quizá no habeis hecho: á saber, que habiendo sido echado por tierra de pies á cabeza todo el sistema de las antigüedades indianas, por los apreciables trabajos de la academia de Calcutta, y demostrando la simple inspección de una carta geográfica que la China no ha podido ser poblada sino despues de la India, el mismo golpe que ha caído sobre las antigüedades indianas, ha hecho caer también las de la China, con las que no ha cesado Voltaire de aturdirnos.

Por lo demás, habiendo sido el Asia el teatro de las mayores maravillas, no es de extrañar que sus pueblos hayan conservado una inclinación mas fuerte hacia lo maravilloso, que la que es natural al hombre en general, y que cada uno puede reconocer en sí mismo. De esto proviene que hayan mostrado siempre tan poco gusto y talento hacia nuestras ciencias de *conclusiones*. Se diría que recuerdan todavía la ciencia primitiva y la época de la *intuición*. El águila encadenada exige una *montgolfiera* para levantarse por los aires? no: exige solamente que se rompan sus lazos. ¿Y quién sabe si esos pueblos están destinados todavía á contemplar espectáculos que se nieguen al genio ergotista de la Europa? Sea lo que quiera, observad que es imposible pensar

(1) Véase el viaje de Brucio y el de Hasselquist citado por Mr. Bryant. *New system of an analysis of ancient Mythology etc*; in 4.º tom. iii, p. 301.

en la ciencia moderna, sin verla constantemente rodeada de todos los aparatos del espíritu, y de todos los métodos del arte. Bajo de la abrochada vestidura del norte, perdida la cabeza entre los bucles de una cabellera mentirosa, cargados los brazos de libros y de instrumentos de toda especie; pálida de vigiliass y de trabajos, se arrastra manchada de tinta y jadeante sobre el camino de la verdad, bajando constantemente su frente surcada de signos algebraicos. Nada semejante en la alta antigüedad. En cuanto nos es posible divisar la ciencia de los primitivos tiempos á una distancia tan enorme, se la vé siempre libre y aislada, queriendo que no marche, y presentando en toda su persona cierta cosa aérea y sobrenatural. Entrega á los vientos sus cabellos que se escapan de una *mítira* oriental; él *ephod* cubre su pecho que se levanta con la inspiración; no mira mas que al cielo; y su desdenoso pie parece no tocar la tierra sino para abandonarla. Sin embargo, aunque nada haya pedido nunca á nadie, y no se le conozca algun apoyo humano, no está menos probado que posee los mas raros conocimientos: esta es una gran prueba, si pensais bien en ello, de que la ciencia antigua estaba dispensada del trabajo impuesto á la nuestra, y que todos los cálculos que establecemos sobre la esperiencia moderna, son lo mas falso que se puede imaginar.

#### EL CABALLERO.

Acabais de probarme, mi buen amigo, que se habla fácilmente de lo que gusta. Me habeis prometido un símbolo sencillito; pero vuestra profesion de fé se ha convertido en una especie de discurso. Lo que hay en esto de bueno, es que no habeis dicho una palabra de los salvages que es de lo que se trataba.

#### EL CONDE.

Os confieso que en este punto estoy como Job, *lleno de discursos* (1), yo los pronuncio con gusto delante de vos; pero por vida mía, ¡qué quisiera ser igualmente oido de todos los hombres, y hacerme creer de ellos! por lo demás, no sé á que me recordais los salvages. Parece que no he cesado un momento de hablaros de ellos. Si todos los hombres provienen de tres parejas que repoblaron el universo, y si el género humano ha comenzado por la ciencia, el salvage no puede ser, como os decía, sino una rama desprendida del árbol social. Yo podría también

(1) *Plenus enim sum sermonibus... loquar et respiro paululum.* Job. XXXII, 18-20.



entregaros la ciencia, aunque muy incontestable, y no reservarme mas que la religion, que basta por sí sola, aun en un grado muy imperfecto, para escluir el estado salvaje. En cualquier parte en donde veais un altar, allí se encuentra la civilizacion. *El pobre en su cabaña, cubierta de balago, es menos sabio que nosotros sin duda alguna, pero mas verdaderamente social si se ayuda del catecismo y se aprovecha de él.* Los mas vergonzosos errores, las crueldades mas detestables han manchado los anales de Memphis, de Atenas y de Roma; pero todas las virtudes reunidas honran las cabañas de Paraguay. Y si la religion de la familia de Noé debió necesariamente ser la mas esclarecida y la mas real que sea posible imaginar, y si en su realidad misma es donde hay que buscar las causas de su corrupcion, esta es una segunda demostracion añadida á la primera de que podia prescindirse. Debemos reconocer, pues, que el estado de civilizacion y de ciencia en cierto sentido, es el estado natural y primitivo del hombre. Todas las tradiciones orientales comienzan tambien por un estado de perfeccion y de luces, y aun diré de *luces sobrenaturales*; y la Grecia, la embustera Grecia, *que á todo se ha atrevido en la historia*, rinde homenaje á esta verdad, colocando su edad de oro en el origen de las cosas. No es menos notable que ella no atribuye á las edades siguientes, ni aun á la de hierro el estado salvaje; de suerte que todo lo que nos ha contado de los primeros hombres que vivian en los bosques, alimentándose de bellotas y pasando despues al estado social, la pone en contradiccion consigo misma, ó no puede referirse sino á casos particulares, es decir, á algunas puebladas, degradadas y vueltas despues trabajosamente *al estado de naturaleza*, que es la civilizacion. Voltaire, y es cuanto puede decirse, no ha confesado que la divisa de todas las naciones ha sido siempre; ¿que LA EDAD DE ORO FUE LA PRIMERA QUE SE MANIFESTÓ SOBRE LA TIERRA? Y bien, todas las naciones han protestado contra la hipótesis de un estado primitivo de barbarie, y seguramente algo vale esta protesta.

Ahora, ¿qué me importa la época en que tal ó cual rama fué separada del árbol? ella es separada, esto me basta: ninguna duda queda sobre la degradacion, y me atrevo á decir tambien, que ninguna duda sobre la causa de la degradacion que no puede ser mas que un crimen. Habiendo el jefe de un pueblo alterado en su casa el principio moral por alguna de esas prevaricaciones que, segun las apariencias, no son ya posibles en el actual estado de cosas, porque felizmente no sabemos bastante para hacernos culpables hasta ese punto; este jefe del pueblo, digo, trasmite el anatema á su posteridad; y siendo acelerada

por su naturaleza toda fuerza constante; puesto que se adicciona constantemente á sí misma, pesando esta degradacion sin intervalo sobre los descendientes, ha hecho de ellos al fin lo que llamamos *salvages*. Este último grado de embrutecimiento es el que Rousseau y sus iguales llaman *el estado de la naturaleza*. Dos causas estremamente distintas han echado una engañosa nube sobre el horrible estado de los salvages; la una es antigua, la otra pertenece á nuestro siglo. En primer lugar, la inmensa caridad del sacerdocio católico, ha puesto muchas veces al hablarnos de estos hombres, sus deseos en lugar de realidades. Habia demasiada verdad en el primer impulso de los europeos que se negaron, en el siglo de Colon, á reconocer por semejantes suyos á los hombres degradados que poblaban el nuevo mundo. Los sacerdotes emplearon toda su influencia en contrarestar esa opinion, que fomentaba demasiado el bárbaro despotismo de los nuevos señores. Gritaban á los españoles: «Nada de violencias, el Evangelio las reprueba; si no sabeis destruir los ídolos en el corazon de esos desgraciados, ¿para qué destruis sus horribles altares? para hacerles conocer y amar á Dios, se necesitan otra táctica y otras armas que las vuestras (1).» Del centro mismo de los desiertos regados con su sudor y con su sangre, volaban á Madrid y á Roma para pedir allí edictos y bulas contra la impia codicia que queria esclavizar á los indios. El sacerdote piadoso los ensalzaba para hacerlos dignos de aprecio; atenuaba el mal, exageraba el bien, prometia todo lo que deseaba; en fin, Robertson, que no es sospechoso, nos advierte en su historia de América, *que debe desconfiarse sobre este objeto de todos los escritores que han pertenecido al clero, visto que son demasiado favorables á los indígenas*. Otro origen de los falsos juicios que se han concebido sobre ellos se encuentra en la filosofia de nuestro siglo, que se ha servido de los salvages para establecer sus vanas y culpables declamaciones contra el orden social; pero la menor atencion basta para ponernos en guardia contra los errores de la caridad, y contra los de la mala fé. No puede fijar-

(1) Acaso el interlocutor tenia á la vista las bellas representaciones que el P. Bartolome de Olmedo dirigia á Cortés, y que nos ha conservado el elegante Solís. *Porque se comparecian mal la violencia y el Evangelio; y aquello en la substancia, era derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon, etc., etc.* (Conquista de la Nueva España III, 3.) He leído alguna cosa sobre la América, y no tengo conocimiento ni de un solo acto de violencia que se pueda imputar á los sacerdotes, á escepcion de la célebre aventura de Valverde, que probaria si fuera cierta, *que habia un loco en España en el siglo xvi*; pero tiene todos los caracteres intrínsecos de la falsedad. No me ha sido posible descubrir su origen; un español muy instruido me ha dicho; *eres que es una fábula del imbécil Garcilaso.*

se por un momento la vista en el salvaje, sin leer escrito el anatema, no digo solamente en su alma, sino hasta en la forma exterior de su cuerpo. Es un niño deforme, robusto y feroz, en quien la llama de la inteligencia no arroja, sino una luz pálida é intermitente. Una mano terrible que pesa sobre esas razas sacrificadas, borra en ellas los dos caracteres, distintivos de nuestra grandeza, la prevision y la perfectibilidad. El salvaje corta el árbol para coger el fruto, desunce el buey que los misioneros acaban de entregarle y lo pone á guisar, sirviéndole de leña la madera del arado: desde hace mas de tres siglos nos contempla sin haber querido necesitar nada de nosotros, escepto la pólvora para matar á sus semejantes, y el aguardiente para matarse á si mismo; no ha imaginado jamás el fabricar estas cosas; descansa en nuestra avaricia que no le faltará jamás. Así como las sustancias mas abyectas y violentas son sin embargo susceptibles de cierta degeneracion, así tambien los vicios naturales de la humanidad están mas viciados en el salvaje. Es ladrón, es cruel, es desenvuelto de costumbres, pero lo es de una manera distinta que nosotros. Para ser criminales, nosotros nos sobreponemos á nuestra naturaleza: el salvaje la sigue, tiene el deseo del crimen, y no sus remordimientos. Mientras que el hijo mata á su padre para eximirle de las molestias de la vejez, la mujer destruye en su propio seno el fruto de sus brutales amores para libertarse de las fatigas de la lactancia. Arranca los sangrientos cabellos de su enemigo vivo todavia; lo desgarrá, lo asa, y lo devora cantando; si llega á apoderarse de nuestras bebidas fuertes, bebe hasta la embriaguez, hasta la fiebre, hasta la muerte, privado igualmente de la razon que impone al hombre por el temor, y del instinto que advierte al criminal por el disgusto. Está visiblemente sacrificado; está herido en lo mas profundo de su ciencia moral; hace temblar al observador que sabe contemplarle; pero debemos temblar en nosotros mismos y de una manera natural? pensemos que con nuestra inteligencia, nuestra moral, nuestras ciencias y nuestras artes, somos con relacion al hombre primitivo precisamente lo que el hombre es á nosotros. No puedo abandonar este asunto sin indicaros tambien una observacion importante: el bárbaro, que es una especie de término medio entre el hombre civilizado y el salvaje, ha podido y puede ser civilizado todavia por una religion cualquiera; pero el salvaje propiamente dicho, no lo ha sido jamás sino por el cristianismo. Este es un privilegio de primer orden, una especie de redencion exclusivamente reservada al verdadero sacerdocio. ¿Y cómo podrá entrar de nuevo en el goce de sus derechos el condenado á muerte civil si el soberano no

le concede una carta de indulto? ¿y qué cartas de este género no están refrendadas? (1) cuanto mas reflexioneis en esto, tanto mas convencidos estareis de que no hay medio de explicar el gran fenómeno de los pueblos salvajes, del que no se han ocupado bastantemente los verdaderos filósofos.

Por lo demas, no debe confundirse al *salvaje* con el *bárbaro*. En el uno el germen de la vida se halla estinguido ó amortiguado; el otro ha recibido la fecundacion y no necesita sino de tiempo y circunstancias para desenvolverse. Desde el momento la lengua que se habia degradado con el hombre, renace con él, se perfecciona y se enriquece. Si se quiere llamar á esta *lengua nueva*, consiento en ello: la expresion es justa en un sentido; pero este sentido es muy diferente del adoptado por los sofistas modernos, cuando hablan de las lenguas *nuevas ó inventadas*.

Ninguna lengua ha podido ser inventada, ni por un hombre que no hubiera podido hacerse obedecer, ni por muchos que no hubieran podido entenderse. Lo mejor que puede decirse de la palabra, es lo que se ha dicho del que se llama PALABRA. *Se ha lanzado antes de todos los tiempos del seno de su principio; es tan antiguo como la eternidad... quién podrá contar su origen* (2)? Ya apesar de las lamentables preocupaciones del siglo, un físico... si, ciertamente, un físico ha tomado sobre si la responsabilidad de convenir con tímida intrepidez, en que el hombre habia hablado desde luego, porque se le habia hablado. Bendiga Dios la partícula se tan útil en las ocasiones difíciles. Haciendo á este esfuerzo toda la justicia que se merece, hay que convenir, sin embargo, en que todos los filósofos del último siglo, aun sin esceptuar los mejores, son unos poltrones que tienen miedo á los hombres inteligentes.

Rousseau, en una de sus ruidosas rapsodias, manifiesta tambien algun temor de hablar razonablemente. Confiesa que las lenguas le parecen una cosa muy bella.

Aquella palabra *mano del espíritu*, como dice Charron, le produce cierta admiracion, y bien considerado no comprende claramente como ha sido inventada. Pero el gran Condillac se lamenta de esta modestia. Se lamenta de que un hombre de la inteligencia

(1) Admití con todo mi corazon estas grandes verdades, todo pueblo salvaje se llama *Lo-Hammi*, y hasta tanto que se le haya dicho: *«Sois mi Pueblo, nunca podrá decir sois mi Dios!»* (Osee II, 24.)

Puede leerse un buen trozo acerca de los salvajes en el diario del norte. Setiembre, 1807. n.º XXXV, p. 704 y siguientes, Robertson (Historia de la América, tomo II, 1 y 4) ha descrito perfectamente el estado de embrutecimiento del salvaje, es un retrato verdadero como repugnante.

(2) *Egressus ejus ab initio á diebus æternitatis... generationem ejus quis enarrabit?* Michee, V, 2, Isaias, LIII, 8.

de Mr. Rousseau haya encontrado dificultades donde no las hay; de que no haya visto que las lenguas se han formado insensiblemente, y que cada hombre ha puesto algo de su propia cosecha. Véase todo el misterio, señores; una generacion ha dicho *Á*, y otra *BE*; los Asirios han inventado el nominativo, y los Medas el genitivo.

.... Quis inepti  
tam patiens capitis, tam ferreus ut teneat se.

Pero yo quisiera antes de concluir este asunto, recomendar á vuestra atencion una observacion que siempre me ha chocado. ¿De dónde procede que se encuentran en las lenguas primitivas de todos los pueblos antiguos, palabras que necesariamente suponen convencimientos estraños á esos pueblos? ¿De dónde habian tomado los griegos por ejemplo, hace tres mil años por lo menos, el epíteto de *Physizos* (que daba ó poseia la vida) que Homero dió algunas veces á la tierra? ¿Y la de *Pheresbios*, casi sinónima, que los atribuye Hesiodo (1)? ¿De dónde habian tomado el epíteto mas singular todavía de *Philemate* (*amorosa ó alterada de sangre*), dada á la misma tierra en una tragedia (2)? ¿quién les habia enseñado á llamar al azufre, que es el significado de fuego, el *divino* (3)? Yo no estoy ménos admirado del nombre de *Cosmos*, dado al mundo. Los griegos le llamaron *belleza*, porque *todo orden es belleza*, como dice en cierta parte el buen Eustatho y que el orden supremo existiria en el mundo. Los latinos encontraron la misma idea, y la esplicaron por su palabra

(1) Iliada III, 243, XXI, 63, Odisea XI, 300. Hesiod. Opp. y Dies, v. 694. Mucho tiempo hacia que se hallaba en mi poder esta obra cuando di con la siguiente observacion hecha por un hombre acostumbrado á ver, y nacido para distinguir bien: *varios idiomas, dice, que únicamente son peculiares hoy á pueblos bárbaros, parece que son restos de lenguas ricas muy flexibles y que denotan una cultura muy adelantada* (Monumentos de los Pueblos indígenas de la América, por M. de Humbolt. París, in 8°, 1816, introd. p. 29).

(2) Σπάρτα δ' ἔπι τῆς γῆς ΦΙΛΑΙΜΑΤΟΥ ῥοῶσι. (Eurip. Phæn. V. 479). Eschyles ya habia dicho:

De dos hermanos rivales  
Degollados uno por otro  
Su sangre bebió la tierra, etc.

(Los siete Gefes, acto IV, sc. 1.)

Lo que trae á la memoria una espresion de la santa escritura. *La tierra ha abierto la boca y ha debido la sangre de tu hermano.* (Gen. IV, sc. 11.)

Y Racine que poseia en tal alto grado la aficion á la antigüedad, ha usado de esta espresion (algo desfigurada por un epíteto ocioso) su tragedia de Phedro II, 1.

Y la tierra humedecida  
con pesar bebió la sangre  
de los sobrinos de Erecthea.

(3) Τοτείον.

*mundus*, que hemos adoptado dándole solamente una terminacion francesa, escepto sin embargo que algunas de estas palabras escluyen el desorden, y la otra escluye la suciedad, sin embargo es la misma idea, y las dos palabras son igualmente justas é igualmente falsas. Pero decidme tambien, ¿cómo es que los antiguos Latinos cuando no conocian todavía mas que la guerra y la labranza, imaginaron esplicar por la misma palabra la idea de la oracion y la del suplicio? ¿Quién les enseñó á llamar á la fiebre *purificatriz* ó *espiatriz*? ¿Y no se diria que aquí existe un juicio, un verdadero conocimiento de causa, en virtud del cual un pueblo afirma la exactitud del nombre? ¿pero creéis que esta clase de juicios han podido pertenecer á un tiempo en que apenas se sabia escribir en que el dictador cultivaba su jardin, en que se escribian versos que no entendian ni Varron, ni Ciceron? Estas palabras y otras que todavía en gran número se podrian citar y que tienen relacion con toda la metafísica oriental, son fragmentos evidentes de lenguas mas antiguas destruidas ú olvidadas. Los griegos habian conservado algunas tradiciones oscuras bajo este concepto; ¿y quién sabe si Homero no testificaba la misma verdad, sin saberlo quizá, cuando nos habla de ciertas cosas, *que los Dioses nombran de una manera, y los hombres de otra?*

Al leer á los metafísicos modernos, habreis encontrado razonamientos que se pierden de vista sobre la importancia de los signos y sobre las ventajas de una lengua filosófica (como ellos dicen) que seria creada *a priori* ó perfeccionada por los filósofos. No quiero entrar en la cuestion acerca del origen del lenguaje, la misma para decirlo de paso, que la de las ideas innatas; lo que puedo aseguráros, porque nada es mas evidente, es el prodigioso talento de los pueblos infantiles para formar las palabras y la absoluta incapacidad de los filósofos para el mismo objeto. En los siglos mas refinados, recuerdo que Platon ha hecho observar ese talento de los pueblos en su infancia. Lo que hay en esto de notable, es que han procedido deliberadamente, en virtud de un sistema arreglado de concierto aun cuando esto sea rigorosamente imposible bajo todos aspectos. Cada lengua tiene su genio, y este genio es *único*, de manera que escluye toda idea de composicion, de formacion arbitraria y de convencion anterior. Las leyes generales que la constituyen son lo mas admirable que presentan todas las lenguas: en la griega, por ejemplo, es una de ellas, que las palabras pueden juntarse para una especie de fusion parcial que las une para hacer que nazca una segunda significacion sin desfigurarlas: esta es una regla general de que no se separa el idioma. El latin, mas refractario, deja por decirlo así, *quebrar* sus palabras; y de sus fragmentos elegidos y

reunidos por medio de yo no sé que *aglutinacion* enteramente singular, nacen nuevas palabras de una belleza sorprendente, y cuyos elementos no podrian ser reconocidos sino por un ojo inteligente. De las tres palabras, por ejemplo, *caro*, *data*, *vermibus*, han hecho *CADAVER carne entregada á los gusanos*. De estas otras palabras, *magis*, el *voló*, *non et voló*, han hecho *MALO* y *NOLO*, dos palabras escelentes que todas las lenguas, y la griega misma pueden envidiar á la latina. De *cæcus ut ire* (marchar á tientas como un ciego) hicieron ú *cæcutire*, otro verbo muy feliz que nos hace falta (1). *Magis* y *aucte* han producido *MACTE*, palabra enteramente particular á los latinos, y de la que se sirven con mucha elegancia. El mismo sistema produjo su palabra *UTERQUE*, tan felizmente formada de *unus alterque* (2), palabra que les envidio estraordinariamente, porque nosotros no podemos explicarla sino por una frase, *l'un et l'autre*. ¿Y qué os diré de la palabra *NEGOTIOR* admirablemente formada de *NE EGO OTIOR* (yo estoy ocupado, yo no pierdo el tiempo), de donde se deriva *negotium*, etc? Pero pareceme que el genio latino se ha superado á si mismo en la palabra *ORATIO*, formada de *os* y de *RATIO*, boca y razon, es decir, *razon hablada*.

Los franceses no son del todo estraños á este sistema. Nuestros antepasados, por ejemplo, han sabido nombrar muy bien á los suyos por la union parcial de la palabra *ancien* con la de *ETNE*, así como hicieron *beffroi* de *bel beffroi*. Ved como observaron antiguamente sobre las dos palabras latinas *duo é ire*, de las que hicieron *duire* ir dos juntos, y por estension muy natural, *llevar*, *conducir*. Del pronombre personal *se*, del advverbio relativo de lugar *hors*, y de una terminacion verbal *tir*, han hecho *SORTIR*, es decir, *SEHORSTIR*, ó *poner su propia persona fuera del sitio en que estaba*, lo que me parece maravilloso. ¿Teneis curiosidad en saber cómo unian las palabras á la manera de los griegos? yo os citaré la de *COURAGE*, formada de *cor* y de *RAGE*, es decir, *rabia del corazon* (*rage du cœur*); ó por mejor decir, *exaltacion*, *entusiasmo del corazon* (en el sentido ingles de *RAGE*). Esta palabra fué en un principio una traduccion muy feliz del *Thymos*, griego, que no tiene hoy sinónimo en francés. Haced conmigo anatomía de la palabra *INCONTESTABLE*, encontrareis en ella la negacion *IN*, el signo del medio y de la simultaneidad *CUM*, la raiz antigua *TEST*, común sino me engaño, á los Latinos y á los Cel-

(1) Los chinos han hecho para los oídos, justamente lo que los Latinos hicieron para los ojos. (Mem. de los mis. de Pekin, in 8<sup>o</sup>, tomo VIII, p. 121.)

(2) De aquí proviene que estando la pluralidad oculta, digámoslo así, en esta palabra, la han construido los Latinos con el plural de los verbos *Utraque nupserunt*. Ovidio Fast. VI, 247.

tas, y el signo de capacidad *ABLE*, del latin *HABILIS*, si el uno y el otro no vienen de una raiz común y anterior. Así la palabra *incontestable* significa exactamente *una cosa tan clara que no admite prueba en contrario*.

Admirad la metafísica sutil con que, del *QUARE* latino, *parcè de-torto*, ha hecho nuestro *CAR*, y que ha sabido tomar de *UNUS* la particula *ON*, que desempeña tan gran papel en nuestra lengua. No puedo prescindir de citaros nuestra palabra *RIEN* que los franceses han tomado del latin *REM*, tomada por una cosa cualquiera ó por el ser absoluto. Esta es la razon por qué fuera del caso en que *RIEN*, respondiendo á una interrogacion, contiene ó supone una elipse, no podemos emplear esta palabra sino con una negacion, por que no es negativa (1), á diferencia del latin *NIHIL*, que es formada de *NE* y de *NIHILUM*, como *nemo* lo es de *NE* y de *HOXO* (*ni un átomo*, *ningun hombre*).

Es un placer el asistir, por decirlo así, á los trabajos de ese principio oculto que forma las lenguas. Unas veces le vereis luchar contra una dificultad que le detiene en su marcha; busca una forma que le hace falta: sus materiales le resisten: entonces él se desembarazará de ellos por un solecismo feliz, y dirá muy bien *rue passante*, *couleur voyante*, *place marchande*, *metal cassant*, etc. Unas veces se le verá engañarse y cometer un yerro formal, como la palabra francesa *incredule*, que niega un defecto en vez de negar una virtud, algunas veces se hace posible reconocer al mismo tiempo el error y la causa del error: el oído francés habiendo exigido por ejemplo impropriamente que la letra *s* no se pronunciase en el monosilabo *est*, tercera persona del singular, del verbo sustantivo, era indispensable, para evitar equivocaciones ridiculas sustraer la particula conjuntiva *et* de la ley general que dispone la union de toda consonante final, con la vocal que sigue (2): pero nada fué mas impropriamente establecido; porque esta conjuncion, única ya, y por lo tanto insuficiente, negándose así á unirse *iratis musis*, con las vocales si-

(1) *Rien* (nada) se ha formado de *rem*, como *bien* de *bene*. Joinville sin necesidad de recurrir á otros, nos conduce á la creacion de esta palabra, diciéndonos muy amenudo *que pour nulle RIEN au monde il n'eut voulu* etc. etc. (que traducido á castellano quiere decir, que por nada del mundo no hubiera querido, etc. Nota del traductor.) En un canton de la Provenza he oído decir, *tu non vales REM*, y es puramente latino.

(2) En efecto, si la particula conjuntiva observa la regla general, estas frases, *un homme et une femme*, *un honnête homme et un fripon* (que traducido al castellano significa un hombre y una mujer, un hombre de bien y un bribon (nota del traductor) se pronunciarían precisamente como lo pronunciaríamos: *un homme est une femme*, *un honnête homme est un fripon*, etc. (que traducido al castellano quiere decir un hombre es una mujer, un hombre de bien es un bribon: nota del traductor.)

guientes, se ha hecho escesivamente incómodo tanto para el poeta, como para el prosista que tiene oído.

Pero volviendo al talento primordial (me dirijo á vos en particular, señor Senador) deteneos en vuestra nacion y preguntadla ¿con qué palabras ha enriquecido su lengua desde la grande era? Ah! esta nacion ha hecho lo propio que las demas. Desde que se ha metido á razonar, ha tomado palabras prestadas, mas no ha creado ninguna. No puede evadirse pueblo alguno de la ley general. En todas partes la época de la civilizacion y de la filosofia no es otra en este género que la de la esterilidad. Leo en vuestras targetas *Minister, General, Kammerherr, Karmmer-rümker, Frauen, General ANCHEF, General-DEJOURNEL, Jous-tizü-Politzü Minister, etc.* El comercio me pone en sus anuncios *Magazet, fabrica Meubel etc.* Oigo en el ejercicio *Directü na prava, na leva. Desplieque en cuadro, un escalon, contra-marcha etc.* La Administracion militar pronuncia *Haupt Vacht, Exercice-hause: Ordonance hause. Commesariat, Cazarma, Cancellari, etc.* Pero todas estas palabras y otras mil que pudiera citar, no equivalen á una sola de aquellas tan hermosas, tan elegantes, tan espresivas que tanto abundan en nuestro idioma primitivo *souproug* (esposo) por ejemplo, que significa exactamente *aquel que está unido con otro bajo el mismo yugo*; nada hay mas natural ni mas ingenioso. En verdad, señores, es forzoso confesar que los salvajes ó los bárbaros cuando deliberaron en aquel tiempo para formar semejantes nombres, no dejaron de tener algo de buen tacto.

Pues que diremos de las sorprendentes analogías que se advierten entre las lenguas separadas por el tiempo y el espacio hasta el punto de no haberse podido unir jamás? Pudiera enseñaros en uno de esos volúmenes manuscritos que veis en mi mesa, varias paginas llenas de mis garrapatos, y á las que he intitulado *Paralelismos de la lengua griega y de la francesa*. Bien sé que en este punto me ha precedido un gran maestro *Henri-Etienne*; pero no he hallado nunca su libro, y no hay cosa mas entretenida que formarse uno mismo esta especie de memorias, á medida que se lee y segun se presentan los ejemplos. Cuidado que no hablo de las simples conformidades de palabras adquiridas naturalmente por via de contacto y de comunicacion, sino por la conformidad de ideas probadas por sinónimos de sentido en todo de formas diferentes, lo que quita toda idea de ser prestadas. Observad solamente una cosa bien singular: y es que cuando se trata de vertir alguna de estas ideas, cuya espresion natural ofendiera en algun modo la delicadeza, han encontrado los franceses con frecuencia precisamente los mismos me-

dios empleados ya por los griegos para salvar estas originalidades chocantes, lo que debe parecer extraño, pues que respecto á esto hemos obrado por nosotros mismos, sin pedir nada á nuestros intermediarios los latinos. Estos ejemplos bastan para hacernos conocer la fuerza que preside á la formacion de las lenguas, y para dar á conocer la nulidad de todas las especulaciones modernas. Cada lengua por si sola repite los fenómenos espirituales que sucedieron en su origen, y cuanto ella mas antigua es, mas sensibles son estos fenómenos. Sobre todo, ninguna acepcion hallareis á la observacion sobre que he insistido tanto; y es que á medida que uno se eleva hácia aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie que vieron nacer las lenguas, mas lógica y profundidad hallareis siempre en la formacion de las palabras, desapareciendo este talento por una graduacion contraria, segun se va descendiendo á las épocas de ciencia y de civilizacion. Mil años antes de nuestra era espresaba Homero en una sola palabra evidente y armoniosa: *Ellos respondieron por medio de una aclamacion favorable á lo que acababan de oir*: (1). Al leer á este poeta tan pronto ve uno chispear en su rededor un fuego regenerador que sostiene la vida, (2) como se siente humedecido por el rocío que destilan sus encantadores versos sobre la poética morada de los inmortales. (3) El sabe esparcir la voz divina á los humanos como una atmósfera sonora que razona aun despues que el Dios ha cesado de hablar. (4) Puede invocar á Andromaea y enseñarnosla del mismo modo que su esposo la vió por la última vez rebosando ternura y sollozando. (5).

¿Cuál era el origen de esta lengua que parece que nace como Minerva y cuya primera produccion es una obra maestra desesperada, sin que haya sido posible probar nunca que ha caducado?

Diremos francamente con los doctores modernos: *Cuantos siglos han trascurrido para poder formar una lengua como esta!* En

(1) Aquí se trata sin la menor duda de ΕΠΕΥΦΗΜΗΣΑΝ (Epenphemesan) de la Iliada, I, 25, acaso pudiera producirse en francés una sombra de esta palabra bajo una forma bárbara diciendo ellos le SOBREBIEN-ACLAMARON.

(2) Ζαφρογενες τελεβουσι. Iliad. XXI, 465.

(3)

Σταλπινα δ' απεπιπτον ερσαι. Ibid. XIV, 352.

(4) Θεση δε μιν αμφοτερον ομη. Ibid. II, 41. Qui hoc in aliud sermonem converteri volet is doman, qui sit horum vocabulorum vis et ενεργεια sentiet (CLARKIUS AD LOC.) Añade con razon: *Domnia DACIER non male: le pareció que la voz que se estenderia en su alrededor, resonaba todavia en sus oidos.*

(5) Δακρυθεν γελασασα. Ibid. VI, 485.

efecto muchos han sido precisos, formándose como se piensa, ocho siglos han transcurrido desde el juramento de Luis el Germánico en 842 hasta el *Embustero* de Corneille y hasta las *Embusteras* de Pascal (1) por una regla de proporción no son muchos dos mil años para formar la lengua griega. Pero Homero vivía en un siglo bárbaro; y por poco que se quiera remontar mas allá de su época, nos encontraremos entre las Pelasgos vagabundos y los primeros rudimentos de la sociedad. ¿Qué lugar ocuparán aquellos siglos que necesitamos para formar esta maravillosa lengua? Si, en la cuestión del origen del lenguaje como en muchas otras, nuestro siglo ha faltado á la verdad; y es que tenía un miedo mortal de encontrarla. Las lenguas han principiado pero la palabra nunca, y mucho menos con el hombre. Lo uno ha precedido necesariamente á lo otro, porque no es posible la palabra mas que por el verbo. Toda lengua particular, nace como el animal, por medio de esplosion y de desarrollo, sin que el hombre haya pasado nunca del estado de *aphonia* al uso de la palabra. Siempre ha hablado y por eso con mucha razon le han llamado los Hebreos ALMA PARLANTE. Cuando se forma una lengua nueva, nace en medio de una sociedad que está en plena posesion del lenguaje: y la accion, ó principio que preside á esta formacion, no puede inventar arbitrariamente ninguna palabra: se vale de las que encuentra cerca de si, ó de las que busca mas lejos; se alimenta de ellas, las disuelve las digiere; nunca las adopta, sin modificarlas mas ó menos. Mucho se ha hablado de signos arbitrarios en un siglo en que ha habido pasion por toda espresion grosera que excluía el órden y la inteligencia; pero no hay tales signos arbitrarios, porque cada palabra tiene su razon. Habeis vivido algun tiempo, Caballero, en un bellissimo pais al pie de los Alpes, y aun si no me engaño habeis muerto á algunos hombres.

EL CABALLERO.

A fe de hombre de honor, á nadie he muerto. Lo mas que podré decir como el jóven de madama de Sevigné, que no he hecho daño.

EL CONDE.

Aunque asi sea, puede que os acordeis que en aquel pais el sonido (*furfur*) se llama *Bren*. Al lado de allá de los Alpes un mochuelo se llama *Sava*. Si os hubiesen preguntado por qué los dos pueblos habian escogido estas dos coordinaciones de soni-

(1) Estas embusteras son las provinciales, véanse las notas que se hallan al fin del libro. (Nota de los editores.)

dos para esplicar las dos ideas, os hubieran dado tentaciones de responder: *porque les ha parecido bien; esto es arbitrario*. Sin embargo os hubierais equivocado; porque la primera de estas dos palabras es inglesa, y la segunda es esclavona; y desde Ragusa hasta Kamschatka puede significar en la hermosa lengua rusa, lo que significa á ochocientas leguas de aqui en un dialecto puramente local (1) creo que no me querreis sostener que los hombres deliberando en el Támesis, en el Rhone, en el Oby ó en el Pó, hallaron casualmente los mismos sonidos para espresar unas mismas ideas. Las dos palabras preexistian pues en ambas lenguas, las que las regalaron á los dos dialectos. ¿Acaso los cuatro pueblos las habian de haber recibido de un pueblo anterior? No lo creo, pero lo admito: resultando pues que las dos inmensas familias teutona y esclavona no inventaron arbitrariamente estas dos palabras, sino que las adoptaron. En seguida la cuestión acerca de estas naciones anteriores vuelve á comenzar: de quién las tenían ellas? preciso será responder lo mismo, *las habian adoptado*: y asi sucesivamente hasta el origen de las cosas. Las bugias que traen en este momento me recuerdan su nombre: Los franceses hacian antes un comercio grande de cera con la ciudad de *Botzia* en el reino de Fez; importaban gran número de velas de cera que llamaron *botzies*. El genio nacional pulió bien pronto esta palabra y la transformó en *bugias*. La Inglaterra ha conservado la antigua palabra *wax-candle* (velas de cera) y el aleman prefiere decir *wachsticht* (luz de cera) pero en todas partes veis la razon que ha determinado la palabra. Aunque no hubiera encontrado la etimología de *bugia* en el prefacio del diccionario hebreo de Thomassin, en donde ciertamente no la buscaba, hubiera acaso tenido menos seguridad de otra cualquiera? Para poder dudar de esto, es preciso tener apagada la luz de la analogia; es decir, que es necesario no tener sentido comun. Observad si gustais que esta sola palabra *etimología* es ya una gran prueba del talento prodigioso de la antigüedad para hallar ó adoptar las palabras mas perfectas, porque aquella supone que cada palabra es verdadera, ó lo que es lo mismo; que no ha pensado arbitrariamente; lo que basta para hacer discurrir á un talento juicioso. Lo que en este género se sabe prueba mucho, á causa de la impulsión que resulta para los otros casos; lo que se ignora en contrario nada prueba mas que la ignorancia del que busca. Un sonido arbitrario no ha espresado ni podido espresar nunca una idea. Como el pen-

(1) Los dialectos, los patuas y los nombres propios de los hombres y lugares, me parecen minas casi intactas de que se pueden sacar grandes riquezas históricas y filosóficas.

samiento preexiste á las palabras que no son otra cosa que los signos físicos del pensamiento, las palabras á su vez preexisten á la esplosion de toda lengua nueva que los recibe formados, y los modifica en seguida á su gusto. (1) El genio de cada lengua se mueve lo mismo que un animal para encontrar por todos lados lo que le conviene. En la nuestra por ejemplo *maison* (casa) es celta, *palais* (palacio) es latina, *basilique* (basilica) es griega, *honrir* (honrar) es teutónica, *rabot* (cepillo de carpintero) es esclavon, (2) *almanach* (almanaque) es arabe, y *sopha* (sofá) es hebreo. (3) ¿De donde nos ha venido todo esto? Poco me importa al menos por ahora: bástame con probaros que las lenguas no se forman sino de otras lenguas á las que ordinariamente destruyen para alimentarse, como los animales carnívoros. No hagamos caso nunca ni de la casualidad, ni de los signos arbitrarios. *Gallis hæc philodenus ait.* (4) Bastante adelantado se está ya en esta materia cuando se ha reflexionado suficientemente sobre esta primera observacion que os he hecho; á saber; que la formacion de las palabras mas perfectas, mas significativas y mas filosóficas en toda la fuerza de la espresion, son indudablemente de los tiempos de ignorancia y de sencillez. Para completar esta gran teoría es preciso añadir, que el talento onomatúrgo desaparece por sí mismo indudablemente á medida que se vá descendiendo á las épocas de ciencia y de civilizacion. En todos los escritos de todos tiempos sobre esta materia interesante se desea siempre una lengua filosófica pero sin saber y ni aun dudar, solamente que la lengua mas filosófica es aquella en que la filosofía se ha mezclado menos. Dos pequeñas cosas faltan á la filo-

(1) Sin exceptuar siquiera ni aun los nombres propios, que por su naturaleza parece deberian ser invariables. La naciou que ha preponderado en las letras, la griega es la que ha alterado estas palabras apropiándose las ella. Los historiadores han de impacientarse sin duda; pero tal es la ley. Una nacion no recibe ó adopta nada sin modificarlo. Shaskpeare es el único nombre propio tal vez que haya tenido lugar en la lengua francesa con su pronunciacioun nacional Chekspire: Voltaire fué quien le hizo pasar, pero esto sucedió porque el genio que iba á retirarse, se lo permitió.

(2) En efecto; la palabra *rabot* (cepillo de carpintero) significa en la lengua rusa *trabajar*; así pues, el útil mas activo de la carpinteria se llamó cuando el genio francés adoptó la palabra, el *trabajador* por excelencia.

(3) SOPHAN, *elevado* de la *Sophtin*: Los jueces (que es el título de uno de los libros santos.) Los hombres eminentes, los que ocupan un puesto mas alto ó elevado que los demás, de aquí procede todavia, *suffetes* (ó *souffetes*) los dos grandes magistrados de Cartago. Prueba de las dos lenguas hebrea y púnica.

(4) Esta cita para que fuese exacta debía tener fecha. Por qué razon no habíamos de decir: *Non si mali nunc et OLIM sic erit*, y por qué no habíamos de añadir aprovechando con placer el doble sentido que tiene la palabra OLIM: *Non si mali nunc et olim sic fuit?*

solia para poder crear palabras: la inteligencia que las inventa y el poder que las hace adoptar. Ve ella un objeto nuevo? al punto hojea sus diccionarios para hallar una palabra antigua ó estrangera; y casi siempre ella misma sale mal. La palabra *montgolfiere* por ejemplo, que es nacional, es exacta al menos en un sentido, y yo la prefiero á la de *aerostática* que es el término científico, y que nada dice; tanto valdria llamar á un navio *hydrostático*. Ved ese sin número de palabras nuevas prestadas del griego desde hace veinte años, á medida que el crimen ó la locura las necesitaban, casi todas están tomadas ó formadas en contrasentido. La de *Theophilanthropo*, por ejemplo, es mas necia que su significado, que es mucho decir: un estudiante inglés ó alemán hubiera sabido decir *Theanthropophile*. Me direis que esta palabra fue inventada por unos miserables en un tiempo tambien miserable; pero la nomenclatura química que fué ciertamente obra de hombres esclarecidos, principia sin embargo por un solecismo de bases clasificadas, *oxigeno* en lugar de *oxigono*. Por otra parte tengo, aunque no sea químico, excelentes razones para creer que se borrarán todo ese diccionario, pero á no mirarlo mas que bajo el punto de vista filosófico y gramatical, sería acaso lo mas malo que se puede imaginar, si la nomenclatura métrica no hubiera venido luego á disputar y ganar para siempre la palma de la barbarie. El soberbio oído del gran siglo la habria desechado con una agitacion dolorosa. Entonces solo el genio tenia derecho de persuadir al oído francés, y aun el mismo Corneille fué mas de una vez rechazado: pero en nuestros dias se entregó á todo el mundo.

Quando una lengua está concluida (segun puede estarlo) se da á los grandes escritores, que se sirven de ella sin pensar tan solo en crear nuevas palabras. ¿Hay acaso en el sueño de Athalia, en la descripcion del infierno que leemos en el Telémaco, ó en la peroracion de la oracion fúnebre de Condé una sola palabra que no sea vulgar por sí sola? Si no obstante, el derecho de crear nuevas espresiones perteneciese á alguno, siempre sería á los grandes escritores y no á los filósofos que sobre este punto son de una rara ineptitud: los primeros siempre que no hagan uso sino con una excesiva reserva, nunca en los trozos de inspiracion, y solamente por los sustantivos y adjetivos; en cuanto á las palabras muy poco piensan en proferir otras nuevas. En fin, es preciso desterrar de la imaginacion esta idea de *lenguas nuevas*, excepto solamente en el sentido que acabo de explicar, o bien si quereis que emplee otro lenguaje, la palabra es eterna y toda lengua es tan antigua como el pueblo que la habla.

Se objeta por falta de reflexion, que no hay nacion que ella

misma pueda entender su antiguo lenguaje: ¿y qué importa? ¿El cambio que no afecta al principio, escluye acaso la identidad? ¿El que me vió en mi cuna me reconocerá hoy? Y sin embargo, creo que tengo el derecho de llamarme *el mismo*. Lo propio es con respecto á una lengua; siempre es la misma mientras que el pueblo sea el mismo. La pobreza de las lenguas en sus principios, es otra suposición hecha *por el pleno poder y autoridad* filosófica. Las palabras nuevas nada prueban, porque á medida que se van adquiriendo, dejan escapar otras; no se sabe en que proporcion; lo que hay de cierto es que todo pueblo ha hablado, y que ha hablado precisamente tanto cuanto ha pensado, y tan bien como pensaba; porque es otra locura creer que ecsista un signo para un pensamiento que no ecsiste, ó que á un pensamiento le falta un signo para manifestarse. El Huron no dice, por ejemplo, *guarda-tiempo*, es una palabra que seguramente falta á su lengua: pero *Tomasiach* falta por dicha á las muestras, y esta palabra dice todo como cualquiera otra. Seria de desear que tuviésemos un conocimiento profundo de las lenguas salvages. El celo y el infatigable trabajo de los misioneros tenia preparado sobre este objeto una obra inmensa que habria sido sumamente útil á la Philologia y á la historia del hombre: el fanatismo destructor del siglo xviii la ha hecho desaparecer del todo (1). Si tuviésemos, no quiero decir monumentos, pues que no puede haberlos, sino tan solo los diccionarios de esas lenguas: no dudo que encontrásemos esas palabras de que os hablaba hace un instante, restos evidentes de una lengua anterior que usaba un pueblo ilustrado: y si no las hallásemos, resultaria tan solamente, que la degradación ha llegado al punto de borrar estos últimos residuos: *etiam periere ruinae*.

Pero sea cual fuere el estado en que se encuentren, estas lenguas de tal modo arruinadas, subsisten como monumentos terribles de la justicia Divina; y si se las conociese á fondo, mas absorto se quedaria uno por las palabras que poseen que por las que les faltan. Entre los salvages de la Nueva Holanda no hay palabra que espese la idea de Dios; pero hay una para explicar la operacion que destruye un niño en el seno de su madre á fin de dispensarla de las penas de la lactancia. Se nombra *Mi-bra* (2).

(1) Véase la obra italiana, curiosa, aunque, de intento mal escrita, y que apenas se encuentra, intitulada *Memorie catoliche*. 3 volum. en 12.

(2) Ignoro de qué viagero está sacada la anécdota de *Mi-bra*; pero seguramente habrá sido citada bajo una autorización debida.

## EL CABALLERO.

Mucho me habeis interesado, señor conde, al tratar tan es- tensamente una cuestion con la que hemos tropezado; pero se os suelen escapar algunas palabras que me distraen, y de las que me propongo siempre pedir os cuenta.

Me habeis dicho, por ejemplo, pasando precipitadamente á otra materia, *que la cuestion, sobre el origen de la palabra, era la misma que la del origen de las ideas*. Desearia oiros razonar acerca de este punto; porque muchas veces he oido hablar de varios escritos que tratan del origen de las ideas, y aun he leído algunos; pero la vida agitada que he llevado durante mucho tiempo, y acaso tambien la falta de un buen *aplanador* (esta palabra ya veis que no pertenece á la lengua primitiva) han sido las causas de no haber podido enterarme bien. Este problema se me presenta como rodeado de una especie de nube que nunca me ha sido posible disipar; y muchas veces he tenido tentaciones de creer, que el error ó la mala fé hacian en esta como en otras materias un papel muy marcado.

## EL CONDE.

Vuestra sospecha está muy bien fundada, mi querido caballero, y me atrevo á creer, que he reflexionado lo bastante sobre este punto, para hallarme en el caso de aborrazos al menos algun trabajo.

Pero antes de todo quisiera proponeros el motivo de la decision que debe preceder á todos los demas; y es el de la autoridad (1). La razon humana está plenamente convencida de impotencia para guiar á los hombres; porque muy pocos son los que están en estado de razonar bien, y ninguno hay que razone bien en todo; de suerte que en general es muy bueno, por mas que digan, principiar por la autoridad. Examinad bien las voces de una y otra parte, y ved contra el origen sensible de las ideas, á Pithágoras, Platon, Ciceron, Origenes, san Agustin, Descartes, Cudvorth, Lami, Pagnac, Pascal, Nicole, Bossuet, Fenelon, Leibnitz, y á aquel ilustre Malebranche que si bien pudo errar algunas veces en el camino de la verdad, jamás se desvió de él. No os nombraré los campeones del otro partido, porque sus nom-

(1) *Natura ordo sic se habet, ut quum aliquid discimus rationem precedat auctoritas*: es decir, el orden natural exige que cuando aprendamos alguna cosa, la autoridad preceda á la razon. (San Agustin. *De Mor. Eccles. Cath.* c. ii.)



bres me desgarran la boca. Aun cuando no conociese yo una palabra de la cuestion, me decidiria sin otro motivo que mi gusto por la buena sociedad, y mi aversion á la mala (1). Todavía os propondré otro argumento preliminar de mucha fuerza; y es el que yo saco del resultado detestable de ese sistema absurdo que quisiera, digámoslo así, materializar el origen de nuestras ideas. Creo que no hay otro mas envilecido y mas funesto para el espíritu humano. Por él, la virtud partió sus alas, y se arrastra como un reptil cenagoso; por él se agotó el manantial divino de la poesia y de la elocuencia; por él han perecido todas las ciencias morales (2).

EL CABALLECO.

No me toca disputar acaso sobre las consecuencias del sistema; pero en cuanto á sus defensores, me parece, amigo mio, que es muy posible citar nombres respetables, al lado de esos otros que os desgarran la boca.

EL CONDE.

Mucho menos, os lo aseguro de lo que comunmente se cree, y es preciso observar, pues, que muchos grandes hombres creados por la plena autoridad del último siglo, cesarán muy pronto de serlo ó parecerlo. El grande partido tenia necesidad de toda su nombradía; la ha hecho ó adquirido como se hace una caja ó un zapato, mas esa reputacion ficticia está en gran aprieto, y pronto la espantosa mediania de los grandes hombres, será el inagotable objeto de las risas europeas. Es preciso por otra par-

(1) Así pensaba Ciceron. «Me parece, dice, que se pudieran llamar plebeyos todos esos filósofos que no son de la sociedad de Platon, de Sócrates y toda su familia.» *PLEBEN videntur appellandi, omnes philosophi qui á Platone et Socrate et ab ea familia dissident.* (Tusc. Quæst. l. 23.)

(2) «La teoría sublime que todo lo atribuye á las sensaciones, no se ha hecho mas que para abrir el camino al materialismo. Ahora vemos por qué la filosofía de Locke ha sido tan bien acogida, y los efectos que han resultado. Con razon ha sido censurada (por la Sorbonne) como falsa, mal razonada y causa de consecuencias muy perniciosas.» *Bergier tratado hist. y dogm. de la Relig. tomo III, cap. v, art. iv, §. 14, p. 518.* Nada mas justo que esta observacion. Por su sistema grosero, Locke ha desencadenado el materialismo. Condillac ha hecho despues este sistema moda, en el pais de la moda, por su pretendida claridad, que en el fondo no es otra cosa que la simplicidad de la nada; y el vicio ha sacado máximas que ha sabido poner al alcance de la extrema futilidad. Puede verse en las cartas de madama de Deffant todo el partido que este fanático sacaba de la máxima ridiculamente falsa, que todas las ideas proceden de los sentidos; y qué edificio podía levantar sobre esta base aérea! in-8.º tomo IV, l. xli, p. 339.

te, separar de esos nombres respetables, los de los filósofos realmente ilustres, á quienes la secta filosófica alistó sin venir al caso entre los defensores del origen sensible de las ideas. Puede que no hayais olvidado, señor Senador, aquel dia en que leíamos juntos el libro de Cabanis, sobre las relaciones entre lo fisico y lo moral del hombre (1) en el parage en que coloca sin ceremonia en la clase de defensores del sistema material á Hipócrates y Aristóteles. Con este motivo os hice reparar, el doble é invariable carácter del filosofismo moderno, su ignorancia y su desvergüenza. ¿Por qué personas enteramente estrañas á las lenguas sabias, y sobre todo al griego, tienen valor de citar y prejuzgará los filósofos griegos? Si Cabanis en particular hubiese abierto una buena edicion de Hipócrates, en vez de citar bajo su palabra ó de leer con suma negligencia cualquiera mala traduccion, hubiera visto que la obra que cita como perteneciente á Hipócrates, es un trozo supuesto (2) No necesitaria otra prueba, que el estilo del autor, tan pésimo escritor como claro y elegante es Hipócrates. Este escritor, pues, cualquiera que sea, no ha hablado ni en pró ni en contra de la cuestion; esto es en lo que tambien os llamé la atencion á su tiempo. Se limita á tratar de la esperiencia y de la teoría en la medicina, de manera que según él, *æsthese* es sinónimo de *esperiencia* y no de *sensacion* (3). Hice ademas que viesen palpablemente que Hipócrates debia estar colocado con mas justo motivo entre los defensores de las ideas innatas, puesto que fué el maestro de Platon quien tomó prestados de él sus principales dogmas metafisicos.

Con respecto á Aristóteles, aunque no me fué posible daros acto continuo todas las aclaraciones que hubiérais apetecido, tuvisteis la bondad de fiaros en mí cuando por la sola fé de una

(1) Paris, 1805, 2 vol. in-8.º Crapelet.

(2) Es la obra de las advertencias (*Παραγγελια*). Se puede consultar sobre este punto las dos ediciones principales de Hipócrates, la de Foez, Geneve, 1657, 2 vol. in-fol.; y la de Vander-Linden, Leyde 1665, 2 vol. in-8.º pero sobre todo la obra del célebre Haller, *artis medicæ principis, etc.* Lausanne, 1786, in-8.º tomo IV, p. 86. *Proef. in lib. de proceep. ibi.; Spurius liber non ineptus tamen.*

(3) Entre los innumerables tratados de mala fé que distinguen la secta moderna, se puede fijar la atencion en el que confunde la esperiencia vulgar, ó mecánica, tal como se ejerce en nuestros gabinetes de fisica, tomado de la esperiencia en un sentido mas elevado, por las impresiones que recibimos de los objetos exteriores, por medio de nuestros sentidos, y porque el espiritualista sostiene con razon que nuestras ideas no pueden tener su origen de este manantial completamente secundario; estos honrados filósofos hacen que diga que en el estudio de las ciencias fisicas, es preciso inclinarse á las teorías abstractas, preferiblemente á la esperiencia: esta impostura grosera, está repetida en no sé cuantas obras escritas sobre la cuestion de que aquí se trata, y muchas gentes sin esperiencia han caido en el lazo.

memoria, que poco me engaña, os citaba esta máxima fundamental de la filosofía griega *que el hombre nada puede enseñar sino en virtud de lo que ya sabe*, lo que solo supone necesariamente alguna analogía á la teoría de las ideas innatas.

Y si examináis por otra parte lo que ha escrito con una fuerza de talento y una finura de espresiones verdaderamente admirables, sobre la esencia del talento que lo coloca en el pensamiento mismo, no os quedará la menor duda del error que ha querido rebajar á este filósofo hasta Locke y Condillac.

Por lo que hace á los escolásticos á quienes han deprimido mucho en nuestros dias, lo que ha engañado sobre todo á la multitud de hombres superficiales que se han atrevido á tratar de una cuestion sin comprenderla, tenemos el famoso axioma de la escuela, *nada hay en el entendimiento que antes no se haya encontrado en los sentidos* (1).

Por defecto de inteligencia ó de buena fé, se ha creído ó se ha dicho, que este famoso axioma excluía las ideas innatas; y esto es falso. Yo sé, señor Senador, que no teméis á los in-folios. Quiero que leáis un día la doctrina de santo Tomás sobre las ideas, y vereis hasta qué punto....

EL CABALLERO.

Me obligais, mis buenos amigos, á entrar en relaciones con personas extrañas. Yo creía que Santo Tomas era citado tan solo en las escuelas, y algunas veces en la Iglesia; pero no sospechaba que se hiciese mencion de él entre nosotros.

EL CONDE.

Santo Tomas, mi querido caballero, ha brillado en el siglo xiii. No podia ocuparse de las ciencias que no existian en su época, y de las que, por consecuencia, no se pensaba entonces. Su admirable estilo con respecto á la claridad, precisión, fuerza y lacónismo no podia ser, sin embargo, el de Bembo, el de Muret ó el de Maffei. No dejó de ser por eso una de las cabezas mas bien organizadas que han existido en el mundo. Aun el genio poético no le era desconocido. La Iglesia ha conservado algunas chispas que pudieron despues escitar muy bien la admiracion y la envidia de Santeuil (2). Puesto que sabeis el latin, caballero, no quisiera

(1) *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit sub sensu.*

(2) Santeuil decia que preferia á su mas bella composicion, el himno ó como llaman la *prosa* de santo Tomás, por la fiesta del Santo-Sacramento: *Lauda Sion, salvatorem, etc. etc.*

tener que responder de que á la edad de cincuenta años, y retirado en vuestra antigua morada, si Dios os la devuelve, pidais prestado Santo Tomas á vuestro cura para juzgar por vos mismo acerca de este grande hombre. Pero vuelvo á la cuestion. Puesto que Santo Tomas adquirió el renombre de *Angel de la escuela*, á él es á quien se debe citar para absolver la misma escuela; y mientras que el caballero tenga cincuenta años, á vos, señor Senador es á quien haré conocer la doctrina de Santo Tomas sobre las ideas. Vereis primeramente que no vacila en decidir *que la inteligencia en nuestro estado de degradacion, nada comprende sin figuras ó imágenes* (1) Pero oidle hablar en seguida sobre el entendimiento y las ideas. Distinguirá cuidadosamente *el intelecto pasivo* ó esta potencia que recibe las impresiones del *intelecto activo* (que llama tambien *posible*) de la inteligencia propiamente dicha que razona en las impresiones. El sentido no conoce mas que al individuo; la inteligencia sola se eleva á lo universal. Nuestros ojos perciben un triángulo; pero esta aprehension ó temor que es natural con el animal, no os constituye á vos mismo mas que simple animal; y no sereis *hombre* ó inteligencia sino elevándoos del *triángulo á la trigonometria*. Este poder de generalizar es el que *especializa* al hombre y le forma tal como es, porque los sentidos no entran para nada en esta operacion; reciben las impresiones, y las transmiten á la inteligencia; pero esta puede solamente hacerlas inteligibles. Los sentidos son extraños á toda idea espiritual, y aun ignoran su propia operacion, no pudiendo verse la vista ni ver como vé. Quisiera todavia que leyéseis la magnífica definicion de la verdad, que nos ha dado santo Tomás. *La verdad, dice, es una ecuacion entre la afirmacion y su objeto.* ¡Qué precision y qué profundidad! Es un relámpago de la verdad que se define por si misma, y ha tenido buen cuidado de advertirnos, que no es cuestion de *ecuacion*, sino entre *lo que se dice de la cosa, y lo que está en la cosa*. Pero que al respecto de la operacion espiritual que afirma, no admite ninguna *ecuacion* porque es superior á todo, y no se parece á nada; de suerte que no puede haber ninguna semejanza, ninguna analogía, ninguna *ecuacion* entre la cosa comprendida y la operacion que comprende. Ahora, que las ideas universales sean innatas en nosotros, ó que las veamos en Dios ó como se quiera, nada importa; esto es lo que no quiero examinar en este momento: el punto negativo de la cuestion, es sin contradiccion lo mas importante que encierra. Establezcamos, pues, que los mas grandes, los mas nobles, los mas virtuosos genios del universo, se

(1) *Intellectus noster, secundum statum presentem, nihil intelligit sine phantasmate.* S. Tom. *Adversus gentes*, lib. III, cap. 41.

han puesto de acuerdo para desechar el origen sensible de las ideas. Esta es la mas santa, la mas unánime, la mas seductora protesta del espíritu humano, contra el mas grosero y el mas vil de los errores. Por lo demás, podemos aplazar la cuestion. Ya veis, señores, que estoy en estado de disminuir un poco el número de esos nombres respetables de que me hablábais, caballero. Por lo demás, no tengo inconveniente en reconocer algunos entre los defensores del *sensibilismo* (esta palabra ó cualquiera otra que se halle mejor se ha hecho necesaria); pero decidme; ¿no os ha sucedido nunca, ó por desgracia, ó por debilidad, el hallaros en mala sociedad? En tal caso, como sabeis, no hay mas que una sola palabra que decir SALID: mientras que permanezcáis, existe el derecho de burlarse de vos, por no decir otra cosa.

Después de este pequeño preliminar quisiera, pues, si me hiéseteis el honor de escogermé por vuestro introductor en este género de filosofía, que observáseteis ante todo, que toda discusion sobre el origen de las ideas es sumamente ridicula, mientras que no se decida la cuestion sobre la esencia del alma. ¿Os permitirian en los tribunales pedir ó reclamar una herencia como pariente, mientras que fuere dudoso que lo sois? Pues bien, señores, hay de la misma manera en las discusiones filosóficas cuestiones, que los hombres de ley ó legistas llaman prejudiciales, y que deben ser absolutamente resueltas, antes que se permita pasar á otras. Si el apreciable santo Tomás tiene razon en estos hermosos versos.

Por su alma vive el hombre  
Y el alma es el pensamiento.

Todo queda dicho; porque si el pensamiento es la esencia, pedir el origen de las ideas, es pedir el origen del origen. Ved lo que nos dice Condillac. *Yo me ocuparia del espíritu humano, no para conocer la naturaleza, lo cual seria temerario; sino solamente con el objeto de examinar las operaciones.* No nos dejemos engañar por esta hipócrita modestia: siempre que veais á un filósofo de la última época humillarse respetuosamente ante cualquier problema diciéndoos, *que la cuestion es superior á las fuerzas de la comprension humana; que no se encargará de resolverla, etc.* estad seguro de que al contrario tiene el problema por demasiado claro, y que quiere dejarlo á un lado para conservar el derecho de *oscurecerlo*. No conozco uno solo de estos señores á quien poder tributar el sagrado título de *hombre de bien*. Aquí teneis un ejemplo: ¿por que se ha de mentir? ¿Por qué se ha de decir que no quieren fallar sobre la ciencia del alma, mientras que

fallan ó resuelven sobre el punto capital, muy espresamente sosteniendo, que las ideas nos vienen por los sentidos, lo que manifiestamente arroja el pensamiento de la clase de los espíritus? Por otra parte, yo no veo que la cuestion de la eventualidad del pensamiento tenga mas dificultad que la de su origen que se acomete tan valerosamente. *¿Se puede concebir el pensamiento como accidente de una sustancia que no piensa? ó bien, ¿se puede concebir el accidente-pensamiento conociéndose á si mismo, como pensando y meditando sobre la esencia de un objeto que no piensa?* Ved aqui propuesto el problema bajo dos formas diferentes, y en cuanto á mi os confieso que no veo en él ningun imposible; pero en fin se puede muy bien pasarlo en silencio, á condicion de convenir y advertir, aun á la cabeza de toda obra sobre el origen de las ideas, que no se dá sino como un simple juego de talento, por una hipótesis enteramente aérea, pues que la cuestion no es seriamente admisible, hasta que la precedente no esté resuelta. Pero tal declaracion hecha en el prefacio acreditaria muy poco al libro; y el que conoce á esta clase de escritores no esperará este rasgo de probidad.

Os hacia observar en seguida, caballero, un insigne equívoco que está en el título mismo de todos los libros escritos en el sentido *moderno* sobre el origen de las ideas, puesto que esta palabra *origen* puede igualmente indicar la causa solamente ocasional y escitatriz, ó la causa productiva de las ideas. En el primer caso, ya no hay disputa, pues que es supuesto que precisten las ideas; en el segundo, tanto vale sostener precisamente, que la materia de la chispa eléctrica, es producida por el escitador.

Indagariamos en seguida por qué se habla siempre del origen de las ideas y nunca del origen de los *pensamientos*. Es preciso que exista una razon secreta de la preferencia que constantemente se dá á una de estas espresiones mas que á la otra; este punto no tardaria en aclararse; entonces yo os diria valiéndome de las mismas palabras de Platon, que siempre cito con gusto: *¿Entendemos vos y yo una misma cosa por esta palabra pensamiento?* En cuanto á mi el pensamiento ES EL DISCURSO QUE EL TALENTO TIENE CONSIGO MISMO (1).

Esta sublime definicion os demostraria por si sola lo que os decia ahora mismo: que *la cuestion del origen de las ideas, es la*

(1) Τὸ δὲ διανοεῖται ἢ ὀπὲρ ἐγὼ καλεῖται;... λογὸν δὲ αὐτῆ ὡς αὐτῆ ἡψυχῆ διεξέρχεται. (Plato. in Theæt. Opp., t. II, p. 150—151.)

Verbo, palabra y razon es una misma cosa. (Bussuet vi, contra los protestantes, n.º 48), y si este verbo, esta palabra, esta razon es un ser, una hipostasis real, en la imagen lo mismo que en el original, por eso es por lo que está escrito *dic verbo* y no *dic verbum*.

misma que la del origen de la palabra; porque pensamiento y palabra no son mas que dos sendos sinónimos; no pudiendo pensar la inteligencia sin saber que piensa, ni saber que piensa sin hablar porque es preciso que diga: *yo sé*.

Que si algun iniciado en las doctrinas modernas os dice que *hablais* porque os han hablado, preguntadle (¿pero os comprenderá?) si el *entendimiento* á su parecer es lo mismo que la *audicion* ó acto de oír; y si cree que para *entender* la palabra basta percibir el ruido que hace al oído? Por lo demas, dejad si gustais á un lado esta cuestion. Si quisiéramos profundizar la principal, me apresuraria á presentaros un preliminar bien esencial; y es el de convenceros que despues de tantas disputas, aun no se han entendido acerca de la definicion de las *ideas innatas*. ¿Creeriais que Locke no se ha tomado la molestia de decirnos lo que entiende por esta palabra? Sin embargo nada es mas cierto. El traductor frances de Bacon, declara burlándose de las *ideas innatas*. Que confiesa que no se acuerda de haber tenido en el seno de su madre, conocimiento del cuadro de la hipotenusa. Ved ahí un hombre de talento (porque Locke lo tenia en alto grado), que hace entender á los filósofos espiritualistas que un *fœtus* en el seno de su madre, sabe las matemáticas, ó bien que podemos saber sin aprender; es decir, de otro modo, aprender sin aprender, y que ahí está lo que los filósofos llaman *ideas innatas*. Un escritor bien distinto y de una autoridad muy diferente, que hoy hace honor á la Francia por sus grandes talentos, ó por el noble uso que sabe hacer de ellos, ha creido argumentar de una manera decisiva contra las *ideas innatas* preguntando. «¿Cómo habiendo Dios gravado tal ó cual idea en nuestro espíritu, podia el hombre conseguir el borrarla? Como por ejemplo, el niño idolatra naciendo, lo mismo que el cristiano con la *nocion inteligible* de un Dios único; puede no obstante, deprimirse hasta el punto de creer en una multitud de dioses.» ¿Cuánto tendria que decirnos acerca de esta *nocion distintiva* y del espantoso poder que el hombre realmente tiene de borrar mas ó menos sus *ideas innatas* y de transmitir su degradacion! Pero aténgome á demostraros aquí una confusion evidente de la *idea* ó de la simple *nocion* con la *afirmacion*; dos cosas sin embargo muy diferentes; la primera es la *innata*, y no la segunda; porque nadie creo yo se ha atrevido á decir que habia razonamientos *innatos*. El deista dice: *no hay mas que un solo Dios*, y tiene razon; el idólatra dice: *hay muchos* y se equivoca; se engaña, pero cual un hombre que se engañase en una operacion de cálculo. ¿Resultaria acaso que este careciese de la idea del número? Al contrario, es una prueba de que la posee, porque sin esta idea no tendria el honor de engañarse. En

efecto, para engañarse, es preciso afirmar; lo que no puede hacerse sin un poder cualquiera del verbo *ser* que es el alma de todo verbo (1), y toda afirmacion supone una *nocion* preexistente. No existirian, pues, sin la idea anterior de un Dios, ni teistas, ni politeistas, con mas motivo, cuanto no se puede decir ni si ni no de lo que no se conoce, siendo imposible engañarse acerca de Dios, sin tener la idea de Dios. Es por lo tanto la *nocion* ó la pura *idea* la innata, y necesariamente estraña á los sentidos, porque si se halla sometida á la ley del desarrollo, es la ley universal del pensamiento y de la vida en todos los circulos de la creacion terrestre. Con que toda *nocion* es verdadera (2). Ya veis señores que en esta gran cuestion (y bien pudiera citaros otros ejemplos), todavia no se sabe precisamente de que se trata. El último preliminar en fin, no menos esencial, seria el de que observáseis esa accion secreta que en todas las ciencias.....

EL SENADOR.

Creedme, mi querido amigo, no confieis demasiado en el borde de esta cuestion, porque se os resbalará el pie y tendremos que pasar aquí la noche.

EL CONDE.

Dios os libertará de ello, mis buenos amigos, porque estariais bastante mal alojados. No tendria á pesar de eso lástima sino de vos, mi querido senador, y de ninguna manera de este amable soldado que se colocaria perfectamente bien en un canapé.

EL CABALLERO.

Me recordais mis vivaques, pero aunque no seais militar, podriais tambien hacernos mencion de algunas noches terribles. ¡Valor, mi querido amigo! Ciertas desgracias pueden muy bien

(1) Mientras que el verbo no aparezca en la frase, el hombre no habla, ARMA RUIDO Plutarco, cuestiones platónicas, cap. ix; traduccion de Amyot.

(2) El que discurria así hace mas de diez años, no sospechaba entonces que estuviere en visperas de ser el corresponsal, y muy luego el amigo del ilustre filósofo de quien la Francia tiene tanta razon en vanagloriarse; y que al recibir de la misma mano del vizconde de Bonald la preciosa coleccion de sus obras, tendria el placer de hallar la prueba de que el célebre autor de la *legislacion primitiva* se habia en fin colocado entre los mas respetables defensores de las *ideas innatas*. Por lo demas, solo se oye hablar aquí de la proposicion negativa que niega el origen inmaterial de las ideas. Lo demas es una cuestion entre nosotros, una cuestion de familia en la que los materialistas no deben mezclarse.

tener algunas dulzuras, yo al menos pienso así, y me atrevo á creer que participais de este sentimiento.

## EL CONDE.

Ningun trabajo me cuesta el resignarme; os lo confieso, si me hallara aislado, y los golpes que me han alcanzado no me hubiesen herido mas que á mi, no miraria todo lo que ha sucedido en el mundo, mas que como un grande y magnifico teatro que enteramente me admiraria, ¡pero es que me ha costado caro el billete de entrada!... sin embargo, no murmuro del poder adorable que ha estrechado tanto mi habitacion. Mirad como ya principia á indemnizarme, puesto que me hallo aqui, y que me ha dado tan liberalmente unos amigos como vosotros. Por otra parte, es preciso saber salirse fuera de sí mismo, y elevarse bastante alto para ver el mundo en vez de no ver mas que un punto. Jamás pienso sin admiracion en ese torbellino político que ha venido á arrancar de sus sitios á millares de hombres destinados á no conocerse nunca para hacerlos rodar juntos como el polvo de los campos. Aqui estamos tres, por ejemplo, que habiamos nacido para no conocernos nunca: sin embargo nos hemos reunido, conversamos; y aunque nuestras cunas hayan estado tan distantes, puede que se toquen nuestros sepulcros. Si la mezela de los hombres es cosa notable, la comunicacion de las lenguas no lo es menos. Yo recorria un dia en la biblioteca el *Museum Sini-cum* de Bayer, libro que segun creo, es ya poco comun, y que pertenece mas particularmente á la Rusia, pues que el autor, de asiento en aquella capital, imprimió alli su libro, hará cosa de ochenta años. Me quedé sorprendido de una reflexion de este escritor sabio y piadoso. «Todavía no se conoce, dice, de qué sirven nuestros trabajos sobre las lenguas; pero presto se distinguirá. No es sin un gran designio de la Providencia, el que las lenguas absolutamente ignoradas en Europa, hace dos siglos, estén en nuestros dias, al alcance de todo el mundo. Permitido es ya, sospechar este designio; y es un deber sagrado para nosotros contribuir á él con todas nuestras fuerzas.» ¿Qué diria Bayer si viviese en nuestros dias? La marcha de la Providencia, le pareceria muy acelerada. Reflexionemos, pues, acerca de la lengua universal. Nunca ha correspondido mas este titulo á la lengua francesa; y lo que tiene de extraño es, que su poder parece que se aumenta con su esterilidad.

Aquellos hermosos dias pasaron: sin embargo, todos la entienden, todos la hablan; y aun casi creo que no haya un solo pueblo en Europa que no contenga algunas personas en estado

de escribirla con pureza. La justa y honrosa confianza concedida en Inglaterra al clero desterrado de Francia, ha permitido á la lengua francesa echar profundas raices. Es acaso una segunda conquista, que no ha hecho ruido porque Dios no lo hace (1), pero que puede tener consecuencias mas dichosas que la primera. ¡Singular destino de estos dos grandes pueblos, que no pueden dejar de buscarse y aborrecerse! Dios los ha colocado mirándose como dos amantes prodijiosos que por un lado se atraen y se huyen por otro, porque son á la vez enemigos y parientes (2) Esta misma Inglaterra, ha llevado nuestras lenguas al Asia, ha hecho que se traduzca Newton á la lengua de Mahomet (3), y los jóvenes ingleses mantienen las tesis en Calcuta, en lengua árabe, persa y bengala. Por su parte la Francia, que no sospechaba hace treinta años que hubiese mas de una lengua viva en Europa, las ha aprendido todas, mientras que obligaba á las naciones á aprender la suya. Añadid que los viages mas largos, han cesado de asustar la imaginacion; que todos los grandes navegantes son europeos (4); que el Oriente entero cede manifiestamente al ascendiente europeo; que la media luna oprimida por sus dos puntos en Constantinopla y en Delhi, ha de estallar necesariamente por en medio; que los acontecimientos han proporcionado á la Inglaterra mil y quinientas leguas de fronteras con el Thibet y la China, y tendreis una idea de lo que se prepara. El hombre con su ignorancia, se engaña muy á menudo en los fines y en los medios, en sus fuerzas y en la resistencia, en los instrumentos y en los obstáculos. Tan presto quiere cortar una encina con un cortaplumas, y tan pronto arroja una bomba para romper una caña, pero la Providencia no anda

(1) *Non in commotione Dominus.* III Reg. xix, 2.

(2) «Vosotros sois á lo que creo, *gentis incunabula nostræ* y siempre la Francia ha ejercido para la Inglaterra, una fuerza moral mas ó menos fuerte. Cuando el manantial que poseis quede obstruido é encenagado, las aguas que de él emanan, muy pronto agotadas en Inglaterra, ó bien perderán su claridad, y puede ser que lo propio suceda á todas las demas naciones. De aquí resulta, segun mi modo de ver, que la Europa está muy interesada en todo lo que pasa en Francia.» (*Burke's Reflec. on the Revol. of France.* London. Dotley. 1793. in-8. ° p. 118 119.) Paris es el centro de la Europa. (El mismo, *Cartas á un miembro de la Cámara de los Comunes*, 1797. in-8. ° p. 18.)

(3) El traductor que ha eserito casi bajo el dictado de un astrónomo inglés, se llama Tuffozul-Husseín, Khan. Boerhave ha tenido el mismo honor. (*Sir Will. Jones's works*, in 4. ° tomo 3. p. 370. Suplemento, tomo I, p. 278, tomo II, p. 922.)

(4) Véase *Essays by the students offort Willian ni Bengal etc.* Calartta. 1802.

Saint Martin ha observado que todos los grandes navegantes son cristianos; lo mismo tiene.

nunca á tientas, y no agita en vano al mundo. Todo anuncia que caminamos á una gran unidad, á la que debemos *saludar de lejos*, sirviéndome de una espresion religiosa. Estamos por desgracia muy justamente quebrantados ó abatidos, pero si mis ojos, aunque muy miserables, son dignos de penetrar los secretos divinos, no estamos *abatidos* mas que para estar *mezclados*.

EL SENADOR.

*O mihi tan longæ maneat pars ultima vitæ.*

EL CABALLERO.

Espero que permitireis al soldado que tome la palabra en francés.

Acorred y volad horas pesadas,  
para que lleguen otras retardadas.

## VELADA TERCERA.

EL SENADOR.

Hoy principiaré, yo, la conversacion, mi querido Conde, consultándoos una dificultad, con el Evangelio en la mano; ya veis que esto es muy serio. Cuando los discipulos del hombre-Dios le preguntaron si el ciego de nacimiento que encontraron á su tránsito, estaba en aquel estado por sus propios crímenes, ó por los de sus parientes, el Divino Maestro les respondió: *No es porque haya pecado ni tampoco los que le dieron el ser*, (es decir, no es su estado, consecuencia inmediata de haber cometido él ni sus padres crimen alguno), *sino para que el poder de Dios resalte mas en él*. El P. de Ligni, cuya obra excelente conocéis sin duda, ha visto en la respuesta que acabo de citaros una prueba de que todas las enfermedades no son resultado de un crimen: ¿Cómo entendeis ese texto?

EL CONDE.

De la manera mas natural y sencilla. Primeramente os ruego que observeis que los discipulos se atenan á una ú otra de estas dos proposiciones: *Que el ciego de nacimiento sufria el castigo de sus propias faltas, ó de las de sus padres*; lo que concuerda maravillosamente con las ideas que os he espuesto sobre este punto. Observo en segundo lugar, que la respuesta divina, no presenta mas que la idea de una simple acepcion que la ley confirma, en vez de quebrantar. Comprendo muy bien que esta *ceguera*, no podia tener otro objeto que el de la manifestacion solemne de un poder que venia á cambiar el mundo. El célebre Bossuet de Génova ha deducido del milagro obrado en el ciego de nacimiento materia para un capitulo in-

nunca á tientas, y no agita en vano al mundo. Todo anuncia que caminamos á una gran unidad, á la que debemos *saludar de lejos*, sirviéndome de una espresion religiosa. Estamos por desgracia muy justamente quebrantados ó abatidos, pero si mis ojos, aunque muy miserables, son dignos de penetrar los secretos divinos, no estamos *abatidos* mas que para estar *mezclados*.

EL SENADOR.

*O mihi tan longæ maneat pars ultima vitæ.*

EL CABALLERO.

Espero que permitireis al soldado que tome la palabra en francés.

Acorred y volad horas pesadas,  
para que lleguen otras retardadas.

## VELADA TERCERA.

EL SENADOR.

Hoy principiaré, yo, la conversacion, mi querido Conde, consultándoos una dificultad, con el Evangelio en la mano; ya veis que esto es muy serio. Cuando los discipulos del hombre-Dios le preguntaron si el ciego de nacimiento que encontraron á su tránsito, estaba en aquel estado por sus propios crímenes, ó por los de sus parientes, el Divino Maestro les respondió: *No es porque haya pecado ni tampoco los que le dieron el ser*, (es decir, no es su estado, consecuencia inmediata de haber cometido él ni sus padres crimen alguno), *sino para que el poder de Dios resalte mas en él*. El P. de Ligni, cuya obra excelente conocéis sin duda, ha visto en la respuesta que acabo de citaros una prueba de que todas las enfermedades no son resultado de un crimen: ¿Cómo entendeis ese texto?

EL CONDE.

De la manera mas natural y sencilla. Primeramente os ruego que observeis que los discipulos se atenan á una ú otra de estas dos proposiciones: *Que el ciego de nacimiento sufria el castigo de sus propias faltas, ó de las de sus padres*; lo que concuerda maravillosamente con las ideas que os he espuesto sobre este punto. Observo en segundo lugar, que la respuesta divina, no presenta mas que la idea de una simple acepcion que la ley confirma, en vez de quebrantar. Comprendo muy bien que esta *ceguera*, no podia tener otro objeto que el de la manifestacion solemne de un poder que venia á cambiar el mundo. El célebre Bossuet de Génova ha deducido del milagro obrado en el ciego de nacimiento materia para un capitulo in-

terezante de su libro sobre la *Verdad de la Religión Cristiana*; porque en efecto, difícilmente se hallará en toda la historia, digo mas, en toda la historia santa, ningun hecho, en que la verdad se halle revestida de caracteres tan sorprendentes y tan propios para obligar á la convicción. En fin, si se quiere hablar en rigor, pudiera decirse, que en un sentido mas lejano, esta *ceguera*, era tambien consecuencia del pecado original, sin el que la redención asi como todas las obras que la han acompañado y probado, hubiera nunca tenido efecto.

Conozco muy bien la preciosa obra del P. Ligni, y aun me acuerdo (lo que puede que se os haya escapado), que para confirmar su idea, pregunta: ¿de dónde dimanen los males físicos que sufren los niños bautizados antes de llegar á la edad en que han podido pecar? Pero sin faltar á los respetos debidos á un hombre de tal mérito, me parece que no puede uno menos de reconocer aqui una de aquellas distracciones á que estamos sujetos mas ó menos al escribir. El estado físico del mundo, que es el resultado y la caída de la degradación del hombre, no puede variar hasta que venga una época que debe ser tan general como la de donde procede el resultado. La regeneración espiritual del hombre individual, no tiene ni puede tener ninguna influencia en estas leyes. El niño padece del mismo modo que muere, porque es de una masa ó materia que debe padecer y morir por haberse degradado en su principio, y porque en virtud de la triste ley por que ha pasado todo hombre porque es hombre, está sujeto á todos los males que pueden afligir al hombre. Todo nos demuestra esta gran verdad, que todo mal, ó para mayor claridad, todo *dolor* es un suplicio impuesto por algun crimen actual ú origen (1), que si esta herencia de penas ó trabajos os incomoda, olvidad si podeis cuanto os he dicho sobre este punto; porque ninguna necesidad tengo de esta consideración para entablar mi primera aserción; que no se conoce uno á sí mismo cuando se queja *de que los malvados son dichosos en este mundo y los justos desgraciados*; puesto que nada es tan cierto como la proposición contraria. Para justificar las vías de la Providencia, aun en el orden temporal, no es necesario que el crimen *sea siempre* castigado acto continuo. Es singular que el hombre no pueda conseguir de sí mismo, el ser

(1) Se puede añadir, que todo *castigo* es SUPPLICIO, en los dos sentidos de la palabra latina *supplicium*, de donde viene, porque TODO SUPPLICIO SUPLICA. Desgraciada pues, la nación que aboliese los suplicios! Porque no cesando la deuda de cada culpable de recaer en la nación, se vería esta obligada á pagar sin misericordia, y podría verse algun día tratada como *insolvente* con todo el rigor de las leyes.

tan justo para con Dios, como para con sus semejantes: ¿Quién es el que ha pensado en sostener, que no hay orden ni justicia en un estado, porque dos ó tres criminales se hayan escapado de los tribunales? La sola diferencia que existe entre las dos justicias, consiste en que la nuestra deja escapar á los culpables por impotencia ó corrupción, al paso que si la otra *parece* algunas veces que no se apercibe de los crímenes, no suspende sus golpes sino por motivos laudables, que no están muy lejos del alcance de nuestra inteligencia.

#### EL CABALLERO.

En cuanto á mi no quiero disputar sobre este punto, con tanto mas motivo, cuanto que no estoy en mi elemento, porque he leído muy pocos libros de metafísica en toda mi vida; pero permitidme que os haga observar una contradicción que no ha cesado de hacerme impresión desde que doy vueltas en este grande torbellino del mundo, que es tambien, como sabeis, un gran libro. Por un lado todos celebran la felicidad, aun la temporal de la virtud. Los primeros versos que aprendí son los de Luis Racine en su poema de religión.

Adorable virtud cuyo divino encanto,

los demas ya los conoceis; mi madre me los enseñó cuando aun no sabia yo leer; y siempre me contemplo en sus rodillas repitiendo este bello trozo que no olvidaré en mi vida. En verdad que no encuentro nada que no sea muy razonable en los sentimientos que allí se espresan, y algunas veces he tenido tentaciones de creer, que todo el género humano pensaba de la misma manera en este punto: porque por una parte hay una especie de armonía para exaltar ó engrandecer la dicha de la virtud: los libros están llenos, los teatros resuenan, no hay poeta que no se haya esforzado para espresar esta verdad de una manera viva y penetrante. Racine ha hecho resonar en la conciencia de los príncipes estas palabras tan dulces y tiernas. *En todas partes me bendicen y me aman*; y no hay un solo hombre que no pueda disfrutar de esta dicha, mas ó menos segun la extensión de la esfera cuyo centro ocupa. En nuestras conversaciones familiares se dice comunmente: *Que la fortuna de tal comerciante*, por ejemplo, nada tiene de estraña, *que es debida á su probidad, á su exactitud, á su economia, que le han granjeado la estimación y confianza general*. Quien de nosotros no ha oido mil veces á la parte ilustrada del pueblo decir: «Dios bendice esta familia, son gentes de bien que se compadecen de los pobres; ¡qué hay de maravilla en que todo les



«salga bien?» Aun entre la gente mas frivola, no hay un asunto ó materia de que mas espontáneamente se trate que el de las ventajas que tiene un hombre de bien aislado sobre el bribon mas afortunado; no hay un imperio mas universal, mas irresistible que el de la virtud. Es preciso confesarlos, si aun la felicidad temporal no se encuentra en ella, ¿á dónde se encontrará?

Mas por otra parte, una conformidad de pareceres no menos general, nos muestra desde un extremo á otro del universo á

La inocencia de rodillas que tiende la garganta al crimen.

Diriase que la virtud no está en este mundo mas que para sufrir, para que la martirice el vicio atrevido y siempre impune. No se habla sino de los atentados, de la audacia, del fraude, de la mala fé; no se agota el eterno desacuerdo de ingénuo providad. Todo se concede á la intriga, á la astucia, á la corrupcion, etc. No puedo recordar sin reirme la carta de un hombre de talento que escribia á su amigo, hablándole de cierto personaje conocido suyo, que acababa de conseguir un empleo distinguido. M... merecia bien este empleo por todos conceptos, SIN EMBARGO lo ha conseguido. En efecto, algunas veces está uno tentado á creer, mirándolo de cerca, que el vicio en la mayor parte de los negocios, tiene una ventaja decidida sobre la probidad; esplicadme pues, esta contradiccion, os lo ruego; mil veces ha herido mi imaginacion:

La universalidad de los hombres, parece que está persuadida de dos proposiciones contrarias. Cansado de ocuparme de este fatigoso problema, he acabado por no pensar ya en él.

EL CONDE.

Antes de daros mi dictámen, señor Caballero, permitidme que os felicite por haber leído á Luis Racine, antes que á Voltaire. Su musa heredera, (no sé si universal) de otra musa mas ilustrada, debe ser querida de todos sus intituyentes, porque es una musa de familia que solo ha cantado la razon y la virtud. Si la voz de este poeta no es brillante, al menos es dulce, y siempre justa, sus poesias sagradas están llenas de ideas, de sentimiento y de uncion; Rousseau camina delante de él en el mundo y en las academias; pero en la Iglesia yo estaria por Racine. Os he felicitado por haber principiado por él, debo felicitaros mas todavia por haberlo aprendido en las rodillas de vuestra escelente madre, á quien profundamente he venerado durante su vida, y á la que aun ahora mismo estoy algunas veces deseoso de invocar. Sin duda á nuestro sexo es al que corresponde formar geó-

metras, tácticos, quimicos, etc.; pero lo que se llama el hombre, es decir, el hombre moral, puede que esté formado á los diez años, sino lo ha sido ya en las rodillas de su madre, será siempre una gran desgracia. Nada hay capaz de reemplazar esta educacion. Si la madre sobre todo se ha impuesto el deber de imprimir profundamente en la frente de su hijo el carácter divino, se puede estar casi seguro de que la mano del vicio jamás lo podrá borrar. El jóven podrá descarriarse sin duda; pero describirá si me permitis esta espresion, una curva entrante que le volverá á traer al punto de donde salió.

EL CABALLERO, riéndose.

¿Creeis mi buen amigo, que la curva con respecto á mi principia ya á volver?

EL CONDE.

No lo dudo; y puedo haceros una demostracion manifiesta, y es que os hallais aqui. ¿Cuál es el encanto que os separa ú os arranca de la sociedades y de los placeres, para traerlos todas las noches al lado de dos hombres de edad, cuya conversacion no os ofrece ninguna diversion? ¿Por qué me ois con gusto en este momento? Consiste en que llevais marcado en vuestra frente ese signo de que os hablaba ahora mismo. Algunas veces al veros venir á lo lejos, creo ver tambien á vuestro lado á madama vuestra madre cubierta con un luminoso manto, que os señala con el dedo esta azotea en la que os aguardamos. Vuestro talento, lo conozco, parece que todavia se niega á ciertos conocimientos, pero es únicamente porque toda verdad necesita preparacion. Algun dia, no lo dudeis, gustareis de ellos; y hoy mismo os felicito por la sutileza con que habeis visto y puesto en toda su claridad, una gran contradiccion humana en la que yo no habia reparado todavia, por mas sorprendente que sea en la realidad. Si, sí, ciertamente Caballero, teneis razon; el género humano no agota ni la felicidad, ni las calamidades de la virtud. Pero por lo mismo pudiera decirse á los hombres: «puesto que la pérdida ó la ganancia parece que están en balanza, decidid la duda á favor de esta virtud que es tan amable;» con tanta mas razon, cuanto que no estamos circunscritos á este equilibrio. Efectivamente la contradiccion de que acabais de hablar, en todas partes la encontrareis, pues que el universo entero obedece á dos fuerzas (1). Voy á mi vez á citaros un ejemplo: vais al teatro mas á menudo que

(1) *Vim sentit geminam.* Ovid., VIII, 427.

nosotros. Los bellos trozos de Lusignan, de Polyecto de Meropea, etc., nunca dejan de causar el mas vivo entusiasmo. ¿Teneis memoria de un solo hecho sublime, de piedad filial, de amor conyugal, y aun de sola virtud, que no haya hecho profunda sensacion, y que no haya sido colmado de aplausos? Volved al dia siguiente y vereis el mismo ruido (1) por los versos de Figaro. Es la misma contradiccion que la de que hablamos hace un instante; mas en el hecho no hay contradiccion propiamente dicha, porque la oposicion no está en la misma materia. Habeis leído lo mismo que nosotros:

Dios mío! Qué cruel guerra!  
Dos hombres en mi encuentro.

EL CABALLERO.

No hay duda, y aun creo que todos estamos obligados en conciencia á esclamar como Luis XIV: *Ah! cuánto conozco á esos dos hombres!*

EL CONDE.

Pues bien, ved ahí la solucion de vuestro problema y de tantos otros, que realmente no son sino el mismo, bajo diferentes formas. *Es uno el hombre que alaba muy justamente aun las ventajas temporales de la virtud; y es otro el hombre en el mismo hombre, que probara un momento despues, que no se halla sobre la tierra mas que para ser perseguida, deshonrada y degollada por el crimen. ¿Qué, pues, habeis visto en el mundo? Dos hombres que no son del mismo parecer. Esto nada tiene verdaderamente de extraño, pero mucho será que estos dos hombres sean iguales. La recta razon y la conciencia, es la que dice lo que vé con evidencia; que en todas las profesiones, en todas las empresas, en todos los negocios, la ventaja en todas las cosas iguales por supuesto, está siempre por parte de la virtud; que la salud, el primero de los bienes temporales, y sin el cual los demas no son nada, es en parte obra suya, que ella nos colma en fin de una satisfaccion interior, mas preciosa mil veces que todos los tesoros del universo. Al contrario, el orgullo es rebelde y despedido, porque es la envidia, la avaricia, la impiedad quienes se quejan de las ventajas temporales de la virtud. Ya esto no es el hombre, ó bien es otro hombre.*

(1) Puede que tanto ruido; lo que basta para lo justo de la observacion; pero no el mismo ruido. La conciencia nada hace, del mismo modo que el vicio, y aun sus aplausos tienen un acento espreso.

En sus discursos, mas aun que en sus acciones, el hombre resuelto muchas veces por la pasion momentánea, y sobre todo por lo que se llama *genio*. Quiero citaros á propósito, un autor antiguo, y muy antiguo, cuyas obras hecho mucho de menos, por la fuerza y gran sentido que resaltan en los fragmentos que nos quedan. Este es el grave Ennius, que hacia que se cantasen en el teatro de Roma en aquel tiempo estas extrañas máximas.

Digo y repetiré que existen dioses,  
mas tambien que su ciencia es infinita  
y que nunca mezclarse pretendieron  
en nuestras cosas nimias y prolijas,  
si equivocado estoy; donde se ofrecen  
recompensando al justo y al culpable  
imponiéndole penas merecidas  
mas ¡ah! que nada hay....

Y Ciceron nos dice, no me acuerdo ya donde, que este trozo producía mil aplausos.

Pero en el mismo siglo, y en el mismo teatro, Plauto era seguramente tan aplaudido cuando decía:

Desde lo alto de su mansion sagrada  
un Dios siempre velando nos observa,  
nos ve, nos oye, y ni la noche oscura  
puede ocultar nuestra ignorada huella.

Mirad aqui un ejemplo, segun creo bastante bello, de esta gran contradiccion humana. Aqui es el sábio y el poeta filósofo quien dispara; y el amable farsante quien predica á las mil maravillas. Pero si quereis seguirme, marchémonos de Roma y vamos por un instante á Jerusalem.

Un salmo muy corto lo ha explicado todo en el asunto de que nos ocupamos. Pronto ó dispuesto á confesar algunas dudas que su espiritu habia conocido en algun tiempo, el rey-profeta, autor de este hermoso cántico, se cree obligado á condenarlas ó reprobarlas de antemano, empezando por un impetu de amor; exclamando: *¡Cuan bueno es nuestro Dios para todos los hombres de recto corazon!*

Despues de este bello impulso, podrá sin trabajo confesar sus antiguas inquietudes: *Estaba escandalizado, y casi vacilaba mi fe al contemplar la tranquilidad de los malvados. Oia decir al rededor de mí: ¿Los ve Dios? y yo decía: ¡En vano he seguido el camino de la inocencia! Me esforzaba en penetrar este misterio que fatigaba mi inteligencia.* Estas son las dudas que se han presentado con mas ó menos vehemencia á todos los talentos, esto es lo que se

llama en estilo ascético tentaciones; y se apresura á decirnos que no tardó la verdad en imponerlas silencio.

*Mas en fin, he comprendido este misterio cuando entré en el santuario del Señor; cuando he visto el fin que ha preparado á los culpables. ¡Yo me engañaba Dios mio! Vos castigais sus maquinaciones secretas; humillais á los malvados, los colmais de desgracias. En un instante perecieron; han perecido por sus iniquidades, y habeis hecho que desaparezean como el sueño de un hombre al despertarse. Despues de haber abjurado todos los sofismas de la imaginacion, ya no hace mas que amar. Esclama: ¿Qué es lo que puedo desear en el cielo? Qué es lo que puedo amar en la tierra sino á vos solo? Mi carne y mi sangre se abrasan de amor; vos tomais parte en mi eternidad. El que se aleja de vos camina á su perdicion, como una esposa infiel á quien la venganza persigue: mas para mi no hay otra dicha que la de unirme á vos, no esperar mas que en vos, y alabar ante los hombres las maravillas de mi Dios.*

Ved aqui á nuestro maestro y nuestro modelo; es preciso en esta clase de cuestiones, no comenzar por un orgullo contencioso, que es un crimen, porque arguye contra Dios, y esto conduce derechamente á la ceguedad. Es preciso esclamar antes de todo: *¡Cuán bueno sois!* y suponer que hay en nuestro espiritu algun error, que solamente se trata de conocer. Con estas disposiciones no tardaremos de recobrar la paz que huiria justamente de nosotros, sino la pedimos á su autor.

Concedo á la razon todo lo que la debo. El hombre no la ha recibido mas que para usar de ella, y hemos probado bastante bien, segun creo, que nada se le dá de las dificultades que se le oponen contra la Providencia. Con todo eso, no contamos exclusivamente siempre con una luz, que está espuesta á eclipsarse por esas *tinieblas del corazon*, dispuestas siempre á alzarse entre nosotros la verdad y *¡entramos en el santuario!* Ahi es donde todos los escrúpulos, todos los escándalos desaparecen. La duda se parece á esas moscas importunas que se echan, y que siempre vuelven. Ella desaparece al primer movimiento de la razon, pero la religion la mata; y francamente, esto es algo mejor.

#### EL SENADOR.

Os he seguido con sumo placer en vuestra escursion á Jerusalem; pero permitidme que aumente vuestras ideas haciéndoos observar, que no siempre la impiedad, la ignorancia ó la ligereza se dejan ni con mucho deslumbrar, por el sofisma que atacais con tan buenas razones. Tal es la injusticia á este respecto, y tan arraigado el error, que los mas sabios escritores, engaña-

dos ó alucinados por quejas insensatas, concluyen por espresarse con el vulgo, y parece que prescinden de toda censura sobre este punto. Citábais ahora mismo á Luis Racine, recordad este verso del trozo que teniais á la vista.

De tí huye la fortuna y la riqueza.

Nada es mas falso; no solamente las riquezas no huyen de la virtud, sino que al contrario, no hay riquezas honrosas y permanentes, sino las que se adquieren y poseen por la virtud. Las demas son despreciadas, y no son mas que pasajeras. Ved sin embargo á un sabio, á un hombre profundamente religioso, que nos repite despues de otras mil cosas, *que la riqueza y la virtud están reñidas*; pero sin duda lo propio que otros mil, habia repetido muchas veces en su vida, el antiguo, el universal, el infalible adagio: *Interés mal adquirido, poco aprovecha* (1). De suerte, que veduos obligados á creer que las riquezas huyen igualmente del vicio que de la virtud. ¿En dónde estarán entonces? Si se hiciesen observaciones morales, como se hacen metereológicas; si los observadores infatigables penetrasen en las historias de las familias, se veria que los bienes mal adquiridos, son otros tantos anatemas que se han de cumplir inevitablemente en sus individuos ó en sus familias.

Pero hay en los escritores del buen partido que se han dedicado á este asunto, un error secreto, que creo merece descubrirse; ellos ven en la posteridad de los malvados, y en los padecimientos de la virtud, una prueba muy fuerte de la inmortalidad del alma, ó lo que es lo mismo, de los castigos y recompensas de la otra vida; se ven obligados acaso sin saberlo á cerrar los ojos con respecto á los de este mundo, por temor de debilitar las pruebas de una verdad de primer órden, sobre la que descansa todo el edificio de la religion: pero me atrevo á creer que en esto están equivocados. No es necesario, ni aun creo permitido, desarmar por decirlo asi, una verdad, para poder dar armas á otros. Toda verdad puede defenderse por sí sola, ¿á qué pues confesar lo que no es preciso?

Os suplico que leais la primera vez que tengais tiempo, las reflexiones críticas del ilustre Leibnitz sobre los principios de Puffendorf; vereis en términos precisos, que los castigos de la otra vida están demostrados por solo haber dispuesto el soberano

(1) *Male paria, male dilabuntur.* Este proverbio es propio de todas las lenguas y de todos los estilos. Platon lo ha dicho: la virtud es la que produce las riquezas, del mismo modo que produce todos los demas bienes, tanto públicos como particulares. (In Apol. Soc. opp., tomo I, p. 70.) Es la misma verdad la que se espresa así.

dueño de todas las cosas, dejar en esta vida la mayor parte de los crímenes sin castigo, y la mayor parte de las virtudes sin recompensa. Mas no creais que nos deja el trabajo de refutarlo. En la misma obra se apresura á refutarse él mismo, con la superioridad que le es propia; y reconoce espresamente, que aun haciendo abstraccion de los demás castigos que Dios ordena para este mundo, como lo hacen los legisladores humanos, no seria menos legislador desde esta vida, pues que en virtud de las solas leyes de la naturaleza que ha formado con tanta sabiduria, todo malvado es un *heautontimorimeno* (1). No se podria espresar mejor; pero decidme, cómo es posible que habiendo Dios ordenado castigos para esta vida, como los legisladores, y siendo todo malvado por otra parte, en fuerza de las leyes naturales UN VERDUGO DE SI MISMO, quedan impunes la mayor parte de los crímenes (2)? La ilusion de que os hablaba hace poco, y la fuerza de la preocupacion, se manifiesta aqui á las claras. No me empeñaré inutilmente en aclararlas mas, pero voy á citaros tambien un hombre superior en su género, y cuyas obras ascéticas son incontestablemente uno de los mas bellos regalos que ha hecho el talento á la piedad; el P. Berthier, este acuerdo que sobre estas palabras de un salmo: *un instante mas y el impio ya no existirá, buscareis el sitio en que se hallaba y no le encontrareis*; observa que si el profeta no tenia presente la bienaventuranza eterna, su proposicion seria falsa. «Porque, dice, los hombres de bien han perecido, y no se conoce el sitio que habitaron en la tierra; no tenían riquezas durante su vida, y no se conoce que estuviesen mas tranquilos que los malvados, quienes á pesar de los excesos de sus pasiones, parece que gozan del privilegio de la salud y de una vida muy larga.»

Parece imposible que un pensador de tal fibra, se haya dejado ofuscar por la preocupacion vulgar, hasta el punto de desconocer las verdades mas palpables. *Los hombres de bien, dice, han perecido.* Pero pienso que nadie ha sostenido todavia, que las gentes de bien debiesen tener el privilegio de no morir. *No se conoce el sitio que habitaron en la tierra.* En primer lugar ¿qué importa? por otra parte ¿el sepulcro de los malvados, es mas co-

(1) *Verdugo de si mismo.* Es el título muy conocido de una comedia de Terencio. El venerable autor del *Evangelio explicado* ha dicho con tanto talento y aun mas autoridad: *un corazon culpable toma siempre contra si mismo, el partido de la justicia Divina.* (Tomo III, 120. med., tercer punto.)

(2) *Leibnitzii monita quædam ad Puffendorffii principia, opp., tom. IV, part. III, pág. 277.* Los pensamientos mas importantes de este grande hombre, han estado al alcance de todo el mundo en el libro tan bien concebido como desempeñado de *Los Pensamientos de Leibnitz*, v. tomo II, paginas 296 y 275.

nocido que el de los hombres de bien por el nacimiento, por las dignidades y por el género de vida en igualdad de circunstancias? ¿Luis XI ó Pedro el Cruel, fueron mas célebres ó mas ricos que S. Luis ó Carlo-Magno? Sager y Ximenez ¿no vivieron mas tranquilos, y son acaso ménos célebres despues de su muerte que Sejan ó Pombal? Lo que sigue sobre el *privilegio de la salud y de una vida mas larga*, es tal vez una de las pruebas mas terribles de la fuerza de una preocupacion general en los talentos mas completos, para que no caigan en ella. Pero al P. Berthier le ha sucedido lo que á Leibnitz, y lo que sucederá á todos los hombres de su especie; y es, que ellos mismo se refutan con una fuerza y una claridad que les es propia, mucho mas con respecto al P. Berthier, por una uncion digna de igualar á Fenelon en el camino de la ciencia espiritual. En varios trozos de sus obras, reconoce que sobre la tierra no hay felicidad mas que en la virtud: que nuestras pasiones son nuestros verdugos, que el apogeo de la felicidad se hallaria en el apogeo de la caridad; que si existiera una verdad *evangélica*, seria aquel un lugar digno de la admiracion de los ángeles, y que preciso fuera abandonarlo todo, para ir á contemplar de cerca á estos dichosos mortales. Empapado en estas ideas, se dirige en otra parte á Dios mismo, y le dice: *¿Es cierto que ademas de la felicidad que me espera en la otra vida, puedo tambien ser dichoso en esta?* Leed, os ruego, las obras espirituales de este docto y santo personage; fácilmente hallareis los diferentes párrafos que tengo presentes, y estoy seguro que me dareis las gracias por haberos hecho conocer este libro.

#### EL CABALLERO.

Confesad, francamente, mi querido senador, que quereis persuadirme y embaucarme con vuestras lecturas favoritas. Seguramente vuestra proposicion no se dirige á vuestro compañero que se sonrie. Por lo demas os prometo que si principio, principiare por el P. Berthier.

#### EL SENADOR.

Os exhorto con todo mi corazon á que no tardeis; mientras tanto, me alegro mucho de haberos demostrado cómo la ciencia y la santidad se engañan primeramente y razonan como la muchedumbre ó el vulgo, descarriados de la verdad por un noble motivo, pero dejándose atraer por la evidencia y dándose á si mismas el mas solemne mentis.

Ved aquí, pues, si no me equivoco, dos errores puestos bien en claro; error del orgullo, que se niega á la evidencia para jus-

tificar sus culpables objeciones; y otro mas, error de la virtud, que se deja engañar por el deseo de reforzar una verdad aun á espensas de otra. Mas hay aun un tercer error, que no debe pasarse en silencio, y es esa multitud de hombres que no cesan de hablar de los resultados del crimen, sin saber lo que es felicidad y desgracia.

«Sabemos que un villano que es digno de verse confundido, se lanza en el mundo por medios muy impropios, y consigue con ellos hacer su suerte; deprime al mérito, murmura de la virtud, y sin embargo halla buena acogida entre las gentes; le acatan, le reciben con la sonrisa en los labios, y si hay un puesto que disputar, se le ve conseguirlo por la intriga, sobreponiéndose al hombre mas honrado.»

El teatro nos gusta tanto porque es el cómplice eterno de todos nuestros vicios y todos nuestros defectos (1). Un hombre de bien no debe disputar un rango, una clase, por medio de la intriga, y menos todavia un villano ú hombre vil. No cesan de decir: *todos los empleos, todas las dignidades, todas las distinciones son para los hombres que no las merecen*. Primeramente, nada es mas falso; por otra parte ¿con qué derecho llamamos nosotros á todas esas cosas *bienes*? Ahora poco nos citábais un brillante epigrama, Caballero, *merecia este empleo por todos conceptos, SIN EMBARGO lo ha obtenido*; muy bien, si no se trata mas que de reirse; pero tratándose de razonar, ya es otra cosa. Quisiera participaros una reflexion que se me ocurrió un dia leyendo un sermon de vuestro admirable Bourdaloue; pero temo que me tengais todavia por visionario.

EL CABALLEBO.

Pues cómo! *todavia!* Yo no he dicho nunca eso. Dije solamente, lo que es muy distinto, *que si ciertas gentes os oyesen, os podrian tener por visionario*. Por otra parte, aqui no hay *ciertas gentes*, y aun cuando las hubiera, aunque se hubiese de imprimir lo que decimos, nada importaria. Lo que uno cree cierto, es preciso decirlo, y decirlo valerosamente. Yo quisiera, *aunque me costara mucho*, descubrir una verdad que chocase á todo el género humano; yo se la diria á quema-ropa.

EL SENADOR.

Si os alistais alguna vez en un ejército que la Providencia le-

(1) *Paucas poetæ, repertunt fabulas.*

*Ubi boni meliores fiant.*

(Plaut. cap. in epil.) puede muy bien creerse, me parece.

vanta en este momento en Europa, os colocarán en los granaderos; pero mirad lo que os queria decir. Leia yo cierto dia en no sé qué sermon de Bourdaloue, un párrafo en que sostiene sin la menor restriccion, *que no es permitido solicitar empleos* (1). A la verdad yo tomé esto desde luego como un simple consejo, ó como una de estas ideas de perfeccion, inútiles en la práctica, y pasé adelante; pero muy pronto la reflexion me retrajo, y no tardé en encontrar en este texto materia para una larga y seria meditacion. Ciertamente una gran parte de los males procede de los depositarios de la autoridad, mal escojidos por los principes; mas la mayor parte de estas malas elecciones, son hijas de la ambicion que los ha engañado. Si todos esperasen la eleccion, en vez de esforsarse á determinarla por todos los medios posibles, me siento inclinado á creer que el mundo cambiaria de faz. ¿Con qué derecho se atreven á decir: *Yo valgo mas que cualquiera otro para este empleo?* porque esto lo dicen cuando lo solicitan. ¿Qué enorme es la responsabilidad que arrastran! Existe ahí un orden de cosas que se esponen á alterar. Voy aun mas lejos; digo que cada hombre, si se examina con cuidado á sí mismo y á los demas, con todas sus circunstancias, sabrá distinguir muy bien el caso en que uno es llamado, del de aquellos que obstruyen el paso. Esto tiende á una idea que acaso os parecerá paradógica; pensad como gustéis. Me parece que la existencia y la marcha de los gobiernos, no pueden definirse por los medios humanos, como tampoco el movimiento de los cuerpos por los medios mecánicos. *Mens agitat molem*. En cada imperio ó gobierno hay un *espíritu directo* (permitidme que robe esta palabra á la química, desnaturalizandola), que le anima, asi como el alma anima al cuerpo, y causa la muerte al retirarse ó desaparecer.

EL CONDE.

Dais un nombre nuevo muy adecuado á mi parecer, á una cosa muy sencilla, que es la intervencion necesaria de un poder sobrenatural. Es admitida en el mundo fisico, sin escluir la accion de las segundas causas; ¿por qué razon no ha de serlo tambien en el mundo político en el que no es menos indispensable?

(1) Siguiendo todas las apariencias, el interlocutor tenia presente el pasaje en que este gran orador dijo con una severidad que parece ya excesiva: «¿Mas qué! me direis, ¿no puede un hombre en el mundo desear el ser mas grande de lo que es? No, mi querido oyente, nunca podreis desearlo; os será permitido serlo cuando Dios quiere, cuando vuestro rey os destine, cuando la voz pública os llame, etc. (Sermon sobre el estado de la vida, ó mejor dicho *contra la ambicion*, primera parte).

(Nota del editor.)

Sin su intervencion inmediata, no puede definirse como decisiva, ni la creacion ni la duracion de los gobiernos. Ella está de manifesto en la unidad nacional que los constituye; lo está en la multitud de voluntades que concurren al mismo fin sin saber lo que hacen, demostrando esto que no son mas que *empleadas*, lo está sobre todo en la accion maravillosa que se sirve de este cúmulo de circunstancias, que llamamos *accidentales*, de nuestras locuras mismas y de nuestros crímenes, para mantener el orden, y muchas veces para restablecerlo.

## EL SENADOR.

No sé si habeis aprovechado perfectamente mi idea; no importa por ahora. Admitido una vez el poder sobrenatural, de cualquiera modo que se entienda, bien puede uno fiarse en él; pero por mas que se repita, mucho menos nos equivocariamos en esta materia; si tuviésemos ideas mas justas de lo que llamamos *bienes y felicidad*. Hablamos de los resultados del vicio, é ignoramos lo que es un *resultado*, lo que nos parece una dicha es muchas veces un castigo terrible.

## EL CONDE.

Teneis razon grandemente: El hombre no sabe lo que le conviene, y aun la misma filosofía lo ha visto, puesto que ha manifestado, que el hombre por si solo no sabia orar y necesitaba un instructor divino que viniera á enseñarle lo que debe pedir (1). Si algunas veces parece que la virtud tiene menos talento que el vicio, para conseguir las riquezas, los empleos, etc.; si es nula para toda clase de intrigas, mejor para ella, aun temporalmente; no hay un error mas frecuente que el de tomar una bendicion por una desgracia: nunca envidiemos nada al crimen; dejémosle sus tristes resultados; la virtud tiene otros, tiene todos los que la son permitidos desear; y aun cuando tuviese menos, nada le faltará tampoco al hombre justo, porque le quedaria la tranquilidad, la paz del corazon! ¡Tesoro inapreciable, salud del alma, encanto de la vida, que vale por todo, y que nada puede reemplazarla! ¿Qué ceguedad inconcebible hace á menudo, que no fijemos la atencion en ello? En un lado está la paz y aun la gloria: una buena reputacion al menos, es la compañera inseparable de la virtud, y es uno de los goces mas deliciosos de la vida; en el otro lado están los remordimientos y muchas veces

(1) No hay necesidad de citar esta cláusula de Platon, que el libro de este grande hombre, se ha trasmitido á otros mil.

tambien la infamia. Todo el mundo conviene en estas verdades; mil escritores las han presentado en todo su esplendor; y en seguida se razona como si fueran desconocidas.

¿Entretanto, puede uno dejar de contemplar con delicia, la dicha del hombre que puede decir cada dia antes de dormirse: *no he perdido el dia*; que no siente en su corazon ninguna pasion rencorosa, ningun deseo culpable; que se duerme con la certidumbre de haber practicado algun bien, y que se despierta con nuevas fuerzas para ser todavía mejor? Despojadle si quereis, de todos los bienes que los hombres codician con tanto ardimiento, y comparadlo con el dichoso, con el poderoso Tiberio, escribiendo desde la isla de Caprea su famosa carta, al senado romano (1); creo que no será difícil decidirse entre estas dos situaciones. Al rededor del malvado, me parece que veo sin cesar todo el infierno de los poetas, *TERRIBLES VISU FORMAE las zozobras devorantes, las pálidas enfermedades, la innoble y precoz vejez, el miedo, la indigencia (triste consejera), la falsa alegría del espíritu, la guerra intestina; las furias vengadoras, la negra melancolia, el ensueño de la conciencia y de la muerte*. Los mas grandes escritores, se han dedicado á escribir el inevitable suplicio de los remordimientos; pero Perse, me ha sorprendido, sobre todo, cuando su pluma enérgica nos hace oír *durante el horror de una profunda, ú oscura, noche*, la voz de un culpable atormentado por ensueños espantosos, arrastrado por su conciencia á la orilla movediza de un precipicio sin fondo, esclamando consigo mismo, *¡estoy perdido! ¡estoy perdido!* y que para concluir el cuadro, nos enseña el poeta á la inocencia, durmiendo en paz al lado del perverso atormentado.

## EL CABALLERO.

En verdad que atemorizariais á un *granadero*; pero ved, todavía una de esas contradicciones en que ahora poco reparábamos. Todos hablan de la dicha que lleva consigo la virtud, y todos hablan de ese terrible suplicio que causan los remordimientos; pero como si estas verdades no fueran mas que de pura teoria, porque cuando se trata de hablar de la Providencia se las olvida como si fuesen nulas en la práctica. Hay en esto á la vez error é ingratitud. Ahora que reflexiono sobre ello, veo lo ridiculo que es, el quejarse de las desgracias de la inocencia, es precisamente lo mismo que si uno se quejase de que Dios se complacia en convertir en desgracia la felicidad.

(1) «¿Qué os escribiré hoy, Padres conscriptos? ¿O cómo os escribiré, ó acaso debo no escribiros nada? ¡Si yo mismo lo sé, que los dioses y las diosas me hagan perecer aun mas horriblemente, de lo que cada dia me siento perecer!» (Tac. Ann. VI. 6.)

## EL CONDE.

¡Sabeis Caballero, que Séneca no hubiera hablado mejor! En efecto, Dios todo lo ha dado, á los hombres á quienes ha preservado ó librado de los vicios (1). Así, pues, decir que el crimen es dichoso en este mundo, y la inocencia desgraciada, es un verdadero contrasentido; es decir, precisamente que la pobreza es rica, y la opulencia pobre; pero el hombre es así. Siempre se quejará, siempre argumentará contra su padre. No basta que Dios haya dado al ejercicio de la virtud una dicha inefable, no basta que le haya prometido la parte mayor sin comparacion, en la participacion ó distribucion general de los bienes de este mundo; esas cabezas desatinadas, cuyo razonamiento ha desterrado la razon, no quedarán contentas: será absolutamente preciso que su justo imaginario sea impasible; que no la suceda mal alguno; que la lluvia no le moje; que la niebla se detenga respetuosamente en los limites de su campo; y que si se olvide por casualidad de echar sus cerrojos, se digne Dios enviar á sus puertas un ángel con una espada resplandeciente, por temor de que un ladrón dichoso, no vaya á robar el oro y pedrería del justo (2).

## EL CABALLERO.

Tambien os cojo chanceándoos, señor filósofo, pero me guardo muy bien de querellarme, porque temo las represalias; convingo pues, con mucho gusto, que en tal caso la chanza puede presentarse en medio de una grave discusion. No podria haber cosa mas disparatada que esa absurda pretension, que quisiera que todo justo fuese bañado ó empapado en las aguas de la Estigia, volviéndose inaccesible á todos los golpes del destino.

## EL CONDE.

No entiendo mucho lo que es el destino; pero os confieso que en cuanto á mi, veo cierta cosa todavía mas disparatada, que lo

(1) *Omnia mala ab illis (DEUS) removit; scelera et flagitia et cogitationes improbas, et avida consilia, et libidinem sacam, et alieno, imminentem avaritiam.* (Sén. De Prov. c. vi.)

(2) *Numquid quoque á Deo aliquis exigit ut boni viri sarcinas servet?* Sí, sin duda, todos los dias se pretende, sin pensarlo, que los ladrones hurtan á lo que se llama un hombre de bien, y tal como el que concedia una risa de aprovacion á este párrafo de Séneca, dirá al instante. Semejante desgracia no hubiera sucedido á un bribón rico; estas cosas no suceden mas que á los hombres de bien.

que á vos os parece el exceso de la sinrazon; y es, la inconcebible locura que se atreve á fundar argumentos contra la Providencia, sobre las desgracias de la inocencia que no existe. ¿En dónde está pues, la inocencia? ¿En dónde el justo? ¿Se halla aquí alrededor de esta mesa? ¡Ah gran Dios! ¿Quién pudiera creer un delirio tal, sino lo viéramos á cada momento? Muchas veces pienso en aquel párrafo de la Biblia que dice: *Yo visitaré á Jerusalem con lámparas* ó luces (1), tengamos nosotros mismos valor para visitar ó ver nuestros corazones con lámparas, y no nos atreveremos mas á pronunciar sino con vergüenza las palabras de virtud, de justicia y de inocencia. Principiemos examinando el mal que hay dentro de nosotros mismos, y palidezcamos al fijar una mirada animosa en el fondo de este abismo; porque es imposible conocer el número de nuestras transgresiones, y no lo es menos el saber, hasta que punto tal ó cual acto culpable, ha dañado el orden general y contrariado el plan del Legislador eterno. Pensemos en seguida en esa espantosa comunicacion de crímenes que existe entre los hombres, *complicidad, consejo, ejemplo, aprobacion*; palabras terribles, que sin cesar deberíamos meditar. ¿Qué hombre sensato podrá pensar sin estremecerse en la accion desordenada que ha ejercido para con sus semejantes, y con los resultados posibles de esa funesta influencia? Rara vez se hace culpable el hombre solo; rara vez un crimen deja de producir otro. ¿A dónde están pues, los limites de la responsabilidad? De ahí, ese rasgo luminoso que brilla entre otros mil, en el libro de los Salmos: *¿Cuál es el hombre que puede conocer toda la estension de sus prevaricaciones?* ¡Oh Dios! purificadme de las que ignoro, y perdonadme tambien de las demás (2). Despues de haber meditado así sobre nuestros crímenes, se nos presenta otro exámen todavía mas triste tal vez; y es el de nuestras virtudes: ¿qué espantosa pesquisa seria aquella, que tuviese por objeto el corto número, la falsedad y la inconstancia de esas virtudes! Seria preciso ante todo, sondear las bases. ¡ay de mí! Mas están mas pronto determinadas por la preocupacion, que por las consideraciones del orden general, fundado en la voluntad Divina. Una accion nos repugna mucho menos porque es mala, que porque es vergonzosa. Que riñan dos hombres del pueblo, armados cada uno con su cuchillo, son dos picaros; haced mas largas las armas, y uoid al crimen una idea de nobleza, y de independecia, y ya será la accion de un hidalgo; y vencido el soberano por la preocupacion, no podrá menos de

(1) *Scrutabor Jerusalem in lucernis.* (Soph. I, 12).

(2) *Delicta quis intelligi? Ab occultis meis, munda et ab alienis parce servo tuo.* (Salm. XVIII, 14).

honrar *el mismo*, el crimen cometido contra *el mismo*; es decir, la rebeldía añadida al homicidio. La esposa criminal habla tranquilamente de la *infamia* de una desgraciada, á quien la miseria arrastró á una debilidad ostensible; y desde lo alto de un balcon dorado, el diestro dilapidador del tesoro público, vé subir á la horca al infeliz sirviente que ha robado á su amo un escudo. Hay una palabra bien profunda y significativa, en un libro de pura diversion ó entretenimiento; lo he leído hace cuarenta años justos, y la impresion que entonces me hizo no se ha borrado. Es en un cuento moral de Marmontel. Un aldeano cuya hija fue deshonrada por un gran señor, dijo á este brillante corruptor: *Muy dichoso sois, señor, por no amar al oro tanto como á las mugeres; hubierais sido un cartucho. ¿Qué es lo que comunmente hacemos durante vuestra vida? Lo que nos da la gana.* Si nos dignamos abstenernos de robar y de matar, es porque no tenemos ningun deseo, porque esto no se hace.

Sed si

Candida vicini subriset molle puella,  
Cor tibi rite salit.....? (1).

No es al crimen sino tememos, á quien á la deshonra; y con tal que la opinion aleje la vergüenza, ó bien sustituya la gloria, como es ella la dueña, cometemos el crimen osadamente, y dispuesto asi el hombre, se llama *sin cumplimiento justo*, ó al menos *hombre de bien*: ¿y quién sabe si aun dá gracias á Dios de no ser como uno de aquellos otros? Es un delirio sobre el que la mas pequeña reflexion debe avergonzarnos. Sin duda fue con suma sabiduria el llamar los romanos con un mismo nombre, la fuerza y la virtud. No hay en efecto virtud ninguna propiamente dicha, sin la victoria sobre nosotros mismos, y lo que nada nos cuesta, nada vale. Separemos de nuestras miserables virtudes, lo que debemos al temperamento, al honor, á la opinion, al orgullo, á la impotencia y á las circunstancias; ¿qué nos quedará? ¡Ah! bien poca cosa. No tengo reparo en confesaroslo, siempre que medito sobre esta espantosa materia, tengo intenciones de arrojar me al suelo como un culpable que pide perdón; no aceptando de antemano todos los males que pudieran caer sobre mi cabeza, mas que como una ligera compensacion de la inmensa denda que he contraido para con la justicia eterna. No obstante, no podriais tener una idea de las muchas gentes que en mi vida, me han dicho que era *muy hombre de bien*.

(1) Mas si la blanca hija del vecino te envia un suspiro voluptuoso, ¿continuará tu corazon latiendo con prudencia? (Pers. sat. III. 410.—III.

Os aseguro que pienso lo mismo que esas personas, y vedme aquí dispuesto á prestaros dinero, sin necesidad de testigos ni recibo, sin pensar siquiera en si no tendreis gana de devolvérmelo. Pero decidme, os ruego, ¿no lastimais sin advertirlo vuestra propia causa al enseñarnos aquel ladron público que ve desde un balcon dorado los preparativos de un suplicio, que debia servir mas bien para él, que para la desgraciada victima que va á perecer? ¿No vais á parar sin sentir, al triunfo del vicio y á las desgracias de la inocencia?

EL CONDE.

No en verdad, mi querido caballero, no me contradigo á mí mismo; vos sois, con vuestro permiso, quien está distraido al hablarnos de las desgracias de la inocencia. Era preciso no hablar mas que *del triunfo del vicio*; porque el criado á quien se ahorca por haber robado un escudo á su amo, no es enteramente inocente. Si la ley del pais prescribe la pena de muerte por todo robo doméstico, todo criado sabe que si roba á su amo se espone á morir. Que el que otros crímenes de mucha mas consideracion, no sean conocidos ni castigados, es otra cuestion, pero tocante á él no tiene derecho á quejarse. Es culpable segun la ley, ha sido juzgado ó sentenciado segun la ley, ha muerto segun la ley, ningun agravio se le hace. Y en cuanto al ladron público de quien hablábamos ahora mismo, no habeis comprendido bien mi idea. No he dicho yo que fuese dichoso; ni he dicho que sus malversaciones no han de ser nunca ni conocidas ni castigadas; he dicho tan sólo, que el culpable ha tenido la habilidad, hasta este momento, ó hasta ahora, de ocultar sus crímenes, y que pasa por lo que llaman un *hombre de bien*. No lo es sin embargo ni con mucho para el ojo que todo lo ve. Si la gota ó la piedra ó algun otro suplemento ó equivalente terrible de la justicia humana, viene pues á hacerle pagar el balcon dorado, ¿veis en eso alguna injusticia? Luego la suposicion que hago en este momento, se realiza á cada paso en todos los puntos del globo. Si hay para nosotros verdades positivas, es porque el hombre no tiene medio alguno de juzgar los corazones; porque la conciencia que nos induce á juzgar mas favorablemente, puede estar atrocemente manchada á los ojos de Dios; porque no hay un hombre inocente en este mundo, porque todo mal, es un castigo, y porque el juez que nos condena es infinitamente justo y bueno: basta, me parece para que aprendamos al menos, á callarnos. Pero permiti-



¿tíeme que antes de concluir os comunique una reflexion que siempre me ha llamado la atencion estremadamente; acaso no hará menos impresion en vosotros. *No hay hombre justo en la tierra* (1).

El que pronunció ó dijo esta palabra, era él mismo una prueba grande y triste de las sorprendentes contradicciones del hombre, pero á este *justo* ideal, convengo en realizarlo un momento, en la imaginacion, y lo colmo de todos los males posibles. Os pregunto, ¿quién tiene derecho á quejarse, en esta suposicion? Es el justo probablemente: es el justo paciente, ó que padece. Pero esto es justamente lo que no sucederá jamás. No puedo menos de pensar en este momento en esa jóven que se ha hecho célebre en esta gran ciudad, entre las personas bienhechoras que miran como un deber sagrado el buscar la desgracia para remediarla. Tiene diez y ocho años; hace cinco que está padeciendo un horrible cáncer que le roe la cabeza. Ya han desaparecido los ojos y la nariz y el mal adelanta en sus carnes virginales, como un incendio que devora un palacio. Presa ó victima de los padecimientos mas agudos, una piedad tierna y casi celestial, la desprende enteramente de la tierra, y parece que la hace inaccesible ó indiferente al dolor. No dice como el fastuoso estóico: *¡Oh dolor! por mas que hagas, nunca me harás convenir, en que seas un mal.*

Esta obra mejor; no dice nada. Nunca han salido de su boca, mas que palabras de cariño, de sumision y reconocimiento. La inalterable resignacion de esta jóven se ha hecho como una especie de espectáculo, ó notabilidad; y así como en los primeros siglos del cristianismo, iban al circo por pura curiosidad á ver á *Blandina, Agatha y Perpétua* entregadas á los leones, á los toros salvajes ó bravios, y que por cierto mas de un espectador se retiró sorprendido de haberse vuelto cristiano; del mismo modo los curiosos van tambien en vuestra bulliciosa ciudad, á contemplar á la jóven mártir, *entregada al cáncer*. Como ha perdido la vista, pueden acercarse á ella sin incomodarla, y muchos han vuelto con mejores pensamientos. Cierta dia que la prodigaban una compasion particular por sus largos y crueles insomnios: *No soy, dijo, tan desgraciada como creéis; Dios me concede la gracia de no pensar mas que en él.* Y cuando un hombre de bien que vos conocéis, señor senador, la preguntó cierto dia: *¿cual es la primera gracia que pediréis á Dios, mi querida niña, cuando os halleis en su*

(1) *Non est homo justus in terra, qui faciat bonum et non peccet.* (Ecl. VII, 21.) *Habiase dicho mucho tiempo hacia: qui est homo, ut immaculatus sit, et ut justus appareat de muliere? Ecce inter sanctos nemo immutabitur* (Job, XV, 14-15).

*presencia?* respondió con una sencillez evangélica: *Le pediré para mis bienhechores, la gracia de que le amen tanto como yo le amo.*

Ciertamente, señores, si la inocencia existe en alguna parte del mundo, se halla sin duda en ese lecho de dolor, cerca del que el giro de la conversacion, acaba de llevarnos un instante. Y si fuera permitido dirigir á la Providencia quejas razonables, saldrian ellas justamente de la boca de esa victima pura, que no sabe, sin embargo, mas que bendecir y amar. Mas lo que vemos aqui, siempre se ha visto, y se verá hasta el fin de los siglos. Cuanto mas se aproxime el hombre á ese estado de justicia en que la perfeccion no pertenece á nuestra débil naturaleza, tanto mas amable y resignado le hallareis, hasta en las situaciones mas crueles de la vida. ¿Cosa estraña! El crimen es quien se queja de los padecimientos de la virtud! Siempre es el culpable, y muchas veces el culpable *dichoso*, como quiere serlo, sumergido en las delicias, y rebosando en los únicos bienes que estima. ¿Quién se atreve á contender con la Providencia, cuando ella juzga conveniente, rehusar estos mismos bienes á la virtud! ¿Quién pues ha dado á esos temerarios, derecho á tomar la palabra en nombre de la virtud, que los desmiente con horror, interrumpiendo por insolentes blasfemias las súplicas, las ofrendas y los sacrificios voluntarios del amor?

EL CABALLERO.

¿Ah mi querido amigo, cuantas gracias os doy! No sabria explicaros hasta que punto estoy conmovido por esa reflexion, que no se me habia ocurrido. La llevo en mi corazon, por que es preciso separarnos. No es de noche y tampoco es muy de dia y ya las oscuras aguas del Neva, anuncian la hora del descanso. No sé, sin embargo si podré gozar de él. Creo que soñaré mucho con esa jóven, y sin que pase de mañana buscaré su habitacion.

EL SENADOR.

Yo me encargo de llevaros.

## VELADA CUARTA.

EL CONDE.

Me acuerdo de un escrúpulo del Caballero; ha sido preciso durante mucho tiempo hacer como que no se pensaba en ello; porque hay en los diálogos de la naturaleza de los nuestros, verdaderas corrientes, que nos arrastran á nuestro pesar: no obstante, es preciso volver de nuevo á la cuestion.

EL CABALLERO.

Muy bien he conocido que divagábamos; pero estando la mar perfectamente tranquila y sin peligro, no careciendo por otra parte ni de viveres ni de tiempo, y como tampoco teníamos (lo que me parece el punto esencial) nada que hacer en nuestras casas, no tenia mas placer que descubrir pais. Por lo demas, puesto que quereis volver á la cuestion, no he olvidado, que en nuestra segunda Velada, una palabra que digisteis sobre la oracion, me causó cierta incomodidad despertando en mi imaginacion, ciertas ideas que mas de una vez la habian fascinado: recordadme las vuestras, os lo ruego.

EL CONDE.

Ved aquí, cómo ó por que llegué á hablaros de la oracion. Siendo todo mal un castigo, resulta que ningun mal puede ser mirado como necesario, puesto que puede evitarse. El orden temporal es en este punto, como en otros muchos, imájen de un orden superior. No habiéndose hecho precisos los castigos

mas que por los crímenes, y siendo todo crimen ó delito el acto de una libre voluntad, resulta que todo castigo podia evitarse, pues que podia no cometerse el crimen. Añado, que aun despues de haberse cometido, puede todavia evitarse el castigo, de dos modos; porque desde luego los méritos del culpable ó tambien los de sus antepasados pueden equilibrar su falta; en segundo lugar porque sus fervientes súplicas ó bien las de sus amigos pueden desarmar al soberano.

Una de las cosas que la filosofía no cesa de repetirnos, es la de que es preciso guardarnos de hacer á Dios semejante á nosotros. Admito la advertencia en tanto que acepte ella á su vez, la de la religion, de que nos hagamos semejantes á Dios. La justicia divina, puede ser considerada y estudiada en la nuestra, mucho mas de lo que creemos. ¿No sabemos que hemos sido creados á imájen de Dios y no nos está mandado que trabajemos para llegar á ser perfectos como él? Comprendo bien que estas palabras no deben ser tomadas al pie de la letra, pero nos enseñan siempre, lo que somos, puesto que la mas pequeña semejanza con el ser Supremo, es un título de gloria, que ninguna imaginacion es capaz de concebir. No teniendo la semejanza nada que ver con la igualdad, no hacemos mas que usar de nuestros derechos glorificándonos por esta misma semejanza. El mismo se ha llamado nuestro padre, y el amigo de nuestras almas (1). El hombre Dios nos ha llamado amigos suyos, hijos suyos y tambien hermanos suyos; (2) y sus apóstoles no han dejado de repetirnos el precepto de ser semejantes á él. No hay pues la menor duda, acerca de esta augusta semejanza; pero el hombre se ha equivocado doblemente respecto de Dios; tan pronto lo hace igual al hombre, prestándole nuestras pasiones; y tan pronto por el contrario, se ha engañado de una manera mas humillante por su naturaleza, negándose á reconocer los rasgos divinos de su modelo. Si el hombre sabe descubrir y contemplar sus obras, no se engañará juzgando á Dios por su criatura querida: basta juzgar por todas las virtudes, es decir, por todas las perfecciones contrarias á nuestras pasiones, perfecciones de las que todo hombre es susceptible, y que nos vemos obligados á admirar en el fondo de nuestros corazones por lo mismo que nos son estrañas (3). Y no

(1) Sap. XI. 27.

(2) Pero solamente despues de su resurreccion, en cuanto al título de hermano: es una advertencia de Bourdaloue en un fragmento que nos ha dejado sobre la resurreccion.

(3) Los salmos presentan una buena leccion contra el error contrario, y esta leccion prueba la verdad: «Habeis hecho alianza con el ladron, y con la adúltera; vuestra boca reboaba malicia. Habeis hablado contra vuestro hermano, contra el hijo de vuestra madre, y habeis creído despues crimi-

os dejéis engañar por las teorías modernas, sobre la inmensidad de Dios, sobre nuestra pequeñez, y sobre la locura que cometemos, queriéndole juzgar por nosotros mismos; bellas frases, que no tienden á exaltar á Dios, y sí á degradar al hombre. Las inteligencias, no pueden diferir entre sí, mas que en perfecciones, del mismo modo que las figuras iguales, no pueden diferir sino en dimensiones. La curva que describe Uranus en el espacio, es la misma que la que encierra bajo su cáscara, al polluelo de colibri diferente sin duda inmensamente. Estrechad todavía la segunda, hasta el átomo, abrid ó ensanchad la otra en el infinito, y serán siempre dos elipses, que representareis ó demostrareis en la misma fórmula. Si no hubiese ninguna relacion y ninguna semejanza real, entre la inteligencia divina y la nuestra, como ¿hubiera podido unirse la una á la otra, y como ejerciera el hombre aun despues de su degradacion, un imperio tan sorprendente sobre las criaturas que le rodean? Cuando al principio de las cosas dijo Dios: *hagamos el hombre, á nuestra semejanza*, añadió en seguida: *y que domine sobre todo lo que respire*; ved ahí el título original de la investidura divina; porque el hombre no reina en la tierra, sino porque es semejante á Dios. No temamos nunca que elevándonos mucho debilitemos las ideas que debemos tener, de la inmensidad divina. Para poner ó colocar el infinito entre dos términos, no hay necesidad de humillar al uno; basta con elevar ó ensalzar al otro sin límites. Imágenes de Dios en la tierra, todo lo que tenemos de bueno se le parece; y no creierais vos, cuan propia es esa sublime semejanza, para iluminar una multitud de cuestiones. No os admireis, si tanto insisto sobre este punto. No tengamos pues ninguna repugnancia en creer y en decir, que se ruega á Dios, como se ruega á un soberano, y que la oracion ó súplica tiene en el orden superior, como en el otro, el poder de conseguir gracias ó dones, y de evitar los males: lo que puede aun estrechar, el imperio del mal hasta unos límites imaginables.

EL CABALLERO.

Es preciso que os lo diga francamente. La cuestion que acabais de discutir, es una de aquellas, en que sin hallar en mi imaginacion ninguna negativa formal, (porque me he formado en esta clase de materias una teoría general que me preserva de todo error positivo), no percibo, sin embargo, los objetos sino de una manera confusa. Nunca me he burlado de mi párroco, cuan-

malmente que yo me semejaba á vosotros.» (Salm. XLIX. 18-22) Era preciso obrar y creer de otra manera.

do amenaza á sus feligreses con el granizo ó la niebla, porque no habian pagado el diezmo: no obstante, observo un orden tan invariable en los fenómenos físicos, que no comprendo bien, de que manera las oraciones ó súplicas de esos pobres hombres pudieran tener alguna influencia en estos fenómenos. La electricidad por ejemplo, es necesaria en el mundo, como el fuego y la luz; y puesto que no puede dejar de haber electricidad ¿como dejaría de haber trueno? El rayo es un meteoro como el rocío; el primero es terrible para nosotros, ¿mas que le importa á la naturaleza que no tiene miedo de nada? Cuando un meteorologista está seguro por una série de observaciones exactas, que deben caer en un punto ó país cualquiera, tantas pulgadas de agua por año, se echa á reir al concurrir á las rogativas públicas para la lluvia. No lo apruebo; pero á que ocultaros, que las chanzas de los físicos me causan un cierto mal estar interior, del que recelo tanto menos cuanto que quisiera desecharlo. Todavía mas; yo no quiero argumentar contra las ideas admitidas; pero sin embargo ¿será preciso orar ó rogar para que el rayo se civilice, para que los tigres se amansen ó domestiquen; y para que los volcanes no sean mas que iluminaciones? El siberiano pedirá al cielo olivos, y el *klukwa* el Provensal (1). ¿Pues que diremos de la guerra, asunto eterno de nuestras súplicas ó de nuestras acciones de gracias? En todas partes se clama por la victoria, sin poder quebrantar la regla general, que la adjudica á los mas numerosos batallones. ¿La injusticia bajo los laureles arrastrando en su séquito al sano derecho vencido y despojado, no viene todos los dias á importunarnos, con sus insoportables *Te deum*? Buen Dios! ¿Qué tiene que ver la proteccion celestial, con tantos horrores que he visto tan de cerca? Cada vez que esos cantares de la victoria han herido mis oidos, y aun cada vez que he pensado en ellos.

Continuamente viendo los ladrones nocturnos,  
Que en el fondo del valle, sin tambor y sin ruido:  
Con discrecion provistos de sables y escaleras  
Asesinan de un golpe cinco ó seis centinelas:  
Que despues escalando los muros de la aldea,  
Donde el pobre habitante dormia sin cautela  
Llevan á sus moradas hasta hierro y las llamas,  
Asesinan maridos, deshonoran á las damas,  
Estrellan á los niños, y hartos ya de maldades  
Beben el vino ageno cercados de cadáveres:  
La mañana siguiente, los llevan á la Iglesia,  
Para dar á Dios gracias de una tan noble empresa,

(1) Pequeña bahia, encarnada ó roja, en donde se hacía en Rusia, dulces, y una bebida ácida, sana y agradable.

Cantándole en latin, su digna cantinela;  
Que en la ciudad, ardiendo, nada hicieran sin el,  
Que violar no se puede, ni arrastrar á la tumba,  
Ni quemar las ciudades si Dios no nos secunda.

EL CONDE.

Ah! mi querido Caballero, ya os he cogido. Citais á Voltaire. No soy tan severo que os quiera privar del gusto de recordar de paso algunas palabras felices que destilan de esa pluma brillante; pero lo citais como autoridad, y esto no lo consiento.

EL CABALLERO.

Oh! mi querido amigo; sois tambien muy rencoroso para con Francisco Maria Arouet. Entretanto no existe ya; pero como es posible guardar tanto rencor á los difuntos?

EL CONDE.

Pero sus obras no han muerto; viven; y nos matan ó asesinan: me parece que mi odio está plenamente justificado.

EL CABALLERO.

Enhorabuena; pero permitidme que os lo diga, es preciso que ese sentimiento aunque bien fundado en su principio, no nos haga ser injustos para con tan bello genio, y nos ofusque hasta el punto de hacernos desconocer, ese talento universal, que debe mirarse como una brillante propiedad de la Francia.

EL CONDE.

Brillante genio, cuanto querais, Caballero; pero no será menos cierto que al ensalzar á Voltaire, es preciso hacerlo con cierta mesura, casi quiero decir, de mala gana ó con violencia. La admiracion desenfrenada que muchas gentes le tributan, es la señal infalible de un alma corrompida. No hay que hacerse ilusiones: si alguno recorriendo su biblioteca se siente atraido hacia las obras de *Fernay*, es señal de que Dios no le ama. Muchas veces se han burlado de la autoridad eclesiástica que condenaba ó reprobaba los libros *in odium auctoris*; en verdad que no habia cosa mas justa. *Negad los honores del genio, al que abusa de sus facultades*. Si esta ley se observára severamente, bien pronto se verian desaparecer los libros envenenados: y pues que no depende de nosotros que se promulguen ó publiquen, guardé-

monos al menos de caer en la falta mucho mas reprehensible de lo que se cree, de exaltar sin tino ó medida á los escritores culpables, y á ese sobre todo. Ha pronunciado contra él mismo sin echarlo de ver, una sentencia terrible, porque es él quien ha dicho: *Un talento corrompido nunca fue sublime*. Nada es mas cierto, y por eso Voltaire, apesar de sus cien volúmenes, no fue nunca mas que *agradable*; esceptuo la tragedia, en que la naturaleza de la obra le obligaba á espresar nobles sentimientos ajenos de su carácter; y aun en la escena, que es su triunfo, no engaña á ojos ejercitados ó avezados. En sus mejores piezas, lo mismo se parece á sus dos grandes rivales, que un diestro hipócrita á un santo. No pretendo, por otra parte, disputar sobre su mérito dramático, y me atengo á mi primera observacion. Cuando Voltaire habla por sí solo, no pasa de ser *agradable*, nada le inflama ó le enciende, ni aun la batalla de Fontenai. Dicen que es *encantador*; tambien lo digo yo, pero creo que esta palabra es una critica. Por lo demas, no puedo sufrir la exageracion de llamarle *universal*. Por cierto que veo muy bellas escepciones en esta universalidad. Es nulo en la oda; ¿y quién pudiera extrañarlo? La impiedad arraigada habia apagado en él, la llama divina del entusiasmo. Tambien es nulo, y casi ridiculo en el drama lirico, porque sus oidos han estado cerrados enteramente á las bellezas armónicas, lo mismo que sus ojos á las del arte. En el género que parece ser mas análogo á su talento natural, se arrastra, es mediano, frio y muchas veces, (¿quien lo creyera?) pesado y grosero en la comedia, porque el malvado nunca es cómico. Por la misma razon, nunca ha sabido componer un epigrama, porque el mas pequeño sorbo de su hiel no puede llenar menos de cien versos. Si intenta la sátira, se desliza al libelo: es insoportable en la historia apesar de su arte, de su elegancia y de las gracias de su estilo; no pudiendo reemplazar ninguna cualidad las que le faltan, y que son la vida de la historia, la grayedad, la buena fe y la dignidad. En cuanto á su poema *épico* no tengo derecho de hablar; porque para juzgar un libro, es menester haberlo leído, y para leerlo es preciso estar muy despierto. Una monotonía soporifera pesa sobre la mayor parte de sus escritos, que no tienen mas que dos materias, la Biblia y sus enemigos: ó blasfema ó insulta; sus chanzonetas tan elogiadas, están no obstante muy lejos de ser irreprehensibles: la risa que escita, no es legitima, es mas bien un gesto. ¿No habeis reparado alguna vez, que el anatema Divino está escrito en su rostro? Apesar de haber trascurrido tantos años, todavia hay lugar de hacer la prueba. Id á observar su figura ó busto al palacio de *l'Ermitage*; siempre que la miro me felicito de que

no nos ha sido transmitida por ningún cincel descendiente de los griegos, que hubiera tal vez sabido darle un cierto bello-ideal. Aquí todo es natural. Hay tanta verdad en aquella cabeza, como pudiera haberla en una figura de yeso tomada sobre el cadáver. Mirad esa frente abyecta ó vil, que nunca enrojeció el pudor; esos dos cráteres apagados en los que parece que todavía hierven la lujuria y el odio. Esa boca, acaso digo mal, pero no es culpa mía. Ese rictus espantoso que cruza de una á otra oreja, y esos labios pellizcados por la cruel malicia, como un resorte dispuesto á soltarse para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo. No me habéis de ese hombre, no puedo ni aun acordarme de él. ¡Ah, cuánto mal nos ha hecho! Lo propio que ese insecto, el azote de los jardines, que no muerde si no la raíz de las plantas más preciosas. Voltaire con su *aguijón*, no deja de morder las dos raíces de la sociedad, las mujeres y los jóvenes; los empapa en sus venenos, transmitiéndolos de una á otra generación. En vano sus estúpidos adoradores para encubrir inexplicables atentados, nos aturden con tiradas ó trozos sonoros, en los que ha hablado particularmente de los objetos más venerados. Sus ciegos partidarios no conocen que ese es el medio de acabar, de condenar ó castigar á ese culpable escritor. Si Fenelon con la misma pluma con que pintó los gozos del Eliseo, hubiese escrito el libro *du Prince*, (del Príncipe), sería mil veces más vil y más culpable que Machiavelo. El gran crimen de Voltaire es el abuso del talento y la prostitución meditada, de un genio creado para celebrar á Dios y á la virtud. En vano alegar á como tantos otros, la juventud, la inconsideración, la impetuosidad de las pasiones, y para acabar de una vez, la triste debilidad de nuestra naturaleza. Nada le absuelve, su corrupción es de una clase á él solo peculiar, se arraiga en todas las fibras de su corazón, y se fortifica con todas las fuerzas de su entendimiento. Siempre ligado al sacrilegio, reta á Dios, al paso que pierde á los hombres. Con un furor sin ejemplo, ese insolente blasfemo, se declara por fin enemigo personal del Salvador de los hombres; se atreve desde el fondo de su nada, á darle un nombre ridículo, y á esta ley adorable que el Hombre-Dios trajo á la tierra la llama él *infame*. Abandonado de Dios que castiga al retirar su gracia, no conoce ya freno. Otros cínicos admiraron la virtud; Voltaire admira el vicio. Se sumerge en el fango, se revuelca y se consume; entrega su imaginación al entusiasmo del infierno, que le presta su fuerza para arrastrarlo hasta los confines del mal. Inventa prodigios de monstruos que hacen temblar. París le corona, Sodoma lo habría desterrado. ¡Profanador atrevido de la lengua universal, y de sus nombres más grandes ó mejores, el último de

los hombres después de los que le aman! ¿Cómo os pintaré yo la sensación que me hace? Cuando considero lo que podía hacer y lo que ha hecho, no me inspiran sus inimitables talentos, más que una especie de santo furor, que carece de nombre. Perplejo entre la admiración y el horror, quisiera algunas veces, levantarle una estatua.... por mano del verdugo.

EL CABALLERO.

Ciudadano, veamos vuestro pulso.

EL CONDE.

¡Ah! aun me citáis á uno de mis amigos; (1) pero os responderé lo que él. *Antes veais el invierno sobre mi cabeza* (2). Estos cabellos blancos os demuestran bien, que el tiempo del fanatismo, y aun de las simples exageraciones pasó ya para mí. Hay también una cierta *cólera racional* que concuerda muy bien con la sabiduría: El Espíritu-Santo mismo la ha declarado formalmente exenta de pecado (3).

EL SENADOR.

Después de la *salida racional* de nuestro amigo, ¿que podré yo añadir, sobre el *hombre universal*? Pero creed, mi muy querido caballero, que apoyándoos desgraciadamente en él, acabáis de exponernos á la peor tentación que pueda concebir el espíritu humano; y es la de creer en las leyes invariables de la naturaleza. Ese sistema, presenta seductoras apariencias y tiende á que no se ore más; es decir á perder la vida espiritual; porque la oración, es la respiración del alma, como creo que lo ha dicho M. de Saint-Martin; y quien deja de orar, deja de vivir. *No hay religión sin oración*, ha dicho ese mismo Voltaire que acabáis de citar (4). Nada es más evidente; y por una consecuencia necesaria.

*Sin oración no hay religión.* Ese es á corta diferencia, el estado en que nos hallamos; porque no habiendo orado los hombres nunca, sino en fuerza ó en virtud de una religión revelada, (ó reconocida por tal) á medida que se han aproximado al deísmo, que nada significa y nada puede, han dejado de orar, y ahora los veis encorvados hacia la tierra ocupándose únicamente de los estudios filosóficos y de las leyes, y habiendo perdido el más pe-

(1) J. J. Rousseau.

(2) Véase el prefacio de la *Nueva Eloisa*.

(3) *Irascimini et nolite peccare*. Salm. IV, 3.

(4) Lo ha dicho en el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu* etc. tom. I del *Alcoran* obras en 8.º tomo XVI. p. 332.

queño sentimiento de su natural dignidad. Tal es la desgracia de esos hombres, que ya ni aun pueden desear su propia regeneración, no tan solo por la razón conocida de que *no se puede desear lo que no se conoce*, sino tambien porque encuentran en su embrutecimiento moral, no se qué encanto horroroso, que es un castigo terrible. En vano se les hablará de lo que son y de lo que debían ser, sumergidos en la atmósfera divina, no quieren vivir, *mientras que si quisieran abrir la boca, atraerian al espíritu* (1). Tal es el hombre que no ora; y si el culto público, (no se necesitaria mas prueba de su indispensable necesidad) no se opusiese en algun modo á la degradacion universal, creo bajo mi palabra de honor, que al fin llegaríamos á ser unos verdaderos brutos. Nada iguala tambien la antipatia de esos hombres de que os hablo, á ese culto y á sus ministros. Por tristes confidencias me consta que hay algunos á quienes la atmósfera de una iglesia, los sofoca ú oprime positivamente, y les obliga á salirse de ella; mientras que las almas sanas se sienten penetradas de cierto rocío espiritual, que carece de nombre, pero que no necesita, porque no hay quien pueda desconocerlo. Vuestro Vicente de Lerins ha dado una regla famosa en materia de religion: ha dicho, que era preciso creer lo que ha sido creído, SIEMPRE EN TODAS PARTES Y POR TODOS (2). Nada hay mas verdadero, ni mas generalmente cierto. El hombre apesar de su fatal degradacion, lleva siempre señales evidentes de su origen divino, de manera, que toda creencia universal, es siempre mas ó menos verdadera; es decir, que el hombre puede muy bien tener encubierta, y por decirlo así, *embotada* la verdad, por los errores con que la ha sobrecargado, pero estos errores serán puramente locales, y la verdad universal, se mostrará ó manifestará siempre. Luego los hombres han orado siempre y en todas partes. Sin duda han podido orar mal; acaso hayan pedido lo que no debían ó era necesario, ó bien no hayan pedido lo que lo era, y este es el hombre; pero siempre han orado, y este es Dios. El bello sistema de las leyes invariables, nos llevaria rectos al fatalismo y convertiria al hombre en estatua. Protesto como lo hizo ayer nuestro amigo, que no pretendo insultar la razón. La respeto mucho apesar de todo el mal que nos ha hecho; pero lo que es bien seguro, es que cada vez que se oponga al *sentido comun*, debemos rechazarla como una envenenadora. Ella es la que ha dicho, *nada mas si lo que sucede ha de suceder; nada sucede mas de lo que debe suceder*; pero el buen sentido ha dicho; *si pedis tal*

(1) Salm. CXVIII. 131.

(2) Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.

*cosa que debía suceder, no sucederá*: en lo que el sentido comun ha razonado muy bien, mientras que la razón carecia de él. Y poco importa ademas que puedan oponerse á verdades probadas, ciertas sutilezas de que el razonamiento no sabe salirse al momento; porque no hay un medio mas infalible para creer ó incurrir en los errores mas groseros y funestos, que el de desecharse tal ó cual dogma, tan solo porque sufre una objecion que no sabemos resolver.

## EL CONDE.

Teneis mucha razón, mi querido Senador; no puede admitirse ninguna objecion contra la verdad, pues de otro modo la verdad, no existiria. Desde que su caracter se reconoce, la indisolubilidad de la objecion, no supone mas que falta de conocimiento por parte del que no sabe resolverla. Se ha atestiguado con Moises, la historia, la cronología, la astronomia, la geología etc. Las objeciones han desaparecido ante la verdadera ciencia; mas fueron muy sabios ó prudentes los que los despreciaron antes de todo exámen ó que no los examinaron mas que para hablar la respuesta ó solucion, pero no dudando nunca de que hubiese una. La objecion matemática tambien debe despreciarse, porque sin duda será una verdad demostrada; pero jamás podrá demostrarse que contradiga la verdad anteriormente demostrada. Supongamos que por un acuerdo suficiente de testimonios históricos, (que no hago mas que suponer) esté perfectamente probado que Arquimedes quemó la flota, ó armada de Marcelo, con un espejo ustorio: todas las objeciones de la geometria desaparecen. Por mas que se me diga; pero no sabeis que todo espejo ustorio, reúne los rayos en la cuarta parte de su diámetro esférico; que no podeis alejar el foco, sin disminuir el calor, á menos que no agrandéis el espejo en proporcion suficiente, y que alejándolo lo menos posible de la flota romana, el espejo capaz de abrasarla, no habria sido menos grande que la ciudad de Siracusa? ¿Qué teneis que responder á esto?—Yo le diria, tengo solo que responder, que Arquimedes quemó la flota romana con un espejo ustorio. Kircher viene en seguida á explicarme el enigma: vuelve á hallar el espejo de Arquimedes, (*tulit alter honores*) y los escritores sepultados en el polvo de las bibliotecas, salen para dar testimonio al genio de ese docto moderno. Mucho admiraré á Kircher y aun le daré las gracias; sin embargo ninguna necesidad tenia de él, para creer. En aquel tiempo decian al célebre Copernico. *Si vuestro sistema fuese cierto, Venus tendria fases como la luna, es así que no las tiene, luego toda la nueva teoria desapa-*

rece. Esta era una objecion matemática en toda la fuerza de la palabra. Segun una antigua tradicion cuyo origen no tengo presente, respondió él; *confieso que nada tengo que responder, pero Dios concederá la gracia de que se halle una respuesta.* En efecto, hizo Dios la gracia, (aunque despues de la muerte del grande hombre) de que Galileo hallase los anteojos de larga vista, con los que vió las fases, ó figuras; de manera que la *objecion insoluble* ó *indisoluble*, se tornó en complemento de la demostracion (1). Este ejemplo da materia á un argumento, que me parece ser de la mayor fuerza, en las discusiones religiosas, y mas de una vez me he valido de él con ventaja, con algunos buenos talentos.

EL CABALLERO.

Me recordais una anécdota, de mi primera juventud. Habia en mi casa un anciano abate, *Poulet*, verdadero mueble del castillo, que en otro tiempo habia dado azotes, á mi padre y á mis tíos, y que se hubiera dejado colgar por toda la familia; algo moroso y siempre regañando, pero siempre el mejor de los hombres. Entré un dia en su gabinete, y habiendo recaido la conversacion no sé cómo, sobre las flechas de los antiguos: *¿Sabéis bien caballero, me dijo, lo que era una flecha antigua y cual era su celeridad? ¿Era tal, que la guarnicion de plomo que servia, digamoslo así, de lastre á la flecha se calentaba algunas veces por causa de la frotacion de aire, hasta llegar á deshacerse! Yo me eché á reir. Vamos, mi querido abate, vos chocheais. ¿Creeis que una antigua flecha fuera mas veloz que una bala moderna arrojada por un arcabuz estriado? No obstante veis que esta bala no se deshace.* Me miró con cierta risa sardónica, (y me hubiera enseñado todos sus dientes si los hubiese tenido), que queria significar bien terminantemente: No sois mas que un *hablador*; en seguida fue á buscar de encima de un velador carcomido, un libro viejo de Aristóteles que puso sobre la mesa. Lo ojeó durante algunos instantes; y dando en seguida algunos golpes con el reverso de la mano en el párrafo que habia hallado; *yo no chocheo*, dijo, *ved aqui un texto que los mas estirados arcabuceros del mundo no borrarán*

(1) No tengo idea alguna de este hecho. Pero el astrónomo inglés Keill, (*Astron. Lecturas XV*) citado por el autor del interesante elogio historico de Copernico (Varsovia en 8.º 1803, nota G. página 35), atribuye á este grande hombre, la gloria de haber predicho, que se reconocerian ó advertirian en Venus, las mismas fases que nos presenta la luna. Supóngase lo que se quiera, el argumento queda siempre el mismo ó en pie: basta que se haya objetado á Copernico que su teoria estaba en contradiccion con una verdad matemática, y que Copernico en tal caso se hubiera visto precisado á responder lo que es incontestable: *PUR SI MOVE.*

*nunca*, é hizo una señal en el márgen con la uña del pulgar. Varias veces he pensado en ese plomo de las antiguas flechas, que en este momento me recordais. Si lo que dice Aristóteles es cierto, ved aun una verdad que será fuerza admitir, en despecho de una objecion indisoluble sacada de la fisica.

EL CONDE.

Sin duda, si está probado el hecho, lo que no puedo examinar en el momento; me basta con sacar de la masa de estos hechos una teoria general, una especie de *fórmula*, que sirve á la resolucion de todos los casos particulares. Quiero decir: *«Que siempre que una proposicion esté probada por el género, ó clase de prueba que le corresponda, la objecion cualquiera que sea, aun la indisoluble, no debe ya escucharse.»* Resulta solamente de la imposibilidad de responder, que las dos proposiciones tenidas por verdaderas, no están de ninguna manera en contradiccion, lo que puede siempre suceder, cuando la contradiccion no está como suelen decir en *los términos*.

EL CABALLERO.

Quisiera comprender esto mejor.

EL CONDE.

Ninguna autoridad del mundo, por cierto, tiene derecho para manifestar *que tres, no son mas que uno*; porque sé lo que son *uno y tres*, y como el sentido enlazado ó unido á los términos, no cambia en las dos proposiciones, pretender que yo crea que *tres y uno*, son y no son una misma cosa, es mandarme creer de parte de Dios, que Dios no existe. Pero si se me dice que *tres personas no forman mas que una naturaleza*, mientras que la revelacion, de acuerdo tambien aunque sin necesidad, con las especulaciones mas sólidas de la psicología, (ciencia del alma) y tambien con las tradiciones mas ó menos oscuras de todas las naciones, me dé una demostracion suficiente; estoy pronto á creerlo, importándome poco, que *tres no sean uno*, porque no se trata de eso, sino de saber si *tres personas pueden ser una sola naturaleza*, lo que es ya otra cuestion diferente.

EL SENADOR.

En efecto; no pudiendo afirmarse la contradiccion, ni por las

cosas, puesto que no se las conoce, ni por los términos, pues que estos han cambiado ¿en donde la hallaríamos por ventura? Permitase, pues, á los estóicos que nos digan que esta proposición, *lloverá mañana*, es tan cierta y tan inmutable en el orden de los destinos, como esta otra; *ha llovido ayer*; y permitase á los mismos aun, que nos molesten si pueden con los mas brillantes sofismas. Los dejaremos hablar, porque la objecion, aun la insoluble (lo que estoy lejos de confesar en este caso), no debe admitirse contra la demostracion que resulta de la creencia innata de todos los hombres. Si me quereis creer Caballero, continuad cuando esteis en vuestra casa, las oraciones de *rogativas*. Entre tanto, será tambien muy bueno que rogueis á Dios con todas vuestras fuerzas, para que os haga la gracia de regresar á ella, dejando que hablen los que os objetasen que está decidido de antemano el que volvais á ver ó no vuestra querida patria.

EL CONDE.

Aunque esté como lo habeis visto, íntimamente persuadido de que el sentimiento ó deseo general de todos los hombres, forma, digámoslo así, las verdades de intuicion, (vision beatífica), ante las cuales todos los sofismas del razonamiento desaparecen; creo sin embargo, como vos, señor Senador, que en la cuestion presente, no estamos circunscritos á los sentimientos; porque desde luego si mirais de cerca, percibireis el sofisma sin poder aclararlo. Esta proposicion *ha llovido ayer*, no es mas cierta que la otra *lloverá mañana*: sin duda, *si efectivamente ha de llover*, pero esto es precisamente de lo que se trata, de suerte que la cuestion vuelve á principiar. En segundo lugar, y ahí está lo principal, no veo esas reglas inmutables, y esa cadena inflexible de los acontecimientos de que tanto se ha hablado. Por el contrario, no veo en la naturaleza mas que resortes flexibles, tales como deben ser, para prestarse todo lo que es necesario á la accion de los seres libres que se combinan frecuentemente en la tierra, con las leyes materiales de la naturaleza. Mirad de cuantas maneras, y hasta qué punto influimos en la reproduccion de los animales y de las plantas. El injerto por ejemplo, es ó no es una ley de la naturaleza, conforme el hombre existe ó no existe. Nos hablais Caballero, de cierta cantidad de agua precisamente propia de todo pais en el trascurso de un año. Como no me he dedicado nunca á la meteorologia, ignoro lo que sobre este punto se ha dicho; bien, que á deciros verdad, me parece imposible la esperiencia, al menos con una certeza casi aproximativa.

Aunque esto sea, no puede hablarse aqui mas que de un año

comun ó regular: ¿á qué distancia pues, pondremos los dos términos del periodo? Puede que tengan una distancia de diez años, acaso de ciento. Pero quiero dar de barato á esos habladores. Convengo en que todos los años, caiga en cada tierra ó pais precisamente la misma cantidad de agua: esto consistirá en la ley invariable; pero la distribucion de esta agua, consistirá en la *parte flexible* de la ley. Así ya veis, que con vuestras leyes *invariables*, podemos muy bien tener inundaciones, y sequías; lluvias *generales* en el mundo, y lluvias *escepcionales* para los que han sabido pedir las. (1) No pediremos que el olivo crezca en la Siberia; y el *klukwa* en la Provenza, sino que rogaremos para que el olivo no se hiele en las campiñas de Aix, como sucedió en 1709, y para que el *klukwa*, no tenga demasiado calor durante vuestro rápido verano. Todos los filósofos de nuestro siglo, no hablan mas que de las leyes invariables; yo lo creo: como que solo tratan de impedir al hombre que ore, ó ruegue, y ese es el medio infalible de conseguirlo. De ahí procede la rabia de esos impios cuando los predicadores ó escritores moralistas se han guardado de decirnos, que los azotes materiales, de este mundo, tales como las volcanes, los terremotos, etc., eran castigos divinos. Aquellos nos sostienen, que era rigurosamente necesario que Lisboa fuese destruida el 1.º de Noviembre de 1755, como lo era tambien que el sol saliera el mismo día, bella teoria en verdad, y enteramente propia para perfeccionar al hombre. Me acuerdo que cierto día me indigné al leer una parte del razonamiento que dirige Herder á Voltaire, con motivo de su poema sobre aquel desastre de Lisboa. «Os atreveis, le dice seriamente, á quejaros á la providencia de la destruccion de esa ciudad: no penseis en ello! Es una blasfemia formal contra la eterna sabiduria. ¿No sabeis que el hombre, lo mismo que sus vigas y sus tejas, es *deudor á la nada*, y que todo lo que existe ha de pagar su deuda? Los elementos se unen, los elementos se desunen; *es una ley necesaria de la naturaleza*: ¿Qué hay en eso de chocante, ó extraño, ni que pueda motivar una queja?» No es verdad señores, que es un bello consuelo y muy digno del honrado cómico, que enseñaba el Evangelio en el púlpito y el panteísmo en sus escritos? Pero la filosofia no sabe mas. Desde Epicteto, hasta el *obispo de Weimar* y hasta el fin de los siglos, ese será su sistema invariable y *su ley necesaria*. Ella no conoce la unción del consuelo. Ella seca, oprime el corazón, y cuando ha endurecido á un hombre, cree que ha for-

(1) *Pluviam voluntariam segregabis, Deus hereditati tuæ.* (Salm. XLVII. 19.) Es propiamente *κεκρυμμένον οὖρον* de Homero. (*Iliad.* XIV. 19) lluvia ó viento, lo mismo tiene mientras que sean *κεκρυμμένα*.



mado un sabio. (1) Voltaire al menos había respondido de antemano á su censor, en ese mismo poema sobre el desastre de Lisboa:

Al corazón mas ardiente dejad de presentarle,  
De la necesidad las leyes inmutables;  
La cadena de cuerpos, de espíritus y mundos,  
O quimeras de sabios, ó de sueños profundos!  
Dios que en su mano la cadena tiene, no se halla encadenado  
Su elección bienhechora, todo lo ha terminado;  
Es libre, es justo, y nunca fué implacable.

Hasta aquí sería imposible espresarse mejor; pero como si se hubiera arrepentido de haber hablado razonablemente, añade en seguida:

Y porque, pues, sufrimos con un amo tan justo!  
Ciertamente ese nudo forzoso es desatar.

Aquí principian las cuestiones temerarias. ¿Por qué sufrimos nosotros teniendo un amo equitativo? El catecismo y el sentido común nos responden contestes; PORQUE LO MERECEMOS. Ved ahí el nudo fatal sabiamente desatado.

Y siempre que uno se separe de esta solución, no hará mas que disparatar. En vano ese mismo Voltaire esclamará:

Al ver de tantas víctimas un monton tan crecido  
Direis, Dios se ha vengado, su muerte es del delito  
¿Qué crimen ó qué falta cometieron los niños  
En el seno materno sangriento destruidos?

¡Mal raciocinio! Falta de cuidado y de análisis. Sin duda que habría niños en Lisboa, como los habría en el *Herculano*, en el año setenta y nueve de nuestra era; lo mismo que los había en Dijon, algun tiempo antes (2) ó como los había, si que-

(1) Hay tanta diferencia entre la verdadera moral, y la suya, (la de los filósofos estóicos y epicureos) como de la alegría á la paciencia: porque su tranquilidad no está fundada mas que en la necesidad. (Leibnitz en el libro de la Theod., tom. II. p. 215, núm. 251.)

Juan Jacobo, ha justificado esta observacion, cuando despues de su vana pasión de moral y de virtud, concluyó diciéndonos: «el hombre sabio y superior á todos los reveses, es aquel que solamente ve en todas sus desgracias los golpes de la ciega necesidad.» (VIII. Prom. Obras Genova, 1782, en 8<sup>o</sup> p. 23.) Siempre el hombre *endurecido* en lugar del hombre *resignado*! Esto es todo cuanto han sabido predicarnos, esos preceptores del género humano. Emilio, ten muy presente esta lección de tu maestro: No pienses en Dios hasta que tengas veinte años, y á esa edad serás una admirable criatura.

(2) *Lugdunum quot monstrabatur in Gallia, queritur... una non fuit inter urbem maximam et nullam.* (Sen. Ep. mor. XCI). En aquel tiempo se leían estos dos párrafos de Séneca, encima de dos grandes cuadros que representaban aquella destrucción de Dijon, en la gran escalera de la casa de la ciudad: ignoro si la nueva catástrofe los ha respetado.

reis en tiempo del diluvio. Cuando Dios castiga una sociedad cualquiera, por los crímenes que ha cometido, hace justicia, como la hacemos nosotros mismos en tales casos, sin que nadie piense en quejarse. Se alza ó rebela una ciudad; asesina á los representantes del soberano; le cierra sus puertas; se bate contra él; se toma, ó se rinde. El príncipe la manda desmantelar y la despoja de todos sus privilegios. Ninguno criticará este juicio ó sentencia bajo el pretexto de los inocentes encerrados en la ciudad. No tratemos nunca dos cuestiones á un tiempo. *La ciudad ha recibido su castigo, por causa de su delito, y sin este delito, no lo habría sufrido.* Esta es una proposición verdadera é independiente de otra cualquiera. Me preguntareis en seguida. ¿Por qué los inocentes han sido envueltos en la misma pena? Esta es otra cuestión, á la cual no estoy obligado en manera alguna á responder. Confesaré que no alcanzo nada sin alterar la evidencia de la primera proposición. También puedo responder, que el soberano no puede obrar de otro modo, y no me faltarían muy buenas razones para apoyarlo.

EL CABALLERO.

Permitidme que os lo pregunte: ¿Quién pudiera impedir á ese buen rey, el tomar bajo su protección á los habitantes de aquella ciudad, que hubiesen permanecido fieles, trasladándolos á otra provincia mas feliz, para que allí gozasen, no digo yo, los mismos privilegios, sino de otros todavía mayores y mas dignos de su fidelidad?

EL CONDE.

Eso es justamente lo que Dios hace, cuando los inocentes perecen en una catástrofe general: pero volvamos al asunto. Me li-songeo de que Voltaire no tenía mas sinceramente que yo, lástima de esos desgraciados niños en el seno maternal sangriento y destruidos. Pero es una delicia el citarlos, para contradecir al predicador que esclama: *Dios se ha vengado; sus males son el precio de nuestros delitos;* porque en general no hay cosa mas cierta. Se trata solamente de explicar, por qué el inocente está envuelto en el castigo impuesto á los culpables; pero segun poco há os decia, esto no es mas que una objeción; y si quisiéramos que las verdades cediesen ante las dificultades, se acabó la filosofía. Dudo por otra parte, que Voltaire que escribía tan veloz, haya fijado la atención, en que en lugar de tratar una cuestión particular, relativa al suceso de que se ocupaba entonces, tratase una general; preguntando sin echarlo de ver, ¿por qué los niños que

todavía no han podido ni merecer ni desmerecer, están sujetos en todo el universo á los mismos males que afligen á los hombres formados? Porque si está decidido que cierto número de niños han de perecer, no concibo porque les ha de importar morir mas bien de un modo que de otro. Que atravesase un puñal el corazón de un hombre, ó que alguna sangre se acumule en su cerebro, muere de todos modos; mas en el primer caso se dice que ha acabado sus días con una muerte violenta. Sin embargo, para con Dios no hay muerte violenta. Una hoja de acero en el corazón, es una enfermedad, igual á una simple callosidad, á que llamariamos pólipa. Sería menester elevarse aun mas y preguntar; por qué motivo ha sido preciso, que una multitud de niños, mueran antes de nacer; que mas de la mitad de los que nacen, mueran antes de la edad de dos años; y que otros tambien en gran número, mueran antes de la edad de la razon. Todas estas cuestiones concebidas en un espíritu orgulloso y porfiado, son enteramente dignas de *Matthieu Garo*; pero si se presentan, ó proponen con respetuosa curiosidad, pueden muy bien ilustrar nuestro talento sin peligro alguno. Platon habló de esto; porque me acuerdo que en su tratado sobre la república presenta en la escena yo no sé de qué manera, un cierto *Levanti* (armenio sino me engaño) (1) que cuenta muchas cosas acerca de los castigos de la otra vida, eternos ó temporales; porque los distingue esactamente; pero respecto á los niños que mueren antes de la edad de la razon, dice Platon que con referencia á su estado en la otra vida, contaba aquel extranjero cosas que no debian volverse á decir (2). ¿Por qué nacen esos niños, ó por qué mueren? ¿Qué será de ellos un dia? Estos son misterios, acaso inaccesibles; pero se necesita haber perdido el sentido para argumentar sobre lo que no se comprende contra lo que se comprende perfectamente.

¿Quereis oír otro sofisma acerca de la misma materia? Tambien es *Voltaire* quien os lo presentará, y tambien en la misma obra.

¿Lisboa que no existe, tuvo acaso mas vicios  
Que Londres, que París en delectaciones sumidas?  
Lisboa es destruida mientras se baila en París.

(1) Parece ser una equivocacion, y que en lugar de *Her-el armenio*, debe leerse *Heri, hijo de Harmonius*. (*Huet Demost. evang.* en 4.º tom. II. Prop. 9. cap. 142, núm. 11.)

(Nota del editor.)

(2) El interlocutor se ha equivocado algo en esto por falta de memoria; Platon dice solamente: «Que respecto á esos niños, referia cosas que no merecian la pena de recordarlas.» (*Ὅτι ἀνήγα μνήμης*. De la Rep. I. X; opp. tom. VII pag. 325) sin discutir la espresion, es preciso confesar que ese Platon habia tocado bien todos los puntos ó resortes.

(Nota del editor.)

Gran Dios! Ese hombre queria que el Todopoderoso convirtiese el suelo ó la superficie de todas las grandes ciudades en plazas de ejecucion? ¿O bien queria que no castigase Dios nunca, porque no siempre castiga, en todas partes y en el mismo acto? ¿Habia acaso *Voltaire* recibido la balanza divina para pesar los delitos de los reyes, y de los particulares, para asignar puntualmente la época de los castigos?

¿Y qué no hubiera dicho este temerario si en el momento de escribir esos insensatos renglones, en medio de la ciudad sumergida en los placeres, hubiese podido ver de un golpe, en un porvenir tan poco lejano, al comité de la salud pública, al tribunal revolucionario y las dilatadas páginas del *Moniteur*, todas teñidas de sangre humana? Ademas, la piedad es á no dudar, uno de los mas nobles sentimientos que hacen honor al hombre, y es menester guardarse de sofocarla, y aun de entibiársela en los corazones; en tanto, cuanto se trata de materias filosóficas, debe evitarse cuidadosamente toda especie de poesia, no viendo en las cosas mas que las cosas solas. *Voltaire*, por ejemplo, en el poema que os cito, nos muestra cien mil infortunados que devora la tierra, ¿pero por qué desde luego cien mil? Tanta mas culpa tiene cuanto que podia decir la verdad, sin esceder del número, puesto que no perecieron efectivamente en aquella terrible catástrofe mas que como unos veinte mil hombres; mucho menos por consecuencia que en bastante número de batallas, que podria yo nombraros. Es preciso considerar despues que en esas grandes desgracias se ven una porcion de circunstancias ó acontecimientos. Que á un infeliz niño, por ejemplo, se le aplaste bajo una piedra, es para nosotros un espectáculo espantoso; pero con respecto á él es mucho mas dichoso que si hubiese muerto de fuertes viruelas ó de una penosa denticion. Que perezcan tres ó cuatro mil hombres diseminados en un grande espacio, ó bien todos de una vez y de un solo golpe, por un terremoto ó una inundacion, es sin duda lo mismo para la razon, pero para la imaginacion hay una diferencia enorme: de suerte que puede muy bien suceder que uno de esos acontecimientos terribles que tenemos por el mayor azote del universo, no sea nada en el hecho, no digo yo para la humanidad en general, sino para una comarca solamente. Podeis ver ahí un nuevo ejemplo de esas leyes á la vez suaves é invariables que rigen el universo: observemos, si gustais, como punto determinado que en un tiempo dado hayan de morir tantos hombres en tal ó cual pais; esto es invariable; pero la distribucion de la vida entre los individuos, lo mismo que el lugar y la época de los muertos, forman lo que se ha denominado la parte flexible de la ley: de manera que una ciudad en-

tera puede ser sumergida sin que la mortandad haya aumentado. El azote puede aun ser doblemente justo á causa de los culpables que han sido castigados, y de los inocentes que han logrado por compensacion una vida mas larga y mas dichosa. La omnipotente sabiduria que todo lo dispone, tiene medios tan numerosos, tan diversos y tan admirables, que la parte accesible á nuestras miradas, deberia enseñarnos muy bien á respetar la otra. Hace muchos años que tuve noticia de ciertas tablas mortuorias formadas en una provincia muy certa, con todo el cuidado y todos los datos mas esactos posibles, y no me sorprendi al saber por el resultado de dichas tablas que dos furiosas epidemias de viruelas no habian aumentado la mortandad en los años en que esta enfermedad habia sido un azote. Tan cierto es que esa fuerza oculta que llamamos *naturaleza*, tiene medios de compensacion en donde nadie sospecha.

EL SENADOR.

Un adagio sagrado dice que *el orgullo es el principio de nuestros crímenes* (1). Creo que se pudiera muy bien añadir; *y de todos nuestros errores*. El es quien nos estravía, inspirándonos un infausto espíritu de altercado, que hace que busquemos dificultades para tener el placer de disputar, en vez de someternos al principio probado; pero muy engañado estoy si los contendientes no sienten ellos mismos interiormente que es enteramente vano. Cuantas disputas cesarian si todo hombre se viera obligado á decir lo que siente!

EL CONDE.

Creo lo mismo que vos; pero antes de ir mas lejos, permitidme que os haga observar que veo un caracter particular del cristianismo á propósito para esas calamidades de que hablábamos. Si el cristianismo fuese humano, su enseñanza variaria con las opiniones humanas; mas como procede del ser inmutable, es inmutable como él. Ciertamente esta religion que es la madre de toda buena y verdadera ciencia que existe en el mundo, y cuyo mas grande interes es el adelanto de esta misma ciencia, se guarda bien de interrumpirnosla, ni de entorpecer la marcha. Aprueba ella mucho, por ejemplo, que indagemos ó busquemos la naturaleza de todos los agentes físicos que figuran en las grandes convulsiones de la naturaleza. Respecto á la misma,

(1) *Initium omnis peccati superbia* (Eecl. X. 13.)

que está en relacion directa con el Soberano, poco se ocupa de los ministros que ejecutar sus órdenes.

Sabe que está creada para orar, y no para disertar, puesto que sabe ciertamente, todo lo que debe saber. Que la aprueven ó que la vituperen, que la admiren ó que la ridiculicen, siempre permanece impassible; y sobre las ruinas de una ciudad destruida por un terremoto, esclama en el siglo diez y ocho como lo hubiera hecho en el doce: *Os rogamus, Señor, dignaos protegernos; afirmad por vuestra suprema gracia esta tierra conmovida por vuestras iniquidades, á fin de que los corazones de todos los hombres, conozcan que vuestro enojo es quien nos envia esos castigos, asi como vuestra misericordia, es la que nos libra de ellos*.

No hay aqui leyes inmutables como veis. Ahora está reservado al legislador el saber aun dejando á un lado toda discusion acerca de la verdad de las creencias, si una nacion entera gana mas penetrándose de esos sentimientos que entregándose exclusivamente á indagar las causas físicas, en lo que sin embargo estoy muy lejos de negar un gran mérito de segundo orden.

EL SENADOR.

Apruebo mucho que vuestra Iglesia que quiere enseñar á todo el mundo, no se deje enseñar de nadie; siendo sin duda preciso que esté dotada de una gran confianza en si misma, para que la opinion nada influya en ella. En vuestra cualidad de latino...

EL CONDE.

¿A quien llamais *latino*? Sabed que en materia de religion soy tan *griego* como vos.

EL SENADOR.

Vamos pues, mi buen amigo, dejemos para otro dia las chanzas, si os parece.

EL CONDE.

No me chancoo de ningun modo, os lo aseguro: el simbolo de los apóstoles no se ha escrito en griego antes de hacerlo en latin? ¿Los simbolos *griegos* de Nicea y de Constantinopla, y el de San Atanasio, no contienen mi fe? ¿Y no deberé yo morir en defensa de la verdad? Creo que soy de la religion de S. Pablo y de San Lucas, que eran griegos. Soy de la religion de S. Ignacio, de S. Justiniano, de S. Atanasio, de S. Gregorio de Nicea, de S. Cirilo, de S. Basilio, de S. Gregorio Nacianceno, de S. Epifanio, de

todos los santos, en una palabra, que están en vuestros altares, y cuyos nombres llevais y particularmente de S. Crisóstomo, cuya liturgia habeis conservado. Admito todo lo que estos grandes y santos personajes han admitido; me pesa de todo lo que á estos les ha pesado. Recibo á mas como un Evangelio todos los concilios ecuménicos ó generales convocados en la *Grecia-Asiática* ó en la *Grecia-Europea*. Os pregunto si es posible ser todavía mas griego?

EL SENADOR.

Lo que decis en eso me hace concebir una idea que tengo por justa. Si alguna vez hubiera de hacerse un tratado de paz entre nosotros, pudiera proponerse el *statu quo ante bellum*.

EL CONDE.

Y yo firmaria al instante, y aun sin conocimiento: *sub sperati*. ¿Pero qué es lo que queriais significar, sobre mi cualidad de *latino*?

EL SENADOR.

Os queria decir, que con vuestra cualidad de *latino* volveis á parar siempre á la autoridad. Muchas veces me divierto viéndoos dormir en esa almohada. Además, aun en el caso de que yo fuera protestante, no disputariamos hoy; porque tengo por muy bueno muy justo, y aun si quereis, por muy filosófico, el establecer como dogma nacional que todo azote del cielo es un castigo: ¿Y qué sociedad humana ha dejado de creer esto? ¿qué nacion antigua ó moderna, civilizada ó bárbara, y en todos los sistemas posibles de religion, ha dejado de mirar esas calamidades, como obra de una potencia superior, á quien se podia aplacar? Yo elogio no obstante mucho á ese caballero por no haberse burlado de su párroco cuando recomienda el pago del diezmo bajo pena del granizo ó del rayo: porque ninguno tiene derecho á asegurar que tal desgracia es el resultado de tal falta (sobre todo si es ligera); pero se puede, y aun se debe asegurar en general que todo mal fisico es un castigo; y que esto supuesto, los que nosotros llamamos *azotes del cielo*, son necesariamente las resultas de un gran crimen de una nacion ó de la acumulacion de los crímenes individuales; de suerte que cada uno de estos azotes ó castigos, podian haberse evitado desde luego por medio de una vida mejor y tambien por la oracion. Así pues dejaremos hablar á los sofistas con sus *leyes eternas é inmutables*,

que solo existen en su imaginacion y que tienden nada menos que á la estincion de toda moralidad y al embrutecimiento total de la especie humana (1). Es preciso que haya electricidad, deciais, caballero; luego ha de haber truenos y rayos como ha de haber rocío; y podriais añadir tambien, como ha de haber lobos, tigres, serpientes de cascabel, etc. etc. Lo ignoro en verdad. Hallándose el hombre en un estado de degradacion tan visible como deplorable, no sé lo bastante para decidir cual es el ser y cual el fenómeno, propios únicamente de su estado. Por otra parte, en el mismo en que nos hallamos, pasan muy bien sin lobos en Inglaterra ¿por qué no han de pasar sin ellos en otra parte? Yo no sé absolutamente si es preciso que el tigre sea lo que es; tampoco sé si aun necesario es que haya tigres; y hablándoos francamente, me atengo á lo contrario.

¿Quien es capaz de olvidar, la sublime prerogativa del hombre. Que en todas partes en donde habite, los animales en número suficiente que lo rodean, han de servirle, entretenerle, ó han de desaparecer? Pero partamos si se quiere de la loca hipótesis del optimismo: Supongamos que el tigre ha de existir, y además, ser lo que es; diremos: luego es preciso que uno de estos animales entre hoy en tal habitacion, y que devore á diez personas? Es necesario que la tierra encierre en su seno, varias sustancias que en ciertas circunstancias dadas puedan inflamarse ó evaporarse y causar un terremoto, muy bien; nosotros añadiremos: Luego era necesario que el 1.º de noviembre de 1755, Lisboa entera pereciese por una de esas catástrofes. La explosion no podia haberse verificado en otra parte, por ejemplo, en un desierto, ó en los estanques de los mares, ó á cien pasos de la ciudad. No podia haberse prevenido á los habitantes por medio de ligeros sacudimientos, á fin de ponerse al abrigo por la fuga? Toda razon humana que no sea sofistica se indignará contra semejantes consecuencias.

EL CONDE.

Sin duda alguna, y yo creo que el buen talento universal tiene incontestablemente razon, al atenerse á la etimología de la que él mismo es el autor. Los azotes ó calamidades, se han hecho para pegarnos; y nos pegan porque lo merecemos. Podiamos sin

(1) No tan solo los cuidados y los trabajos, sino tambien las oraciones, son útiles. Habiendo Dios tenido en consideracion estas oraciones, antes de haber arreglado las cosas: y no solamente los que suponen bajo el vano pretexto de la necesidad de los acontecimientos que pueden descuidarse los cuidados que los negocios piden, sino tambien los que hablan contra las oraciones, incurrén en lo que los antiguos llamaban ya el *sofisma perezoso*. (Leibnitz. Theod. tom. II en 8.º p. 416.)

embargo, no dar lugar á ellos y aun á pesar de haberlo merecido, está en nuestra mano obtener gracia. Este es, segun creo, el resultado de cuanto se puede decir con sensatez sobre este punto, y aun ofrece uno de los casos mas frecuentes en que la filosofia despues de dilatados y penosos rodeos, viene por último á parar en la creencia ó fé universal. Bien conoceis caballero, lo contrario que soy á nuestra comparacion de las noches y de los dias (1). El curso de los astros no es un mal; al contrario, es una regla constante, y un bien que pertenece á todo el género humano; pero el mal que solo es un castigo, ¿como ha de ser necesario? La inocencia podia evitarlo; la oracion apartarlo ó alejarlo: siempre insistiré en este gran principio. Notad con este motivo un extraño sofisma de la impiedad, ó bien de la ignorancia, porque yo no quisiera mas que ver á esta en lugar de la otra. Porque la bondad todo-poderosa, sabe emplear un mal para destruir otro, se cree que el mal es una parte integrante del todo. Recordemos lo que ha dicho la ilustre antigüedad: que Mercurio, (que es la razon) tiene el poder de arrancar los nervios de Typhon, para hacer las cuerdas de la lira divina. (2). Pero si Typhon no existiera, ese juego de fuerza maravillosa seria inútil. No siendo pues nuestras oraciones sino un esfuerzo del ser inteligente contra la accion de Typhon, la utilidad y aun la necesidad estan filosóficamente demostradas.

EL SENADOR.

Esa palabra Typhon que fué en la antigüedad el emblema de todo mal, y especialmente de todo azote temporal, me recuerda una idea que he tenido muchas veces presente y que os voy á participar. Hoy sin embargo omito mi metafisica, porque es preciso que os deje, para ir á ver el gran fuego artificial que se dispara esta noche en el camino de Peterhoff, y que ha de figurar una esplosion del Vesubio. Es un espectáculo Typhoniano como ya veis; pero enteramente inocente.

EL CONDE.

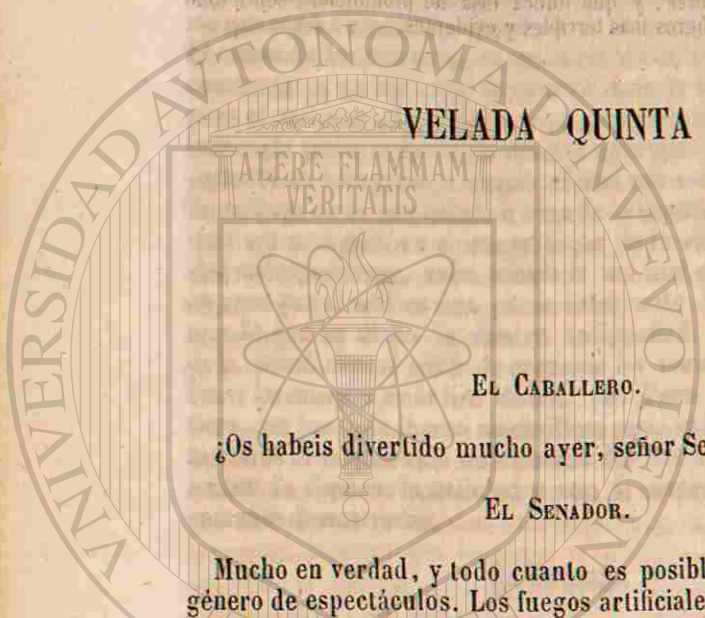
No respondo de los mosquitos y de la multitud de pájaros que anidan en los bosques vecinos, y tampoco de algun temerario de la especie humana que pudiera muy fácilmente perder la vida ó

(1) Véase p. 42.

(2) Esta alegoría sublime es de los egipcios (Plut. de yo y de os, LIII. LIV.)

algunos miembros al decir ¡Niebosse! (1). No sé como sucede, que los hombres jamás se reúnen sin esponerse. Id, no obstante, mi querido amigo, y no dejéis de volver mañana llena la cabeza de volcánicas ideas.

(1) ¡No haya miedo! Espresion familiar al ruso, el mas atrevido y emprendedor de los hombres, y que nunca deja de pronunciar, sobre todo cuando arrostra los peligros mas terribles y evidentes.



## VELADA QUINTA

EL CABALLERO.

¿Os habeis divertido mucho ayer, señor Senador?

EL SENADOR.

Mucho en verdad, y todo cuanto es posible divertirse en ese género de espectáculos. Los fuegos artificiales eran soberbios, y nadie pereció, al menos ninguno de nuestra especie; en cuanto á los mosquitos y á los pájaros, no salgo garante mas que mi amigo; pero me he acordado mucho de ellos, durante la funcion, y ese es el *pensamiento* que me reservaba ayer comunicaros. Cuanto mas pensaba en él, mas me confirmaba en la idea de que los espectáculos de la naturaleza, son con mucha probabilidad para nosotros, lo que son los actos humanos para los animales que los presencian. Ningun ser viviente puede tener otros conocimientos que los que constituyen su esencia, y que son exclusivamente relativos al lugar que ocupa en el universo; y á mi modo de ver, es una de las muchas é invencibles pruebas de las ideas innatas: porque si no hubiese ideas de esta clase para todo ser que conoce, cada uno de estos, recibiendo sus ideas de los resultados de la esperiencia, podrian salir de su circulo, y turbar ó alterar el universo; pero esto es lo que nunca sucederá. El perro, el mono, el elefante *semi-racional* (1), se acercarán al fuego, por ejemplo, y se calentarán como nos-

(1) *Alf. reasoning.* (Pope).

otros con gusto, pero no les enseñareis nunca á empujar un tizon en la brasa, porque el fuego no es cosa suya; de otra manera, el dominio del hombre se destruiria. Ellos verán muy bien uno, pero nunca distinguirán *la unidad*; los elementos del número, pero jamas al *número*; un triángulo, dos, mil triángulos juntos, ó bien uno despues de otro, pero nunca la *trigonometria*. La union perpétua de ciertas ideas en uuestro entendimiento hace que estas se confundan, aunque estén separadas en la esencia. Vuestros dos ojos reflejan en los míos; yo tengo la comprensión que uno en el acto á la idea de *unidad*; en el hecho no obstante, estos dos conocimientos son de un orden enteramente diverso, y el uno va sin el otro. Os diré mas, puesto que estoy de buen humor. No comprenderé nunca la moralidad de los seres inteligentes, ni tampoco la unidad humana, ni otra unidad *cognitiva* cualquiera, separada de las ideas innatas; pero volvamos á los animales. Mi perro me acompaña á una funcion pública, á una ejecucion, por ejemplo: positivamente él vé todo lo que veo yo; el gentío, el fúnebre acompañamiento, los agentes de la justicia, la fuerza armada, el cadalso, el paciente, el ejecutor, todo en una palabra: mas en todo esto, ¿qué comprende? Lo que debe comprender *en su cualidad de perro*; sabrá salir de entre la gente y encontrarme si algun incidente lo ha separado de mí; se colocará de manera que no le estropeen los pies ó pisadas de los espectadores; cuando el verdugo levante el brazo, el animal, si está cerca podrá separarse, por temor de que el golpe no le toque, si vé sangre, podrá temblar, pero como en la carnicería. Ahí cesan sus conocimientos, y todos los esfuerzos que empleasen sus inteligentes institutores, sin descanso por los siglos de los siglos, no le harian hacer otra cosa; las ideas de moral, de soberania, de crimen de justicia, de fuerza pública etc., propias ó anexas á este triste espectáculo, son nulas para él. Todos los signos de esas ideas, lo redean, le tocan, le oprimen, por decirlo así, pero inútilmente; porque ningun signo puede existir como la idea no sea preexistente. Es una de las leyes mas evidentes del gobierno temporal de la Providencia, que todo ser activo ejerza su accion en el circulo que le está trazado, sin que pueda nunca salir de él. ¿Y cómo pudiera el buen sentido imaginar lo contrario? Partiendo de estos principios, que son incontestables, ¿quién os ha de decir que un volcan, un huracan, un terremoto etc., dejan de ser para mí, esactamente lo que la ejecucion es para mi perro? Comprendo de todos estos fenómenos lo que debo comprender, es decir, todo cuanto está en relacion con mis ideas innatas, que constituyen mi cualidad de hombre. Lo demas es carta cerrada.

EL CONDE.

No hay nada mas plausible que vuestra idea, mi querido amigo, ó por mejor decir no hay cosa mas evidente, por el lado por donde habeis mirado el asunto; sin embargo; qué diferencia hay bajo otro punto de vista! *Vuestro perro, no sabe que él no sabe*: y vos, hombre inteligente, lo sabeis. ¿Qué privilegio tan sublime encierra esta duda! Continúad en esa idea, os arrebatáreis ó admirareis. Pero á proposito, ya que habeis tocado esa cuerda, ¿sabeis que me considero en el caso de proporcionaros un verdadero placer, demostrandoos de qué manera se ha salido la mala fé del invencible argumento á que dan materia los animales en favor de las ideas innatas? Habeis visto muy bien, que la identidad y la invariable permanencia de cada clase de seres sensibles ó inteligentes, suponian necesariamente las ideas innatas, y habeis citado muy oportunamente los animales que verán eternamente, lo que vemos nosotros, sin que puedan nunca comprender, lo que nosotros comprendemos. Pero antes de llegar á una cita sumamente chistosa, es preciso que os pregunte, ¿si alguna vez habeis reflexionado, que esos mismos animales, dan materia á otro argumento directo y decisivo en favor de este sistema? Efectivamente, puesto que las ideas cualesquiera que sean que constituyen el animal cada uno en su especie, son *innatas*, literalmente, es decir, del todo independientes de la esperiencia; pues que la gallina que nunca ha visto al gavilan, manifiesta no obstante todas las señales del terror, en el momento en que se presenta á ella por primera vez como un punto negro en una nube, que llama al instante á sus hijuelos con un grito extraordinario que nunca ha arrojado, que los polluelos que acaban de salir de la cáscara, se precipitan al punto bajo las alas de su madre; finalmente, puesto que esta observacion se repite invariablemente en todas las especies de animales, ¿por qué la esperiencia fuera mas necesaria al hombre por todas las ideas fundamentales que le constituyen hombre? La objecion no es debil como veis. Escuchad ahora de que manera los dos héroes de la *Estética* (1) se han evadido.

El traductor frances de Locke, *Coste*, que segun parece fué hombre de talento y por otra parte bueno y modesto, nos ha contado, no recuerdo en que nota de su traduccion (2) que cierto día, hizo á Locke esta misma objecion que salta á los ojos. El filósofo que se sintió herido en un flanco sensible, se incomodó

(1) Propiamente *ciencia del sentimiento*, del griego *αισθησις*.

(2) Lib. II cap. XI. §. 5. del ensayo sobre el entendimiento humano.

un poco, y le respondió bruscamente. *No he escrito mi libro, para explicar las acciones de los animales. Coste*, que tenia derecho, con razon para esclamar como el filósofo griego: *Jupiter, tú te incomodas, señal que tienes la culpa!* Se ha contentado, sin embargo, con decirnos con un tono placentemente serio: *La respuesta era muy buena, el titulo del libro lo demuestra bien claro.* En efecto, nada se ha escrito acerca del entendimiento de las bestias. Ya veis, señores á lo que sehalló reducido Locke para salir del paso. Se guardó muy bien por otra parte de proponerse la objecion en su libro, por no esponerse á responder; pero Condillac que no queria que su conciencia le molestase, lo toma de distinto modo para salir del paso. No creo que la ciega obstinacion de un orgullo que no quiere ceder, haya producido cosa mas amistosa. *La bestia huirá*, dice, *porque ha visto devorar á otras*; mas como no tenia recursos para generalizar esta explicacion, añade, «que con respecto á los animales que nunca han visto devorar á sus semejantes, puede creerse *con fundamento*, que sus madres desde un principio, les habrán obligado á huir» obligado es muy propio! Siendo sin embargo que no haya dicho *les habrán aconsejado*. Para concluir esta rara explicacion, añade con la mayor seriedad del mundo, *que si no es admitida, no concibe qué es lo que indujera al animal á huir* (1). Escelente! Vamos á ver al instante que si uno se niega á estos maravillosos razonamientos, podrá muy bien suceder, que el animal deje de huir ante su enemigo, porque Condillac *no concibe* el porqué este animal debiera emprender la fuga.

Por lo demás, de cualquier modo que se espese nunca puedo ser de su parecer. El *no concibe*, dice; pues permitame él, que yo creo que *concibe* perfectamente, sino que mas bien quiere mentir que confesarlo.

EL SENADOR.

Mil gracias, mi querido amigo, por vuestra anécdota filosófica que efectivamente la tengo por muy chistosa. Estais perfectamente de acuerdo conmigo sobre mi modo de ver á los animales y sobre la conclusion que he sacado respecto á nosotros. Están como os decia hace poco, *rodeados, atravesados, estrechados* de todos los signos de la inteligencia, sin poder llegar nunca al mas pequeño de sus actos: Sutilidad cuanto querais con el pensamiento esa alma cualquiera, ese principio desconocido, ese *instinto*, esa luz interior que les ha sido dada con tan prodigiosa

(1) Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos. sec. II. capítulo IV.

variedad de direccion y de intensidad, nunca hallareis mas que un *asymptoto* de la razon que se aproximará cuanto queráis, pero sin llegar á ella nunca. En otro caso, una provincia de la creacion, pudiera ser invadida, lo que es evidentemente imposible.

Por una razon enteramente igual, ninguno duda, que no pudiésemos estar nosotros mismos, *rodeados, atravesados y estrechados*, por acciones y agentes de un orden superior, de quienes no tenemos mas conocimiento, que el que tiene relacion con nuestra situacion actual. Sé todo lo que vale la duda sublime de que me acabais de hablar: si, *yo sé que no sé nada*, acaso aun sepa yo alguna cosa mas; pero siempre es cierto que en virtud de nuestra misma inteligencia, nunca podremos alcanzar sobre este punto, un conocimiento directo. Por lo demás hago gran uso de esta duda en mis indagaciones acerca de las *causas*. He leído millares de burlas, sobre la ignorancia de los antiguos, *que por todas partes veian spiritus*: me parece que somos mucho mas necios nosotros, porque no los vemos en ninguna parte. No cesan de hablarnos de *causas físicas*. ¿Y que viene á ser una causa física?

EL CONDE.

Es una *causa natural*, si queremos limitarnos á traducir la palabra; pero segun la acepcion moderna, es una *causa material*, es decir, una causa que no es causa; porque *materia* y *causa* son mutuamente exclusivos, como *blanco, negro, circulo* y *cuadrado*. La materia no tiene accion mas que por el movimiento; luego siendo todo movimiento un efecto, resulta que una *causa física*, si se quiere explicar exactamente, es un CONTRA SENTIDO, y aun una contradiccion en los términos. No existen pues, ni pueden existir *causas físicas* propiamente dichas, porque no existe ni puede existir movimiento sin un motor primitivo, y porque todo motor primitivo es inmaterial; *en todas partes lo que mueve precede á lo que está movido, lo que lleva precede á lo que está llevado, lo que ordena, precede á lo que está ordenado*: la materia nada puede, y aun tan solo es la prueba del espíritu. Cien bolas colocadas en linea recta y que todas reciben de la primera un movimiento sucesivamente comunicado, ¿no suponen una mano que ha descargado el primer golpe en virtud de una voluntad? Y aunque la disposicion de las cosas no me dejase ver esa mano, ¿seria acaso menos visible para mi inteligencia? El alma de un relojero no se halla encerrada en el tambor de esa péndola, en donde el gran resorte está cargado, digámoslo así, con las funciones de una inteligencia. Oigo á Lucrecio que me dice: *tocar,*

*ser tocado, no corresponde mas que á los cuerpos*; ¿mas qué nos importan esas palabras exahustadas de todo sentido bajo un aspecto sentencioso que da miedo á los niños? Significan en el fondo, que *ningun cuerpo puede tocarse sin ser tocado*. Ya veis qué buen descubrimiento! La cuestion consiste en saber, si no hay mas que cuerpos en el universo, y si no pueden ser movidos con sustancias de otro orden, pues no solamente pueden serlo, sino aun primitivamente no pueden haberlo sido de otro modo: porque todo choque no pudiendo concebirse ó verificarse sino como resultado de otro, es preciso admitir necesariamente una serie infinita de choques; es decir, de efectos sin causa, ó bien convenir en que el principio del movimiento no puede hallarse en la materia; y llevamos en nosotros mismos la prueba de que el movimiento principia por una voluntad. Nada obsta en lo demás que en un sentido vulgar é indispensable no se puede teóricamente llamar *causas* á los efectos que producen otros; así es que en la continuacion de las bolas de que os hablaba ahora mismo, todas las fuerzas son *causas*, á escepcion de la última, así como todos son efectos esceptuando la primera. Pero si queremos espresarnos con una precision filosófica, es ya otra cosa. Nunca se repetirá demasiado que las ideas de *materia* y de *causa* son rigurosamente independientes. Bacon se habia formado acerca de las fuerzas que obran en el universo, una idea quimérica de cuyos resultados se han estraviado una multitud de disertadores; suponía desde luego esas fuerzas materiales; en seguida las sobreponía indefinidamente la una debajo de la otra; y muchas veces no he podido menos de sospechar que al mirar por la reja esos árboles genealógicos, que todos son hijos, escepto el primero, y que todos son padres esceptuando el último, se habia creado sobre este modelo un *idolo de escala*, ó gradual, arreglando del mismo modo las causas en su cabeza, comprendiendo á su manera que tal causa era hija de la que le precedía, y que las generaciones estrechándose siempre al crearse, reducían al fin al verdadero intérprete de la naturaleza á una *abuela* comun. Estas son las ideas que ese gran legislador se formaba de la naturaleza, y de la ciencia que debe explicarla; pero no hay cosa mas quimérica. No quiero arrastraros á un largo discurso para vos y yo, basta en este momento una sola observacion, y es que Bacon y sus discipulos no han podido nunca citarnos, y nunca nos citarán un solo ejemplo ó caso en apoyo de su teoria. Muéstrennos ese supuesto orden de causas *generales, aun mas generales, generalisimas*, como quieran explicarse. Mucho se ha disertado ya y descubierto desde Bacon: que nos presenten un ejemplo de esa maravillosa geanologia; que nos indiquen un solo



misterio de la naturaleza que se haya explicado, no digo yo por una causa, sino tan solo por un primer efecto desconocido antes y elevándose de uno á otro. Imaginad el fenómeno mas vulgar, la elasticidad, por ejemplo, ú otro cualquiera que os plazca. Ahora no soy descontentadizo; no pido ni las abuelas ni trisabuelas del fenómeno, me contento con su madre; pero ah! que todos callan, y esto sucede siempre (entiendo en el orden material) *proles sine matre creata*. Ah! ¿como es posible obstinarse hasta el punto de buscar las causas en la naturaleza, cuando la misma naturaleza es un efecto? Mientras que no se sale del círculo material, ningun hombre puede adelantarse mas que otro en la indagacion de las causas. Todos se paran y deben pararse al primer paso. La habilidad de los descubrimientos en las ciencias naturales, consiste únicamente en poner de manifiesto los hechos ignorados ó en presentar los fenómenos no explicados á los primeros efectos conocidos ya y que tomamos por causa; y así el que descubrió la circulacion de la sangre, y el que tambien descubrió el sexo de las plantas, han merecido sin duda el uno y el otro que se les llame sabios; pero el descubrimiento de los hechos nada tiene que ver con el de las causas. Newton, por su parte, se ha immortalizado con referencia al peso de los fenómenos, que nunca se había pensado en atribuirle; pero el lacayo del grande hombre sabia acerca de la causa del peso, tanto como su maestro. Algunos discípulos, de los que se avergonzaria si volviese al mundo, se han atrevido á decir que la atraccion era una ley *mecánica*. Nunca ha proferido Newton tal blasfemia contra el sentido comun, y han intentado en vano contar con un cómplice tan célebre. El ha dicho, por el contrario (y por cierto que ya es mucho) *que dejaba á sus lectores la cuestion de saber si el agente que produce la gravedad es material ó inmaterial*. Os ruego que leais sus cartas teológicas al doctor Bentley; y quedareis tan instruidos como edificados.

Ya veis, señor Senador, que apruebo mucho vuestro modo de ver este mundo, y que tambien lo apoyo, si es que no estoy completamente equivocado á pesar de tan buenos argumentos. Por lo demas, os lo repito; *yo sé, que nada sé*; y esta duda me llena á la vez de alegría y reconocimiento, pues hallo en la misma juntos, el título indeleble de mi grandeza, y el saludable preservativo contra todas las especulaciones ridiculas ó temerarias.

Examinando la naturaleza bajo este punto de vista, ya en su conjunto, como tambien en la última de sus producciones, me acuerdo continuamente, (y no es poco para mi) de aquella palabra de un lacedemonio, pensando en qué consistia que un cadáver tieso no

se sostuviese de pie, de cualquier modo que uno lo pusiera. Por Dios, dijo, *es preciso que tenga alguna cosa ahí dentro*. Siempre, y en todas partes se debe decir lo mismo, porque *sin alguna cosa*, todo es un cadáver, y nada se sostiene de pie. Mirado así el mundo como una simple reunion de apariencias, cuyo mas pequeño fenómeno encierra una realidad, es un verdadero y sabio idealismo. En un sentido muy cierto, puedo decir, que los objetos materiales no son nada de lo que veo: pero lo que veo es real ó cierto con respecto á mi, y me es muy bastante para que me lleve, hasta la existencia de un nuevo orden, que creo firmemente sin verlo. Apoyado en estos principios, entiendo perfectamente, no solo que la oracion es útil en general para alejar el mal fisico, sino tambien que es el verdadero antidoto, el específico natural, y que por su esencia tiende á destruirlo, lo mismo precisamente que ese poder invisible que nos llega del Perú, encerrado en una corteza ligera, va á buscar en virtud de su propia esencia el principio de la fiebre; lo toca, lo ataca con mas ó menos éxito, según las circunstancias y el temperamento; á menos que no quiera sostenerse que la madera cura la fiebre, lo que sería muy chistoso.

EL CABALLERO.

*Chistoso* si lo quereis; pero es preciso que sea yo sin duda un hombre chistoso, porque en toda mi vida no he hecho escrupulo ninguno de esa proposicion.

EL CONDE.

Pero si la madera cura la fiebre, ¿para qué se toma uno el trabajo de ir á buscar al Perú? Bajemos al jardín; esos árboles nos suministran de sobra para todas las fiebres tercianas de Rusia.

EL CABALLERO.

Hablemos formalmente, os lo suplico: no se trata aqui de la madera en general, sino de cierta madera cuya cualidad particular es de curar la calentura.

EL CONDE.

Muy bien; ¿pero qué entendeis por *cualidad*? Esta palabra expresa en vuestra imaginacion, un simple accidente; y vos creéis, por ejemplo, que la *quina* cura, porque es *figurada, pesada y encarnada*, etc.

EL CABALLERO.

Sois muy susceptible, mi querido amigo, es claro que hablo de una cualidad real.

EL CONDE.

¿Cómo cualidad real! ¿quereis explicarme eso, os suplico?

EL CABALLERO.

Oh! tambien yo á mi vez os ruego que no disputemos sobre palabras. ¿No sabéis que el juicio militar se ofende de esta clase de contiendas?

EL CONDE.

Aprecio el juicio militar, mas de lo que acaso creéis; y os aseguro que las contiendas no me son menos odiosas que á vos, pero no creo que sea disputar sobre palabras, el preguntar lo que estas significan.

EL CABALLERO.

Entiendo por *cualidad real*, una cosa cualquiera que subsista realmente, *un no sé qué*, que no estoy obligado sin duda á definir, pero que en fin existe como todo lo que existe.

EL CONDE.

Maravillosamente, pero esa cosa cualquiera, esa incógnita cuyo valor buscamos, ¿es materia ó no? sino es materia....

EL CABALLERO.

Ah! yo no digo eso!

EL CONDE.

Pero si es materia, ciertamente ya no podeis llamarla *cualidad*, tampoco es un *accidente*, una *modificación*, un *modo*, ó como queráis llamarlo; es una sustancia semejante en su esencia, á cualquiera otra sustancia material, y esta sustancia que no es *madera*, (porque de otra manera toda *madera curaria*) existe en la *madera*, ó por mejor decir *en esa madera*, como el azúcar, que no siendo agua ni té, está contenida en esa infusión de té que la disuelve. No hemos hecho mas que remontar la cuestion, para volver á empezar. En efecto, puesto que la sustancia, sea cual fuere, que cura la fiebre, pertenece á la materia, digo de nuevo; ¿á que ir al

Perú? Mas fácil es hallar la materia, que la *madera* ó *leño*: me parece que en todas partes la hay, y todo lo que vemos es bueno para curar. De este modo os vereis obligado á repetirme sobre la materia en general, cuanto me habeis dicho sobre la *leña*. Me direis: *no se trata de la materia tomada en sentido general, sino de esa materia particular; es decir, en el sentido mas abstracto, con mas una cualidad, que la distingue y que cura la fiebre*. Y yo os atajaré nuevamente, preguntándoos, ¿qué viene a ser esa cualidad que suponeis material, persiguiendoos asi con la misma ventaja, sin que vuestro buen sentido pueda nunca hallar un punto de apoyo que oponerme; porque siendo la materia por su naturaleza inerte y pasiva, y no teniendo accion mas que por el movimiento que ella no puede darse, resulta que no podria obrar, sino por el impulso de un agente mas ó menos distante, oculto para ella y que no podria ser ella.

Ya veis, mi querido caballero, que no se trata enteramente de una cuestion de palabras: mas volvamos al asunto. Esa escursion acerca de las causas nos conduce á una idea tan exacta como fecunda; y es la de considerar la oracion, mirada en su efecto, sencillamente como una segunda causa; porque bajo este punto de vista no es mas que eso, y no puede distinguirse de ninguna otra. Si un filósofo á la moda se admira de verme hacer uso de la oracion para preservarme del rayo, por ejemplo, yo le diré: *y vos, amigo, ¿por qué os valeis de los para-rayos? ó valiéndome de una cosa aun mas comun, ¿por qué empleais las bombas en los incendios, y los remedios para las enfermedades? ¿No haceis oposicion, lo mismo que yo, á las leyes eternas? Oh! eso es muy distinto, me dirán; «porque si es una ley, por ejemplo, que el fuego queme, tambien lo es que el agua apague el fuego.»* Y yo responderé: *esto es precisamente lo que yo digo por mi parte; porque si es una ley que el rayo produzca ó cause tal ó cual desastre, lo es tambien que la oracion hecha á tiempo con respecto al FUEGO DEL CIELO, lo apague ó lo evite*. Y estad persuadidos, señores, que no se me hará objecion alguna en la misma suposicion, sin que la redarguya con ventaja. No hay término medio entre el fanatismo rigido, absoluto, universal, y la fe comun de los hombres, sobre la eficacia de la oracion.

Os acordais, caballero, de ese lindo bipedo que se burlaba delante de nosotros, poco tiempo ha, de estos dos versos de Boileau:

A mí que aun en salud el otro mundo asombra,  
que al alma creo inmortal, y á Dios autor del trueno.

«En tiempo de Boileau, decia él delante de los frívolos y de

»los mozalvetes atolondrados, se ignoraba que un rayo no es mas que la chispa eléctrica cargada, y hubiera sido una cuestion muy grave si no se hubiese considerado al trueno, como un arma divina destinada á castigar los crímenes. No obstante, es preciso que sepais, que ya en los tiempos antiguos, ciertos charlatanes sorprendian algo á los creyentes de su época, preguntándoles porque se divertia Jupiter en fulminar rayos á las rocas del Cáucaso ó á los bosques desiertos de la Germania.»

Yo sorprendia también algo, á ese profundo hablador, diciéndole: «Pero no veis amigo, que dais materia, vos mismo para un excelente argumento á los devotos de nuestros dias, (por que siempre los hay apesar de los esfuerzos de los sabios) para que continúen pensando como ese buen hombre Boileau; en efecto os dirán sencillamente: *el trueno aunque mate; no se ha hecho para matar, y precisamente pedimos á Dios, que se digne con su bondad enunciar sus rayos á las rocas y á los desiertos; lo que basta sin duda al cumplimiento de las leyes físicas.*» Yo no queria, como imaginais, sostener una tesis, en presencia de tal auditorio, pero mirad á donde nos ha llevado la ciencia mal entendida, y lo que debemos esperar de una juventud imbuida en tales principios. Qué ignorancia tan profunda, yaun qué horror de la verdad! Observad sobre todo, ese sotisma fundamental del orgullo moderno, que siempre confunde el descubrimiento ó la generacion de un efecto, con la revelacion de una causa. Los hombres reconocen en una sustancia desconocida (el ambar) la propiedad que adquiere por la frotacion, de atraer los cuerpos ligeros. Llamán á esta cualidad *ambarina* (electricidad). No cambian este nombre conforme van descubriendo otras sustancias idio-eléctricas: presto nuevas observaciones les presentan el fuego eléctrico. Aprenden ó saben acumularlo y conducirlo, etc. En fin, se creen seguros de haber visto y demostrado la identidad de un fuego con el rayo, de manera que si el razonamiento diera los nombres, seria preciso hoy siguiendo ó observando las ideas admitidas, sustituir á la palabra *electricidad*, el de *ceraumismo*. ¿Qué han adelantado en todo esto? Han hecho mayor el milagro, se lo han acercado, por decirlo asi, ¿pero qué otra cosa es lo que saben acerca de su esencia? Nada. Parece mas bien que se ha mostrado mas inesplicable, á medida que lo han creído mas próximo. Pues admirad la bondad de este razonamiento. «Está probado que la electricidad, tal como la observamos en nuestros gabinetes, difiere en menos de ese terrible y misterioso agente que llaman *rayo*; LUEGO no es Dios quien hace tronar.» Moliere diria; *Vuestro ERGO no es mas que un necio!* Pero muy dichosos fuéramos, si solo fuera necio; ved las consecuencias ulteriores: *luego no es Dios quien obra por segundas causas; luego*

»la marcha es invariable; luego nuestros temores y nuestras súplicas son igualmente inútiles.» Qué cúmulo de errores tan monstruosos! Leia yo no hace mucho tiempo en un papel francés, que el rayo lanzado desde lo alto de los cielos para hacer temblar á los hombres, es un fenómeno muy natural y sencillo que pasa á algunas toesas, por encima de nuestras cabezas, y del que los astros mas próximos no tienen la mas pequeña noticia. Analicemos este razonamiento y hallaremos. «que si el rayo salia por ejemplo del Planeta Saturno, como en tal caso estaria mas cerca del Dios, habria motivo para creer que él toma parte; pero que formándose á algunas toesas por encima de nuestras cabezas etc.» Mucho se habla de la groseria de nuestros abuelos; no hay nada mas grosero, que la filosofia de nuestro siglo; el buen sentido del duodécimo, se hubiera burlado con justicia. El Rey Profeta, seguramente no colocaba el fenómeno de que os hablo, en una region demasiado alta, puesto que la llama con mucha elegancia oriental, el grito ó la voz de la nube (1); ha podido muy bien recomendarse á los quimicos modernos, diciendo que Dios sabe sacar el agua del rayo (2), pero no dejó de decirlo:

De tu trueno la voz á nuestro lado estalla,  
ya la tierra tembló (3)

Une él muy bien como veis, la religion y la física. Nosotros somos los que desvariamos. Ah! cuán caro han costado al hombre las ciencias naturales! El tiene la culpa, porque Dios lo habia suficientemente preservado; pero el orgullo ha prestado oídos á la serpiente, y el hombre ha puesto otra vez una mano criminal en el árbol de la ciencia; se ha perdido, y por desgracia lo ignora. Mirad una hermosa ley de la Providencia. Desde los tiempos primitivos, de los que no hablo en este momento, solo á los cristianos ha dado la física experimental. Los antiguos nos aventajaban ciertamente en talento; este punto está probado por la superioridad de sus lenguas, de tal modo, que parece como que imponen silencio á todos los sofismas de nuestro orgullo; por la misma razon, nos han aventajado en todo lo que ha podido tener relacion con nosotros. Por el contrario, su física es casi nula:

(1) *Vocem dederunt nubes* (Salm. LXXVI).

(2) *Fulgura in pluviam facit* (Ibid. CXXXIV. 7.). Otro profeta echó mano de esta espresion, y la repitió dos veces (Jerem. X. 13. Ll. 16.) Los truenos son la combustion del gas hidrógeno con el aire vital; así es que los vemos acompañados de súbitas lluvias (*Fourcroy, verdades fundamentales de la química moderna*. Pag. 38.)

(3) *Vox tonitruí tui in rota... commota est et contremuit terra* (Salm. LXXVI. 18).

porque no solamente no dan ellos valor á las esperiencias físicas, sino que las desprecian, y aun las atribuyen cierta ligera idea de impiedad, viniendo desde muy alto este sentimiento confuso. Cuando toda la Europa fue cristiana, cuando los sacerdotes fueron los institutores universales, cuando todos los establecimientos de Europa se cristianizaron, cuando la teología tomó su puesto á la cabeza de la enseñanza, y las otras facultades se fueron colocando á su alrededor, como damas de honor en torno de su soberana, estando así preparado el género humano, se le dieron las ciencias naturales. *Tantæ molis erat, romanam condere gentem!* La ignorancia de esta gran verdad ha sido causa de que se extraviasen muy buenos talentos, sin esceptuar á Bacon, y aun principiando por él.

EL SENADOR.

Ya que me lo recordais, os confieso que lo he hallado mas de una vez sumamente entretenido con sus *desiderata*. Parece un hombre que patea al lado de una cuna, quejándose de que el niño á quien se mece, no es ya profesor de matemáticas ó general del ejército.

EL CONDE.

Está muy bien dicho en verdad, y no sé si aun fuera posible sutilizar sobre la esactitud de vuestra comparacion; porque las ciencias al principio del siglo XVII no estaban como un niño en la cuna. Sin hablar del ilustre religioso, de su nombre que le habia precedido tres siglos en Inglaterra, y cuyos conocimientos podian aun merecer á los hombres de nuestro siglo el título de *sabio*. Bacon era contemporaneo de Keppler, de Galileo, de Descartes, y Copérnico le habia precedido; estos cuatro gigantes solamente, sin hablar de otros cien personajes menos célebres, le quitaban el derecho de hablar con tanto desprecio del estado de las ciencias, que arrojaban ya en su tiempo una luz resplandeciente, y que eran en el fondo todo cuanto entonces podian ser. Las ciencias no son lo que Bacon imaginaba. Ellas brotan como todo lo que germina; crecen como todo lo que crece, mas se unen al estado moral del hombre. Aunque libre y activo, y capaz por consecuencia de entregarse á las ciencias y de perfeccionarlas, como todo lo que ha estado á su alcance, se halla no obstante entregado á sí mismo en este punto, acaso menos que en otro cualquiera: pero Bacon tenia gusto de injuriar los conocimientos de su siglo, sin habérselos podido apropiari nunca; y no hay cosa mas rara en la historia del talento humano, que la

imperturbable obstinacion con que este hombre célebre, no cesó de negar la existencia de la luz que brillaba en su alrededor, porque sus ojos no estaban conformes en el modo de recibirla, pues no hubo un hombre mas extraño que él á las ciencias naturales, y á las leyes del mundo. Con justicia han imputado á Bacon el haber entorpecido la marcha de la química, procurando ó tratando de hacerla mecánica, y estoy admirado que el baldon se le haya dirigido en su misma patria, por uno de los primeros quimicos del siglo (1). Todavía ha sido peor el que retardase la marcha ó accion de esa filosofía trascendental ó *general* con que no ha cesado de entretenernos, sin que nunca le cupiese duda de lo que debia ser; ha inventado tambien palabras falsas y peligrosas, segun la acepcion que las ha dado, como la de *forma* por ejemplo, que ha sustituido á la de *naturaleza ó esencia*, y de la que la groseria moderna no ha dejado de apoderarse, proponiéndonos con la mayor formalidad, que busquemos la *forma* del calor, de la expansibilidad etc.; ¿y qué sabemos si llegará un dia, siguiendo esta marcha, en que nos enseñen la *forma de la virtud*? El númen que arrastraba á Bacon, todavía no era adulto en la época en que escribia; sin embargo ya se la veia fermentar en sus escritos, en los que bosqueja osadamente los gérmenes que hemos visto nacer en nuestros dias. Lleno de un corage maquinal (cuyo origen y naturaleza él mismo desconocia), contra toda idea espiritual, llamó Bacon con todas sus fuerzas la atencion general á las ciencias naturales, hasta disgustar al hombre de todo lo demas. Rechazaba ó despreciaba la metafísica, la psicología, la teología natural, la teología positiva, y guardaba esta bajo llave en la iglesia, con prohibicion de que saliera: deprimia sin descanso las causas finales que llamaba *remoras*, unidas ó atadas á la nave de las ciencias; y se atrevió á sostener sin rodeos, que la indagacion de estas causas, dañaba á la verdadera ciencia; error tan grosero como funesto, ¿podrá creerse? error contagioso aun para los talentos bien dispuestos, hasta el punto de que uno de los discípulos mas fervientes y mas apreciables del filósofo inglés, no ha sentido temblar su mano al advertirnos, que *cuidáramos de no dejarnos engañar por el orden que observamos en el universo*. Bacon, nada ha olvidado para disgustarnos de la filosofía de Platon, que es el prefacio humano del Evangelio; y ha elogiado, esplicado y propagado la de Demócrito; es decir, la filosofía *corpuscularia*; esfuerzo desesperado del materialismo llevado á su término, quien viendo que la materia se le escapa, y nada esplica, se sumerge en puntos infinitamente

(1) Blackis lectures on chemistry. London, in 4.º tomo I, p. 261.

pequeños, buscando por decirlo así, la materia sin la materia, y siempre satisfecho aun en medio de los absurdos, en todo aquello en que no halla inteligencia. Conforme á este sistema de filosofía, Bacon escita á los hombres á buscar la causa de los fenómenos naturales en la configuracion de los átomos ó de las moléculas constituyentes, idea la mas falsa y mas grosera que haya manchado el humano entendimiento. Y ved ahí por que el siglo XVIII, que no ha querido y ensalzado á los hombres, mas que por lo que tienen de malo, ha hecho de Bacon su Dios, negándole al mismo tiempo nada menos que el hacerle justicia por lo que tiene de bueno y de excelente. Es un grande error el creer que ha influido él, en la marcha de las ciencias; porque todos los verdaderos fundadores de estas, le precedieron ó no le conocieron. Bacon fue un barómetro que anunció el buen tiempo; y porque lo anunciaba, se le creyó autor de él. Walpole su contemporáneo, le ha llamado el *profeta de la ciencia* (1) esto es cuanto se le puede conceder. He visto el dibujo de una medalla acuñada en honor suyo, cuyo cuerpo es un sol saliente con el lema *exortus uti cethereus sol*. No hay cosa mas evidentemente falsa, yo pasaria mas bien por una aurora con la inscripcion de *Nuntia solis*, y aun podia haber en eso exageracion, porque cuando Bacon se levantó eran lo menos las diez de la mañana. La inmensa nombradía que ha adquirido en nuestros dias, no se la debe mas que á su parte ó lado reprensible, segun os lo indicaba ahora mismo. Observad, que no se le ha traducido en francés, hasta fines de este siglo, y por un hombre que nos ha manifestado naturalmente: *Que tenia contra su sola esperiencia, cien mil razones para no creer en Dios!*

EL CABALLERO.

¿No teneis miedo, señor Conde de ser apedreado por tales blasfemias, contra uno de los grandes Dioses de nuestro siglo?

EL CONDE.

Si cumpliera con mi deber, haciéndome apedrear, seria preciso tener paciencia, pero dudo que vengan á apedrearme aquí. Aun cuando se tratase de escribir y publicar lo que os digo, no vacilaria un punto; poco miedo tendria á las tempestades, tal es lo persuadido que estoy, de que las verdaderas intenciones de un escritor, son siempre conocidas, y que todo el mundo les hace justicia. Estoy seguro de que me creerian cuando protestase ó ase-

(1) Véase el prefacio de la pequeña edicion inglesa de las obras de Bacon, publicada por el doctor Schaw. Londres 1802, 42. vol. en 12.

gurase, que me creo inferior en talentos y en conocimiento á la mayor parte de los escritores que teneis en la mente en este momento, tanto, cuanto los escedo por la verdad de las doctrinas que profeso. Me complazco tambien en confesar, esa primera superioridad, que me suministró materia de una meditacion deliciosa, sobre el inestimable privilegio de la verdad, y de la nulidad de los talentos que se atreven á separarse de ella.

Se podria llenar un gran libro, señores, sobre el daño que se ha causado á todas las producciones del ingenio, y aun al caracter de sus autores, por los errores que han profesado, desde hace tres siglos. ¡Qué materia si se tratase como merece! Seria una obra tanto mas útil, cuanto que descansaria enteramente en hechos, de manera, que daria poco campo á disputas ó sutilezas. Puedo sobre este punto citaros un ejemplo sorprendente, el de Newton, que se me presenta en este momento, como uno de los hombres mas ilustres en el imperio de las ciencias. ¿Qué le ha faltado para justificar plenamente el bello trozo de un poeta de su nacion, que le ha llamado, *pura inteligencia prestada á los hombres por la Providencia, á fin de explicarles sus obras?* (1) Le ha faltado el no poder sobreponerse á las preocupaciones nacionales: porque ciertamente si hubiese tenido una verdad mas en la imaginacion, habria escrito un libro menos. Que le ensalcen en buen hora cuanto quieran, á todo suscribo, mientras que no salga de su lugar, pero si desciende de las altas regiones de su genio, para hablarme de la *gran cabeza y del cuerpo pequeño*, ya nada le debo, no existen en todo el círculo del error, y ni aun puede haber, ni nombres, ni clases, ni diferencias, Newton es igual á Villiers.

Despues de esta profesion de fé, que no me canso en repetir, vivo en paz conmigo mismo. De nada me acuso, os lo aseguro, porque sé lo que debo al talento, aunque tambien sé lo que debo á la verdad. Por otra parte, señores, *ha llegado la época*, y todos los ídolos han de caer. Volvamos si gustais á la cuestion.

Encontrais la mas pequeña dificultad en esta idea: que la oracion, es una segunda causa, y que no es posible hacer la mas pequeña objecion contra ella, que no pudiérais hacer del mismo modo contra la medicina, por ejemplo: *ese enfermo, ha de morir, ó no ha de morir; con que es inútil rogar por él; y yo digo; luego es inútil administrarle remedios, luego no existe la medicina.* ¿En dónde está la diferencia, decidme? No queremos fijar la atencion, en que las segundas causas, se combinan, con la accion superior. Ese enfermo *morirá ó no morirá*: si, sin duda, morirá *si no toma remedios* y no

(1) Pure intelligence whom God to mortal lent. to trace his bourness works from law sublimely simple.

(Tohmsen's seasons, the summer.)

morirá, sise *los administran*: Esta condicion, si es permitido espre-  
sarse asi, *forma parte* de los eternos decretos. Dios es sin duda el  
motor universal, pero cada ser se mueve segun la naturaleza que  
ha recibido. Vos mismos, señores, si quisieseis traer aqui aquel  
caballo que vemos allá bajo en la pradera, ¿cómo lo hariais?

Lo montarais ó lo traeriais por la brida, y el animal os obe-  
deceria, *segun su naturaleza*, por mas que tuviese toda la fuerza  
necesaria para resistiros y aun para mataros de una coz. Que si  
gustáseis que viniese con nosotros el niño que estamos viendo  
jugar en el jardin, le llamarais, ó bien como no sabeis su nom-  
bre, le hariais alguna seña, la mas inteligible para él seria la de  
enseñarle este bizcocho, y el niño vendria *segun su naturaleza*.  
Si necesitaseis, en fin, un libro de mi biblioteca, iriais á buscar-  
le, y el libro seguiria á vuestra mano, de una manera pura-  
mente pasiva, *segun su naturaleza*. Es una imagen muy natural  
de la accion de Dios para con las criaturas. El mueve á los ánge-  
les, á los hombres, á los animales, á la materia bruta, finalmente,  
todos los seres; pero cada uno *segun su naturaleza*, y habiéndolo  
creado libre, al hombre, se mueve libremente. Esta ley es ver-  
daderamente la *Ley eterna*, y es preciso creerla.

## EL SENADOR.

Creo con todo mi corazon lo mismo que vos; sin embargo es  
preciso confesar, que la armonia de la accion divina con nuestra  
libertad, y los acontecimientos que de ella penden, forma una de  
esas cuestiones en la que la razon humana, aunque esté conven-  
cida, no tiene sin embargo fuerza para desechar cierta duda que  
procede del miedo, y que siempre le asalta á su pesar. Es un  
abisino al que mas vale no mirar.

## EL CONDE.

De ninguna manera depende de nosotros, mi buen amigo, de-  
jar de mirar; lo tenemos delante de nosotros, y para no mirarlo,  
fuera preciso ser ciegos, lo que seria mucho peor que tener mie-  
do. Repitamos mas bien, que no hay filosofia, sin el arte de des-  
preciar las objeciones, de otra suerte, los mismos matemáticos  
se espantarian. Confieso que al pensar en ciertos misterios del  
mundo intelectual, se va un poco la cabeza. No obstante puede  
uno afirmarse enteramente; y la naturaleza misma nos lleva al  
camino de la verdad, cuando se la pregunta juiciosamente. Sin  
duda mil y mil veces habreis reflexionado en la combinacion de  
los movimientos. Corred por ejemplo de Oriente á Occidente,  
mientras que la tierra gira de Occidente á Oriente. ¿Qué vais á ha-

cer corriendo? Supongo que quereis recorrer á pie una *VVersta*  
en ocho minutos de Oriente á Occidente: Lo habeis hecho: ha-  
beis conseguido el objeto; estais cansado, lleno de sudor, sufris  
en fin, todos los sintomas del cansancio: mas que queria ese po-  
der superior, ese *primer móvil*, que os arrastra con él? Queria, que  
en vez de avanzar de Oriente á Occidente, retrocediéseis en el espa-  
cio con una celeridad increíble, y esto es lo que ha sucedido.  
Los dos habeis hecho lo que queriais. Jugad al volante en un bu-  
que que se cimbree; ¿hay en el movimiento que lleva el volante y  
á vol algo que moleste vuestra accion? Lanzais el volante de proa  
á popa con una prontitud igual á la del buque, (suposicion que  
puede ser de rigurosa verdad), ambos jugadores hacen cierta-  
mente *lo que quieren*, pero el primer móvil ha hecho tambien *lo*  
*que queria*. El uno de los dos creia que *lanzaba* el volante, y no  
ha hecho mas que detenerlo, el otro le ha salido al encuentro en  
ugar de aguardarlo como creia, y recibirlo en su raqueta. Aca-  
so direis, que puesto que no habeis hecho todo lo que creiais, no  
habeis hecho cuanto queriais? En tal caso no repararais que  
la misma objecion puede hacerse del móvil superior á quien pu-  
diera decirse, que queriendo arrojar el volante, este se ha que-  
dado nada menos que inmóvil. El argumento valdria igualmente  
contra Dios. Puesto que se tiene que sentar, que la potencia di-  
vina puede ser molestada por la del hombre, precisamente con  
tanta fuerza como para sentar la proposicion inversa, resulta que  
es nulo en uno y otro caso, y que las dos potencias obran juntas  
sin perjudicarse.

Puede sacarse mucho partido de esa combinacion de las fuerzas  
motrices que pueden animar á la vez al mismo cuerpo, qualquie-  
ra que sea su número y direccion, y que todas tienen su efecto tam-  
bien, que el móvil se hallará al fin del movimiento único que ha-  
brán producido, precisamente en el mismo punto en que se de-  
tendria, si todas hubiesen obrado una despues de otra: La única  
diferencia que se observa entre una y otra *dinámica* (ciencia de las  
fuerzas) es que en la de los cuerpos, la fuerza que los anima nun-  
ca es suya, en vez de que en la de los espíritus, las voluntades  
que son unas acciones sustanciales, se unen, se enlazan ó bien  
ellas mismas se empujan ó se chocan. pues que solo son acciones.  
Puede muy bien suceder, que una voluntad creada anule, no digo  
yo el *esfuerzo* sino el resultado de la accion divina: porque en este  
sentido el mismo Dios nos ha dicho, que *Dios quiere* las cosas que  
no suceden, porque el hombre *no quiere* (1). De este modo lo,

(1) Jerusalem! Jerusalem! Cuantas veces he querido reunir á tus hijos  
y TU NO HAS QUERIDO! (Luc. XIII 24)

Existen en el órden espiritual como en el material, *fuerzas vivas, y fuer-  
zas muertas*; y esto debe ser.

derechos del hombre son inmensos, y su mayor desgracia es el ignorarlos; pero su verdadera accion espiritual, es la oracion, por medio de la que poniéndose en relacion con Dios, ejerce, digámoslo asi, la accion todo poderosa puesto que la determina. ¿Quereis saber lo que es ese poder, y graduarlo por decirlo asi? Pensad en lo que puede la voluntad del hombre en el circulo del mal; puede contrariar á Dios, acabais de verlo: ¿qué es lo que puede esta misma voluntad, cuando obra de acuerdo con él? ¿Cuales son los límites de este poder? por su naturaleza no los tiene. La energía de la voluntad humana, nos sorprende vagamente en el orden social, y muchas veces decimos, *que el hombre puede todo lo que quiere*; mas en el orden espiritual, en el que los efectos no son sensibles, es la ignorancia muy general sobre este punto, y en el mismo circulo de la materia, no hacemos ni con mucho las reflexiones necesarias. Vos derribaríais fácilmente, por ejemplo, uno des esos escaramujos ó gabancos. Pero no podeis romper una cadena, ¿y por qué? La tierra está llena de hombres sin talento, que se apresurarán á responderos; *porque vuestros músculos no son bastante fuertes*, tomando asi con la mejor buena fé del mundo, el límite por el medio de la fuerza. La del hombre está limitada por la naturaleza de sus órganos físicos, al modo preciso, á fin de que no pueda alterar mas que hasta cierto punto el orden establecido; pues bien conoceis lo que sucederia en este mundo, si el hombre pudiera con solo su brazo, destruir un edificio, ó arrancar un bosque ó selva. Verdad es, que esta misma sabiduría que ha creado al hombre perfecto, le ha dado la dinámica, es decir, los medios artificiales de aumentar su fuerza natural; pero este don va acompañado tambien de un signo brillante de la infinita prevision; porque queriendo que todo el aumento posible fuese proporcionado, no á los deseos ilimitados del hombre que son inmensos, y casi siempre desordenados, sino tan solo á sus deseos prudentes, arreglados á sus necesidades, ha querido que cada una de sus fuerzas, fuese precisamente acompañada de un impedimento, ú obstáculo que nace de la misma y que crece y se aumenta con ella; de suerte que la fuerza ha de matarse ó destruirse ella misma, por el solo esfuerzo que hace al ensancharse. No se sabria, por ejemplo, aumentar proporcionalmente la fuerza de una palanca, sin aumentar proporcionalmente tambien las dificultades que han de inutilizarlo al fin; se puede aun decir, que en general, y en las mismas operaciones que no están sujetas á la mecánica, propiamente dicho, no sabria el hombre aumentar sus fuerzas naturales, sin emplear á proporcion mas tiempo, mas espacio, y mas materiales, lo que le entorpece ó estorba desde luego, de una manera que va siempre en aumento, y le impide ademas, obrar

clandestinamente, debiéndose fijar en esto cuidadosamente la atencion. Asi pues, por ejemplo, qualquier hombre puede hacer volar una casa, por medio de una mina; pero los preparativos indispensables son tales, que la autoridad pública, tendrá suficiente tiempo para ir á preguntarle que es lo que hace. Los instrumentos de óptica presentan ademas un ejemplo sorprendente de la misma ley, porque es imposible perfeccionar una de las cualidades cuya reunion constituye la perfeccion de estos instrumentos sin debilitar la otra. Puede hacerse una observacion igual con las armas de fuego. En una palabra; no hay escepcion en una ley cuya suspension destruiria la sociedad humana. Asi pues, en todas partes y en el orden de la naturaleza como en el del arte, hay sus límites. No doblaríais al arbusto de que os hablaba ha poco, si le oprimiéseis con una caña. No consistirá, no obstante en que os faltase la fuerza, sino le faltaria á la caña; y ese instrumento sumamente endeble es para el escaramujo, lo que el brazo para la cadena. La voluntad por su esencia, trasportaria las montañas; pero los músculos, los nervios y los huesos que la han colocado para obrar materialmente, se doblan en la cadena como la caña se doblaba en el escaramujo. Separad pues con el pensamiento la ley que quiere que la voluntad humana no pueda obrar materialmente, de una manera inmediata, mas que en el cuerpo que anima, (ley puramente accidental y relativa á nuestro estado de ignorancia y corrupcion) arrancará una cadena lo mismo que levanta un brazo. Mirese como se quiera la voluntad del hombre, se ve que son inmensos sus derechos. Pero en el orden espiritual, en el que el mundo material no es mas que una imagen y una especie de reflejo, la oracion es la *dinámica* confiada al hombre, guardémonos bien de privarnos de ella; eso seria lo mismo que querer que nuestros brazos sustituyesen al cabrestante, ó á la bomba de fuego.

La filosofia del último siglo que formará á los ojos de la posteridad una de las mas vergonzosas épocas del espíritu humano, nada ha olvidado para desviarnos de la oracion, por la consideracion de *las leyes eternas é inmutables*. Su objeto privilegiado, quiero decir, *único*, era el de apartar al hombre de Dios; y ¿qué otro medio mas seguro habia para conseguirlo que el de impedirle que orase? Toda esta filosofia no fue en realidad, mas que un verdadero sistema de ateísmo práctico; (1) yo he querido dar un nombre á esa estraña enfermedad: la llamo la *Theophobia*; tened cuidado, y la vereis en todos los libros filosóficos del siglo

(1) La teoría que niega la utilidad de la oracion, es el ateísmo verdadero, ó no difiere sino de nombre. (*Corip. de orat. opp. tom. I. en fol. pág. 202.*)

XVIII. No decian francamente, *no hay Dios*: asercion que hubiera podido causar algunos inconvenientes físicos; pero decian: «*Dios no está ahí*. No está en vuestras ideas; estas proceden de los sentidos; no está en vuestros pensamientos, que no son más que *sensaciones transformadas*; no está en los castigos ó azotes que os afligen; esos son unos fenómenos físicos como otros que se esplican por las leyes comunes. No se acuerda de vosotros; nada ha hecho por vosotros en particular; el mundo se ha hecho para el insecto lo mismo que para vosotros. No se venga de vosotros porque sois muy pequeños,» etc. En fin, no se podía nombrar á Dios para esa filosofía sin que se pusiera convulsa. Escritores aun los de aquella época infinitamente superiores al vulgo, y notables por sus excelentes miras parciales, han negado francamente la creacion. ¿Cómo se habia de hablar á aquellas gentes de los castigos celestes, sin que se pusieran furiosos? *Ningun acontecimiento físico puede tener causa superior, relativa al hombre*: Ved aquí su dogma. Acaso algunas veces no se atreverá á articularlo en general, pero llegad á la aplicacion y negará en detall lo que viene á parar en lo mismo. Puedo citaros un ejemplo notable y que tiene algo de entretenido, aunque entristezca bajo otro aspecto. Nada les chocaba como el diluvio, que es el mayor y más terrible juicio, ó castigo que la divinidad ha ejereido nunca con el hombre; y sin embargo, nada era más bien admitido por todos los géneros de pruebas, capaces de fijar un hecho grande. ¿Pues qué hemos de hacer? Principiaron por negarnos obstinadamente el agua necesaria para el diluvio; y me acuerdo que en mis floridos años, mi fé juvenil se alarmó con sus razones; pero habiendo tenido despues el antojo de crear un mundo por via de precipitacion (1), y necesitando indispensablemente del agua para operacion tan notable, la falta de esta no les ha estorbado, y convinieron con nosotros en conceder liberalmente una *cubierta* de tres leguas de altura sobre toda la superficie del globo; lo que no deja de ser muy decente. Algunos todavia pensaron en llamar á Moisés en su ayuda, obligándole con los más estraños tormentos á declarar en favor de sus sueños cosmogónicos. Bien entendido no obstante, que la intervencion divina queda enteramente estraña á esta aventura que nada tiene de particular: así pues, han admitido la sumersion total del globo en la misma época fijada por ese grande hombre, lo que han creído suficiente para declararse formalmete *defen-*

(1) No se trataba de *crear un mundo*, sino de formar las causas terrestres segun el autor lo ha advertido en una de sus notas de la segunda velada, previniendo esta observacion.

(Nota del editor.)

*sores de la revelacion*; pero de *Dios, de crimen y de castigo* ni una palabra. Casi nos han insinuado poquito á poco, que *no habia ningun hombre sobre la tierra en la época de la gran sumersion*, lo que ya veis que es enteramente *Mosaico*. Como esta palabra de *diluvio* tiene además algo de *teológica* que disgusta, se ha suprimido, y se dice *calástrofe*: de este modo aceptan el diluvio, del que necesitaban para sus vanas teorías, y quitan ó suprimen á *Dios* que las cansa. Ved segun creo, un bello sintoma de la *Theophobia*. Respeto con todo mi corazón las numerosas excepciones que consuelan el ojo del observador; y entre los mismos escritores que pudieron entristecer, molestar la creencia legitima, hago con gusto las distinciones necesarias; pero el carácter general de esa filosofía no deja de ser tal como lo he demostrado; y ella, la que trabajando sin descanso para separar al hombre de la divinidad, ha producido por fin la deplorable generacion que ha hecho y permitido hacer todo lo que vemos.

En cuanto á nosotros, señores, tengamos también nuestra *Theophobia*, pero que sea la buena; y si alguna vez la suprema nos sobresalta, acordémonos de esa palabra de San Agustín, una de las más hermosas sin duda que han salido de una boca humana. *Teneis miedo de Dios, arrojaos en sus brazos* (1), Permitidme que crea, caballero, que estais muy tranquilo acerca de *las leyes eternas é inmutables*. Solo Dios es necesario, y nada menos preciso que el mal. Todo mal es un castigo, y todo castigo (exceptuando el último) está impuesto por el amor, tanto como por la justicia.

EL CABALLERO.

Me alegro mucho de que mis pequeñas sutilezas nos hayan valido ciertas reflexiones de que sacaré mi provecho: pero ¿qué quereis significar con esas palabras, *exceptuando el último*?

EL CONDE.

Mirad á vuestro alrededor, Caballero; observad los actos de la justicia humana; ¿qué es lo que hace cuando condena á un hombre á un castigo menor que la pena capital? Hace dos cosas con el culpable; lo castiga; y esta es obra de la justicia: pero además quiere corregirlo, y esta es obra del amor. Si no pudiera esperar más que el castigo bastase para hacer entrar dentro de sí mismo al culpable, casi siempre castigaria de muerte: mas cuando ha llegado por último ya por la repeticion, ó bien por la universalidad

(1) VIS FUGERE Á DEO? FUGE AD DEUM.



de sus crímenes á convencerse de que es incorregible, se retira el amor, y la justicia pronuncia una pena ó castigo eterno; porque toda muerte es eterna; ¿como un hombre muerto podria dejar de serlo? Si, sin duda alguna, una y otra justicia no castigan sino para corregir, y todo castigo, *esceptuando el último*, es un remedio; mas el último es la muerte. Todas las tradiciones hablan en favor de esta teoria, y aun la fábula misma proclama la espantosa verdad.

THESEO ESTA SENTADO Y SIEMPRE LO ESTARA.

Ese rio que solo una vez se pasa, ese tonel de las Danaidas, siempre lleno y siempre vacio; ese higado de Titio, siempre naciente bajo el pico del buitre, que le devora siempre, ese Tántalo siempre dispuesto á beber aquel agua, á coger esas frutas que siempre se le escapan, esa piedra de Sysipho, siempre vuelta á levantar continuamente, ese arco, simbolo constante de la eternidad escrito en la rueda de Ixion, son otros tantos geroglíficos vivos, con los que es imposible equivocarse.

Podemos contemplar la justicia divina en la nuestra, como en un espejo, deslustrado en verdad, pero fiel, que no podria reflejarnos otras imágenes que las que ha recibido; veremos allí, que el castigo no puede tener mas objeto que el de destruir el mal, de suerte que cuanto mas grande y profundamente arraigado está el mal, mas larga y dolorosa es la operacion; pero si el hombre se vuelve todo mal, ¿como ha de ser posible arrancarlo de si mismo, y cual es la parte que deja al amor? Toda verdadera instruccion en que se mezcle el temor con las ideas consoladoras, advierte ó previene al ser libre, que no avance hasta el término en que ya no hay limite.

EL SENADOR.

Quisiera, segun mi cuenta, decir aun muchas cosas al Caballero, porque no he perdido de vista ni un instante su exclamacion: *¿y que diremos de la guerra?* Pues me parece que este azote merece ser examinado á parte ó separadamente. Pero observo que los terremotos nos han llevado muy lejos. Es preciso separarnos. Mañana Señores, si lo teneis á bien, os comunicaré ciertas ideas acerca de la guerra, porque es un asunto que he meditado mucho.

EL CABALLERO.

Muy poco que elogiarla tengo, os lo aseguro; sin embargo, no sé porque sucede, que siempre deseo hacerla ó hablar de ella, así pues, os oiré con el mayor placer.

EL CONDE.

Por lo que hace á mi, acepto el empeño de nuestro amigo, pero no os prometo que no tendré mañana que deciros nada mas sobre la oracion.

EL SENADOR.

Os cedo en ese caso la palabra para mañana: pero no vuelvo á tomar la mia. A Dios.

## EL SENADOR.

Con vuestro permiso, mi querido amigo: *esto no es verdad*, es un poco fuerte; y otra vez con vuestro permiso, la misma proposición se lee palabra por palabra en las *Máximas de los Santos de Fenelon*, que copiaba ó consultaba poco Nicole, si no me engaño.

## EL CONDE.

Aunque ambos lo dijeran, me creeré con derecho á pensar que los dos se han equivocado. Convengo, no obstante, en que el primer apercebido favorezca esta máxima, y que varios escritores ascéticos, antiguos y modernos, se han espresado en este sentido sin proponerse ahondar la cuestión; mas cuando se llega á sondear el corazón humano y á pedirle una cuenta exacta de sus sensaciones, se halla uno singularmente confuso, y el mismo Fenelon lo ha experimentado muy bien; porque en mas de un parage de sus obras espirituales, retracta ó restringe su proposición general; afirma sin la menor equivocación, *que se puede esforzarse á amar, esforzarse á desear, esforzarse á querer amar; que se puede orar aunque falte la causa eficiente de esta voluntad; que el quererlo depende de nosotros, pero que el sentirlo no*; y otras mil cosas á este tenor (1). En fin, se espresa en cierto parage de una manera tan enérgica y tan original, que el que ha leído ese párrafo, nunca lo olvidará. En una de sus cartas espirituales es donde dice: *Si Dios os disgusta, decidle que os disguste; que si preferís á su presencia los mas viles pasatiempos, que si no descansáis sino lejos de él, decidle: «Ved mi miseria y mi ingratitud: ¡oh Dios! tomad mi corazón, pues que yo no se dáoslo; tened piedad de mi, apesar de mi mismo.»*

¿Veis aquí, señores, la máxima del deseo y del amor indispensables á la oración? No tengo en este momento el libro precioso de Fenelon bajo la mano; pero podeis hacer fácilmente las pruebas necesarias.

Ademas, si ha exagerado el bien, aquí ó allá, él está conforme, no hablemos mas que para alabarle y para ensalzar el triunfo de su inmortal obediencia. En pié y con el brazo levantado para instruir á los hombres, puede tener un igual; prosternado para sentenciarse á si mismo, no hay otro.

(1) Véanse las obras espirituales de Fenelon. París, 1802, en 42, ° t. I. pág. 94; tom. IV, carta al P. Lami sobre la oración, núm. 3, p. 162; t. IV, carta cxcv p. 212 *ibid.* p. 470, 472, 476, en donde efectivamente se hallarán espresados todos estos sentimientos.

## VELADA SESTA.

## EL SENADOR.

Os he cedido espresamente la palabra, mi querido amigo; así pues, á vos toca principiar.

## EL CONDE.

No la tomo porque me la cedeis, pues este seria un motivo para que yo la rehusara, sino únicamente por no dejar un vacío en nuestras veladas. Permitidme que añada algunas reflexiones á las que os indiqué ayer sobre un asunto muy interesante: justamente á la guerra es á quien debo estas ideas; pero que no se asuste mi querido Senador; puede estar seguro de que ningún deseo tengo de anticiparme ó adelantarme á sus huellas. Estos discursos son muy frecuentes. *Que se ore ó no, los acontecimientos siguen su camino; se ora, y queda uno batido ó derrotado, etc.*: luego me parece muy esencial, observar que es rigurosamente imposible el probar esta proposición: *Se ha orado por una guerra justa, y la guerra ha sido desgraciada*. Paso por la legitimidad de la guerra, que es ya un punto escesivamente equivoco; me atengo á la oración. *¿Como puede probarse que se ha orado?* Dirían que para esto basta que hayan tocado las campanas, y abierto las Iglesias; no es eso señores. Nicole, autor correcto de varios escritos buenos, ha dicho en cierta parte que el fondo de la oración es el deseo (1). Esto no es verdad, pero lo que es cierto.....

(1) Con trabajo he descubierto esta máxima de Nicole en sus *Instrucciones sobre el Decálogo*. Tomo II, sec. c, 1, II, v, art. III.

Pero Nicole es otro hombre y usó menos cumplimientos con él, porque esa máxima que me choca en sus escritos, la mantenía en la escuela peligrosa de Port-Royal, y en todo ese sistema funesto que tiende directamente á desanimar al hombre, y á conducirle insensiblemente del desaliento al endurecimiento ó á la desesperacion, aguardando ó mientras que espera la gracia y el deseo. Por parte de esos doctores rebeldes, todo me disgusta y aun lo bueno que han escrito. *Temo á los Griegos y aun á sus regalos.* Qué es el deseo? Es como muchas veces se ha dicho *el amor de un bien ausente.* Pero si es así, el amor al menos, el amor sensible no pudiéndose mandar, el hombre pues, no puede orar antes que este amor llegue por sí mismo; de otra manera sería preciso, que el deseo precediera al deseo mismo, lo que me parece un poco difícil. ¿Y como obrará el hombre, suponiendo que no haya verdadera oracion sin deseo, y sin amor; y como lo hará, digo yo para pedir segun su deber le obliga á menudo, lo que su naturaleza detesta? La proposicion de Nicole me parece que queda anonadada por el solo mandamiento de *amar á nuestros enemigos.*

EL SENADOR.

Me parece que Locke ha cortado la cuestion al decidir, *que nosotros podiamos aumentar en nosotros el deseo, en exacta proporcion de la dignidad del bien que se nos ha propuesto* (1).

EL CONDE.

Creedme, no os fieis de Locke que nunca ha comprendido nada á fondo. *El deseo*, que no ha acabado de definir, *no es mas que un movimiento del alma, hácia un objeto que la atrae.* Este movimiento moral, es un hecho del mundo moral, tan positivo, tan palpable, como el magnetismo, y ademas tan general, como la gravitacion universal en el mundo fisico. Pero estando el hombre continuamente agitado por dos fuerzas contrarias, el exámen de esta ley terrible, debe ser el principio de todo estudio del hombre. Locke por haberlo descuidado, ha podido escribir cincuenta páginas sobre la libertad, sin saber aun de lo que hablaba. Estando esta ley sentada como un hecho incontestable, fijad bien la atencion, en que si un objeto no obra por su naturaleza sobre el hombre, no depende de nosotros el hacer que nazca el deseo, pues

(1) En efecto ha dicho, en el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Lib. II. § 21, 46. «By a due consideration and examinung any good proposid, it is in our power to raise our desires in a due proportion to the value of the good Whereby in its turn and place it may come to work upon the Will and be pursued.

que no podemos hacer que nazca en el objeto la fuerza que no tiene; y que si por el contrario: esta fuerza existe en el objeto, no depende de nosotros el destruirle; no teniendo el hombre poder alguno sobre la esencia de las cosas exteriores, que son las que son, sin él, é independientemente de él. ¿A qué está pues reducido el poder del hombre? A trabajar al rededor suyo y con él, para debilitar, para destruir, ó al contrario: para dar libertad, ó hacer victoriosa la accion cuya influencia experimenta. En el primer caso, lo mas sencillo es alejarse, como se apartaria un pedazo de hierro de la esfera activa del iman si se habia de sustraer de la accion de esta potencia. Tambien puede el hombre esponerse voluntariamente y por los medios conocidos, á una atraccion contraria; ó unirse á alguna cosa inmovil; ó colocar entre el objeto y él alguna naturaleza capaz de interceptar la accion, así como el vidrio se niega á transmitir la accion eléctrica, ó bien en fin, trabajando sobre él mismo para volverse menos, ó de ninguna manera atractible, lo que como veis, es mucho mas seguro y ciertamente posible, pero tambien mucho mas dificultoso. En el segundo caso, ha de obrar de una manera precisamente opuesta; debe segun sus fuerzas acercarse al objeto, apartar ó destruir los obstáculos, y volverse á acordar sobre todo, de que segun las relaciones de ciertos viageros, un frio estremado ha podido apagar en la aguja tocada con el iman, *el amor del Polo.* Cuidado pues con guardarse el *hombre del frio.*

Pero razonando aun conforme las ideas, ó falsas ó incompletas de Locke, siempre estuvo seguro, *de que tenemos el poder de resistir al deseo*; poder sin el que no hay libertad (1). Luego si el hombre puede resistir al deseo, y aun obrar contra el deseo, puede sin duda orar sin deseo y aun contra el deseo, puesto que la oracion es un acto de la voluntad como otro cualquiera, y sujeto á la ley general. El *deseo* no es la voluntad; y si solamente una pasion de la voluntad; luego, pues que la accion que obra sobre ella no es invencible, resulta que para orar en realidad, es preciso indispensablemente querer, mas no *desear*, no siendo la oracion por esencia mas que un *movimiento de la voluntad por el entendimiento.* Lo que sobre este punto nos engaña, es que ordinariamente no pedimos mas que lo que necesitamos, y que un gran número de esos elegidos que han hablado de la oracion desde que el hombre sabe orar, habiéndoseles casi apagado la ley

(1) *Essai on hum Underst.*; lib. II, cap. XXI, 5, 47, *Ibid.* *Ese poder parece que es el manantial de toda libertad.* ¿A qué esta redundancia de palabras, y esta incertidumbre, en vez de decirnos sencillamente, si segun él, *ese poder es la libertad?* Pero Locke raras veces dice lo que es preciso decir la irresolucion y todo lo que divaga, relucian precisamente en su espresion lo mismo que en su pensamiento.

fatal, no experimentaban ya mas combate entre la voluntad y el deseo; sin embargo, cuando dos fuerzas obran en el mismo sentido, no por eso son menos esencialmente distinguidas. Admirad en esto, cómo dos hombres acaso igualmente ilustrados, aunque muy desiguales en talentos y méritos, llegaban al mismo punto de exageracion, profesando ó partiendo de principios enteramente distintos. No viendo Nicole que la gracia del deseo legitimo, nada dejaba á la voluntad á fin de dárselo todo á esta gracia, que se alejaba de él para castigarle del mayor crimen que se puede cometer contra ella, el de atribuirle mas de lo que quiere; y Fenelon, al que la misma habia penetrado, tomaba la oracion por el deseo, porque en su corazon celeste, el deseo nunca habia abandonado á la oracion.

EL SENADOR.

¿Creeis que se pueda desear el deseo?

EL CONDE.

¡Ah! Esa es una gran cuestion. Fenelon, que ciertamente era un hombre de deseo, parece que se inclina por la afirmativa, si como creo haberlo leído en sus obras, *se puede desear amar, esforzarse á desear, y esforzarse á querer amar*. Si algun metafisico digno de este nombre quisiera tratar á fondo esta cuestion, yo le propondria por epigrafe este trozo de los Salmos: *Yo he codiciado, ó deseado, el deseo de tus mandamientos* (1). Mientras que se verifica esta disertacion, persisto en decir, *eso no es cierto*; ó si os parece muy dura esta decision, consiento en decir: *eso no es bastante cierto*. Pero lo que no me disputareis, (y es lo que iba á deciros en el momento en que me interrumpisteis) *es que el fondo de la oracion es la fe*; y esta verdad la veis tambien en el orden temporal. ¿Creeis que un principe se hallase muy dispuesto á prodigar sus favores á hombres que dudasen de su soberania, ó que blasfemasen de su bondad? Mas si no puede haber oracion sin fe, tampoco puede haber oracion eficaz sin pureza. Vos comprendéis muy bien, que no doy á este nombre de pureza, una significacion rigurosa; ¿qué seria de nosotros ¡ah! si los culpables no pudiesen orar? Mas tambien comprendéis, siempre siguiendo la misma comparacion, que ultrajar á un principe, seria una manera bastante mala de solicitar sus favores. El culpable no tiene propiamente otro derecho, que el de rogar por él mismo. Siempre que he asistido á una de esas ceremonias santas, determinadas

(1) *Concupivi desiderare justificationes tuas.* (Salmo CXVIII, 20).

para apartar los azotes del cielo ó para solicitar ó implorar sus favores, me he preguntado á mi mismo con un verdadero terror. *¿Enmedio de esos cánticos pomposos, y de esos ritos augustos, entre esta multitud de hombres reunidos, cuantos son lo que por su fe y sus obras, tienen derecho á la oracion y la esperanza fundada de orar con eficacia? ¿Cuántos los que oran realmente? El uno piensa en sus negocios, el otro en sus placeres, un tercero se ocupa de la música, el menos culpable tal vez, es el que bosteza sin saber en donde está. Aun insisto, ¿cuántos son los que oran, y cuántos los que merecen ser perdonados?*

EL CABALLERO.

Por lo que hace á mi, estoy seguro ya que en esas solemnes y piadosas reuniones, habia, al menos muy positivamente un hombre que no oraba.... erais vos, señor Conde, que os ocupábais en esas reflexiones, en vez de orar.

EL CONDE.

Me helais algunas veces con vuestros *galicismos*. ¿Qué talento tan prodigioso para la sátira! Jamás os falta, y aun enmedio de las discusiones mas graves: pero asi sois vosotros los franceses.

EL CABALLERO.

Creed mi querido amigo, que somos como los demas, cuando nos da la fiebre; creed tambien que en el mundo se necesitan nuestras chanzonetas. La razon por su naturaleza, es poco penetrante, y no ilumina tan fácilmente; es preciso muchas veces que esté, por decirlo asi, armada con el temible epigrama; la sutileza francesa punza como la aguja para pasar el hilo. ¿Qué teneis que responder, digamos, á mi punzada?

EL CONDE.

No quiero pedir os cuenta de todos los hilos que vuestra nacion ha pasado; pero os aseguro que por esta vez os perdono de buena voluntad vuestra accion, tanto mas cuanto que puedo acto continuo convertirla en argumento. Si el temor solo de orar mal puede impedir el orar, ¿qué puede pensarse de los que no saben orar, que apenas se acuerdan de haber orado, y que ni siquiera creen en la eficacia de la oracion? Quanto mas examineis el asunto, mas os convencereis de que no hay cosa mas dificil que emitir una verdadera oracion.

EL SENADOR.

Una consecuencia de lo que decis, es que no hay composicion mas dificil, que la de una verdadera oracion escrita, que no es ni puede ser mas, que la espresion fiel de la oracion interior; y es en lo que me parece que no se fija bastante la atencion.

EL CONDE.

¡Como, señor Senador! Tocais ahí nno de los puntos mas esenciales de la verdadera doctrina. No hay nada mas cierto que lo que decis; y aunque la oracion escrita no sea mas que una imágen, nos sirve no obstante para juzgar del original que es invisible. No son un tesoro pequeño, aun para la sola filosofía, los monumentos materiales de la oracion, tales como los hombres de todas las épocas nos los han dejado; porque poden os apoyar en esta base sola tres bellisimas observaciones.

En primer lugar, todas las naciones del mundo, han orado, pero siempre en virtud de una revelacion verdadera ó supuesta; es decir, en virtud de las tradiciones antiguas. Siempre que el hombre no se apoye mas que en su propia razon, cesa de orar, sobre lo que siempre ha confesado sin echarlo de ver, que por si mismo no sabe ni lo que debe pedir, ni como ha de pedirlo, ni aun bien terminantemente á quien ha de dirigirse (1). En vano, pues, el deista nos espondrá las mas bellas teorías sobre la existencia y los atributos de Dios; sin objetarle (lo que es sin embargo incontestable) que solo proceden de su catequismo, siempre tendremos el derecho de decirle lo que Joás: *vos no le rogais* (2).

Mi segunda observacion es, que todas las religiones son mas ó menos fecundas en oraciones; pero la tercera es sin comparacion la mas importante, y vedla aquí.

*Mandad á vuestros corazones que estén atentos, y leed todas esas oraciones: vereis la verdadera religion como veis al sol.*

EL SENADOR.

Mil veces he hecho esa última observacion, asistiendo á nuestra bellisima liturgia. Semejantes oraciones no pueden haber

(1) Habiendo confesado Platon espresamente, en la página mas extraordinaria que se haya escrito humanamente en el mundo, que el hombre reducido, (ó circunscrito) á si mismo no sabe orar; y que habiendo ademas llamado por medio de sus votos ú oraciones, á algun enviado celeste, que por último vino á enseñar á los hombres esa grande ciencia; bien puede decirse que ha hablado en nombre del género humano.

(2) Athalia, II, 7.

sido formadas mas que por la verdad, y en el seno de la verdad.

EL CONDE.

Ese es mi dictámen. De una manera ú otra, Dios ha hablado á todos los hombres, pero hay algunos privilegiados, á quienes se puede decir: *no ha tratado el asi á las demas naciones*; (1) porque solo Dios, segun la inimitable espresion del incomparable Apóstol, puede crear en el corazon del hombre un espiritu capaz de esclamar: *Padre mío!* (2) y David habia preludiado esta verdad, exclamando: *El es quien ha puesto en mi boca un cántico nuevo, un himno digno de nuestro Dios.* (3) Luego si ese espiritu no está en el corazon del hombre, cómo orará este? ¿ó cómo su impotente pluma, podrá escribir lo que no se ha dictado al que la tiene? Leed los himnos de Santeuil, algo ligeramente adoptados acaso por la Iglesia de Paris: forman cierto ruido al oido, pero no ruegan jamas, porque *estaba él solo* cuando los compuso. La hermosura de la oracion nada tiene que ver con la de la espresion, porque la oracion es semejante á la misteriosa hija del gran rey, *toda su hermosura nace del interior* (4). Es cierta cosa que carece de nombre, pero que se percibe perfectamente, y que el talento solo no puede imitar.

Pero toda vez que no hay cosa mas dificil que el *orar*, es el colmo de la ceguedad y de la audacia á un mismo tiempo, el atreverse á decir que uno ha rogado, y que no ha sido escuchado. Quiero sobre todo hablaros de los pueblos ó naciones, porque son un objeto principal en esta clase de cuestiones. Para alejar un mal, para conseguir un bien popular ó comun, es muy justo, sin duda, que el pueblo *ruegue*. Pero qué es un pueblo? ¿y qué condiciones son necesarias para que un pueblo ore? ¿Hay en cada país hombres que tengan derecho de rogar por él, y este derecho les viene de sus disposiciones exteriores, ó de su rango ó clase entre este pueblo, ó bien de ambas circunstancias reunidas? Bien poco conocemos los secretos del mundo espiritual; pero ¿cómo conocerlos cuando nadie hace caso de ellos? Sin querer abismarme en sus profundidades, me detengo en la proposicion general: *que nunca será posible probar, que un pueblo ha rogado sin haber sido escuchado*; y yo me creo tambien tan seguro de la proposicion afirmativa: es decir, *que todo pueblo que ora es escuchado*. Las escepciones nada probarian aun cuando pudieran verificarse.

(1) *Non fecit taliter omni nationi* Salm. (CXLVII, 20).

(2) Ad. Gal. IV, 6.

(3) *Et immisit in os meum canticum novum, Carmen Deo Jacob.* (Salm. XXXIX, 4).

(4) *Omnis gloria filiae regis ab intus* (Salm. XLIV, 14).

Y todo desaparece ante la sola observacion: de que no hay hombre que no ignore, aun cuando ore perfectamente, si pide una cosa perjudicial para sí ó para el orden general. Roguemos sin descanso con todas nuestras fuerzas, y con todas las disposiciones capaces de legitimar este grande acto de la criatura inteligente: sobre todo no olvidemos nunca que toda oracion verdadera, es eficaz en algun modo. Todas las súplicas que se presentan al soberano no se decretan favorablemente, y tampoco pueden serlo, porque no todas son razonables ó justas: sin embargo, todas contienen una profesion de fe espresa del poder, de la bondad y de la justicia del soberano, que no puede menos de complacerse, al verlas afluir de todos los puntos de su imperio, y como es imposible suplicar al principe sin rendirle al mismo tiempo un acto de fiel vasallage, es del mismo modo imposible rogar á Dios, sin ponerse con él en un estado de sumision, de confianza y de amor; de manera que existe en la oracion, considerada solamente por sí misma, una virtud purificadora, cuyo efecto vale casi siempre, infinitamente mas para nosotros, que cuanto le pedimos con frecuencia con nuestra ignorancia (1). Toda oracion verdadera, aun cuando no haya de ser escuchada, no por eso deja de eleverse menos hasta las regiones superiores desde donde vuelve á caer sobre nosotros despues de haber pasado por ciertos preparativos, como un rocío bienhechor, que nos prepara para otra nuevo patria. Mas cuando pedimos á Dios, solamente que se haga su voluntad, es decir, que desaparezca el mal del universo, tan solo entonces es cuando estamos seguros de no haber rogado en vano. Cuán ciegos é insensatos somos! En vez de quejarnos de no haber sido escuchados, temblemos mas bien por haber pedido mal, ó por haber pedido el mal. El mismo poder que nos manda que oremos, nos enseña tambien como y con que disposiciones se ha de rogar: faltar al primer mandamiento, es rebajarnos hasta el bruto y aun hasta el ateo; faltar al segundo, es esponernos á un gran anatema, el de ver que nuestra súplica se convierte en crimen (1).

No andemos mas en frívolos fervores,  
al cielo prescribiendo sus dones y favores;  
Pidámosle prudencia equitativa  
La sincera piedad caritativa;  
Su gracia y el su amor tambien pidamos,

(1) El acto solo de la oracion, perfecciona al hombre, porque nos pone á Dios presente. ¡Cuántas buenas acciones inspira este ejercicio! ¡cuántos crímenes evita! La sola esperiencia lo enseña... *El sabio no solo se complace en la oracion, sino que se deleita. Οὐρανὸν ὁρῶσεν χεῖρα, ἀλλὰ ἀγαπα* (orig. ubi. sup. n.º 8, p. 210, n.º 20, p. 229).

(2) *Fiat oratio ejus in peccatum* (Salm. CVIII).

Y si acaso algun dia nos llegamos  
Hasta abusar de su bondad sin cuento  
Con oraciones y arrepentimiento,  
Con fervor y la práctica de virtudes  
Merezcamos tal vez sus beatitudes. (1)

## EL CABALLERO.

No me arrepiento de haberos *helado*, mi buen amigo; desde luego he ganado el placer de que me riñeis, lo que me conviene siempre mucho; y todavía he ganado alguna cosa mejor: Tengo miedo, en verdad, de pleitear ó sutilizar con vos; porque el hombre no siempre se dispensa de hacer lo que le proporciona placer y provecho. Pero os suplico que no me neguéis una gran satisfaccion. A vuestra vez me habeis *helado*, al oiros hablar de Locke con tanta irreverencia. Tiempo nos queda, como veis; os sacrificio de todo mi corazon un *baston*, que me espera en buena y brillante compañía, si teneis la complacencia de darme vuestro parecer, detallado ó circunstanciado, acerca de ese famoso autor, de quien nunca os he oido hablar, sin reparar en vos cierta irritacion, que me es imposible comprender.

## EL CONDE.

¡Válgame Dios! nada puedo negaros; pero preveo que me arrastrareis á una larga y triste disertacion, de la que no sé, en verdad, como saldré, sin defraudar vuestras esperanzas ó sin fastidiaros: dos inconvenientes que igualmente quisiera evitar, y que no me parece fácil, temiendo por otra parte ir demasiado lejos.

## EL CABALLERO.

Os confieso que esa desgracia me parece ligera y aun nula ¿se necesita acaso escribir un poema épico para gozar del privilegio de los episodios?

## EL CONDE.

¡Oh! para vos no hay dificultades ningunas; por lo que hace á mí, tengo mis razones para temer el lanzarme en esa discusion. Mas si quereis animarme, empezad, os ruego, por sentaros. Teneis un desasosiego que me inquieta. No sé que duende os ha picado sin dejarlo; lo cierto es, que no os podeis estar quieto diez minutos: es preciso muchas veces que mis palabras os persigan

(1) J. B. Rousseau; carta á Rollin. II.º 4.

así como el plomo que va á buscar un pájaro al vuelo. Lo que os voy á decir, podrá muy bien parecerse algo á un sermón, y por eso debeis oirme sentado.— ¡Muy bien! Ahora, mi querido caballero, principiemso, si os place, por un acto de franqueza. Habladme en conciencia: ¿habeis leído á Locke?

EL CABALLERO.

No, nunca; ninguna razón tengo para ocultárosllo: únicamente me acuerdo de haberlo abierto un día en el campo; un día de lluvia, pero esto solo fue un ademán.

EL CONDE.

No quiero estar siempre riñéndoos: teneis algunas veces ciertas espresiones sumamente felices. En efecto, el libro de Locke no se toma y se abre casi siempre sino por *actitud ó ademán*. Entre todos los libros serios, no hay uno menos leído. Una de mis mayores curiosidades, pero que no puede satisfacerse, sería la de saber cuantas personas hay en París que hayan leído de cabo á rabo el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Se habla y se le cita mucho, pero siempre bajo palabra; yo mismo he hablado osadamente como tantos otros sin haberlo leído. No obstante, al fin queriendo adquirir el derecho de hablar en conciencia, es decir, con pleno y entero conocimiento de causa, lo he leído pausadamente desde la primera palabra hasta la última, y con la pluma en la mano.

Mas; cincuenta años tenía yo, cuando esto me sucedió. Y no creo haber sufrido en mi vida un fastidio igual. Bien conoceis mi valor en este punto.

EL CABALLERO.

¿Si la conozco? ¿Pues no os he visto en el año pasado leer un mortal en octavo alemán, sobre el Apocalipsis? Me acuerdo que al contemplaros al fin de esa lectura, lleno de vida y salud, os dije que despues de tal prueba, *se os podia comparar con uu cañon que ha sufrido carga doble*.

EL CONDE.

Y no obstante, puedo aseguraros que la obra alemana, comparada con el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, es un libro suelto, ligero; un libro de adorno literalmente; y al menos se lee en él cosas bien interesantes. Se aprende por ejemplo; «que la púrpu-

ra de que la abominable Babilonia proveia ó surtía entonces á las naciones extranjeras, significa evidentemente, el vestido encarnado de los cardenales; que en Roma, las estatuas antiguas de los dioses falsos, estan expuestas ó de manifiesto en las Iglesias,» y mil otras cosas á este tenor; tan útiles como recreativas (1). Pero en el *Ensayo* no hay nada que os consuele; es preciso pasar aquel libro como las arenas de la Libia, y sin encontrar el mas pequeño punto de verdor, en donde poder respirar. Hay libros de los que se dice: enseñadme el defecto que tienen. Por lo que respecta al *Ensayo*, me atrevo muy bien á deciros, *mostradme cual es el que no tiene*. Nombrad el que querais entre los que juzgueis mas capaces de desestimar un libro, y yo me encargo acto continuo de citaros un ejemplo *sin buscarle*; el mismo prefacio es chocante sobre toda espresion: *espero*, dice Loke, *que el lector que compre mi libro, no sentirá el dinero que ha gastado* (2). ¡Como huele esto á almacen! Continúad y vereis: «Que su libro es el fruto de algunas horas pasadas que no sabia en qué emplearlas (3): Que se ha divertido mucho componiendo esta obra, por la razón de que tanto gusta cazar alondras ó gorriones, como reudir á las zorras y á los ciervos (4).» En fin: «que principió su libro por casualidad, que lo continuó por complacencia, que lo escribió en retazos incoherentes, dejándolo y volviéndolo á tomar, segun sus caprichos ú ocasiones (5).» Preciso es confesar que este es un tono bien raro para un autor que va á hablarnos del entendimiento humano, de la espiritualidad del alma, de la libertad, y finalmente de Dios. ¡Qué no dirian nuestros pesados *ideólogos* si viesen estas necesidades en un prefacio de Malebranche! Pero no creeriais, señores, antes de pasar á otra cosa mas esencial, hasta qué punto el libro de Locke da margen al ridiculo propiamente dicho, por las espresiones groseras ú ordinarias de que gustaba mucho y que le acudian con maravilloso placer. Tan pronto os dirá Locke en la segunda y tercera edicion, y despues de haber

(1) Parece que ese tiro, va dirigido de costado, al libro alemán intitulado: *Die Siegesgeschichte der christlichen religion in einer gemeinnützigen Erklärung der Offenbarung. Joannis* en 8.º Nuremberg. 1793.

Este libro se halla en las bibliotecas de cierta clase de hombres muy numerosa; mas como aquí no se trata mas que de una cita de poca consecuencia, he creído inútil perder el tiempo en ponerla.

(Nota del editor).

(2) *Thou wilt as little think thy money, asido my pains ill bestowed.* (Londres Becroft, Sirahan, et comp. 1779, 1. vol. en 8.º) *Epistle to the reader.*

(3) *The diversion, of some, of my idle and heavy hours (Ibid).*

(4) *He that hawks at larks and sparrows has no less sport thong á mus los considerable quarry thon he that flies at nobler games.*

(5) *As my humour or occasions permitted (Ibid).*

discurrido con todas sus facultades: *Que una idea clara es un objeto que el espíritu humano tiene ante sus ojos* (1). Imaginad si puede haber otra cosa más maciza. Tan presto os hablará de la memoria, como de una caja en donde se encierran las ideas para las necesidades, y que está separada del espíritu como si pudiese haber en él otra cosa más que él (2). Por otra parte, hace de la memoria un secretario que lleva los registros (3). Ya nos presenta la inteligencia humana como un cuarto oscuro agujereado con algunas ventanas, por las que penetra la luz (4), y allí se queja de cierta especie de gentes que hacen tragar á los hombres principios innatos sobre los que no se puede disputar ya (5). Preciado á pasar de un vuelo por tantos objetos distintos, os ruego que supongais siempre que á cada ejemplo que mi memoria os puede presentar, pudiera añadir ciento si escribiese una disertación. Solo el capítulo de los descubrimientos de Locke podría entretenernos durante dos días.

El es quien ha descubierto que para que pueda haber confusión en las ideas, es preciso que haya dos al menos. De suerte que en mil años enteros, mientras que una idea esté sola, no podrá confundirse con otra (6). El es quien ha descubierto que si los hombres no han pensado en transmitir á la especie animal los nombres de parentesco admitidos entre ella, por ejemplo, que si no se dice CON FRECUENCIA, ese toro es abuelo de ese becerro, esos dos pichones son primos hermanos (7), es porque esos nombres nos son inútiles respecto á los animales, así como son necesarios de hombres á hombres, para arreglar las sucesiones en los tribunales, ó por otras razones (8).

También es él quien ha descubierto que si no se encuentran en las lenguas modernas nombres nacionales para explicar, por ejemplo ostracismo ó proscrición, es porque no hay en los pueblos que hablan estas lenguas, ni ostracismo ni proscrición (9), y

(1) As the mine has before its wew. (Ibid.)

(2) Liv. XI. cap. iv. par. 20.

(3) Before the memory begins to keep, á register of time aud, order etc. Ibid cap. i. par. 6.

(4) The windows. by wich light is let into this dark room. (Ibid cap. XI. par. 17). Sobre esto Herder ha preguntado á Locke si también la inteligencia divina era un cuarto oscuro? Excelente cuestión, hecha en un libro muy malo. Véase Herders Gott einige Gespriiche iiber Spinosa's System. Gotha, 1800 en 12 par. 168.

(5) Lib. I. cap. iv. par. 24.

(6) Confusion... Concerns always two ideas (II. XXIX. pár. II.)

(7) But yet, it is seldom said (muy escasamente en efecto this bull is the grand-father of such á calf ore these two pigions are consins germans (II xxviii. pár. 2.)

(8) Ibid.

(9) Ibid, pár. 6.

esta reflexión le lleva á un teorema general, que da la mayor claridad á toda la metafísica del lenguaje. *Es que los hombres no hablan sino muy raras veces á si mismos, y nunca á los demás, de las cosas que no tienen nombre: de suerte (os ruego que reparéis en esto, porque es un principio), que lo que no tiene nombre, no se dirá en la conversacion.* Igualmente él es quien ha descubierto; que las relaciones pueden cambiar, sin que la materia cambie. Sois, por ejemplo, padre; muere vuestro hijo; Locke ve que cesais de ser padre en el momento, aun cuando vuestro hijo hubiera muerto en América; sin embargo, no se ha verificado en vos cambio alguno, y por cualquier lado que os miren siempre verán el mismo (1).

EL CABALLERO.

Ah! esto es bellissimo! Sabed que si aun viviera, iria espresamente á Londres para darle un abrazo.

EL CONDE.

No os dejaría marchar todavía sin explicaros la doctrina de las ideas negativas. Locke os enseñará desde luego: *que hay espresiones negativas que no producen directamente las ideas políticas* (2), lo que creereis de buena gana. En seguida aprenderiais que una idea negativa no es otra cosa que una idea positiva con mas la de carecer de la cosa; lo que es evidente como os lo demuestra acto continuo por la idea del silencio. Efectivamente, ¿qué es el silencio?—es el ruido, con mas el no haber ruido.

¿Y qué es la nada? (esto es importante por ser la espresion mas general de las ideas negativas). Locke responde con una profundidad que no hay con que ponderarla: *Es la idea del ser á la que solamente se añade para mayor seguridad la de la ausencia del ser* (3).

Pero la misma nada no es nada si se compara con todas las bellas cosas que tendría que decirnos acerca del talento de Locke para las definiciones en general. Os recomiendo este punto como

(1) *Caius berbi gratia* (siempre el colegial) Wom I oonsider to day as a father ceases to be so to morrow. ONLY (esto es prodigioso) by the death. of. his son, without any alteration made in himself (II. xxv. pár. 5.) Es muy singular que este *Caius* haya chocado al oido de Coste, traductor frances de Locke. Con un gusto maravilloso ha sustituido á *Titio* ó *Ticio*.

(2) *Indud owe have negative names wtisch stan not directly for positive ideas* (II. viii. pár. 5.) Ha llegado á esta gran verdad considerando la oscuridad que encuentra tan positiva como el sol. Al confundir la luz con los rayos directos y la falta de los unos con la de los otros, hace morir de risa.

(3) *Negative namos.... such as insipide nihil.... denotes positive ideas verbi gratia, Taste Sound, Being with á signfication of their absence.* (Ibid.)



muy esencial, por ser uno de los mas divertidos ó graciosos. Acaso sepais que Voltaire, con aquella ligereza que nunca le abandonó, nos ha dicho: *que Locke es el primer filósofo que ha enseñado á los hombres á definir las palabras de que se sirven* (1) *y que con su gran inteligencia no cesó de decir: DEFINID!* Pues esto es particular; porque justamente sucede que Locke es el primer filósofo que ha dicho: *no definid!* (2) *y que sin embargo, no ha dejado de definir, y de un modo que sobrepaja al ridículo.*

Deseariais saber, por ejemplo, qué cosa es el poder? Locke tendrá la bondad de enseñaroslo: *Que es la sucesion de las ideas sencillas, de las que las unas nacen y las otras mueren* (3). Sin duda estais deslumbrado por esta claridad; mas aun puedo citaros cosas todavía mas preciosas. En vano los metafísicos todos, nos advierten de comun acuerdo, que no se intente la definicion de esas nociones elevadas, ó encumbradas, que sirven en las mismas para definir las demas. El genio de Locke domina esas alturas; y se halla en estado de darnos, por ejemplo, una definicion de la existencia mucho mas clara que la idea resucitada en nuestro espíritu por la simple enunciacion de esa palabra. Os enseña, que la existencia es la idea que está en nuestro espíritu; «y que consideramos como si estuviera actualmente allí ó el objeto que consideramos, como estando actualmente fuera de nosotros» (4).

(1) Así es como se ve á un gran erudito! porque nadie ha definido mas y mejor que los antiguos. Aristoto, sobre todo, es maravilloso en esta materia, y su metafísica entera no es mas que un diccionario.

(2) Véase su libro III. cap. iv. tan bien comentado por Condillae. (Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos, sec. III. pár. 9 y sig.) Se lee entre otras cosas curiosas: *Que los cartesianos, no ignorando que hay ideas mas claras que todas las definiciones que pueden hacerse, no sabian sin embargo el motivo por muy facil que parecia ser.* (pár. 10. Si Descartes, Malebranche, Lami, el cardenal de Polignac etc., volviesen del otro mundo *O qui cachinni.*

(3) Ignoro que Locke haya hecho positivamente una definicion del poder; mas bien explica, cómo esta idea se forma en nuestra imaginacion; pero el interlocutor está muy lejos de acordarse del charlatanage de Locke, estando, dice, *el espíritu informado cada dia por los sentidos, de la alteracion de esas sencillas ideas que observa en las cosas exteriores* (Ideas en las cosas!!!), *llegando ademas a conocer, del modo que la una llega á su fin y cosa de existir, considera en una cosa, la posibilidad de sufrir un cambio en sus simples ideas* (todavía mas!!!), *y en la otra, la de obrar ese cambio, y de esta manera llega á esa idea que nosotros llamamos poder ó potencia.*

(Nota del editor.)

And so, comes by that idea which we call Power (lib. II, cap. xxi, par. 1).

(4) *When ideas are in our minds we consider them, as being actually there as well as we consider things to be actually without us; which is that they exist or have existence* (L. II, cap. VIII, pár. 7).

Este filósofo nada olvida como se ve: despues de haber dicho: *esto es lo que nos autoriza á decir que las cosas existen, añade, ó que tienen la existencia, despues de todo esto si no lo entienden, no es culpa suya.*

No se creyera que fuese posible elevarse mas alto, á no hallarse en seguida la dificultad de la unidad. Acaso no ignorais, como el preceptor de Alejandro la definió en aquel tiempo en su acepcion mas general. *La unidad, dijo, es el ser; y la unidad quimérica en particular; es el principio y la medida de toda cantidad* (1). Ya veis que esto no es del todo malo; pero ahora vereis donde brilla el progreso de las luces. *La unidad, dice Locke, es todo aquello que puede considerarse como una cosa, sea ser real, sea idea.* A esta definicion que hubiera causado fogosos celos á Mr. de la Palice, añade Locke con la mayor seriedad del mundo: «asi es como el entendimiento adquiere la idea de la unidad» (2). Ya estamos ciertamente, bien adelantados sobre el origen de las ideas.

La definicion de la solidez, tambien tiene su mérito. «Es lo que impide que dos cuerpos que se mueven el uno hácia el otro, se puedan tocar» (3). El que siempre ha juzgado á Locke por su reputacion, apenas puede dar crédito por lo que vé y lo que oye, hasta que al fin juzga por si mismo, pero todavía puedo asombrar á la misma admiracion, citándoos la definicion del átomo: *Es un cuerpo continuo, dice Locke, bajo una forma inmutable* (4).

¿Deseariais ahora aprender lo que sabia Locke en las ciencias naturales? Os ruego que escuchéis bien esto. Sabeis que cuando se quiere la prontitud en la conservacion ordinaria, pocas veces hay espacios que comparar, por la relacion que comunmente tiene dicha prontitud con el mismo espacio trascurrido. Para apreciar, por ejemplo, la velocidad de dos caballos, no digo que el uno haya ido de aqui á Strelna en cuarenta minutos, y el otro á Camini-ostroff en diez, precisándoos á que saqueis vuestro lapicero, y á que hagais una operacion aritmética para saber en qué consiste, sino que os diré que ambos caballos han ido, supongo, desde S. Petersbourg á Strelna, el uno en cuarenta minutos, y el otro en cincuenta; luego es claro que en tales casos, estando la velocidad sencillamente proporcionada al tiempo, no hay espacio que comparar. Pues bien, señores, esta profunda matemática no estaba al alcance de Locke. Creia él, que sus hermanos los humanos, no habian reparado hasta entonces, que en el valor de la celeridad, el espacio ha de tomarse en consideracion; se queja muy gravemente, de que los hombres despues de haber medido el

(1) *Τὸ ὄν καὶ τὸ ἔν, τοῦτόν.* (Arist., III, 1).

*Τὸ ἔν ἀρίστων ἀρχή... καὶ μέτρον.* (Ibid. X, 1).

(2) *Whatever we can consider as one thing whether a real Being or idea suggest to the understanding the idea of unity* (Ibid. lib. II, cap. vii, pár. 7).

(3) Lib. II, cap. iv, pár. 1).

(4) *A continued body under one immutable superficies* (lib. II, cap. xxxii, párrafo 3, pág. 281).

tiempo, por el movimiento de los cuerpos celestes, hayan pensado en medir el movimiento por el tiempo, siendo claro por poco que se reflexione, que el espacio ha de tomarse en consideración, lo mismo que el tiempo (1).

¡En verdad que es un buen descubrimiento! Mil gracias á Mister John que se ha dignado participárnoslo. Pero no estais todavía al final. Locke ha descubierto aun, que para un hombre mas perspicaz (como el por ejemplo) quedará sentado que una estimación exacta del movimiento, exige que se tome mas en consideración á la masa del cuerpo que está en movimiento (2). Locke quiere decir, que para estimar la cantidad del movimiento, todo hombre perspicaz, hechará de ver, que la masa, debe tomarse en consideración? Es una necesidad de primer orden. Quiere decir, por el contrario, (lo que es infinitamente probable), que para estimar la celeridad, un hombre de ingenio, comprende que es preciso tomar en consideración al espacio transcurrido, y que si aun tiene mas perspicacia, verá que se ha de tener tambien cuidado con la masa? De este modo me parece, que no hay lengua que dé una palabra capaz de calificar esta proposición. Ya veis, señores, lo que sabia Locke sobre los elementos de las ciencias naturales. ¿Deseariais saber ó conocer su condición? aqui teneis una muestra maravillosa. No hay nada mas célebre en la historia de las opiniones humanas, que la disputa de los antiguos filósofos sobre los verdaderos manantiales de la felicidad, ó sobre el *summum bonum*. ¿Pues sabeis de que manera comprendió Locke la cuestión? Creía que los antiguos filósofos disputaban, no acerca del derecho, sino del hecho; cambia una cuestión de moral, y de alta filosofía en otra cuestión sencilla de gusto ó de capricho, y sobre este bello descubrimiento decide con una profundidad asombrosa: *Que tanto valdria disputar, para saber si el mejor sabor está en*

(1) *Whereas it is obvious to every one who reflects over so little on it that to measure motion, space is as necessary to be considered as time.*

Es muy necesario observar aquí, que por la palabra movimiento (motior) entiende la velocidad. Es en lo que no cabe duda despues de haber leído todo el párrafo entero.

(2) *And those who look a little farther will find, also the BULK of the think movet necessary to be taken into the computation by any one who will estimate or measure motion so as to judge right of it. (Ibid. lib. II. cap. XIV. par. 22)*

Es preciso advertir aquí, que el interlocutor que tradujo á Locke de memoria, le hace mucho honor; prestándole generosamente la palabra masa. Esta clase de expresiones dedicadas y circunscritas por la ciencia, no las usaba Locke, que siempre empleaba las palabras vulgares segun se le presentaban en el suelo de Londres. Ha dicho en ingles *bulk*, palabra equívoca, que se parece igualmente á la masa y al volúmen, y que el traductor francés Coste ha traducido muy bien por la de grosor, precisamente tan vaga y tan vulgar.

(Nota del editor.)

las manzanas, en las ciruelas ó en las nueces (1). Es como ya veis tan sabio como moral ó encumbrado ó magnífico.

¿Querriais saber ahora hasta qué punto estaba Locke dominado por las preocupaciones mas groseras de la secta, y hasta donde habia hundido ó aplanado aquella cabeza el protestantismo? Quiso, no sé en qué parage de su libro, hablar de la presencia real. Nada tengo que decir sobre esto. Era reformado y podia tener ese pasatiempo; pero debiera haber hablado al menos como quien tiene una cabeza regular, en lugar de decirnos, como lo ha hecho; que los partidarios de ese dogma lo creen, porque han asociado en su espíritu la idea de la presencia simultánea de un cuerpo en varios lugares, con la de la infalibilidad de cierta persona (2). ¿Qué diremos de un hombre que era dueño de leer á Bellarmino; de un hombre que fue contemporáneo de Petau y de Bossuet; que podia desde Douvres oír las campanas de Calais; que por otra parte habia viajado, y aun residido en Francia; que habia pasado su vida entre el ruido de las controversias; y que escribe formalmente que la Iglesia Católica creia la presencia real, bajo la fe de cierta persona que da su palabra de honor? Esta no es una de aquellas distracciones, ni uno de aquellos errores ó equivocaciones puramente humanas, que estamos interesados en perdonarnos mutuamente, es un rasgo de ignorancia único, inconcebible que hubiera avergonzado á un mancebo de tienda del condado de Mansfeld en el siglo XVI; y lo que no tiene disculpa es, que Locke con ese tono de truaneria que no deja nunca cuando se trata de dogmas reñidos por las plumas protestantes mas eruditas sin duda y las mas elegantes, nos encarga que TRAGUEMOS ese dogma sin exámen.—¡Sin exámen! ¡que risa! ¿Y por quiénes nos toma? ¿Qué, por ventura no tendríamos tanto talento como él?

Por lo demas, señores, conozco bien que el exámen profundo de una obra de tanto peso como el *Ensayo sobre el entendimiento*

(1) *And they (the philosophers of old) might have ab as reasonable disputet whether the best relish were to be found in apples, plumbs, or nuts and have divided themselves into sects upon it (II. 21 par. 35)*

Hallando Coste innobles esas nueces, se permite otra vez aqui un cambio no menos importante que el que se ha visto ya antes. (p. 276) *De Caius en Titius*. En lugar de nueces ha puesto albaricoques, que es un gran pensamiento.

(2) *Let the idea of infallibility be inseparably joined to any person; and these two constantly together possess the mind; and the one body in two psaces ai once shall nae examined be swallowed for a zertain truth by an implicit faith anever that imagined infallible person dictates and demands assent without inquiry (II. 23. par. 17)*

El interlocutor parece que ha olvidado, que Coste, aunque buen protestante, temiendo, segun las apariencias, á los franceses burlones, que no dejan de sostener cierto orden en el mundo, ha suprimido este párrafo en su traducción, por mucho y muy evidentemente ridículo.—*Sed manet semel editus.*

(Nota del editor.)

humano, pasa de los límites de una conversacion. Cuando mas, permite esta anotar el espíritu general del libro, y la parte mas particularmente peligrosa ó ridicula. Si alguna vez estais destinado á hacer el exámen riguroso del *Ensayo*, os recomiendo el capitulo sobre la libertad. *La Harpe*, olvidando lo que mas de una vez habia dicho, que no conocia mas que la literatura (1), se ha estasiado con la definicion de la libertad hecha por Locke. Ved, dice magestuosamente, ved ahí la gran filosofía (2); mejor era decir: Ved ahí la incapacidad demostrada! puesto que Locke hace consistir la libertad en el poder de obrar; mientras que esta palabra puramente negativa no significa mas que la falta de obstáculo, de suerte que la libertad no es ni puede ser mas que la voluntad no impedida ó estorbada, es decir, la voluntad. Condillac, añadiendo el tono decisivo á la mediana capacidad de su maestro, ha dicho á su vez: que la libertad no es otra cosa que el poder hacer lo que no se hace, ó no hacer lo que se hace. Esta linda antitesis puede deslumbrar sin duda á un talento extraño á esta clase de discusiones; pero para todo hombre instruido ó cauto es evidente que Condillac toma aquí el resultado ó signo exterior de la libertad, que es la accion física, por la misma libertad que es enteramente moral. La libertad es el poder hacer! Pues cómo? ¿Acaso el hombre preso y cargado de cadenas, no puede, sin obrar, hacerse culpable de todos los crímenes? Basta con quererlo. Ovidio en este punto habla como el Evangelio: *qui quia non licuit, non facit, ille facit*. Si no es la libertad el poder hacer no podria ser mas que el de querer; pero el poder querer es la voluntad misma, y preguntar si la voluntad puede querer, es lo mismo que si se preguntase si la percepcion puede percibir; si la razon puede razonar; es decir, si el círculo es círculo; si el triángulo es triángulo, etc.; en una palabra, si la esencia es esencia. Ahora si considerais que Dios mismo no forzaria la voluntad, porque una voluntad forzada es una contradiccion de palabras, creerais que la voluntad no puede ser agitada y movida mas que por la atraccion (palabra admirable que todos los filósofos juntos no hubieran podido inventar). Luego la atraccion no puede tener otro efecto en la voluntad que el de aumentar la energía, haciéndola querer mas; de suerte

(1) Véase el Liceo, tomo XXII, art. d' *Alembert* y otros.

(2) Ha dado varias, porque las cambiaba conforme su conciencia ó sus amigos le decian: ¿Qué es lo que quieres decir? Pero la que nos ha valido la exclamacion cómica de *La Harpe*, es la siguiente: *La libertad es el poder que tiene un agente de hacer una accion ó no hacerla conforme con la determinacion de su espíritu, en virtud de la cual prefiere la una á la otra*. (Liceo, tomo XXIII, *Philosof.* del siglo XVIII, art. *Helvetius*). Leccion terrible para no hablar mas que de lo que se sabe, porque creo que nunca se ha escrito cosa tan miserable como esta definicion.

que la atraccion no podria dañar ó molestar á la libertad ó á la voluntad, lo mismo que la enseñanza ó instruccion de cualquier orden que se le quiera suponer, no podria tampoco dañar al entendimiento. El anatema que pesa sobre la desgraciada naturaleza humana es la doble atraccion (1).

*Vin sentit geminam incerta duobus.*

El filósofo que reflexione sobre este enigma terrible, hará justicia si los estóicos que en aquel tiempo adivinaron un dogma fundamental del cristianismo, al decidir que solo el sábio es libre. Hoy ya no es una paradoja, sino una verdad incontestable y de primer orden. En donde está el espíritu de Dios, allí se halla la libertad.

Todo hombre que está falto de estas ideas girará eternamente al rededor del principio como la curva de Bernouilli, sin tocarle jamás. Además ¿quereis saber hasta qué punto Locke estaba lejos de la verdad en esta materia como en tantas otras? Pues os ruego que escuchéis bien, porque esto es inefable. Ha sostenido que la libertad, que es una facultad, nada tiene que ver con la voluntad, que es otra facultad, y que no es menos absurdo preguntar si la voluntad del hombre es libre, que el preguntar si su sueño es rápido, ó si su virtud es cuadrada. ¿Qué os parece?

EL SENADOR.

Esto ciertamente es algo fuerte; pero vuestra memoria será acaso bastante complaciente para que recordeis la demostracion de ese bello teorema: porque sin duda que ha dado una.

EL CONDE.

Es de una clase difícil de olvidar, y vais á juzgar por vos mismo. Escuchad bien.

«Atravesais un puente; se cae; en el momento en que sentis hundirse bajo vuestros pies el esfuerzo de vuestra voluntad, si fuese libre, os llevaria sin duda á la orilla opuesta; pero su movimiento, ó impetu, es inútil: las leyes sagradas de la gravitacion, se han de llevar á cabo en el universo; es preciso, pues, caer y perecer: conque la libertad nada tiene que ver con la voluntad» (2) espero que os habreis convencido; sin embargo, el

(1) Ovidio. *Metam* VIII, 472.

(2) A man falling into the water (a bridge breaking under him) has not hereim liberty; is not á free agent: for though he has volition though he perfers his not falling to falling (oh! por esto lo creo) yet the forbe arance of this motion not bung in is power (II, 21, 9)

inagotable ingenio de Locke, puede presentaros la demostracion, con una faz mas luminosa.

A un hombre dormido lo llevan á casa de su señora, ó como dice Locke con la elegante precision que le distingue, á un cuarto en el que hay una persona á quien desea con vehemencia ver y hablar. En el momento en que se despierta, su voluntad está tan contenta como muy poco satisfecha lo estaba la vuestra, ahora mismo cuando caía debajo del puente. Luego sucede que este hombre trasportado así, no puede salir de ese cuarto donde hay una persona, etc. porque han cerrado la puerta con llave; á lo que dice Locke; LUEGO la libertad nada tiene que ver con la voluntad (1).

Por la ocurrencia, me lisongeo que nada os queda que desear; pero hablando seriamente, ¿qué decis de un filósofo capaz de escribir tales absurdos?

Pues todo lo que os he citado, es falso, ó ridículo, ó lo uno y lo otro; y Locke ha merecido muy bien otros baldones. ¡Qué tabla en el naufragio no ha ofrecido al materialismo (que se ha apresurado á recogerla) sosteniendo que el pensamiento puede pertenecer á la materia! Creo en verdad que en el principio esta asercion no fué mas que una sencilla ligereza escapada á Locke en uno de esos momentos de fastidio en que no sabia que hacer; y no dudo que la hubiera borrado á habérselo advertido algun amigo al oído, así como cambió en una nueva edicion, todo el capítulo de la libertad, que lo tuvieron por pésimo (2). Desgraciadamente los eclesiásticos tomaron parte, y Locke no podía sufrirlos; se obstinó, y no volvió á tratar mas de ello. Leed su respuesta al obispo de Worcester; experimentaréis cierto tono de orgullo mal apagado, cierta acrimonia mal disfrazada enteramente natural al hombre, que llamaba como sabeis, el cuerpo episcopal de Inglaterra, el *caput mortuum* de la cámara de los pares (3). No es que no sintiese

(1) Again, suppose á man ve carried wilst fast aslup into á room wherg is á personhe longs to sec and speah with; and be tere Locked FAST in beyone bis pouwer to get out; he awakes and his glad to find himself in so desirable company which he stáys willigly ind: lo est prefers gis stay to gonid avvay (otra explicacion de la mas alta importancia)... yet benign locked fast ni tis evident... he has not frædom to be gone... so that liberty is notan idea belongnig LO QUE ERA PRECISO DEMOSTRAR volition. (Ibid. pár. 40.)

(2) Locke se avergonzó, segun parece, y trastornando ese capítulo, nos ha dejado el dichoso problema de saber si el primer modo podia ser mas malo que el segundo (of Power, lib. II, cap. vii, pár. 71).

(3) Ese mismo sentimiento, que se llama segun su intensidad accidental, *distancia, antipatia, odio, aversion, etc.*, es general en el país en que han abrazado la reforma. No es que deje de haber entre los ministros del culto separado, hombres muy justamente apreciables y estimados; pero es muy esencial el que no se engañen; nunca han sido ni pueden ser queridos, por razon de su carácter, mas cuando llegan á serlo, es independientemente, y muchas veces apear de su carácter.

los principios confusamente, pero el orgullo y la obstinacion podian mas con él que la conciencia. Confesará tanto como queráis «que la materia es en si misma, incapaz de pensar, que la »percepcion le es estraña por naturaleza, y que es imposible ima- »ginar lo contrario (1),» añadirá todavia: «que en virtud de sus »principios, ha probado y aun demostrado, la inmaterialidad del »ser supremo pensando; y que las mismas razones que fundan »esta demostracion, llevan al mas alto grado de probabilidad, la »suposicion de que el principio que piensa en el hombre es inma- »terial» (2). Sobre esto, podriais creer que colocada la probabilidad en su mas alto poder, habiendose siempre de considerar como verdad, queda decidida la cuestion; pero Locke no retrocede. Convendrá, si quereis, en que la omnipotencia no pudiendo obrar sobre ella misma, preciso es que permita á su esencia que sea lo que es; pero no quiera él que suceda lo mismo con las esencias creadas que forma ella como quiere. En efecto, dice él con una sabiduría brillante: *Es absurda insolencia disputar á Dios el poder de sobre-aumentar* (3), *cierta excelencia* (4) ó *perfeccion, á cierta porcion de materia, comunicándole la vegetacion, la vida, el sentimiento, y en fin el pensamiento.* Es en propios términos negarle el poder de crear; (5) «porque si Dios tiene el de »sobre-aumentar á cierta masa ó porcion de materia, cierta es- »celencia que forma un caballo, ¿por qué no habia de poder so- »bre-aumentar á esta misma masa otra excelencia, formando un »ser pensador? (6) Me humillo, os lo confieso, ante el peso

(1) Y never say nor suppose, etc. (véase la respuesta al obispo de Worcester, *Ensayo*, lib. IV, cap. iii, en las notas). Matter is EVIDENTLY in its own nature, vord offense and Though (Ibid.)

(2) Tis tinkng eternal substance y have proved to be immaterial (Ibid.) ..... Y presume for vwhat y habe said about the supposition of a system of matter thinking (Which there demonstrates thad Godis immaterial) vwill prove it in the highest degree probable, etc. (Véase las páginas 141, 144, 145, 150, 167 de la edic. citada).

(3) *Supperad*: Es una palabra que usa mucho en esta larga nota.

(4) *All the excellencies of vegetation, life, etc.* (Ibid. p. 144). *Excellencies and operations.* (Ibid. p. 145, Passun).

(5) What it would be less than an insolent absurdity to deny his power, etc. (Ibid. p. 146)... than to deny his power of creation (Ibid. p. 148).

Este bello razonamiento es aplicable igualmente á todas las ciencias, así por ejemplo, no se podria sin cometer una *absurda insolencia*, disputar á Dios el poder de crear un triángulo cuadrado ó cualquiera otra cosa por este estilo.

(6) An orse is a material animal, or an extendet solid substance with sense and spontaneous motion... to some par ef matter he (God) superadd motion... That arc to be found in and elephant... but if one ventures to go one step farther, and says. God may give to matter thought reason and volition... There ave den ready presently to llmite the power of the omnipotent creator, etc. (Ibid. p. 144).

de este argumento; pero como es preciso ser justo aun con las personas que no se estiman, convendré de buena gana, que se puede disculpar á Locke hasta cierto punto, en atencion, y esto es incontestable, á que no se ha entendido él mismo.

## EL CABALLERO.

La sorpresa que no daña es un placer. No puedo manifestaros hasta que punto me recreais, al decirme que Locke no se entendia él mismo; si acaso teneis razon me habreis hecho andar mucho camino.

## EL CONDE.

No será estraña vuestra sorpresa, mi amable amigo. Juzgais por la preocupacion admitida que se empeña en murmurar á Locke como un hombre pensador: consiento tambien con todo mi corazon, en mirarle como tal, siempre que se me conceda, (y creo que no puede negárseme) que sus pensamientos no adelantan mucho. Habrá, si se quiere, *mirado* mucho; pero ha visto poco. Siempre se detiene al primer reparo; y cuando se trata de examinar las ideas abstractas, se turba su vista. Puedo daros aun un ejemplo particular que me ocurre en este momento.

Habia dicho Locke que los cuerpos no pueden obrar, unos con otros sino por via de contacto: *tangere enim, et tanginisi corpus nulla potest res* (1). Pero cuando Newton publicó su famoso libro de los *Principios*, Locke con esa debilidad y precipitacion de cálculo que son, segun puede decirse, el carácter distintivo de su talento, se dió prisa á manifestar; *que habia aprendido en el incomparable libro del juicioso Mr. Newton* (2), «que Dios era muy dueño de hacer lo que quisiese de la materia, y por consecuencia de comunicarla el poder de obrar á distancia; que no dejaría consecuentemente, él, Locke, de retractarse y hacer su profesion de fé en una nueva edicion del *Ensayo* (3).»

Desgraciadamente el juicioso Newton manifestó rotundamente en una de sus cartas teológicas al doctor Bentley, *que tal opinion no podia tener cabida sino en la cabeza de un necio* (4). Mi concien-

(1) *Tocar, ser tocado, solo pertenece á los cuerpos.* (Lucr.)

Ese axioma que la escuela de Lucrecio ha hecho resonar mucho, significa precisamente, nada menos: *que ningún cuerpo puede tocarse sin ser tocado*, basta admirémonos, segun la importancia del descubrimiento.

(2) Es evidente que estos dos epítetos se combaten, porque si Newton no era mas que juicioso, no podia ser *incomparable* su libro, y si el libro lo era, el autor habia de ser mas que juicioso.—*El juicioso Newton*, recuerda mucho, al *lindo Corneille nacido del lindo Turenna*.

(3) Lib. 14. cap. m. par. 6. p. 149 nota.

(4) Newton no es tan lacónico: ved lo que dice, á la verdad, en el mismo

cia está perfectamente tranquila, por este hofeton aplicado en la mejilla de Locke por la mano de Newton. Apoyado en esta gran autoridad, os repito con mayor seguridad, que en la cuestion de que ahora mismo os hablaba, Locke no se entendia á sí mismo, mas que en la de la gravitacion, y no hay cosa mas evidente. La cuestion principiò entre el obispo y él, para saber, *si un ser puramente material, podia pensar ó no*. (1) Locke concluyó que: «sin el socorro de la revelacion nunca se podrá saber, si Dios ha tenido ó no por conveniente unir y fijar á una materia debidamente dispuesta, una sustancia inmaterial pensadora». (2) Ya veis, señores, que todo esto no es mas que la comedia inglesa. *Much ado about nothing*. (3) ¿Qué es lo que quiere decir este hombre? ¿Y quién ha negado nunca que Dios puede unir el principio pensador á la materia organizada? Esto es lo que sucede á los materialistas de todas clases: creyendo sostener que la materia piensa, sostienen, sin tener cuidado, que puede unirse á la sustancia pensadora, lo que nadie ha tratado de disputarles. Pero Locke, si mi memoria no me engaña del todo, ha sostenido la identidad de estas dos suposiciones; (4) en lo que es preciso convenir, que si es él mas culpable, es tambien menos ridiculo. Desearia, y aun tendria derecho á preguntar á un filósofo que tanto ha hablado de los sentidos, y que tanto les concede, con qué derecho ha querido decidir; *que la vista es el mas instructivo de los sentidos?* (5) La lengua francesa, que es una hermosa obra espiritual, no es de ese parecer; ella que posee la palabra sublime de *entendimiento*, en la que toda la teoria de la

sentido: «La suposicion de una gravedad innata, inherente y esencial á la materia, de manera, que un cuerpo pueda obrar sobre otro á cierta distancia, es para mí un absurdo tan grande, que no creo, que un hombre que goza de una facultad comun de meditar sobre los objetos físicos, pueda nunca admitirla.» *Cartas de Newton al doctor Bentley*. 3. carta de 11 de febrero 1693 en la Biblioteca britan. Febrero 1797. vol. IV. núm. 30. p. 192.

(Nota del editor.)

(1) That possibly we shall never be able to know whether inre material beings Thinks so no etc. XVI. p. 144. esto es claro.

(2) Yt being impossible for us.... without revelation to discover whether omnipotence hai not quiven to some system of matter fitly disposed a power to perceive and think, or else joined and fixet to matter fitly disposed á thinking immaterial substance. (lib. IV. cap. III. pár. 6.)

(3) *Mucho ruido para nada*. Es el titulo de una comedia de Shakspeare.

(4) Nada es mas cierto, como acabamos de verlo en el párrafo en que concede liberalmente al Criador, el poder de dar á la materia la facultad de pensar, ó en otros términos (or else), de *encolar* ó *pegar* juntas las dos sustancias.

¡Era un lógico sutil el que confundia estas dos cosas!

(5) That most instuctive of our senses secing. II. 23. 12.

palabra está escrita. (1) Pero qué esperamos de un filósofo que nos dice gravemente: *¿hoy que las lenguas están hechas?* (2) Debiera mas bien habernos dicho, *cuando han sido hechas, y cuando no estaban hechas.*

¿Qué no tenga yo tiempo para profundizar en toda su teoría de las ideas *simples, complexas, reales, imaginarias, adecuadas, etc.*, que provienen, las unas de los sentidos, y las otras de la reflexión! ¿Que no pueda yo sobre todo hablaros á mi gusto de esas ideas *arquétipas* (ó modelos,) palabra sagrada para los platónicos, que la habian colocado en el cielo, y que ese imprudente Breton la sacó sin saber lo que hacia! Presto su venenoso discípulo se apoderó de ella á su vez, para sumergirla en los lodos de su grosera *esthetica*. Los metafísicos modernos, nos dice este último, han puesto en bastante uso este término de ideas *arquétipas*. (3) Sin duda del mismo modo que los moralistas han usado mucho el de *castidad*; pero que yo sepa, nunca como sinónimo de *prostitucion*. Locke es acaso el único autor, conocido, que se haya tomado el trabajo de refutar su libro entero, ó de declararlo inútil desde el principio, diciéndonos, *que todas nuestras ideas proceden de los sentidos ó de la reflexión.* ¿Pero quién ha negado nunca que ciertas ideas proceden de los sentidos, y qué es lo que Locke quiere enseñarnos? El número de simples percepciones, siendo nulo, comparado con las innumerables combinaciones del pensamiento, queda demostrado desde el primer capítulo del segundo libro, que la inmensa mayoría de nuestras ideas, no procede de los sentidos: ¿pues de dónde viene? La cuestion es embarazosa, y de ahí dimana, que sus discípulos, temiendo sus consecuencias, no hablan ya de la reflexión; lo que es muy bien hecho. (4) Habiendo Locke principiado su libro, sin reflexión, y sin ningun conocimiento profundo de la materia, no es extraño que constantemente haya delirado. Desde luego habia sentado por tesis, que todas nuestras ideas, proceden de los sentidos ó de la reflexión.

(1) No quiero rehusar ese cumplimiento dirigido á la lengua francesa, pero sin embargo es cierto que Locke en este parage parece que tradujo á Descartes que ha dicho: *visus sensuum nobilissimus* (Diop. I) no se equivocaría uno acaso diciendo, que el oído es para la vista, lo que la palabra es para la escritura.

(Nota del editor.)

(2) Now that languages are made (Ibid. XXII. pár. 2.)

(3) Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos (Sec. III. § 5). Porque *modernos*, pues que la palabra *arquétipo* es antigua y muy antigua? ¿y porqué *en bastante uso*, pues que la academia, á la palabra *arquétipo*, nos dice que no está muy en uso mas que en la espresion de mundo *arquétipo*?

(4) Condillac, *arte de pensar*. cap. I. Lógica, cap. VII.

*Perseguido* por su obispo, que le estrechaba muy de cerca, y acaso por su conciencia, convino al fin, *que las ideas generales* (que constituyen solas el ser inteligente) no procedian ni de los sentidos, ni de la reflexión, sino que eran *invenciones* y *CREACIONES del espíritu humano* (1). Porque segun la doctrina de ese gran filósofo, el hombre *forma* las ideas generales, con las ideas sencillas, como forma un buque con tablas; de suerte que las ideas generales mas elevadas, no son mas que *colecciones*, ó como dice Locke que busca siempre las espresiones ordinarias, *compañeras de las simples ideas* (2). Si quereis poner en práctica estos altos conceptos, considerad, por ejemplo, la iglesia de san Pedro en Roma. Es una idea general pasadera. En el fondo todo se reduce á piedras, que son las ideas sencillas. No es gran cosa como veis: y con todo eso el privilegio de las simples ideas es inmenso, pues que Locke aun ha descubierto que son *reales todas*, *ESCEPTUANDO TODAS*. No *esceptúa* de esta pequeña *escepcion*, mas que las primeras cualidades de los cuerpos (3). Mas os ruego que admireis aquí la marcha luminosa de Locke: sienta desde luego, que todas nuestras ideas proceden de nuestros sentidos ó de la reflexión, y aprovecha este motivo para decirnos: *que entiendo por reflexión, el conocimiento que adquiere el alma de sus diferentes operaciones* (4). Aplicándolo en seguida á la tortura de la verdad, confiesa: *que las ideas generales no proceden ni de los sentidos, ni de la reflexión, sino que son creadas* ó como ridicula mente dice, *INVENTADAS por el espíritu humano*. Luego toda vez que la reflexión acaba de ser espresamente escluida por Locke, resulta que el espíritu humano *inventa* las ideas generales *sin reflexión*, es decir, *sin conocimiento alguno ó exámen de sus propias operaciones*. Pero toda idea que no proviene ni del comercio (ó trato), del espíritu con los objetos exteriores, ni del trabajo del espíritu consigo mismo, pertenece necesariamente á la sustancia del espíritu. Hay pues, ideas innatas ó anteriores á toda experiencia; no veo consecuencia mas inevitable: pero esto no

(1) General ideas come not into the mind by sensation, or reflection, but are the creatures or inventions of unders tanding (lib. II, cap. xxii, pár. 3) consisting of a company of simple ideas combinet (Ibid. lib, II, cap. xxii, párafo 3).

(2) Nor that they are ALL of them the miages or the representations of what does exist; the contrary wherioff in ALL BUT the primary qualities of bodias, has been already shewed (lib. II, cap. xxx, pár. 2).

(3) Puede sorprender con mucha razon esta estraña espresion: *todas las simples ideas á escepcion de las primeras cualidades de los cuerpos*; pero tal es esa filosofia material, grosera hasta el punto de llegar á confundir las cosas con las ideas de las cosas; y Locke dirá tambien: *todas las ideas á escepcion de tal cualidad; ó todas las cualidades á escepcion de tal idea.*

(4) Lib. II, cap. 1, pár. 4.

debe admirar. Todos los escritores que han tratado contra las ideas innatas, se han visto precisados por la sola fuerza de la verdad, á hacer confesiones mas ó menos favorables á ese sistema. No exceptúo al mismo Condillac, aunque tal vez haya sido el filósofo del siglo XVIII mas en guardia con su conciencia. Por fin, no quiero comparar á esos dos hombres, cuyo carácter es muy distinto: el uno falto de cabeza, y el otro de frente. Sin embargo, ¿cuántos baldones no merece Locke, y cómo pudiera disculpársele despues de haber alterado la moral, para destruir las ideas innatas sin saber lo que atacaba? El mismo, en el fondo de su corazón, sentía que se hacia culpable; pero dice con el fin de disculparse, engañándose á si mismo, *la verdad es antes que todo* (1). Lo que quiere decir: *que la verdad es antes que la verdad*. El mas peligroso, el mas culpable acaso de esos funestos escritores, el que ha empleado mas talento con la mayor sangre fria para hacer todo el mal posible, Hume nos ha dicho también en uno de sus terribles *Ensayos*: «Que la verdad es antes que todo; que la critica muestra poca caridad para ciertos filósofos al vituperarles los golpes que sus opiniones pueden causar á la moral y á la religion, y que esa injusticia no sirve mas que para retardar el descubrimiento de la verdad.» Pero no hay un hombre, á menos que no quiera engañarse á si mismo, que haga caso de tan pérfido sofisma. Ningun error puede ser útil, así como ninguna verdad puede dañar. Lo que engaña en este punto es, que en el primer caso se confunde el error con algun elemento verdadero que está mezclado y que obra el bien segun su naturaleza, apesar de esa mezcla; y en el segundo caso, se confunde aun la verdad *anunciada* con la verdad *admitida*. Sin duda se la puede esponer imprudentemente, mas nunca daña sino porque se la rechaza; en vez de que el error, cuyo conocimiento no puede ser útil sino como el de los venenos, comienza á molestar desde el momento en que ha conseguido ser admitido bajo la máscara de su divino enemigo. Incomoda *porque se le admite*, y la verdad no puede molestar sino *porque se le combate*. Así pues, todo lo que os molesta en sí, es falso, como todo lo que es útil en sí, es verdadero.

Ofuscado empero por supretendido *respeto á la verdad*, que sin embargo no es en estos casos mas que un delito público, disfrazado con un bello nombre, Locke en el primer libro de su triste *Ensayo*, espuma la historia y los viages para avergonzar la humanidad. Cita los dogmas y las costumbres mas vergonzosas; se ol-

(1) But after all, the greatest reverence (reverenci!) is one to Tonth (lib. cap. iv, pár. 23).

vida hasta el punto de exhumar de un libro desconocido, una historia que hace vomitar, y tiene buen cuidado de decirnos, que siendo escaso el libro, ha creído oportuno recitarnos la anécdota en los propios términos del autor (1); y todo esto para sentar que *no hay moral innata*. Es lástima que se haya olvidado de componer una *nosologia* para demostrar que no hay salud.

En vano Locke siempre interiormente agitado, quiere hacerse ilusion de otro modo por la declaracion espresa que nos hace: «De que no porque se niegue *una ley innata* quiere de ninguna manera decir; que se niegue *una ley natural*, es decir una ley anterior á toda ley positiva» (2). Esto es como ya veis, un nuevo combate entre la conciencia y la porfia. ¿Qué es efectivamente esa ley natural? y si no es ni positiva ni innata ¿cuál es su base? Que nos indique un solo argumento válido contra la ley innata, que no tenga la misma fuerza contra la ley natural. *Esta*, nos dice él, *puede ser reconocida por la sola luz de la razon, sin el socorro de una revelacion positiva* (3). ¿Pero qué quiere decir la *luz de la razon*? ¿viene de los hombres? es positiva; ¿viene de Dios? pues es innata. Si Locke hubiera tenido mas penetracion, ó mas cuidado, ó mejor buena fé, en lugar de decir; *tal idea no está en el espíritu de tal pueblo, luego no es innata*; hubiera dicho al contrario, *luego es innata para todo hombre que la posee*: porque es una prueba de que si no preexiste, no le darán nunca origen los sentidos, puesto que la nacion ó pueblo que carece de ella, tiene muy bien sus cinco sentidos como los demas; y hubiera indagado cómo y por qué tal ó cual idea ha podido ser destruida ó desnaturalizada en el espíritu de tal familia humana. Pero estaba muy lejos de un pensamiento fecundo el que se olvida nuevamente hasta llegar á sostener, que *un solo ateo* en el universo, le bastaria para negar legítimamente *que la idea de Dios sea innata en el hombre* (4); es decir que un solo niño monstruoso, nacido sin ojos, por ejemplo, probaria que la vista no es natural al hombre; pero nada contenia á Locke. ¿No nos ha dicho intrépidamente que la voz de la conciencia na-

(1) Of remarkable passage to this purpose ont of the voyage of Baumgraten, wich is a book not every day to be met with y shall set down at large in the language it is published in (lib. I, cap. m, pár. 9).

(2) I wand not here be mistaken, as if, becansse y deny an innate law, y thought there were none but positive law etc. (lib. II, cap. m, pár. 13).

(3) Y tinkthey equally forsake the truit, who, running into contrary extremes, either affirm an innate law or deny that there, is a law knowable by the light of-nature, i, e, without the help, of pontive rebelation (*Ibid.*)

(4) Whatsoever is innate must be universal in the strictest sense (error enormel) one exception is a sufficient proof againsit it (lib. I, cap. iv, párafo 8, not. 2).

da prueba en favor de los principios innatos, visto que cada uno puede tener la suya? (1).

Es cosa muy estraña que no haya sido nunca posible, hacer entender ni á ese gran patriarca, ni á su triste posteridad, la diferencia que se advierte entre la ignorancia de una ley, y los errores admitidos en la aplicacion de esta misma ley (2). Una mujer india sacrifica su hijo recién nacido á la *Diosa Gonza*. Dicen ellos; *luego no hay moral innata*; al contrario, es preciso que se diga, *luego es innata*, puesto que la idea del deber es muy poderosa en esta desgraciada madre para determinarla á sacrificar á ese deber el sentimiento mas tierno y mas poderoso del corazon humano. Abraham obtuvo en aquel tiempo un mérito inmenso, al resolverse á ese mismo sacrificio que creía, y con razon, realmente mandado: precisamente decia como la mujer india: *La divinidad ha hablado; es preciso cerrar los ojos y obedecer*. El uno, humillándose ante la autoridad divina que solo queria probarle, obedecia una orden sagrada y directa, la otra, ofuscada por una supersticion deplorable, obedece una orden imaginaria; pero en una y otra parte, la idea primitiva es una misma: es la del deber, llevada al mas alto grado de elevacion. *Yo lo debo!* esta es la idea innata, cuya esencia es independiente de todo error en la aplicacion. Los que los hombres cometen cada dia en sus cálculos, ¿probarian acaso que no tienen la idea del número? Luego si esta idea no fuese innata, nunca podrian adquirirlo, nunca se engañarian, porque *engañarse* es separarse de una regla anterior y conocida. Lo propio sucede con las demas ideas; y añado, lo que me parece claro de sño, que sin esta suposicion se hace imposible comprender *al hombre*, es decir, *la unidad ó la especie humana*; y por consecuencia ningun orden relativo á una clase dada de seres inteligentes (3).

(1) Some men with the same ben of conscience proseeentes what others avoid (*Ibid.* cap. iii, pár. 8). Poned de acuerdo esa bella teoría que permite que cada cual tenga su conciencia, con la *ley natural, anterior á toda ley positiva*.

(2) Con permiso del interlocutor, creo que se engaña. Los hombres de que habla, *comprenden* muy bien, pero se niegan á conceder, mienten para con el mundo despues de haberse mentido á sí mismos; la probidad es la que les falta, mas que el talento. Véase las obras de Condillac; su conciencia no siente mas que una mala fe *forzada*.

(N. del editor).

(3) *Nuestras almas están creadas en virtud de un decreto general, por el que tenemos todas las nociones que nos son necesarias*. (De la indag. de la vert. lib. I, cap. iii, n.º 2).

Ese párrafo de Malebranche parece que viene aquí muy al caso. Con efecto, todo ser *cognitivo* no puede ser lo que es, no puede pertenecer á tal clase, y no puede diferir de otra sino por las ideas innatas.

Es preciso convenir tambien, que los criticos ó censores de Locke, le atacaban mal al distinguir las ideas, y no teniendo por ideas *innatas* sino las ideas morales de primer orden; lo que parece que es hacer depender la solucion del problema de la rectitud de esas ideas. No digo yo que no se les haya de tener una particular atencion, y acaso sea objeto de un segundo exámen; mas para el filósofo que mira la cuestion en toda su generalidad, no hay distincion alguna que hacer en este punto, porque no hay idea que no sea innata ó estraña á los sentidos por razon de la universalidad de donde recibe su forma, y por el acto intelectual que *la piensa*.

Toda doctrina racional está fundada en un conocimiento anterior, porque el hombre nada puede aprender sino por lo que sabe. Partiendo pues siempre del silogismo y la induccion, de principios asentados, como ya conocidos, preciso es confesar que antes de llegar á una verdad particular, la conocemos ya en parte. Mirad, por ejemplo, un triángulo actual ó sensible: seguramente lo ignorábais antes de verlo; no obstante, conociais ya, no este triángulo, sino *el triángulo* ó la *trigonometria*; y ved de qué manera puede conocerse é ignorar una misma cosa bajo diferentes aspectos. Negándose esta teoría, viene uno á caer inevitablemente en el dilema insoluble de Menon y de Platon; viéndose obligado á convenir, en que ó el hombre nada puede aprender, ó que todo lo que sabe no es mas que una reminiscencia. Que negándose á admitir estas ideas primeras, no hay ya demostracion posible, porque faltan los principios de donde pueda derivarse. En efecto, la esencia de los principios está en que sean anteriores, evidentes, no derivados ni demostrables y *causados* respecto á su conclusion; de otro modo necesitarian ellos mismos ser demostrados; es decir, que dejarian de ser principios, y seria preciso admitir lo que la escuela llama *los progresos al infinito*; cosa imposible. Observad además, que esos principios en que se fundan las demostraciones, han de ser no solamente *conocidos* naturalmente, sino *mas conocidos* que las verdades descubiertas ó halladas por su medio: porque *todo lo que comunica una cosa, la posee necesariamente mas respecto al objeto ó materia que la recibe*: y así como por ejemplo; el hombre á quien amamos por amor de otro, es siempre menos amado que este; del mismo modo toda verdad adquirida es menos clara para nosotros que el principio que nos la ha hecho visible; siendo *el que ilumina*, por naturaleza, mas luminoso que el *iluminado*; no basta, pues creer en la ciencia, es preciso creer mas en el principio de la ciencia, cuyo caracter es ser á la vez necesario y necesariamente creído; porque la demostracion nada tiene que ver con la



palabra exterior y sensible *que niega lo que quiere*; ella procede de esa palabra mas profunda que se ha pronunciado en el interior del hombre (1) y que no puede contrariar á la verdad. Todas las ciencias juntas se comunican por sus principios comunes; y cuidado que por esta palabra *comun* quiero espresar, no lo que esas distintas ciencias demuestran, sino la de que se sirven para demostrar; es decir, *la universal*, que es la raiz de cualquiera demostracion que preexiste en toda impresion ú operacion sensible, y es tan corto el resultado de la esperiencia que sin aquella, la esperiencia misma estará *siempre* solitaria y podrá repetirse hasta el infinito, dejando eternamente un abismo entre esta y la universal. Ese perrillo que juega con vos en este instante, ha jugado tambien ayer y antes de ayer; pues ha jugado, ha jugado y ha jugado; pero no *tres veces* por lo que respecta á él, como para vos; porque si suprimis la idea-principio, y por consecuencia preexistente, del número á la que la esperiencia puede referirse *uno y uno*, nunca son mas que *esto y aquello*; pero nunca *dos*.

Ya veis, señores, que Locke es digno de compasion con su esperiencia, pues que la verdad no es mas que *una ecuacion entre el pensamiento del hombre y el objeto conocido* (2); de manera que si el primer miembro no es natural, preexistente é inmutable, el otro fluctua precisamente, y ya no hay verdad.

Siendo pues, innata toda idea respecto á la universal, de donde recibe su forma, es además totalmente estraña á los sentidos por el acto intelectual que afirma; porque el pensamiento ó la palabra (que es lo mismo) no perteneciendo sino al espíritu, ó por mejor decir; siendo el espíritu (3), no debe hacerse distincion alguna á este respecto, entre las diferentes clases de ideas. Desde que el hombre dice: *Esto es*, habla precisamente en virtud de un conocimiento interior y anterior; porque los sentidos nada tienen que ver con la verdad que solamente el entendimiento puede alcanzar; y como lo que no pertenece á los sentidos es es-

(1) *Esta palabra concebida en Dios mismo, y por la que Dios habla consigo mismo, es el Verbo increado* (Bourdaloüe. Serm. sobre la palabra de Dios Exordio).

Sin duda, y la razon solamente podría elevarse hasta allí; mas por una consecuencia necesaaria. *Esta palabra concebida en el hombre mismo y por la que habla consigo mismo es el verbo creado, á imitacion de su modelo*. Porque el pensamiento (ó el verbo humano) no es mas que *la palabra del espíritu que habla consigo mismo* (Platon sup. pág. 98).

(2) S. Thomas. Véase pág. 155.

(3) Un ser que no sabe mas que pensar, y que no tiene otra accion mas que su pensamiento (Lami del *conocim. de sí mismo*, segunda parte, cuarta reflexion). El fondo del alma no se distingue de sus facultades. (Fenelon, máx. de los Santos; art. XXVIII).

traño á la materia, resulta que hay en el hombre un principio imaterial, en donde reside la ciencia (1); y no pudiendo los sentidos recibir y trasmitir al espíritu mas que impresiones (2), no solamente la funcion cuya esencia es la de juzgar, no está ayudada por esas impresiones, sino que antes bien, se halla embarazada y turbada (3). Debemos pues suponer con los hombres mas célebres, que tenemos naturalmente ideas intelectuales que no han pasado por los sentidos, y la opinion contraria mortifica ó ataca al buen sentido tanto como á la religion (4). He leído que el célebre Cudworth, disputando un dia con uno de sus amigos sobre el origen de las ideas, le dijo: *Os ruego que tomeis un libro de mi biblioteca, el primero que os venga á la mano, y abridlo á la casualidad* (ó por cualquier parte); el amigo dió con los ejercicios ú oficios de Ciceron, al principio del primer libro. *AUNQUE hace un año, etc.*: basta, dijo Cudworth; *decidme por favor, como habeis podido adquirir por los sentidos la idea de AUNQUE* (5). El argumento era excelente bajo una forma sencilla: el hombre no pudo hablar; no pudo articular el mas pequeño átomo de su pensamiento; no pudo decir *y*, sin refutar á Locke.

#### EL CABALLERO.

Me habeis dicho al principiar: *Habladme con toda conciencia*. Permitidme que os diga lo mismo: *habladme con toda conciencia*; ¿no habeis escogido los párrafos ó cláusulas de Locke que mas se prestaban á la critica? La tentacion es poderosa cuando se trata de una persona á quien no se quiere.

#### EL CONDE.

Puedo aseguraros lo contrario: y aun mas, os aseguro que un detallado exámen del libro, me daría abundantísima materia; pero para refutar un *en-cuarto*, se necesita otro, ¿y me direis

(1) *Aliquid incorporeum perse ni quo insit scientia* (D. Just. quæst ad orthod. de incorp., et de Dio, et resurr. mort. quæst II).

(2) *Spetri autem ettamsi oculi possent feriri animus qui possit non video, etc.* (Cicer. epist. ad cons. et alios XV. 16.)

(3) *Funtio intellectus polissimum consistit ni judicando; atqui ad pidicandum phantasia et simulacrum illud corporale nullo modo juvat sed potius impedit* (Lessius de Immort. animæ critter opusc. lib. III. núm. 53).

(4) Arnaud y Nicole, en la lógica de Port-Royal, ó *El arte de pensar*; primera parte, cap. I.

(5) Esta anécdota que me es desconocida, está probablemente en alguna parte de la grande obra de Cudworth *Sistema intelectual*, publicada desde luego en ingles, y despues en latin con las notas de Lorenzo Mosheim. Jena dos vol. en fol. Leyde, cuatro vol. en 4.º

(Nota del editor.)

quien leería el último? Cuando un libro malo ha chocado una vez á algunos, para desengaños no hay otro medio que el de demostrar el espíritu general que lo ha dictado; clasificar los defectos; indicar únicamente los mas clásicos, y por lo demas fiarse de la conciencia de cada lector: para que el de Locke fuese intachable bastaría á mi juicio cambiar dos palabras. Se intitula: *Ensayo sobre el entendimiento humano*; pongamos solamente: *Ensayo sobre el entendimiento de Locke*. No habrá habido nunca un libro que haya merecido mejor su título. La obra es el retrato completo del autor, y nada le falta (1). Facilmente se reconoce un hombre de bien y aun de buen sentido, pero engañado por el espíritu de secta que lo arrastra sin que él lo conozca ó sin que quiera conocerlo; falto por otra parte de la erudición filosófica mas indispensable y de un talento profundo. Es verdaderamente farsante cuando nos dice muy seriamente que ha tomado la pluma para dar reglas al hombre, por las cuales pueda una criatura razonable dirigir con prudencia sus acciones; añadiendo que para conseguir este objeto se le habia puesto en la cabeza que lo mas útil seria fijar antes de todo los límites del espíritu humano (2). Nunca se le puso en la cabeza á nadie cosa tan disparatada, porque desde luego por lo que respecta á la moral, preferiria el sermón en la montaña á todas las supercherias escolásticas conque Locke ha llenado su libro, y que son sumamente ajenas de la moral. En cuanto á los límites del entendimiento humano, tened por seguro que la suma temeridad está en quererlos fijar, y que la misma espresion no tiene sentido propio; pero otra vez hablaremos con mas motivo, cuanto que hay muchas cosas interesantes que decir sobre ese punto. Por ahora basta que observemos que Locke se los impone ó fija aqui á sí mismo desde luego y despues á nosotros. Realmente no ha querido decir nada de lo que dice, ha querido *contradecir* y nada mas. Os acordais de aquel Boindin del templo del deleite.

Gritando: señores, yo soy el juez íntegro, que juzga, que arguye siempre y contradice.

Ese es el espíritu que animaba á Locke. Enemigo de toda autoridad moral, detestaba las ideas admitidas que son una gran autoridad. Aborrecia ademas á su misma Iglesia, á quien mas que él, podría yo aborrecer, y que respeto hasta cierto pun-

(1) Juan Leclerc escribió entonces debajo del retrato de Loke:

*Lockius humanæ pingens penetralia mentis  
Ingenium solus PINXERIT ipse suum.*

Tiene razon.

(2) Prólogo, pár. 7.

to, como la mas juiciosa ó razonable entre las que no tienen razon. Locke no tomó la pluma mas que para *arguir y contradecir*, y su libro puramente negativo, es una de las numerosas producciones dadas á luz por ese mismo espíritu que ha dañado ó manchado tantos talentos muy superiores al de Locke. El otro carácter sorprendente, distintivo, invariable de este filósofo, es la *superficialidad* (permitidme esta palabra para él); nada comprende á fondo, nada profundiza; pero lo que sobre todo quisiera que advirtieseis en él, como el signo mas decisivo de la mediocridad, es el defecto que tiene de dejar ó no hacer caso de las mas grandes cuestiones, sin advertirlo. Puedo daros un ejemplo relevante del que me acuerdo en este momento. Dijo en cierta parte con un tono verdaderamente magistral que no tiene precio; *confieso que me ha tocado en herencia una de esas almas estúpidas, que tienen la desgracia de no comprender si es mas necesario al alma pensar siempre que á los cuerpos estar siempre en movimiento, siendo el pensamiento á lo que creo, para el alma, lo que el movimiento es para el cuerpo* (1). ¡Por vida mia! que me perdone Locke, pero no veo en esta bella cláusula ó párrafo, nada que cercenar mas que la mofa. ¿En dónde habia visto él descansar la materia? Ya veis que descansa como os lo decia ahora mismo al lado de un abismo sin verlo. No pretendo sostener que el movimiento sea esencial á la materia, y le creo sobre todo, indiferente á toda direccion; pero en fin, es preciso saber lo que se dice, y cuando no puede uno distinguir el movimiento relativo y el movimiento absoluto, valdria mas no escribir sobre la filosofía.

Pero observad, siguiendo esta misma comparacion que tan mal ha tomado, todo el partido que se podia sacar mirándolo de otro modo. *El movimiento es para el cuerpo, lo que el pensamiento para el espíritu*; sea así, ¿por qué pues no habia de tener un pensamiento relativo y un pensamiento absoluto? *relativo*, cuando el hombre está en relacion con los objetos sensibles y sus semejantes, pudiéndose comparar á ellos; *absoluto*, cuando estando en suspenso esta comunicacion por el sueño, ó por otras causas irregulares no es ya arrastrado el pensamiento, sino por un móvil superior que todo lo arrastra. Mientras que descansamos aqui tranquilamente en nuestras sillas, con un reposo perfecto para nuestros sentidos, volamos realmente en el espacio con una prontitud que sorprende la imaginacion, puesto que es al menos de treinta werstes por segundo, es decir, que escede cerca de cincuenta veces á la de una bala de cañon, y este mo-

(1) Libro II, cap. II, par. 40.

vimiento se complica con el de rotacion que es casi igual bajo el ecuador, sin que tengamos, no obstante, el menor conocimiento sensible de estos dos movimientos; luego como se probará que es imposible al hombre pensar ni moverse con el móvil superior, ¿sin saberlo? Será muy fácil exclamar. ¡Oh! es muy distinto. Pero no muy fácil acaso el poderlo probar. Cada uno al fin, tiene su orgullo, y es muy difícil deponerlo absolutamente; os confesaré sencillamente, que me ha tocado en herencia un alma bastante estúpida, para creer que mi comparacion no es mas estúpida que la de Locke.

Tomad tambien esto como uno de esos ejemplos á los que hay que citar otros. No puede decirse todo; pero sois dueños de abrir á la casualidad el libro de Locke; yo tomo sin vacilar el encargo de manifestaros, que no le ha sucedido el encontrar una sola cuestion importante, que no la haya tratado con la misma mediocridad; y puesto que un hombre mediano puede graduarle de pura de mediania, juzgad lo que seria si un hombre de talento superior, se tomará el trabajo de despedazarlo.

## EL SENADOR.

No se si teneis cuidado con el problema que promoveis sin echarlo de ver, porque cuantas mas invectivas profráis contra el libro de Locke, tanto mas inesplicable haceis la inmensa reputacion que goza.

## EL CONDE.

No me pesa promover un problema que no es de muy difícil solucion, y ya que nuestro jóven amigo me ha arrojado á esta discusion, la terminaré de muy buena gana en provecho de la verdad.

¿Quién mejor que yo conoce toda la estension de la fama ú opinion tan desgraciadamente otorgada á Locke, y quién lo ha sentido de mas buena fé? ¡Ah! Como aborrezco á esa generacion fútil que lo ha tenido por su oráculo, y que aun vemos aprisionada (1), por decirlo así, en el error, por la opinion de un nombre vano que ella misma ha creado en su locura! ¡Cuánto aborrezco á esos franceses que han abandonado, olvidado y aun ultrajado al Platon cristiano nacido entre ellos, á quien Locke no era digno de cortar la pluma, para ceder el cetro de la filosofia racional, á ese idolo obra de sus manos, á ese falso dios del siglo XVIII, que nada sabe, que nada dice, que nada

(1) LOCKED fast ni.

puede, y cuyo pedestal han levantado ante la faz del Señor, bajo la fé de algunos fanáticos, aun peores ciudadanos que filósofos! Degradados así los franceses por viles institutores ó fundadores que los enseñaban á no hacer caso de la Francia, se parecian á un millonario sentado en un arca llena de dinero, que se niega á abrir, alargando desde allí una mano innoble al extranjero que se sonríe.

Mas no debe sorprenderos esa idolatria. La suerte de los libros consiste en que su asunto ó materia sea buena. Lo que Séneca ha dicho de los hombres es acaso mas cierto respecto á los monumentos de su talento. *Unos llevan la fama y otros la merecen* (1). Si los libros aparecen ó salen en circunstancias favorables, si halagan las grandes pasiones, si se encuentra en ellos el fanatismo proselitico de una secta numerosa y activa, ó bien, lo que todo puede suceder, el favor de una nacion poderosa, está hecha su suerte: la reputacion de los libros si se exceptúan los de los matemáticos, depende mucho menos de su mérito intrínseco, que de sus circunstancias, poniendo por principio ó cabeza, como acabo de decirlo, el favor de la nacion que ha alcanzado el autor. Si un hombre como el P. Kircher, por ejemplo, hubiera nacido en Paris ó en Lóndres, su busto estaria en todas las chimeneas y quedaria demostrado que todo lo vió ó previó. Siempre que un libro no sea protegido, si es permitido espresarse así, por una nacion influyente no conseguirá nunca mas que un mediano resultado; pudiera citaros cien casos. Meditad estas reflexiones que me parecen palpablemente ciertas, y vereis que Locke ha reunido en favor suyo todas las dichas posibles. Hablemos ahora de su patria. Era inglés: la Inglaterra está destinada sin duda á brillar siempre; pero observemos solamente en este momento el principio del siglo XVIII. Por entonces poseia á Newton y hacia retroceder á Luis XIV. ¡Que época para sus escritores! Locke se aprovechó. No obstante, su inferioridad era tal, que no hubiera salido adelante al menos hasta esa altura, á no haberle favorecido otras circunstancias. El espíritu humano, suficientemente preparado ó dispuesto por el protestantismo, principiaba á indignarse de su propia timidez, y se preparaba á sacar osadamente todas las consecuencias de los principios sentados en el siglo XVI. Una espantosa secta comenzaba á organizarse por su parte; era un hallazgo para esta el de un libro compuesto por un hombre muy de

(1) Séneca es bastante rico en máximas, para necesitar, que sus amigos se las presten. La de que aquí se trata es de Justo Lipsio: *quidam merentur famam, quidam habent.* (Just. Lips. epist. sent. I. Epist. 1.)  
(Nota del editor.)

bien y aun por un cristiano *razonable*, en el que todos los gérmenes de la filosofía mas abyecta y mas detestable estaban á cubierto por una reputacion merecida, envueltos entre formas prudentes y flanqueados por la necesidad de algunos textos de la Escritura-Santa; no pudiendo ya el genio del mal recibir ese presente, mas que por una de las tribus separadas, porque la pérfida amalgama hubiera sido en Jerusalem, ó evitada ó marchitada por una religion vigilante é inexorable. El libro nació pues donde debia nacer, y salió de una mano espresamente hecha para satisfacer las miras mas provechosas. Locke gozaba con razon de la estimacion general. Se intitulaba cristiano, y aun habia escrito en favor del cristianismo segun sus fuerzas y sus preocupaciones, y la muerte mas editicante acababa de terminar para él una vida santa y laboriosa (1). ¡Cuanto no debian alegrarse los conjurados al ver un hombre como este sentar todos los principios que necesitaban, y favorecer sobre todo al materialismo *por delicadeza de conciencia*! Se arrojaron pues sobre el desgraciado *Ensayo*, y le dieron importancia con un afán del que no es facil tener una idea, si no se ha fijado una particular atencion. Me acuerdo que temblé en cierto tiempo al ver á uno de los ateos mas endurecidos ú obcecados que acaso hayan existido, recomendar á jóvenes infelices, la lectura de Locke abreviada, y por decirlo así, *concentrada* por una pluma italiana que pudiera haberse ejercitado de una manera mas conforme á su vocacion. *Leedle*, les decia con entusiasmo, *volvedle á leer; aprendedlo de memoria*. Hubiera querido, como decia madama de Sevigné, *dárselos en caldos*. Hay una regla segura para juzgar de los libros lo mismo que de los hombres, aun sin conocerlos: basta saber *por quién son estimados y por quién aborrecidos*. Esta regla nunca engaña y ya os la he indicado con respecto á Bacon. Desde que le veis puesto en moda por los enciclopedistas, traducido por un ateo y alabado sin medida por el torrente de filósofos del último siglo, tened por cierto sin otro examen, que su filosofía es, al menos en sus bases generales, falsa y peligrosa. Por el contrario, si veis á esos mismos filósofos confundidos muchas veces por el escritor, y que indignados contra algunas de sus ideas intentan el modo de rechazarlas ó arrojarlas á la obscuridad, permitiéndose hasta mutilar ó alterar osadamente sus escritos ú obras, estad seguros y siempre sin otro exámen, que las obras de Bacon presentan numerosas y magnificas escepciones á los reproches y reconvenciones generales que se les pueden hacer. No creáis sin embargo que quiero fijar una comparacion entre estas dos personas. Ba-

(1) Puede leerse el relato en la pequeña historia de los filósofos de Savieren.

con como filósofo moralista, y aun como escritor en cierto sentido, tendrá siempre derecho á la admiracion de los inteligentes; mientras que el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, es muy positivamente, bien sea que lo nieguen ó que lo concedan, todo lo mas pesado que la falta absoluta de genio y de estilo es capaz de crear.

Si Locke, que era muy buen sugeto, volviese al mundo, lloraria amargamente al ver que sus errores sutilizados por el método francés, son la vergüenza y la desgracia de una generacion entera. ¿No veis que Dios ha proscripto esa vil filosofía, y que aun ha querido hacer visible el anatema? Recorred todos los libros de sus adeptos, no hallareis un solo renglon en donde se haga mencion del gusto y de la virtud. Es la muerte de toda religion, de todo sentimiento delicado, de toda accion sublime. Todo padre de familia sobre todo, debe estar bien convencido, de que al recibirla en su seno, trabaja realmente cuanto puede para arrojar la vida, por no poder conservar calor alguno ante ese soplo glacial.

Mas volviendo á la suerte de los libros, la definireis precisamente lo mismo que la de los hombres: tanto para unos como para otros, hay una fortuna que es una verdadera maldicion, y nada tiene que ver con el mérito. Así pues, señores, el resultado nada prueba. Desconfiad sobre todo de una preocupacion muy comun, muy natural, y sin embargo enteramente falsa: la de creer que la grande reputacion de un libro supone un conocimiento muy estenso y razonado del mismo libro. Eso no es nada, os lo aseguro. No juzgando, y no pudiendo juzgar la inmensa mayoria mas que por lo que se dice, solo un pequeño número de personas, son las que fijan desde luego su opinion; mueren, y esa opinion sobrevive. Vienen otros libros, y no dejan tiempo de leer los demas; y muy presto estos no se juzgan sino por una reputacion vaga, fundada en algunos caracteres generales, ó en algunas analogias superficiales, y algunas veces hasta enteramente falsas. No hace mucho tiempo que un escelente juez pero que no puede juzgar mas que de lo que conoce ó entiende, ha dicho en Paris que el antiguo talento mas parecido al de Bossuet, era el de Demóstenes; luego sucede que estos dos oradores difieren lo mismo que dos bellas cosas de una misma clase (dos hermosas flores por ejemplo) pueden diferir la una de la otra; pero siempre se ha oido decir que Demóstenes *hacia tronar*, y Bossuet tambien, es así que nada se parece á un trueno tanto como otro trueno, luego, etc. Mirad como se forman los juicios. La Harpe, no ha dicho formalmente *que el objeto del libro entero del Ensayo sobre el entendimiento humano, es demostrar en ri-*

gor, que el entendimiento es espíritu, y de una naturaleza esencialmente distinta de la materia (1)? ¿No ha dicho en otra parte: Locke, Clarke, Leibnitz, Fenelon, etc.; no han reconocido esta verdad (la de la distincion de las dos sustancias)? ¿Quereis una prueba mas clara, de que este célebre literato no habia leído á Locke? y ademas, ¿creeis que hubiera incurrido en la ridiculez de inscribirlo entre hombres tan eminentes, si lo hubiese visto agotar todos los recursos de la dialéctica mas enredosa, para atribuir de cualquier modo el pensamiento á la materia? Habeis oido á Voltaire que nos dice: *Locke con su gran entendimiento no cesa de repetirnos: ¡definid!* pero yo os pregunto, ¿hubiera hecho este elogio del filósofo inglés, á haber sabido que Locke es eminentemente ridiculo sobre todo en sus definiciones, que no son todas ellas, mas que una tantología desecha? Ese mismo Voltaire todavia nos dice en una obra que es un sacrilegio, *que Locke es el Pascal de la Inglaterra*. Ya sabeis que no siento una ciega estimacion por *Francisco Arouet*: aunque lo supusiera tan ligero, tan mal intencionado y sobre todo tan mal frances como querais, nunca sin embargo, podria yo creer que un hombre de tan buen tacto y de tanto gusto, hubiera hecho esa extravagante comparacion despues de haber juzgado por si mismo. Como! El fastidioso autor del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, cuyo mérito se reduce en la filosofía racional á vendernos ó publicarnos con la elocuencia de un almanaque, lo que todo el mundo sabe ó lo que nadie tiene necesidad de saber, y que por otra parte seria enteramente desconocido en las ciencias á no haber descubierto *que la velocidad se mide por la masa*; un hombre de ese tenor se compara á Pascal! á Pascal! hombre célebre antes de los treinta años; fisico, matemático distinguido, apologista sublime, polémico superior hasta el punto de transformar la calumnia en entretenimiento; filósofo profundo, hombre singular en una palabra, y en el que todos los defectos imaginables, no serian capaces de eclipsar sus cualidades extraordinarias. Tal paralelo no da lugar ni aun á sospechar que Voltaire se hubiera enterado por si mismo del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Añadid á esto que los literatos leian muy poco en el siglo último, desde luego porque llevaban una vida disipada, despues porque escribian mucho, y por último porque el orgullo no les permitia suponer que tuviesen necesidad de las ideas de los demas Hombres de esta clase tienen otras cosas en que ocuparse mas bien que leer á Locke. Tengo motivos para sospechar que en general no ha sido leído por los que le ensalzan, le citan y aun

(1) Liceo, tom. XXIV, filos. del 18.º siglo, tom. III, art. *Diderot*.

quieran explicarlo. Es un error muy grande creer que para citar ó hacer mencion de un libro, aparentando hablar con conocimiento de causa, sea preciso haberlo leído al menos completamente y con cuidado. Se lee el párrafo ó renglon que se necesita; se leen algunas lineas del *indice*, *bajo la fe que promete un indice*; se separa el párrafo que se necesita para apoyar sus propias ideas, y en la esencia es todo cuanto se necesita; lo demas, qué importa? (1) Hay tambien cierto modo de hacer hablar á los que han leído; y por eso es muy posible que el libro de que se habla mas, sea el que menos se conozca por su lectura. Ya basta acerca de esa reputacion tan grande y tan poco merecida; dia vendrá, y tal vez no esté muy lejos, en que Locke sea unánimemente colocado en el número de los escritores que mas daño han causado á la humanidad. A pesar de cuantas reconvencciones le he hecho, no he tocado sin embargo mas que á una parte de sus faltas ó defectos, y puede que acaso sea la mas pequeña. Despues de haber sentado los fundamentos ó bases de una filosofía tan falsa como nociva, su talento fatal se dirigió á la política con un resultado no menos deplorable. Ha hablado sobre el origen de las leyes tan mal como del de las ideas, y en esta materia ha fijado los principios cuyas consencuencias vemos. Esos gérmenes terribles hubieran acaso abortado en silencio, bajo los hielos de su estilo; animados en los calientes lodos de Paris, han producido el monstruo revolucionario que ha devorado á la Europa.

Ademas, señores, nunca me cansaré de repetir que el juicio que no puedo dejar de hacer acerca de las obras de Locke, no obsta para que haga á su persona ó á su memoria toda la justicia que le es debida: poseia virtudes, y aun grandes, y por mas que me recuerden en cierto modo á ese maestro de baile citado, creo con el doctor Swift, *que reunia todas las buenas cualidades imaginables, fuera la de ser cojo* (2) respeto no menos el caracter moral de Locke; pero es deplorando ó sintiendo de nuevo la in-

(1) No quisiera apostar de mi cuenta que Condillac no habia leído nunca á Locke completamente y con atencion; pero si absolutamente fuese necesario apostar por la afirmativa ó por la negativa, me decidiria por la segunda.

(2) Se puede leer un trozo curioso sobre Locke, en la obra ya citada del doctor James Beattie (*on the nature and immutability of truth* London 1772 en 8.º pág. 16. 17.) Despues de un gran elogio del caracter moral de este filósofo, el doctor se ve obligado á condenar una doctrina absolutamente imperdonable, que no obstante disculpa como puede con bastante trabajo. Parece que se oye á Boileau sobre el cuento de Chapelain;

Que celebren de él la fe, el honor, la probidad;  
que aprecien su candor, su civilizacion, etc.  
á creerme, es muy cierto que mas versos no hiciera.

fluencia del *mal principio* en los mejores talentos. El es quien reina desgraciadamente en Europa hace tres siglos; él que todo lo niega; él que todo lo quebranta; él que de todo protesta; en su frente de bronce está escrito: *no!* y en el verdadero título del libro de Locke, quien á su vez puede ser considerado como el prefacio de toda la filosofía del siglo XVIII, que es enteramente negativa, y por consiguiente nula. Leed el *Ensayo*, y experimentaréis en cada página, que solo se escribió para contradecir las ideas admitidas, y sobre todo, para humillar á una autoridad que chocaba á Locke mas allá de toda espresion. El mismo nos ha dicho su secreto sin rodeos. *Aborrece á cierta clase de gentes que forman á los maestros y á los doctores, y que cuentan con mayor número de hombres ó personas cuando con el auxilio de una ciega credulidad puedan embocarles principios innatos sobre los que no se pueda ya disputar.* En otro parage de su libro examina del modo que los hombres llegan á lo que ellos llaman sus principios; y comienza con una observacion: *acaso parezca extraño, dice, y sin embargo, no hay cosa menos extraordinaria ni mas probada por una esperiencia diaria, que las doctrinas (debiera haber dicho cuales) que no tienen un origen mas noble que la superstición de una nodriza ó la autoridad de una anciana, se engrandecen al fin, tanto en la religion como en la moral hasta la dignidad de los principes, por la obra de los tiempos y por la complacencia de los autores (1).* No se habla aqui ni del Japon ni del Canadá, y aun menos de casos raros y extraordinarios; se trata de lo que todo hombre puede ver todos los dias de su vida. No hay cosa mas equívoca como veis; pero Loke me parece que ha fijado los límites del ridículo al escribir al margen de este bellissimo capitulo: *¿De donde nos ha venido la opinion de los principios innatos? Es preciso estar poseido de la enfermedad del siglo XVIII, hijo del XVI, para atribuir al sacerdocio la invencion de un sistema acaso tan raro ó extraño por desgracia, pero ciertamente tan antiguo como el buen sentido.*

Una palabra mas sobre esa reputacion de Locke que os ocupaba. ¿La creéis general? ¿Habeis contado los votos ú opiniones, y los habeis pesado bien? Si pudiérais entresacar, la voz de la sabiduria de entre los gritos de la ignorancia y del espíritu de partido, sabriais ya, que Locke es muy poco apreciado como metafísico, en su misma patria (2), que sobre el punto fundamental de su filosofía, entregado como en otros muchos, á la ambigüedad y á la chachalatería, está bien convencido de que no se

(1) Locke se espresa efectivamente en ese sentido, lib. I. cap. III. párrafo 22.

(2) *Espectador frances en el siglo XIX*, tom. I. núm. 35. pág. 249.

«ha entendido el mismo (1); que su libro primero (base de lo demás) es el mas malo de todos (2) que en el segundo no trata sino muy superficialmente de las operaciones del alma (5); que la obra entera, está descosida ó desunida y hecha por casualidad (4), que su filosofía del alma, es muy débil y que no vale la pena de ser refutada formalmente (5); que encierra opiniones tan absurdas, como funestas, por sus consecuencias (6); que cuando no sean ni falsas ni peligrosas, solo sirven á los jóvenes, y aun hasta cierto punto (7); que si Locke hubiera vivido bastante tiempo para presenciar las consecuencias que se sacaban de sus principios, él mismo habria arrancado con indignacion las páginas culpables (8).»

Por lo demás, señores, por mas que digamos, la autoridad ó crédito de Locke dificilmente será derrocado mientras lo sostengan las grandes potencias. He leído en veinte escritos del siglo último: *Locke y Newton!* Tal es el privilegio de las grandes naciones, que quisieron los franceses decir: *Corneille y Vade!* ó tambien *Vade y Corneille!* Si la eufonia que decide muchas cosas tuviera la bondad de permitirlo, estoy pronto á creer que nos obligarian á repetir con ellos: *Vade y Corneille!*

EL CABALLERO.

Nos concedéis un gran poder, mi querido amigo; os debo dar las gracias en nombre de mi nacion.

EL CONDE.

No concedo ese poder, mi querido caballero; lo reconozco solamente asi, por tanto no me debeis gracias ningunas. Quisiera por otra parte tener muchos cumplidos ó parabienes que daros sobre este punto; pero sois una terrible potencia! Nunca ha existido, sin

(1) Hume's essays into hum underst., sect. III. London 1758 en 4.º página 292.

(2) The first book with submission (no os detengais si os parece) I think the worst. Beattie loc. cit. II. 2 (es decir que todos los libros son malos, pero que el primero es el peor).

(3) Condillac. Ensayo sobre el origen de los conoc. hum. Paris 1798, en 8.º introd. pág. 13.

(4) Condillac. *Ibid.* pág. 43: el mismo Locke prólogo loc. cit.

(5) Leibnitz, opp. tom. V. en 4.º pág. 394, epist. ad Kort. loc. cit. To thes philosophical, conundrum (la mesa rasa) I confess I cangive no serious answer (Doctor Beattie, *Ibid.*)

(6) *Idem Ibid.*

(7) *Idem*, tom. V loc. cit.

(8) Beattie, ubi supra pág. 16-17, I. VI.

duda, una nacion mas fácil de engañar, ni mas difícil de desengañar, ni mas capaz de engañar á las demas. Dos caracteres particulares os distinguen de todos los pueblos del mundo; el espíritu de asociacion y el del proselitismo. Las ideas en vuestro pais son enteramente nacionales y apasionadas. Me parece que un profeta con solo un rasgo de su temible pincel os ha pintado segun sois hace veinte y cinco siglos cuando dijo: *Cada palabra de ese pueblo es una conjuracion* (1). La chispa eléctrica recorriendo como el rayo de quien derriba una masa de hombres en comunicacion: representa débilmente la instantánea invasion, digo fulminante, de un gusto, de un sistema, de una pasion entre los franceses, que no pueden vivir aislados. Al menos si no obráseis mas que con vosotros mismos, podriais hacer lo que quisiéseis; pero la inclinacion, la necesidad, el furor para con los demas es el rasgo mas sobresaliente de vuestro carácter. Pudiera decirse que este rasgo sois *vosotros mismos*. Cada pueblo tiene su mision; esa es la vuestra. La opinion ó juicio mas pequeño que lanzais en Europa, es un ariete arrojado por treinta millones de hombres: siempre ávidos de sucesos é influencias, diriase que solo vivis para satisfacer esa necesidad; y como una nacion no puede tener un destino sin medios para que se cumpla, habeis recibido este medio con vuestra lengua ó idioma, por la cual reinais mucho mas que por vuestras armas, aunque estas hayan conmovido ó agitado al universo. El imperio de esa lengua no procede de sus formas actuales; es tan antiguo como la misma lengua; y ya en el siglo XIII escribia un italiano en frances, la historia de su patria, *porque la lengua francesa corria en el mundo, y era mas deleitable para leer y para oír que ninguna otra* (2). Hay mil hechos por este estilo. Me acuerdo haber leído hace ya tiempo una carta del famoso arquitecto *Christophe Wren* en la que examina las dimensiones que deben darse á una iglesia. Las determinaba solamente por la estension de la voz humana; lo que habia de ser así por haber llegado á ser la predicacion, la parte principal del culto, y casi todo el culto, en los templos en que ha cesado el sacrificio. Fija, pues, sus limites mas allá de los de la voz, que para todo oído ingles no es otra cosa que ruido; *pero, dice tambien un orador frances se haria oír desde mas lejos, porque su pronunciaci6n es mas clara y mas fuerte*. Lo que *Wren* ha dicho de la palabra *oral* (que pasa, que se trasmite de boca en boca), me parece aun mucho mas cierto respecto de esa palabra que penetra de muy distinto modo del que se lee en los libros. Siempre la de los franceses se oye

(1) *Omnia loquuntur populus iste conjuratio est* (Isaias VIII. 12.)

(2) El hermano *Martin de Canal*; véase *Tiraboschi, Stor. delle letter. Ital.*, en 8.º Venecia, 1795, tomo IV, l. III, cap. 1.º pág. 321, núm. 4.

desde mas lejos, porque el estilo es un acento. Ojalá que esa fuerza misteriosa, mal explicada hasta ahora y no menos poderosa para el bien que para el mal, sea pronto el órgano de un proselitismo saludable, capaz de consolar la humanidad de todos los males que la habeis causado!

Entre tanto, caballero, y mientras que vuestra incomprendible nacion permanezca preocupada por *Locke*, no me queda otra esperanza que en la Inglaterra para verlo por último en el lugar que debe ocupar. Siendo sus rivales los distributores de la reputacion en Europa, la anglomania que los ha molestado y en seguida perdido en el siglo último, era sumamente útil y honrosa á los ingleses que supieron hábilmente aprovecharse. Varios autores de esa nacion, como *Young*, *Richardson*, etc. no han sido conocidos en Europa, sino por las traducciones y recomendaciones francesas. Se lee en las memorias de *Gibbon* una carta en que decia, hablando del romance de *Clarisa*: *es muy malo*. *Horacio*, *Walpole*, despues conde de *Oxford*, no tenian formado un concepto mucho mas ventajoso, segun creo haberlo leído en alguna parte de sus obras (1). Pero el energúmeno de *Diderot*, prodigando en Francia á ese mismo *Richardson* elogios que seguramente no hubiera tributado á *Fenelon*, los ingleses dejaban decir y tenian razon. La preocupacion de los franceses sobre ciertos puntos que los mismos ingleses, aunque como parte interesada, juzgaban de muy distinto modo, llamará un dia la atencion. No obstante, como en el estudio de la filosofia el desprecio de *Locke* es el principio de la sabiduria, los ingleses obrarian de una manera digna de ellos, y harian un verdadero servicio á la humanidad, si tuviesen la prudencia de destruir ellos mismos una reputacion que no necesitan. Un cedro del Libano nunca se empobrece, se hace mas bello sacudiendo una hoja muerta.

¿Y si emprenden la defensa de esa reputacion artificial, lo mismo que si defendieran á *Gibraltar*, á fé mia? me retiro. Seria necesario ser un poco mas fuerte que yo para hacer la guerra á la Gran Bretaña, teniendo ya en brazos á la Francia. Antes de que le lleven en triunfo convengamos si es preciso en que el pedestal de *Locke* es indestructible... E PUR SI MUOVE.

Pero no sé por qué, caballero, la emprendéis siempre conmigo, ni tampoco por qué razon me dejo siempre llevar á donde quereis. Me habeis desanimado completamente para con vuestro desgraciado *Locke*. ¿Por qué no llevais del mismo modo á nuestro amigo el senador?

(1) No estoy para ojear sus obras; pero las cartas de madama *Du Defant* pueden suplir hasta cierto punto (En 8.º tomo II, carta cxxxii, 20 de marzo de 1772).

EL CABALLERO.

Dejadme hacer; ya le tocará su turno le tocará. Por otra parte, es mas quieto, mas flemático que vos. Necesito mas tiempo para respirar con libertad: y su juicio, sin saber yo por qué, me impone mas que el vuestro. Si tengo el capricho de cansar ó molestará uno de los dos, me decido con mas gusto en favor vuestro. También creo que debéis esta lisongera distincion á la comunidad del lenguaje. Veinte veces al dia me figuro que soy frances.

EL SENADOR.

¿Como es eso, mi querido caballero, creéis que un frances tenga derecho de cansar á otro?

EL CABALLERO.

Ni mas ni menos que un ruso á otro. Pero os ruego que nos vayamos al instante, porque veo por la péndola que dentro de un momento será mañana.

## VELADA SETIMA.

EL CABALLERO.

Por esta vez, señor senador, espero que prescindireis de vuestra palabra, y que nos leereis algo sobre la guerra.

EL SENADOR.

No hay inconveniente, porque este es un asunto que he meditado mucho. Desde que pienso, pienso en la guerra; este terrible asunto embarga toda mi atencion, y nunca lo he profundizado bastante.

El primer perjuicio que os diré de ella, os estrañará sin duda ninguna; mas para mí es una verdad incontestable: «Estando el hombre dotado de razon, de sentimientos y de afeccion, no hay medio de explicar cómo la guerra es humanamente posible.» Este es mi parecer muy reflexionado. La Bruyere describe en cierta parte, con toda la energia que ya le conocéis, esa grande estravagancia humana. Hace muchos años que he leído ese trozo, y sin embargo, le recuerdo perfectamente: insiste mucho sobre la locura de la guerra; pero cuanto mas loca, es tanto menos espliable.

EL CABALLERO.

Paréceme, sin embargo, que podria decirse, antes de ir mas lejos: *que los reyes mandan y que es preciso marchar.*

EL SENADOR.

Oh! de ninguna manera, amigo mio, os lo aseguro. En to-



EL CABALLERO.

Dejadme hacer; ya le tocará su turno le tocará. Por otra parte, es mas quieto, mas flemático que vos. Necesito mas tiempo para respirar con libertad: y su juicio, sin saber yo por qué, me impone mas que el vuestro. Si tengo el capricho de cansar ó molestará uno de los dos, me decido con mas gusto en favor vuestro. También creo que debéis esta lisongera distincion á la comunidad del lenguaje. Veinte veces al dia me figuro que soy frances.

EL SENADOR.

¿Como es eso, mi querido caballero, creéis que un frances tenga derecho de cansar á otro?

EL CABALLERO.

Ni mas ni menos que un ruso á otro. Pero os ruego que nos vayamos al instante, porque veo por la péndola que dentro de un momento será mañana.

## VELADA SETIMA.

EL CABALLERO.

Por esta vez, señor senador, espero que prescindireis de vuestra palabra, y que nos leereis algo sobre la guerra.

EL SENADOR.

No hay inconveniente, porque este es un asunto que he meditado mucho. Desde que pienso, pienso en la guerra; este terrible asunto embarga toda mi atencion, y nunca lo he profundizado bastante.

El primer perjuicio que os diré de ella, os estrañará sin duda ninguna; mas para mí es una verdad incontestable: «Estando el hombre dotado de razon, de sentimientos y de afeccion, no hay medio de explicar cómo la guerra es humanamente posible.» Este es mi parecer muy reflexionado. La Bruyere describe en cierta parte, con toda la energia que ya le conocéis, esa grande estravagancia humana. Hace muchos años que he leído ese trozo, y sin embargo, le recuerdo perfectamente: insiste mucho sobre la locura de la guerra; pero cuanto mas loca, es tanto menos espliable.

EL CABALLERO.

Paréceme, sin embargo, que podria decirse, antes de ir mas lejos: *que los reyes mandan y que es preciso marchar.*

EL SENADOR.

Oh! de ninguna manera, amigo mio, os lo aseguro. En to-

das ocasiones que un hombre que no es completamente necio, os presente una cuestion como muy problemática, despues de haber pensado suficientemente en ella, desconfiad de esas soluciones repentinas que se presentan al espiritu de aquel que ó ligeramente ó no se ha ocupado absolutamente de ellas: son por lo comun simples hipótesis, sin consistencia, que nada esplican y que no resisten ante la reflexion. Los soberanos no mandan con eficacia y de un modo duradero, sino dentro del circulo de las cosas decididas por la opinion; y no son ellos quienes trazan este circulo. Hay en todos los paises cosas mucho menos violentas que la guerra y que jamás un soberano se atreveria á mandar. Acordaos de una chanzoneta que me digisteis un dia respecto á una nacion que tiene una academia de ciencias, un observatorio astronómico y un calendario falso. Me añadiais, tomándolo por lo serio, lo que habiais oido decir á un hombre de estado de ese pais: *Que no se consideraria del todo seguro en querer innovar sobre este punto; y que bajo los auspicios del último gobierno, tan distinguido por sus ideas liberales (como hoy se dice), jamás se habia intentado emprender ese cambio.* Me preguntásteis hasta qué pensaba yo de ello. Sea como quiera, ya veis que hay asuntos mucho menos esenciales que la guerra, sobre los que la autoridad conoce que no debe comprometerse; y tened en cuenta que no se trata de esplicar la posibilidad, sino la facilidad de la guerra. Para cortar las barbas, para acortar los vestidos, necesitó Pedro I de toda la fortaleza de su invencible carácter, y para conducir innumerables legiones al campo de batalla, aun en la época en que era batido para aprender á batir, no necesitó, como los otros soberanos, sino hablar. Hay, sin embargo, en el hombre, á pesar de su inmensa degradacion, un elemento de amor que le lleva hácia sus semejantes: la compasion le es tan natural como la respiracion. ¿Por qué magia inconcebible está siempre dispuesto á despojarse al primer golpe de caja de ese sagrado carácter para ir sin resistencia, y aun muchas veces con cierta alegría, que tiene tambien su carácter particular á hacer pedazos en el campo de batalla á su hermano que jamas le ha ofendido, y que avanza por su parte para hacerle sufrir si puede la misma suerte? Yo concebiria acaso una guerra nacional: ¿pero cuantas guerras hay de esta clase? Acaso una cada mil años: en cuanto á las otras, sobre todo entre naciones civilizadas que razonan y que saben lo que hacen, declaro que no las comprendo. Se podrá decir: *la gloria lo esplica todo;* pero en primer lugar la gloria no es mas que para los gefes; en segundo lugar, esto es rechazar la dificultad; porque yo pregunto precisamente de donde proviene esa gloria extraordinaria concedida á la guerra. A mi se me ha presentado algunas veces

una vision, que quiero participaros. Imagino que una inteligencia estraña á nuestro globo viene á él por alguna razon suficiente, y cuestiona con alguno de nosotros acerca del orden que reina en este mundo. Entre las cosas curiosas que se le cuentan, se le dice que la corrupcion y los vicios de que se le han instruido perfectamente, exigen que el hombre en ciertas circunstancias muera por la mano del hombre; que ese derecho de matar sin contraer un crimen, no está confiado entre nosotros mas que al verdugo y al soldado. «El uno, se añadirá, da la muerte á los culpables convencidos y condenados, y sus ejecuciones son felizmente tan raras que uno solo de estos ministros de la muerte, es suficiente para toda una provincia. En cuanto á los soldados nunca hay bastantes: porque deben matar sin medida, y siempre á gentes honradas. De estos dos matadores de profesion, el soldado y el ejecutor, el uno está muy honrado y lo ha estado siempre en todas las naciones que han habitado hasta hoy en el globo á que habeis venido; el otro, por el contrario, es declarado generalmente infame: adivinais sobre quien cae el anatema?»

Ciertamente que el genio viagero no vacilaria un momento; haria del verdugo todos los elogios que vos, señor conde, no habeis podido rehusarle, á pesar de nuestras preocupaciones cuando nos hablais de ese gentil hombre, como decia Voltaire «Es un ser sublime, nos diria; es la piedra angular de la sociedad, puesto que el crimen ha venido á habitar vuestra tierra y que no puede ser detenido mas que por el castigo; quitad del mundo al ejecutor, y el orden desaparece con él. Y por otra parte, qué grandeza de alma! ¡qué noble desentirés no debe suponerse necesariamente en un hombre que se dedica a funciones tan respetables sin duda ninguna, pero tan penosas y tan contrarias á vuestra naturaleza! Porque yo me he apercibido desde que estoy entre vosotros, que cuando es á sangre fria os cuesta trabajo hasta el matar un pollo. Estoy persuadido pues, de que la opinion lo rodea del honor que necesita y que se le debe por tan justo titulo. En cuanto al soldado, es en toda la estension de la palabra un ministro de crueldades y de injusticias. ¿Cuántas guerras hay que sean evidentemente justas? ¿Cuántas no hay que sean evidentemente injustas! ¿Que de injusticias particulares, qué de horrores y atrocidades inútiles! Asi que, imagino que la opinion entre vosotros ha vertido justisimamente tanta infamia sobre la cabeza del soldado como de gloria ha ceñido en las sienas del impasible ejecutor de los decretos de la justicia soberana.»

Ya sabeis, señores, la verdad de todo esto, y cuanto se habria equivocado el genio! El militar y el verdugo ocupan en efecto las dos estremidades de la escala social, pero en inverso sentido de

esta bella teoría. Nada hay tan noble como el primero; nada tan abyecto como el segundo: y no haré un juego de palabras diciendo que sus funciones no se acercan sino alejándose; ellos se tocan como el primer grado en el círculo toca al 360<sup>o</sup> precisamente porque no hay otro más lejano (1). El militar es tan noble, que ennoblece hasta lo más innoble que hay en la opinión general, pues que puede ejercer las funciones de verdugo sin envilecerse, y puesto sin embargo que no ejecuta sino á sus compañeros y que para darles la muerte solo se sirve de sus propias armas.

#### EL CABALLERO.

Ah! querido amigo, qué cosa tan importante habeis dicho! En todo país en que por cualquiera consideracion que pueda imaginarse, se llegará á hacer ejecutar por el soldado á los culpables que no pertenecieran á su profesion, en un abrir y cerrar de ojos y sin saber por qué, se veria desaparecer la aureola que rodea la cabeza del militar: se le temeria, no hay duda; porque toda persona que tiene facultad de disponer de un buen fusil provisto de una buena llave, se le tiene mucho respeto; pero ese indefinible encanto del honor desaparecería para siempre. El oficial nada sería ya como oficial: si tuviera la circunstancia del nacimiento y de las virtudes, podría ser bien considerado á pesar de su graduacion, en vez de serlo por su graduacion, él la ennoblecería, en vez de ser ennoblecido por ella; y si ese grado produjera grandes sueldos, conseguiría el premio de la riqueza, jamás el de la nobleza; pero habeis dicho, señor senador: «A pesar sin embargo, de que el soldado no ejecuta mas que á sus compañeros, y que para hacerlos morir, no emplea otras armas que las de su profesion.» Convendría añadir; y puesto que se trata de un crimen militar: cuando se trata de un crimen feo ya es negocio del verdugo.

#### EL CONDE.

En efecto, esta es la costumbre. Comptiendo á los tribunales el conocimiento de los delitos comunes, se les entregan los soldados acusados de esta clase de crímenes. Sin embargo, si al soberano le conviniese mandar otra cosa, estoy muy lejos de mirar como cierto que fuese lastimado el carácter del soldado; pero respecto á las otras dos cuestiones, estamos los tres muy conformes, y no dudamos que este carácter sería irremisiblemente

(1) Me parece, aunque no pueda asegurarlo, que esta feliz comparacion pertenece al marqués de Mirabeau, que tiene alguna parte en el *Amigo de los hombres*.

infamado si se precisara al soldado á fusilar al simple ciudadano ó hacer morir á su camarada por medio del fuego, ó por la cuerda. Para mantener el honor y la disciplina de un cuerpo ó de una asociacion cualquiera, las recompensas privilegiadas tienen menos fuerza que los castigos privilegiados: los romanos, el pueblo más sensato y más guerrero á la vez de la antigüedad, concibió una idea singular con respecto á los castigos militares de simple correccion. Persuadidos de que no podía haber disciplina donde no hubiese castigo, y no queriendo por otra parte envilecer al que daba golpes ni al que los recibía, idearon consagrar de algun modo el castigo militar: para esto escogieron un palo, el más inútil para todos los usos de la vida, la vid; y lo destinaron únicamente á castigar al soldado. La vid, en mano del Centurion era el signo de su autoridad y el instrumento de los castigos corporales, no capitales. Las baquetas, en general, eran entre los romanos una pena reconocida por la ley (1); pero ningún hombre que no fuese militar, podía ser golpeado con la vid, y ninguna vara que no fuese de vid podía servir para golpear á un militar. No sé como semejante idea no se ha presentado al espíritu de ningún soberano moderno. Si yo hubiera sido consultado sobre este punto, mi pensamiento no hubiera recaído sobre la vid, porque nada valen las imitaciones serviles; propondría el laurel.

#### EL CABALLERO.

Vuestra idea me encanta, y tanto más cuanto la creo muy susceptible de ser puesta en ejecucion. Presentaría con mucho gusto, os lo aseguro, á S. M. I. el plan de un vasto invernáculo que sería establecido en la capital y destinado esclusivamente á producir el laurel necesario para surtir de varillas de disciplina á todos los oficiales subalternos de la armada rusa. Este invernáculo estaría bajo la inspeccion de un oficial general, caballero de S. Jorge cuando menos de segunda clase, que llevaría el título de *inspector superior del invernáculo de los laureles*: las plantas no podrían ser cortadas y trabajadas sino por inválidos antiguos y de reputacion intachable. El modelo de las varillas, que deberían ser todas exactamente iguales, descansaría para servicio de las guerras en un estuche de plata sobredorada; cada varilla debería suspenderse de la botonadura de un oficial subalterno, por medio de una cinta de S. Jorge, y sobre el frontispicio del in-

(1) Le daba hasta un nombre bastante dulce, pues le llamaba simplemente *aviso de baston*; al mismo tiempo que llamaba *castigo* la pena de los azotes que tenía algo de deshonorosa. *Fustium admonitio, flagellorum castigatio* (Callistratus, in lege VII. Digest. de Pœnis).

vernáculo se leería: *es mi madera quien produce mis hojas*. En verdad que esta inocentada no sería bárbara. La única cosa que me embaraza un poco es que los caporales...

EL SENADOR.

Mi joven amigo, cualquiera genio que exista, sea de cualquier país, es imposible que pueda improvisar un código sin respirar y sin cometer una sola falta, aun cuando no se tratase sino del *código de la baqueta*; así pues, mientras que pensáis en ello con mas madurez permitid que continúe.

Aun cuando el militar sea en si mismo peligroso para el bien estar y las libertades de las naciones, porque la divisa de esta profesion será siempre, poco mas ó menos la de Aquiles: *fero nego mihi nata*; al menos las naciones mas celosas de sus libertades, jamás han pensado de otro modo que los demas hombres sobre la preeminencia de la profesion militar (1); la antigüedad no ha pensado sobre este punto de otra manera que nosotros; y es una de esas, acerca de las cuales todos los hombres han estado constantemente de acuerdo y lo estarán siempre. Ved pues el problema que os propuse: *esplicadme, ¿por qué lo mas honorifico que hay en el mundo, á juicio de todo el género humano sin escepcion, es el derecho de verter inocentemente sangre inocente?* Observad de cerca y vereis que hay alguna cosa de misteriosa é inesplicable, en el precio extraordinario que los hombres han tenido á la gloria militar; además que si no escuchamos mas que la teoria y los razonamientos humanos, seremos conducidos á ideas enteramente opuestas; no se trata pues de esplicar la posibilidad de la guerra por la gloria que la rodea: se trata ante todo de esplicar esta misma gloria, lo que no es muy facil. Quiero tambien paticiparos otra idea sobre el mismo objeto. Mil y mil veces se nos ha dicho que estando las naciones en desavenencias unas con otras en el estado de naturaleza, no podian terminar sus diferencias sino por la guerra. Mas puesto que hoy tengo el humor interrogante, preguntaré tambien «¿por qué todas las naciones han permanecido respectivas en el estado de naturaleza, sin haber hecho jamás un solo ensayo, una sola tentativa para salir de él?». Segun las locas doctrinas en que se ha mecido nuestra juventud, hubo un tiempo en que los hombres no vivian en socie-

(1) En todas partes, dice Jenofonte, donde los hombres son religiosos, guerreros y obedientes, ¿cómo no ha de ser uno justo, recto, lleno de buenas esperanzas? (Hist. græc. III, 4, 8). En efecto, estos tres puntos lo encierran todo.

dad, y á este estado imaginario, se le ha llamado ridiculamente el *estado de naturaleza*. Se añade que habiendo los hombres calculado doctamente las ventajas de ambos estados, se determinaron por el que vemos...

EL CONDE.

¿Quereis permitirme que os interrumpa un instante para paticiparos una reflexion que se presenta á mi espíritu contra esa doctrina que tan justamente calificais de loca? El salvaje tiene tal apego á sus hábitos mas brutales, que nada es capaz de desagradarle de ellos. ¿Habeis visto sin duda al principio del *Discurso sobre desigualdad de las condiciones*, la estampa grabada de acuerdo con la historieta verdadera ó falsa del Hotentote que regresa á la casa de sus iguales? Rousseau no sospechaba que ese titulo fuese un poderoso argumento contra el libro. El salvaje ve nuestras artes, nuestras leyes, nuestras ciencias, nuestro lujo, nuestra delicadeza, nuestros goces de toda especie, y sobre todo, nuestra superioridad, que no puede desconocer, y que sin embargo podria escitar algunos deseos en los corazones que fuesen accesibles á ellos; pero todo esto ni siquiera le mueve, y constantemente se vuelve á las guaridas de sus iguales. Si pues el salvaje de nuestros dias, teniendo conocimiento de ambos estados, y pudiéndolos comparar diariamente en ciertos países, permanece inalterable en el suyo, ¿cómo se quiere que el salvaje primitivo hubiera salido por via de deliberacion, para pasar á otro estado de que no tenia ningun conocimiento? Siendo pues, la sociedad tan antigua como el hombre, el salvaje desde luego no es, ni puede ser mas que un hombre degradado y castigado. En verdad, no veo nada tan claro para el buen sentido, que no quiere sofisticar.

EL SENADOR.

*Predicáis como un convertido*, como dice el proverbio; os doy, sin embargo, las gracias por vuestra reflexion, pues jamás hay bastantes armas contra el error. Mas para volver á lo que decia hace un instante, de si el hombre ha pasado del *estado de naturaleza*, en el sentido vulgar de esta palabra, al estado de civilizacion, por deliberacion ó por *casualidad* (hablo todavia el lenguaje de los insensatos), ¿por qué las naciones no han tenido tanto ánimo ó tanta dicha como los individuos? ¿y cómo no han convenido jamás en una sociedad general para terminar las querellas de naciones, como han convenido en una soberania nacional

para terminar las de las particulares? Se tendrá por bueno poner en ridiculo la *impracticable paz del abate de Saint-Pierre*, (porque desde luego convengo que es impracticable); pero yo pregunto, ¿por qué las naciones no han podido elevarse al estado social como las particulares? ¿Cómo, sobre todo, la celebrada Europa no ha intentado jamás nada en este género? Esta misma cuestion dirijo en particular á los agentes con mas confianza todavia: ¿cómo Dios, que es el autor de la sociedad, de los individuos, no ha permitido que el hombre, su criatura predilecta, que ha recibido el carácter divino de la perfectibilidad, no haya tratado siquiera de levantarse hasta la sociedad de las naciones? Todas las razones imaginables para sostener que esta sociedad es imposible, militarán igualmente contra la sociedad de los individuos. El argumento que principalmente se sacaria de la impracticable universalidad, que es necesario dar á la grande soberania, no tendria fuerza ninguna, porque es falso que ella debiese abrazar todo el universo. Las naciones están suficientemente clasificadas y divididas por los rios, por los mares, por las montañas, por las religiones, y sobre todo por las lenguas, que tienen mas ó menos afinidad. Y cuando cierto número de naciones convinieran por sí solas en pasar *al estado de civilizacion*, este seria ya de hecho un gran paso dado en favor de la humanidad. Las otras naciones, se dirá, caerian sobre ellas: ah! qué importa? Estarian siempre mas tranquilas entre sí mismas, y mas fuertes á vista de las otras; y esto les bastaba. La perfeccion no es del todo necesaria sobre este punto: esto seria aproximarse mucho, y no puedo persuadirme, que se haya jamás intentado nada en este género sin una ley oculta y terrible, que tiene necesidad de sangre humana.

EL CONDE.

Mirais como un hecho incontestable, que jamas se ha intentado esta *civilizacion de las naciones*: es cierto, sin embargo, que se ha intentado muchas veces, y aun con obstinacion; pero á la verdad, sin saber lo que se hacia; lo cual era una circunstancia muy favorable al éxito, y se estaba en efecto muy cerca de realizarse, al menos tanto como lo permite la imperfeccion de nuestra naturaleza. Pero los hombres se engañaron; tomaron una cosa por otra, y todo fracasó en virtud, segun todas las apariencias, de esa ley oculta y terrible de que nos hablamos.

EL SENADOR.

Si yo no temiese perder el hilo de mis ideas, os propondria al-

gunas cuestiones. Observad, pues, os lo suplico, un fenómeno muy digno de vuestra atencion; y es que la profesion de la guerra, como tal vez se podria creer ó temer, si la esperiencia no nos lo enseñase, no contribuye de ningun modo á degradar, á volver feroz ó duro, al menos al que la ejerce: por el contrario, contribuye á perfeccionarle. El hombre mas apreciado, es ordinariamente el militar honrado, y yo por mi parte siempre he hecho un caso particular, como os lo decia últimamente, del buen sentido militar. Le prefiero infinitamente á los largos rodeos de gentes de negocios. En el comercio ordinario de la vida, los militares son mas amables, mas asequibles, y aun muchas veces, á mi juicio, mas serviciales que los demas hombres. En medio de las turbulencias politicas, se muestran generalmente intrépidos defensores de las máximas antiguas; y lo mas sutiles solismas se estrellan casi siempre en su rectitud: se ocupan con gusto en cosas de conocimientos útiles, de la economia política por ejemplo: la única obra, tal vez, que la antigüedad nos ha dejado sobre esta materia, es de un militar, Xenofonte; y la primer obra del mismo género que se ha señalado en Francia, es tambien de un militar, el mariscal Vauvau. La religion entre ellos se une al honor de una manera notable; y aun cuando ella tenga motivos para reprocharles graves faltas de conducta, no le rehusará su espada, si de ella tiene necesidad. Se vocifera mucho la *licencia de los campamentos*: sin duda que es grande, pero el soldado comunmente no encuentra estos vicios en los campamentos; él mismo los lleva. Un pueblo moral y austero, proporciona siempre excelentes soldados, temibles solamente en el campo de batalla. La virtud y aun la piedad se avienen muy bien con el valor militar; léjos de debilitar al guerrero, le exaltan. El cilicio no embarazaba á San Luis bajo la coraza. El mismo Voltaire ha convenido de buena fé, que un ejército dispuesto para obedecer á Dios, seria invencible. (1) Las cartas de Racine han manifestado sin duda, que cuando seguia al ejército de Luis XIV, en 1691, en calidad de historiador de Francia, nunca asistia á misa en el campo sin ver comulgar allí algun mosquetero con la mayor edificacion.

Buscad en las obras espirituales de Fenelon la carta que escribia á un oficial amigo suyo. Desesperado de que no se le hubiera empleado en el ejército como anhelaba, este hombre habia sido conducido probablemente por el mismo Fenelon al camino de la mas alta perfeccion; habia llegado *al amor puro y á la muerte*

(1) Voltaire hizo esta confesion á propósito del valiente y piadoso marques de Fenelon, muerto en la batalla de Rocoux. (*Historia de Luis XV*, tomo I, cap. XVIII.)

de los místicos. Pero, ¿creeréis tal vez que el alma tierna y amante del Cisne de Cambrai, encontrará compensaciones para su amigo en las escenas de carnicería, en las cuales no deberá tomar ninguna parte, que le dirá: *ante todo sois feliz; no vereis los horrores de la guerra y el espantoso espectáculo de los crímenes que acarrea?* Se guarda muy bien de dirigirle este concepto de pusilanimidad; por el contrario, le consuela y se aflige con él. Ve en esta privación una lamentable desgracia, una amarga cruz, propio todo para apartarse del mundo.

¿Y qué diremos de este otro oficial á quien Madama Guyon escribía, que no debía inquietarse si alguna vez le sucedía perder la misa en dias de trabajo, *sobre todo en el ejército?* Los escritores que nos cuentan estas anécdotas vivían sin embargo, en un siglo que á mi parecer era algo guerrero, lo que prueba que nada se aviene tan perfectamente en este mundo como el espíritu religioso y el espíritu militar.

EL CABALLERO.

Estoy muy lejos de contradecir esta verdad; sin embargo es necesario convenir en que si la virtud no amengua el valor militar, puede al menos prescindir de ella; pues en ciertas épocas se han vistos legiones de ateos obtener triunfos prodigiosos.

EL SENADOR.

Os suplico me digais porque, si estos ateos combatían á otros? Mas permitidme continuar. No solamente la profesion militar se une generalmente muy bien con la moralidad del hombre, sino lo que todavía parece mas extraño es, que de ningun modo amortigua las virtudes dulces que parecen mas opuestas á la profesion de las armas. Los caracteres mas dulces aman la guerra, la desean y la hacen con pasión. A la primera señal, ese amable joven educado en el horror de la violencia y de la sangre, se lanza del hogar paterno y corre con las armas en la mano á buscar sobre el campo de batalla al que él llama *enemigo*, sin saber todavía lo que es un enemigo. Ayer se hubiera encontrado de mal humor si por casualidad hubiera muerto al canario de su hermana; mañana le vereis subir sobre un monton de cadáveres, *para ver mas lejos*, como decia Charron. La sangre que corre por todas partes no hace mas que animarle á derramar la suya y la de los otros: se inflama por grados, y llegará hasta el *entusiasmo de la carnicería*.

EL CABALLERO.

Nada exajerais; antes de llegar á la edad de veinticinco años, habia visto tres veces *el entusiasmo de la carnicería*; yo mismo lo espermenté y me acuerdo sobre todo de un terrible momento en que hubiera pasado al filo de mi espada á todo un ejército, si para ello hubiera tenido poder.

EL SENADOR.

Pero si en este momento que hablamos se os propusiese oprimir la blanca paloma con la sangre fria de un cocinero, despues...

EL CABALLERO.

Alto ahí! que lastimais mi corazon.

EL SENADOR.

Ved ahí precisamente el fenomeno de que os hablaba poco ha. El espantoso espectáculo de la matanza, no endurece al verdadero guerrero. En medio de la sangre que él hace correr, es humano, como es casta la esposa en los transportes del amor. Luego que envaina su espada, la santa humanidad recupera sus derechos, y tal vez los sentimientos mas exaltados y mas generosos se encuentran en los militares. Recordad, caballero, el gran siglo de la Francia. Entonces la religion, el valor y la ciencia estaban puestos, por decirlo asi, en equilibrio; de él resultó este bello carácter que todos los pueblos saludaron por una aclamacion unánime como el modelo del carácter europeo. Separad el primer elemento, es decir el conjunto, y entonces toda la belleza desaparece. No se conoce bastante cuan necesario es este elemento para todo, y el gran papel que desempeña allí donde los observadores ligeros podrian creerlo extraño. El espíritu divino que endulzaba hasta los castigos de la eterna justicia, y la *guerra europea* quedarán siempre gravados en los anales del universo. Se mataba, sin duda, se quemaba, se saqueaba, y aun si quereis se cometían mil y mil crímenes inútiles; pero al menos se comenzaba la guerra en el mes de mayo, se terminaba en el mes de diciembre, se dormía entre sábanas; el soldado solamente combatía al soldado. Jamas estaban las naciones en guerra, y todo lo que es debil, era sagrado á traves de las escenas lúgubres de este rio devastador.

Era, sin embargo, magnífico espectáculo el ver á todos los soberanos de Europa contenerse, por no sé qué moderación imperiosa, en pedir jamás, aun en los momentos de un grande peligro, todo lo que era posible obtener: se servían dulcemente del hombre, y todos conducidos por una fuerza invisible, evitaban descargar sobre la soberanía enemiga ninguno de esos golpes que pueden resaltar; gloria, honor, alabanza eterna á la ley de amor proclamada sin cesar en el centro de la Europa! Ninguna nación triunfaba de la otra; la guerra antigua ya no existía mas que en los libros ó entre pueblos *sentados á la sombra de la muerte*; una provincia, una ciudad, y aun muchas veces, algunas villas, terminaban, cambiando de señor, encarnizadas guerras. Mutuos respetos, la política mas refinada sabían mostrarse en medio del estruendo de las armas. La bomba en los aires respetaba el palacio de los reyes; las danzas, los espectáculos servían mas de una vez de intermedios en los combates. El oficial enemigo, invitado á estas fiestas, venía á hablar en ellas con semblante risueño de la batalla que debía darse á la mañana siguiente; y en los horrores de la mas sangrienta refriega, la oreja del moribundo podia oír el acento de la piedad y las fórmulas de la cortesania. A la primera señal de combate, se levantaban numerosos hospitales por todas partes: la medicina, la cirugía, la farmacia ofrecían, sus numerosos adeptos; en medio de ellos se elevaba el genio de *San Juan de Dios* y de *San Vicente de Paul*, mas grande, mas fuerte que el hombre; constante como la fé, activo como la esperanza, ingenioso como el amor. Todas las victimas vivientes eran recogidas asistidas y consoladas: toda herida era tocada por la mano de la ciencia y por la de la caridad!... Hablabais hace poco caballero, de legiones de ateos que han obtenido triunfos prodijiosos; yo creo que si se pudiesen regimentar tigres, todavia veriamos mayores maravillas: jamás el cristianismo, si lo mirais de cerca os parecerá mas sublime, mas digno de Dios, y mas propio para el hombre, que en la guerra. Por lo demas, cuando habeis dicho *legiones de ateos*, habeis entendido esto literalmente; pero suponed á estas legiones tan malvadas como pueden serlo; ¿sabéis de qué modo podria combatirseles con ventaja? Seria oponiéndoles el principio enteramente opuesto á aquel bajo el cual estuviesen constituidos. Estad bien seguro que las *legiones de ateos*, no combatirian contra *legiones fulminantes*.

En fin, señores, las funciones del soldado son terribles; pero es necesario que se dirijan por una gran ley del mundo espiritual, y no debe admirar que todas las naciones del universo hayan acordado ver en esta balanza alguna cosa todavia mas par-

ticularmente divina que en las otras; creed que no sin gran razon brilla el titulo de DIOS DE LOS EJERCITOS en todas las páginas de la Santa Escritura. ¡Culpables mortales, y desgraciados, puesto que somos culpables! esto es lo que nos hace necesarios todos los males físicos, pero sobre todo la guerra; los hombres se unen ordinariamente á los soberanos, y nada es mas natural: Horacio decia burlándose:

«Por delirios de reyes los pueblos castigados.»

Pero Juan Jacobo Rousseau ha dicho, con mas gravedad y verdadera filosofía:

«La ira de los reyes es la que arma la tierra,»

«Mas ira del cielo es la que arma los reyes.»

Observad ademas, que esta ley tan terrible de la guerra, no es, sin embargo, mas que un capítulo de la ley general que gravita sobre el universo.

En el vasto dominio de la naturaleza viviente, reina una violencia manifiesta, una especie de rabia prescrita, que arma todos los seres, *in mutua funera*: desde que salís del reino insensible, os encontrais con el decreto de la muerte violenta, escrito sobre las fronteras mismas de la vida. Ya en el reino vegetal se comienza á sentir la ley: desde el inmenso catalpa hasta la mas humilde yerbecilla, ¿cuantas plantas *mueren*, y á cuantas se les quita la *vida*! Pero tan luego como entraís en el reino animal, la ley toma en seguida una espantosa evidencia. Una fuerza oculta y palpable á la vez, se muestra continuamente ocupada en poner al descubierto el principio de la vida por medios violentos. Cada gran division de la especie animal, ha elegido cierto número de animales, á quienes ha dado el encargo de devorar á los demas: asi pues, hay insectos de presa, reptiles de presa, pájaros de presa, peces de presa, y cuadrúpedos de presa. No pasa un instante sin que un ser viviente sea devorado por otro. Sobre estas numerosas razas de animales está colocado el hombre, cuya mano destructora no deja libre nada de lo que vive; mata para alimentarse, mata para vestirse, mata para resguardarse, mata para atacar, mata para defenderse, mata para instruirse, mata para divertirse, mata por matar; rey soberbio y terrible, necesita de todo y nada le resiste. Sabe que la cabeza del tiburón ó de la ballena, le proporcionará pipas de aceite; su delicado alfiler pica sobre el carton de los museos la elegante mariposa que ha cojido al vuelo en la cima de Mont-Blanc ó de Chimborazo; disecca el cocodrilo; embalsama el colibri; á su ór-

den la serpiente de cascabel viene á morir en el licor conservador que debe mostrarla intacta á los ojos de una larga serie de observadores. El caballo que lleva á su dueño á la caza del tigre, se pavonea bajo la piel de este mismo animal; el hombre pídelo todo á la vez, al cordero sus entrañas para hacer resonar un arpa; á la ballena sus barbas para armar el corsé de la joven virgen; al lobo su diente mas mortífero para pulir las obras ligeras del arte; al elefante sus colmillos para adornar el juguete de un niño: sus mesas están cubiertas de cadáveres. El filósofo puede hasta descubrir de que modo la matanza permanente está prevista y ordenada en todo el mundo. ¿Pero esta ley se detendrá en el hombre? No sin duda. ¿Pues entonces qué ser esterminará á aquel que á todos estermina?

El mismo. El hombre es quien está encargado de degollar al hombre. ¿Pero como podrá ejecutar esta ley, él que es un ser moral y compasivo; él que ha nacido para amar; él que llora por vosotros como por si mismo, que encuentra placer en llorar y que acaba por inventar ficciones, por hacerse llorar; él en fin, de quien se ha dicho que *será responsable hasta de la última gota de sangre que haya derramado injustamente?* (1) La guerra es la que está encargada de ejecutar el decreto. ¿No oís la tierra que grita y pide sangre? La sangre de los animales no le basta, ni aun la de los culpables vertida por la espada de las leyes. Si la justicia humana hiriese á todos, ya no habría guerra; pero no hace mas que concretarse á un pequeño número y aun muchas veces con economía, sin dudar que su ferocidad humana contribuye á hacer mas necesaria la guerra, si, sobre todo en el mismo tiempo ú otro no menos estúpido y funesto, trabajaba por estender la espacion en el mundo. La tierra no ha gritado en vano, la guerra se ha encendido. El hombre, inflamado de repente con un furor divino extraño al odio y á la cólera, se arroja sobre el campo de batalla sin saber lo que quiere ni aun lo que hace. ¿Qué significa, pues ese terrible enigma?... Nada hay mas contrario á su naturaleza, y nada le repugna menos: hace con entusiasmo aquello de que se horroriza. ¿No habeis notado alguna vez que sobre el campo de la muerte el hombre no desobedece jamás? Podrá muy bien asesinar á Nerva ó á Enrique IV; pero el mas abominable tirano, el mas insolente carnicero de carne humana, no oirá jamás allí: *Nosotros ya no queremos servirlos.* Un motin sobre el campo de batalla, una conjuración para derrocar al tirano reinante, es un fenómeno, que no se presenta á mi memoria. Nada resiste, nada puede resistir á la fuerza que arrastra al hombre al combate; inocente mor-

(1) Gen. IX, 5.

tal, instrumento pasivo de una mano terrible, *se arroja con humildad en el abismo que él mismo se ha abierto; recibe la muerte sin dudar que es él mismo quien ha hecho la muerte.* (1)

De este modo se cumple sin cesar, desde el mas pequeño insecto, hasta el hombre la gran ley de la destruccion violenta de los seres vivientes. La tierra entera, empapada continuamente de sangre, no es mas que un altar inmenso donde todo lo que vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin descanso, hasta la consumacion de las cosas, hasta la estincion del mal, hasta la muerte de la muerte. (2)

Pero el anatema debe herir mas directa y visiblemente a hombre: el ángel esterminador gira como el sol al rededor de este desgraciado globo, y no deja respirar á una nacion sino para herir á otras. Mas cuando los crímenes, y sobre todo los crímenes de cierto género, se han acumulado hasta un punto dado, el ángel emprende sin medida su vuelo infatigable. Semejante á la ardiente antorcha agitada rápidamente, la inmensa velocidad de su movimiento le hace estar á la vez sobre todos los puntos de su terrible órbita. Hiere en un instante á todos los pueblos de la tierra; otras veces ministro de una venganza precisa é infalible, se ceba sobre ciertas naciones y las deja bañadas en sangre. No espereis que ellas hagan ningun esfuerzo para escapar á su reprobacion ó para abreviarla. Se cree ver á estos grandes culpables, iluminados por su conciencia, que piden el suplicio y lo aceptan para encontrar en él la expiacion. Mientras á ellas les quede sangre vendrán á ofrecerla: y bien pronto *una escasa juventud* contará estas guerras desoladoras producidas por los crímenes de sus padres.

La guerra es, pues, casi divina en si misma puesto que es una ley del mundo.

La guerra es divina por sus consecuencias de un orden sobrenatural, tanto generales como particulares; consecuencias poco conocidas porque son poco buscadas, pero que no son por eso menos incontestables. ¿Quién podrá dudar que la muerte encontrada en los combates tiene grandes privilegios? ¿Y quién podrá creer que las victimas de esta espantosa condenacion hayan vertido su sangre en vano? Pero no es tiempo de insistir sobre esta clase de materias; nuestro siglo no está bastante maduro para ocuparse de ellas; dejémosle su física y tengámos sin embargo siempre fijos nuestros ojos sobre este mundo invisible que todo lo esplica.

(1) *Et infixae sunt gentes in interitum quem fecerunt.* (B. IX, 16.)

(2) *Porqué el último enemigo que debe ser destruido, es la muerte.* (San Pablo á los Cor. I, 13, 26.)



La guerra es divina en la gloria misteriosa que le rodea y en el atractivo no menos inesplicable que á ella nos conduce.

La guerra es divina en la proteccion otorgada á los grandes capitanes, aun á los mas arriesgados que raramente son heridos en los combates, solamente cuando su fama no puede crecer y cuando su mision está cumplida.

La guerra es divina por la manera con que se declara. No quiero excusar á nadie fuera de propósito; ¡pero cuántos á quienes se mira como autores inmediatos de las guerras son ellos mismos arrastrados por las circunstancias! En el momento preciso acarreado por los hombres y prescripto por la justicia, el mismo Dios se adelanta para vengar la iniquidad que los habitantes del mundo han cometido contra él. *La tierra ávida de sangre, como hemos oido hace algunos dias, abre la boca para recibirla y retenerla en su seno hasta que llegue el momento en que deberá devolverla.*

Ensalcemos, pues, cuanto se quiera al apreciable poeta que esclama:

Al menor interés que divide  
Las atronadoras magestades,  
Belona lleva la respuesta,  
Y siempre es el salitre el mensajero  
De sus carniceras voluntades.

Pero que estas consideraciones tan inferiores no sean un obstáculo para que dirijamos mas alto nuestras miradas.

La guerra es divina en sus resultados que son absolutamente imperceptibles á las especulaciones de la razon humana: porque pueden ser del todo diferentes entre dos naciones, aunque la accion de la guerra sea igual de una parte y de otra. Hay guerras que envilecen á las naciones y las envilecen por algunos siglos; otras las ensalzan, las perfeccionan de todos modos, y reemplazan bien pronto, lo que es muy extraño, las pérdidas momentáneas por un acrecentamiento visible de poblacion. La historia nos muestra muchas veces el espectáculo de una poblacion rica y creciente en medio de los combates mas sangrientos; pero hay guerras viciosas, guerras de maldicion, que la conciencia reconoce mejor que la razon; las naciones son heridas de muerte en su poder y en su carácter; entonces podeis ver al mismo vencedor degradado, empobrecido y gimiendo en medio de sus tristes laureles, mientras que sobre las tierras del vencido no encontrareis, fuera de algunos monumentos, ni taller, ni un arado que pida un hombre.

La guerra es divina por la indecible fortaleza con que deter-

mina los sucesos. Esto era seguramente, mi querido caballero, por lo que repetiais el otro dia sin reflexionar la célebre máxima de que *Dios está siempre por los grandes batallones*. Jamás hubiera creido que esta máxima pertenecia realmente al grande hombre á quien se atribuye (1), puede tal vez suceder que haya dicho esta máxima burlándose, ó con gravedad en un sentido limitado y verdadero; porque Dios en el gobierno temporal de su providencia no deroga (esceptuando el caso de milagro) las leyes generales que ha establecido para siempre. Asi como dos hombres tienen mas fuerza que uno, cien mil hombres deben tener mas fuerza de accion que cincuenta mil. Cuando pedimos á Dios la victoria, no le pedimos que derogue las leyes generales del universo; esto seria en extremo estravagante; pero estas leyes se combinan de mil maneras y por consiguiente se dejan vencer hasta un punto que no puede designarse. Tres hombres son mas fuertes sin duda que uno solo: la proposicion general es incontestable; pero un hombre hábil puede aprovecharse de ciertas circunstancias, y un solo Horacio matará á tres Curiaecos. *Un cuerpo que tiene mayor masa que otro, tiene mas movimiento*; en esto no cabe la menor duda, siendo las velocidades iguales; pero es igual si tiene tres de masa y dos de velocidad, ó tres de velocidad y dos de masa. Por esto mismo un ejército de cuarenta mil hombres es fisicamente inferior á otro ejército de sesenta mil; pero si el primero tiene mas valor, esperiencia y disciplina, podrá batir al segundo; puesto que con menos masa tiene mas accion, y esto es lo que vemos en cada página de la historia. Por otra parte las guerras suponen siempre una cierta igualdad; pues no siendo asi no hay guerra. Jamás he leído que la república de Ragusa haya declarado la guerra á los sultanes, ni la de Génova á los reyes de Francia. Siempre hay cierto equilibrio en el universo político, el cual no depende del hombre romperle (si se esceptúan ciertos casos raros, precisos y limitados); ved porqué las coaliciones son tan difíciles; si no existiesen, siendo la política tan poco gobernada por la justicia, todos los dias se uniría para destruir un poder; pero de estos proyectos llegan á realizarse muy pocos y la misma debilidad escapa con una facilidad que asombra en la historia. Cuando un poder muy preponderante aterroriza al universo, uno se irrita por no encontrar ningun medio para detenerle; se deshace en amargos reproches contra el egoismo y la immoralidad de los gabinetes que les impiden reunirse para conjurar el daño comun; este es el grito que se oyó en los hermosos dias de Luis XIV; pero en el

(1) Turenna.

fondo estas quejas no son fundadas. Una coalicion entre muchos soberanos, hecha sobre principios de una moral pura y desinteresada, seria un milagro. Dios que á nadie debe nada y que nada hace inútil, emplea para restablecer el equilibrio dos medios muy sencillos: ya el gigante se degüella á si mismo, ya un poder muy inferior arroja sobre su camino un obstáculo imperceptible, pero que crece en seguida y sin saber cómo y llega á hacerse insuperable; á la manera que una débil rama detenida en la corriente de un rio, produce al fin una acumulacion de malezas que le hace torcer su direccien.

Partiendo, pues, de la hipótesis de que el equilibrio, al menos aproximativo, tiene siempre lugar ó porque los poderes beligerantes son iguales, ó porque los mas débiles tienen aliados, ¿cuántas circunstancias imprevistas pueden trastornar el equilibrio y hacer abortar el éxito de los mas grandes proyectos, á despecho de todos los cálculos de la prudencia humana! Cuatro siglos antes de nuestra era las ocas salvaron el Capitolio; nueve siglos despues de la misma época, bajo el emperador Arnouffo, Roma fué tomada por causa de una liebre. Dudó que de una parte ni de otra se contase con tales aliados, ó que se temiese á semejantes enemigos. La historia está llena de acontecimientos tan inconcebibles que desconciertan las mas bellas especulaciones. Si por otra parte dirigis una mirada mas general sobre el papel que hace en la guerra el poder moral, convendreis desde luego que en ninguna parte la mano divina se hace sentir al hombre mas vivamente; se diria que es un departamento, permitidme la espresion, cuya direccion se ha reservado la Providencia, y en la cual no deja obrar al hombre mas que de una manera poco menos que mecánica, pues que los sucesos dependen casi enteramente de aquel de quien depende menos de ellos. Jamás se ha achacado tantas veces ni con tanta vehemencia como á la guerra su propia nulidad y su inevitable poder que todo lo regla. La opinion es quien pierde las batallas y la opinion es quien las gana. *El intrépido Esparciata ofrecia sacrificios al miedo.* (Rousseau se admira en cierta parte, y yo no sé por qué); Alejandro sacrificó tambien al miedo antes de la batalla de Arbelas. En efecto, estas gentes tenian mucha razon, y para rectificar esta devocion llena de sentimiento, basta rogar á Dios se digne no infundirnos pavor. ¡Pavor! Carlos V se burló muy á su gusto de este epitafio que leyó de paso: *Aquí yace, que nunca tuvo miedo.* ¿Y cuál es el hombre que no tuvo miedo en toda su vida? ¿Quién es el que no ha tenido ocasion de admirar en si mismo á su alrededor y en la historia la poderosa debilidad de esta pasion, que muchas veces parece tener mayor imperio sobre nosotros mismos á

medida que tiene menos motivos razonables? *Roguemos*, pues, señor caballero, que sea á vos, si os agrada, á quien este discurso se dirija, puesto que sois quien ha suscitado tales reflexiones; roguemos á Dios de todo corazon, á fin de que aleje de nosotros y de nuestros amigos el miedo que está á sus órdenes, y que puede destruir en un instante las mas bellas especulaciones militares.

No os espanteis de esta palabra *miedo*; porque si la tomais en su mas estricto sentido, podreis decir que lo que ella espresa es raro, y que es vergonzoso temerla. Hay una especie de miedo femenil que se marcha gritando, es permitido y aun ordenado de no mirarlo como posible, aunque desde luego parezca un fenómeno desconocido. Pero hay otro miedo mucho mas terrible que se apodera del corazon mas esforzado, le hiela de espanto, y le persuade que está vencido. Ved ahí el espantoso rayo, que siempre está sobre los ejércitos. Preguntaba yo cierto dia á un militar de primera categoria, á quien uno y otro conocéis: *Decidme, señor general, ¿qué es una batalla perdida? Yo jamás he comprendido bien esto.* Despues de un momento de silencio me respondió: *no lo sé.* Y despues de un segundo silencio añadió: *es una batalla que se creía haber perdido.* Nada es mas cierto. Un hombre que se bate con otro, es vencido desde el momento en que muere ó cae herido y el otro permanece derecho; no sucede lo mismo con dos ejércitos: el uno no puede ser muerto mientras que el otro permanece en pié. Las fuerzas se nivelan asi como los muertos, y sobre todo, despues que la invencion de la pólvora ha introducido mas igualdad en los medios de destruccion: una batalla no se pierde ya materialmente; es decir, porque haya mas muertos en un lado que en otro: Federico II que entendia algo de esto, decia: *vencer es avanzar.* ¿Pero quién es el que avanza? Es aquel cuya conciencia y presencia de ánimo hacen retroceder al otro. Recordad, señor conde, aquel jóven militar de vuestro particular conocimiento que os pintaba un dia en una de sus cartas, *este movimiento solemne en el cual sin saber por qué un ejército se siente llevado adelante como si rodase por un plano inclinado.* Me acuerdo que quedásteis impresionado de esta frase que espresa en efecto con maravillosa exactitud el momento decisivo, pero este momento escapa á la reflexion, y tened sobre todo entendido que de ninguna manera se trata del número en este asunto. El soldado que corre avanzando, ¿ha contado los muertos? La opinion es tan poderosa en la guerra, que de ella depende cambiar la naturaleza del mismo acontecimiento, y de darle dos nombres diferentes sin otra razon que su capricho. Un general se arroja entre dos cuerpos enemigos, y grita á su acompañamiento: *lo he*

cortado, es perdido. En seguida grita otra vez: *está metido entre dos fuegos, es perdido*. ¿Cuál de los dos está engañado? Aquel que se deje cojer por la *fria diosa*. Suponiendo todas las circunstancias, y sobre todo, la del número, iguales de una parte y de otra, al menos de una manera aproximativa, mostradme entre las dos posiciones una diferencia que no sea puramente moral. El término *de girar* es tambien una de las espresiones que la opinion dirige á la guerra como ella la entiende. Nada hay tan sabido como la respuesta de aquella mujer de Esparta á su hijo que se dolia por tener una espada muy corta: *avanza un paso*; pero si el jóven hubiera podido hacerse oír desde el campo de batalla y gritar á su madre: *retrocedo*, la noble Lacedemonia no hubiera dejado de responderle: *vuelve en tí*. La imaginacion es quien pierde las batallas (1).

No se sabe por lo tanto inmediatamente de dadas las batallas si han sido ganadas ó perdidas: es la mañana siguiente, y muchas veces dos ó tres dias despues. Se habla mucho en el mundo de batallas sin saber lo que son; se está sobre todo bastante espuesto á considerarlas como unos puntos, cuando á veces ocupan dos ó tres leguas de terreno; se dice con mucha gravedad: cómo, ¿no sabeis lo que ha pasado en ese combate, puesto que habeis estado en él? mientras que precisamente podria decirse muchas veces lo contrario. ¿El que está á la derecha sabe lo que pasa en la izquierda? ¿Sabe ni siquiera lo que pasa á dos pasos de él? Yo me represento fácilmente una de estas espantosas escenas: sobre un vasto terreno cubierto de todos los aprestos de la matanza, y que parece se mueven bajo los pasos de los hombres y de los caballos; en medio del fuego y de los torbellinos de humo; aturdido, transportado por el estruendo de las armas de fuego y de los instrumentos militares, por las voces de mando que llegan á formar una algazara ó á extinguirse; rodeado de muertos, de moribundos, de cadáveres mutilados; poseido alternativamente por el tenor y por la esperanza, por la rabia, por cinco ó seis emociones diferentes, ¿qué sucede al hombre? ¿qué vé? ¿qué sabe despues de algunas horas? ¿qué puede saber de si mismo ni de los otros? Entre esta tropa de guerreros que han combatido todo el dia, muchas veces no hay uno solo, y ni aun el mismo general que sepa quien es el vencedor. No tendria mas que citaros batallas modernas, batallas famosas, cuya memoria no perecerá jamás; batallas que han cambiado la faz de los negocios de Europa, y que no se han perdido sino porque tal ó cual hombre ha creído que en efecto lo estaban; de modo que supo-

(1) *Et qui primi omnium vincuntur, oculi.* (Tal)

niendo todas las circunstancias iguales, y sin que se haya vertido ni una gota de sangre mas de una parte que de otra, otro general hubiera hecho cantar un *Te-Deum*, y precisar á la historia á decir todo lo contrario de lo que debiera decir. Mas por favor, ¿en qué época se ha visto al poder moral hacer en la guerra un papel tan admirable como en nuestros dias? ¿No es verdaderamente mágico todo lo que hemos visto desde hace veinte años? Por esto sin duda á los hombres de esta época es á quienes con mas derecho pertenecen esclamar:

¿Qué tiempo fué jamás tan fecundo en milagros?

Pero sin salir del asunto que ahora nos ocupa, ¿hay por ventura en este género un solo acontecimiento contrario á los mas evidentes cálculos de la probabilidad, que no hayamos visto realizarse á despecho de la prudencia humana? ¿No hemos acabado hasta por ver batallas ganadas? Por lo demas, señores, no quiero exajerar nada, pues ya sabeis que tengo aversion particular á la exajeracion, que es la mentira entre gente vulgar. Por poca que encuentreis en lo que acabo de deciros, me someto á la condenacion, con tanta mas espontaneidad, cuanto que ninguna necesidad tengo de alcanzar razon en todo el rigor de esta palabra. Creo en general que las batallas no se ganan ni se pierden físicamente. No teniendo esta proposicion nada de rigida, se presta á todas las restricciones que juzgueis convenientes, puesto que á vuestra vez me concedeis (lo que ningun hombre sensato puede negarme) que el poder moral tiene una accion inmensa en la guerra, lo cual me basta. No hablemos ya pues, de *numerosos batallones*, caballero, porque no hay idea mas falsa ni mas grosera, si no se la restringe en el sentido que creo haber esplicado con bastante claridad.

EL CONDE.

Vuestra patria, señor Senador, no fué salvada por *numerosos batallones*, cuando á principios del siglo XVII el principe de Pajarski y un mercader de bestias llamado Mignin, la libertaron de un yugo insoportable. El honrado negociante prometió sus bienes y los de sus amigos, mostrando el cielo á Pajarski, que prometió su brazo y su sangre: comenzaron con mil hombres y consiguieron su objeto.

EL SENADOR.

Me alegro infinito de que se haya presentado este rasgo á vuestra memoria; mas la historia de todas las naciones está llena de

hechos semejantes que demuestran hasta qué punto puede el poder del número ser producido, escitado, debilitado ó destruido por una multitud de circunstancias que no dependen de nosotros. En cuanto á nuestros *Te-Deum* tan frecuentes, y muchas veces tan fuera de propósito, os los abandono con todo mi corazón, caballero. Si Dios nos imitase no contribuiría mas que á traernos su castigo; pero sabe lo que somos y nos trata segun nuestra ignorancia: por lo demas, aun cuando haya abusos en este punto como los hay en todas las cosas humanas, la costumbre general no es por esto menos santa y laudable.

Siempre es preciso pedir á Dios un éxito favorable, y siempre hay necesidad de que le manifestemos nuestro reconocimiento; y como nada hay en este mundo que dependa mas inmediatamente de Dios que la guerra, y cuyo poder natural sobre este punto ha restringido al hombre y quiere llamarse el *Dios de la guerra*, por lo tanto militan infinidad de razones para que redoblemos nuestros votos cuando nos vemos heridos por este terrible azote; por esto mismo y con mucha razon las naciones cristianas han convenido tácitamente cuando sus armas han sido victoriosas en espresar su reconocimiento para con el *Dios de los ejércitos* por un *Te-Deum*; porque no creo que para agradecerle las victorias que se obtienen de él, sea posible emplear una oracion mas bella: pertenece á vuestra iglesia, señor conde.

EL CONDE.

Si, ha nacido en Italia segun parece; y el titulo de *Himno ambrosiano* podría hacer creer que pertenece esclusivamente á San Ambrosio: sin embargo, se cree con bastante generalidad, y á la verdad sobre la fé de una simple tradicion, que el *Te-Deum* fué, si es permitido espresarme asi, *improvisado* en Milan por los dos grandes santos doctores S. Ambrosio y S. Agustin, en un transporte de fervor religioso; opinion que es bastante probable. En efecto, este cántico inimitable conservado, traducido por vuestra iglesia, y por las comuniones protestantes, no ofrece el menor vestigio de que sea una obra de trabajo y de meditacion; no es una composicion; es una *efusion*; es una ardiente poesia exenta de todo metro; es un dithyranbo divino, donde el entusiasmo volando con sus propias alas, desprecia todos los recursos del arte. Dudo que la fé, el amor, el reconocimiento, hayan hablado jamás un lenguaje mas verdadero ni mas penetrante.

EL CABALLERO.

Me recordais lo que nos habeis dicho en nuestra última velada sobre el carácter intrínseco de las diferentes oraciones. Es un asunto que jamás habia meditado; me poneis en deseo de hacer un curso de oraciones: esto sería un objeto de erudicion, puesto que todas las naciones hanorado.

EL CONDE.

Será un curso muy interesante y no de pura erudicion. Encontrareis en vuestro camino una multitud de observaciones interesantes; porque las preces de cada nacion son una especie de indicador que nos señala con exactitud matemática la posicion moral de aquella nacion. Los hebreos, por ejemplo, han dado á Dios alguna vez el nombre de *padre*; los paganos mismos han hecho grande uso de este titulo; pero cuando se llega á la oracion, es otra cosa; no encontrareis en toda la antigüedad profana ni aun en el antiguo testamento un solo ejemplo de que el hombre haya dado á Dios el titulo de *padre* al dirigirse á él en la oracion. Porque, pues, los hombres de la antigüedad, estraños á la revelacion de Moisés, no supieron espresar jamás el arrepentimiento en sus oraciones? Ellos tenian remordimientos como nosotros, puesto que tenian una conciencia; sus grandes criminales recorrian la tierra y los mares, para encontrar espiacones y espiacones: sacrificaban á los dioses irritados; se perfumaban, se bañaban en agua y sangre; pero nunca *su corazón estuvo contrito*: jamás supieron pedir perdon en sus oraciones. Ovidio, despues de otros mil, ha puesto estas palabras en boca de un hombre que perdona al culpable: *non quia tu dignus, sed quia matris ego*; pero ningun antiguo ha podido trasportar estas mismas palabras de la boca del culpable hablando á Dios. Tenemos la costumbre de traducir á Ovidio en la liturgia de la mesa cuando decimos: *non aestimator meriti sed venix largitor admitte*; sin embargo, decimos entonces lo que el género humano entero no ha podido decir jamás sin la revelacion; porque el hombre sabia muy bien que podría irritar á Dios ó á un Dios; pero no que podía ofenderle. Las palabras de *crimen* y de *criminal* pertenecen á todas las lenguas: las de *pecado* y de *pecador* no pertenecen mas que á la lengua cristiana. Por una razon del mismo género el hombre ha podido llamar siempre á Dios *padre*, lo que no espresa mas que una relacion de creacion y de poder; pero ningun hombre, en virtud de sus propias fuerzas, ha podido decir *mi padre*, porque esta es

una relacion de amor, estraña aun al monte Sinai, y que no pertenece mas que al Calvario.

Una observacion mas: la barbarie del pueblo hebreo es una de las tesis favoritas del siglo diez ocho; no es permitido otorgar á este pueblo ciencia alguna cualquiera que sea: no conocia la menor verdad fisica ni astronómica: para él la tierra no era mas que una *llanura*, y el cielo no era mas que un *pabellon*; su lengua se deriva de otra, y ninguna se deriva de ella; no tenia filosofia, ni artes, ni literatura; jamás antes de una época muy retrasada tuvieron las naciones extranjeras el menor conocimiento de los libros de Moisés, y es muy falso que las verdades de orden superior que se han encontrado diseminadas entre los escritores antiguos del paganismo, se deriven de este origen. Concedámoslo todo por complacencia: ¿de qué modo se concibe que esta misma nacion sea constantemente razonable, interesante, patética, y aun muchas veces sublime y maravillosa en sus oraciones? La Biblia en general, encierra una multitud de oraciones de que se ha formado un libro en nuestra lengua; pero todavia encierra mas en este género, el libro de los libros, el libro por excelencia y que no ha tenido rival, el libro de los Salmos.

EL SENADOR.

Hemos tenido ya una larga conversacion con el señor caballero sobre el libro de los salmos, por este motivo me compadezco como os compadezco á vos mismo por no entender el esclavon: porque la traduccion de los salmos que poseemos en este idioma es una obra maestra.

EL CONDE.

No lo dudo: todo el mundo está conforme en este particular, y por otra parte me basta vuestro voto; pero es necesario sobre este punto me perdoneis preocupaciones ó sistemas invencibles. Tres lenguas fueron consagradas en otro tiempo sobre el Calvario: el hebreo, el griego y el latin; quisiera que se hubiesen extinguido alli. Dos lenguas religiosas en el gabinete y una en la Iglesia es lo que basta. Por lo demas, honro todos los esfuerzos que se han hecho en este género en las diferentes naciones: sabeis muy bien que pocas veces nos sucede disputar juntos.

EL CABALLERO.

Hoy os repito lo que decia el otro dia á nuestro querido sena-

dor, tratando del mismo asunto; admiro un poco á David lo mismo que á Pindaro, quiero decir su palabra.

EL CONDE.

¿Qué decís, mi querido caballero? Pindaro no tiene nada de comun con David: el primero se ha tomado por sí mismo el cuidado de enseñarnos «que no hablaba sino á los sábios, y que le importaba muy poco el ser entendido por la multitud de sus contemporáneos, cerca de los cuales no estaba pesado de tener necesidad de intérpretes (1).» Para entender perfectamente á este poeta, no os bástaria *pronunciarlo*, ni aun *cantarlo*; todavia os seria indispensable el *danzarlo*. Os hablaré un dia de ese *zapato dórico*, muy admirado de los nuevos movimientos que le prescribia la mesa impetuosa de Pindaro (2). Pero cuando hayais llegado á comprender tan perfectamente como pueda darse en nuestros dias, estareis muy poco interesado. Las odas de Pindaro son una especie de cadáveres, cuyo espíritu se ha separado para siempre. ¿Qué os importan *los caballos de Hieron ó las mulas de Agesias*? ¿Qué interés tomáis en las noblezas de las ciudades y de sus fundadores, en los milagros de los dioses, en las hazañas de los héroes, en los amores de las ninfas? La hermosura tenia sus tiempos y sus lugares, ningun efecto en nuestra imaginacion puede hacerla renacer. Ya no hay Olimpías, ni Elidas, ni Alfeos; aquel que se lisongease de encontrar el Peloponeso en el Perú, sería menos ridiculo que quien le buscase en la Morea. David por el contrario, despreciando el tiempo y el espacio, puesto que nada ha concedido á los lugares ni á las circunstancias: no ha cantado mas que á Dios y á la verdad inmortal como él. Jerusalem no ha desaparecido para nosotros: está donde nosotros estamos; y David es sobre todo quien nos la presenta. Leed, pues, y re-leed sin cesar los salmos, pero creedme, no en nuestras traducciones modernas que están muy distantes, sino en la version latina adoptada en nuestra Iglesia. Sé que el hebraísmo, siempre mas ó menos visible á través de la Vulgata, admira desde luego al primer golpe de vista, porque los salmos tales como los leemos hoy dia, aun cuando no hayan sido traducidos sobre el texto, lo han sido sin embargo sobre una version que por sí misma era respetada como la mas próxima al hebreo; de modo que la dificultad es la misma; pero esta dificultad cede á los primeros esfuerzos. *Hacer eleccion de un amigo* que, sin ser hebraísta, haya

(1) Olymp. II, 149.

(2) Δωρίτω πωτών ἔναργυζαι ΠΕΔΙΑΩ, Olymp. III, 9.

podido al menos por medio de atentas y detenidas lecturas penetrarse del espíritu de una lengua la mas antigua sin comparacion de todas aquellas de que nos han quedado monumentos, de su laconismo lógico mas embarazoso para nosotros que el mas atrevido laconismo gramatical, y que se haya sobre todo acostumbrado á desatar la ligazon casi invisible de ideas entre los orientales, de cuyo genio retozon, nada participan los colores europeos: vereis que el mérito esencial de esta traduccion es el haber sabido precisamente pasar bastante cerca y bastante lejos del hebreo; vereis como una silaba, una palabra, y yo no sé qué ligero auxilio dado á la frase, hacen resaltar á nuestros ojos bellezas de primer orden. Los salmos son una verdadera *preparacion evangélica*: porque en ninguna parte es visible el espíritu de la oracion, que es el espíritu de Dios, y en todas partes se leen las promesas de todo lo que poseemos. El primer carácter de estos signos es que siempre suplican. Aun cuando el asunto de un salmo parezca absolutamente accidental, y relativo solamente á algun acontecimiento de la vida del rey profeta, su genio siempre escapa de este reducido círculo, siempre generaliza: como todo lo vé en la inmensa unidad del poder que le inspira, todos sus pensamientos y todos sus sentimientos se convierten en oraciones, no hay una linea que no pertenezca á todos los tiempos y á todos los hombres. Jamás ha tenido necesidad de la indulgencia que la oscuridad permite al entusiasmo; y sin embargo, cuando el águila de Cedron toma su vuelo hácia las nubes, vuestro ojo podrá medir debajo de él *mas aire* que el que Horacio veia en otro tiempo bajo el cisne de Dirce (1). Ya se deja penetrar por la idea de la presencia de Dios, y se agolpan á su espíritu las mas magnificas espresiones: «¿dónde ocultarme, dónde huir de tus penetrantes miradas? Si tomo prestadas las alas de la aurora y vuelvo hasta los límites del Oceano, tu mano es la que me conduce, y tu poder el que encuentro allí. Si me elevo hasta los cielos, te veo allí; si me hundo en el abismo, tambien te veo en él (2).» Ya dirige sus ojos sobre la naturaleza, y sus trasportes nos enseñan de qué modo la debemos contemplar.--Señor, dice, «vos me habeis inundado de alegría con el espectáculo de vuestras obras; estaré hechizado cantando las obras de vuestras manos.» ¡Oh, Señor, cuán grandes son vuestras obras! Vuestros designios son impenetrables, pero el ciego no vé estas maravillas, y el insensato no las comprende (3).

Si descende á los fenómenos particulares, ¡qué abundancia de

(1) *Multa dircaum levat aura Cyenum, etc.* (Hor.)

(2) Ps. CXXXVIII, 7, 9, 10, 8.

(3) Ps. XCI, 5, 6, 7.

imágenes! ¡Qué riqueza de espresiones! ved con qué rigor y con qué gracia espresa las bodas de la tierra con el elemento húmedo: «tú visitas la tierra en tu amor y la colmas de riquezas! Rio del Señor, ¡sobrepaja tus riberas! Prepara el alimento del hombre; esta es la orden que ha recibido (1); inunda los surcos, vé á buscar la semilla de las plantas, y la tierra penetrada de gotas generatrices se estremecerá de fecundidad (2). Señor, tú ceñirás el año de una corona de bendiciones; tus nubes destilarán abundancia (3); islas llenas de verdor embellecerán el desierto (4); las colinas estarán rodeadas de alegría; las espigas no cojerán en los valles; los ganados se cubrirán de ricos bellones; todos los seres lanzarán un grito de alegría ¡Sí! todos cantarán un himno á tu gloria (5).»

Pero en un orden mas elevado es donde se necesita oírle explicar las maravillas de este culto interior que no podia ser apercibido en su tiempo sino por la inspiracion. El amor divino que le embarga toma en él un carácter profético; salva los siglos, y ya pertenece á la ley de gracia. Como Francisco de Sales ó Fenelon, descubre en el corazon del hombre *esos misteriosos escalones* (6) *que de virtudes en virtudes nos llevan hasta el Dios de todos los dioses* (7). Es inagotable cuando ensalza la dulzura y escelencia de la ley divina. Esta ley es una lámpara mal asegurada por su pié, una luz, un astro que brilla en los tenebrosos senderos de la virtud (8); es verdadera, es la misma verdad; lleva en si misma su justificacion, es mas dulce que la miel, mas codiciada que el oro y las piedras preciosas; y los que le son fieles encontrarán una recompensa sin límites (9); la meditará dia y noche (10), esconderá en su corazon los oráculos de Dios para no ofenderle (11); el mismo esclama: *si tú dilatas mi corazon, correré en el camino de tus mandamientos* (12).

Alguna vez el sentimiento que le oprime intercepta su respiracion. Un verbo que se adelanta para espresar el pensamiento del profeta se detiene sobre sus labios, y vuelve á caer sobre su

(1) *Quoniam ita est preparatio ejus.* (LXIV, 10.)

(2) *Instillicidias ejus lætabitur germinans.* Yo no tengo idea de otra espresion mas hermosa.

(3) *Nubes tuæ stillabun pinguedinem.* (12. Hebr.)

(4) *Pinguescent speciosa deserti.* (13.)

(5) *Clamabunt, etenim hymnum dicent.* (14.)

(6) *Ascensiones in corde suo disposuit.* (LXXXIII, 6.)

(7) *Ibunt de virtute in virtutem, videbitur, Deus deorum in Sion.* (8.)

(8) CXVIII, 105.

(9) XVIII, 10, 11.

(10) CXVIII, 97.

(11) *Ibid.*, 11.

(12) *Ibid.*, 32.

corazon; pero la piedad le comprende cuando esclama: ¡TUS ALTARES O DIOS DE LAS VIRTUDES (1)!

Otras veces se le oye vaticinar en algunas palabras todo el cristianismo. *Enseñame, dice, á hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios (2).* ¿Qué filosofía de la antigüedad ha llegado jamás á comprender que la virtud no es otra cosa que la obediencia á Dios, *porque es Dios, y que el mérito depende de esa misma direccion del pensamiento?*

Conocia muy bien la terrible ley de nuestra viciada naturaleza; sabia que el hombre *es concebido en la iniquidad, y rebelde desde el seno de su madre contra la ley divina (3).* Sabia tambien como el grande Apóstol, *que el hombre es un esclavo vendido á la iniquidad que le tiene bajo su yugo; de modo que no puede tener libertad sino allí donde se encuentre el espíritu de Dios (4).* Esclama, pues, con una exactitud verdaderamente cristiana: *por ti seré arrancado á la tentación; apoyado sobre tu brazo saltaré el muro (5):* este muro de separacion, levantado desde el principio entre el hombre y el Criador, ese muro que es absolutamente preciso saltar, puesto que no puede ser destruido. Y cuando dijo á Dios: *obra conmigo (6);* ¿no confesó, no enseñó toda la verdad? De una parte *nada sin nosotros, y de la otra nada sin ti.* Que si el hombre se atreve temerariamente á no apoyarse mas que sobre sí mismo, la venganza está dispuesta: *será entregado á las inclinaciones de su corazon, y á los extravíos de su espíritu (7).*

En efecto, el hombre por sí mismo es incapaz de orar. David pide á Dios que le penetre *de ese aceite misterioso, de esa uncion divina que abrirá sus labios y les permitirá pronunciar palabras de alabanza y alegría (8);* y como no nos lo cuenta sino en virtud de su propia esperiencia; nos permite ver en él el trabajo de inspiracion. *He sentido, dice, encenderse mi corazon dentro de mi mismo; las llamas salieron de mi pensamiento interior; entonces mi lengua se desató y hablé (9).* Comparad con estas puras y castas llamas de amor divino, con estos sublimes vuelos de un espíritu arrobado en el cielo, el pútrido calor de Sapho ó el mercenario

(1) *Altaria tua, domine virtutum!* (LXXXIII, 4.)

(2) CXLII, 11.

(3) *In iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.*

(L., 7.) *Alienati sunt peccatores á vulva: erraverunt ab utero.* (LVII, 4.)

(4) Rom. XII, 14, II, Cor. III, 19.

(5) *In deo meo transgrediar murum.* (Ps. XVII, 30.)

(6) *Fac mecum.* (LXXXV, 17.)

(7) *Ibunt in adinventionibus suis.* (LXII, 13.)

(8) LXII, 6.

(9) XXXVIII, 4.

entusiasmo de Pindaro: el gusto para decidirse no tiene necesidad de la virtud.

Ved de qué modo el profeta descifra en una sola palabra al incrédulo: *ha rehusado creer, porque ha temido obrar bien (1);* y cómo en una sola palabra da tambien á los creyentes una terrible leccion cuando les dice: *vosotros que haceis profesion de amar al Señor aborreced el mal (2).* Ese hombre extraordinario enriquecido con tan preciosos dones, se volvió, sin embargo, enormemente culpable; pero la espiacion enriqueció sus himnos con nuevas bellezas: jamás el arrepentimiento habló un lenguaje mas verdadero, mas patético ni mas penetrante. Dispuesto á recibir con resignacion todas las iras del Señor (3), él mismo publica sus iniquidades (4). *Su crimen está constantemente ante su vista (5), y el dolor que le corroe no le deja ningun reposo (6).* En medio de Jerusalem, en el seno de esa magnífica capital destinada á ser bien pronto *la ciudad mas orgullosa de la soberbia Asia (7),* sobre ese trono al que la mano de Dios le condujo, «está solo como el pelicano del desierto, como una ave nocturna escondida entre las ruinas, como el solitario pájaro que gime sobre la veleta de los palacios (8) Consume sus noches en lamentos, y su triste lecho está inundado de lágrimas (9),» las flechas del Señor le han herido (10), «Desde entonces no tiene ya nada de santo; sus huesos están carcomidos (11), y sus carnes se desprenden; se inclina hácia la tierra; su corazon se confunde; toda su fuerza le abandona; la misma luz no brilla ya para él (12); no oye; ha perdido la voz; no le queda mas que la esperanza (13).» Ninguna idea puede distraerle de su dolor, y este dolor lo mismo que todos sus demas sentimientos, se cambian siempre en oracion; tiene alguna cosa de viviente que no se le encuentra en otra parte: recuerda sin cesar un oráculo que él mismo ha pronunciado: *Dios dijo al culpable: por qué te mezclas en anunciar sus preceptos con tu impura*

(1) XXXV, 4.

(2) *Qui diligitis dominum, odite malum.* (XCVI, 10.) Berthier ha hablado divinamente sobre este testo. (Véase su traduccion.)

(3) XXXII, 18.

(4) *Ibid.*, 19.

(5) L., 5.

(6) XXXVII, 11, 18.

(7) *Longe clarissima urbium Orientis.* (Plin. Hist. nat. V, 14.)

(8) Ps. CI, 7-8.

(9) VI, 7.

(10) XXVII, 3.

(11) VI, 3.

(12) XXXVII, 4, 6, 7.

(13) *Ibid.*, 16.

boca (1)? No quiero ser celebrado mas que por el justo (2). El terror se une constantemente en él á la confianza; y hasta en los trasportes del amor, en los éxtasis de admiración, en las mas patéticas efusiones de un reconocimiento sin limites, se hace sentir la acerada punta de los remordimientos como la espina á través de las encarnadas corolas del rosal.

En fin, nada me admira tanto en estos magníficos pensamientos del Profeta como sus vastos conocimientos en materia de religion; la que él profesaba, aunque reducida á un punto del globo, se distinguía al menos por una propension marcada hácia la universalidad. El templo de Jerusalem estaba abierto á todas las naciones, y el discípulo de Moisés no rehusaba orar á su Dios con ningun hombre, ni por ningun hombre: lleno de esas grandes y generosas ideas, protegido además por el espíritu profético que le inspiraba de antemano la celeridad de la palabra y el poder evangélico (3), David no cesó de dirigirse al género humano, y de llamarle á la verdad. Este llamamiento á la luz, este voto de su corazón se presenta á cada instante en sus magníficas composiciones. Para espresarlo de mil maneras apura la lengua sin poderse contener. «Naciones del universo, alabad todas al Señor; escuchadme, vosotros todos que habitais los tiempos (4). El Señor es bueno para todos los hombres, y su misericordia se estiende sobre todas sus obras (5). Su reinado abraza todos los siglos y todas las generaciones (6). Pueblos de la tierra, dirigid hácia Dios gritos de alegría; cantad himnos á la gloria de su nombre; celebrad su grandeza en vuestros cánticos; decid á Dios; la tierra entera os adora, y celebra en sus cánticos la santidad de vuestro nombre. Pueblos, bendecid á vuestro Dios, y haced retumbar por todas partes sus alabanzas (7); que vuestros oráculos, Señor, sean conocidos de toda la tierra, y que la salud que tenemos de vosotros alcance á todas las naciones (8). En cuanto á mí, soy el amigo, el hermano de todos los que os temen, de

(1) *Peccatori dixit Deus: Quare tu enarras justicias meas, et assumistestamentum meam per os tuum?* XLIX, 16.

(2) *Recto decet laudatio.* (XXXII, 12.)

(3) *Velociter currit sermo ejus.* (CXLVII, 15.) *Dominus dat verbum evangelizantibus.* (LXVII, 12.)

(4) *Omnes qui habitatis tempus.* (XLVIII, 2.) Esta bella espresion pertenece al hebreo. La Vulgata dice: *Qui habitatis orbem.* Las dos espresiones son sinónimas.

(5) CXLIV, 9.

(6) *Ibid.*, 13.

(7) LXVI, 1, 4, 8.

(8) LXVI, 3.

» todos los que observan vuestros mandamientos (1). Reyes, » principes, grandes de la tierra, pueblos que la cubris, alabad al » Señor, porque nada hay de grande mas que su nombre (2). Que » todos los pueblos reunidos á sus gefes no formen mas que una » familia para adorar al Señor (3)! ¡Naciones de la tierra, aplaudid, cantad, cantad á nuestro rey! Cantad, porque el Señor es » el rey del universo. CANTAD CON INTELIGENCIA (4). Que todo es- » píritu alabe al Señor (5).»

Dios no habia desdenado satisfacer este gran deseo.

La mirada profética del santo rey, abismándose en las profundidades del porvenir, veia ya la inmensa esplosion del cenáculo y la superficie de la tierra renovada por la efusion del espíritu divino. ¡Qué espresiones tan bellas, y sobre todo, tan justas! *En todos los puntos de la tierra los hombres TENDRAN PRESENTE al Señor, y se convertirán á él; se manifestará, y todas las familias humanas se inclinarán (6).*

Sabios amigos, observad aqui de paso, cómo la infinita bondad ha podido *disimular cuarenta siglos (8)*: esperaba el recuerdo del hombre (7). Concluiré recordándoos otro deseo del Rey Profeta: que estas páginas, dice, *sean escritas para las generaciones futuras, y los pueblos que todavia no existen alabarán al Señor (9).*

Fué escuchado, porque no cantó mas que al Eterno; sus cánticos participan de la eternidad; los inflamados acentos, confiados á las cuerdas de su divina lira, resuenan todavia despues de treinta siglos en todo el universo. La sinagoga conserva los salmos; la Iglesia se apresura á adoptarlos; la poesia de todas las naciones cristianas se apodera de ellos; despues de mas de tres siglos, no cesa de brillar el sol en algunos templos, cuyas bóvedas retumban con estos sagrados himnos. Se cantan en Roma, en Génova, en Madrid, en Lóndres, en Quebec, en Quito, en Moscou, en Pekin, en Botany-Bay, y se rezan en el Japon.

(1) *Particeps ego sum omnium timentium se et custodientium mandata sua* (CXVIII, 63.)

(2) CXLVII, 11, 12.

(3) CI, 22.

(4) *Psallite sapienter.* (XLVI, 8.)

(5) *Omnis spiritus laudet dominum.* (CI, 5.) Esta es la última palabra del último salmo.

(6) *REMINISCENTUR et convertentur ad dominum universæ fines terræ, et adorabunt in conspectu ejus omnes familie gentium.* (XXI, 28.)

(7) Act. XVII, 30.

(8) *Si, Platon, tu has dicho la verdad.* Todas las verdades están en nosotros; son con nosotros, y cuando el hombre cree descubrirlas, no hace mas que mirar en sí mismo y decir sí!

(9) *Scribantur hæc in generatione altera, et populus qui creabitur, laudabit dominum.* (Ps. CI, 19.)



EL CABALLERO.

¿Sabreis explicarme en qué consiste que no me acuerdo haber leído en los salmos nada de cuanto acabais de decirme?

EL CONDE.

Sin duda, amigo mio, que sabré *explicároslo*: este fenómeno pertenece á la teoria de las ideas innatas; aunque haya nociones originales comunes á todos los hombres, sin las cuales no serian hombres, y que por consiguiente son accesibles, ó mas bien, naturales á todos los espíritus, es necesario, sin embargo, que todas se dirijan al mismo punto. Hay, por el contrario, unas que están mas ó menos *amortiguadas*, y otras que son mas ó menos dominantes en cada espíritu; y estas son las que forman el *carácter* ó el *talento*: así sucede que cuando recibimos por medio de la lectura una especie de alimento espiritual, cada espíritu se apropia lo que mas particularmente conviene á lo que yo llamaré su *temperamento intelectual*, y se desentiende de los demas. De ahí viene que nosotros no leemos absolutamente las mismas cosas en los mismos libros; lo que sucede, sobre todo, al otro sexo comparado con el nuestro, porque las mujeres no leen como nosotros. Os invito á que os ocupéis de esta diferencia, que siendo general, es por lo mismo mas sensible.

EL SENADOR.

La noche que nos sorprende me recuerda, señor conde, que podriais, puesto que estais tan enterado, contarnos alguna cosa de lo que David ha dicho sobre la noche: como se ocupa mucho, ha hablado mucho, y siempre esperaba yo que entre los ingeniosos testos que se os han presentado, habria algunos sobre la noche: porque este es un gran capítulo sobre el cual David ha insistido mucho: ¿y quien podrá admirarse? Sabeis, amigos míos, que la noche es peligrosa para el hombre, y sin apercibirnos, la [apreciamos todos un poco, porque nos conduce al descanso. La noche es un cómplice natural y constante para todos los vicios, y esta seductora complacencia hace que en general valgamos todos menos por la noche que durante el día. La luz intimida al vicio, la noche le vuelve todas sus fuerzas, y la virtud es quien tiene miedo. Todavía hay mas, la noche no vale nada para el hombre, y sin embargo, y tal vez por eso mismo, no somos todos un tanto idolatras de esta condescendiente divinidad. ¿Quien puede vanagloriarse de no ha-

berla invocado jamás para el mal? Desde el saltador de caminos hasta el de los salones ¿qué hombre no ha dicho alguna vez: *flecte, precor, vultus ad mea furta tuos*? ¿Y qué hombre no ha dicho también alguna vez: *nox conscia novit*? La sociedad, la familia mejor ordenada es aquella en que se vela menos, y siempre la estremada corrupcion de las costumbres se anuncia por el demasiado abuso en este género. Siendo pues la noche por su naturaleza *malè suada*, mala consejera, de ahí viene que las falsas religiones la consagraron muchas veces á ritos culpables, *nota bonæ secreta dece* (1).

EL CONDE.

Con vuestro permiso, querido amigo, diré antes que la *corrupcion antigua* habia consagrado la noche á culpables orgias, pero que la *religion antigua* no tenia nada de injusta, ó no tenia otra cosa que su misma impotencia; porque nada creo que comienza por el mal. Habia colocado, por jemplo, los misterios que acabais de nombrar bajo la salvaguardia mas severa del pudor; arrojaba del templo hasta el mas pequeño animal macho, y hasta la misma pintura del hombre; el mismo poeta que acabais de citar, recuerda esta ley con su rabiosa alegría para hacer resaltar mucho mas un horrible contraste. Ya veis que las intenciones primitivas no podian ser mas claras: y añado que en el seno mismo del error, la oracion nocturna de la Vestal parecia haber sido ideada para equilibrar un dia los misterios de la buena diosa: pero el verdadero culto debia distinguirse sobre este punto, y así fué en efecto. Si la noche, como acabais de decir, da malos consejos, es preciso hacerle justicia, porque también los da excelentes; tales son las profundas meditaciones y los sublimes arrobamientos: para aprovechar estos divinos fervores y para contrarestar al mismo tiempo la funesta influencia de que hablais, el cristianismo se apoderó á su vez de la noche, consagrándola á santas ceremonias que él mismo anima con una austera música y por medio de imponentes y magestuosos cánticos. La religion misma, en todo aquello que no pertenece al dogma, está sujeta á ciertos cambios que nuestra pobre naturaleza hace inevitables: sin embargo, hasta en las cosas de pura disciplina habrá siempre algunas invariables; por ejemplo, habrá siempre fiestas que nos llamarán al oficio de la noche, y siempre habrá hombres escogidos cuyas piadosas voces se harán oír en las tinieblas, porque el cántico legitimo no debe cesar jamás sobre la tierra:

(1) Juv. Sat. VI, 314.

El día al día llama,  
la noche anuncia la noche.

EL SENADOR.

Ah! quien sabe si en este momento espresareis un voto mas bien que una verdad! Cuan debilitado está el reino de la oracion, y qué de medios no se han empleado para extinguir su voz! ¿No ha preguntado nuestro siglo *para qué sirven las gentes que oran?* Como la oracion ha de penetrar las tinieblas cuando apenas puede hacerse oír de día? Pero no quiero divagar en estos tristes presentimientos. Habeis dicho todo lo que haya podido pasarse-me de la noche, sin haber hablado, sin embargo de lo que David dijo; y esto es lo que yo quisiera suplir. Os pido á mi vez el permiso de permanecer en mi idea principal. Lleno de conceptos que no recibia de ningun hombre, David no cesó de exhortar al hombre *á suspender su sueño para orar* (1); creia que el augusto silencio de la noche prestaba una fuerza particular á los santos deseos. *He buscado á Dios, dice, durante la noche y no he sido engañado* (2). En otra parte dice: *he conversado con mi corazon durante la noche. Me he ejercitado en esta meditacion y preguntaba á mi espiritu* (3). Pensando otras veces en ciertos peligros que en los tiempos antiguos debian ser mas temibles que en nuestros dias, decia en su victoriosa conciencia: *Señor, me he acordado de tu nombre, durante la noche y he guardado tu ley* (4). Y sin duda estaba convencido de que la influencia de la noche era la prueba de los corazones, pues añade: *Tú has probado mi corazon visitándolo de noche* (5). El aire de la noche no vale para el hombre material; los animales nos lo enseñan abrigándose para dormir. Nuestras enfermedades nos lo hacen comprender agravándose durante la noche. ¿Por qué enviais por la mañana á casa de vuestro amigo enfermo á preguntar *como ha pasado la noche*, y no enviais á preguntar por la noche *como ha pasado el dia?* Es necesario que la noche tenga alguna cosa de malo. De ahí viene la necesidad del sueño que no puede hacerse durante el dia y que no es menos necesario al espiritu que al cuerpo; porque si el uno y el otro estuviesen

(1) *In noctibus extollite manus vestras in sancto, etc.* (Ps. CXXXIII, 2.)

(2) *Deum exquisivi manibus nocte, et non sum deceptus.* (LXXVI, 3.)

(3) *Meditatus sum nocte eum corde meo et exercitabor et scopebam spiritum meum* (LXXVI, 7.)

(4) *Memor fui nocte, nominis tui, Domine, et custodivi legem tuam* (CXVIII, 52.)

(5) *Probasti cor meum, et visitasti nocte* (XVI, 3.)

continuamente espuestos á la accion de ciertas influencias que les atacan sin cesar, ni el uno ni el otro podrian *vivir*; es necesario, pues que las acciones nocivas se suspendan periódicamente, y que ambos sean colocados durante estos intervalos bajo una influencia protectora. Y como el cuerpo durante el sueño continua sus funciones vitales sin que el principio sensible tenga conocimiento, las funciones *vitales* del espiritu continuan igualmente, como podeis convenceros, independientemente de toda teoria por un ejemplo vulgar, pues el hombre puede aprender durante su sueño y saber, por ejemplo, al desvelarse, el verso ó el aire de una cancion que no sabia al dormirse (1). Mas para que la analogia fuese perfecta era necesario tambien que el espiritu inteligente no tuviese ningun conocimiento de lo que pasa en él durante la noche, ó al menos que no le quedase ninguna memoria de lo que él mismo recuerda por el órden establecido. De la creencia universal que el hombre se encuentra entonces bajo una influencia buena y preservadora, nace la otra creencia, tambien universal: *que el tiempo del sueño es favorable á las comunicaciones divinas*. Esta opinion de cualquiera modo que se entienda, se apoya incontestablemente sobre la santa Escritura que presenta gran número de ejemplos de esta especie. Además vemos que todas las religiones han profesado siempre la misma creencia; porque el error, volviendo la espalda á su rival, no deja, sin embargo, de repetir todos los actos y todas las doctrinas que aquella altera segun sus fuerzas; es decir, de modo que el tipo no pueda jamás ser desconocido, ni tomarse la imagen por él. Midleton y otros escritores del mismo órden han empleado una grande erudicion para probar que vuestra iglesia *imita* una multitud de ceremonia paganas, inculpacion que hubieran dirigido á la nuestra, si hubieran pensado en nosotros. Engañados por una religion negativa y por un culto despojado de sus atractivos, han despreciado las formas eternas de una religion positiva que hallaron en todas partes. Los viajeros modernos han encontrado en América las vestales, el fuego nuevo, la circuncision, el bautismo, la confesion, y en fin, la *presencia real* bajo las *especies* de pan y de vino.

¿Diremos que todas estas ceremonias las tenemos de los mejicanos ó de los perubianos? Es necesario guardarse siempre de sacar consecuencias de la conformidad á la derivacion subordinada: (R)

(1) El interlocutor hubiera podido añadir que el hombre posee además el poder de despertarse poco mas ó menos á la hora que él mismo se ha prescripto antes de dormirse; fenómeno tan constante como inexplicable. El sueño es uno de los grandes misterios del hombre, que aquel que lo comprenda, habrá, segun las apariencias, penetrado todos los demas.

(Nota del editor.)

para que el razonamiento sea legitimo, es necesario haber es-  
cluido anteriormente la derivacion comun. Volviendo, pues, á la  
noche y á sus sueños, vemos que los mas grandes genios de la  
antigüedad sin distincion, no dudaban de la importancia de los  
sueños, y hasta iban á dormir á los templos para recibir los orá-  
culos (1). ¿No ha dicho Job que *Dios se sirve de los sueños para ad-  
vertir al hombre* (2): AVISO QUE NO REPITE NUNCA? Y David no dice co-  
mo acabais de manifestar hace un instante que *Dios visita los cora-  
zones durante la noche?* ¿No quiere Platon, que el hombre se pre-  
pare á los sueños por una grande pureza de alma y de cuerpo (3)?  
¿Hipócrates no ha escrito un tratado espreso sobre los sueños  
donde avanza hasta desconocer por verdadero médico á aquel  
que no sabe interpretarlos? Me parece que un poeta latino, Lu-  
crecio, si no me engaño (4), va mucho mas lejos, diciendo que los  
dioses durante el sueño hablan al alma y al espíritu.

En fin, Marco Aurelio (y no os cito un espíritu tímido), no so-  
lamente ha mirado estas comunicaciones nocturnas como un he-  
cho incontestable, sino que ha declarado en términos precisos  
haber sido él mismo el objeto. ¿Qué direis á esto, señores? ¿Ten-  
dreis tal vez empeño en sostener que toda la antigüedad sagrada  
y profana ha cometido un desatino? ¿Que el hombre no ha podido  
jamás ver sino lo que vé, experimentar sino lo que experimenta?  
¿Que los grandes hombres que acabo de citaros eran unos espiri-  
tus apocados? Que ...

EL CABALLERO.

En cuanto á mi, no creo haber adquirido todavia el derecho de  
ser impertinentes.

EL SENADOR.

Y yo creo además que nadie puede adquirir este derecho que  
gracias á Dios no existe.

EL CONDE.

Decidme, querido amigo, ¿por qué no reunis esa multitud de

(1) .....Fruiturque deorum  
colloquio

(Virg. *Æn.* VI, 90, 91.)

(2) *Semet loquitur Deus (et secundo id ipsum non repetit) per somnium  
in visione nocturna... ut avertet hominem ab his quæ facit.* (Job, XXXIII,  
14, 15, 17.)

(3) *Cicer. de Divin.* I. 30.

(4) No: el verso es de Juvenal. *En animam et mentem cum qua Di nocte  
loquantur!* (Juv., 531.)

(Nota del editor.)

pensamientos de un género tan elevado y tan poco comun que se  
os ocurren constantemente cuando hablamos de metafísica ó de  
religion? Podrias titular esta coleccion: *Elevaciones filosóficas.*  
Existe una obra escrita en latin bajo el mismo título; pero son ele-  
vaciones para romperse el cuello: las vuestras me parece podrian  
elevar al hombre sin dañarle.

EL CABALLERO.

Os exhorto tambien á ello, mi querido senador, esperando,  
señores, va á sucederme por vuestra gracia, una cosa que cier-  
tamente no me ha sucedido en mi vida; y es dormirme pensando  
en el *Rey-profeta*. A vuestro honor.

VELADA OCTAVA.

EL CABALLERO.

Señores, tened á bien que antes de seguir nuestras veladas os presente el proceso verbal de las sesiones precedentes.

EL SENADOR.

¿Qué quereis decir con eso, querido caballero?

EL CABALLERO.

El placer que experimento en nuestras conversaciones ha hecho nacer en mí la idea de escribirlas. Todo lo que aqui decimos queda profundamente grabado en mi memoria; y ya sabeis que esta facultad está en mí muy desarrollada: este es un mérito bastante insignificante para que me sea permitido arrogármelo; además, que no doy á las ideas tiempo de escaparse. Todas las noches antes de acostarme y en el momento en que todavía las tengo presentes, estampo sobre el papel los principales rasgos, y por decirlo así, *la trama* de la conversacion; por la mañana me pongo á trabajar á buena hora, y acabo el *tejido*, aplicándome sobre todo á seguir el hilo del discurso y la filiacion de las ideas. Sabeis por otra parte que yo no carezco de tiempo, porque es necesario que podamos reuuirnos exactamente todos los días; miro hasta como una cosa imposible que tres personas independientes puedan, durante dos ó tres semanas, hacer cada dia la misma cosa y á la misma hora. Habrán tenido buen cuidado de concertarse, de prometerse, de darse palabra espresa, y despnes de concluidos todos los nego-

cios, siempre habrá tiempo para comenzar alguna otra empresa insuperable, y muchas veces esta no será mas que una bagatela. Los hombres no pueden reunirse para un objeto cualquiera sin una ley ó una regla que les prive de su voluntad: es necesario ser, ó religioso, ó soldado. He tenido, pues, mas tiempo que necesitaba, y creo que pocas ideas esenciales se me han escapado. No me rehusareis por otra parte el placer de oír la lectura de mi obra, y comprendereis por la anchura de las márgenes que he contado con numerosas correcciones. Me he prometido un verdadero placer en este trabajo comun; pero os confieso que al imponerme esta penosa tarea, he pensado en los otros mas que en mí. Conozco en el mundo á muchos hombres, y sobre todo, á muchos jóvenes que están estremadamente disgustados de las doctrinas modernas. Otros vacilan y no quieren mas que fijarse. Quisiera comunicarles estas mismas ideas que han ocupado nuestras veladas, persuadido que seria útil á algunos, y agradable al menos á otros muchos. Todo hombre tiene en otro una especie de *FF*, y nada le encanta mas cuando está imbuido de una creencia, y á medida que está penetrado en ella, como encontrarla en el hombre á quien estima. Si os parece que mi pluma, ayudada por una feliz memoria y por una severa revision, ha redactado fielmente nuestras conversaciones, en verdad que podré hacer la locura de llevarlas á casa del impresor.

EL CONDE.

Puedo engañarme; pero no creo que una obra semejante tendria éxito.

EL CABALLERO.

Haced, pues, el obsequio de decirme por qué? Me direis tal vez que hay poco tiempo, *y que una conversacion vale mas que un libro*.

EL CONDE.

Desde luego que vale mas para instruirse, puesto que admite la interpretacion, la interrogacion y la esplicacion; pero no se sigue de allí que haya sido hecha para imprimirse. ®

EL CABALLERO.

No confundamos los términos: los de *conversacion*, *diálogo* y *conferencia* no son sinónimos. La *conversacion* divaga por su naturaleza: no tiene jamás objeto anterior: depende de las circunstan-

cias; admite un número ilimitado de interlocutores. Convendré, pues, si quereis, que no se hace para imprimirse, aun cuando el asunto fuera posible á causa de cierta *mescolanza* de pensamientos, fruto de las transiciones mas estravagantes que nos inducen muchas veces á hablar en un cuarto de hora de la existencia de Dios y de la ópera cómica.

Pero la *conferencia* es mucho mas sábia; supone un asunto, y si este asunto es grave, creo que la conferencia está subordinada á las reglas del arte dramático que no admiten un cuarto interlocutor (7). Esta regla es natural. Si nosotros tuviésemos aqui un cuarto interlocutor nos incomodaria mucho.

En cuanto al *diálogo*, esta palabra no representa mas que una ficcion, porque supone una conversacion que no ha existido jamás. Es una obra puramente artificial; de modo, que puede escribirse tanto como se quiera; es una composicion como cualquiera otra, formada toda ella como Minerva del cerebro del escritor, y los diálogos de los *muertos* que han ilustrado mas de una pluma, son tan reales, y aun tan probables, como los de los vivos publicados por otros autores. Este género, pues, nos es absolutamente extraño.

Desde que uno y otro me habeis lanzado en lecturas graves, he leído los *Tusculanos* de Ciceron, traducidos al francés por el presidente Boschier y por el abate de Olivet. Ved tambien una obra de pura imaginacion, y que no da ni siquiera la idea de una conferencia real. Ciceron se fingió un oyente que designa simplemente por la letra A: se hace proponer una cuestion por este imaginario oyente, respondiéndole sin tomar aliento con una regular disertacion: ese género no puede ser el nuestro. No somos letras mayúsculas; somos seres muy reales, muy palpables: hablamos para instruirnos y para consolarnos. No hay entre nosotros ninguna subordinacion; y á pesar de la superioridad de edad y de luces, me concedéis una igualdad que no pido. Persisto, pues, en creer que si nuestras conversaciones se publicasen fielmente, es decir, con toda la exactitud posible... ¿Os reis, señor senador?

EL SENADOR.

En efecto, me rio; porque me parece que sin apercibiros, argumentais poderosamente contra vuestro proyecto. ¿De qué otro modo podriais convenir mas claramente en los inconvenientes que arrastraria, arrastrándonos á nosotros mismos en una conversacion sobre las conversaciones? ¿Querriais escribir tambien á la casualidad?

(77) *Nec quarta loqui persona laboret.* (Hor.)

EL CABALERO.

Si yo publicase el libro, os aseguro que no caeria en falta; y estoy persuadido que nadie se irritaria. En cuanto á las otras digresiones inevitables en toda conversacion real, veo mas ventajas que inconvenientes, puesto que nacen del asunto, y sin ninguna violencia. Me parece que todas las verdades no pueden tenerse en pie por sus propias fuerzas: asi es que tienen necesidad de estar, por decirlo asi, *flanqueadas* por otras verdades; y de ahí viene esta máxima tan verdadera que he leído no sé donde: *que para saber bien una casa es necesario saberla mejor.* Creo, pues, que esta facilidad que da la conversacion de asegurar su marcha sosteniendo una proposicion por medio de otras cuando tiene necesidad; que esta facilidad, digo, trasladada en un libro podria tener su mérito y poner al arte en descuido.

EL SENADOR.

Escuchadme, querido caballero, lo dejo á vuestra discrecion, y creo que nuestro amigo hará otro tanto. Por lo demas, no temo que la responsabilidad pueda nunca quitarnos el sueño; me parece que el libro no podrá hacer mucho mal. Todo lo que os pedimos en comun es, que os guardéis sobre todo, si publicais vuestra obra despues de nuestra muerte, de decir en el prefacio: *Espero que el lector no sentirá su dinero;* pues de otro modo nos vereis aparecer como dos furiosas sombras, y entonces... ¡desgraciado de vos!

EL CABALERO.

No tenais que lo haga, porque creo que jamás me sorprenderá Loke robándole sus conceptos despues del miedo que me habeis hecho. Por lo que pueda acaecer en el porvenir, veamos, os suplico, en donde estamos hoy. Nuestras conversaciones comenzaron por el exámen de la grande y eterna queja que no cesa de levantarse sobre la prosperidad del crimen y las desgracias de la virtud, y hemos adquirido la entera conviccion de que no hay nada en el mundo menos fundado que esta queja, y aun para los que no creen en la otra vida siempre el camino de la virtud seria el medio mas seguro para obtener mayor porcion de felicidad temporal. Lo que se ha dicho sobre los suplicios, sobre las enfermedades y sobre los remordimientos, no deja la menor duda sobre este punto.

He puesto sobre todo una particular atencion en estos dos

axiomas fundamentales, á saber: en primer lugar, *que ningún hombre es castigado como justo, sino siempre como hombre*; de modo que es falso que la virtud padezca en este mundo: la naturaleza humana es la que padece, y siempre por culpa suya: en segundo lugar, *que la mas grande felicidad temporal no está prometida de ningún modo, ni debe estarlo al hombre virtuoso, sino á la virtud*. Basta, en efecto, para que el orden sea invisible é intachable en este mundo que la mas grande masa de felicidad sea adjudicada á la mas grande masa de virtudes en general, y siendo el hombre tal cual es, no es posible á nuestra inteligencia idear otro orden de cosas que tenga ni aun apariencia de razon y de justicia. Pero como no hay hombre que sea absolutamente justo, no hay tampoco quien tenga derecho de rehusar llevar con conformidad su parte de miserias humanas, puesto que necesariamente es criminal, ó de sangre criminal; lo que nos ha conducido á examinar á fondo la teoria del *pecado original* que desgraciadamente es la de la naturaleza humana. Hemos visto en las naciones salvajes una idea, aunque debilitada del crimen primitivo; y no siendo el hombre mas que una palabra animada, la degradacion de la palabra se presenta á nosotros, no como el signo de la degradacion humana, sino como esta misma degradacion; lo que nos ha valido muchas reflexiones sobre las lenguas y sobre el origen de la palabra y de las ideas. Aclarados estos puntos, la oracion se ha presentado naturalmente á nosotros como un suplemento á todo lo que queda dicho; pues ella es el remedio otorgado al hombre para perfeccionarse y restringir el imperio del mal, lo cual si no lo logra, no debe atribuirlo mas que á sus propios vicios y á su resistencia en emplear este remedio. A la palabra *oracion* hemos visto alzarse la grande objecion de una filosofia ciega ó culpable, que no viendo en el mal fisico mas que un resultado inevitable de las leyes eternas de la naturaleza se obstina en sostener que por eso mismo se sustrae enteramente á la eficacia de la oracion. Este mortal sofisma, ha sido discutido y combatido hasta en sus mas pequeños pormenores. Los azotes con que somos heridos, y que tan justamente se les llama *rayos del cielo*, presentan á nuestra vista *las leyes de la naturaleza*, precisamente como los suplicios que son *las leyes de la sociedad*, y por consiguiente, de una necesidad secundaria que debe inflamar nuestra oracion, lejos de entibiársela. Podriamos sin duda contentarnos con estas ideas generales, y no considerar toda esta clase de calamidades mas que en conjunto; sin embargo, hemos permitido á la conversacion serpentear un poco en este trite campo, y la guerra sobre todo nos ha ocupado mucho. De todas nuestras escursiones, os lo aseguro, es la que mas me ha gustado; porque me habeis

hecho considerar ese azote de la guerra, bajo un punto de vista enteramente nuevo para mi, y del que pienso ocuparme con todas mis fuerzas.

EL SENADOR.

Perdonad si os interrumpo, querido caballero; pero antes de abandonar absolutamente, la interesante discusion sobre los sufrimientos del justo, quiero someter á vuestro examen algunos pensamientos que creo fundados y que pueden, segun entiendo, hacer considerar las penas temporales de esta vida, como una de las mas grandes y mas naturales soluciones á cuanto se ha objetado sobre este punto contra la justicia divina. El justo en su cualidad de hombre, estará sin embargo sujeto á todos los males que aflijen á la humanidad; y como no estará precisamente sometido sino en virtud de esa cualidad de hombre, no tendrá ningún derecho de quejarse. Vos lo habeis dicho, y nada hay mas elaro; pero habeis añadido tambien, lo que desgraciadamente escusa toda prueba, que no hay ningún hombre absolutamente justo, en el rigor de la palabra: de donde se infiere que todo hombre tiene alguna cosa que espiar. Luego si el justo (tal como puede existir) acepta los sufrimientos debidos á su cualidad de hombre, y si la justicia divina acepta á su vez esa aceptacion, no veo nada que sea tan feliz para él, ni tan evidentemente justo.

Creo además en mi alma y en mi conciencia, que si el hombre pudiese vivir en este mundo esento de toda especie de desgracias, acabaria por embrutecerse hasta el punto de olvidar completamente todas las cosas celestiales, y aun al mismo Dios. ¿Cómo podria en esta suposicion ocuparse de un orden superior, cuando en el mismo en que vivimos, ni aun las miserias que nos abruma pueden desencantar los engañosos hechizos de esta desgraciada vida?

EL CABALLERO.

No sé si me equivoco; pero me parece que no habrá nada tan desgraciado como un hombre que jamás haya experimentado el infortunio: porque semejante hombre nunca podrá estar seguro de si mismo, ni saber lo que vale. Los sufrimientos son para el hombre virtuoso lo que los combates para el militar, pues le perfeccionan y aumentan sus méritos. ¿Se ha quejado jamás al ejército ningún valiente, por haber sido elegido para las expediciones mas arriesgadas? Por el contrario, las busca y constituyen su gloria: para él, los sufrimientos son una ocupacion, y la

muerte una aventura. Que el cobarde se ocupe en vivir como guste, nada tiene de extraño; pues este es su sistema; pero que no venga á aturdirnos con sus impertinencias sobre la desgracia de aquellos que en nada se le parecen. La comparacion la encuentro muy justa: si el valiente dá gracias al general que le envia al asalto, ¿por qué no dá gracias al mismo Dios que le hace sufrir? No sé en qué consiste esto, pero sin embargo, es seguro, es cierto que el hombre gana en sufrir voluntariamente y que la opinion misma lo aprecia mas. He observado muchas veces que el vicio mismo que se burla de las austeridades religiosas, no puede menos de tributarlas el debido homenaje. ¿Quién, aun de entre los mismos libertinos, ha encontrado jamás á la opulenta cortesana que duerme á media noche sobre un mullido lecho, mas dichosa que á la austera Carmelita, que á la misma hora vela y ruega por nosotros? Pero vuelvo siempre á lo que con tanta razon habeis observado: *que no hay hombre verdaderamente justo.*

Es á la verdad un rasgo particular de la bondad de Dios castigar en este mundo, en lugar de castigar mucho mas severamente en el otro. Sabed, señores, que nada hay que crea mas firmemente: ¿por qué las penas no han de ser siempre proporcionadas á los crímenes? Los nuevos charlatanes que han negado las penas eternas, son estrañamente estúpidos si no admiten espresamente el purgatorio: porque yo os suplico me digais ¿á quien harán creer que el alma de Robespierre se lanzó desde el cadalso al seno de Dios, lo mismo por ejemplo que la de Luis XVI? Esta opinion, sin embargo, no es tan rara como pudiera creerse: he pasado algunos años despues de mi *égira* en ciertas comarcas de Alemania, donde los doctores de la ley no admitian ni infierno ni purgatorio: no hay nada tan estravagante. ¿Quien ha imaginado jamás hacer fusilar á un soldado por robar en el cuartel una pipa de barro? Sin embargo, es menester que el robo de esta pipa no quede impune; es necesario que el ladrón quede purgado de este robo antes de volverse á colocar en las filas con sus valientes camaradas.

#### EL SENADOR.

Es necesario confesar, querido caballero, que si hubiéramos tenido una *Suma Teológica*, escrita en este estilo, no hubiera dejado de tener grande aceptacion en el mundo.

#### EL CABALLERO.

No se trata de estilo; cada uno tiene el suyo: se trata de cosas.

Digo que el purgatorio es el dogma del buen sentido; y puesto que todo pecado debe espíarse en este mundo ó en el otro, se sigue que las aflicciones enviadas al hombre por la justicia divina, son un verdadero beneficio, pues esas penas cuando tenemos la prudencia de aceptarlas, nos son, por decirlo así, *descontadas* de las del porvenir. Añado que son una prueba manifiesta de amor, porque esta anticipacion ó esta conmutacion de pena escluye evidentemente la pena eterna. Aquel que jamás ha sufrido en este mundo, no sabe estar seguro de nada; y cuanto menos ha sufrido tanto menos seguro está: pero no veo qué pueda temer, ó para espresarme con mas exactitud, qué pueda *dejar de temer* aquel que ha sufrido con aceptacion.

#### EL CONDE.

Habeis hablado perfectamente, querido caballero, y aun debo felicitaros por haber coincidido sobre este punto con Séneca; pues habeis dicho de las Carmelitas precisamente lo que él dijo de las Vestales (1); ignoro si sabeis que esas famosas vírgenes se levantaban por la noche y rezaban sus *matines* al pie de la letra como nuestras religiosas de la estricta observancia: sobre lo cual podeis alegar con seguridad el testimonio de la historia. La única observacion critica que me permitirá sobre vuestra teología, es que puede dirigirse tambien, me parece, á lo mismo de Séneca: «¿Deseariais mejor, decia, ser Sila que Régulo, etc.» (2) Reparad que no hay aqui la mas pequeña confusion de ideas. No se trata absolutamente de la gloria que va unida á la virtud que soporta con tranquilidad los peligros, las privaciones y los padecimientos, porque sobre este punto todo el mundo está conforme: se trata de saber por qué Dios ha querido hacer necesario este mérito. Encontrareis blasfemos y hasta hombres simplemente ligeros, dispuestos á decirnos: *que Dios hubiera podido muy bien dispensar á la virtud de esta especie de gloria.* Séneca, no pudiendo responder tan bien como vos, puesto que no sabia tanto como vos (os suplico que noteis bien esto), se lanzó sobre esa gloria que se presta mucho á la retórica; y es la que ha dado á su tratado de la Providencia, tan bello y tan apreciable por otra parte, un ligero color de declamacion. En cuanto á vos, señor Senador, prescindiendo de esta misma consideracion, habeis dicho con mucha razon que todo hombre sufre en calidad de hombre, porque si fuese impasible,

(1) *Non est iniquum nobilissimas virgines ad sacra faciendâ noctibus excitari, altissimo somno inquinatas frui?* (Senec. de Prov., cap. V.)

(2) *Idem, ibid., tom. III.* No son las mismas palabras, pero el sentido es igual.

seria Dios; y que los que piden un hombre impasible, piden otro mundo; y aun habeis añadido otra cosa no menos incontestable, manifestando que ningun hombre no siendo justo, es decir, exento de crímenes actuales (si se exceptua la santidad propiamente dicha, que es muy rara), Dios hace realmente un acto de misericordia con los culpables castigándolos en este mundo. Creo que os hubiera hablado de esas penas futuras temporales que llamamos *purgatorio*, si este caballero no me hubiera prohibido buscar mis pruebas en el otro mundo.

EL CABALLERO.

Me habeis comprendido perfectamente: yo no escluí de nuestras conversaciones mas que las penas que amenazan al hombre perverso en el otro mundo; pero en cuanto á las penas temporales impuestas al predestinado, es otra cosa....

EL CONDE.

Como queráis. Es cierto que esas penas futuras y temporales suministran á todos los que las creen una respuesta directa y perentoria á todas las objeciones fundadas sobre los sufrimientos del pretendido justo, y es igualmente cierto que este dogma es tan plausible que se apodera, por decirlo así, del buen sentido, sin esperar la revelacion. Ignoro por lo demas si estais en el equivocado concepto de creer que en el pais en que habeis empleado sin fruto, pero no sin mérito, tanto celo y valor, habeis oido á los *doctores de la ley* negar á la vez el infierno y el purgatorio. Habeis podido tomar muy bien la negacion de la palabra por la de la cosa. Es extraordinario el poder de las palabras! Un ministro que arderia en cólera al oír defender la existencia del purgatorio, nos concederia de buen grado un *lugar de espacion*, ó un estado *intermedio*, ó tal vez *estaciones*, ¿quién sabe? ¿No decís nada, querido senador? Pues continuo.—Uno de los mas grandes motivos de la division del siglo XVI, fué precisamente el *purgatorio*. Los insurgentes no querian rebajar nada del infierno puro y simple. Sin embargo, cuando llegaron á hacerse filósofos, se pusieron á negar la eternidad de las penas, dejando al menos subsistir un *infierno temporal*, únicamente por política y por temor de hacer subir al cielo desde luego á Neron y Mesalina al lado de S. Luis y de Sta. Teresa. Pero un infierno temporal no es otra cosa que el purgatorio; demodo, que despues de haberse separado de nosotros porque no querian purgatorio, se separaron de nuevo porque no querian mas que el purgatorio: esto si que

es estravagante, como deciais hace poco. Pero ved otra cosa todavía mas estravagante. Me doy prisa por llegar á una de las consideraciones mas dignas de ejercitar la inteligencia de todo hombre, aunque la generalidad de ellos se halla ocupado muy poco.

*El justo que sufre voluntariamente, satisface no solo por sí, sino tambien por el culpable por via de reversibilidad.*

Esta es una de las mayores y mas importantes verdades en el órden espiritual; pero para tratarla á fondo necesitaria mas tiempo que el que me queda hoy. Aplacemos pues la discusion para mañana, y permitidme consagrar los últimos momentos de la velada á desenvolver algunas reflexiones que se han presentado á mi imaginacion sobre el mismo asunto.

*No se sabrá explicar, se dice, por solas las luces de la razon, la prosperidad del malvado y los padecimientos del justo en este mundo. Lo que sin duda equivale á decir, que hay en el órden de las cosas que tenemos á la vista, una injusticia que no se aviene con la justicia de Dios; de otro modo la objecion careceria de sentido. Pero como esta objecion puede partir de la boca de un ateo ó de la boca de un teista, haré desde luego la primera suposicion para mayor claridad. Ved pues lo que quiere decirnos uno de esos ateos de persuasion y de profesion.*

Ignoro en verdad si el desgraciado Hume se comprendió á sí mismo, cuando dijo tan criminal como neciamente con su habitual audacia: *que era imposible justificar el carácter de la divinidad* (1). Justificar el carácter de un ser que en concepto suyo no existia!

Pero todavía preguntaremos otra vez: ¿qué es lo que quiere decirnos con esto? Me parece que todo está reducido á este argumento: Dios es injusto, luego no existe. ¡Ciertamente que esto es original! Tanto vale el Spinoza de Voltaire que dice á Dios: *creo firmemente acá para entre nosotros que vos no existis* (2). Será necesario pues, que el incrédulo se vuelva y diga: *que la existencia del mal es un argumento contra la existencia de Dios, porque si Dios existiese, el mal, que es una injusticia, no existiria*. Ah! luego esos señores saben que Dios, que no existe, es justo por esencia! Conocen los atributos de un ser quimérico; están en estado de decirnos de que modo seria Dios hecho si por casualidad no existiese: en verdad que no hay locura mejor acondicionada. Si fuese

(1) Ha dicho en efecto en propios términos: «Que es imposible á la razon natural justificar el carácter de la divinidad.» (Essays on liberty and necessity vers. fin.) Añade con una fria é insultante audacia: «Manifestar que Dios no es autor del pecado, es lo que ha escedido hasta el presente á todas las fuerzas de la filosofía.» (Ibid. Essais, tom. III, sect. VIII. v. Beatty one Truth, part. II, ch. II.)

(2) Véase la pieza bastante conocida, titulada *Los sistemas*.



permitido reirse en un asunto tan grave, ¿quien no se reiria al oír á esos hombres que tienen como nosotros una cabeza sobre las espaldas, argumentar contra Dios y contra sus atributos, sin considerar que esa sola idea prueba la existencia de Dios, puesto que no se puede formar ninguna idea de lo que no existe? En efecto, el hombre puede representarse á si mismo; y podrá la pintura representar á sus ojos otra cosa que lo que existe? La inagotable imaginacion de Rafael, ha podido cubrir su famosa galeria se semblanzas fantásticas; pero cada una de aquellas piezas existe en la naturaleza. Lo mismo sucede respecto al orden moral; el hombre no puede concebir sino lo que existe; así el ateo, para negar á Dios, lo supone.

Todo esto, señores, no es mas que el prefacio de la idea favorita que quiero comunicaros. Admito la loca suposicion de un Dios hipotético, y supongo tambien que las leyes del universo sean injustas ó crueles con respecto á nosotros, sin que tengan un autor inteligente; lo que es sin embargo el colmo de la extravagancia. ¿Qué resultará en este caso contra la existencia de Dios? Nada absolutamente. La inteligencia no dá pruebas de la inteligencia mas que por el número. Todas las demás consideraciones no pueden aplicarse sino á ciertas propiedades ó cualidades del sugeto inteligente, lo cual nada tiene de comun con la cuestion primitiva de la existencia.

*El número, señores, el número!* ó el orden de la simetria; porque el orden no es otra cosa que el número ordenado, y la simetria no es mas que el orden advertido y comparado.

Os suplico me digais, si cuando Neron en otro tiempo iluminaba sus jardines con antorchas, y quemaba á un hombre vivo, la alineacion de aquellas horribles llamas ¿no probaba al espectador una inteligencia ordenadora lo mismo que la pacífica iluminacion que se hizo ayer con motivo de la fiesta de S. M. la emperatriz madre (1)? Si el mes de julio trajese cada año la peste, este bonito período seria tan regular como el de las estaciones. Comencemos pues, por examinar si el número existe en el universo; para saber en seguida si el hombre es tratado bien ó mal en este mundo, y por qué, esta es otra cuestion que podremos examinar otra vez, y que nada tiene de comun con la primera.

El número es la barrera evidente entre el bruto y nosotros: en el orden material, lo mismo que en el orden físico, el uso del fuego nos distingue de él de una manera tajante, y que no puede

(1) Esta circunstancia fija la fecha del diálogo en el 23 de julio.

(Nota del editor.)

borrarse. Dios nos ha dado el número, y por el número es como se nos manifiesta, así como por el número el hombre se evidencia á su semejante: quita el número y quitareis las artes, las ciencias, la palabra, y por consiguiente la inteligencia. Volvedle y reaparecerán con él sus dos hijas celestiales, la armonia y la hermosura; el grito se convertirá en canto; el estrépito en música; el salto en danza; la fuerza se llamará dinámica, y los rasgos figuras. Una prueba sensible de esta verdad es, que en las lenguas (al menos en aquellas que poseo, y creo sucederá lo mismo en las que ignoro) las mismas palabras espresan el número y el pensamiento: se dice, por ejemplo, que la razon de un grande hombre ha descubierto la razon de tal ó cual progresion: se llama *razon directa* y *razon inversa*; yerros de cuenta en la política, yerros de cuenta en los cálculos; la misma palabra *cálculo* que se presenta á mi imaginacion, recibe doble significado, y se dice: *me he engañado en todos mis cálculos*, aunque realmente no se trate de cálculos. En fin, decimos igualmente *cuenta su dinero y cuenta ir á veros*; lo cual en fuerza de la misma costumbre no nos parece ya extraordinario. Las palabras relativas al peso, á la medida, al equilibrio, introducen á cada momento en el discurso de la conversacion el número como sinónimo de pensamiento ó de sus procedencias; ¿y esta misma palabra pensamiento, no se deriva de una palabra latina que hace relacion al número?

La inteligencia lo mismo que la hermosura se complace contemplandose á si mismas; luego el espejo de la inteligencia es el número. De ahí viene el placer que á todos nos resulta de la simetria; porque todo ser inteligente desea colocar y reconocer en todas partes su signo que es *el orden*. ¿Porqué los soldados uniformados nos parecen mas agradables á la vista que en traje comun? ¿por que gustamos mas de verlos marchar alineados que en desorden? ¿Porqué los arboles en nuestros jardines, los platos sobre nuestras mesas, los muebles en nuestras habitaciones, etc. es preciso para agradarnos que esten colocados simétricamente. ¿Por qué la rima, los pies, los ritornelos, el compas y la cadencia nos deleitan tanto en la música y en la poesia? Podeis imaginaros ni siquiera remotamente que haya por ejemplo, en nuestras rimas (tan felizmente nombradas) alguna hermosura intrinseca? Esta forma y otras varias no pueden agradarnos sino mientras la inteligencia se complazca en todo aquello que le prueba la inteligencia, y que su signo principal es el número. Goza pues en todas partes donde se reconoce, y el placer que nos causa la simetria no puede tener otra razon; pero hagamos abstraccion de este placer, y no examinemos la cosa mas que en si misma. Así como las palabras que pronuncio en este momento, prueban la exis-

tencia del que las pronuncia, y que si estas palabras estuviesen escritas y colocadas segun el orden de la sintaxis, probarian igualmente la de todas aquellas que las leen, del mismo modo todos los seres creados prueban por su *sintaxis* la existencia de un supremo escritor que nos habla por medio de estos signos: en efecto, todos los seres son letras cuya reunion forman un discurso que prueba á Dios, es decir, la inteligencia que lo pronuncia, porque no puede haber discurso *sin alma que hable*, ni escritura sin escritor: á no ser que quiera sostenerse, que la curva que trazo toscamente sobre el papel con un lapiz y un compás prueba claramente la inteligencia que la ha trazado, y que esta misma curva descrita por un planeta no prueba nada; ó que un antejo acromático prueba evidentemente la existencia de *Douglond de Ramsdan*, etc.; pero que el ojo que ha de servirse del maravilloso instrumento que acabo de nombrar, no es mas que una grosera imitacion, que no prueba absolutamente la existencia de un artista supremo ni la intencion de prevenir la aberracion! Si un navegante lanzado por el naufragio á una isla que creia desierta, y recorriendo la playa viese una figura geométrica trazada sobre la arena, reconoceria desde luego al hombre, y daria gracias á la Providencia: ¿una figura de la misma especie tendrá menos fuerza por estar trazada en el cielo? y ¿el número no es siempre el mismo de cualquiera manera que se nos presente? Notadlo bien; Dios está escrito en todas las partes del universo, y sobre todo, en el cuerpo humano. Dios se evidencia en el equilibrio maravilloso de los dos sexos que ninguna ciencia ha podido desbaratar; se manifiesta en nuestros ojos, en nuestras orejas, etc. *Treinta y dos* está escrito en nuestra boca; *veinte* dividido por *cuatro*, lleva su invariable *cuociente* á las estremidades de nuestros miembros. El número se descubre en el reino vegetal con una riqueza que admira por su invariable constancia en las infinitas variedades. Recordad, señor senador, lo que me digisteis un dia acerca de vuestra estensa coleccion sobre el número *tres* en particular: está escrito en los astros y en la tierra; en la inteligencia del hombre y en su cuerpo; en la verdad y en la fábula; en el Evangelio, en el Talmud y en los Vedas; en todas las ceremonias antiguas ó modernas, legítimas ó ilegítimas, aspersiones, abluciones, invocaciones, exorcismos, encantos, sortilegios, magia negra ó blanca; en los misterios de la cábala, de la teurgia, de la alquimia, de todas las ciencias secretas; en la teología, en la gramática, en una infinidad de fórmulas poéticas ú oratorias que escapan á la atencion *inadvertida*; en una palabra, en todo lo que existe. Se dirá tal vez, *es la casualidad*: otros desesperados insensatos lo interpretan de otro modo, y dicen (yo mismo lo he oido)

*que esto es una ley de la naturaleza.* ¿Pero que es una ley? ¿Es la voluntad de un legislador? En ese caso dicen lo mismo que nosotros. ¿Es el resultado puramente mecánico de ciertos elementos, puestos en accion de un modo determinado? Entonces, como que es necesario que para que estos elementos puedan producir un orden general é invariable que sean ordenados y obren por si mismos de un modo constante, la cuestion comienza de nuevo, y nos encontramos con que en vez de una prueba del orden y de la inteligencia que los ha producido tenemos dos; á la manera que si muchos dados jugados diferentes veces, diesen siempre por resultado *el puuto seis*, la inteligencia será probada por la invariabilidad del número que es el efecto, y por el trabajo interior del artista que es la causa.

En cierta ciudad sumamente acalorada por el fermento filosófico he tenido lugar de hacer una singular observacion, y es: que el aspecto del orden, de la simetria, y por consiguiente del número y de la inteligencia, oprimiendo muy vivamente á ciertos hombres, de quienes me acuerdo muy bien, para escapar á esa tortura de la conciencia, idearon un *ingenioso* subterfugio del cual sacaron gran partido. Se determinaron á sostener que es imposible encontrar la *intencion* á no conocerse *el objeto de la intencion*: no podreis imaginaros el apego que tienen á esta idea que los encanta porque les dispensa del sentido comun que los atormenta. Han hecho de la investigacion de las intenciones un grande negocio, una especie de *arcano* que encierra segun ellos una profunda ciencia y de inmensos trabajos. Les he oido decir hablando de un gran físico que habia dicho alguna cosa en este genero: *se atreve á remontarse hasta las causas finales.* (Asi llaman ellos á las intenciones.) Ved el grande esfuerzo! Otras veces tenian particular cuidado *en no tomar un efecto por una intencion*; lo cual como conoceis, seria muy peligroso; porque si se llegase á creer que Dios se mezcla en una cosa que marcha por si sola, ó que ha tenido tal intencion, mientras realmente tenga otra; ¿que funestas consecuencias no produciria semejante error! Para dar á la idea de que os hablo toda la fuerza que puede tener, he obvado siempre que procuran reducir cuanto pueden los descubrimientos de las intenciones al circulo del tercer reino. Se atrincheran por decirlo asi, en la mineralogia y en lo que ellos llaman *geologia*, donde las intenciones son menos visibles, al menos para ellos, y presentan por otra parte mas vasto campo para disputar y negar (este es el paraíso del orgullo); pero en cuanto *al reino de la vida* de donde parte una voz algo mas clara *que se hace comprender á sus ojos*, no quieren discurrir. Muchas veces les hablabá yo del animal, por pura malicia, pero siempre se empeñaban

en que volviese á las moléculas, á los átomos, á la gravedad, á las capas terrestres etc. ¿Que sabemos, me contestaban con la mas afectada modestia: ¿que sabemos sobre los animales? ¿Sabe el germenista lo que es un germen? ¿Comprendemos algo de la esencia de la organizacion? ¿Se ha dado un solo paso en el conocimiento de la generacion? La produccion de los seres organizados es carta cerrada para nosotros. Luego el resultado de este gran misterio es: que siendo el animal *carta cerrada*, no puede leerse en él ninguna intencion. Dificilmente llegareis á comprender que sea posible discurrir tan mal; pero aun asi les hareis demasiado honor. Esto es lo que piensan, ó al menos lo que quieren dar á entender (que no está muy distante de ser lo mismo). Acerca de puntos sobre los cuales no es posible discurrir bien, el espíritu de secta hace lo que puede; divaga, elude la dificultad, y sobre todo estudia el modo de dejar las cosas en un estado favorable al error. Os repito que cuando estos filósofos disertan sobre las intenciones, ó como ellos dicen sobre las *causas finales* (palabra que no me gusta), siempre hablan de la naturaleza muerta, cuando son los dueños del discurso, evitando cuidadosamente ser conducidos al campo de los dos primeros reinos, donde comprenden muy bien que el terreno se resiste á su táctica; pero de cerca ó de lejos todo tiende á su grande maxima, que la *intencion* no puede ser probada mientras no se pruebe el *objeto de la intencion*; no concibo un sofisma mas grosero (1): ¿como dejar de comprender que no puede haber simetria sin fin, puesto que la simetria por si sola es en fin del compositor? Un cronómetro perdido en los bosques de América y encontrado por un salvaje, le manifestaria la mano é inteligencia de un obrero con tanta certeza como estas manifiestan á Mr. Schubbert. (2) No teniendo pues necesidad de un fin para deducir nuestra conclusion, no estamos obligados á contestar al sofista que nos pregunta, *cual es el fin?* Hago abrir un canal al rededor de mi castillo, y uno dice: *es para conservar pescado*; otro, *es para ponerse al abrigo de ladrones*; en fin, un tercero dice: *es para desecar y hacer salubre el terreno*. Todos pueden engañarse; pero el que mas seguro puede estar de tener razon es el

(1) Se comprende muy bien, pero se siente comprenderlo y hasta se quisiera no comprender. Se avergüenza de no ver lo que los otros ven, y de recibir una demostracion *ex ore infantium et lactentium*. El orgullo se revela contra la verdad, que deja acercar á los niños, bien pronto las tinieblas del corazón se propagan al entendimiento y queda formada la catarata. En cuanto á los que niegan por puro orgullo y sin conviccion (el número es muy grande), son tal vez mas culpables que los primeros.

(2) Sabio astrónomo de la academia de ciencias de S. Petersburgo, distinguido por una multitud de conocimientos que su amabilidad pone á disposicion de todos aquellos que quieren aprovecharse.

que se limite á decir: *lo ha hecho abrir para sus fines particulares*. En cuanto al filósofo que vendria ó decirnos: «mientras que vosotros no esteis conformes sobre la intencion, yo tengo derecho para no ver ninguna: la cama del canal no es mas que un hundimiento natural de terreno; el revestimiento una agregacion, la balastrada no es otra cosa que la obra de un volcan, no mas extraordinaria por su regularidad que esos conjuntos de agujas basálticas que se ven en Irlanda y en otras partes, etc....»

EL CABALLERO.

Creéis, señores, que haya un poc de brutalidad en decir: *mi buen amigo el canal está destinado para bañar á los locos*, lo que se probaria sobre la marcha?

EL SENADOR.

Yo mismo me opondria á esta manera de discurrir, por la sencilla razon de que al salir del agua, el filósofo tendria derecho de decir *eso no prueba nada*.

EL CONDE.

Ah! cuan grande es vuestro error, querido senador. Jamás ha dicho el orgullo: *me engaño*; y el de esas gentes mucho menos que el de las demas. Aun cuando les dirijais el argumento mas concluyente, siempre os contestarán, *eso no prueba nada*. Asi, siendo la respuesta siempre la misma, ¿porque no adoptar con ellos el argumento que merecen en justicia? Pero como ni la filosofia, ni el canal, ni sobre todo el castillo estan allí, continuaré si me lo permitis.

Ellos hablan de *desorden* en el universo; ¿pero que es el *desorden*? Es una derogacion del *orden* aparente, luego no puede objetarse el *desorden* sin confesar un *orden* anterior, y por consiguiete la inteligencia. No se puede formar una idea perfectamente justa del universo, observándole bajo el aspecto de un inmenso gabinete de historia natural trastornado por un temblor de tierra. La puerta esta abierta y destrozada; no han quedado en él ventanas; armarios enteros han caido por tierra; y otros penden todavia fijos, pero dispuestos á caer. Los mariscos ruedan en la sala de los minerales, y el nido de un colibri descansa sobre la cabeza de un cocodrilo. Sin embargo, ¿que insensato podrá dudar de la intencion primitiva ó creer que el edificio fué construido en semejante estado? Todas las grandes masas estan juntas-

á la insignificante luz de una vidriera se ve todo entero; el orden es tan visible como el desorden; y el ojo, paseando su mirada por el vasto templo de la naturaleza, restablece sin trabajo todo lo que un agente funesto ha destrozado, torcido, deshojado y puesto fuera de su lugar. Hay mas: mirad de cerca y ya reconocereis una mano reparadora. Se han apuntalado algunos maderos se han practicado algunas sendas por entre los escombros; y en la confusion general, una multitud de *análogos* han recobrado ya su lugar y se distinguen. Hay pues aqui dos intenciones visibles en lugar de una, es decir; el orden y la restauracion: pero limitándonos á la primera idea, *el desorden*, suponiendo necesariamente el *orden*, aquel que arguye del desorden contra la existencia de Dios, la supone para combatirla.

Ved á que se reduce ese famoso argumento: *ó Dios ha podido impedir el mal que vemos y no ha querido, en cuyo caso le falta bondad; ó queriendo impedirlo, no ha podido y por consiguiente le falta poder.*—*Dios mio! que significa esto?* No se trata ni de omnipotencia ni de infinita bondad, se trata solamente de *existencia* y de *poder*. Bien sé que Dios no puede cambiar la esencia de las cosas; pero no conozco mas que una parte infinitamente pequeña de esa esencia, de modo que ignoro una cantidad infinitamente grande de cosas que Dios no puede hacer, sin dejar por eso de ser omnipotente. No sé lo que es posible ni comprendo lo que es imposible; en mi vida he estudiado otra cosa que el número; no creo mas que en el número; ese es el signo, esa es la voz, esa es la palabra de la inteligencia; y como en todas partes está, por todas partes la veo.

Pero dejemos á los ateos, que felizmente son poco numerosos en el mundo (1), y volvamos á la cuestion con el teísmo. Quiero manifestarme con él tan complaciente como lo he sido con el ateo; sin embargo, no llevará á mal que comience por preguntarle ¿qué es lo que él llama injusticia? Si no me concede que *injusticia es un acto en virtud del cual se quebranta la ley*, la palabra no tendrá ya sentido; y si me concede que *la ley es la voluntad del legislador, manifestada á sus súbditos para que arreglen á ella su conducta*, no comprenderé mejor la palabra *ley*, que la de *injusticia*. Concibo muy bien que una ley humana pueda ser *injusta*, cuando está en contradiccion con una ley divina ó revelada, ó natural; pero el legislador del universo es Dios. ¿Donde está pues esa injusticia de Dios para con el hombre? ¿Habrá por casualidad algun legislador comun, superior á Dios, que le haya prescripto el mo-

(1) No sé si hay pocos ateos en el mundo; pero sé muy bien que toda la filosofía del último siglo es enteramente *ateista*; y hasta encuentro que el ateísmo tiene sobre ella la ventaja de la franqueza.

do con que debe obrar respecto del hombre? ¿Y cual será el juez entre Dios y nosotros? Si el teísta cree que la idea de Dios no lleva consigo la de una justicia semejante á la nuestra, de qué se queja? no sabe lo que dice. Por el contrario, si cree que Dios es justo, segun nuestras ideas, quejándose de las injusticias que nota en el estado en que nos encontramos, admite, sin conocerlo, una contradiccion monstruosa, es decir: *la injusticia de un Dios justo.*—*Semejante orden de cosas es injusto; luego no puede tener lugar bajo el imperio de un Dios justo:* este argumento no es mas que un error en la boca de un ateo, pero en la del teísta es un absurdo: una vez admitida la existencia de Dios y su justicia como un atributo necesario de la divinidad, no puede ya el teísta volver atras sin contradecirse, y debe por el contrario decir: *semejante orden de cosas tiene lugar bajo el imperio de un Dios esencialmente justo; luego este orden de cosas es justo por razones que ignoramos;* explicando así el orden de las cosas por los atributos, en lugar de acusar locamente á los atributos por el orden de las cosas.

Pero concedo á este teísta supuesto la culpable y no menos loca proposicion de que no hay medio de justificar el carácter de la divinidad.

¿Qué conclusion práctica sacaremos nosotros de aqui, pues de esto precisamente es de lo que se trata? Dejadme, os ruego, proponer este lindo argumento: *Dios es injusto, cruel, inhumano; se complace en la desgracia de sus criaturas; luego....* Aqui es donde espero á los murmuradores: luego aparentemente no hay necesidad de rogarle.—Al contrario, señores, nada hay mas evidente: luego es necesario suplicarle y servirle con mucho mas celo y ansiedad que si su misericordia, como creemos, no tuviese limites. Quiero todavia preguntaros: que si hubiéseis vivido bajo el gobierno de un principe, no digo malvado, notadlo bien; sino solamente severo y suspicaz; nunca tranquilo sobre su autoridad, y vigilante hasta por los menores desvios de sus súbditos, hubiera tenido gusto de saber si hubiérais creído oportuno tomaros las mismas libertades que bajo el imperio de otro principe de un carácter enteramente opuesto, amante de la libertad general, complaciente, atento, humilde y temeroso siempre de su poder para que nadie le temiese. Ciertamente que no. Pues bien, la comparacion salta á los ojos y no admite réplica. Cuanto mas terrible nos parezca Dios, mas deberemos redoblar nuestro religioso temor hácia él, y tanto mas ardientes é infatigables deben ser nuestras oraciones; porque nada nos dice que su bondad suplirá nuestras faltas.

Procediendo la prueba de la existencia de Dios de la prueba

de sus atributos, sabemos que existe antes de saber *lo que es*, ni que jamás sabremos perfectamente. Vednos pues, colocados ahora bajo un imperio, cuyo soberano ha publicado una vez para siempre todas las leyes que han de regirle. Estas leyes llevan en general el sello de la sabiduría y de una admirable bondad: algunas, sin embargo, parecen duras, y si se quiere hasta injustas; pero yo pregunto á los descontentos, ¿qué partido tomar? ¿Sustraerse de su imperio? imposible; está en todas partes y nada hay fuera de él. Quejarse? declamar? escribir contra el soberano? Esto es esponerse á ser castigado ó condenado á muerte. No hay, pues, otro medio mejor que el de la resignacion y respeto, y hasta añadiré el *del amor*; ¿por qué, puesto que partimos de la suposicion de que el soberano existe y que es absolutamente necesario servirle, no vale mas (cualquiera que él sea, por otra parte) servirle con amor que sin amor?

No volveré á los argumentos con que en nuestras veladas precedentes hemos refutado las quejas que atrevidamente se levantan contra la Providencia; pero creo deber añadir que hay en estas quejas alguna cosa intrinsecamente falsa, ó como dicen los ingleses, cierta falta de sentido que salta á los ojos. En efecto, ¿qué significan esas quejas ó estériles ó culpables, que no suministran al hombre ninguna consecuencia práctica, ninguna luz capaz de ilustrarle ni de perfeccionarle? ¿Esas quejas que por el contrario nos sirven mas que para perjudicarle, que son inútiles aun al ateo, puesto que lejos de desmentir la primera de las verdades la prueban y la confirman; que son en fin, ridiculas y funestas en la boca del teista, puesto que no contribuyen mas que á quitarle el amor, dejándole el temor? Por lo que á mi toca, nada concibo tan contrario á las mas simples lecciones del sentido comun. ¿Pero sabeis, señores, de donde proviene ese desbordamiento de doctrinas insolentes que juzgan á Dios sin respeto, pidiéndole cuenta de sus decretos? Nos vienen de esa numerosa falange que se llama *los sábios*, y que no hemos sabido contener en este siglo en el lugar que les corresponde, que es el segundo. En otro tiempo habia muy pocos sábios, y un insignificante número de ellos eran impios; hoy no se ven mas que *sábios*: este es un oficio, es una muchedumbre, es un pueblo; y entre ellos la escepcion ya tan funesta, ha llegado á convertirse en regla. Por todas partes han usurpado una influencia sin limites; y sin embargo, si hay alguna cosa segura en el mundo es, á mi parecer, que no es á la ciencia á quien pertenece dirigir á los hombres. Nada de cuanto es preciso le está confiado: es necesario haber perdido el juicio para creer que Dios haya encargado á las academias el cuidado de enseñarnos lo que él es, y lo que le debemos. A los preladados,

á los nobles, á los grandes dignatarios del estado, es á quienes corresponde ser depositarios y guardianes de las verdades conservadoras: enseñar á las naciones lo que es bueno y lo que es malo, lo que es verdadero y lo que es falso en el orden moral y en el espiritual; los demas no tienen derecho para tratar de esta especie de materias. ¿De qué se pueden quejar, teniendo las ciencias naturales para entretenerse? En cuanto al que habla ó escribe para arrebatarse al pueblo un dogma nacional, debe ser castigado como ladrón doméstico. Rousseau mismo convino en esto sin pensar en que pedia para él la pena (1). ¿Por qué se ha cometido la imprudencia de conceder la palabra á todo el mundo? Eso es lo que nos ha perdido. Los filósofos (ó aquellos de la clase que se ha nombrado) tienen todos una especie de orgullo tan feroz y rebelde que á nada se aviene: aborrecen sin escepcion todas las distinciones de que ellos no disfrutaban; no hay autoridad que les agrade; nada superior á ellos que no aborrezcan. Dejados obrar y todo lo impugnarán; hasta el mismo Dios porque es jefe. Ved si estos no son los mismos hombres que han escrito contra los reyes y contra el que los ha establecido! Ah! si cuando por fin la tierra quede asegurada...

## EL SENADOR.

¡Singular estravagancia del clima! despues de uno de los mas calorosos dias, sucede un viento que enfria hasta el extremo de no poderse habitar en la plaza. No quisiera que un hombre acalorado se encontrase en aquel lugar; ni yo tampoco quisiera sostener en él una conversacion tan animada, por que estaba espuesto á ganar una estincion de voz. Hasta mañana, pues, amigos míos.

(1) Contrato social.

VELADA NOVENA.

EL SENADOR.

Y bien, señor conde, ¿venis dispuesto á continuar el examen de la cuestion de que nos hablásteis ayer?

EL CONDE.

Señores, no omitiré nada para satisfaceros segun mis fuerzas; pero ante todas cosas, permitidme os haga observar que todas las ciencias tienen misterios, y que presentan ciertos puntos donde la teoria mas evidente en apariencia, se encuentra en contradiccion con la esperiencia. La politica, por ejemplo, ofrece muchas pruebas de esta verdad. ¿Qué otra cosa hay mas extravagante en teoria que la monarquia hereditaria? Nosotros juzgamos por esperiencia; pero si jamás se hubiese oido hablar de gobierno y fuese necesario elegir, uno, creo se tendria por loco á aquel que prefiriese la monarquia hereditaria á la electiva. Sin embargo, sabemos por esperiencia que el primero en todos conceptos es el mejor, y el segundo el peor. ¿Qué de argumentos podrán acumularse para probar que la soberania viene del pueblo! Sin embargo, no hay nada de eso. La soberania siempre se toma; jamás se dá; y una segunda teoria mas profunda, manifiesta en seguido que esta debe ser así. ¿Quién no dirá que la mejor constitucion política es aquella que ha sido deliberada y escrita por hombres de estado, perfectamente enterados del carácter de la nacion y sus necesidades, y que por lo mismo han previsto todas los casos? Sin embargo, nada hay mas falso. El pueblo mejor constituido, es aquel que tiene escritas menos leyes constitucionales, y toda constitucion escrita es NULA. No habreis olvidado

el dia en que el profesor P. se irritó tan fuertemente contra la venalidad de los cargos establecidos en Francia. No creo, en efecto, que haya nada mas indigno á primera vista, y sin embargo, no fué difícil hacer comprender aun al mismo profesor el paralogismo que considera la venalidad *en si misma*, en lugar de considerarla únicamente como medio hereditario, y yo tuve el placer de convenceros que una magistratura hereditaria es lo mejor que puede imaginarse en Francia

No nos admiremos pues, si en los demas ramos de nuestros conocimientos, en metafisica sobre todo y en historia natural, encontramos proposiciones que se resistan á nuestra razon, y que sin embargo se demuestran desde luego por medio de los mas sólidos racionios. En el número de estas proposiciones es necesario colocar una de las mas importantes que me contenté con anunciar ayer, á saber: *que padeciéndolo justo voluntariamente, no solo satisface por si mismo, sino por el culpable que por si solo no podria pagar.*

En vez de hablaros yo mismo, ó mas bien, antes de hablaros yo mismo sobre este grande asunto, permitidme, señores, que os cite dos escritores que lo han tratado cada uno á su manera, y que á pesar de no haberse leído jamás ni conocido mutuamente, coinciden en algunos puntos con una maravillosa conformidad.

El primero es un gentil-hombre inglés, llamado Jennyns, muerto en 1787, hombre distinguido bajo todos conceptos, y que le dió mucho honor su obra muy corta pero muy sustancial titulada: *Examen de la evidencia intrinseca del cristianismo*. No he leído produccion mas original ni más profundamente meditada, El segundo es el autor anónimo de la *Consideraciones sobre la Francia* (1), publicadas por primera vez en 1794. Este autor, sin embargo de haber sido mucho tiempo contemporáneo de Jennyns, jamás oyó hablar de él ni de su libro hasta el año 1805, de lo que podeis estar perfectamente seguros. No dudo pues, que oireis con placer la lectura de dos fragmentos tan singulares por su conformidad.

EL SENADOR.

Teneis por ventura esas dos obras? Las leeria con placer, sobre todo la primera que tiene cuanto necesita para ser de mi gusto, pues es muy buena y ademas reúne la ventaja de ser corta.

(1) El mismo conde de Maistre.

(Nota del editor.)

EL CONDE.

Ninguna de las dos tengo, pero vedalli sobre mi escritorio esos inmensos volúmenes donde hace mas de treinta años anoto todo lo que en mis lecturas encuentro de mas notable. Algunas veces me limito á simples indicaciones; otras traslado palabra por palabra párrafos esenciales; frecuentemente los acompaño de algunas notas, y muy á menudo coloco en ellas pensamientos del momento, *iluminaciones repentinas* que se estinguen sin fruto si su brillo no se fija en el papel. Arrastrado por el torbellino revolucionario á diversos ángulos de Europa, jamás he abandonado esos repertorios; y aun en el día no podreis comprender con cuanto placer recorro esa inmensa coleccion. Cada pasage despierta en mí una multitud de ideas interesantes y recuerdos melancólicos, mil veces mas dulces que todo aquello que se ha convenido en llamar *placeres*. Veo páginas fechadas en Génova, Roma, Venecia, Lausane, y no puedo leer los nombres de esas ciudades sin acordarme de los excelentes amigos que dejé allí, y que algun dia me consolaron en mi destierro. Algunos de ellos ya no existen, pero su memoria me es sagrada y jamás se borrará. Algunas veces tropiezo con páginas escritas bajo mi dictado por un niño idolatrado que la tempestad separó de mí. Retirado en este solitario gabinete, le tiendo los brazos, y hasta me figuro oír que me llama. Cierta nota me recuerda el momento en que sobre la orilla de un rio cubierto de hielo, comí en compañía de un obispo francés un manjar que nosotros mismos habíamos preparado. Aquel dia disfrutaba buen humor, y tenia bastante fortaleza para reír dulcemente con aquel excelente hombre que me espera hoy en otro mundo mejor; pero la noche precedente la habia pasado sobre una barca descubierta, en medio de una noche profunda, sin fuego ni luz, sentado sobre cofres con toda mi familia, sin podernos acostar, ni aun apoyarnos un instante, no oyendo otra cosa que los gritos siniestros de algunos barqueros, que no cesaban de amenazarnos, no pudiendo estender sobre nuestras cabezas mas que una miserable estera para preservarlas de un aguacero que caía sin cesar.... Pero buen Dios! ¿Qué es lo que digo y á donde voy á parar? Caballero, vos que estais mas cerca tened la bondad de tomar el volumen B de mi repertorio, y sin responderme leed, esde luego el pasage de Jennyngs, como el primero en el orden de fechas; le hallareis á la página 525, pues de intento le he puesto esta mañana una señal.

— En efecto, aqui está.

*Demostracion de la evidencia de la religion cristiana, considerada*

en si misma por Mr. Jennyngs, traducida por Mr. Le Tourneur. Paris, 1769, in 12 conclusion, núm. 4, P. 517.

«Nuestra razon no basta á convencernos de que los sufrimientos de algunos individuos sean necesarios á la felicidad de todos, tampoco puede demostrarnos que sea una absoluta necesidad que al crimen siga el castigo; que no pueden por lo tanto ser impuestos sobre nosotros ni cobrados como una contribucion sobre el bien general, ó que esta contribucion no puede pagarse por un individuo tambien como por otro, y que por consiguiente, si no es voluntariamente ofrecida, no puede ser justamente aceptada del inocente en lugar del culpable....  
 «Como nosotros no conocemos el origen del mal, no podemos juzgar donde está ni cual es su remedio mas eficaz y conveniente.  
 «Hay que notar que á pesar de la especie de absurdo que á primera vista presenta esta doctrina, sin embargo, ha sido universalmente adoptada en todos los tiempos. Si nos trasladamos con el auxilio de la historia á los tiempos mas remotos, veremos á todas las naciones, así civilizadas como bárbaras, á pesar de la inmensa diferencia que las separa en todas sus opiniones religiosas, ponerse de acuerdo en este punto y convenir en que el medio mas ventajoso de aplacar á los dioses ofendidos son los sacrificios; es decir, por la sustitucion en los padecimientos de otros hombres y de otros animales: es imposible que esta idea se derive de la razon, pues la contradice, ni de la ignorancia que jamás ha podido inventar un recurso tan inesplicable....  
 «Ni del artificio de los reyes y de los sacerdotes con la mira de dominar al pueblo; pues esta doctrina ninguna relacion tiene con este fin. La vemos arraigada en el espíritu de los salvajes mas distantes que se han descubierto en nuestros dias, y que no tienen ni reyes ni sacerdotes. Debe, pues, derivarse de un instinto natural ó de una revelacion sobrenatural; y cualquiera de las dos son igualmente operaciones del poder divino. El cristianismo nos ha descubierto muchas verdades importantes de las que antes no teníamos ningun conocimiento, y una de estas verdades es: que Dios quiso aceptar los sufrimientos de Cristo como una expiacion por los pecados humanos.... Esta verdad es tan inteligible como la que sigue: un hombre paga las deudas de otro hombre (1). Pero.... por qué Dios acepta estos castigos, ó á

(1) Es difícil en esta clase de materias descubrir ninguna cosa que haya escapado á la penetracion de Berlamino. *Satisfactio*, dice, *est compensatio pænæ vel solutio debiti: potest autem unus ita pro alio pænã compensare vel debitum solvere, ut ille satisfacere merito dici possit*. Es decir: la compensacion de una pena, ó la paga de una deuda es lo que se llama *satisfaccion*: luego un hombre puede ó compensar una pena, ó pagar una deuda por otro

»qué fines pueden conducir, es sobre lo que guarda silencio el cristianismo; y este silencio es sábio. Mil instrucciones no bastarian á ponernos en estado de comprender esos misterios, y por consiguiente no exige que sepamos ó creamos cosa alguna sobre la forma de ellos.»

Voy á leeros ahora otro pasage sacado de las *Consideraciones sobre la Francia*, segunda edicion, Londres 1797, in 8.º cap. 3, pág. 53.

»Sé muy bien que en todas estas consideraciones nos vemos continuamente asaltados por el lastimoso cuadro de los inocentes que perecen con los culpables; pero sin engolfarnos en esta cuestion que tiende á cuanto hay de mas profundo, se la puede considerar únicamente en su relacion con el dogma universal, y tan antiguo como el mundo, de la reversibilidad de los padecimientos del inocente en provecho de los culpables.

»Este fué el dogma, del cual me parece hicieron derivar los antiguos el uso de los sacrificios que practicaron en todo el universo, y que juzgaban útiles, no solo á los vivos, si es que tambien á los muertos (1); uso tipico que la costumbre nos hace mirar sin asombro, pero cuyo origen no es menos difícil de averiguar.

»Los sacrificios tan famosos en la antigüedad se dirigian tambien al mismo dogma. Decio creia que el sacrificio de su vida seria aceptado por la divinidad, y que podria equilibrar á todos los males que amenazaban á su patria (2).

»El cristianismo vino luego á consagrar este dogma, que es infinitamente natural al hombre, aunque parezca difícil comprenderlo por medio del racionio.

»Asi es como pudo haber en el corazon de Luis XVI y en el de la celestial Isabel, tal movimiento y tal aceptacion capaz de salvar á la Francia.

»Se pregunta algunas veces ¿de qué sirven esas terribles austeridades, ejercitadas por ciertas órdenes religiosas y que son tambien sacrificios? tanto valdria precisamente preguntar, de

hombre, de modo que pueda decirse con verdad, que quien la ha satisfecho ha sido el último. (Rob. Bellarmino, *Controv. Christ. pæci de indulgentiis*. Lib. I, cap. II. Ingolst. 1601, in fol., tom. 3. col. 1493.)

(1) Sacrificaban al pie de la letra para descanso de las almas.—Pero, dice Platon, se dirá que seremos castigados en el infierno ó en nuestra persona, ó en la de nuestros descendientes por los crímenes que hayamos podido cometer en este mundo. A lo cual podrá contestarse que hay sacrificios muy poderosos para la espiacion de los pecados, y que los dioses se dejan ablandar, como lo atestiguan populosas ciudades, los poetas hijos de los dioses, y los profetas enviados de los dioses. (Plat. de Rep. opp., tom. VI, edit. Bipont, pág. 225, Litt. P., pág. 226, Litt. A.)

(2) *Piaculum omni decorum iræ... Omnes minas periculaque ab diis superis inferisque in se unum vertit.* (Tit. Liv. VIII. 10.)

»¿qué sirve ese cristianismo, puesto que absolutamente descansa sobre el mismo dogma mas estendido de la inocencia, pagando por el crimen?

»La autoridad que aprueba esas órdenes, elige algunos hombres y los separa del mundo para hacer de ellos unos conductores.

»No hay mas que violencia en el universo; pero estamos dañados por la filosofia moderna que nos ha dicho que todo es bien, mientras que el mal lo ha corrompido todo, y que en un sentido muy verdadero puede decirse que todo es mal, puesto que nada hay en su lugar. Habiendo bajado la nota tónica de nuestra creacion, todas las demas han bajado proporcionalmente, siguiendo las reglas de la armonia: todos los seres gimen (1) y caminan con esfuerzo y con dolor hácia otro orden de cosas.»

Estoy persuadido, señores, que no vereis sin admiracion la perfecta conformidad de dos escritores desconocidos el uno al otro, y os hallareis sin duda dispuestos á creer que dos instrumentos que no pueden oirse, no han podido ponerse tan absolutamente de acuerdo sino porque lo estaban ya uno y otro tomados aparte con otro instrumento superior que les dió el tono.

Los hombres no han dudado nunca de que la inocencia no pudiese satisfacer por el crimen, y han creido además que habia en la sangre una fuerza espiatriz; de modo que la vida que es la sangre podia redimir otra vida.

Examinad atentamente esta creencia, y vereis que si el mismo Dios no la hubiese puesto en el espiritu del hombre, jamás hubiera podido descubrirse. Las pomposas palabras de supersticion y preocupacion nada explican, pues nunca ha podido existir error universal y constante. Si una opinion falsa reina en un pueblo, no la encontrareis en el inmediato; ó si alguna vez parece propagarse, no digo sobre todo el globo, sino en un gran número de pueblos, el transcurso del tiempo la borra.

Pero la creencia de que os hablo no está sujeta á escepciones de tiempo ni de lugar. Naciones antiguas y modernas, naciones civilizadas ó bárbaras, épocas de ciencia ó de ignorancia, religiones verdaderas ó falsas, todas han convenido en la misma creen-

(1) S. Pablo á los romanos, VIII, 19 y sig.

El sistema de la palingenesia de Carlos Bouet tiene algunos puntos de contacto con el testo de S. Pablo; pero esta idea no le ha conducido á la de una degradacion anterior: sin embargo, están perfectamente conformes. El terrible golpe que la mano divina descarga sobre el hombre, produce necesariamente otro golpe sobre todas las partes de la naturaleza.

EARTH FELT WYUND.

(Milton's Pax lost. IX, 783.)

Ved la causa porque todos los seres gimen.



cia, y sobre ella no hay disonancia alguna en el universo. En fin, la idea del *pecado* y la del *sacrificio por el pecado* estaban tan unidas en el entendimiento de los hombres de la antigüedad, que la lengua santa espresaba una y otra con las mismas palabras. De ahí viene el hebraísmo tan conocido empleado por S. Pablo, *que el Salvador habia hecho sacrificio del pecado por nosotros* (1).

A esta teoría de los sacrificios se agrega además el inesplicable uso de la circuncision, practicada entre tantas naciones de la antigüedad, que los descendientes de Isaac y de Ismael perpetúan á nuestra vista con una constancia no menos inesplicable, y que los navegantes de los últimos siglos han encontrado en el archipiélago del mar Pacífico, y particularmente en Taiti, en Méjico, en la Dominica y en la América septentrional hasta los 50 grados de latitud (2). Algunas naciones han podido diferir en el modo, pero siempre han encontrado *una dolorosa y sangrienta operacion hecha en los órganos de la reproduccion*; lo que significa: *anatema sobre las generaciones humanas, y SALUD POR LA SANGRE.*

El género humano profesó estos dogmas desde su caída hasta que la grande victima *elevada para cargar todo sobre si*, exclamó sobre el Calvario:

TODO ESTÁ CONSUMADO!

Entonces, *rasgado el velo del templo*, fué conocido el gran secreto del santuario tanto como era posible en el orden de cosas de que nosotros hacemos parte. Comprendimos tambien por qué el hombre habia creído siempre que un alma podia ser salvada por otra, y por qué en todos tiempos habia buscado su regeneracion en la sangre.

Sin el cristianismo, el hombre no sabe lo que es, porqué se encuentra aislado en el universo y á nada puede compararse; el primer servicio que le hace la religion es enseñarle lo que vale, manifestándole lo que ha costado.

MIRADME: DIOS ES EL QUE HA HECHO MORIR A UN DIOS. (5)

Si! Miradle con atencion, amigos que me escuchais, y todo lo veremos en ese sacrificio; enormidad del crimen que exigia tan grande espacion, inconcebible grandeza del ser que pudo cometerle, precio infinito de la victima que dijo: *vedme aqui* (4)!

(1) II. Cor. V. 21.

(2) Véanse las cartas americanas, traducidas del italiano, de M. el conde Gian-Rinaldo Carli-Rubi. Paris, 1788, dos vol. in 8.º Carta IX, p. 149, 152.

(3)

ΙΑΕΣΘ Μ' ΟΙΑ ΠΡΩΣ ΘΕΟΥ ΠΑΣΧΩ ΘΕΟΣ

*Videte quanta patior á Deo Deus!*

(Æschyl in Prom, v. 92.)

(4) *Corpus aptastè mihi... tunc dixi: ecce venio.* (Psalm. XXXIX, 7; Hebr. X. 5.)

Si se considera que de una parte toda esta doctrina de la antigüedad no era otra cosa que el grito profético del género humano, anunciando la salud por la sangre, y que de la otra el cristianismo habia venido á justificar esta profecía, sustituyendo la realidad en lugar del tipo, de modo que el dogma innato y radical no ha cesado de anunciar el grande sacrificio que es la base de la nueva revelacion, y que esta revelacion brillante con los rayos de la verdad, prueba á su vez el origen divino del dogma que nosotros descubrimos constantemente como un punto luminoso en medio de las tinieblas del paganismo, resulta de esta conformidad una de las pruebas mas significativas que sea posible imaginar; pero estas verdades no se prueban ni por el cálculo, ni por las leyes del movimiento. El que ha pasado su vida sin haber gustado jamás de las cosas divinas, el que ha estrechado su entendimiento y secado su corazon por medio de estériles especulaciones, que no pueden ni volverle mejor en esta vida, ni prepararle para la otra, rechazará esas pruebas y nada comprenderá de ellas. Hay verdades que el hombre no puede conocer mas que con el *entendimiento de su corazon* (1). Mas de una vez el hombre honrado queda conmovido al ver que personas cuyas luces aprecia, se resisten á pruebas que le parecen tan claras; lo cual es una pura ilusion. Esas personas carecen de un sentido, y ved ahí en lo que consiste todo. Cuando el hombre por ilustrado que sea carece de sentido religioso, no solamente no podremos convencerle, sino que hasta ni tendremos ningun medio de hacernos entender de él; lo cual no prueba mas que su desgracia. Todos saben la historia del ciego de nacimiento, que descubrió á fuerza de reflexion, *que el color carmesi se parecia muchísimo al sonido de la trompeta*; luego que este ciego fuese un necio, ó que fuese un *Saunderson*; que importa al que sabe lo que es el color carmesi?

Se necesitan grandes detalles para tratar profundamente la interesante materia de los sacrificios; pero temo estraviarme y abusar de vuestra paciencia. Es uno de los puntos que exige para ser tratado á fondo toda la calma de una discusion escrita. Creo al menos, amigos míos, que sabemos bastante sobre los sufrimientos del justo. Este mundo es una milicia, un combate eterno. Todos los que han peleado valerosamente en una batalla se hacen desde luego acreedores á las alabanzas; pero la mayor gloria corresponde sin duda á aquel que vuelve herido. Estoy seguro de que no habreis olvidado lo que el otro dia nos decia un hombre de entendimiento, y á quien aprecio de todo corazon. «No soy decia, del parecer de Séneca que no se admiraba si Dios se com-

(1) MENTE CORDIS SUI. (Luc-I, 51.)

«placia en ver de tiempo en tiempo á un grande hombre entregado á la adversidad (1). En cuanto á mi, os lo confieso, no comprendo como Dios puede complacerse en atormentar á los «hombres honrados.» Tal vez con esta burla filosófica dejaría turbado á Séneca pero por lo que hace á nosotros, no nos confundiría. No hay en rigor *justo* como tantas veces hemos dicho; pero si hay algun hombre *bastante justo* para merecer las complacencias de su Criador ¿quien podrá admirarse de que Dios, CUIDADOSO DE SU PROPIA OBRA, experimente un placer en perfeccionarla? El padre de familia puede reirse de un criado grosero que jura ó que miente; pero su mano, tiernamente severa, castiga rigurosamente las mismas faltas en su hijo único, cuya vida rescataría de muy buena gana, con la suya. Si la ternura no perdona nada es para no tener nada que perdonar. Enviando Dios tribulaciones al hombre de bien, lo purifica de sus faltas, le precave contra las faltas futuras y lo dispone para el cielo. Sin duda *experimenta un placer* al verle escapar de la inevitable justicia que le espera en el otro mundo. Hay algun gozo mas grande para el amor que la resignacion que le desarma? Y si se considera ademas que sus sufrimientos no solamente son útiles para el justo, sino que por una santa aceptacion pueden convertirse en provecho de los culpables, y que sufriendo de este modo, sacrifica realmente por todos los hombres, se convendrá desde luego que es en efecto imposible idear un espectáculo mas digno de la divinidad.

Todavía diré otra palabra sobre los sufrimientos del *justo*. ¿Creeréis por ventura que la vibora no sea un animal venenoso sino en el momento que muerde, y que el hombre afligido por el mal caduco, no es verdaderamente epileptico sino en el momento del acceso?

EL SENADOR.

Adonde vais á parar, mi querido amigo?

EL CONDE.

No daré un largo rodeo como vais á ver. El hombre que no conoce al hombre mas que por sus acciones, no le declara *malvado* sino cuando le vé cometer un crimen. Sin embargo, tanto valdria creer que el veneno de la vibora no se engendra en el momento de la mordedura. La ocasion no hace al hombre malvado, sino

(1) *Ego vero non miror si quando impetum capit (Deus) spectandi magnos viros colluctantes cum aliqua calamitate.... Ecce spectaculum dignum ad quod respiciat INTENTUS OPERI DEUS! Ecce par Deo dignum vir fortis cum mala fortuna compositus!* (Sen., de Prov. cap II.)

que le manifiesta (1). Pero Dios que todo lo vé, Dios que conoce nuestras inclinaciones y nuestros mas intimos pensamientos; mejor que los hombres se conocen unos á otros, emplea el castigo por via de remedio, y hiere al hombre que nos parece sano para estirpar el mal antes del parasismo. Nos sucede muchas veces en nuestra ciega impaciencia quejarnos de la lentitud con que la Providencia castiga los crímenes; y por una singular contradiccion la acusamos tambien cuando su beneficosa celeridad reprime las inclinaciones viciosas antes que hayan producido los crímenes. Algunas veces deja Dios libre á un culpable conocido, mientras que otras castiga al culpable encubierto; porque este castigo debe salvar á un hombre. Asi es como el sabio médico evita fatigar por medio de remedios y operaciones inútiles á un enfermo sin esperanza. «*Dejadle*, dice retirándose, *entretenedle, y dadle cuanto pida:*» pero si la constitucion de las cosas le permitiese ver distintamente en el cuerpo de un hombre perfectamente sano, en apariencia, el germen del mal que debe matarle mañana, ó dentro de diez años, ¿no le aconsejaria someterse á los remedios mas desagradables, á las operaciones mas dolorosas? si el cobarde enfermo prefriese la muerte al dolor, el médico cuya vista y cuya mano hemos supuesto igualmente infalibles, aconsejaria á sus amigos que lo atasen y que apesar suyo le conservasen á su familia. Esos instrumentos de cirugia, cuya vista nos hace palidecer, la sierra, el trepano, las tenezas, el litótomo etc., no han sido inventados por un genio enemigo de la especie humana. Pues bien: esos instrumentos son en la mano del hombre para la curacion del mal fisico, lo que el mal fisico es en la de Dios para la estirpacion del verdadero mal (2). ¿Un miembro relajado ó fracturado puede ser restablecido sin dolor? ¿Una llaga, una enfermedad interna, podrán curarse sin abstinencia, ni privaciones de todo género y sin régimen mas ó menos penoso? ¿cuantos remedios hay en la farmacopea que no sean repugnantes á nuestros sentidos? Los padecimientos causados inmediatamente por las enfermedades, ¿que otra cosa son que el esfuerzo que la vida hace por defenderse?

(1) Todo hombre instruido reconocerá aqui algunas ideas de Plutarco. (De sera Nim. vind.)

(2) Puede decirse de los sufrimientos precisamente lo que el principe de los oradores cristianos ha dicho del trabajo: «nosotros somos pecadores, y como dice la escritura: *todos hemos sido concebidos en la iniquidad*... Luego Dios envia al hombre el dolor como una pena por su desobediencia y por su rebelion; y esta pena respecto á nosotros es á la vez satisfactoria y preservatriz. Satisfactoria, para espisar el pecado cometido, y preservatriz, para impedirnos cometerlo; satisfactoria porque hemos sido prevaricadores, y preservatriz para que dejemos de serlo.» (Bourdaloüe, Sermon sobre la ociosidad.)

En el orden sensible lo mismo que en el superior, la ley es la misma y tan antigua como el mal: EL REMEDIO DEL DESORDEN SERA EL DOLOR.

EL CABALLERO.

Luego que haya redactado esta velada, se la he de hacer leer al amigo comun de quien me hablasteis hace poco tiempo, y estoy persuadido que aplaudirá vuestras razones, y que os servirá de tanta mayor complacencia, cuanto mayor es el cariño que le profesais. Si no me equivoco, hasta creará que habeis añadido algo á las razones de Séneca, que no obstante debia ser un genio sobresaliente, puesto que en todas partes se le cita. Me acuerdo que mis primeras traducciones estaban sacadas de un pequeño libro titulado: *Séneca cristiano*, y que no contenia mas que las propias palabras de este filósofo. Era necesario que este hombre fuese de gran talento para que se le haya tributado tanto honor. Yo le profesaba mucha veneracion cuando La Harpe vino á trastornar mis ideas con un volumen entero de su Liceo, lleno de sentencias decisivas contra Séneca. Os confieso sin embargo, que me inclino siempre por la opinion del criado de la comedia, que decia:

Ese Séneca, señor, debia ser un grande hombre!

EL CONDE.

Habeis hecho muy bien, querido caballero, de no mudar de parecer. Sé de memoria cuanto se ha dicho contra Séneca; pero también hay muchas cosas que decir en su favor. Notad bien que el mayor defecto que se achaca á él ó á su estilo, se convierte en provecho de sus lectores; es sin duda muy esmerado y muy sentencioso; forma empeño en no decir las cosas como los demas; pero con sus giros originales, con sus rasgos inesperados, penetra profundamente los espíritus.

Y de todo lo que dice deja un largo recuerdo.

No conozco otro autor, escepto Tácito, que se cite con mas frecuencia. No considerando las cosas mas que en su fondo, tiene trozos inestimables; sus cartas son un tesoro de moral y de buena filosofía. Algunas de estas cartas Bourdaloue y Massillon hubieran podido recitarlas en el púlpito con algunas ligeras modificaciones: *sus cuestiones naturales* son sin disputa el fragmento mas precioso que la antigüedad nos ha dejado en este género; escribió un bello tratado sobre la *Providencia*, que todavia no era conocido en Roma en tiempo de Ciceron. En cuanto á mi no tendré inconveniente en citarlo en una multitud de cuestiones que

no han sido tratadas ni aun presenciadas por sus mismos detractores. Sin embargo, á pesar de su mérito, que es muy grande, séame permitido convenir sin orgullo que he logrado añadir algo á sus razones, aunque en ello no tenga otro mérito que el de haber aprovechado mayores auxilios; y creo tambien, hablándoos con ingenuidad, que no es superior á los que le han precedido sino por la razon que llevo dicha, y que á no haberse contenido por las preocupaciones del siglo, de la patria y del estado, hubiera podido decirnos poco mas ó menos todo lo que yo os he dicho; pues todo me induce á creer que tenia un conocimiento bastante profundo de nuestros dogmas.

EL SENADOR.

Creéis acaso en el cristianismo de Séneca ó en su correspondencia epistolar con S. Pablo?

EL CONDE.

Estoy muy ageno de sostener estos dos hechos; pero creo que tienen un origen verdadero, y estoy tan seguro de que Séneca oyó á S. Pablo, como lo estoy de que vosotros me escuchais en este momento. Nacidos y viviendo en la luz, ignoramos los efectos que produciria en el hombre que jamás la hubiese visto. Cuando los portugueses propagaron el cristianismo en las Indias, los japoneses que constituyen uno de los pueblos mas ilustrados de Asia, quedaron tan admirados de esta nueva doctrina, cuya fama sin embargo, habia llegado á ellos muy imperfectamente, que despacharon á Goa dos individuos de sus dos principales academias, para informarse de esta nueva religion, y bien pronto los embajadores japoneses vinieron á solicitar predicadores cristianos al virey de las Indias; de modo que no ha habido jamás nada mas apacible, mas legal ni mas libre que la introduccion del cristianismo en el Japon; lo cual ignoran profundamente muchos que se entrometen á hablar de lo que no saben. Pero los romanos y los griegos del siglo de Augusto eran muy otros que los japoneses del siglo XVI (1). No reflexionamos

(1) En cuanto á la ciencia puede ser; pero en cuanto al carácter, buen sentido y despejo natural, lo ignoro. S. Francisco Javier, que es entre los europeos el que mejor ha conocido á los japoneses, habia formado de ellos la mas alta idea. *Forman*, dice, *una nacion prudente, ingeniosa, dócil á la razon, y muy ávida de instruccion*. (S. Francisci Xaverii, Ind. Ap. Epist. Wrastisl. 1734, in 12, p. 166.)

(Nota del editor.)

bastante el efecto que el cristianismo debió producir sobre una multitud de gentes de buen juicio en aquella época. El gobernador romano de Cesarea que sabía muy bien lo que esta doctrina era, cuando asombrado decia á S. Pablo: *basta, basta por hoy, retiraos* (1), y los areopagitas que le decian: *en otra ocasion os oiremos sobre esas cosas* (2), hacian sin saberlo el mas bello elogio de su predicacion. Cuando Agrippa, despues de haber oido á S. Pablo le dijo: *ha faltado muy poco para que me hayais persuadido á ser cristiano*; el apóstol le respondió: *ojalá no hubiera faltado nada, y que vos y todos los que me oyen llegáseis á ser semejantes á mi*, PERO SIN ESTAS LIGADURAS, y señalaba sus cadenas (3). Despues de transcurridos diez y ocho siglos sobre estas santas páginas, despues de haber leído cien veces esta bella respuesta, *todavía creo leerla por primera vez*; tan noble, tan ingeniosa, tan dulce, tan penetrante me parece: no puedo espresaros hasta qué punto me siento conmovido. El corazon de Alem- bert, aunque endurecido por el orgullo y por una filosofía glacial, no ha podido resistir á este discurso (4): juzgad pues cual seria el efecto que debió producir sobre los oyentes. Tenemos presente que los hombres antiguos eran tan impresionables como nosotros. El rey Agrippa y la reina Berenice, los procónsules Sergio y Gallion (el primero de los cuales se hizo cristiano), los gobernadores Félix y Fausto, el tribuno Licias y toda su comitiva tenían parientes, amigos y correspondientes; ellos hablaban y escribian; millares de bocas repetian lo que nosotros leemos hoy; y esas nuevas hacian tanta mas impresion, cuanto anunciaban como prueba de la doctrina milagros incontestables, lo mismo que en nuestros dias, para todo hombre que juzga sin pasion. S. Pablo predicó año y medio en Corinto y dos años en Efeso (5), y cuanto pasaba en aquellas populosas ciudades se sabia al momento en Roma. Finalmente, el grande apóstol llegó á Roma, donde permaneció dos años enteros, recibiendo á cuantos venian á verle, y predicando con absoluta libertad, sin que nadie le incomodase (6). ¿Pensais que semejante predicacion haya podido pasar desapercibida á los ojos de Séneca, que entonces tenia sesenta años? Y cuando S. Pablo, conducido despues lo menos dos veces ante los tribunales para

(1) Act. XXIV, 22, 25.

(2) Act. XVII, 32.

(3) Ibid. XXVI, 29.

(4) Bien podrá haber aquí un pequeño error de memoria, porque no sé que Alembert haya hablado de este discurso.

(Nota del editor.)

(5) Act. XVII, 11, XIX, 10.

(6) Act. XXVIII, 30, 34.

responder de la doctrina que enseñaba, se defendió públicamente y fué absuelto (1), ¿pensais que esos acontecimientos no hicieron mas célebre y mas poderosa su predicacion? Todos los que tienen algun conocimiento de la antigüedad saben, que el cristianismo en su principio, era para los cristianos una iniciacion, y para los demas un sistema, una secta filosófica ó teúrgica. Todos saben el afán que habia entonces por opiniones nuevas; y ni aun es prudente imaginar que Séneca no haya tenido conocimiento de la doctrina de S. Pablo; y la demostracion es completa por la lectura de sus obras, donde habla de Dios y del hombre de un modo enteramente nuevo. Al lado del pasage de sus cartas, donde dice; *que Dios debe ser honrado y amado*, una mano desconocida escribió en otro tiempo al margen del ejemplar de que me sirvo: *Deum amari vix alii auctores dixerunt* (2). La espresion es muy rara y notable.

Pascal ha observado muy bien, *que ninguna otra religion mas que la muestra, ha ordenado amar á Dios*; sobre cuyo particular, recuerdo que Voltaire, en el vergonzoso comentario que añadió á los pensamientos de este famoso hombre, objetó que *Marco Aurelio y Epicteto hablan continuamente de amar á Dios*. ¿Por qué no se ha dignado este gracioso erudito citarnos el lugar en que lo dicen? Nada le hubiese sido mas fácil á Voltaire, pues afirma que lo dicen en muchos. Pero volvamos á Séneca. En otra parte ha dicho *mis dioses* (3); y tambien *nuestro Dios y nuestro padre* (4); y luego añade: *que la voluntad de Dios se cumpla* (5). Se hace poco caso de estas espresiones; pero buscad otras semejantes entre los filósofos que le han precedido, y sobre todo, buscadlas en Ciceron que ha tratado precisamente las mismas materias. Espero que no exigireis de mi memoria otras citas en este momento; pero leed las obras de Séneca y encontrareis la verdad de lo que tengo el honor de deciros. Me lisongeo de que cuando os fijeis sobre ciertos pasages, de los cuales no tengo mas que un vago recuerdo, donde habla del increíble heroismo conque algunos hombres han arrostrado los mas horribles tormentos, con una intrepidez que escede á las fuerzas humanas, no dudareis de que tuvo á los cristianos á la vista.

En fin, el cristianismo apenas habia nacido cuando ya se halla-

(1) II. Tim. IV, 16.

(2) En ninguna otra parte se leerá que Dios es amado. Si existe alguna cosa de este género en alguna parte fuera del cristianismo, se encontrará en Platon. S. Agustin le hace este honor. (*De civit. Dei*, VIII, 5, 6, Vid. *Sen. Epist.* 47.)(3) *Deos meos*. (*Epist.* 93.)(4) *Deus et parens noster* (*Epist.* 110.)(5) *Placeat homini, quidquid Deo placuerit*. (*Epist.* 74.)

ba arraigado en la capital del mundo. Los apóstoles habian predicado en Roma veinticinco años antes del reinado de Neron. San Pedro conversó allí y tuvo intimidad con Philon; semejantes conferencias produjeron necesariamente grandes efectos. Cuando oimos hablar del judaismo en Roma en tiempo de los primeros emperadores, y sobre todo entre los mismos romanos, frecuentemente se trata de los cristianos. Se sabe que los cristianos, al menos gran número de ellos, se creyeron por mucho tiempo obligados á la observancia de ciertos puntos de la ley mosaica, por ejemplo, al de la abstinencia de sangre. Mucho antes del siglo cuarto se vieron todavía cristianos martirizados en Persia por haber rehusado violar las observancias legales. No es, pues, extraño que se les haya confundido frecuentemente: y vereis en efecto á los cristianos comprendidos como los judíos en la persecucion, á que estos últimos se hicieron acreedores por su rebelion contra Adriano. Es necesario tener el tacto muy fino y muy perspicaz la vista; es preciso mirar muy de cerca para distinguir ambas religiones al leer los autores de los dos primeros siglos. Plutarco, por ejemplo, ¿de quien quiso hablar cuando en su tratado de la supersticion esclama: *o griegos! ¿que es lo que los bárbaros han hecho de vosotros?* y en seguida habla de *sabatismos*, de *prosternaciones*, de vergonzosas posturas, etc. Leed todo el pasage y no sabreis si trata de domingo ó de sábado; si contemplais un duelo judaico, ó los primeros rudimentos de la penitencia canónica. Durante largo tiempo no he visto otra cosa en su referido tratado que el judaismo puro y simple; pero en el dia pienso de distinto modo. Al intento os citaria unos versos de Rutilio, *si me acordase de ellos*, como dice madama de Sevigne. Os remito á su viage: en él leereis sus amargas quejas acerca de la *supersticion judaica que se propagaba por todo el mundo*. Se dirige principalmente contra Pompeyo y Tito, por haber conquistado esa desgraciada Judea que emponzoñaba al mundo: ¿luego quien podrá aqui creer que se trata del judaismo? ¿No es por el contrario, el cristianismo quien se apoderó del mundo y quien rechazó igualmente al judaismo y al paganismo? Aqui hablan los hechos, y no hay medio de sostener lo contrario.

Por lo demas, señores, supondré gratuitamente que podeis muy bien ser de la opinion de Montaigne, y que el medio mas seguro de haceros aborrecer las cosas verosimiles, seria establecerlas como demostradas. Creed pues lo que os acomode sobre esta cuestion particular; pero os ruego me digais: ¿pensais acaso que el judaismo solo no fué bastante para influir en el sistema moral y religioso de un hombre tan penetrante como Séneca, y que conocia perfectamente esa religion? Dejad decir á los poetas que nunca

ven mas que la superficie de las cosas, y que creen haberlo dicho todo con llamar á los judios *verpos et recultos*, y todo lo que querais suponer. Sin duda que el grande anatema pesaba ya sobre ellos. ¿Pero acaso entonces, lo mismo que ahora, no podian admirarse los escritos sin despreciar á las personas? Por medio de la version de los setenta, Séneca podia leer la Biblia tan facilmente como nosotros. ¿Que juicio debió formar al comparar las teogonias poéticas con el primer versiculo del Génesis, ó al examinar el diluvio de Ovidio y el de Moisés? ¿Que inmenso manantial de reflexiones! Toda la filosofia antigua queda eclipsada ante la sola vista del libro de la *Sabiduria*. Ningun hombre ilustrado y esento de preocupaciones, puede leer los salmos sin admirarse y sentirse trasportado á un nuevo mundo. Hasta respecto de las mismas personas habia grandes distinciones que hacer. Philon y Josepho eran aparentemente hombres de buena sociedad, y sin duda podia instruirse con ellos. Habia en general en esta nacion, aun antes de los tiempos mas antiguos, y mucho tiempo antes de su mezcla con los griegos, mas instruccion de la que comunmente se cree, por razones que no será difícil señalar. ¿De donde habian tomado por ejemplo, su calendario, uno de los mas esactos, y tal vez el mas arreglado de la antigüedad? Neuton no se ha desdenado de hacerle absoluta justicia en su cronologia, y nosotros mismos debemos admirarlo tambien en nuestros dias; pues le vemos marchar de frente con el de las naciones modernas, sin errores ni dificultades de ninguna especie. Se puede ver por ejemplo en Daniel cuantos hombres instruidos de esta nacion se computaban en Babilonia, que ciertamente era el centro de grandes conocimientos. El famoso rabino Moisés Maimonidas, de quien he leido algunas obras traducidas, nos manifiesta que al finar la grande cautividad, un grandísimo número de judios que no quisieron volver á su pais, se establecieron en Babilonia, donde disfrutaron de la mas amplia libertad y de la mas grande consideracion; y donde la custodia de sus mas secretos archivos de Ecbatana quedó confiada á hombres elegidos de su nacion.

Ojéando dias pasados mis pequeños *Etzéviros* que veis colocados en circulo sobre esa mesita giratoria, me fijé por casualidad sobre la república hebraica de *Pedro Cunneo*. Su lectura me recordó la anécdota tan curiosa de Aristoto, que conversando un dia en Asia con un judio, despues de la conversacion, los sabios mas distinguidos le parecian especie de bárbaros.

La traduccion de los libros sagrados en una lengua que llegó á hacerse universal, la dispersion de los judios por las diversas partes del mundo, y la curiosidad natural al hombre por todo lo nuevo y extraordinario, habian hecho conocer en todas partes la

ley mosaica, que llegó por este medio á ser una introduccion del cristianismo. Hacia mucho tiempo que los judios servian en los ejercitos de varios principes, que los empleaban con gusto á causa de su reconocido valor, y de su fidelidad sin igual. Alejandro sobre todo, sacó gran partido de ellos y les manifestó mucha predileccion. Sus sucesores al trono de Egipto le imitaron en este punto, y dieron constantemente á los judios infinitas pruebas de confianza. Lago confió á su custodia las plazas mas fuertes de Egipto, y para conservar las ciudades que habia conquistado en la Libia, no encontró ningun medio mejor que enviar á ellas colonias de judios. Uno de los Ptolomeos, sus sucesores, trato de hacerse con una traduccion de los libros sagrados. Evergetes, despues de haber conquistado la Siria, vino á tributar accion de gracias á Jerusalem: ofreció á Dios un gran número de victimas, é hizo ricos presentes al templo. Philometor y Cleopatra confiaron á dos judios el gobierno de su reino y el mando del ejército (1). Todo, en una palabra, justificó el discurso de Tobias á sus hermanos: *Dios os ha dispersado entre las naciones que no le conocian, con el fin de que vosotros le hicierais conocer sus maravillas, enseñándoles que él es el solo Dios y el solo omnipotente* (2).

Segun las ideas antiguas que admitian una multitud de divinidades, y sobre todo de dioses nacionales, el Dios de Israel no era para los griegos, para los romanos, y ni aun para todas las naciones mas que una nueva divinidad que se aumentaba á las otras; lo cual nada tenia de chocante. Pero como siempre hay en la verdad una accion secreta mas eficaz, mas fuerte que todas las preocupaciones, el nuevo Dios por donde quiera que se manifestaba, debia necesariamente producir grande impresion sobre una multitud de inteligencias. Voy á citaros, aunque rápidamente, algunos ejemplos, y luego tal vez os citaré algunos otros. La corte de los emperadores romanos manifestaba al templo de Jerusalem un profundo respeto. Habiendo Cayo Agrippa atravesado la Judea sin hacer allí sus devociones, (perdonadme esta expresion) su abuelo el Emperador Augusto se irritó en extremo; y lo que hay de mas singular es, que una terrible carestia que alligó á Roma por este tiempo, fué mirada por la opinion pública como un castigo de aquella falta. Por una especie de reparacion, ó por un movimiento espontáneo todavia mas honroso, Augusto, aunque en general fué grande y constante enemigo de las religiones estrangeras ordenó, que diariamente se sacrificase á su costa sobre el

(1) Josepho contra Appion. Lib. II, cap. 11.

(2) *Ideo dispersit vos inter gentes quæ ignorant eum, ut vos enarretis omnia mirabilia ejus, et faciatis scire eos quia non est alius Deus omnipotens præter illum.* (Tob. XIII, 4.)

altar de Jerusalem. Libia su muger, hizo presentar allí dones considerables. Esto llegó á constituir la moda de la corte, y á tal punto se generalizó, que todas las naciones, hasta las menos amigas de la judia, temian ofenderle por no desagradar al soberano; y todo hombre que se hubiera atrevido á tocar el sagrado libro de los judios, ó la plata que enviaban á Jerusalem, hubiera sido considerado y castigado como un sacrilego. El buen sentido de Augusto debió sin duda quedar impresionado al ver el modo como los judios concebian la divinidad. Tácito por una ceguedad singular ha elevado esta doctrina hasta las nubes, creyendo vituperarla en un testo célebre; peronada me ha causado tanta impresion como la admirable sagacidad de Tiberio respecto de los judios. Seyano que los detestaba, procuró que recayesen sobre ellos las sospechas de una conjuracion que debia perderlos. Tiberio no hizo caso de ello, porque este principe penetrante decia: *esu nation, por principio, no alzará jamás la mano sobre su soberano.* Los judios á quienes se presentaban como un pueblo soberó é intolerante, era sin embargo, bajo cierto aspecto, el mas tolerante de todos, hasta el punto de llegar á comprender algunas veces con dificultad, como los profesores exclusivos de la verdad se manifestaban tan complacientes con las religiones estrangeras. Sabido es el modo absolutamente liberal con que Eliseo resolvió el caso de conciencia, propuesto por un capitan de la guardia Siriaca (1). Si el profeta hubiera sido jesuita, no hay duda que Pascal en virtud de esta decision, lo hubiera puesto, aunque sin razon, en sus cartas provinciales. Philon, si no me equivoco, observa en cierta parte que el gran sacerdote de los judios era el único que en todo el universo oraba por las naciones y las potestades estraengeras (2). En efecto, no creo que haya otro ejemplo semejante en la antigüedad. El templo de Jerusalem estaba rodeado de un pórtico destinado á los estrangeros que venian á orar allí libremente. Una multitud de estos gentiles tenian confianza en el Dios (cualquiera que fuese) que se adoraba sobre el monte de Sion: nadie les incomodaba ni les pedia cuenta de sus creencias nacionales; y todavia los vemos segun lo atestigua el Evangelio, venir á Jerusalem á orar en el dia solemne de la Pascua sin la menor muestra de desaprobacion ni de sorpresa por parte del historiador sagrado.

Estando el espiritu humano suficientemente preparado ó advertido por este noble culto, apareció el cristianismo; y casi en el

(1) Reg. IV, 3, 19.

(2) Baruch, lib. XI.-Obedecian en esto á un precepto divino. (Jerem. XXIV, 7.)

mismo momento fué conocido y predicado en Roma. Esto es bastante á que yo tenga derecho para asegurar que la superioridad de Séneca sobre sus antecesores, y por paréntesis diré también lo mismo de Plutarco, en todas las cuestiones que interesan realmente al hombre, no pueden atribuirse sino al conocimiento mas ó menos perfecto que tenia de los dogmas mosaicos y cristianos. La verdad ha sido hecha para nuestra inteligencia como la luz para nuestros ojos; la una y la otra se insinuan sin esfuerzo de su parte, y sin instruccion de la nuestra, todas las veces que se encuentran en disposicion de obrar. Desde el momento en que el cristianismo apareció en el mundo, se verificó un cambio notable en los escritos de los filósofos enemigos ó indiferentes. Todos sus escritos tienen, si me es permitido espresarme así, cierto color que no tenían las obras anteriores á esta grande época. Si pues, la razon humana quiere manifestarnos sus fuerzas, que busque sus pruebas anteriores á nuestra era; que no venga á atacar á su nodriza, y como ha hecho muchas veces, á citarnos lo que sabe por la revelacion, para probarnos despues que no tiene necesidad de ella. Permitidme que os recuerde un rasgo inefable del loco de gran género (como le llama Buffon) que tanto ha influido sobre las ideas de un siglo, el mas á proposito para escucharle. Rousseau nos dice con fiereza en su Emilio: «que en vano se les sostiene la necesidad de una revelacion, puesto que Dios lo ha dicho todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia y á nuestro juicio; que Dios quiere ser adorado EN ESPIRITU Y EN VERDAD, y que todo lo demas no es sino un punto de policia (1). Ved, señores, lo que se llama discurrir! es sin duda alguna bagatela! No ha faltado mas que el mismo Dios para que nos lo enseñase.

Quando siendo niños se nos preguntaba: para que nos ha criado Dios? Respondiamos: para conocerle, amarle y servirle en esta vida y merecer así sus recompensas en la otra. Ved como esta respuesta que aunque propia de la primera infancia, es sin embargo tan admirable, tan sorprendente, tan incontestablemente superior á cuanto la ciencia humana reunida ha podido jamás imaginar; y como el sello divino es tan visible en estas lineas del catecismo elemental, como en el cántico de Maria, ó en los oráculos mas penetrantes DEL SERMON SOBRE LA MONTAÑA.

No nos sorprendamos pues si esta divina doctrina, mas ó menos conocida de Séneca, ha producido en sus escritos una multitud de rasgos que no es facil señalar. Espero que esta pequeña discusion que hemos empeñado por decirlo así como de paso, no os habrá fastidiado.

(1) Emilio. La Haya, 1762 in 8. tomo III, pág. 135.

En cuanto á La-Harpe, á quien absolutamente habia perdido de vista, ¿qué quereis que os diga? En favor de sus talentos, de su noble resolucion, de su sincero arrepentimiento, de su invariable perseverancia, disimulemos cuanto ha dicho sobre cosas que no entendia, ó que despertaban en él alguna pasion mal estinguida. ¡Que descansen en paz! Y nosotros tambien, señores, vamos á descansar en paz, porque hoy hemos hecho un esceso, pues ya son las dos; sin embargo, no debemos arrepentirnos de ello: todas las veladas de esta gran capital no habrán sido tan inocentes, ni por consiguiente tan felices como la nuestra. Descansemos, pues, en paz, y pueda este sueño tranquilo, precedido y producido por trabajos útiles é inocentes placeres, ser la imagen y la prenda de aquel descanso sin fin que no es concedido mas que á la continuacion de dias pasados, como las horas que acaban de pasar para nosotros.

VELADA DECIMA.

EL SENADOR.

Decidme, querido Caballero, ¿habeis soñado con los sacrificios de la noche pasada?

EL CABALLERO.

Sí que he soñado, y como es un país desconocido para mí, todavía no veo los objetos sino de un modo confuso. Me parece, sin embargo, que el asunto sería muy digno de profundizarse, y no creo en ese sentimiento interior de que hablamos otro día: nuestro comun amigo habrá realmente abierto en la última velada una rica mina, que ya no se trata sino de explotar.

EL SENADOR.

De eso precisamente es de lo que quisiera hablaros hoy. Me parece, señor Conde, que habeis puesto el principio de los sacrificios á cubierto de todo ataque, y habeis sacado de él gran número de consecuencias útiles. Creo además, que la teoría de la *reversibilidad* es tan natural al hombre, que puede mirarse como una verdad *innata*, en toda la estension de la palabra, puesto que es absolutamente imposible que la hayamos aprendido. ¿Pero creéis que suceda lo mismo para *descubrir*, ó al menos entrever, la razon de este dogma universal?

Cuanto mas se examina el universo, tanto mas nos inclinamos á

creer que el mal viene de cierta division que no puede confundirse, y que la vuelta al bien depende de una fuerza contraria que nos impulsa sin cesar hácia cierta unidad igualmente inconcebible (1). Esa comunidad de méritos y esa reversibilidad que tan perfectamente habeis probado, no pueden dimanar sino de esa unidad que nosotros no comprendemos. Reflexionando sobre la creencia general y sobre el instinto natural de los hombres, causa admiracion el ver esa tendencia á unir cosas que la naturaleza parece haber separado absolutamente. Están muy dispuestos, por ejemplo, á considerar un pueblo, una ciudad, una corporacion, pero sobre todo una familia, como un sér moral, con sus buenas y malas cualidades, capaz de merecer ó desmerecer, y susceptible por consiguiente de penas y recompensas. De ahí proviene la *preocupacion*, ó para hablar con mas exactitud, el *dogma* de la nobleza, tan universalmente arraigado entre los hombres. Si lo sometéis al exámen de la razon, no puede resistir esta prueba; porque no hay ninguna distincion que mas estraña nos sea, que aquella que recibimos de nuestros antepasados; y sin embargo, no hay para nosotros otra de mas aprecio ni que con mas satisfaccion reconozcamos, á no ser en tiempo de facciones; y aun entonces los ataques contra ella son una especie de homenaje indirecto y un reconocimiento formal de esta grandeza que se quisiera extinguir.

Si la gloria es hereditaria en la opinion de todos los hombres, la infamia lo es tambien por la misma razon. Se pregunta alguna vez, con poca reflexion, por qué la infamia del crimen ó del suplicio debe recaer sobre la posteridad del culpable; y los mismos que hacen esta pregunta, se vanaglorian en seguida del mérito de sus antepasados; lo cual no deja de ser una contradiccion manifiesta.

EL CABALLERO.

Jamás he notado esta analogia.

(1) El género humano en cuerpo podría, en esta suposicion, dirigir á Dios las mismas palabras empleadas por S. Agustin hablando de sí mismo: «Yo fui cortado en pedazos en el momento en que me separé de tu unidad para perderme en una multitud de objetos: tú te dignaste reunir los pedazos de mi mismo.» *Colligens me a dispersione in qua frustratim discessus sum, dum ab uno te aversus in multa evanui.* (D. August. Confess. II, 1, 2.)



EL SENADOR.

Es, sin embargo, bastante notoria. Uno de vuestros abuelos, querido Caballero (tengo un gran placer en recordároslo), murió en Egipto siguiendo á San Luis : otro pereció en la batalla de Marignan, disputando una bandera al enemigo ; en fin, vuestro último abuelo perdió un brazo en Fontenoi. No creo opinareis que esta distincion, esta nobleza os sea estraña, y no negareis si afirmo que antes perderiais la vida que renunciar á la parte de gloria que os resulta de tan bellas acciones. Pero pensad que si vuestro abuelo del siglo XIII hubiese entregado á San Luis á los sarracenos, en lugar de morir á su lado, esa infamia os sería comun por la misma razon y con la misma justicia con que os ha trasmitido una gloria tan personal como el crimen, si no creyese mas que á nuestra engañosa razon. No hay medio, querido Caballero ; es necesario ó admitir voluntariamente la infamia, si os toca en suerte, ó renunciar á la gloria. La opinion en este punto no es dudosa. El mayor incrédulo, en cuanto á la deshonra hereditaria, es el que la sufre: luego su juicio es evidentemente nulo. A esos que por solo el placer de manifestar su erudicion y contradecir ideas recibidas, hablando y aun escribiendo libros contra lo que ellos llaman *la casualidad ó preocupacion* de nacimiento, proponedles asociarse, por medio del matrimonio, á una familia infamada en tiempos antiguos, y vereis lo que os responden, si tienen un nombre ó solamente algun honor.

En cuanto á los que ni uno ni otro tienen, es preciso dejarlos ; porque estos naturalmente han de hablar en su favor.

Esta misma teoría podrá darnos alguna luz sobre el inconcebible misterio del castigo de los hijos por los crímenes de sus padres. Nada choca tanto á primera vista como la maldicion hereditaria : ¿ y por qué así, puesto que la bendicion es tambien hereditaria ? Notad bien que esas ideas no pertenecen solamente á la Biblia, como generalmente se cree. Esa herencia feliz ó desgraciada es de todos los tiempos y de todos los países : pertenece al paganismo, lo mismo que al judaismo ó al cristianismo ; á la infancia del mundo, lo mismo que á las naciones viejas : se encuentra en los teólogos, lo mismo que en los filósofos ; en los poetas, lo mismo que en el teatro y en la Iglesia.

Los argumentos que la razon facilita contra esa teoría, se pare-

cen al de Zenon contra la posibilidad del movimiento. No se sabe qué responder, pero se camina. La familia sin duda se compone de individuos, que segun la razon nada tienen de comun ; pero segun el instinto y la persuasion universal, toda familia es *una*.

En las familias soberanas, sobre todo, es donde mas particularmente brilla esta unidad : el soberano cambia de nombre y de rostro ; pero existe siempre, como dice la España : Yo EL REY. Vosotros, los franceses, querido Caballero, teneis dos bellas máximas mas verdaderas de lo que tal vez se piensa : la una de derecho civil : *la muerte coge al vivo* ; y la otra de derecho público : *el rey no muere*. No hay, pues, necesidad de dividirlo con el pensamiento, cuando se trata de juzgarle.

Causa admiracion ver algunas veces á un inocente monarca parecer miserablemente en una de esas catástrofes políticas, tan frecuentes en el mundo. No creais que trato de ahogar la compasion en los corazones ; pues bien sabeis cuánto han hecho sufrir al mio los crímenes recientes ; pero ateniéndonos rigurosamente á la razon, ¿ qué es lo que se quiere decir ? Un culpable puede ser inocente y aun santo el dia de su suplicio. Hay crímenes que no están consumados ni bastante caracterizados sino despues de un largo espacio de tiempo : hay otros que se componen de una multitud de casos mas ó menos escusables, considerados aisladamente, pero cuya repeticion llega por fin á hacerse muy criminal. En estos casos es evidente que la pena no puede preceder al complemento del crimen.

Aun en los crímenes instantaneos, los suplicios son siempre suspendidos, y deben serlo. Esta es tambien una de esas ocasiones tan frecuentes, en que la justicia humana sirve de intérprete á aquella de que la nuestra no es mas que una imágen y una derivacion.

Un aturdimiento, una lijereza, una contravencion á algun reglamento de policia, pueden ser reprimidos desde luego ; pero si se trata de un crimen propiamente dicho, jamás es castigado el culpable desde el momento en que se constituye tal. Bajo el imperio de la ley mahometana, la autoridad castiga, hasta con la muerte, al hombre que juzga acreedor á ella, en el momento y en el mismo lugar en que le coge ; y estas bruscas ejecuciones, que no han dejado de tener ciegos admiradores, ofrecen una de las numerosas pruebas del embrutecimiento y reprobacion de estos pueblos. Entre nosotros el orden es enteramente diferente : es preciso que el culpable sea aprehendido, que sea acusado y que se defienda ; y sobre todo, es preciso que piense en su conciencia y en sus negocios ; son

necesarios preparativos materiales para su suplicio; en fin, es necesario cierto tiempo para conducirlo al lugar del suplicio, que está fijo. El cadalso es un altar; por consiguiente, no puede ser colocado ni quitado sino por la autoridad: y estas respetables dilaciones, hasta en sus excesos, que no dejan de tener ciegos detractores, son una prueba de nuestra superioridad.

Si sucede que durante la suspension indispensable que debe tener lugar entre el crimen y el castigo, la soberanía viene á cambiar de nombre, ¿qué importa á la justicia? Es necesario que ella siga su curso ordinario. Aun haciendo abstraccion de esta unidad que yo contemplo en este momento, nada es humanamente mas justo; porque ningun heredero puede dispensarse de pagar las deudas que tenga la sucesion, á menos que renuncie á ella. La soberanía responde de todos los actos de la soberanía. Todas las deudas, todos los tratados, todos los crímenes la obligan. Si por algun acto desordenado organiza hoy un germen malo, cuyo desarrollo natural debe obrar una catástrofe dentro de cien años, este golpe lo recibirá justamente la corona á los cien años; y para sustraerse á él es preciso renunciarla. Jamas es TAL REY, SINO EL REY sea inocente ó culpable. Platon, no sé donde, me parece que es en el *Gorgias*, nos dice una cosa espantosa, en la cual no me atrevo á pensar (1); pero si su proposicion se entiende en el sentido en que ahora os la presento, podria muy bien tener razon. Pueden trascurrir siglos enteros entre el acto meritorio y la recompensa, entre el crimen y el castigo. El rey no puede nacer ni morir mas que una vez; dura tanto como la monarquía. Si llega á hacerse culpable, es tratado con gravedad y circunspeccion; y segun las circunstancias, es advertido, amenazado, humillado, suspendido, aprisionado, juzgado ó sacrificado.

Despues de haber examinado al hombre, examinemos lo que hay de mas maravilloso en él, á saber, la palabra; y encontraremos el mismo misterio, es decir, division inesplicable y tendencia hácia cierta unidad igualmente inesplicable. Las dos épocas mas grandes del mundo espiritual, son sin duda la de *Babel*, en que las lenguas se dividieron, y la de *Pentecostes*, en que hicieron un maravilloso esfuerzo para reunirse. Puede añadirse como de paso,

(1) Ἡ προστις πόλεως οὐδ' ἂν εἰς ποτε ἀδίχως ἀπόλοιτο ὑπ' αὐτῆς πόλεως ἢς προστάται. (Plat. *Gorgias*. Opp. t. VI, édit. Bipont., pag. 156).

que esos dos prodigios tan extraordinarios de que se hace mencion en la historia del hombre, son al mismo tiempo los hechos mas ciertos de que tenemos conocimiento. Para negarlos, es preciso á la vez carecer de razon y de probidad.

Ved en ellos como todo ha sido dividido, y todo busca la reunion: conducidos los hombres por este sentimiento, lo atestiguan de mil maneras. Han querido, por ejemplo, que la palabra *union*, significase la *ternura*, y esta palabra *ternura*, no significa mas que la disposicion á la union. Todas sus señales de *adhesion attachment* (palabra creada por el mismo sentimiento), son de uniones materiales; todas se dan la mano y se tocan entre sí. Siendo la boca el órgano de la palabra, y por lo mismo órgano y expresion de la inteligencia, todos los hombres han creído, que habia en la aproximacion de dos bocas humanas alguna cosa sagrada que anunciaba la mezcla ó confusion de dos almas. El vicio se apodera de todo y se sirve de todo, pero yo no examino mas que el principio.

La religion ha llevado al altar *el ósculo de paz* con gran conocimiento de causa: recuerdo tambien haber encontrado al hojear los Santos Padres, trozos en que se quejan de que el crimen se atreva á hacer servir para sus excesos un signo santo y misterioso. Pero, ya sea ocasion á la imprudencia, sea que espante al pudor, ó que ria en los puros labios de la esposa y de la madre, ¿de dónde se deriva su generalidad y su poder?

Nuestra unitiva unidad resulta de nuestra unidad en Dios, tan celebrada por la misma filosofia. El sistema de Mallebranche *de la vision en Dios*, no es otra cosa que un soberbio comentario de las tan conocidas palabras de S. Pablo: *en él vivimos, nos movemos y somos*. El pantheismo de los stoicos y el de Spinoza, son una corrupcion de esa grande idea; pero es siempre el mismo principio, es siempre la tendencia hácia la unidad. La primera vez que leí en la grande obra del admirable Mallebranche, tan desdeñado por su injusta y ciega patria: *que Dios es el lugar de los espíritus, como el espacio es el lugar de los cuerpos*, quedé desvanecido por este golpe de genio y dispuesto á prosternarme. Los hombres han dicho pocas cosas tan bellas.

Tuve en otro tiempo antojo de hojear las obras de Mad. Gnyon, únicamente porque me la habia recomendado el mejor de mis amigos, Francisco de Cambrai. Me tocó un pasaje del comentario sobre el «Cantar de los cantares,» en que esta mujer célebre com-

para las inteligencias humanas á las aguas corrientes, que habiendo partido todas del Oceano, se agitan incesantemente hasta volver á él. La comparacion está llevada con mucha exactitud; pero ya sabeis que los trozos de prosa no se retienen fácilmente en la memoria. Felizmente puedo suplir esta dificultad recitándoos los versos escesivamente bellos de Metastasio (1), que ha traducido Madama Gnyon, á menos que no los haya encontrado como por milagro.

El agua que del mar tomó su origen,  
Baña la villa y la ciudad y el monte:  
Presurosa los rios recorriendo,  
Prisionera en la fuente de los bosques,  
Murmura siempre y gime,  
Hasta que llega al mar:  
Donde adquirió sus linfas,  
Donde nació ignorada,  
Donde tras largos viajes  
Espera reposar (2).

Pero todas esas aguas no pueden mezclarse en el Oceano sin confundirse en el conjunto, al menos de cierta manera que yo no comprendo perfectamente. Quisiera algunas veces lanzarme fuera de los estrechos límites del mundo; quisiera anticiparme al dia de las revelaciones y sumergirme en lo infinito. Cuando se borre la doble

(1) ...Musarum comitis, cui carmina semper  
Et citharæ cordi, numerosque intendere nervis.

(Virg., Æn., IX, 775-776.)

(2) Metast. Artas. III, I.—Ved aquí el trozo de Mad. Gnyon citado en el diálogo: «Siendo Dios nuestro último fin, puede el alma discurrir por él sin cesar, como que se halla en su término y en su centro, y ser confundida en él y trasformada sin salir de él jamás. Así como un río que es un agua salida del mar y muy distinta del mar, encontrándose fuera de su origen, trata con sus agitaciones diversas de acercarse al mar, hasta que habiendo al fin vuelto á caer en él, se pierde y se confunde en él, así como estaba perdido y confundido antes de salir de él, y ya no puede ser distinguido.» (Comment. sur le Cantique des Cantiques; in 12, 1687, cap. I, v. 1.)

El ilustre amigo de Mad. Gnyon explica también la misma idea en su Telémaco. La razón, dice, es como un gran Oceano de luces: nuestros espíritus como pequeños arroyuelos que salen de él y vuelven á él, para perderse en él. (Lib. IV.)

Se conoce en estos dos trozos, dos almas confundidas.

ley del hombre y cuando sus dos centros se confundan, será uno, porque no habiendo ya en él lucha, ¿dónde podrá tener la idea de la unidad? Pero si consideramos á los hombres los unos á la vista de los otros, ¿qué será de ellos cuando anonadado el mal, no haya pasiones ni interes personal? ¿Qué vendrá á ser el yo, cuando todos los pensamientos sean comunes, como los deseos, cuando todos los espíritus se vean como son vistos? ¿Quién puede comprender, quién puede representarse esa Jerusalem celestial, en que penetrados todos sus habitantes por el mismo espíritu, se penetren mutuamente y se reflejen la felicidad? (1) Una infinidad de seres luminosos de la misma dimension, si vienen á coincidir exactamente al mismo lugar, ya no son una infinidad de seres luminosos; es un solo ser infinitamente luminoso. Me guardaré muy bien, sin embargo, de tocar á la personalidad, sin la cual la inmortalidad es nada; pero no puedo menos de admirarme al ver que todo el Universo nos lleva á esta misteriosa unidad.

San Pablo ha inventado una palabra que ha pasado á todas las lenguas cristianas; esta es la de «edificar» que es admirabilísima al primer golpe de vista; porque ¿qué hay de comun entre la construccion de un edificio y el buen ejemplo que se dá á su prójimo?

Pero se descubre muy pronto la raíz de esta espresion. El vicio desvia á los hombres, al modo que la virtud los une. No hay un solo acto contra el orden, que no produzca un interes particular contrario al orden general; no hay un solo acto puro, que no sacrifique un interes particular al interés general, es decir, que no tienda á crear una voluntad única y regular en lugar de esos millares de voluntades divergentes y culpables. San Pablo, pues, partía de la idea fundamental, de que todos nosotros constituimos «el edificio del Salvador» (2). Explica esta idea de muchas maneras. Quiere que los unos edifiquen á los otros; es decir, que cada hombre ocupe voluntariamente su lugar; como una piedra del edificio espiritual, y que procure con todas sus fuerzas de atraer hácia ese edificio á los demás, con el fin de que todo hombre «edifique y sea edificado.» Pronuncia principalmente esta espresion célebre: «la ciencia hincha, mas la caridad edifica» (3): espresion admirable, y de notable

(1) Jerusalem quæ edificatur ut civitas cujus participatio ejus in idipsum.

(2) Cor. III, 9.

(3) I. Cor. VIII, 10.

verdad; porque la ciencia reducida á sí misma divide, en lugar de unir, y todas sus construcciones no son mas que apariencias; en vez de que la virtud «edifica» realmente, y no puede obrar sino «edificando.» San Pablo habia leído en el sublime testamento de su maestro, que los hombres son uno y muchos como Dios (1); de manera que todos «son terminados y consumados en la unidad,» porque hasta ellos la obra no está concluida. ¿Y cómo no habrá entre nosotros una cierta unidad (ella será lo que quiera, y se la llamará como se quiera) cuando un solo hombre nos ha perdido por un solo acto? No formo aquí un «círculo» para probar la unidad por el origen del mal, y el origen del mal por la unidad: nada de eso; el mal se halla harto probado por sí mismo; se halla por todas partes, y sobre todo en nosotros. Luego de todas las suposiciones que pueden imaginarse para explicar su origen, ninguna satisface el buen sentido, enemigo del ergotismo, tanto como la creencia que le presenta, como el resultado hereditario de una prevaricación fundamental, que tiene por ella el torrente de todas las tradiciones humanas.

La degradación del hombre puede por lo tanto ser colocada en el número de las pruebas de la unidad humana, y ayudarnos á comprender, como por ley de analogía, que rige todas las cosas divinas; ha venido también la salvación por uno solo (2).

Deciais el otro día, señor Conde, que no habia dogma cristiano que no estuviese apoyado en alguna tradición universal y tan antigua como el hombre, ó sobre algún sentimiento innato que nos es tan propio como nuestra propia existencia. Nada mas cierto. ¿No habeis reflexionado nunca en la importancia que han atribuido siempre los hombres á las comidas hechas en comun? «La mesa, dice un antiguo proverbio griego, es la introductora de la amistad» (3). Ni tratados, ni convenios, ni fiestas, ni ceremonia de ninguna especie, ni aun lúgubres, acontecen sin estas comidas. Porque la invitación dirigida á un hombre para que coma en casa de uno, es un acto de urbanidad.

(1) «Que ellos sean uno como nosotros (Joann. XVII, II.) Con el fin de que sean todos juntos, como vos estais en mí y yo en vos, que sean del mismo modo uno en vos (Ibid. XXI.) Y les he dado la gloria que me habeis dado, con el fin de que sean uno como nosotros somos uno.» (Ibid. XXII.)

(2) «Yo soy en ellos y vos en mí, con el fin de que sean reasumidos en uno. (Ibid. XXIII.)»

(3) Rom. V, 17, sep.

dad. ¿Por qué es mas honorífico sentarse á la mesa de un príncipe que sentarse á su lado? Descended desde el palacio del monarca europeo hasta el ajuar del cacique; pasad desde la civilización mas refinada á los rudimentos de la sociedad; examinad todas las categorías, todas las condiciones, todos los caracteres, y en todas partes encontrareis los convites establecidos como una especie de religión, como una teoría de consideraciones, de benevolencia, de etiqueta, y muchas veces de política; teoría que tiene sus leyes, sus observancias, sus minuciosidades muy notables. Los hombres no han encontrado signo de unión mas espresivo que el de reunirse para tomar, así reunidos, un alimento comun. Este signo ha parecido elevar la unión hasta la unidad. Siendo, pues, este sentimiento universal, lo ha elegido la religión para hacer de él la base de su principal ministerio; y como toda comida, segun el instinto universal, era una «comunion,» en la misma copa (1) ha querido á su vez que su «comunion» fuese una «comida.» Para la vida espiritual, como para la vida corporal, el alimento es necesario. El mismo órgano material sirve para la una y para la otra. En este banquete todos los hombres se convierten en uno solo, alimentándose de un solo manjar, que es único y que está todo en todos. Los antiguos Padres, para hacer sensible hasta cierto punto la transformación de la unidad, dedujeron voluntariamente sus comparaciones de la «espiga» y del «racimo,» que son los materiales del misterio. Porque así como muchos granos de trigo ó de uva no constituyen mas que un pan y una bebida, de la misma manera ese pan y ese vino místicos que se nos presentan en la Santa Mesa rompen el yo, y nos absorben en su inconcebible unidad.

Hay una multitud de ejemplos de este sentimiento natural, legitimado y consagrado por la religión, y que podria mirarse como huellas casi borradas de un estado primitivo. Siguiendo este camino, ¿creeis, señor Conde, que fuese absolutamente imposible formarse cierta idea de esa solidaridad que existe entre los hombres (permítidme este término de jurisprudencia), de donde resulta la reversibilidad de los méritos, que todo lo explica?

EL CONDE.

Me seria imposible, mi respetable amigo, el explicaros, de una

(1) *In segno della comunione è partizipazione á sacrifici essendo la mensa in se stessa sacca, e non essendo altro i conviti que sacrifici.* (Antichità di Escolano. Napoli, 1779, in fol., tom. VII, tav. IX, pág. 42).

manera muy perfecta, el placer que me ha causado vuestro discurso; pero os confieso, con una franqueza de que sois muy digno, que este placer se halla mezclado de cierto horror. El vuelo que tomáis puede muy fácilmente estraviaros, tanto mas cuanto que no teneis como yo un fanal que podáis mirar en todos los tiempos y á todas las distancias. ¿No hay temeridad en querer comprender cosas que se hallan tan sobre nuestro alcance? Los hombres han sido siempre tentados por ideas singulares que lisonjean el orgullo. ¿Es tan dulce marchar por caminos extraordinarios que ningun pié humano ha hollado! Mas ¿qué se gana con eso? Se hace el hombre mejor por ello? Porque este es el grande asunto. Digo mas: ¿se hace mas sabio? ¿Por qué conceder nuestra confianza á esas bellas teorías, si no pueden conducirnos, ni lejos, ni en via recta? No rehuso ver bellas consideraciones de todo lo que acabais de decirnos; pero una vez siquiera, ¿acaso no corremos dos grandes peligros, el de estraviarnos de una manera funesta, y el de perder en vanas especulaciones un tiempo precioso que pudiéramos emplear en estudios, y acaso en descubrimientos útiles?

EL SENADOR.

Sucede precisamente lo contrario, mi querido Conde; nada hay mas útil que los estudios que tienen por objeto el mundo intelectual; este es precisamente el gran camino de los descubrimientos. Todo lo que puede saberse en la filosofía racional se encuentra en la siguiente espresion de S. Pablo: EL MUNDO ES UN SISTEMA DE COSAS INVISIBLES, MANIFESTADAS VISIBLEMENTE.

«El universo, ha dicho en otra parte Cárlos Bossuet, no será otra cosa que un conjunto de apariencias! (1)

Sin duda, al menos en cierto sentido; porque hay un género de idealismo que es muy razonable. Dificilmente acaso se encontrará un sistema de cualquiera celebridad que no encierre algo verdadero.

Si considerais que todo ha sido hecho por «y para» la inteligencia; que todo movimiento es un efecto, de manera que la causa propiamente dicha de un movimiento (2), que las palabras

(1) La naturaleza entera no sería, por lo tanto, para nosotros, sino espectáculo de apariencias. (Bossuet, Paling., part. XIII, cap. II.)

(2) Sto. Tomás ha dicho: *Omne movile a principio immovili.* (Adv. gentes I, XLIV, n. 2, y XLVII, n. 6.) Mallebranche lo ha repetido. *Solo*

«causa» y «materia» se escluyen mutuamente, como las de «círculo» y «triángulo», y que todo se refiere en este mundo que nosotros vemos, á otro mundo que no vemos (1), conoceréis fácilmente que vivimos en efecto *en medio de un sistema de cosas invisibles, manifestadas visiblemente.*

Recorred el círculo de las ciencias, vereis que comienzan todas por un misterio. El matemático marcha á tientas sobre la base del cálculo de las cantidades imaginarias, aunque sus operaciones sean muy justas. Comprende menos todavía el principio del cálculo infinitesimal, uno de los instrumentos mas poderosos que Dios ha confiado al hombre. Se admira de deducir consecuencias infalibles de un principio que choca con el buen sentido, y hemos visto á las academias pedir al mundo sabio esplicacion de esas aparentes contradicciones. El astrónomo atraccionario dice, que no se embaraza de ningun modo el saber lo que es la *atraccion*, una vez que esté demostrado que esta fuerza existe; pero en su conciencia se embaraza mucho. El «germinalista» que acaba de pulverizar los romances del «epigenegista», se tiene todo pensativo ante la oreja del mulo: toda su ciencia desfallece y su vista se turba. El fisico que ha hecho la experiencia de Hales, se pregunta á si mismo lo que es una planta, lo que es la malva, en fin, lo que es la materia, y no se atreve á burlarse de los alquimistas. Pero nada es mas interesante que lo que acontece en nuestros dias en el imperio de la química. Estad atentos á la marcha de las experiencias, y vereis á dónde se encuentran conducidos los adeptos. Respeto sinceramente sus trabajos; pero temo mucho que la posteridad los aproveche sin reconocimiento, y que mire á ellos mismos como ciegos que han llegado sin saberlo á un país cuya existencia negaban.

No existe pues ninguna ley sensible que no tenga detrás de ella (permittedme esta espresion ridicula) una ley espiritual, de la que la primera no es mas que la espresion visible; y ved por qué toda esplicacion de causa por la materia no satisfará jamas á un buen entendimiento. Desde que se vale del dominio de la expe-

Dios, dice, *es á la vez motor é inmóvil.* (Pech. de la vérité, in 1.<sup>o</sup> Append., pág. 320.) Pero el axioma pertenece á la filosofía antigua.

(1) Todo el mundo visible no está hecho sino para el siglo del porvenir; todo lo que pasa tiene sus relaciones secretas con ese siglo eterno en que nada pasará; todo lo que vemos no es sino la figura y la esplicacion de cosas invisibles. Dios no obra en el tiempo, sino para la eternidad. (Massillon, *Serm. sobre las aflicciones*, 3.<sup>o</sup> parte.)

riencia material y palpable para entrar en el de la filosofía racional, es menester salir de la materia y explicarlo todo por la metafísica. Hablo de la verdadera metafísica, y no de la que ha sido cultivada con tanto ardor durante el último siglo por hombres á quienes se llamaba seriamente «metafísicos.» ¡Chistosos metafísicos! que han pasado su vida en probar que no hay metafísica; brutos ilustrados en quienes el genio estaba «animalizado.»

Es pues muy cierto, mi digno amigo, que no se puede llegar sino por «esos caminos extraordinarios» que tanto teméis. Que si yo no llego, ó porque me faltan las fuerzas, ó porque la autoridad habrá levantado barreras en mi camino, ¿no es punto capital el saber que me hallo en el buen camino? Todos los inventores, todos los hombres originales, han sido hombres religiosos y aun exaltados. El espíritu humano, desnaturalizado por el escepticismo religioso, se parece á un terreno erial, que nada produce, ó que se cubre de plantas espontáneas, inútiles al hombre. Entonces hasta su misma fecundidad es un mal; porque esas plantas, confundiendo y entrelazando sus raíces, endurecen el suelo, y forman una barrera mas entre el cielo y la tierra. Romped, romped esa maldita corteza; destruid esas plantas mortalmente vivaces; reunid todas las fuerzas del hombre; hundid la réja; buscad profundamente la potencia de la tierra para gozarla en contacto con la potencia del cielo.

Ved, señora, la imagen natural de la inteligencia humana abierta ó cerrada á los conocimientos divinos.

Las mismas ciencias naturales están sometidas á la ley general. El genio no se arrastra con el apoyo de los silogismos. Su ademan es libre; sus maneras tienden á la inspiracion: se le ve llegar, y nadie le ha visto en su camino (1). ¿Hay, por ejemplo, un solo hombre que pueda compararse á Keplero en astronomía? ¿El mismo Newton es otra cosa que el sublime comentador de ese grande hombre, único que ha podido escribir su nombre en los cielos? Porque las leyes del mundo son «las leyes de Keplero.» Hay sobre todo en el tercero algo tan extraordinario, tan independiente de todo conocimiento preliminar, que no se puede menos de reco-

(1) *Divina cognitio non est inquisitiva... non per ratiocinationem causata, sed immaterialis cognitio rerum absque discursu.* (S. Thomas, advers. gentes, I, 93). En efecto, siendo en Dios la ciencia una intuición, cuanto mas goza de este carácter en el hombre, tanto mas se aproxima á su modelo.

nocer en él una verdadera inspiracion: no llegó á este inmortal descubrimiento sino siguiendo yo no sé qué ideas místicas de nombres y de armonía celestial, que se concordaban muy bien con su carácter profundamente religioso, pero que para la fria razon no son mas que puros sueños. Si se hubieran sometido esas ideas al exámen de ciertos libros de toda clase de supersticion, á Bacon, por ejemplo, que amaba la astronomía y la física como los «primeros hombres» de Italia amaban á las mujeres, no hubieran faltado «ídolos de cavernas» ó «ídolos de tribus, etc.» (1).

Pero ese Bacon que «habia sustituido el método de induccion al del silogismo,» como se ha dicho en un siglo en que se han agotado todos los géneros del delirio, no solamente habia permanecido extraño al descubrimiento de su inmortal contemporáneo, sino que se atenia obstinadamente al sistema de Ptolomeo, á pesar de los trabajos de Copérnico, y llamaba á esa obstinacion «una noble constancia» (2).

Y en la patria de Rogerio Bacon se creia, aun despues de los descubrimientos de Galileo, que los vidrios cáusticos debian ser cóncavos, y que el movimiento de tanteo que se hace subiendo y bajando un lente para encontrar el verdadero punto del foco, aumentaba el calor de los rayos solares.

Es imposible que no os hayais divertido algunas veces con las explicaciones mecánicas del magnetismo, y sobre todo de los átomos de Descartes en forma de «tirabuzones» (3), pero seguramente que no habeis leído lo que ha dicho de ellos Gilbert: porque los libros antiguos ya no se leen. No pretendo decir que tenga razon; pero apostaria, sin vacilar, mi vida, y aun mi honor, á que jamás se descubrirá nada del profundo misterio de la naturaleza, sino siguiendo las ideas de Gilbert, ó de otros del mismo género, así como el movimiento general de las aguas en el mundo no se explicará jamás de una manera satisfactoria (en la hipotesis de que se explique) sino á la manera de Séneca (4), es decir, por métodos com-

(1) Los que conocen la filosofía de Bacon entienden este argumento; sería cosa demasiado larga el explicarlo á los otros.

(2) *Itaque tenebimus, quemadmodum caelestia sonent, NOBILEM CONSTANTIAM.* (The works of Fr. Bacon, London, 1803, en 8.º *Thema caeli*, t. IX, p. 252.)

(3) *Carterii principia philo replica*, Pars. IV, n.º 133, p. 186, Amst., Blaen, 1685, en 4.º

(4) *Sen. æmest. nat.* III, 10, 12, 15. Elzevir, 1539, 4 vol. en 12.º, t. II, p. 578 y siguientes.

pletamente extraños á nuestras experiencias materiales y á las leyes de la mecánica.

Cuanto mas se relacionan las ciencias con el hombre, como la medicina, por ejemplo, tanto menos pueden prescindir de la religion; leed si quereis á los médicos irreligiosos, como sabios, ó como escritores, si lo merecen por su estilo; pero no los aproximeis nunca á vuestro lecho. Dejemos á un lado, si quereis, la razon metafísica, que es sin embargo muy importante; pero no olvidemos nunca el precepto de Celso que nos recomienda en cierto paraje que busquemos cuanto nos sea posible «al amigo médico» (1); busquemos pues, ante todo, al que ha jurado amar á todos los hombres, y huyamos de todo el que niega por sistema el amor á todos.

Los mismos matemáticos están sometidos á esta ley, aun cuando sean mas bien un instrumento que una ciencia, pues que todo su mérito consiste en conducirnos á conocimientos de otro orden que el suyo: comparad los matemáticos del gran siglo y los del siguiente. Los nuestros fueron «poderosos cifreros»; manejaban con maravillosa destreza los instrumentos que se ponían en sus manos; pero esos instrumentos fueron inventados en el siglo de la fé, y aun de las facciones religiosas que tienen una virtud admirable para crear grandes caractéres y grandes talentos. No es lo mismo avanzar por un camino que descubrirle.

El mas original de los matemáticos del siglo XVIII, hasta el punto que me es permitido juzgarle, el mas fecundo y cuyos trabajos produjeron mayor provecho para el hombre (jamás debe olvidarse este punto), por la aplicacion que hizo de ellos á la óptica y á la náutica, fué Leonardo Enlero, cuya tierna piedad fué conocida de todo el mundo, y principalmente de mí, que por tan largo tiempo he podido admirarle de cerca.

Que no se venga, pues, á vociferar al «iluminismo,» al «misticismo.» Las palabras no son nada; y sin embargo, con ese nada se intimida al genio y se intercepta el camino de los descubrimientos. Ciertos filósofos se han convenido en este siglo en hablar de «causas;» pero ¿cuándo se querrá comprender que no puede haber «causas» en el orden material, y que todas ellas deben buscarse en otra esfera?

Y si esta regla tiene lugar, aun en las ciencias naturales, ¿por

(1) *Quiam par scientia sil, utiliore tamem medicum esse (scias) amicum quam extraneum.* (Anr. Corn. Celsi de Remed. Præf. lib. I.)

qué en las de un orden sobrenatural no nos hemos de entregar sia el menor escrúpulo á investigaciones que podríamos llamar tambien sobrenaturales? Me admiro, señor Conde, de hallar en vos preocupaciones de las que la independencia de vuestro entendimiento debiera haberse evadido fácilmente.

#### EL CONDE.

Os aseguro, querido amigo, que podria haber en ello mala inteligencia entre nosotros, como acontece en la mayor parte de las discusiones. Jamás he tratado de negar, Dios me libre, que la religion sea madre de la ciencia; la teoria y la experiencia se reunen para proclamar esta verdad. El cetro de la ciencia no pertenece á la Europa, sino porque es cristiana. No ha llegado á ese alto punto de civilizacion y de conocimientos, sino porque ha comenzado por la teología; porque las universidades no fueron en un principio, sino escuelas de teología, y porque todas las ciencias, calcadas sobre este «objeto» divino, han manifestado el efecto de la divina sábia por una grandiosa vegetacion. La indispensable necesidad de esa larga preparacion del genio europeo es una verdad capital, que se ha evadido á los discursistas modernos. Bacon mismo, á quien habeis pintado exactamente, se ha engañado en esto como otras gentes que se hallaban en condiciones inferiores á su inteligencia. Es muy entretenido cuando trata de este asunto, y sobre todo, cuando se enfada contra la escolástica y contra la teología. Hay que convenir en que este hombre célebre parece ha desconocido completamente las preparaciones indispensables para que la ciencia no sea un gran mal. Enseñad á los jóvenes la física y la química antes de haberles impregnado de la religion y de la moral; enviad á una nacion nueva académicos antes de haber enviado misioneros, y vereis el resultado.

Creo que puede probarse hasta la demostracion, que hay en la ciencia, si no está subordinada á los dogmas nacionales, algo oculto que tiende á rebajar al hombre y hacerle, sobre todo, inútil ó mal ciudadano: este principio, bien desenvuelto, suministraría una solucion clara y perentoria del gran problema de la utilidad de las ciencias; problema que ha embrollado mucho Rousseau en la mitad del último siglo con su espíritu falso y sus conocimientos á medias (1).

(1) El estudio de las ciencias naturales tiene sus excesos como lo demás,

¿Por qué los sabios son casi siempre malos hombres de Estado, y en general inhábiles para los negocios?

De dónde procede que por el contrario los sacerdotes (los SACERDOTES digo) son naturalmente hombres de Estado? Es decir: ¿por qué el orden sacerdotal los produce con ventaja, proporcion guardada á todos los órdenes de la sociedad? sobre todo, de esos hombres de Estado «naturales,» si puedo explicarme así, que se lanzan en los negocios y los entienden sin preparacion, tales como los muchos que emplearon Carlos V y su hijo, y que nos admiran en la historia?

¿Por qué la mas noble, la mas fuerte, la mas poderosa de las monarquías ha sido «formada,» al pié de la letra, por los «obispos» (así lo confiesa Gibbon) «como una colmena es formada por las abejas?»

No concluiría este asunto; pero, mi querido Senador, por interés mismo de esta religion y por el honor que se le debe, recordemos que nada nos recomienda mas que la sencillez y la obediencia. ¿De quién es conocida mejor nuestra frágil arcilla, que de Dios! Me atrevo á decir que lo que debemos ignorar es mucho mas importante para nosotros que lo que debemos saber. Si ha colocado ciertos objetos mas allá de los alcances de nuestra vista, es sin duda ninguna porque sería peligroso para nosotros el percibirlos distintamente. Adopto con toda voluntad y admiro vuestra comparacion, deducida de la tierra abierta ó cerrada á las influencias del cielo; guardaos, sin embargo, de deducir una consecuencia falsa de un principio evidente. Que la religion y aun la piedad sean la mejor

y hemos llegado á él. Ellas no son, ni deben ser el objeto principal de la inteligencia; y sería la mayor locura que se pudiera cometer, el esponerse á que faltasen hombres por sobra de físicos. Filósofo, decía Séneca muy bien, *comienza por estudiar á ti mismo, antes de estudiar el mundo.* (Ep. LXV.) Pero las palabras de Bossuet admiran mucho mas, porque caen de mas alto:

«El hombre es vano en mas de un sentido; estos piensan ser mas racionales, y son vanos de los dones de la inteligencia... á la verdad, son dignos de distinguirse de los otros, y constituyen uno de los mas bellos ornamentos del mundo; pero ¿quién podría soportarlos, cuando tan pronto como se sienten con algo de talento... fatigan los oídos de todo el mundo... y piensan tener derecho para hacerse escuchar indefinidamente y decidir soberanamente de todo? ¡Oh justicia en la vida! oh igualdad en las costumbres, ó medida en las pasiones! Ricos y verdaderos ornamentos de la naturaleza racional, ¿cuándo aprenderemos á apreciarlos en vuestro verdadero valor!» (Sermon sobre el honor.)

preparacion para el espíritu humano; que le predispone tanto como la capacidad individual permite, á toda clase de conocimientos, y que le coloca en el camino de los descubrimientos, esta es una verdad incontestable para todo el que haya llevado á sus labios la copa de la verdadera filosofia. Pero ¿qué consecuencia deduciremos de esta verdad? Que «es necesario consagrar todos nuestros esfuerzos para penetrar los misterios de esta religion?» De ninguna manera: permitidme que os lo diga: este es un evidente sofisma. La consecuencia legitima es: que es necesario subordinar todos nuestros conocimientos á la religion; creer firmemente que se estudia orando; y sobre todo, cuando nos ocupemos de filosofia racional, no olvidar jamás que toda proposicion de metafísica, que no salga como por sí misma de un dogma cristiano, no es ni puede ser mas que una culpable estravagancia. Ved ahí lo que basta para ponerlo en práctica: ¿qué importa lo demás? Os he seguido con grande interés en todo lo que nos habeis dicho sobre esta incomprensible unidad, base necesaria de la «reciprocidad,» que todo lo explicaria, si pudiera explicarse. Alabo vuestros conocimientos y la manera con que sabeis hacerlas convergir; sin embargo, ¿qué ventajas os dan sobre mí? Esa reciprocidad la creo como vos, como creo en la existencia de la ciudad de Pequin, como el misionero que vuelve de ella, y con quien comimos el otro dia. Cuando penetreis la verdad de ese dogma, perdereis el mérito de la fé, no solamente sin ningun provecho, sino hasta con gran peligro para vos, porque no podríais en ese caso responder de vuestra cabeza. ¿Recordais lo que leíamos juntos hace algun tiempo en un libro de S. Martín? «Que el químico imprudente corre riesgo de adorar su obra.» Esta palabra no se ha escrito al aire: ¿no ha dicho Mallebranche que una «falsa creencia sobre la eficacia de las causas secundarias podría conducir á la idolatría?» Esta es la misma idea. Hemos perdido, no hace mucho tiempo, un amigo comun, eminente en ciencia y en santidad: bien sabeis que cuando hacia, siempre por sí solo, ciertas experiencias químicas, creia deberse rodear de santas precauciones. Se dice que la química pneumática data de nuestros dias; pero ha habido, hay y habrá sin duda ninguna siempre una química demasiado «pneumática.» Los ignorantes se rien de estas cosas, porque no las comprenden: tanto mejor para ellos. Cuanto mas conoce la inteligencia, mas culpable puede ser. Hablamos muchas veces con asombro estúpido del absurdo de la idolatría; pero puedo aseguraros muy bien que, si tu-



viéramos las ideas que estraviaron á los primeros idólatras, todos nosotros lo seríamos, ó que al menos Dios apenas podría marcar para él «doce mil hombres en cada tribu:» partimos siempre de la hipótesis bárbara de que el hombre se ha ido elevando gradualmente desde la barbarie á la ciencia y á la civilización. Este es el sueño favorito, el error matriz, y como dicen las escuelas, el «prototipo» de nuestro siglo. Pero si los filósofos de este desgraciado siglo, con la horrible perversidad que les hemos conocido, y que se obstinan todavía, á pesar de las advertencias que han recibido, hubieran poseído además algunos de esos conocimientos que necesariamente debieron pertenecer á los primeros hombres, ¡desgraciado del universo! Hubieran acarreado sobre el género humano alguna calamidad de un orden sobrenatural. Ved lo que han hecho y lo que nos han ocasionado, á pesar de su profunda estupidez en las ciencias espirituales.

Me opongo, pues, cuanto puedo, á toda investigación curiosa que sale de la esfera temporal del hombre. *La religion es un aroma que impide que la ciencia se corrompa:* excelente concepto de Bacon, á quien por esta vez no criticaré. Solo me veo tentado á creer que no ha reflexionado él mismo bastante sobre su propia máxima, puesto que ha trabajado formalmente en separar el «aroma» de la ciencia.

Observad también que la religion es el mayor vehículo de la ciencia. No puede, es cierto, crear el talento donde no existe; pero lo exalta sin medida en todas partes donde lo encuentra, sobre todo, al talento de los descubrimientos, al paso que la irreligion lo comprime siempre y lo ahoga muchas veces. ¿Qué mas queremos pues? No nos es lícito penetrar el instrumento que se nos ha concedido para penetrar. Es muy fácil destrozarle, ó lo que es peor, acaso falsearle. Doy gracias á Dios de mi ignorancia mas todavía que de mi ciencia; porque mi ciencia soy yo al menos en parte, y por consiguiente no puedo estar seguro de que sea buena. Mi ignorancia, por el contrario, al menos de la que yo hablo, es de él; y por lo tanto, tengo en ella toda la confianza posible. No trataré, pues, loeamente de escalar el saludable recinto de que nos ha rodeado la sabiduría divina; por este lado estoy seguro de hallarme en el terreno de la verdad. ¿Quién me asegura que mas hallá (por no hacer suposiciones mas tristes) no me encontraré en los dominios de la superstición?

## EL CABALLERO.

Entre dos potencias superiores que se baten, bien puede una tercera, aunque muy débil, proponerse como mediadora, siempre que le sea agradable, y que obre de buena fé.

Paréceme en primer lugar, señor Senador, que habeis dado demasiada latitud á vuestras ideas religiosas. Decís que la esplicacion de las causas debe siempre buscarse fuera del mundo material, y citais á Kepler, que legó sus famosos descubrimientos por yo no sé qué sistema de armonía celeste en que yo no comprendo nada; pero en todo esto yo no veo sombra de religion. Se puede ser músico muy bien y calcular los acordes sin ser piadoso. Paréceme que Kepler hubiera podido muy bien descubrir sus leyes sin creer en Dios.

## EL SENADOR.

Os habeis contestado á vos mismo, señor Caballero, al pronunciar esas palabras *fuera del mundo material*. Yo no he dicho de ningún modo que cada descubrimiento deba salir inmediatamente de un dogma, como el pollo sale del huevo; he dicho, que no hay causas en la materia, y que por consiguiente no deben ser buscables en la materia. De consiguiente, solo los hombres religiosos pueden y quieren salir de ella. Los otros no creen sino en la materia, y hasta se corren cuando se les habla de otro orden de cosas. Hace falta á nuestro siglo una astronomía mecánica, una química mecánica, una pesantez mecánica, una moral mecánica, una palabra mecánica, remedios mecánicos para curar enfermedades mecánicas; y ¿qué se yo? ¿no es todo ya mecánico? Luego el espíritu religioso es el único que puede curar esta enfermedad. Hablábamos de Kepler; pero Kepler no hubiera seguido jamás el camino que tan bien le condujo, si no hubiera sido eminentemente religioso. No necesitaria otra prueba para conocer su carácter, que el título que dió á su obra sobre la verdadera época del nacimiento de Jesucristo (1); dudo que en nuestros dias un astrónomo de Lóndres y de París eligiese un título semejante.

(1) Se conoce una obra de este famoso astrónomo, titulada: *De vero anno quo Dei Filius humanam naturam assumpxit Joh. Kepleri commentatiuncula in-4*. Acaso que en efecto un erudito protestante no se explicaria así en nuestros dias.

Ya veis, mi querido Caballero, que no he confundido los objetos como habiais creído en un principio.

EL CABALLERO.

En hora buena; no me creo con bastantes fuerzas para disputar con vos; pero observad un punto sobre el que os aventuraria alguna cuestion: nuestro comun amigo habia dicho, que vuestra particular aficion á las esplicaciones de un género extraordinario, podria conducir y conducir acaso á otros á grandisimos peligros, y que tenían además el extremo inconveniente de inutilizar los estudios útiles. A esto habeis respondido que sucedia precisamente lo contrario, y que nada favorecia mas el adelanto de las ciencias y de los descubrimientos de todo género, como esa tendencia del espíritu que nos conduce siempre fuera del mundo material. Este es un punto sobre el que no me considero bastante fuerte para disputar con vos; pero lo que me parece evidente, es que habeis pasado en silencio otra objecion, y sin embargo, es grave. Convengo en que las ideas místicas y estraordinarias pueden algunas veces conducir á importantes descubrimientos; pero es menester colocar en el otro platillo de la balanza los inconvenientes que pueden seguirse. Concedamos, por ejemplo, que puedan ilustrar á un Kepler: si han de producir, sin embargo, diez mil locos que turben y hasta corrompan el mundo, me siento muy inclinado á sacrificar el grande hombre.

Creo pues, y escusad mi impertinencia, que habeis ido demasiado lejos, y que no hariais mal en desconfiar de vuestras *espanciones espirituales*; al menos por mi parte, yo no las hubiera establecido, á lo que puedo juzgar. Pero como el deber del mediador consiste en conceder y negar algo á las dos partes, es preciso deciros, señor Conde, que me parece que llevais la timidez al esceso. Yo respeto vuestra sumision religiosa. He corrido bastante el mundo, y en verdad que no he encontrado nada que me parezca mejor; pero yo no sé cómo comprender de qué modo la fé os conduzca á temer la supersticion. A mi me parece que debia suceder todo lo contrario; he quedado sorprendido por otra parte que temiéseis tanto esta supersticion, que á mi juicio no es una cosa tan mala. En el fondo ¿qué es la supersticion? El abate Gerard en un excelente libro, cuyo título sin embargo, se halla en oposicion directa con la obra, me enseña que no hay sinónimos en las lenguas. La supersticion, pues, no es ni *error* ni *fanatismo*, ni ninguno de esos géneros que llevan su

nombre. Repito, ¿qué es pues, la supersticion? *Super* ¿no quiero decir *sobre*, por encima? Será pues alguna cosa que está (*par de la*) por encima de la creencia legitima. En verdad que no hay que gritar *haxo*. He observado muchas veces en el mundo que *lo que basta no basta*; no vayais á tomar esto como un juego de palabras; el que quiere hacer todo lo que es licito, hará bien pronto lo que no lo es. Jamás estamos tan seguros de nuestras cualidades morales sino cuando hemos sabido darlas alguna exaltacion. En el mundo político, los poderes constitucionales establecidos en las naciones libres, no subsisten sino esquivándose. Si alguno viene contra vos para echaros á tierra, no basta que os circunscribais en ocupar vuestro lugar; es menester que rechaceis á vuestro enemigo y le hagais retirar si es posible. Para salvar un foso hay que fijar el punto de vista mucho mas allá del borde, sopena de caer dentro. En fin, esta es una regla general, y sería muy singular que la religion fuese una escepcion. No creo que un hombre, y menos todavía una nacion, pueda con toda precision creer lo que conviene. Siempre habrá demás ó de menos. Imagino, mis buenos amigos, que el honor no os disgusta. Y sin embargo, ¿qué es el honor? ó no es nada, ó es *la supersticion de la virtud*. En amor, en amistad, en fidelidad, en buena fé, etc., la supersticion es apreciable y hasta preciosa, y muchas veces necesaria; ¿por qué no ha de suceder lo mismo con la piedad? Yo me inclino á creer que los clamores contra *los escesos de la cosa* parten de los enemigos de la *cosa*. La razon es buena sin duda, pero no por eso se ha de arreglar todo por la razon. Escuchad este cuentecillo, que acaso es una historia. Dos hermanas tienen su padre en la guerra; duermen en el mismo cuarto; hace frio y mal tiempo; y hablan de los trabajos y peligros que rodean á su padre; «acaso, dice la una, está vivaqueando en este momento; acaso está echado en el suelo, sin fuego ni cubierta: ¿quién sabe si será este el momento que ha elegido el enemigo..... ¡Ah!.....»

Ella salta de la cama, corre en camisa á su despacho, saca de él el retrato de su padre, viene á colocarle sobre su caballete, y coloca su cabeza sobre la alhaja querida.—«Buen papá, yo te guardaré.»—«Pero, hermana mia, dice la otra, creo que te se marcha la cabeza. ¿Crees, pues, que resfriándote salvarás á nuestro padre, y que estará mas seguro apoyando tu cabeza en su retrato? Cuida no le rompas, y créeme, vuélvete á dormir.»

Ciertamente que esta tiene razon en todo lo que dice; pero si

hubierais de casaros con una de estas hermanas, decidme, graves filósofos, ¿eligiriais á la razonadora ó á la supersticiosa?

Volviendo al asunto, pues, creo que la supersticion es un fuerte avanzado de la religion, que no conviene destruir, porque no es conveniente que pueda llegarse sin obstáculo al pié del muro, medir la altura y plantar las escalas. Me argüireis con los abusos; pero en primer lugar, ¿creéis que los abusos de una cosa divina no tengan en la misma cosa ciertos límites naturales, y que los inconvenientes de estos abusos puedan igualar jamás al peligro de quebrantarla creencia? Os diré en segundo lugar, siguiendo mi comparacion; si un fuerte avanzado es demasidamente avanzado, esto será un grande abuso, porque no será útil sino al enemigo que se servirá de él para ponerse á cubierto y batir la plaza; ¿y por eso habrá de abolirse el uso de los fuertes avanzados? Con el buen temor de los abusos, se concluiría por no tener valor ni aun para moverse.

Pero hay abusos ridículos y abusos criminales; este es un punto que no he sabido descifrar en mi cabeza. He visto á hombres entregados á esas singulares ideas de que me hablabais poco há, y que eran, os lo aseguro, los mas honrados y apreciables que puedan conocerse. Quiero con esta oportunidad, referir una historieta que no dejará de divertirlos. Ya sabeis en el retiro y con qué personas pasé el invierno de 1806. Una de las personas que se encontraban allí, señor Conde, y que hacía las delicias de nuestra sociedad, era uno de vuestros antiguos amigos, el antiguo comandante de M..., á quien en otro tiempo habiais visto muchas veces en Lion, y que acaba de terminar su larga y virtuosa carrera. Contaba ya setenta años cuando le vimos montar en cólera la primera vez de su vida. Entre los libros que se nos enviaban de la ciudad vecina para ocupar las largas noches, encontramos un día la obra póstuma de yo no sé qué fugitivo de los encierros de Ginebra, que habia pasado una gran parte de su vida en buscar la causa mecánica de la gravedad, y que lisonjeándose de haberla encontrado, cantaba modestamente el EUREKA, admirándose, sin embargo, del frío acogimiento que se hacia á su sistema (1). Al morir habia encargado á sus ejecutores testamentarios, publicasen, para bien del universo, ese raro descubrimiento, acompañado de muchos trozos de metafisica corruptora. Ya conoceréis que fué obedecido puntualmente; y ese libro que

(1) Véase la página 307 del libro en cuestion. Ginebra, 1805, en 8.

habia sido echado al buen comandante, le hizo montar en una cólera divertida.

«El sabio autor de este libro, nos decia, ha descubierto que la causa de la gravedad debe encontrarse fuera del mundo, visto que no existe en el mundo máquina alguna capaz de ejecutar lo que vemos. Me preguntareis: ¿qué es una region fuera del mundo? El autor no lo dice; pero debe estar muy lejos. Sea como quiera, en ese pais fuera del mundo habia una vez (no se sabe ni cómo, ni por qué, porque ni él ni sus amigos no se forman idea de ningun principio), habia, digo, una cantidad suficiente de átomos en reserva. Esos átomos estaban hechos en formas de jaulas, cuyas varitas son muchos millones de veces mas largas que gruesas. Llama á esos átomos ultramundanos, á causa de su pais natal, ó gravificos, á causa de sus funciones.

»Y sucedió un dia que Dios tomó de estos átomos todos los que pudo coger con sus dos manos, y los lanzó con todas sus fuerzas á nuestra esfera, y ved ahí por qué da vueltas el mundo.

»Pero hay que observar que esta proyeccion de átomos tuvo lugar una vez por todas (1), porque desde entonces no hay ejemplo de que Dios se haya mezclado otra vez en la gravedad.

»¿Dónde estamos! Ved lo que se nos ha dicho; porque hay atrevimiento para decirlo todo á los que todo quieren oírlo. Nos asemejamos hoy en nuestras lecturas á esos impuros insectos que no saben vivir sino en el fango: desdeñamos todo lo que instruíra, todo lo que constituía el encanto de nuestros antecesores, y es bastante bueno un libro para nosotros, con tal que sea malo.»

Hasta aquí todo el mundo podia seguir la opinion de este excelente anciano; pero se nos cayeron las nubes de los ojos cuando añadió:

«¿No habeis observado nunca que entre las innumerables cosas que se nos han dicho, sobre todo en la época de los globos, sobre el vuelo de los pájaros, y sobre los esfuerzos que ha hecho en diferentes épocas nuestra pesada especie, para imitar ese maravilloso mecanismo, haya ocurrido á cabeza de ningun filósofo el preguntarse si los pájaros podian dar lugar á algunas reflexiones particulares sobre la gravedad? Sin embargo, si los hombres hubieran recordado que toda la antigüedad se ha convenido en

(1) Espresion del autor.

»reconocer en los pájaros algo divino; que se les ha preguntado siempre sobre el porvenir; que segun una tradicion rara, se les habia declarado anteriores á los Dioses; que habia ella consagrado ciertas aves á sus divinidades principales; que los sacerdotes egipcios, segun Clemente de Alejandria, no comian, durante el tiempo de sus purificaciones legales, sino carnes de volátiles, porque las aves eran los mas lijeros de todos los animales (1); y que, segun Platon en su libro de las Leyes, la ofrenda mas agradable que se podia hacer á los Dioses, es un ave (2); si hubieran considerado además la multitud de hechos sobrenaturales en que han intervenido las aves, y sobre todo, el insigne honor concedido á la paloma, no dudo que se hubiesen visto llevados á poner en cuestion si la ley comun de la gravedad afecta á los pájaros vivos en el mismo grado que al resto de la materia bruta ú organizada.

»Pero para elevarnos mas alto, si el orgulloso ciego que os citaba poco há, en lugar de leer á Lucrecio, que recibió á los trece años de manos de un padre asesino, hubiera leído las vidas de los santos, hubiera podido concebir ideas justas sobre el camino que convendria seguir para el descubrimiento de la causa de la gravedad; hubiera visto que entre los milagros incontestables obrados por los elegidos ó que se obraban en sus personas, y cuya certidumbre no puede desconocer el mas atrevido escepticismo, no es mas incontestable ni mas frecuente que el arrobamiento ó éxtasis material. Leed, por ejemplo, las vidas y expedientes de canonizacion de S. Francisco Javier, de S. Felipe de Neri, de Sta. Teresa, etc., etc., y vereis si es posible dudar de ellos. Negareis la veracidad de los hechos contados por la misma santa, cuyo genio y candor igualaban su santidad! Se cree oír á S. Pablo contando las donaciones de la primitiva iglesia, y prescribiendo

(1) Si la cita es esacta, lo que no puedo comprobar en este momento, superfluo es observar que esta espresion debe ser tomada en el sentido de comida lijera. (Nota del Editor.)

(2) Las citas de memoria raramente son del todo exactas. Platon, en ese trozo de sus obras, no dice: el ave (sola) es la ofrenda mas agradable; dice que «las ofrendas mas divinas ζείωτατα δώρα son las aves y las figuras que puede ejecutar el pintor en un dia.» (Sus obras, t. 9 De legibus. lib. XII, pág. 206.) Conviene poner el segundo artículo en el número de los en que el buen honor del mayor filósofo de la antigüedad fué ser enigmático y aurraro, sin que se sepa por qué. (Nota del Editor.)

»reglas para el modo de ofrecerlos útilmente, con una naturalidad, con una calma, con una sangre fria, mil veces mas persuasivas que los mas solemnes juramentos.

»Los jóvenes, con especialidad los jóvenes estudiosos, y sobre todo los que han sabido evadirse de ciertos peligros, están muy sujetos á pensar, durante el sueño, que se elevan por los aires y que se mueven en ellos á su voluntad: un hombre de mucho talento y de excelente carácter, que he visto muchas veces en otro tiempo, pero que ya no volveré á ver, me decia en cierta ocasion, que habia sido visitado tantas veces en su juventud por esta clase de ensueños, que habia llegado á sospechar que la gravedad no era natural al hombre. A mi cuenta puedo aseguraros que la ilusion era en mí algunas veces tan fuerte, que despues de despierto habian pasado algunos segundos antes de que me hubiese desimpresionado.

»Pero hay una cosa mas grande que todo esto. Cuando el divino autor de nuestra religion hubo cumplido todo lo que debia obrar sobre la tierra despues de su muerte, cuando hizo á sus discipulos los tres donativos que jamás les retirará, la inteligencia (1), la mision (2) y la infalibilidad (3); entonces, habiéndose consumado todo en nuevo sentido, el Hombre-Dios en presencia de sus discipulos, que acababan de palparle y de comer con él, el Hombre-Dios dejó de pesar y se perdió entre las nubes.

»Esto se halla muy distante de los átomos gravíficos; sin embargo, no hay otro medio de saber ó de sospechar al menos lo que es la gravedad.»

A estas palabras, una risotada, que salió de un rincon de la sala, nos dejó á todos desconcertados. ¿Creereis acaso que el comandante se enfadó? Nada de eso: se calló; pero observamos en su semblante la espresion de una profunda tristeza mezclada de terror. Yo no sabré esplicaros lo interesante que le encontré. El reidor, cuyo nombre adivinareis sin duda, se creyó en la obligacion de darle algunas esplicaciones, que fueron hechas y recibidas en buena armonia. La sesion se terminó pacíficamente.

Por la noche, cuando me ví libre de mis cuidados, de los hombres, de la luz de los negocios, todo este discurso me vino á la memoria. ¿Qué hay de malo, me decia yo, que este buen hombre

(1) Luc. XXIV, 45.

(2) Marc. XVI, 15 16.

(3) Matth. XXVIII, 20.

crea que el estado de salud y las expansiones de ardiente piedad, tengan el poder de suspender, con relacion al hombre, las leyes de la gravedad, y que de esto puedan deducirse consecuencias legítimas sobre la naturaleza de esta ley? A la verdad que nada hay mas inocente.

Mas despues me acordé de ciertos personajes, amigos míos, que me parece haber llegado por el mismo camino á resultados muy distintos. Ellos inventaron la palabra *iluminado*, que siempre se ha tomado en mal sentido.

Algo hay de verdad en ese movimiento de la conciencia universal, que condena á esos hombres y sus doctrinas: y en efecto, he conocido muchos de ellos de un carácter equívoco, de una probidad bastante problemática, y notable sobre todo por un odio mas ó menos visible hácia el órden y gerarquía sacerdotales. ¿Qué debe, pues, pensarse de ellos? Yo me dormí con esta duda, y la vuelvo á encontrar hoy hallándome á vuestro lado, y vacilo entre los dos sistemas que me habeis espuesto. El uno me parece que priva al hombre de sus mayores ventajas; pero al menos se puede dormir tranquilo: el otro calienta el corazón, y dispone el espíritu á los mas nobles y mas felices esfuerzos; pero hay tambien que temer por el buen sentido y por alguna cosa mejor todavia. ¿No podria encontrarse una regla que me tranquilizase, y que me permitiese formar mi opinion?

EL CONDE.

Mi querido Caballero, os pareceis á un hombre que sumergido en el agua pidiera de beber. La regla que pedís, existe; os toca, os rodea, es universal. Voy á probaros, en pocas palabras, que sin ella es imposible al hombre marchar á pié firme á igual distancia del iluminismo y del escepticismo; y para esto.....

EL SENADOR.

*Ya os escucharémos otro dia.*

EL CONDE.

¡Hola, hola! sois del areópago; pues bien, no hablemos de eso hoy; pero yo os felicito, señor Caballero, por vuestra encantadora apología de la supersticion. A medida que hablabais, veía

desaparecer esos rasgos fabulosos y estraños, y las largas orejas con que la ha sabido decorar la pintura; y cuando habeis concluido, casi me ha parecido una hermosa dama. Cuando tengais nuestra edad, ¡ay de mí! ya no os oirémos; pero otros os oirán, y les dareis á conocer la cultura que recibis de nosotros. Porque nosotros ciertamente somos los que hemos dado el primer golpe de azadon en la buena tierra.

Por lo demás, señores, no nos hemos reunido para disputar, sino para discutir. Esta mesa, aunque no tiene mas que té y algunos libros, es tambien una introductora de la amistad (*entremetteuse de l'amitié*), como dice el proverbio que nuestro amigo citaba poco há: así que ya no disputarémos. Quisiera solamente proponeros una idea que podria, en mi juicio, pasar entre nosotros como un tratado de paz. Siempre he creído que en la alta metafísica hay reglas de *falsa posicion*, como en otro tiempo las habia en la aritmética. En este concepto afronto yo todas las opiniones que se alejan de la revelacion esplicita, y que se emplean para esplicar de una manera mas ó menos plausible tal ó cual punto de esta misma revelacion. Tomemos, si quereis, por ejemplo la opinion de la preexistencia de las almas, que ha servido para esplicar el pecado original: veis de un golpe de vista lo que puede decirse contra la creacion sucesiva de las almas, y el partido que puede alcanzarse de la preexistencia para una multitud de esplicaciones interesantes; declaro, sin embargo, esplicitamente que no pretendo adoptar este sistema como una verdad; pero digo, y ved aquí mi regla de *falsa posicion*: si he podido, yo frágil mortal, encontrar una solucion nulamente absurda, que da razon bastante satisfactoria de un problema embarazoso, ¿cómo puedo dudar que, si ese sistema no es verdadero, haya otra solucion que ignoro, y que Dios ha creído digna de negar á nuestra curiosidad? Lo mismo digo de la ingeniosa hipótesi que ha establecido el ilustre Leibnitz, sobre el crimen de Sesto Tarquino, y que ha desenvuelto con tanta sagacidad en su *Theodicea*. Digo otro tanto de cien otros sistemas, y del vuestro en particular, mi digno amigo. Puesto que no se les mira como demostraciones, que se proponen modestamente, y solo para tranquilizarse el espíritu, como acabo de decir, y que sobre todo no conducen ni al orgullo ni al desprecio de la autoridad, me parece que la crítica debe callarse ante esas precauciones. Se tantean todas las ciencias; ¿por qué la metafísica, la mas oscura de todas ellas, ha de estar esceptuada? Vuelvo, sin embargo, siempre á

decir, que por poco que se traten esta clase de investigaciones trascendentales, se manifiesta al menos cierta inquietud, que dispone mucho el mérito de la fe y de la docilidad. ¿No alcanzais que hace mucho tiempo que nos hallamos en la region de las nubes? Nos hemos hecho mejores? Yo lo dudo algo. Tiempo sería de descender de nuevo á la tierra. Prefiero mucho, os lo confieso, ideas prácticas, y sobre todo, esas analogías admirables que se encuentran entre los dogmas del cristianismo y las doctrinas universales que ha profesado siempre el género humano, sin que sea posible asignarles ninguna raíz humana. Despues del viaje que acabamos de ejecutar á tiro de águila por las regiones mas elevadas de la metafísica, quisiera proponeros algo menos sublime: hablemos, por ejemplo, de las *indulgencias*.

EL SENADOR.

La transición es algo brusca.

EL CONDE.

¿Qué llamais brusca, querido amigo? No es ni brusca ni insensible, porque no la hay. Nunca nos hemos estraviado ni un instante, y tampoco ahora cambiaremos nuestro discurso. ¿No hemos examinado en general la gran cuestion de las penalidades del justo en este mundo, y no hemos reconocido claramente que todas las objeciones fundadas sobre esta pretendida injusticia eran evidentes sofismas? Esta primera consideracion nos ha conducido á la de la reciprocidad, (*réversibilité*), que es el gran misterio del universo. Yo no he rehusado, señor Senador, de detenerme un momento con vos en el borde de ese abismo al que habeis lanzado una penetrante mirada. Si no habeis visto, no se os acusará al menos de no haber mirado bien. Pero discutiendo nosotros sobre este grande asunto, nos hemos guardado muy bien de creer, que el misterio, que todo lo esplica, tuviese necesidad él mismo de ser esplicado. Es un hecho; esta es una creencia tan natural al hombre, como la vista ó la respiracion; y esta creencia echa la luz del mediodia sobre los caminos de la Providencia en el gobierno del mundo moral. Ahora os haré percibir ese dogma universal en la doctrina de la Iglesia sobre un punto que causó tanto ruido en el siglo XVI, y que sirvió de primer pretexto para uno de los mayores crímenes que los hombres

han cometido jamás contra Dios. No hay sin embargo padre de familia protestante que no haya concedido indulgencias en su casa, que no haya perdonado á un hijo punible *por la intercesion y por los méritos* de otro hijo de quien ha estado contento. No existe ningun soberano protestante que no haya firmado cincuenta indulgencias durante su reinado, concediendo un empleo ó conmutando una pena, etc., *por los méritos* de los padres, de los hermanos, de los hijos de los parientes ó de los antepasados. Este principio es tan general y tan natural, como se muestra á cada momento en los actos mas pequeños de la justicia humana. Mil veces os habeis reido de la balanza que Homero ha puesto en manos de su Júpiter, evidentemente para ponerle en ridiculo. El cristianismo nos manifiesta otra balanza muy distinta. En un lado, todos los crímenes; en el otro, todas las satisfacciones; en este lado las buenas obras de todos los hombres, la sangre de los mártires, los sacrificios y las lágrimas de la inocencia, acumulándose sin cesar para equilibrar el mal que, desde el origen de las cosas, vierte en el otro platillo sus emponzoñados raudales. Es menester que al fin la salud salga victoriosa: y para acelerar esta obra universal, cuya espectacion *hace gemir á todos los seres* (1), basta que el hombre vigile. No solamente disfruta de sus propios méritos, sino que les son tambien imputadas por la justicia eterna las satisfacciones extrañas, puesto que ha querido así, y que se ha hecho digno de esta *reciprocidad*. Nuestros hermanos separados, nos han negado este principio, como si la redencion que ellos adoran con nosotros fuera otra cosa que una *grande indulgencia concedida al género humano por los infinitos méritos de la inocencia por escelencia voluntariamente inmollada por él*. Haced sobre este punto una observacion importante: el hombre, que es hijo de la verdad, está de tal manera hecho para la verdad, como que no puede ser engañado sino por la verdad corrompida ó mal interpretada. *Ellos han dicho: el Hombre-Dios ha pagado por nosotros; luego no tenemos necesidad de otros méritos; en vez de decir: luego los méritos del inocente pueden servir al culpable*. Así como la redencion no es mas que una grande indulgencia, la indulgencia á su vez, no es mas que una *redencion disminuida*. La desproporcion es inmensa sin duda ninguna; pero el principio es el mismo, y la analogia incontestable. *La indulgencia general no es vana, acaso ¿no es inútil*

(1) Rom. VIII, 22.

para el que no quiere aprovecharse de ella y que la anula, para sí, por el mal uso que hace de su libertad? Lo mismo sucede con la redención particular. Y se diría que el error se había puesto en guardia de antemano contra esta analogía evidente, negando el mérito de las buenas obras personales; pero la espantosa grandeza del hombre es tal, que tiene el poder de resistir á Dios, y de rechazar su gracia: es tal, que el dominador soberano, y el rey de las virtudes no lo trata sino con respeto (1). No obra por él, sino con él; no violenta su voluntad (esta espresion no tiene ni aun sentido); es menester que ella acceda; es menester que por medio de una humilde y valerosa cooperacion, el hombre se apropie esta satisfaccion; de otro modo, le permanecerá estraña; debe suplicar sin duda como si nada pudiera; pero debe obrar tambien como si lo pudiera todo (2): nada hay concedido sino á sus esfuerzos, ya merezca por sí mismo ó ya se apropie las obras ajenas.

Ya veis cómo cada dogma del cristianismo se halla unido á las leyes fundamentales del mundo espiritual; y es tambien muy importante observar que no hay mas que un solo dogma que tienda á exactarle. ¡Qué cuadro tan soberbio el de la inmensa ciudad de los espíritus, con sus tres órdenes relacionados entre sí! El mundo que combate, ofrece una mano al mundo que sufre, y toma con la otra al mundo que triunfa. La accion de gracias, la oracion, las satisfacciones, los auxilios, las inspiraciones, la fe, la esperanza y el amor circulan de uno á otro como benéficos raudales. Nada está aislado, y los espíritus, como las láminas de un hacecillo inmantado, gozan de sus propias fuerzas y de las fuerzas de todos los demás.

¡Qué ley tan bella, la que ha impuesto dos condiciones indispensables á toda indulgencia, redención secundaria, mérito superabundante por un lado, buenas obras prescritas y pureza de conciencia por el otro! Sin merecimientos, sin el estado de gracia, no hay remision por los méritos de la inocencia. ¡Qué noble emulacion para la virtud! Qué advertencia y qué escitacion para el culpable!

«Pensais, decia en otro tiempo el Apóstol de las Indias á sus neófitos, pensais en vuestros hermanos que sufren en el otro mundo; teneis la religiosa ambicion de aliviarles; pero pensad

(1) *Cum magna devertentia* (Sap. XII, 18).

(2) Luis Racine, prefacio del poema de la Gracia.

»en primer lugar en vosotros mismos; Dios no escucha al que se presenta á él con una conciencia manchada; antes que trateis de sustraer las almas de las penas del purgatorio, comenzad por libertar las vuestras del infierno (1).»

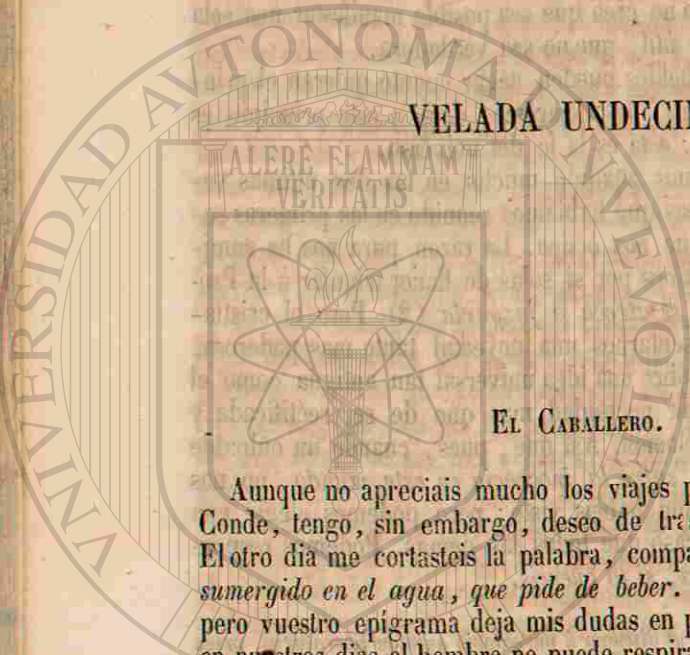
No hay creencia mas noble ni mas útil, y todo legislador debería tratar de establecerla en su casa, sin informarse siquiera si es creencia fundada; pero no creo que sea posible manifestar una sola opinion universalmente útil, que no sea verdadera.

Los ciegos ó los rebeldes pueden negar cuanto quieran el principio de las indulgencias: les dejaremos decir: este principio es el de la reversibilidad: esta es la fe del universo.

Creo, señores, hemos añadido mucho en las dos últimas veladas á la masa de ideas que habíamos reunido en las primeras sobre la gran cuestion que nos ocupa. La razon pura nos ha suministrado soluciones capaces por sí solas de hacer triunfar á la Providencia, si hay quien se atreva á juzgarla (2). Pero el cristianismo ha venido á presentarnos una novedad tanto mas poderosa, cuanto que descansa sobre una idea universal tan antigua como el mundo, y que no tenia necesidad mas que de ser rectificada y sancionada por la revelacion. Así que, pues, cuando un culpable nos pregunte por qué sufre la inocencia en este mundo, no nos faltarán respuestas, como habeis visto; pero podemos elegir una directa y mas eficaz acaso que todas las demás. Podemos responder: ella sufre por vos, si lo quereis.

(1) *Et sane equum est ut alienam á purgatorio animam liberaturus, prius ab inferno liberet suam*, carta de S. Francisco Javier á S. Ignacio. Goa 21, octubre 1542 (*Inter epist. sancti Francisci Xaverii Tursellino et Possevino latine versas*. Wratislavie 1734, m. 12, p. 16).

(2) *Ut vincas eum judicariis*.



### VELADA UNDECIMA.

EL CABALLERO.

Aunque no apreciáis mucho los viajes por las nubes, querido Conde, tengo, sin embargo, deseo de trasportaros de allá nuevo. El otro día me cortasteis la palabra, comparándome á *un hombre sumergido en el agua, que pide de beber*. Está muy bien dicho, pero vuestro epigrama deja mis dudas en pié. No parece sino que en nuestros días el hombre no puede respirar en el antiguo círculo de las facultades humanas, y queriendo romper sus barreras, se agita cual águila indignada contra los hierros de su jaula. Ved cuánto emprende en las ciencias naturales! Ved también esa nueva alianza que ha formado, y cómo marcha con feliz resultado entre las teorías de las ciencias físicas y las artes, obligándolas á que produzcan prodigios para servir á las ciencias! ¿Cómo queréis que este espíritu general del siglo no se estienda hasta las cuestiones del orden espiritual? ¿Y por qué no ha de serle permitido ocuparse del objeto mas importante para el hombre, con tal que sepa contenerse en los límites de una sabia y respetuosa moderacion?

EL CONDE.

En primer lugar, querido Caballero, nunca creeré ser dema-

siado exigente, si pretendo que el espíritu humano, libre en todos los demás objetos, escepto uno solo, evite acerca de este toda investigación temeraria. En segundo lugar, esa moderacion de que me habláis, y que tan bella es en teoría, es realmente imposible en la práctica, ó al menos tan rara, que debe considerarse como imposible. Confesad, pues, que cuando una investigación no es necesaria, y por el contrario, es capaz de producir por sí males infinitos, es hasta un deber el abstenerse de ella. Esto es lo que siempre me ha hecho mirar como sospechosas y aun como odiosas todas esas elevaciones espirituales de los *iluminados*, y desearia mil veces mas.....

EL SENADOR.

Conque en efecto, mi querido amigo, ¿teneis miedo á los *iluminados*? Pues yo á mi vez, no creo ser demasiado exigente si pido con humildad que sean definidas las palabras, y que se tenga en fin la extrema bondad de deciros lo que es un *iluminado*, con el objeto de saber de qué y de quién se habla, lo que no deja de ser útil en una discusion. Se dá el nombre de *iluminados* á esos hombres culpables que se atreven en nuestros días á concebir, y aun á organizar en Alemania la mas criminal asociacion, el espantoso proyecto de propagar en Europa el cristianismo y la soberania. Se dá el mismo nombre al virtuoso discipulo de Saint-Martin, que no solamente profesa el cristianismo, sino que trabaja para elevarlo á la mas sublime altura de la ley divina. Desde luego, señores, me concederéis que jamás han llegado los hombres á caer en una confusion mas grande de ideas. En cuanto á mí, os confieso que no puedo oír á sangre fria á los aturdidos individuos de uno y otro sexo, esclamar *iluminismo* á la menor palabra que escede á su limitada inteligencia, con una lijereza y una ignorancia tal, que apurarian la paciencia mas ejercitada. Pero vos, mi querido amigo, vos, *romano* tan acérrimo defensor de la autoridad, habládme francamente. ¿Podéis leer la santa Escritura sin veros precisado á reconocer en ella una multitud de trozos que oprimen vuestra inteligencia, invitándola á entregarse á tentativas de una sabia *investigacion*? No es á vos á quien lo mismo que á los demás se ha dicho: *escudriñad las escrituras*? Decidme, ¿comprendeis el primer capítulo del Génesis? Comprendeis el Apocalipsis y el Cantar de los Cantares? No os cuesta trabajo comprender el Eclesiastes? Cuando leéis en el primer capítulo del Génesis el momento en que nues-



tros primeros padres se apercibieron de su desnudez, y Dios les hizo vestidos de pieles, ¿entendeis esto al pié de la letra? ¿Creeis que la Omnipotencia se empleó en matar animales, desollarlos, curtir las pieles, y finalmente formar aguja é hilo para arreglar estas nuevas túnicas? Creeis que los culpables rebeldes de Babel intentaron realmente levantar una torre cuya veleta tocase la luna? Y cuando las estrellas cayeron sobre la tierra, ¿no os encontrais perplejo para volverlas á colocar? Mas puesto que es cuestion de cielo y estrellas, ¿qué decis del modo con que la palabra cielo es muchas veces usada por los escritores sagrados? Cuando leéis que Dios crió el cielo y la tierra, que el cielo es para él, y que la tierra la ha dado á los hijos de los hombres, que el Salvador subió al cielo y descendió á los infernos, etc., ¿cómo entendeis estas expresiones? Y cuando leéis que el Hijo está sentado á la diestra del Padre, y que S. Estevan al morir le vió en esta situacion, ¿no experimenta vuestro corazon cierta incomodidad y no sé qué deseo de que se hubiesen ocurrido otras palabras al escritor sagrado? Mil expresiones de esta especie os probarán que Dios unas veces ha querido dejar hablar al hombre cuanto ha querido, segun las ideas dominantes de tal ó cual época, y otras ocultar bajo formas, de apariencias sencillas y á veces groseras, altos misterios que no están al alcance de todas las inteligencias: ¿qué mal hay pues en ambas suposiciones de que el hombre trate de profundizar los abismos de la gracia y de la bondad divina, á la manera que caba y profundiza la tierra para sacar el oro ó los diamantes? Ahora mas que nunca debemos, señores, ocuparnos de estas elevadas especulaciones, porque es necesario encontrarnos dispuestos para un acontecimiento inmenso en el orden divino, hácia el que marchamos con una velocidad que debe espantar á todos los observadores. No hay religion en la tierra: el género humano no puede permanecer en tal estado. Terribles oráculos anuncian además, que han llegado ya los tiempos. Muchos teólogos católicos han creído, que en la revelacion de S. Juan estaban anunciados sucesos de primer orden, y poco lejanos de nosotros; y aunque los teólogos protestantes se han dejado arrastrar en general, acerca de este libro, por el espíritu de secta, donde jamás han sabido ver sino lo que deseaban, sin embargo, despues de haber pagado al fanatismo su desgraciado tributo, veo que ciertos escritores de ese partido adoptan desde luego el principio: de que muchas de las profecias contenidas en el Apocalipsis se refieren á nuestros tiempos. Uno de

esos escritores ha llegado hasta á decir, que el acontecimiento habia ya comenzado, y que la nacion francesa debia ser el principal instrumento de la mas grande de las revoluciones. Tal vez no haya un hombre verdaderamente religioso en Europa (hablo de la clase instruida), que no espere en este momento alguna cosa extraordinaria; decidme, señores, ¿y creeis que esa conformidad de todos los hombres debe ser despreciada? No significa nada ese grito tan general que anuncia grandes acontecimientos? Remontaos á los siglos pasados, transportaos al nacimiento del Salvador, y en esa época oireis una voz misteriosa, que partiendo de las regiones orientales, esclama: *el oriente se halla próximo á triunfar, el vencedor partirá de la Judea; un niño divino nos ha sido dado; vá á aparecer; baja de los cielos y renovará la edad de oro sobre la tierra.* Ya sabeis lo demás. Estas ideas se hallaban universalmente difundidas, y como se prestaban infinitamente á la poesia, el mas grande de los poetas latinos se apoderó de ellas, y las adornó con los colores mas brillantes en su Polion, que despues fué traducido en muy buenos versos griegos, y leído en esta lengua en el concilio de Nicea por mandato del emperador Constantino. En efecto, era muy digno de la Providencia ordenar que renovase ese grito del género humano para siempre en los versos de Virgilio. Pero la incurable incredulidad de nuestro siglo, en lugar de ver lo que esta pieza encierra realmente en sí, es decir, un monumento inesfable del espíritu profético que entonces se agitaba en el universo, se entretiene en probarnos doctamente que Virgilio no era profeta, esto es, que una flauta no sabe de música, y que nada se encuentra de extraordinario en la Egloga once de este poeta; y no encontrareis ninguna nueva edicion ó traduccion de Virgilio que no contenga algun noble esfuerzo de razonamiento para embrollar la cosa mas clara del mundo. El materialismo con que se ha manchado la filosofia de nuestro siglo, es un obstáculo que le impide ver la doctrina de los espíritus, y particularmente la del espíritu profético, siempre plausible en sí misma, y por otra parte la mejor apoyada por la tradicion mas universal é imponente que haya existido jamás. ¿Pensais que los antiguos convinieron todos en creer que la potencia divinatrix ó profética era un don innato del hombre? (1)

(6) *Veteres... vin μΑΥΤΙΧΝ (divinatricem) in natura quandoque homini inesse contendunt... nec desunt inter recentiores nostri seculi scriptores qui veteribus hac in re assensum præbeant, etc.*

Véase Sam. Bochart, Epist. ad dom. de Segrans, Blondel, Reinesio,

Eso no es posible. Jamás un sér, y mucho menos una clase entera de séres, manifestará general é invariablemente una inclinacion contraria á su naturaleza. Como la eterna ansiedad del hombre es penetrar el porvenir, es una prueba cierta de que tiene derechos sobre este porvenir, y que cuenta con medios para descubrirlo, al menos en ciertas circunstancias.

Los oráculos antiguos se servian de ese movimiento interior del hombre, que le manifiesta su naturaleza y sus derechos. La pesada erudicion de Van-Dale y las alegres frases de Fontenelle, se emplearon vanamente en el siglo pasado para establecer la nulidad general de esos oráculos. Pero sea de esto lo que quiera, jamás hubiera recurrido el hombre á estos oráculos, jamás hubiera podido imaginarlos, si no hubiese partido de una idea primitiva, en virtud de la cual, los consideraba como posibles, y aun como existentes. El hombre está sujeto al tiempo; y sin embargo, es por su naturaleza extraño al tiempo, de tal modo, que la idea misma de la felicidad eterna le fatiga y le espanta. Que cada uno se consulte y se sentirá escitado por una felicidad sucesiva y sin término; y yo diría que teme fastidiarse, si esta espresion no estuviese mal en un asunto tan grave; pero esto me conduce á una observacion que tal vez os parezca de algun valor.

Gozando el profeta del privilegio de sobreponerse al tiempo, y no estando sus ideas circunscritas á la duracion, se tocan y confunden en virtud de la simple analogia, lo que necesariamente produce grande confusion en sus discursos. El mismo Salvador se somete á este estado, entregado voluntariamente al espíritu profético, las ideas análogas de grandes desastres separados del tiempo, le condujeron á confundir la destruccion de Jerusalem con la del mundo. Igualmente David, conducido por sus propios sufrimientos á meditar sobre el justo perseguido traspasa de repente el tiempo, y teniendo presente el porvenir, esclama: *Ellos han taladrado mis manos y mis piés, han contado mis huesos, se han repartido mis vestiduras y sorteado mi túnica.* (Ps. XXI, 17). Otro ejemplo no menos notable de la marcha profética, se encuentra en el magnifico salmo LXXI; (1). Al tomar David la pluma, no pensaba mas que en Salomon; pero bien pronto se confunde en su

Fabricio y otros citados tambien en la disertacion de Mar. Barth. Christ. Richard, *De Roma ante Romulum condita* (in *Thess. dissert. M. Joh. Christoph. Martini*, tom. II, par. 1; in-8.º, pág. 241).

(1) El último versículo de este salmo en la vulgata dice: *Difecerunt*

espíritu la idea del tipo con la del modelo, y apenas llega al quinto versículo cuando ya esclama: *él durará tanto como los astros;* y creciendo por grados su entusiasmo, produce un trozo soberbio, único en calor, en rapidez y en movimiento poético. Podrían añadirse otras reflexiones sacadas de la astrologia judiciaria, de los oráculos, de las adivinaciones de todo género, cuyo abuso ha deshonrado sin duda el espíritu humano; pero que sin embargo, tienen un origen verdadero, como todas las creencias generales. El espíritu profético es natural al hombre y jamás dejará de agitarse en el mundo. Procurando el hombre de todas las épocas y de todos los lugares penetrar el porvenir, declara que no ha sido hecho para el tiempo, porque el tiempo tiene cierta cosa forzada que se afana por concluir. De ahí viene que jamás en nuestros sueños tenemos la idea del tiempo y que el estado del sueño fué siempre favorable á las comunicaciones divinas. Esperando que nos sea explicado este grande enigma, celebramos en el tiempo á aquel que ha dicho á la naturaleza:

*El tiempo será para vosotros; la eternidad para mí* (1); celebramos su misteriosa grandeza, y ahora y siempre, en todos los siglos, y en toda la serie de eternidades (2), y mas allá de la eternidad (3), y cuando en fin, todo esté consumado, un ángel esclamará en medio del espacio vacío: ¡YA NO HAY MAS TIEMPO! (4)

Si me preguntais en seguida qué cosa es ese espíritu profético que acabo de nombrar, os responderé: que jamás han ocurrido en el mundo grandes acontecimientos sin que de un modo ó de otro hayan dejado de ser anunciados. Maquiavelo es el primero que conozco que ha sentado esta proposicion; pero si vosotros mismos

*laudes David filii Jesse.* Le Gros ha traducido: *aquí acaban las alabanzas de David.*

La traduccion protestante francesa dice: *aquí terminan las súplicas de David;* y la traduccion inglesa: *Las oraciones de David quedan acabadas.* M. Genonde, sirviéndose de sus agudezas con una maravillosa facilidad, dice: *aquí acaba la primera coleccion que David habia hecho de sus Salmos.* En cuanto á mí escribiría intrépidamente: *aquí David, oprimido por la inspiracion, arroja la pluma;* y este versículo no sería sino una nota que pertenecería á los editores de David, ó tal vez al mismo.

(1) Tomás, oda sobre el tiempo.

(2) *Perpetuas eternitates.* Dan. XII, 3.

(3) *In aeternum et ultra.* Exod. XV, 18.

(4) Entonces el ángel jura por el que vive en los siglos de los siglos... QUE YA NO HABRA MAS TIEMPO. Apoc. X, 6.

reflexionais, os convencereis de que la asercion de este *piadoso* escritor está justificada por la historia; además teneis un ejemplo reciente en la revolucion francesa que fué predicha en todas partes de la manera mas incontestable; pero para volver al punto de donde he partido, ¿creeis que el siglo de Virgilio careció de excelentes genios que se burlaban *de la grande época y del siglo de oro, de la casta Lucina, de la augusta Madre y del misterioso Hijo?* Sin embargo, todo esto era cierto.

El hijo de lo alto de los cielos está dispuesto á descender.

Podeis ver en muchos escritos, pero principalmente en las notas que Pope añadió á su traduccion en verso, de *Polion*, que esta pieza podria pasar por una version de *Isaias*. ¿Por qué quereis que no suceda hoy dia lo mismo? El universo está en espectacion. ¿Cómo, pues, despreciar nosotros esta firme creencia? ¿Y con qué derecho condenaremos á esos hombres, que advertidos por divinos signos, se entregan á santas investigaciones?

¿Quereis otra prueba de lo que se prepara? Buscadla en las ciencias; considerad bien la marcha de la química, la de la astronomía misma, y vereis á donde nos conducen. Creeriais por ejemplo, si anteriormente no tuviéseis idea, que Newton nos recuerda á *Pitágoras*, y que incesantemente será demostrado, que los cuerpos celestes son movidos precisamente como el cuerpo humano por medio de inteligencias que les están unidas sin que se sepa cómo? Esta doctrina podrá sin duda parecer paradoja y hasta ridicula; pero esperad que la afinidad natural de la religion y de la ciencia las reuna en la cabeza de un solo hombre de genio: la aparicion de este hombre no está muy lejana y tal vez existe ya. Ese hombre se hará célebre y pondrá fin al siglo XVIII que dura siempre; porque los siglos intelectuales no se rigen por el calendario como los siglos propiamente dichos; y las opiniones que ahora nos parecen atrevidas ó insensatas, serán axiomas de los que no será permitido dudar; se hablará de nuestra *estupidez* actual lo mismo que nosotros hablamos de la supersticion de la edad media. La fuerza de las cosas ha obligado ya á algunos sabios á hacer concesiones que los unen al *espíritu*, y otros no pueden menos de presentir esa tendencia secreta de una poderosa opinion; toman contra ella precauciones que hacen tal vez sobre los verdaderos observadores mas impresion que una resistencia directa. De ahí ese escrupuloso cuidado de no emplear mas que espresiones materiales. Jamás se trata en sus escritos sino de leyes *mecánicas*, de *principios mecánicos*,

de astronomía, *física*, etc. No es esto que ellos se sientan maravillados de que las teorías materiales no satisfagan de ningun modo la inteligencia; porque si hay en ellas alguna cosa de evidente para el espíritu humano despreocupado, es que los movimientos del universo no pueden esplicarse sino por leyes mecánicas; sino que es precisamente porque conocen que ellos ponen, por decirlo así, las palabras en guardia contra las verdades. No se quiere confesar; y únicamente se abstienen de hacerlo, por compromisos y respetos humanos. Los sabios europeos son actualmente especie de conjurados, iniciados ó como querais llamarlos, que han hecho de la ciencia una especie de monopolio, y que no quieren absolutamente que se sepa *mas*, ó de *otro modo*, que ellos. Pero esta ciencia será incesantemente infamada por una posteridad *ilustrada*, que acusaria justamente á los adeptos de hoy dia, de no haber sabido sacar de las verdades que Dios les habia entregado, las consecuencias mas preciosas para el hombre. Entonces toda la ciencia cambiará de aspecto, y el espíritu destronado y olvidado recobrará su lugar. Quedará demostrado, que las tradiciones antiguas son todas ciertas; que el paganismo entero no es mas que un sistema de verdades corrompidas é impertinentes, y que basta *limpiarlas*, por decirlo así, y ponerlas en su verdadero lugar para verlas brillar con todos sus rayos de luz. En una palabra, todas las ideas cambiarán, y presentándose luego por todas partes una multitud de elegidos, gritarán de acuerdo: ¡VENID, SEÑOR, VENID! ¿Por qué vituperais á los hombres que se lanzan en ese magestuoso porvenir, y fundan su gloria en adivinarlo? Como los poetas que hasta en nuestros tiempos de debilidad y decrepitud presentan todavía algunos pálidos resplandores del espíritu profético, por la facultad de adivinar las lenguas y de hablarlas con pureza antes de haberse formado, así los hombres espirituales experimentarán alguna vez momentos de entusiasmo y de inspiracion, que los trasportará al porvenir, permitiéndoles presentir los acontecimientos que el tiempo prepara allá á lo lejos.

Recordad, señor Conde, el cumplido que me dirigisteis con motivo de mi erudicion respecto al número *tres*. Ese número en efecto se manifiesta en todas partes, lo mismo en el mundo físico que en el mundo moral y en las cosas divinas. Dios habló por primera vez á los hombres en el monte Sinai, y esta revelacion quedó encerrada, por razones que ignoramos, en los estrechos limites de un solo pueblo y de un solo país. Despues de quince siglos, se hizo una segunda revelacion á todos los hombres sin distincion, y esa es de la que nosotros juzga-

mos; pero la universalidad de su accion debe estar todavía infinitamente reducida por las circunstancias de tiempo y de lugar: quince siglos mas debian pasar antes de que la América viese la luz; y sus vastos dominios encierran todavía una multitud de hordas salvajes, tan estrañas á este grande beneficio, que inducen á creer, que están escluidas por naturaleza en virtud de algun anatema primitivo é inesplicable. El gran Lama cuenta mas creyentes que el papa; la Bengala tiene sesenta millones de habitantes; la China doscientos; el Japon veinte y cinco ó treinta. Contemplad además esos inmensos archipiélagos del grande Oceano, que hoy forman la quinta parte del mundo. Vuestros misioneros sin duda han hecho maravillosos esfuerzos para anunciar el Evangelio en algunas de esas lejanas comarcas; pero ya habeis visto el éxito que han tenido. ¡Cuántos millares de hombres á quienes la buena nueva no llegará jamas! La cimitarra del hijo de Ismael ¿no ha lanzado casi enteramente el cristianismo del Asia y del Africa? Finalmente, en nuestra Europa, ¡qué espectáculo se presenta al ojo religioso! El cristianismo es radicalmente destruido en todos los paises sometidos á la insensata reforma del siglo XVI; y hasta en vuestros paises católicos, parece no existir sino en el nombre. No pretendo colocar mi Iglesia en mas alto puesto que la vuestra; no estamos aquí para disputar. ¡Ah! Sé muy bien lo que nos falta; pero os suplico, amigos míos, que lo examinéis con la misma sinceridad; ¡qué falta de caridad en unos, qué prodigiosa indiferencia por parte de otros! ¡Qué desencadenamiento de todos los poderes católicos contra el jefe de vuestra religion! ¡A qué estremidad no ha dejado reducido entre nosotros el orden sacerdotal la invasion general de vuestros príncipes! El espíritu público que les inspira ó les incita, se ha vuelto enteramente contra ese orden. Es una conjuracion, una especie de rabia; y en cuanto á mi, no dudo que el Papa deseará mejor tratar un negocio eclesiástico con la Inglaterra, que con tal ó cual gabinete católico que no nombro. ¿Cuál sería el resultado de la tempestad que vuelve á amenazar en este momento? Millares de católicos tal vez pasarán su tiempo bajo imperios heterodoxos para vosotros y aun para nosotros. Si esto ha de ser así, espero que estareis bastante instruidos para someteros á lo que se llama *tolerancia*; pues sabeis que el catolicismo jamás ha tolerado en toda la fuerza de la palabra. Cuando se os permite oír misa y no se fusila á vuestros sacerdotes, se llama á esto *tolerancia*; sin embargo, no es bastante esto segun vuestra cuenta.

Examinaos á vosotros mismos en el silencio de las preocupacio-

nes, y comprendereis que vuestro poder os abandona; no teneis ya esa conciencia de la fuerza, que tantas veces se presentó á la pluma de Homero, cuando quiso hacernos comprender las sublimidades del valor. No teneis héroes, á nada os atreveis, y todo se atreve contra vosotros. Contemplad ese lúgubre cuadro; unid á él la espectacion de hombres escogidos, y vereis si los iluminados juzgan mal al entrever mas ó menos próxima una tercera esplosion de la omnipotente bondad en favor del género humano. Seria interminable, si quisiera aducir todas las pruebas que se reunen para justificar esa grande espectacion. No vitupereis, pues, repito otra vez, á esos hombres que se ocupan y que ven en la revelacion misma razones para prever una revelacion de revelacion. Llamadlos, si quereis, *iluminados*, y desde luego estaré conforme con vosotros, supuesto que pronunciais este nombre con seriedad.

Vos, mi querido Conde, vos, apóstol tan severo de la unidad y de la autoridad, no habeis olvidado sin duda todo lo que nos habeis dicho al principio de nuestras veladas, sobre todo lo que sucede de estraordinario en este momento. Todo anuncia, y vuestras propias demostraciones lo manifiestan, *no sé qué grande unidad, hácia la cual marchamos á pasos agigantados*. No podeis, pues, sin poneros en contradiccion con vosotros mismos, condenar á los que *saludan de lejos á esa unidad*, como vos decís, y que intentan, segun sus fuerzas, penetrar misterios tan terribles sin duda, pero al mismo tiempo tan consoladores para vos.

Y no digais que todo está dicho, todo revelado, y que ya no nos es permitido esperar nada de nuevo. Es cierto que nada nos falta para nuestra salvacion; pero respecto de los conocimientos divinos, nos falta mucho; en cuanto á las manifestaciones futuras, tengo, como veis, mil razones para esperar en ellas, mientras que vos, para probarme lo contrario, no teneis ninguna. ¿Estará tranquila la conciencia del Hebreo que cumple con la ley? Os citaria no sé cuántos trozos de la Biblia, en los que se promete al sacrificio judáico y al trono de David una duracion igual á la del sol. El judío que se atenga á ella, hasta crecer en el reinado temporal del Mesías, podria tener razon; pero sin embargo, se engañaba, como se vió despues; pero ¿sabemos acaso lo que á nosotros mismos nos espera? *Dios será con nosotros hasta la consumacion de los siglos; las puertas del infierno no prevalecerán contra nuestra Iglesia, etc.* Muy bien: ¿es decir, que Dios ha prohibido toda nueva manifestacion, y que ya no nos es permitido aprender mas de lo que

sabemos? Es necesario convenir en que este sería un modo extraño de discurrir.

Quiero, antes de concluir, fijar vuestra atención sobre dos circunstancias notables de nuestra época. Hablaré, en primer lugar, del protestantismo, que en todas partes se declara sociniano: lo que podrá llamarse *su ultimum*, tantas veces predicho á sus padres: es el mahometismo europeo, inevitable consecuencia de la reforma. Esta palabra *mahometismo* tal vez os sorprenda á primera vista; sin embargo, nada hay mas sencillo. Abadía, uno de los primeros doctores de la iglesia protestante, ha consagrado, como sabeis, un volumen entero de su admirable obra *sobre la verdad de la religion cristiana*, á la prueba de la divinidad del Salvador. En este volumen se establece, con gran conocimiento de causa, que si Jesucristo no es Dios, Mahoma debe ser incontestablemente considerado como apóstol y bienhechor del género humano, puesto que él lo hubiera arrancado de la mas culpable idolatría. El Caballero Jones ha notado en cierta parte que *el mahometismo es una secta cristiana*, lo cual reconocidamente es bastante comun. La misma idea ha sido espresada por Leibnitz, y antes de este por Jurieu (1). ¿Por qué el islamismo, que admite la unidad de Dios y la mision divina de Jesucristo, no ha de pertenecer al cristianismo, lo mismo que el arrianismo, que profesa igual doctrina? Hay mas: creo que podria sacarse del Alcoran una profesion de fé que embarazaria mucho la delicada conciencia de los ministros protestantes, si tuviesen que firmarla. Habiendo, pues, el protestantismo, en todas partes donde ha reinado, establecido casi generalmente el socinianismo, es reputado de haber destruido el cristianismo en la misma proporción.

¿Os parece que semejante estado de cosas pueda durar, y que

(1) «Los mahometanos, aun cuando se diga lo contrario, son ciertamente una secta de cristianos, si es que á los hombres que siguen la impía heregia de Arrio se les dá el nombre de cristianos.»

(Wm. Journés a description of Asia. Works, in 4.º, tom. V, página 588).

Es necesario confesar que los socinianos se aproximan mucho á los mahometanos. (Leibnitz, en sus obras en 4.º, tom. V, pág. 481. Espiritu y pensamientos del mismo, en 8.º, tom. II, pág. 84).

Los mahometanos son, como dice M. Jurieu, una secta del cristianismo. (Nicolás en el tratado de la unidad de la Iglesia, en 12.º; lib. III, capítulo 2, pág. 341). Puede añadirse, pues, el testimonio de Nicolás á los otros tres ya citados.

esa vasta apostasia no sea á la vez causa y presagio de un memorable fallo?

La otra circunstancia que os he hecho notar, y que es mucho mas importante, que á primera vista parece, es la sociedad bíblica. Sobre este punto, señor Conde, podré deciros con Ciceron: *novi tuos sonitus* (1). Vos no estais de acuerdo con la sociedad bíblica, y os confieso ingenuamente que habeis dado excelentes razones contra esta inconcebible institucion; y aun añadiré, que á pesar de mi cualidad de ruso, desfiero mucho á vuestra Iglesia en esta materia; porque siendo en opinion de todo el mundo, en punto á proselitismo, tan hábiles obreros, que en mas de una ocasion habeis causado miedo á la política, no veo los motivos por qué no ha de confiarse á vuestro cuidado la propagacion del cristianismo, que tan bien entendeis. No disputaré, pues, sobre esto, con tal que me permitais reverenciar cuanto debo á ciertos miembros, y sobre todo, á ciertos protectores de la sociedad, de cuyas nobles y santas intenciones no es permitido dudar.

Sin embargo, creo haber encontrado en esta institucion cierta fase que no ha sido observada, y de que quiero haceros jueces. Escuchadme, pues.

Cuando un rey de Egipto (cuyo nombre y época ignoro) hizo traducir la Biblia en griego, creyó satisfacer, ó su curiosidad, ó su bien parecer, ó su política; pero los verdaderos israelitas vieron unánimemente, y con extremo desagrado, esta venerable ley arrojada, por decirlo así, á las naciones, dejando de hablar el idioma sagrado que la habia transmitido en toda su integridad desde Moisés á Eleazar.

Pero el cristianismo avanzó mucho mas, y los traductores de la Biblia trabajaban para hacer recorrer las Santas Escrituras bajo el idioma universal; de modo que los Apóstoles y sus inmediatos sucesores encontraron ya este trabajo hecho. La version de los Setenta se dejó oír súbitamente desde todos los púlpitos, y fué traducida en todas las lenguas vivas entonces, que la tomaron por testo.

En el dia, aunque bajo diferente forma, sucede una cosa muy semejante. Sé que Roma no puede sufrir la sociedad bíblica, y que la mira como una de las máquinas mas poderosas que se han empleado jamás contra el cristianismo. Sin embargo, que no se alarme demasiado; y aun cuando la sociedad bíblica no supiese lo

(1) *Nosti meos sonitus* (Cic. ad. Att.).

que hace, no por eso alcanzará mejor suerte en la época futura, que la que en otro tiempo alcanzaron los Setenta, que ciertamente se dudaba muy poco del cristianismo y del éxito que debía tener su traducción. Una nueva efusión del Espíritu Santo: estando por otra parte en la esfera de las cosas más razonablemente esperadas, conviene que los predicadores de este nuevo don puedan citar la Santa Escritura á todos los pueblos. Los apóstoles no son traductores; tienen otras ocupaciones; pero la sociedad bíblica, instrumento ciego de la Providencia, prepara estas diferentes versiones, que los verdaderos enviados explicarán algún día en virtud de una misión legítima (nueva ó primitiva, no importa), que echará la duda de la ciudad de Dios (1); y de este modo, los enemigos mismos más terribles de la unidad trabajan por establecerla.

## EL CONDE.

Estoy contentísimo, mi excelente amigo, de que vuestras brillantes explicaciones me conduzcan á mi vez á espresarme de una manera capaz de convenceros, que no tengo la gran desgracia de hablar de lo que no entiendo.

Querriais, pues, que se tuviese con vos la estremada bondad de explicaros lo que es un iluminado. No negaré que se abusa muchas veces de este nombre, y que se toma en la acepción que se quiere; pero si por una parte deben despreciarse ciertas decisiones adoptadas con ligereza, y que por desgracia son muy comunes en el mundo, es necesario, sin embargo, por otra parte, no contar para nada con esa desaprobación vaga, pero general, y que acompaña á ciertos nombres. Si el de iluminado nada tuviese de vituperable, no podría concebirse cómo la opinión, constantemente engañada, podría oírle pronunciar sin añadirle la idea de una exaltación ridícula ó de otra cosa peor. Pero puesto que me habeis requerido formalmente á que os diga lo que es un iluminado, voy á satisfaceros, con la seguridad de que tal vez haya pocos hombres que puedan juzgar con datos tan positivos como yo.

En primer lugar, no diré que todo iluminado sea francmasón; diré, sí, que lo eran todos cuantos he conocido en Francia. Su dogma fundamental es, que el cristianismo, tal como hoy le conocemos,

(1) *Fides dubitationem eliminat é civitate Dei* (Huct, de imbecill. mentis humanæ, lib. III, núm. 13).

no es más que una verdadera *logia azul*, hecha para el vulgo; pero que depende del hombre de voluntad elevarse de grado en grado hasta conocimientos sublimes, tales como los poseían los primeros cristianos que eran los verdaderos iniciados; y esto es lo que algunos alemanes han llamado *cristianismo trascendental*. Esta doctrina es una mezcla de platonismo, de origenianismo y de filosofía hermética sobre una base cristiana.

Los conocimientos sobrenaturales son el grande objeto de sus trabajos y sus esperanzas: no dudan que sea posible al hombre ponerse en comunicación con el mundo espiritual, tener un comercio con los espíritus y descubrir de este modo los más extraordinarios conocimientos.

Su práctica invariable es dar nombres extraordinarios á las cosas más conocidas bajo nombres consagrados; así un hombre para ellos es un número y su nacimiento emancipación. El pecado original se llama crimen primitivo; los actos del poder divino ó de sus agentes en el universo, se llaman bendiciones y las penas impuestas á los culpables, padecimientos. Muchas veces yo mismo les he causado padecimientos, cuando les echaba en cara, que todo cuanto decían de verdad, no era sino el catecismo desfigurado con palabras extrañas.

Hace ya más de treinta años que tuve ocasión de convencerme, en una ciudad de Francia, de que cierta clase de iluminados tenía grados superiores, desconocidos á los iniciados admitidos á sus juntas ordinarias; y que tenían también un culto y unos sacerdotes á quienes llamaban con el nombre hebreo *cohen*.

No se sigue de aquí que deje de haber, y realmente hay en sus obras cosas verdaderas, razonables é interesantes; pero están desconocidas, por lo que les han añadido de falso y de peligroso, sobre todo á causa de su aversión, á toda autoridad y gerarquía sacerdotal. Este carácter es general en ellos, y jamás he encontrado una escepción perfecta entre los numerosos adeptos que he conocido.

El más instruido, el más sabio, y el más elegante de los teósofos modernos, Saint-Martin, cuyas obras fueron el código de los hombres de quienes hablo, participó no obstante de ese carácter general. Murió sin haber querido admitir un sacerdote que le proporcionara los auxilios y consuelos espirituales, y sus obras presentan la prueba más evidente de que no creía en la legitimidad del sacerdocio cristiano (1).

(1) Saint-Martin murió en efecto el 13 de octubre de 1804, sin haber

Protestando que jamás había dudado de la sincera conversión de La Harpe, añade: que le parecía que este célebre literato no se había dirigido por verdaderos principios (1).

Pero lo que más llama la atención es el prefacio que colocó al principio de su traducción de la obra de los tres principios, escrita en alemán por Jacobo Bohme. Allí es donde después de haber justificado hasta cierto punto las injurias vomitadas por este fanático contra los sacerdotes católicos, acusa á nuestro sacerdocio (2) diciendo, que Dios no ha sabido establecer en su religión un sacerdocio tal cual debiera ser para llenar sus divinas miras. ¡ Blasfemia atroz! Testimonio de los primeros pasos de este escritor que dan clara idea de lo que se puede esperar de los sucesivos. Seguiré, sin embargo, señores, mi propósito, bien seguro de que el Todopoderoso no pudo engañarse ni engañarnos; y mientras que los piadosos discípulos de Saint-Martin, dirigidos según la doctrina de su jefe por los verdaderos principios, se empeñan en atravesar los mares á nado, yo dormiré en paz en esta barca que navega felizmente á través de los escollos y de las tempestades por espacio de diez y ocho siglos cumplidos.

Espero, caro Senador, que no me hareis cargo por hablar de los iluminados sin conocerlos. Los he visto mucho, y he copiado escritos suyos por mi propia mano. Esos hombres entre los cuales he tenido amigos, me han edificado alguna vez, me han hecho reír muchas, y muchas también.... pero no quiero recordar ciertas cosas. Quiero al contrario examinarlas por el punto de vista favorable. Os he dicho más de una vez que esta secta puede ser útil en los países separados de la Iglesia, porque conserva el sentimien-

querido recibir un sacerdote (Mercurio de Francia, 18 de marzo de 1809, núm. 408, pág. 499 y sig.)

(1) El diario que el interlocutor acaba de citar no explica absolutamente el hecho en los mismos términos: no es tan lacónico y espesa mejor las ideas de Saint-Martin. «Protestando, dice el periodista, de la sinceridad de la conversión de La Harpe, añade sin embargo, que no la creía dirigida por las verdaderas vías luminosas.» Ibid. (Nota del editor).

(2) En el prefacio de la traducción citada, Saint-Martin se expresa de la manera siguiente: «á ese sacerdocio es á quien debió pertenecer la manifestación de todas las maravillas y de todas las luces de que el corazón y espíritu del hombre tienen tanta necesidad» (París 1802, en 8.º, prefacio, pág. 3).

En efecto, este pasaje no tiene necesidad de comentario. Resulta con evidencia que según él, no hay necesidad de sacerdocio, y que el Evangelio no basta para satisfacer el corazón y el espíritu del hombre.

to religioso, acostumbra al espíritu á someterse al dogma, le sustrae á la acción deletérea de la reforma que no tiene límites y lo predispone para la reunión. Recuerdo muchas veces con la mayor satisfacción, que entre los muchos iluminados protestantes que he conocido, no he encontrado jamás esa aspereza que debería expresarse con un nombre particular, porque no se parece á ningún otro sentimiento de la naturaleza: al contrario, no he encontrado en ellos más que bondad, dulzura y hasta piedad, entendida á su manera. Y no en vano, porque creo que se alimentan del espíritu de S. Francisco de Sales, de Fenelon, de Santa Teresa: la misma Madama Guyon, cuyos escritos saben de memoria, no les será inútil. Sin embargo, á pesar de estas ventajas, ó por mejor decir, á pesar de estas compensaciones, el iluminismo no es menos mortal bajo el imperio de nuestra Iglesia y de la vuestra también, en cuanto trata de destruir por sus cimientos la autoridad, que es la base sobre que descansa nuestro sistema.

Os confieso, señores, que no sé cómo conciliar un sistema que no quiere creer más que en los milagros, y que exige absolutamente que los obren los sacerdotes bajo pena de ser declarados nulos. Blair ha compuesto un hermoso discurso sobre estas palabras tan conocidas de S. Pablo: «Nosotros no vemos ahora las cosas más que como un espejo, y bajo de imágenes oscuras (1).» Prueba concluyentemente que si tuviésemos conocimiento perfecto de lo que pasa en el otro mundo, se alteraría, y muy pronto quedaría aniquilado el orden de este, porque instruido el hombre de cuanto le espera, no tendría ya deseo ni fortaleza para obrar. Considerad solamente la brevedad de nuestra vida. Menos de treinta años se nos han concedido por lo común. ¿Quién puede creer que semejante ser esté destinado á tratar con los ángeles? Si los sacerdotes estuviesen instituidos para las comunicaciones, revelaciones, manifestaciones, etc., lo extraordinario sería por consecuencia nuestro estado ordinario. Esto sería á la verdad un gran prodigio: pero aquellos que quieren milagros, son los mismos que son dueños de obrarlos todos los días. Los verdaderos milagros son las buenas acciones, hechas á despecho de nuestro carácter y de nuestras pasiones. El joven que contiene sus miradas y refrena sus deseos en presencia de la hermosura, es más grande taumaturgo que Moisés.

(1) Videmus inicie per speculum in enigmate (Epist. ad Cor. capítulo XIII, 12).

¿Y qué sacerdocio no recomienda esta especie de prodigios? La sencillez del Evangelio oculta muchas veces su profundidad: en él se lee: *Si ven milagros no querrán creer*; nada es mas profundamente cierto. La claridad de la inteligencia, nada tiene de comun con la rectitud de la voluntad. Sabeis muy bien, mi antiguo amigo, que si ciertos hombres llegasen á encontrar lo que buscan, podrian muy bien hacerse culpables en vez de perfeccionarse. ¿Qué nos falta en el dia, puesto que somos dueños de obrar el bien? ¿Y qué falta á los sacerdotes, puesto que han recibido el poder de intimar la ley y de perdonar sus transgresiones?

Que hay misterios en la Biblia es lo que no admite duda, pero á decir verdad poco importa. Me importa muy poco saber lo que es un *vestido de piel*. ¿Lo sabeis vos mejor que yo, vos que trabajais por saberlo? ¿Y seremos mejores si llegamos á saberlo? Os lo repito otra vez, buscad, inquirid cuanto querais; guardaos sin embargo de llegar demasiado lejos y de engañaros entregándoos á vuestra imaginacion. Está escrito como habeis dicho: *escudriñad las Escrituras*; pero, ¿cómo y por qué? Leed el testo. *Escudriñad las Escrituras y vereis que dan testimonio de mí* (Joan. V. 39). Se trata, pues, de un hecho cierto, y no de indagaciones interminables respecto del porvenir que nos espera. En cuanto al otro testo, *las estrellas caerán*, ó por mejor decir, *estarán decaídas ó desfallecientes*; el evangelista añade inmediatamente *que las virtudes del cielo quedaron atemorizadas*, espresion que no es mas que la traduccion rigurosa de las precedentes. Las estrellas que veis caer en una hermosa noche de estío, os lo confieso, no hieren mas mi inteligencia. Pero volvamos ahora....

## EL CABALLERO.

Permitidme que os interrumpa por un momento para quejarme á nuestro buen amigo de una proposicion que se le ha escapado. Nos ha dicho en estos mismos terminos: *Vos no teneis ya héroes*; lo cual no puedo tolerar. Vindiquense las otras naciones del modo que puedan; pero yo no cedo cuando veo atacado el honor de la mia. El sacerdote y el caballero francés son parientes, y el uno es lo mismo que el otro *sin temor y sin tacha* (*sans peur et sans reproche*). Hay que ser justo, señores; yo creo que para la gloria é intrepidez sacerdotal, la revolucion ha presentado escenas que no ceden en nada á cuanto la historia eclesiastica ofrece mas brillante

en este género. Los asesinatos de los Carmelitas, el de Quiberon y otros hechos particulares, resonarán perpétuamente en el universo.

## EL SENADOR.

No me riñais mas, querido Caballero; sabeis y lo sabe igualmente vuestro amigo que me inclino con el mayor respeto ante las gloriosas acciones que han ilustrado al clero francés durante el espantoso periodo de la revolucion de su pais. Cuando he dicho: *Vos no teneis ya héroes*, he hablado en general y sin escluir ninguna noble escepcion, queriendo indicar tan solo cierta debilidad universal que conocéis tan bien como yo; pero no quiero insistir sobre el particular y os restituyo la palabra, señor Conde.

## EL CONDE.

Voy, pues, á usar de ella puesto que uno y otro lo quereis. Aguardais un grande acontecimiento; sabeis que sobre este punto estoy de acuerdo con vosotros, segun me he esplicado con bastante claridad en una de nuestras primeras veladas. Os agradezco vuestras reflexiones sobre este grande asunto, y particularmente la esplicacion tan sencilla, tan natural, tan ingeniosa del *Poion* de Virgilio, que me parece se ha hecho absolutamente aceptable al tribunal del sentido comun.

No os agradezco menos lo que me habeis dicho sobre la sociedad biblica. Sois el primer pensador que ha podido reconciliarme algo con una institucion que descansa esencialmente en un error capital; porque no la lectura, sino la ensenanza de la Escritura santa es lo útil: la dulce paloma que tragando el grano, y medio triturándolo, lo distribuye en seguida á sus polluelos, es la imágen natural de la Iglesia, esplicando á los fieles la palabra escrita que ella ha puesto á su alcance. Leida sin notas y sin esplicacion, la Escritura santa es un tósigo. La sociedad biblica es una obra protestante, y como tal debemos condenarla; por otra parte, mi querido amigo, ¿podreis negar que encierra, no digo multitud de indiferentes, sino socinianos, deistas consumados, y digo mas; enemigos mortales del cristianismo? No me respondeis.... ó creéis que vale mas no responder.... ¡Ved, sin embargo, á esos singulares propagadores de la fe! ¿Podeis tampoco negar las alarmas de la Iglesia anglicana, aun cuando no las haya espresado formalmente?



¿Podeis ignorar que las *miras secretas* de esta sociedad han sido discutidas con horror en una multitud de obras compuestas por doctores ingleses? Si la Iglesia anglicana que encierra tan grandes inteligencias ha guardado silencio hasta el presente, es porque se encuentra en la alternativa de aprobar una sociedad que la ataca, ó de abjurar el insensato dogma fundamental del protestantismo, *que es la opinion particular*. Podria hacer otras objeciones contra la sociedad bíblica, y la mas contundente es la que vos, señor Senador, le habeis hecho, *respecto al proselitismo; el que desagrada á Roma no vale nada*. Esperemos, los resultados decidirán la cuestion. No cesan de hablarnos del número de las ediciones, pero que se nos hable algo de las conversiones. Sabeis, que por lo demas, yo hago justicia á la buena fe que se halla diseminada en la sociedad, y hasta respeto sobre todo los grandes nombres de algunos protectores. Este respeto es tal, que muchas veces me veo sorprendido disputando contra mí mismo sobre el asunto que nos ocupa en este momento, para ver si encuentro algun medio de transigir con la intratable lógica. Juzgad si abrazaré con emoción el brillante y enteramente nuevo punto de vista, bajo el cual me haceis vislumbrar en una remota profecía el efecto de una empresa, que separada de esa consoladora esperanza, espanta la religion en vez de regocijarla.

*Cætera desiderantur.*

Hasta aquí el texto de las Veladas, conforme fueron publicadas por el autor: posteriormente se han dado á la prensa otras obras del mismo, y entre las inéditas encontramos el trozo que vamos á insertar á continuacion como final de su obra, la que se halla por desgracia manifiestamente sin concluir, el cual trozo creemos no se haya dado en ninguna de las ediciones hasta hoy publicadas; pudiendo, por lo tanto, asegurar que esta edicion es la mas completa que se ha impreso.

## PROYECTO DE FINAL

DE LAS

## VELADAS DE S. PETERSBURGO.

EL CONDE.

Al comenzar estas Veladas, no esperábamos vernos separados sino por la muerte, mis queridos amigos; pero observad que la Providencia, en un abrir y cerrar de ojos, ha trastornado el mundo: cambian las obligaciones con las mudanzas políticas; vos, querido Caballero, sois el primer llamado. Id, pues, id á poner os bajo las banderas del honor, á manifestar á vuestros amos honrosas cicatrices, y á ofrecerle la sangre que os queda; id con el valor de los mártires, y sin otra esperanza que la que les animaba; porque no hay que hacerse ilusiones; no hay esperanza en el mundo para la fidelidad: en las grandes revoluciones las victimas puras no mueren todas del primer golpe; son heridas dos veces: tal es vuestro destino. Partid; yo sabré vuestra suerte, y la mia, que debe asemejarse á la vuestra, no os será tampoco desconocida.

Bien pronto ya no os veremos, mi querido Senador; mirad mis lágrimas; ellas os probarán que jamás os alejareis de mi memoria. Los dias en que vuestras cartas me indiquen que existís, es decir, que me amais, serán para mí dias de regocijo. ¡Ojalá que pueda proporcionaros yo otros iguales!—Hasta mi último suspiro no dejaré de recordar á la Rusia y hacer votos por ella. Naturalizado por la benevolencia que he encontrado en medio de sus habitantes, me considero reconocido cuando tratan de probarme que soy ruso. Vuestra felicidad ocupará siempre mi pensamiento.—¿Qué vais á hacer en medio del quebranto general de los espiritus, y cómo se unirán tantos elementos diversos que un corto espacio de tiempo ha reunido entre vosotros? La fé ciega, las groseras ceremonias, las doctrinas filosóficas, el luminismo, el espíritu de libertad, la obediencia pasiva, el ísbak y el palacio, los refinamientos del lujo y

¿Podeis ignorar que las *miras secretas* de esta sociedad han sido discutidas con horror en una multitud de obras compuestas por doctores ingleses? Si la Iglesia anglicana que encierra tan grandes inteligencias ha guardado silencio hasta el presente, es porque se encuentra en la alternativa de aprobar una sociedad que la ataca, ó de abjurar el insensato dogma fundamental del protestantismo, *que es la opinion particular*. Podria hacer otras objeciones contra la sociedad bíblica, y la mas contundente es la que vos, señor Senador, le habeis hecho, *respecto al proselitismo; el que desagrade á Roma no vale nada*. Esperemos, los resultados decidirán la cuestion. No cesan de hablarnos del número de las ediciones, pero que se nos hable algo de las conversiones. Sabeis, que por lo demas, yo hago justicia á la buena fe que se halla diseminada en la sociedad, y hasta respeto sobre todo los grandes nombres de algunos protectores. Este respeto es tal, que muchas veces me veo sorprendido disputando contra mí mismo sobre el asunto que nos ocupa en este momento, para ver si encuentro algun medio de transigir con la intratable lógica. Juzgad si abrazaré con emoción el brillante y enteramente nuevo punto de vista, bajo el cual me haceis vislumbrar en una remota profecía el efecto de una empresa, que separada de esa consoladora esperanza, espanta la religion en vez de regocijarla.

*Cætera desiderantur.*

Hasta aquí el texto de las Veladas, conforme fueron publicadas por el autor: posteriormente se han dado á la prensa otras obras del mismo, y entre las inéditas encontramos el trozo que vamos á insertar á continuacion como final de su obra, la que se halla por desgracia manifiestamente sin concluir, el cual trozo creemos no se haya dado en ninguna de las ediciones hasta hoy publicadas; pudiendo, por lo tanto, asegurar que esta edicion es la mas completa que se ha impreso.

## PROYECTO DE FINAL

DE LAS

## VELADAS DE S. PETERSBURGO.

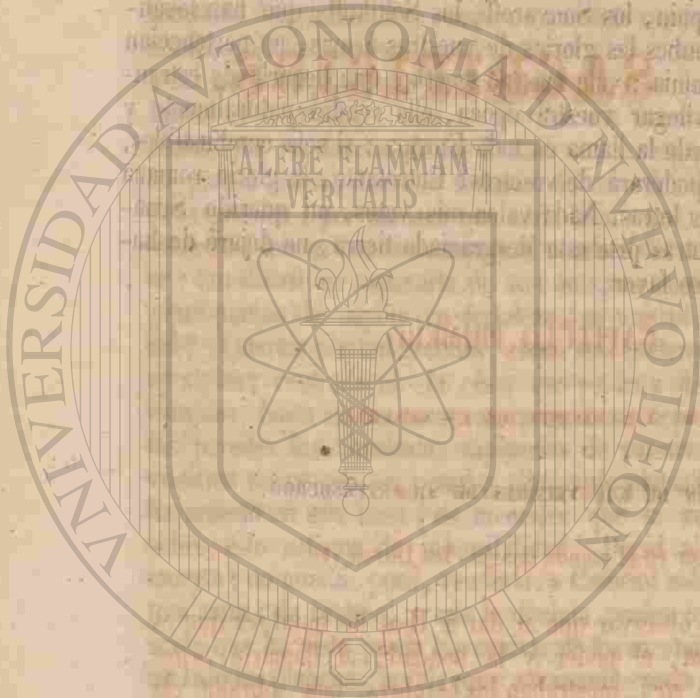
EL CONDE.

Al comenzar estas Veladas, no esperábamos vernos separados sino por la muerte, mis queridos amigos; pero observad que la Providencia, en un abrir y cerrar de ojos, ha trastornado el mundo: cambian las obligaciones con las mudanzas políticas; vos, querido Caballero, sois el primer llamado. Id, pues, id á poner os bajo las banderas del honor, á manifestar á vuestros amos honrosas cicatrices, y á ofrecerle la sangre que os queda; id con el valor de los mártires, y sin otra esperanza que la que les animaba; porque no hay que hacerse ilusiones; no hay esperanza en el mundo para la fidelidad: en las grandes revoluciones las victimas puras no mueren todas del primer golpe; son heridas dos veces: tal es vuestro destino. Partid; yo sabré vuestra suerte, y la mia, que debe asemejarse á la vuestra, no os será tampoco desconocida.

Bien pronto ya no os veremos, mi querido Senador; mirad mis lágrimas; ellas os probarán que jamás os alejareis de mi memoria. Los dias en que vuestras cartas me indiquen que existís, es decir, que me amais, serán para mí dias de regocijo. ¡Ojalá que pueda proporcionaros yo otros iguales!—Hasta mi último suspiro no dejaré de recordar á la Rusia y hacer votos por ella. Naturalizado por la benevolencia que he encontrado en medio de sus habitantes, me considero reconocido cuando tratan de probarme que soy ruso. Vuestra felicidad ocupará siempre mi pensamiento.—¿Qué vais á hacer en medio del quebranto general de los espíritus, y cómo se unirán tantos elementos diversos que un corto espacio de tiempo ha reunido entre vosotros? La fé ciega, las groseras ceremonias, las doctrinas filosóficas, el luminismo, el espíritu de libertad, la obediencia pasiva, el ísbak y el palacio, los refinamientos del lujo y

las groserías de la barbárie, ¿en qué vendrán á parar tantos elementos discordantes, puestos en movimiento por ese deseo de novedades, que acaso forma el rasgo mas notable de vuestro carácter, y que dirigiéndoos sin cesar hácia objetos nuevos, os descontenta de lo que poseéis? No habitais con gusto sino en la casa que acabais de comprar. Desde las leyes hasta la moda, todo se halla sometido á la infatigable rueda de nuestros cambios. Sin embargo, contemplad las naciones que cubren el globo; precisamente el sistema contrario es el que las ha conducido á la ilustracion. El tenaz inglés os lo prueba: aun se glorian sus soberanos de llevar los títulos que recibieron de los Pontífices; la espada que tenian en su propia mano, marcha todavía delante de ellos el día de su consagracion; por manera que nada habrá que cambiar en el porvenir. Se lee en sus almanaques el nombre del *confesor de la corte*: tan difícil es separarla de sus antiguas instituciones. En fin, ¿qué pueblo la supera en fortaleza, en unidad; en gloria nacional? ¿Quereis ser tan grandes, como sois poderosos? Seguid estos ejemplos; contradecid sin cesar ese espíritu de novedades y de cambios, hasta en las cosas mas pequeñas; dejad que cuelguen en las paredes las ahumadas tapicerías de vuestros abuelos; cargad vuestras mesas con sus pesadas alhajas de plata. Decís: «mi padre ha muerto en esta casa; es menester que la venda.» ¡Anatema sobre este sofisma de insensibilidad! Decid al contrario: «ha muerto; no puedo, pues, venderla.» Colocad sobre la puerta vuestras armas de bronce, y que la décima generacion pise todavía el suelo que ha visto pasar las cenizas de los ascendientes. — Dejad á un lado las planchas, los clavos y esa innoble pasta. Dios os ha hecho, señores, del hierro y del granito; usad de sus donativos, y no edificéis sino para la eternidad. Se buscan monumentos entre vosotros, y no se diria sino que los despreciáis. Direis acaso que sois jóvenes; pero pensad que las pirámides de Egipto fueron modernas. No haceis nada en favor del tiempo; ¿qué quereis que haga el tiempo por vosotros? En cuanto á las ciencias, ellas vendrán, si quieren; ¿habeis sido hechos para ellas? Eso ya se verá: en todo caso, ¿qué os importa? Los romanos, tan grandes en la literatura, no entendian nada de las ciencias propiamente dichas; y sin embargo, han hecho en el mundo una figura decente. Como ellos, y como todas las naciones del mundo, comenzais por la poesia; vuestra hermosa lengua se presta á todo; dejad sazonar vuestros talentos sin impaciencia; pensad en que no os sucede sino lo que ha suce-

dido á las demás naciones. Vuestros hombres de armas y vuestros hombres de estado, los que os han hecho lo que sois, han precedido entre vosotros, como en otras partes á la era de la ciencia. Gollitzin, verdadero ministro ruso de un verdadero emperador ruso; Dolgorouky, que sabia proveer al Leon sin envilecerlo; Strogonoff, que puso la Siberia en poder de vuestros señores; los Romanzoff, los Reppin, los Souvaroff, los Soltikoff, que han levantado hasta las nubes las glorias de vuestras armas, no pertenecian á ninguna academia: vale mas no tenerla, que llenarla de extranjeros. Si ha de llegar vuestra época, ella vendrá naturalmente y sin esfuerzo. Arde la llama en toda Europa: si sois combustibles, ¿cómo no se apoderará de vosotros? Entretanto, la gloria romana os espera en las letras. Nada valen mis votos, mi querido Senador; pero mientras pise esta desgraciada tierra, no dejaré de hacerlos en vuestro favor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## ACLARACIONES

SOBRE

# LOS SACRIFICIOS.

### CAPITULO PRIMERO.

#### DE LOS SACRIFICIOS EN GENERAL.

Lejos de adoptar el impío axioma de que :

El temor en el mundo imaginó los Dioses (1),

me complazco en observar que al dar á Dios los nombres que expresan la grandeza, el poder y la bondad, al llamarle *Señor*, *Maestro*, *Padre*, etc., mostraban los hombres, con sobrada claridad, que la idea de la divinidad no podía ser hija del temor. Púedese notar además, que la música, la poesía, el baile, todas las artes agradables, en una palabra, estaban llamadas á formar parte de las ceremonias del culto, mezclándose así siempre la idea de alegría tan íntimamente á las de *fiesta*, que se hizo por todas partes esta última espresion sinónima de la primera.

Estoy lejos por otro lado de creer que la idea de Dios haya podido principiár para el género humano, es decir, que pueda ser esta idea menos antigua que el hombre.

Menester es, sin embargo, confesar, una vez admitida la orto-

(1) *Primus in orbe deos fecit timor*: Este pasaje, de que no se conoce autor, está entre los fragmentos de Petrona, y ahí está bien.

doxia, que la historia nos muestra al hombre, persuadido en todos tiempos de esta verdad espantosa: «*Que vivía bajo la mano de un poder irritado, y que este poder no podía ser apaciguado mas que por sacrificios.*»

Ni es fácil, á la primera ojeada, hacer concordar ideas que en la apariencia son tan contradictorias, mas despues de una reflexion atenta se comprende muy bien cómo concuerdan y por qué siempre ha subsistido el sentimiento del temor al lado del del gozo, sin que haya podido jamás el uno aniquilar al otro.

«Los Dioses son buenos, y de ellos tenemos todos los bienes de que gozamos, debiéndoles por semejantes beneficios alabanzas y acciones de gracias; mas siendo tambien los Dioses justos y nosotros reos, es necesario aplacarlos y expiar nuestros crímenes, para cuyo fin no hay medio mas poderoso que *el Sacrificio*» (1): esto fué lo que creyó la antigüedad, y esto, lo que bajo varias formas, cree todavia todo el universo; los hombres primitivos, de quienes todo el género humano recibió sus opiniones fundamentales, se creyeron reos, y todas las instituciones generales recibieron por base este dogma; de manera que los hombres de todos los siglos no han dejado de confesar la degradacion primitiva y universal, y de decir como nosotros, aunque de un modo menos explicito: «*Nos han concebido nuestras madres en el crimen*, pues no hay dogma cristiano que no radique en lo íntimo de la naturaleza humana, y en una tradicion tan antigua como la especie humana.

Mas la raíz de tal degradacion, ó la *reidad* del hombre, si es lícito inventar esta palabra, residia en *el principio sensible, en la vida, en el alma*, en fin, que con tanto cuidado distinguian los antiguos del *espíritu* ó de la inteligencia. El animal solo recibió un *alma*; mas á nosotros nos fueron dados *el alma y el espíritu* (2).

Tampoco creia la antigüedad que pudiese existir entre *el espíritu y el cuerpo* ninguna especie de lazo ni de contacto (3), de suer-

(1) No era solo para apaciguar los malos genios, ni por causa de las grandes calamidades por lo que se ofrecia el sacrificio, pues fué siempre la base de toda especie de culto, sin distincion de lugar, de tiempo, de opiniones ó de circunstancias.

(2) *Immisitque (Deus) in hominem spiritum et animam* (Joseph. Antig. jud. lib. 1, cap. 1, §. 2).

*Principio indulsit communis condita illis*

*Tantum animam; nobis animum quoque....*

(Joven, Sat. XV, 148 y 49).

(3) *Mentem autem reperiebat Deus ulli rei adjunctam esse sine animo nefas*

te que para ellos el *alma*, ó el principio sensible, era una especie de *medio proporcional*, ó de potencia intermedia en que descansaba *el espíritu*, como descansaba ella misma en el cuerpo. Representándose el *alma*, bajo la forma de un ojo, segun la ingeniosa comparacion de Lucrecio, era el *espíritu* la niña de ese ojo (1), ó como la llama en otra parte *el alma del alma* (2); y Platon, segun Homero, la llama *el corazón del alma* (3), espresion que despues de aquella época renovó Filon (4). Cuando en Homero determina Júpiter hacer un héroe vencedor, el Dios ha pesado la cosa *en su espíritu* (5); es *uno* y asi no puede existir lucha en él; y cuando en ocasion apurada, conociendo un hombre su deber, le desempeña sin titubear, ha visto la cosa como un Dios, *en su espíritu* (6), mas si agitado mucho tiempo entre su deber y su pasion háse visto el mismo hombre á pique de cometer una violencia inescusable, entonces ha deliberado *en su alma y en su espíritu* (7).

A veces *el espíritu* reprende *al alma* y quiere avergonzarla por su debilidad: «*Animo, dicele, alma mia! Mayores desdichas has soportado ya* (8)». Otro poeta ha hecho de esta lucha una conversacion, en forma completamente chistosa: «*No puedo, dice, ó alma mia concederte todo lo que desees: piensa que no eres*

*esse: quocirca intelligentiam in animo; animam conclusit in corpore* (Tim. inter frag. Cicer. Rat. in Tim. opp. tom. IX, pág. 312 A. B. página 386, 11).

(1) ..... *Ut lacerato oculo circum, si pupula mansit*  
*lacrimatis, etc.* (Lucr. de N. R. III, 409 seqq.).

(2) ..... *Etque anima est unius propositio totius ipsa* (ibid.).

(3) In theat. opp. tom. II, p. 261. C. N. B. A veces los latinos abusan de la palabra *animus*, pero siempre de manera que no dejan al lector en ninguna duda: Ciceron, por ejemplo, oponiéndolo á *mens*, lo emplea como un sinónimo de *ánima*, y Virgilio dijo en el mismo sentido: *Mentem animunque*. Eñ. VII, II etc.; al contrario, Juvenal lo opone como sinónimo de *mens*, á la palabra *ánima*, etc..

(4) Philo. de Opif. mundi, citado por Justi, Lipsis: Thys. stoic. III, dissert. XVI.

(5) ἄλλ' ὅγε μερμήριζε κατὰ φρένα. (Iliad. II, 3).

(6) ἄλ' ἄρ' ὁ ἔγνω ἦσεν ἐνὶ φρεσὶ. (Iliad. II, 333).

(7) Ἔως ὃ παῖθ' ἔρμαινε κατὰ φρένα καὶ κατὰ θυμὸν. (Iliad. I, 193).

(8) Τέτλατ' ἴδ' ἔραδιον, καὶ κούτερον ἄλλ' αἰγ' ἔτλας. (Odys. XX, 18): Este verso lo ha citado Platon en el Fedon (Opp. tom. I, p. 215, B.), y ve en ello, una potencia que habla á otra. Ὁ; ἄλλο ὄσα ἄλλω πράγματι διαλεγόμεν. (Ibid. 261, B).

sola en querer lo que amas (1).» ¿Qué quiere espresarse, pregunta Platon, cuando se dice que un hombre háse vencido á sí mismo, háse mostrado mas fuerte que sí mismo, etc.? Se afirma manifestamente que es á la vez mas fuerte y mas débil que sí mismo; pues si él es el mas débil, tambien es él el mas fuerte, ya que se afirman ambas cosas de la misma persona. No puede la voluntad, que se supone una, estar en mayor contradiccion consigo misma, que en la que estaria un cuerpo movido á la vez por dos fuerzas actuales y opuestas (2), pues ningun sujeto puede reunir simultáneamente dos contrarias (3); Si fuese el hombre uno, ha dicho escelentemente Hipócrates, nunca se hallaria enfermo (4), por un motivo muy sencillo, pues, añade el mismo, imposible es concebir causa alguna de enfermedad en lo que es uno (5). Segun esto, cuando escribia Ciceron, «Que cuando se nos manda de mandarnos á nosotros mismos, esto quiere decir, que mande la razon á la pasion (6)», ó entendia que la pasion es una persona, ó no se entendia á sí mismo. Sin duda tenia Pascal presentes las ideas de Platon, cuando decia: «Tan visible está esa duplicidad del hombre, que varios han pensado teniamos dos almas, pareciéndoles un sujeto sencillo, incapaz de tales y tan repentinas variedades (7)». Empero, con todas las consideraciones debidas á tal autor, ¿serianos licito confesar que no parece haber visto la cosa enteramente á fondo, pues no solo se trata de saber cómo un

(1) ὁ δὲ δυναμῶς σοί, θυμῷ, παρασχεῖν ἄσυνα πάντα, τέταρτον, τῶν δὲ καλῶν οὐτι σὺ μένους ἐραῖς.

(Theogn. inter vers. gnom. ex edit. Brunkii v. 72, 63).

(2) Plat. de Rep. opp. lom. V, p., 349, E. A. et p. 360 G.

(3) ὁ δὲ (τῶν ὄντων) οὐδὲν ἅμα τὰ ἐναντία ἐπιδέχεται.

(Aris. Catheg. de quantitate. App. tom. I).

(4) Ἐγὼ δὲ φεμὶ εἰ ἐπὶ ὁ ἀνθρώπος ποτ' ἀνὴρ γέεν.

(Hipp. de nat. hom. Rom. I, cit. edit., cap. 2, p. 265).

(5) οὐκ ἔστι γὰρ ἄνθρωπος ὑπὸ τοῦ ἀλγεσίου ἔνεον. No tiene esta máxima luminosa menor valor en el mundo moral.

(6) Quum igitur præcipitur ut nobismetipsis imperemus, hoc præcipitur, ut ratio, carceat temeritatem (Tusc. quæst. II, 21). Do quier que sea menester resistir, hay accion, do quier que haya accion, hay substancia, y nunca se llegará á comprender, como puede una tenaza asirse á sí misma.

(7) Pensamiento III, 13: En este capítulo de Platon que acabamos de citar se puede ver la tan particular historia de un cierto Leoncio quien queria absolutamente ver cadáveres, que absolutamente no queria ver, lo que entonces se pasó entre su alma y él, y las injurias que creyó deber dirigir á sus ojos (Loc. cit. p. 360, A).

sujeto sencillo es capaz de tales y tan repentinas mudanzas, sino de esplicar cómo puede reunir semejante sujeto oposiciones simultáneas; cómo á la vez puede querer lo bueno y lo malo; amar y odiar el mismo objeto, querer y no querer, etc.; cómo puede un cuerpo moverse actualmente hácia dos puntos opuestos, y para decirlo todo en una palabra, cómo puede un sujeto sencillo no ser sencillo?

La idea de dos potencias distintas es muy antigua en la Iglesia misma. «Los que las han adoptado, decia Orígenes, no piensan en que estas palabras del apóstol: *La carne tiene deseos contrarios á los del espíritu* (Galat V, 17), deben entenderse de la misma carne; pero de esa alma que realmente es *el alma de la carne*, pues, dicen, tenemos dos, la una buena y celestial, la otra inferior y terrena: de esta es, de la que se ha dicho *que sus obras son manifestas* (Ibid., 19), y creemos que esta alma de la carne reside en la sangre (1).» Por lo demás, Orígenes que era al mismo tiempo el mas atrevido y el mas modesto de los hombres en sus opiniones, no se obstina en esta cuestion. *El lector*, dice, *pensará de ello lo que quiera*: mas bastante se ve, que no sabia esplicar de otra manera esos dos movimientos diametralmente opuestos en un sujeto sencillo.

Y en efecto, ¿qué es esa potencia que contraria al hombre, ó por mejor decir, que contraria su conciencia? ¿Qué es esa potencia que no es él, ó todo él? ¿Será material, como la piedra, como el tronco? En ese caso ni piensa ni siente, y por consiguiente no puede tener el poder de turbar al espíritu en sus operaciones. Con respeto y terror oigo todas las amenazas dirigidas á la carne, pero pregunto lo que es.

Descartes, quien de nada dudaba, no se halla embarazado por esta duplicidad del hombre: segun él, no hay en nosotros parte superior é inferior, potencia razonable y sensitiva, como se cree vulgarmente. Es una el alma del hombre, y la misma sustancia es á la vez razonable y sensitiva. Lo que engaña con respecto á esto, dice, es, que las voliciones producidas por el alma y por los espíritus vitales que envia el cuerpo, escitan movimientos contrarios en la glándula-pineal (2).

(1) Orig. de Princ. III, 4, Opp. edit. Ruari. Paris, 1733, in folio lom. I, p. 143 seqq.

(2) Cartesii opp. Amst. Blaen, 1785, in 4.º; de Passionibus articulo XLVII, p. 22: nada digo de esta esplicacion, pues hombres como

Antonio Arnaud es mucho menos divertido, pues nos propone como un misterio inconcebible, y sin embargo incontestable, que este cuerpo, el cual siendo solo una materia, no es sujeto capaz de pecar, puede á pesar de esto, comunicar al alma, lo que ni tiene ni puede tener, resultando así de la union de dos cosas exentas de pecado, un conjunto capaz de ello, y que por consecuencia es muy justamente objeto de la ira de Dios (1). No parece este sectario tan duro, que habia filosofado sobre la idea del cuerpo, ya que se embaraza tan fácilmente, y que ofreciéndonos una bobería por un misterio, espone á la inadvertencia ó á la malevolencia á admitir un misterio por una bobería.

Un fisiologista moderno se cree con derecho para declarar espresamente que el principio vital es un *sér*. «Llámesele, dice, potencia ó facultad, causa inmediata de todos nuestros movimientos y de todos nuestros sentimientos; ese principio es uno, absolutamente independiente del alma que piensa, y del cuerpo mismo, según todas las verosimilitudes (2): ninguna causa ó ley mecánica se puede admitir para explicar los fenómenos del cuerpo vivo (3)».

En el fondo parece estar la santa Escritura enteramente de acuerdo sobre este punto con la filosofía antigua y moderna, pues ella nos enseña: «Que es el hombre doble en sus sendas (4); y que la palabra de Dios es una espada viva, la cual penetrando hasta la division del alma y del espíritu, discierne el pensamiento del sentimiento (5);» y S. Agustín confiando á Dios el imperio que aun ejercian sobre su alma antiguos fantasmas, que le volvian á

Descartes merecen tantas consideraciones como pocas se deben á los usurpadores de la fama: solo suplico se haga atencion al fondo de su pensamiento, el cual se reduce manifiestamente á esto: *Lo que hace creer por lo comun que hay contradiccion en el hombre, es que hay una contradiccion en el hombre.*

(1) Perpetuité de la foi in 4.<sup>o</sup>, tom. III, lib. 11 cvi.

(2) Parece que estas palabras: según toda verosimilitud son tambien como lo he dicho en otra parte, una mera atencion por el siglo, pues ¿cómo no podriase distinguir de la materia lo que es uno, y que puede llamarse principio?

(3) Nouveaux Elements de la science de Shomme par M. Barthez 2 vol. in 8.<sup>o</sup> Paris, 1806.

(4) Homo duplex in viis suis (Jac. I, 8).

(5) Pertingens usque ad divisionem animæ ac spiritus (no dice del espíritu y del cuerpo) et discretor cogitationum et intentionum cordis (Hebr. IV, 12).

traer los sueños, esclama con la mas amable ingenuidad: entonces Señor, ¿soy yo? (1) Ciertamente no era él; y nadie lo sabia mejor que él, que nos dice en el mismo sitio: «Tanta diferencia existe entre mí mismo y mí mismo (2);» él, que tan bien distinguió las dos potencias del hombre, cuando esclama todavia, dirigiéndose á Dios: ¡Oh tú! pan místico de mi alma, esposo de mi inteligencia! ¿Qué! ¿Podria yo no quererte? (3)

Los versos tan bellos que ha puesto Milton en boca de Satanás, rugiendo por su espantosa degradacion (4), podria tambien pronunciarlos el hombre con proporcion é inteligencia.

¿De dónde nos ha venido la idea de representar los ángeles al rededor de los objetos de nuestro culto, por medio de grupos de cabezas con alas? (5)

Ya sé que la doctrina de las dos almas fué condenada en los tiempos antiguos, sin saber si lo fué por un tribunal competente; además, basta entenderse: que sea el hombre un *sér*, que resulta de la union de dos almas, es decir, de dos principios inteligentes de una misma naturaleza, de los cuales el uno es bueno, el otro malo, esta es, según mi parecer, la opinion que habria sido condenada, y que yo tambien condeno de todo corazon; mas, que la inteligencia sea una misma cosa que el principio sensible, ó bien, que este principio, que tambien se llama principio vital, y que es la vida, pueda ser algo material, enteramente despojado de conocimiento y de conciencia, esto jamás lo creeré, á menos que no me sucediera ser avisado de que me engaño, por la sola potencia que tenga una legítima autoridad sobre la creencia humana: en ese caso, no titubearia un momento, y en vez que en este momento

(1) Numquid tunc non Ego sum, Domine, Deus meus? (D. August. Confess. X, xxx, 1.)

(2) Tantum interest inter me ipsum et me ipsum. (Ibid.)

(3) Deus... panisoris intus animæ meæ, et virtus maritans mentem meam... non te amabam! (Ibid. I, xiii, 2.)

(4) O foul descent, That I who erst contend'd  
With Gods tho sit the high'st, am now constrain'd  
Into a beast and mix'd with bestial slime  
This essence to incarnate and imbrute  
That to the light of deity aspir'd.

(P. L. ix. 103, 599.)

(5) Demasiadas personas saben por desgracia el lugar de sus obras, en que Voltaire ha llamado á esas figuras Santos mostetudos, pues no hay en los jardines de la inteligencia una sola flor que no haya manchado esa oruga.

solo tengo la *certidumbre* de tener razon, tendria entonces la *fé* de no tenerla : si profesara sentimientos diferentes, contradiria de frente los principios que me han dictado la obra que publico, y que no son menos sagrados para mí.

Cualquier partido que se tome sobre la duplicidad del hombre, siempre sobre la *potencia animal*, sobre la *vida*, sobre el *alma* (porque todas estas espresiones significan lo mismo en el lenguaje antiguo), es sobre quien recae la maldicion confesada por todo el universo.

Los egipcios, á quienes la antigüedad sabia declaró *los únicos depositarios de los secretos divinos* (1), estaban muy persuadidos de esta verdad, de la cual todos los días renovaban la profesion pública ; pues cuando embalsamaban el cuerpo, despues de haber lavado en el vino de palma los intestinos, las partes blandas, en una palabra, todos los órganos de las funciones animales, las ponian en una especie de cofre que levantaban hácia el cielo, y uno de los celebrantes pronunciaba esta oracion en nombre del difunto: « Sol, amo soberano de quien tengo la vida, dignaos recibirme » con vos : he practicado con fidelidad el culto de mis padres, y siempre he honrado á aquellos de quienes tengo este cuerpo : jamás he negado un depósito, y jamás he matado : *si alguna otra falta he cometido, no ha sido por impulso propio, sino por el de estas cosas* (2). » Y en el mismo momento arrojaban todas esas cosas en el río, como habiendo sido ellas la causa de todas las faltas que habia cometido el hombre (3) : hecho esto, se procedia al embalsamamiento.

Ahora bien, ¿ no se podrá mirar á los egipcios, en todas estas ceremonias, como verdaderos precursores de la revelacion, que ha

(1) *Ægyptios solos divinarum rerum conscios.* (Macrob. Sat. 1, 12.) Puede decirse, que este escritor habla aqui en nombre de toda la antigüedad.

(2) *Ἄλλα δια ταῦτα.* Porphir. (De abstin. et usu anim. IV, 10.)

(3) *Ὡς αἰτίαν πάντων ὧν ὁ ἄνθρωπος ἥμαρτεν, διὰ ταῦτα,* (Plut. De usu carn. Orat. II.) Palabras que ha citado M. Larcher en su preciosa traduccion de Aerodotes, lib. II, §. 85 : no sé por lo demas por qué ha traducido á este gran helenista *δια ταῦτα* por : *es para esas cosas*, en vez de decir : *es por esas cosas*.

« Hay una relacion particular entre esa oracion de los sacerdotes egipcios y la que pronuncia la Iglesia, al lado de los agonizantes : aunque haya pecado, sin embargo, siempre ha creído ; siempre guardó en su corazón el celo de Dios, y nunca dejó de adorar al Dios que todo lo ha criado, etc. » Licet enim peccaverit, tamen... credit, et zelum Dei in se habuit, et eum qui fecit omnia fideliter adoravit, etc.

pronunciado un anatema *contra la carne*, declarándola enemiga de la inteligencia (esto es, de Dios), y diciéndonos espresamente que *todos los que hayan nacido de la sangre, ó de la voluntad de la sangre, nunca llegarán á ser hijos de Dios?* (1)

Siendo, pues, el hombre reo, por su *principio sensible*, por su *carne*, por su *vida*, cayó el anatema sobre la sangre, la cual era el principio de la vida, ó por mejor decir, la vida misma (2). ¡ Cosa digna de observarse ! ¡ Que esas viejas tradiciones orientales, de que ya no se hacia mas caso, hayan sido resucitadas en nuestros días y sostenidas por los mas grandes fisiologistas !

Hace tiempo ya, que despues de hechas muchas experiencias y dichas cosas muy curiosas sobre los conocimientos de la antigüedad, relativamente á este punto, hace ya tiempo, que el caballero Rosa habia dicho en Italia : « *que el principio vital reside en la sangre* (3) » ; empero citaré una autoridad mas conocida (4), la del célebre Hunter, el mas grande anatomista del último siglo, que ha resucitado y motivado el dogma oriental de la vitalidad de la sangre : « Unimos, dice, la idea de vida á la de organizacion, de suerte que nos cuesta trabajo el forzar nuestra imaginacion á que conciba un fluido viviente ; *mas nada tiene la organizacion de comun con la vida* (5) : nunca es otra cosa que un instrumento, una máquina que nada produce, ni siquiera en mecánica, sin algo que corresponda á un principio vital, esto es, una fuerza.

(1) Joh. 1, 12, 13. Cuando decia David : *Spiritus rectum innova in visceribus meis*, no era esto una espresion vaga, ó alguna manera de hablar, sino que enunciaba un dogma exacto y fundamental.

(2) No comereis la sangre de los animales, *que es la vida de ellos.* (Gen. IX, 4 y 5.) La vida de la carne está en la sangre, por eso os la di para que fuese derramada sobre los altares en espacion de vuestros pecados, porque por la sangre es, por la que el alma se verá purificada. (Leo. XIII, n.) No comed la sangre (de los animales) *porque la sangre es la vida de ellos*, y por eso no debeis comer con la sangre lo que es la vida de ellos ; pero esa sangre la vertereis en el suelo como el agua. (Deut. XII, 23 24, etc., etc., etc.)

(3) Se encontrará un grande análisis de este sistema en las obras del conde Gian-Kinaldo Carli-Rubi, Milan, 1790, 30 tom. in 8.º lom. IX. ®

(4) No digo *mas decisiva*, porque no están los documentos á mi vista, y nunca he podido compararlos, ademas, en el caso que hubiera dicho todo Rosa, ¿ qué importaria ? no por eso tendria la honra de la prioridad para el sistema de la vitalidad de la sangre ; -- Su patria no tiene ni armadas, ni ejércitos, ni colonias : tanto peor para ella y para él.

(5) Verdad de primer orden y de la mas gran evidencia.



» Si se reflexiona con atencion sobre la naturaleza de la sangre, fácilmente se presta uno á adoptar la hipótesis que la supone viviente; ni se concibe la posibilidad de hacer otra suposicion, cuando se considera que no hay parte del animal que no esté formada de sangre; que de ella venimos (*wee grow out of it*), y que si no posee la vida antes de esta operacion, menester es al menos que la adquiera en el acto de la formacion, ya que no podemos dispensarnos de creer que la vida existe en los miembros ó diferentes partes, así que se hallan formadas (1).»

Parece haber prevalecido esta opinion del célebre Hunter en Inglaterra, pues hé aquí lo que se lee en las *Investigaciones asiáticas*: «Es una opinion tan antigua, por lo menos como Plinio, la de tomar la sangre por un fluido viviente; mas al célebre fisiologista, Juan Hunter, estaba reservado el honor de poner esta opinion entre aquellas verdades de que ya no es posible disputar (2).»

La vitalidad de la sangre, ó por decir mejor, la identidad de la sangre y de la vida, sentada como un hecho de que no dudaba la antigüedad, y que ha sido renovado en nuestros tiempos, tambien es una opinion tan antigua como el mundo, *que el cielo, irritado contra la carne y la sangre, no podia ser apaciguado sino por sangre*; y ninguna nacion ha dudado que en la efusion de sangre hubiera una virtud expiatoria. Ahora bien, ni la razon, ni la demencia han podido inventar semejante idea, y menos aun acreditarla por todas partes, pues radica meramente en lo íntimo de la naturaleza humana, y respecto á este punto, no presenta la historia una sola disonancia en el universo (3). Fundábase toda esta teoria en el dogma de la reversibilidad: creíase entonces (como se ha

(1) Véase John Hunter's a Treatise on the blood, inflammation and Gun-shot wounds. London, 1794, tom. in 4.º

(2) Véanse las Memorias de M. Will. Boag, sobre el veneno de las serpientes, en las investigaciones asiáticas, tom. vi in 4.º p. 108.--Háse visto que comparado á la opinion de la vitalidad de la sangre, es Plinio muy jóven; hé aquí lo que dijo sobre este asunto: *Duæ grandes venæ... per alias minores omnibus membris vitalitatem sigant... magna est in eo vitalitatis portio.* (C. Plinii Sec. Hist. nat. curis Harduini Paris, 1685, in 4.º tom. II, lib. 12, caput 69-70, págs. 364, 365, 583.)--*Hinc sedem animæ sanguinem esse veterum plerique dixerunt* (Not. Hard., ibid. p. 583.)

(3) Era opinion general, que prevaleció en todas partes, que solo con sangre podia obtenerse la remision, y que alguien debia morir para la felicidad de otro. (Bryant's Mythology explained, tom. 2 in 4.º p. 455). Además los Thalmudistas deciden, que solo con sangre se borran los pecados. (Huet. Dem. Evang. prop. IX, nap. 145). Con que por todas partes ha-

ereido, como se creerá siempre) *que podia el inocente pagar por el reo*; de lo que se inferia, que siendo la vida un cosa culpable, podia una vida menos preciosa ser ofrecida y aceptada por otra; ofrecieron, pues, la sangre de los animales, cuya alma, ofrecida por otra alma, llamaron los antiguos *antipoychon* (*αντίψυχοι*), *vicariam animam*, como quien dijera, *alma por alma*, ó bien, *alma sustituida* (1).

Ha explicado con mucha sabiduría el docto Goguet, por medio de este dogma de la sustitucion, aquellas prostituciones legales muy conocidas de la antigüedad, y que tan ridiculamente negó Voltaire: persuadidos los antiguos de que una divinidad irritada ó nociva habia tomado por blanco de su enojo la castidad de sus mujeres, habian imaginado ofrecerle victimas voluntarias, esperando de este modo que *Venus, toda ocupada en su presa*, no turbaria las uniones legítimas, parecida en esto á una fiera, á quien se echara un cordero para desviarla de un hombre (2).

Menester es observar, que en los sacrificios propiamente llamados, no se inmolaban los animales carnívoros, estúpidos ó ajenos al hombre, como son los venados, las serpientes, los peces, las aves de presa, etc. (3); por el contrario, escogíanse siempre, en los animales, los que eran de mas precio por su utilidad, los mas suaves, mas inocentes, los que mas se acercaban al hombre por su instinto y costumbres; no pudiendo, por fin, inmolar al hombre para salvar al hombre, escogíanse en la especie animal las victimas, las mas humanas, por decirlo así, y siempre quemaban la victima, ó por lo menos, parte de ella, para atestiguar que el castigo natural del crimen es el fuego, y que la *carne sustituida* se quemaba en vez de la *carne culpable* (4).

llamos el dogma de la salvacion por la sangre; el cual, á pesar del tiempo y del espacio, queda indestructible, sin proceder sin embargo de ninguna razon antecedente, ni de ningun error que se pueda señalar.

(1) Lami, Appar: Ad Bibl. I, 7.

Cor pro corde precor, pro fibris accipe fibras

Hanc animam vobis pro meliore damus. (Ovid. Fast. VI, 161.)

(2) Ver la Nouvelle Demonstration evangélique de Leland. Lieja, 1768. 4 tom. in 12, tom. I, parte I, cap. VII, p. 352.

(3) Menos algunas escepciones que dependen de otros principios.

(4) Porque lo mismo que los humores viciados producen en los cuerpos el fuego de la fiebre, que los purifica y los consume sin quemarlos, lo mismo producen los vicios en las almas la fiebre del fuego, que los purifica ó los quema sin consumirlos (Vid. Orig. de Princ. II, 10, opp. tom. I, p. 102).

Nada hay de mas conocido en la antigüedad que los *taurobolos* y los *criobolos*, que formaban parte del culto oriental de Mithra: en estos sacrificios, cuyo fin era obtener una purificacion completa, borrar todos los crímenes y procurar al hombre un verdadero renacimiento espiritual, cavábase un hoyo, en cuyo fondo se ponía al iniciado; estendíase sobre él una especie de techo, atravesado por una infinidad de pequeños agujeros, encima de los cuales inmolaban á la victima, de manera que corriendo la sangre en forma de lluvia sobre el *penitente*, la recibia este en todas las partes de su cuerpo (1), y creíase con tan particular bautismo operar una regeneracion espiritual: una cantidad de bajos-relieves y de inscripciones recuerdan aun esta ceremonia, asi como el dogma universal que habíala hecho imaginar (2).

En toda la ley de Moisés, nada es mas digno de observarse, que la constancia con que contradice las ceremonias paganas, y separa, por medio de ritos especiales, al pueblo hebreo de todos los otros; mas por lo que toca á los sacrificios, abandonando su sistema general, se conforma con el rito fundamental de las *naciones*, y no contento de conformarse con él, lo robustece, con riesgo de dar así al carácter nacional una dureza de que no tenia la mas pequeña necesidad; de manera que no hay ni una de las ceremonias prescritas por este célebre legislador, y sobre

(1) Prudencio nos ha trasmitido los pormenores de tan asquerosa ceremonia:

Tum per frequentes milla rimarum vias,  
Illapsus imber tabidum rorem pluit;  
Defossus intus quem sacerdos excipit,  
Guttas ad omnes turpe subjectum caput  
Et veste et omni putrefactor corpore.  
Quim os supinat, obvias offert genas;  
Supponit aures; labra, nares, objicit,  
Oculos et ipsos proluit liquoribus:  
Nec jam palato parcat, et linquam rigat  
Donec cruorem totus atrum imbibat.

(2) Nos ha conservado Gruter una muy particular y que Van-Dale ha puesto despues del trozo de Prudencio:

Dis Magnis  
Matri Deum et Attidi  
Sextus Angesilaus Aesidius...  
Taurobolio  
Criobolioque in *Æternum*  
Renatus Aram Sacravit. (Ant. Van-Dale. Dissert.  
de orac. ethniciurom. Amst. 1683, in 8.º p. 223.)

todo, ni una purificacion, hasta las que son meramente físicas, que no exija sangre.

Muy profunda debe ser la raiz de una creencia tan extraordinaria y tan general, y si no tuviera nada de verdadero ni de misterioso, ¿para qué la habria conservado Dios mismo en la ley mosaica? ¿Dónde habrian ido á buscar los antiguos la idea de un renacimiento espiritual por medio de la sangre? ¿Y por qué razon habriase escogido *siempre y por todas partes* una ceremonia que señala mutuamente la razon y rechaza el sentimiento, con el fin de honrar á la Divinidad, de obtener sus favores y apartar su ira? Es, pues, necesario acudir á alguna causa secreta, la cual era bien poderosa.

## CAPÍTULO II.

### DE LOS SACRIFICIOS HUMANOS.

Una vez que fué universalmente recibida la doctrina de la sustitucion, ya no quedaba duda sobre la eficacia de los sacrificios, proporcionada con la importancia de las víctimas; de cuya doble creencia, justa en su raíz, pero corrompida por aquella fuerza que todo lo habia corrompido, nació en todas partes la horrible supersticion de los sacrificios humanos: en vano decia la razon al hombre, que no tenia derecho ninguno sobre su prójimo, lo que hasta todos los dias atestiguaba, al ofrecer la sangre de animales, para rescatar la del hombre; en vano daba la suave humanidad y la compasion natural nueva fuerza á los argumentos de la razon, pues ante un dogma que tanto aliciente encerraba, quedábase la razon tan impotente como el sentimiento.

Quisiérase poder contradecir la historia, cuando nos enseña tan horrorosa costumbre, practicada en todo el universo; mas para vergüenza del género humano, nada hay de mas incontestable, y hasta las ficciones de la poesia atestiguan esta preocupacion universal:

« Su sangre apenas cuela y enrojece el suelo, cuando los Dioses » sobre los altares hacen resonar el estruendo; los vientos agitan el » aire, retumbando con feliz estremecimiento; y la mar les res- » ponde con sus espantosos bramidos. A lo lejos gimen las riberas » blanqueadas por la espuma, y la llama de la hoguera se enciende » por sí misma, mientras que entreabriéndose el cielo, que los re- » lámpagos hacen resplandecer, despide un horror santo que á to- » dos nos dá nueva quietud. »

Pues qué, ¿necesaria era la sangre de una inocente jóven, para la partida de una armada y el buen éxito de una guerra? Lo repito: ¿de dónde los hombres habian sacado esta opinion, y de qué verdad corrompida habian llegado á tan espantoso error? Queda bien demostrado, me parece, que todo esto provenia del dogma de la sustitucion, cuya verdad es incontestable y hasta innata en el hombre (pues ¿cómo hubiera podido adquirirla?); pero de la cual hizo un abuso lamentable; porque espresándose con exactitud, no adopta el hombre el error; solamente puede ignorar la verdad, ó abusar de ella, es decir, estenderla por medio de una falsa induccion, á un caso que le es del todo ageno. Dos me parece son los sofismas que estraviaron al hombre: primero, la importancia de los sugetos de quienes se trataba de alejar el anatema: dijose que *para salvar un ejército, una ciudad y hasta un gran soberano, ¿qué era un hombre?* Y considerando tambien el carácter particular de dos especies de víctimas humanas, ya condenadas por la ley civil-política, infirióse de aqui: *¿qué era la vida de un reo, ó de un enemigo?*

Parece muy probable, que las primeras víctimas humanas fueran reos que la ley habia condenado; pues han creido todas las naciones lo que los Druidas creian, segun refiere Cesaro (1): *Que el suplicio de los reos era cosa muy agradable á la divinidad*: tambien se creia en la antigüedad, que todo crimen capital cometido en el Estado *ligaba* á la nacion, y que el reo estaba *sagrado* ó dedicado á los Dioses, hasta que con la efusion de su sangre hubiera *desatádose* á sí mismo y á la nacion (2). Hé aqui por qué la palabra *sagrado* (*sacer*) tomábase en latin en bueno y mal sentido, porque la misma espresion en griego (*οσιος*) significa igualmente lo que es santo, y lo que es profano; porque tambien la palabra *anatema* significaba á la vez lo que se ofrece á Dios como don, y lo que se deja á su venganza; porque, en fin, se dice en griego como en latin, que una cosa ó un hombre ha sido *de-sagrado* (*expiado*), para espresar que se les ha lavado de una mancha que habian contraido: parece esta palabra *de-sagrar* (*αφοσιωνν*, *expiare*), ser contraria á la analogía, y un oido poco experimentado pediria *re-sagrar* ó *re-santificar*; mas el error es solo aparente, siendo la espresion muy exacta: en las

(1) De Bello gallico, vi, 16.

(2) Esas palabras de *liar* y *desliar* son tan naturales, que han sido adoptadas para siempre en nuestro lenguaje teológico.

lenguas antiguas, *sagrado* quiere decir: lo que está dedicado á la divinidad, poco importa por qué razón, y que así se halla ligado, de manera que el suplicio *de-sacra*, *expia* ó *deslia*, así como la *absolucion* religiosa.

Cuando las leyes de las XII Tablas pronuncian la muerte, dicen: SACER ESTO! (*¡sea sagrado!*) es decir, dedicado: ó por espresarse mas exactamente, *librado*; pues en todo rigor, el reo no estaba dedicado, sino por la ejecución: y cuando reza la Iglesia por las mujeres dedicadas (*pro devoto femineo sexu*), quiero decir, por las *religiosas*, que verdaderamente están dedicadas en un sentido muy propio (1), siempre es la misma idea: por un lado está el crimen, por el otro la inocencia; mas ambas son *SAGRADAS*.

En el diálogo de Platon, intitulado el *Enthyphron*, un hombre al momento de llevar ante los tribunales una acusacion terrible, pues tratábase de denunciar á su padre, se disculpa, diciendo: «Que igualmente se halla uno manchado, ya cometa por sí mismo un crimen, ya se deje vivir tranquilo al que lo cometió, y que así quiere absolutamente continuar en su acusacion para absolver á la vez su propia persona y la del reo (2);» en este trozo está muy bien espresado el sistema antiguo, que bajo cierto aspecto honra el buen sentido de los antiguos.

Infelizmente, penetrados los hombres del principio de la eficacia de los sacrificios proporcionada á la importancia de las victimas, ya del reo al enemigo no hubo mas que un paso, pues todo enemigo fué mirado como reo, é infelizmente aun todo extranjero fué enemigo, cuando hacian falta las victimas: demasiado conocido está este tremendo derecho de gentes: hé aquí por qué *hostis* (3) en

(1) Chanceando sobre ese testo: *Pro devoto femineo sexu*, no dejó de decir un periodista francés, que la Iglesia ha dado á las mujeres el título de *sexo devoto* (*Journal de l'Empire* 26 fevrier 1812); mas no es menester disputar con gentes de talento que están aprendiendo el latin, pues pronto sin duda lo sabrán: verdad es, sin embargo, que sería bueno haberlo aprendido antes de hacer mofa de la Iglesia Romana que lo sabe de un modo pasadero.

(2) Ἀφροσις σεαυτον καὶ ἐκείνον. (Plat. *Entyph. Opp.* tom. I, p. 8).

(3) *Eusth. ad. Loc.* La palabra latina *hostis* es la misma que la palabra *hôte* en francés, y ambas se hallan en la palabra alemana *hast*, aunque sean ahí menos visibles: conque siendo el *hosti*, un enemigo, un extranjero, y bajo ambos conceptos sujeto al sacrificio, el hombre y por analogía el animal inmolado se llamaron *hostia*, cuya palabra, sabemos, cuán desnaturalizada y ennoblecida ha sido en nuestras lenguas cristianas.

latin significó al principio igualmente *enemigo* y *extranjero*, cuyo sinónimo se ha complacido en recordar el mas elegante de los escritores latinos (1), y observo tambien que en un pasaje de la *Ilíada*, Homero traduce la idea de enemigo por la de *extranjero* (2), hácia cuya espresion su comentador llamó nuestra atención.

Parece que ésta fatal induccion esplica perfectamente la universalidad de una práctica tan detestable; que la esplica, digo, muy bien *humanamente*, pues de ningun modo pretendo negar (y ¿cómo podria, el sentido comun ligeramente iluminado, cómo podria negarlo?) la accion del mal que todo lo habia corrompido.

Ninguna fuerza ejerceria sobre el hombre esta accion, si le presentase al error aislado, ni la cosa es siquiera posible, puesto que el error no es nada: abstraccion hecha de toda idea antecedente, el hombre que se hubiese propuesto inmolar á otro, para hacerse los Dioses propicios, habria, para toda respuesta, sido entregado á la muerte, ó encerrado como demente: débese pues siempre partir de una verdad para enseñar un error, de lo que sobre todo se apercibirá uno, meditando sobre el paganismo que resplandece en verdades, mas todas alteradas y sacadas de su propio lugar, de manera que soy enteramente de la opinion de aquel teósofo, que ha dicho en nuestra época, que *la Idolatria era una putrefaccion*: sí, examínese de cerca, y se verá, que de las opiniones las mas locas, las mas indecentes, las mas atroces, de las prácticas las mas monstruosas y que mas han deshonrado al género humano, no hay una, que no podamos *librar del mal* (desde que nos ha sido dado el poder pedir esta gracia), para dejar ver despues el residuo verdadero, que es divino.—Luego fué de estas verdades incontables de la degradacion del hombre y de su *culpabilidad* original, de la necesidad de una satisfaccion, de la reversibilidad de los méritos y de la substitucion de las penas espiatorias, de donde partieron los hombres, para llegar á aquel espantoso error de los sacrificios humanos.

Francia! en tus selvas habitó largo tiempo.

«Todo Gaula á quien acometia alguna enfermedad grave, ó que

(1) *I, soror, atque hostem supplex superbum* (*Vir. Æn.* iv, 424). *Ubi servius: Nonnulli justa veieres hostem pro hospite dictum accipiunt* (*Forcellini in hostis*).

(2) Ἀλλοτριος φῶς, *Iliad.* V, 814.

»peligraba en la guerra (1) inmolaba hombres ó prometia inmolárlas, no creyendo poder los Dioses ser aplacados, ni la vida de un hombre ser rescatada de otra manera sino por la de otro; así se habian hecho estos sacrificios, ejecutados por las manos de los Druidas, instituciones públicas y legales, en los cuales, cuando faltaban los reos, se procedía al suplicio de los inocentes: algunos llenaban con hombres vivos, ciertas estatuas colosales de sus Dioses, y cubriéndolas con ramas flexibles, prendíanlas fuego, peñeciéndolo así los hombres, rodeados de llamas (2).» En Galia, lo mismo que en otras partes subsistieron tales sacrificios hasta el momento en que llegó á establecerse allí el cristianismo, pues en ninguna parte acabaron sin él, y nunca se mantuvieron con él.

Habiase llegado al punto de creer que no se podía suplicar en favor de una cabeza, sino al precio de otra cabeza (3), y además, hallándose toda verdad como debe hallarse en el paganismo (mas como decia antes, en un estado de putrefaccion), la teoría, tan consoladora como incontestable del sufragio católico, aparece en medio de las tinieblas de la antigüedad, bajo la forma de una supersticion sanguinaria, y como todo sacrificio verdadero, toda accion meritoria, toda mortificacion, todo padecimiento voluntario, puede verdaderamente ser provechoso á los muertos, el Politeísmo, estraviado de una manera brutal por ciertos recuerdos vagos y corrompidos, vertía la sangre humana, para apaciguar los difuntos: al rededor de las tumbas se degollaban á los presos, y si faltaban estos, venian los gladiatares á derramar su sangre, haciendo así de esta extravagancia tan cruel un oficio, por el cual recibian un nombre (Bustiarii) que podrá representarse por el de Hogueros, porque estaban destinados á derramar su sangre al rededor de las hogueras; en fin, si llegaba á faltar tambien la sangre de estos infelices, como la de los presos, venian á despecho de las doce Tablas (4), mujeres que se desgarraban los carrillos, para hacer por lo menos, ante las hogueras, una imágen de los

(1) Mas el estado de guerra era la situacion natural de aquel pais: *Ante Cæsaris adventum fere quotannis (bellum) occidere solebat; uti, aut ipsi injurias inferrent, aut illas propulsarent.* (De Bello gallico, vi, 15).

(2) De Bello gallico, vi, 16.

(3) *Præceptum est ut pro capitibus capitibus supplicarentur; idque aliquandiu observatum ut pro familiarium sospitate pueri mactarentur Mania dea, matri Larum* (Macrob. Sat. I, 7).

(4) *Mulieres genas ne radunto.* XII, Tab.

sacrificios, y satisfacer á los Dioses infernales, como decia Varron, enseñándoles sangre (1).

¿Será necesario citar aquí á los Tirios, á los Fenicios, á los Cartagineses, á los Cananeos? ¿Recordar que estos sacrificios los renovaba Atenas, en sus mejores dias, todos los años? ¿Que Roma, en peligros inminentes sacrificaba los Galos? (2), Pues ¿quién podría ignorar estas cosas? No menos inútil sería recordar la costumbre de inmolárse enemigos, y hasta oficiales y criados sobre la tumba de los reyes y de los grandes capitanes.

Al llegar nosotros á América, al fin del siglo XV, hallamos ahí esa misma creencia, pero aun mucho mas feroz, pues se veian obligados á presentar á los sacerdotes mejicanos hasta veinte mil víctimas humanas cada año, y para procurárselas era forzoso declarar la guerra á algun pueblo, sacrificando los mejicanos en una necesidad á sus propios hijos: el sacrificador, abriendo el pecho de las víctimas, se apresuraba á arrancarles el corazon vivo, y el pontífice exprimía su sangre, que hacia colar en la boca del idolo, mientras que todos los sacerdotes comian las carnes de las víctimas.

..... ó Pater orbis!  
Unde nefas tantum? .....

Solis nos ha conservado un monumento de la buena fe tan horrible de esos pueblos, trasmitiéndonos el discurso de Majiscatzin á Cortés, durante la morada que hizo este célebre español en Tlascala: *Ni sabian, decia, que pudiese haber sacrificio sin que muriese alguno por la salud de los demás* (3).

En el Perú sacrificaban los padres de la misma manera á sus propios hijos (4): en fin, este furor, así como el de la antropo-

(1) *Ut rogis illa imago restitueretur; vel, quemadmodum Varro loquitur, ut sanguine ostenso inferis satisfiat* (Joh. Ros. Rom. Antiquit. corp. absolutiss. cum notis Th. Demsteri á Murreck. Amst., Blaen, 1685; in 4.º V. 39, p. 432).

(2) Porque los Galos eran para los Romanos el *hostis* y por consiguiénte la hostia natural: «Con las otras naciones, dice Ciceron, combatimos para la gloria? con los Galos para la salvacion: así que amenazan á Roma exigen las leyes y costumbres que tenemos de nuestros antepasados que el alistamiento no tenga excepciones (Cicer. pro M. Fonteio.)»

(3) *Ant. Solis. Conq. de la Nueva España, lib. III, c. 3.*

(4) Se encontrarán pormenores exactos de esas atrocidades, en las cartas americanas del Conde Carli-Rubi, y en las notas de un traductor fa-

fagia, han dado la vuelta del globo y deshonrado ambos continentes (1), y hoy mismo, á pesar de la influencia que ejercen nuestras armas y nuestra ciencia, ¿hemos conseguido el desarraigarse de la India esta infausta preocupacion de los sacrificios humanos? ¿Qué dice, pues, la ley antigua de este pais, que es el Evangelio del Indostan? *El sacrificio de un hombre regocija á la divinidad durante mil años, y el de tres hombres la regocija durante tres mil años* (2).

Sé muy bien, que en tiempos mas ó menos posteriores á esta ley, la humanidad, que á las veces suele ser mas fuerte que la preocupacion, ha conseguido sustituir á la víctima humana, la figura de un hombre hecho de manteca ó de pasta, mas no por eso han dejado de permanecer los sacrificios verdaderos, y aun hoy subsiste el de las mujeres á la muerte de sus maridos.

En este particular sacrificio, que llaman el *Pitrimedha-Yaga* (3), la oracion que dice la mujer antes de arrojar en las llamas, tiene el nombre de *Sancalpa*: antes de precipitarse hace innovaciones á los Dioses, á los elementos, á su conciencia (4), y exclamando: *¡Y tú mi conciencia! Seas testigo que me voy á seguir á mi marido*, abraza el cuerpo de su esposo en medio de

nático que infelizmente ha manchado con todos los excesos de la impiedad moderna, investigaciones interesantes (Ver *Lettres américaines* traduct. de l'italien de M. le Comte Gian Rinaldo Carli. Paris, 1788; 2 vol. in 8.º lettre 7.ª p. 116, y lettre 27, p. 407 y sig). Al reflexionar sobre algunas notas muy sabias, estoy por creer que la traduccion principiada por una mano pura, ha estado echada á perder en una nueva edicion por mano muy diferente, esto por lo demás son ardidcs modernos muy conocidos.

(1) El editor francés de Carli, preguntase ¿por qué? y responde con sabiduria: *Porque siempre es el hombre del pueblo que engaña la opinion* (Tom. I, lettre 13, p. 416) ¡Bella y profunda solucion!

(2) Ver el *Rudhiradhyaya*, ó el *Capítulo Sangriento* traducido del *Calica-Puran* por M. Blanquiere, (*Asiat. Research. Sir Will. Jones's works*, in 4.º, tom. II, p. 1058).

(3) Esta costumbre, por la cual deben las mujeres matarse ó quemarse sobre la tumba de sus esposos, no es peculiar de la India, pues tambien la hallamos en naciones del norte. (Herod. lib. V, C. 1, §. 2). Ver Brotier sobre Tacito, de Mor. Germ., c. XIX, not. 6, y en América (Carli, cartas mencionadas, tom. I, carta 10).

(4) *La conciencia!* ¿Quién sabe lo que puede valer semejante persuasion ante el tribunal del juez infalible, tan suave para todos los hombres, y que derrama su misericordia sobre todas sus criaturas, como su lluvia sobre todas las plantas? (Ps. cXLIV, 9).

las llamas, con los gritos: *¡Satya! ¡Satya! ¡Satya!* (palabras que quiere decir *verdad*); entonces el hijo ó el pariente mas cercano pega fuego á la hoguera (1), y cométense estos horrores en un pais en que matar á una vacca es un crimen terrible, en que no se atreve el supersticioso bramania á matar los insectos asquerosos que le devoran.

Habiendo querido conocer en 1803 el gobierno de Bengala el número de mujeres que una bárbara preocupacion conducia sobre la hoguera de sus esposos, averiguó que no bajaba de treinta mil anualmente (2); todavia en abril de 1802 las dos mujeres de Ameer-Jung, regente de Tanjora, se quemaron sobre los despojos de su marido, de cuyo sacrificio hay detalles horribles, pues todo lo que la ternura materna encierra de mas poderoso, todo lo que puede hacer un gobierno que no quiere usar de autoridad, todo fué vano para impedir semejante atrocidad, permaneciendo las dos mujeres inmóviles (3).

En algunas provincias de este vasto continente y en las clases ínfimas del pueblo, es bastante comun la costumbre de hacer el voto de darse la muerte voluntariamente si se obtiene tal ó cual gracia de los idolos del pais, precipitándose, los que han hecho este voto y conseguido lo que deseaban en un sitio llamado *Calabhairava*, que se halla en los montes, en medio de los rios *Tapti* y *Nermada*: la feria que todos los años hay en ese lugar, presencia por lo general ocho ó diez de estos sacrificios á que impele la preocupacion (4). En fin, toda vez que una india echa al mundo dos gemelos, debe sacrificar uno de ellos á la diosa *Gonza*, arro-

(1) *Asiat. Research.*, tom. VII, p. 222.

(2) Estraido de los papeles ingleses, como lo traduce la *Gacette de France* del 19 junio 1804, núm. 2369. *Anales literarios y morales*, tom. II, Paris, 1804; in 8.º, p. 145. Mr. Colebrooke de la sociedad de Calcutta, asegura, con verdad, en sus *Investigaciones asiáticas* (*Sir Wil. Jones's works Supplem.*, tom. II, p. 722), que nunca ha sido muy crecido el número de esos mártires de la supersticion, cuyos ejemplos se han vuelto raros; mas esa expresion raros, nada espresa de preciso, y despues, existiendo la preocupacion y reinando en una poblacion de mas de 60 millones de almas quizás, pareceme que debia necesariamente producir un sin número de tan atroces sacrificios.

(3) Ver. *The asiatic. anual. Register*, 1802, in 8.º Ahí se ve, que segun la observacion de los maratós, esa especie de sacrificios eran frecuentes en Tanjora.

(4) *Asiat. Research.*, tom. VII, p. 267.

jándolo en el *Ganjes*, y aun algunas mujeres están sacrificadas de tiempo en tiempo á esa diosa (1).

En esa India, que tanto se alaba, «permite la ley al hijo hechar al agua á su padre anciano é incapaz de trabajar para procurarse su subsistencia, y la jóven viuda se vé obligada á quemarse sobre la hoguera de su esposo; se ofrecen sacrificios humanos con el fin de apaciguar el genio de la destruccion, y la mujer que por mucho tiempo ha quedado estéril, ofrece á su Dios el hijo que acaba de dar á luz, esponiéndolo á las aves de rapiña y á las fieras, ó dejando que se lo lleve la corriente del *Ganjes*: *La mayor parte de estas crueldades las cometieron aun solemnemente en presencia de los europeos en la última festa indostana, celebrada en la isla de Sangor en diciembre de 1801*» (2). Quizás está uno por decir: *Y ¿cómo puede el inglés, amo absoluto de esas regiones, ver todos esos horrores, sin poner orden en ello? Derrama quizás lágrimas sobre las hogueras, pero ¿por qué motivo no apagarlas? Si, órdenes severas, medidas de rigor, ejecuciones terribles han sido empleadas por el gobierno, mas ¿para qué? Para aumentar siempre ó mantener su poder, pero nunca con el fin de calmar tan tremendas costumbres: diríase verdaderamente que la frialdad de una falsa filosofía ha apagado en su corazón aquella sed del orden que produce los mayores cambios á despecho de los mayores inconvenientes, ó que el despotismo de las naciones libres, que es el mas terrible de todos, menosprecia demasiado aquellos esclavos para tomarse el trabajo de hacerlos mejores.*

Me parece, sin embargo, que se puede hacer desde luego una suposicion mas honrosa, y por esto solo mas verosímil; y es, la absoluta imposibilidad de vencer en este punto la preocupación obstinada de los indios, pues queriendo abolir por medio de la autoridad estas medidas atroces, solo se conseguiria comprometerla sin fruto de la humanidad (3). Además veo un gran pro-

(1) Gazette de France, en la parte ya citada.

(2) Ver, Essais by the studens of Fort William Bengal, etc. Calcutta, 1802.

(3) Sería, sin embargo, poco justo de no observar que en las partes de la India que se hallan bajo el cetro católico, la hoguera de las viudas ha desaparecido: tal es la fuerza secreta y admirable de la ley de gracia. Pero la Inglaterra que con una dominacion por cierto muy dulce y muy humana deja que quemen por millares á mujeres inocentes, echa seria-

blema que resolver, el saber, ¿si esos sacrificios atroces que nos indignan tan justamente no son buenos, ó al menos necesarios en la India? Pues por medio de esta terrible institucion se halla la vida del esposo bajo la guardia incorruptible de sus mujeres, y de todo lo que por ellas se interesa: ¿qué sucederia en aquel país de las revoluciones, de las venganzas, de crímenes viles y tenebrosos, si las mujeres, no perdiendo materialmente nada con la muerte de sus esposos, vieran solo en ella el derecho de obtener otro? ¿Podemos creer que los legisladores antiguos, hombres todos grandes, no hayan tenido en esos países motivos peculiares y poderosos para establecer semejantes costumbres, y podemos aun creer que tales costumbres hayan podido establecerse con medios meramente humanos? Todas las legislaciones de la antigüedad menosprecian, degradan, incomodan y maltratan mas ó menos á las mujeres: «*La mujer, dice la ley de Mena, está protegida por su padre en la infancia, por su esposo en la juventud, y por su hijo en la senectud, de suerte que jamás tiene aptitud para hallarse en estado de independenciam, pues el indomable ardor de su pensamiento, la inconstancia del carácter, la ausencia de toda afeccion constante, y la perversidad natural que distingue á las mujeres, no dejan nunca, á pesar de todas las precauciones imaginables, de desapegarlas muy pronto de sus maridos*» (1).

Platon quiere que las leyes no pierdan ni un momento á las mujeres de vista, «*pues, dice, si se halla este artículo mal arreglado, ya no son mas la mitad del género humano, son mas de la mitad, y tantas veces mas de la mitad, que veces tienen menos virtud que nosotros*» (2). ¿Quién no conoce la increíble esclavitud en que estaban las mujeres de Atenas, donde se hallaban sujetas á una tutela interminable, donde cuando moria un padre dejando solo una hija ya casada, tenia derecho el pariente mas cercano de nombre para quitarla á su esposo y hacer de ella su mujer; donde un marido podía dejar la suya, como parte de su propiedad,

mente en cara al Portugal las sentencias de su inquisicion, es decir, algunas gotas de sangre culpable que vierte de lejos en lejos: *Ejice primo trabem, etc.*

(1) Leyes de Menu, hijo de Brabma (trad. por el Cab. Will. Jones's works, tom. III, c. 11, núm. 3, p. 335-337).

(2) Plat. de Leg. VI, opp. tom. VIII, p. 310, ibi *οσω δέ η εηδεια ημιν φύσις προς αρτην χειρων τής κρηνων, τούτου διαφέρει προς πò πλέον η διαπλάσιον είναι.*

al que le daba la gana de escoger por su sucesor, etc.? (1) Y ¿quién no conoce tambien cuán duras eran las leyes de Roma con respecto á las mujeres? Diríase verdaderamente, que relativamente al *segundo sexo*, habian ido todos los instiladores de las naciones, á la escuela de Hipócrates, quien lo creia malo en su misma esencia. «*La mujer, dice, es perversa por naturaleza, y si su inclinacion no está diariamente reprimida, brotará en todas direcciones como las ramas del árbol: si está ausente el marido, no bastan los parientes para guardarla, menester es un amigo cuyo celo no ciege la afeccion*» (2).

Todas las legislaciones, en una palabra, han tomado precauciones mas ó menos severas contra las mujeres, y aun en nuestro tiempo son esclavas bajo el alcoran, y animales de carga en medio de los salvajes; solo el Evangelio ha podido levantarlas al nivel del hombre, haciéndolas mejores; solo él, ha podido proclamar *los derechos de la mujer*, despues de haberlos hecho nacer, y hacerlos nacer con solo establecerse en el corazon de la mujer, que es el instrumento mas activo y mas poderoso, así para el bien como para el mal; destruid, menoscabad solamente hasta cierto punto en un pais cristiano la influencia de esta ley divina, dejando subsistir la libertad que era su consecuencia para las mujeres, y pronto vereis esta noble y afectuosa libertad que degenera hasta una licencia vergonzosa; volveránse entonces los infaustos instrumentos de una corrupcion universal que corromperá en muy poco tiempo las partes vitales del estado, cayendo este en una podredumbre cuya gangrenosa decrepitud escitará á la vez vergüenza y horror!

Un turco, un persa que asisten á un baile europeo, creen soñar, pues nada comprenden en esas mujeres, «que compañeras de un esposo, y reinas por todas partes, libres sin deshonra y fieles sin violencia, jamás deben sus virtudes al temor.» No lo comprenden, porque ignoran la ley que hace posible ese tumulto y esa mezcla, y hasta la que de ellos se aparta le debe su libertad: si pudiera haber sobre este punto cuestion de *mas ó de menos*, diria que las mujeres deben mas al cristianismo que nosotros, pues la antipatía que

(1) La madre de Demóstenes fué transmitida de este modo, de cuya disposicion nos han conservado la fórmula en el discurso contra Estefano (Ver los Comentarios sobre los discursos de Isócus, por el Cab. Jones en sus obras, tom. III, in 4.º, pág. 210, 211).

(2) Hippocr. opp. cit. Van der Linden in 8.º, tom. II, p. 911, ibi. *Εχει γαρ φύσει τὸ ἀνόητον ἐν ἑαυτῇ.*

tiene á la esclavitud (la cual destruirá siempre suave é infaliblemente en todas partes que pueda esta obrar con libertad), la tiene sobre todo á causa de ellas: sabiendo demasiado cuán fácil es inspirar el vicio, quiere al menos que nadie tenga derecho para mandarlo (1).—En fin, ningun legislador debe olvidar esta máxima: *Antes de borrar el Evangelio, encerrad á las mujeres*, ó abrumadlas con leyes horrorosas como las de la India: mucho se ha celebrado la *dulzura* de los indios; mas desengañémonos, fuera de la ley que ha dicho, ¡BEATI MITES! no hay hombres dulces; podrán sí, ser *débiles, tímidos, cobardes*, pero jamás *dulces*, ni *suaves*: aquellos pueden ser, y son bastantes veces crueles; mas el hombre suave nunca lo es: buen ejemplo nos dá de esto la India, pues sin hablar de las atrocidades superticiosas que acabo de citar, ¿qué pais del globo ha presenciado mas atrocidades?

Mas nosotros, á quienes la sola idea de sacrificios humanos y de antropofagia hace perder el color y la sangre, ¿cómo pudiéramos ser á la vez bastante ciegos é ingratos para no reconocer que esos sentimientos solo los debemos á la *ley de amor* que ha velado sobre nuestra cuna? Una ilustre nacion, que habia llegado al último grado de la civilizacion y de la urbanidad, atrevióse poco hace, en un acceso de delirio de que la historia no presenta otro ejemplo, á suspender formalmente esa ley, y ¿qué vimos entonces? En una ojeada, las costumbres de los Iroqueses y de los Algonquinos; las santas leyes de la humanidad holladas y destrozadas; la sangre del inocente regando los cadalsos que cubrian toda la Francia; los hombres rizando y empolvando cabezas ensangrentadas; y hasta la boca de las mujeres manchada con sangre humana: ¡hé aquí el hombre *natural*! No porque no lleve en sí los gérmenes inestinguibles de la verdad y de la virtud, pues los derechos de su nacimiento son imprescriptibles, pero sin una fecundacion divina, jamás se abrirán esos gérmenes: ó solo producirán seres equívocos y insanos!

(1) Menester es tambien observar que si el cristianismo protege á la mujer, ella, á su vez tiene el privilegio de ser protegida por la ley que la protege de un modo digno de atencion; al punto que se está por creer que esta influencia radica en alguna afinidad secreta, en alguna ley natural: Vemos principiar la salvacion por una mujer anunciada desde el principio de las cosas, y en toda la historia evangélica tienen las mujeres un papel muy notable; en fin, en todas las conquistas célebres que hizo el cristianismo, ya sobre individuos, ya sobre naciones, siempre figura la mujer.



Ya es tiempo de sacar de los hechos históricos mas incontestables, una conclusion que no lo es menos: por una experiencia de cuatro siglos, sabemos: *Que do quier que el verdadero Dios no esté conocido y servido, allí, en virtud de una revelacion espresa, el hombre inmolará siempre al hombre, y muchas veces le devorará*: despues de habernos contado Lucrecio el sacrificio de Ifigenia (como historia auténtica, ya se entiende, pues lo necesitaba así), esclama con aire de triunfo:

¡Tantas calamidades puede producir la Religion!

Solo veia pues los abusos, así como todos sus sucesores infinitamente menos excusables que él, é ignoraba que el de los sacrificios humanos, por enorme que sea, desaparecia ante los males que produce la impiedad absoluta; ignoraba, ó no queria ver, que ni hay ni puede haber religion completamente falsa, sino la de las naciones cultas; tal cual era en la época en que escribia, no por eso dejaba de ser el cimiento del edificio político, y que precisamente los dogmas epicúreos al socabarla estaban á pique de socabar con el mismo golpe la constitucion antigua de Roma para sustituirle una tiranía atroz é interminable. En cuanto á nosotros, que tenemos la felicidad de poseer la verdad, no cometamos el crimen de desconocerla, pues si ha querido Dios *disimular durante cuarenta siglos* (1), desde que han comenzado para el hombre nuevos siglos, sería semejante crimen, inexcusable: al reflexionar en los males que han producido las religiones falsas, bendigamos y abracemos con ardor la verdadera, que ha explicado y justificado el instinto religioso que tiene la especie humana, y que desembarazando este sentimiento universal de los errores y crímenes que lo deshonraban, ha renovado la faz de la tierra:

TANTOS SON LOS MALES QUE PUEDE CORREGIR LA RELIGION!

Hé aquí poco mas ó menos, si no me me engaño, lo que puede decirse, sin adelantar demasiado, sobre el principio de los sacrifi-

(1) Actas XVII, 30. Et tempora quidem hujus ignorantia despiciens Deus, etc., *ἄπειδωρ*. Arnaud, en el nuevo Testamento de Mons, traduce: estando Dios irritado contra esos tiempos de ignorancia, etc., y en una nota, al fin de la página pone: *De otra manera, habiendo Dios dejado pasar y disimulado; y segun la letra, despreciado esos tiempos, etc.: con efecto es enteramente de otra manera.*

cios, y sobre todo de los sacrificios humanos que han deshonrado al género humano; mas no creo inútil demostrar ahora, al acabar este capitulo, la manera cómo ha mirado el mismo asunto la filosofia moderna.

La idea vulgar, primera que se presenta al espíritu y antecede visiblemente á toda reflexion, es la de un homenaje ó una especie de *ofrenda* hecho á la divinidad: *Los Dioses son nuestros bienhechores* (dadores bonorum), es pues muy natural ofrecerles las primicias de esos mismos bienes que recibimos de ellos; de ahí provinieron las libaciones antiguas, y aquella ofrenda de las primicias con que se daba principio á las comidas (1): al explicar Heyne este verso de Homero:

En las llamas arroja las primicias de la comida (2).

halla en esta costumbre el origen de los sacrificios: «Como ofrecian los antiguos á los Dioses, dice, una parte de sus alimentos, la carne de los animales debió hallarse comprendida en ellos, y añade, *el sacrificio considerado de este modo no tiene nada que choque* (3): estas últimas palabras prueban, por decirlo de paso, que este hombre tan hábil, veia confusamente en la idea general del sacrificio alguna cosa mas profundo que la simple ofrenda, cuyo pun-

(1) Esa parte del alimento que se separaba y quemaba para honrar á los Dioses, se llamaba en Grecia *Apasco* (*ἀπαρχή*), y la accion misma de ofrecer esa especie de primicias, se expresaba por un verbo (*ἀπαρχεσθαι*) *apescar* ó *principiar* (por excelencia).

(2) *ο δὲ ἐν πυρὶ βάλλε θυμίας*. (Ibid IX, 222), y Odys. XIV, 436, y 446).

(3) «Apparet (religiosum hunc ritum) peperisse sacrificiorum morem; quippe quæ ex epulis domesticis ortum duxerunt, quum cibi vescendi pars reseca pro primitiis offerretur Diis in focum cojienda: hoc est τὸ ἀπαρχεσθαι nec est quod hic, mos religiosus displiceat (Heyne, ad loc.) No me sorprende esta esplicacion de Heyne, porque en general, la escuela protestante no gusta de las ideas que salen del círculo material, las cuales parece condenan en masa, como vanas y supersticiosas: confieso, sin dificultad, que su doctrina puede sernos útil á nosotros mismos, nunca es verdad como alimento, pero á veces como remedio: en este caso, sin embargo, la creo ciertamente errónea, y por eso me admira que la haya adoptado Bergier (Traite hist. et dogm. de la vraie Relig., in 8.º, tom. II, p. 303, 304, tom. VI, p. 296, 297, segun Parphyr. de Abstin., lib. II, cit. ibid.) *Veia* muy bien este célebre apologista, mas aquí, parece no haber mirado.

to de vista *le chocaba*: pues, no se trata únicamente del *don*, de *ofrenda*, de *primicias*, en una palabra, de un simple acto de homenaje y de reconocimiento, que se hace, si así puede decirse, al *señorío feudal* de la Divinidad, porque en esta suposición, habrían los hombres enviado á buscar á la carnicería las carnes que debían ofrecerse en los altares, y habríanse limitado á repetir públicamente y con el aparato que conviene esa misma ceremonia con que comenzaban sus comidas domésticas; pero de lo que se trata es de la *sangre*, de la *inmolacion* propiamente dicha; se trata de explicar cómo los hombres de todos tiempos y de todas partes, ha podido convenir en la creencia de que habia, no en la ofrenda de las carnes (esto es de notar), sino en la *efusion de la sangre*, una virtud de espacion, útil al hombre: este problema no cede á la primer ojeada (1).

No solo no fueron los sacrificios una simple estension de los *apascos* ó de la ofrenda que se hacía de las primicias quemadas al principio de las comidas, sino que esos mismos *apascos* no fueron manifiestamente sino una especie de *sacrificios diminutos*, de la misma manera que pudiéramos repetir en nuestras casas las ceremonias religiosas, ejecutadas con una solemnidad pública en las iglesias: y, por poco trabajo que uno se tome en reflexionar, convendrá en esta apreciación.

Hume, en su mala *historia natural de la religion*, adoptando esta idea de Heyne, la envenena á su manera: «Un sacrificio, dice, lo considera como un *don*: ahora bien, para dar una cosa á Dios es menester destruirla para el hombre, quemándola, si es un sólido; derramándola si es un liquido, y matándolo si es un animal; por falta de mejor medio soñó el hombre que con hacerse algún daño á sí mismo haria bien para Dios, ó al menos cree probar de esta manera la sinceridad de los sentimientos de amor y de adoracion que le animan: así es, que nuestra devocion mer-

(1) Los Persas, segun Strabon, partian entre sí las carnes de las victimas, y nada dejaban para los Dioses: (Τοῖς θεοῖς οὐδὲν ἀπονειμαίντες μέρους). Porque, decian, Dios solo necesita el alma de la victima, es decir, de su sangre τὴν γὰρ ψυχὴν, φασὶ τοῦ ἱεροῦ δεῖσθαι τὸν θεόν ἄλλου δὲ οὐδενός. Strabo, lib. XV, p. 693, citadas en las disert. de Cudwort. De vera notione cœnæ Domini, cap. I, núm. 7 al fin de su libro célebre: Systema intellectuale universum. Este texto curioso refuta directamente las ideas de Heyne, y concuerda perfectamente con las teorías hebraicas, segun las que la *efusion de la sangre*, constituye la esencia del sacrificio (Ibid. cap. II, núm. iv)

»cenaria se lisonjea de engañar á Dios, despues de habernos en-  
»gañado á nosotros mismos (1).» Empero, nada esplica esta ce-  
»remonia, y solo sirve para aumentar la dificultad del problema.

Tampoco Voltaire ha dejado de ejercitarse en el mismo asunto, mas tomando la idea general de sacrificio como un mero dato, se ocupa en particular de los sacrificios humanos: «No se veia en los  
»templos, dice, mas que tornillos, asadores, parrillas, cuchillos  
»de cocina, largos tenedores de hierro, *cucharas* ó *cucharones* (2),  
»grandes tinajas para poner la grasa, y todo lo que puede inspi-  
»rar desprecio y horror: nada contribuyó mas á perpetuar  
»aquella dureza y atrocidad de costumbres, que condujo al fin á los  
»hombres hasta sacrificar á otros hombres y á sus propios hijos:  
»mas los sacrificios de la inquisicion, de que tanto hemos hablado,  
»han sido cien veces mas abominables, habiendo nosotros reem-  
»plazado á los carniceros con verdugos(3):» Sin duda alguna, que jamás Voltaire habia puesto los piés en un templo antiguo, ni siquiera el grabado habiale hecho conocer ese género de edificios, puesto que creia que el templo, propiamente dicho, representaba el espectáculo de una carnicería y de una cocina; ni tampoco reflexionaba que esas parrillas, esos asadores, esos tenedores largos, esas *cucharas* ó *cucharones*, y otros tantos instrumentos tan tremendos, son tan de moda hoy como antes, sin que por eso ninguna madre de familia, ni tampoco las mujeres de los carniceros y de los cocineros, tengan la menor tentacion de poner sus hijos sobre las parrillas, ó de arrojarlos en la cuba: cualquiera conoce que esa especie de dureza que resulta de la costumbre de derramar la sangre de los animales, y que todo lo mas puede facilitar tal ó cual crimen particular, jamás podrá conducir á la

(1) Hume's Essays and Treatises on several subjects. The natural history of religions. Sect. IX, London 1758, in 4.º, pág. 511: Puede observarse en este trozo, considerado como una fórmula general, uno de los caracteres mas señalados de la impiedad, que es el desprecio del hombre: hija del orgullo, madre del orgullo, ebria siempre de orgullo, y respirando solo orgullo, no deja sin embargo la impiedad de ultrajar á la naturaleza humana, de desanimarla, de envilecerla, de mirar todo lo que el hombre ha podido hacer y pensar, de mirarlo digo, del modo mas humillante para él, el mas á proposito para envilecerlo y desanimarlo: así, sin pararse en ello, presenta á la luz mas resplandeciente el carácter opuesto de la religion, la cual siempre emplea la humildad para elevar al hombre hasta Dios.

(2) Bella y preciosa observacion, sobre todo por ser á proposito.

(3) Véase la nota 12 de la tragedia de Crépea de Minos.

inmolacion sistemática del hombre : no se puede además leer sin asombro ese *en fin* que emplea Voltaire, como si los sacrificios humanos no hubiesen sido otra cosa que el tardío resultado de los sacrificios de animales que se acostumbraban anteriormente hace siglos : pero nada es mas falso ; pues *siempre y do quier* que el Dios verdadero no ha sido conocido y adorado, háse inmolado á los hombres : esto lo atestiguan los mas antiguos monumentos, y lo confirma hasta la fábula, cuyo testimonio muchas veces no es menester rechazar : mas para explicar tan grande fenómeno, no me parece bastante recurrir á los *cuchillos de cocina y á los grandes tenedores.*

El trozo sobre la inquisicion, por el cual acaba esta nota, parece haber estado escrito en un acceso de delirio ; pues que la ejecucion legal de un pequeño número de hombres, mandada por un tribunal legitimo, en virtud de una ley anterior solemnemente promulgada, y que cada víctima era muy libre de evitar sus disposiciones, esta ejecucion, lo repito, *¿es cien veces mas abominable* que la horrorosa maldad de un padre y de una madre que llevaban á sus hijos á los brazos inflamados de Moloch ? ¿Y esto no es un delirar atroz, un olvido completo de toda razon, de toda justicia, de todo pudor ? Le arrastra la rabia antireligiosa al punto, que al acabar tan pulera locucion no sabe exactamente, lo que dice : *Hemos,* dice, *reemplazado los carniceros con verdugos* : luego creia haber solo hablado de los sacrificios de animales, y olvidaba la frase que acababa de escribir sobre los sacrificios humanos, pues de otro modo ¿qué significado tiene esa oposicion de los *carniceros* á los verdugos ? ¡Qué ! Los sacerdotes de la antigüedad que degollaban á sus *iguales con un hierro sagrado*, ¿por ventura, eran menos verdugos que los jueces modernos que los envian á la muerte en virtud de una ley ?

Volvamos, sin embargo, al asunto principal, pues segun vemos nada puede darse mas débil para explicar el origen de los sacrificios humanos que la razon que de ello dá Voltaire : esa simple conciencia, que se llama *sentido comun*, basta para probar que no hay en esa explicacion ni una sombra de sagacidad ni de verdadero conocimiento del hombre y de la antigüedad.

Oigamos finalmente á Condillac y veamos cómo hizo para explicar el origen de los sacrificios humanos á su pretendido *discipulo*, quien para la felicidad de su pueblo, nunca quiso dejarse *disciplinar.*

«No se contenta uno, dice, con dirigir á los Dioses oraciones »y votos, sino que cree deberles ofrecer las cosas que se figura uno »serles agradables.... frutas, animales y hombres... (1):» Me guardaré muy bien de decir, que este trozo es digno de un niño, pues gracias á Dios, no hay niño bastante malo para escribirlo: ¡Qué lijereza tan execrable ! ¡Qué desprecio hácia nuestra infeliz especie ! ¡Qué rencor acusador contra su instinto, mas natural y mas sagrado ! Me es imposible espresar á qué grado Condillac subleva aquí en mí la conciencia y el sentimiento : pues este es uno de los rasgos mas odiosos de tan odioso escritor.

(1) Obras de Condillac, París 1798, in 8.º, tom. I, hist. anc., c. xii, pág. 98, 99.

CAPITULO III.

TEORÍA CRISTIANA DE LOS SACRIFICIOS.

¿Qué verdad no se halla en el paganismo? Verdad es que hay varios dioses y varios señores, así en el cielo como en la tierra (1), y que debemos anhelar la amistad y el favor de esos dioses (2); pero también es verdad que no hay más que un solo Júpiter, quien es el Dios supremo, el primero (3), el muy grande (4), la mejor naturaleza que sobrepuja á todas las otras naturalezas, aun á las divinas (5); él sea lo que quiera que nada tiene más alto que él (6); el Dios, no solo Dios, sino enteramente Dios (7); el que hace mover el universo (8); el padre, el rey, el empera-

(1) Porque aunque los haya á quien se les llama Dioses así en el cielo como en la tierra, y que haya de este modo varios Dioses y varios Señores, sin embargo, etc. (S. Pablo á los Corintios, I, c. viii, 5 y 6, II Thernicenses, II, 4).

(2) San Agustin. De Civ. Dei, 28.

(3) Ad cultum divinitatis obeundum, satis ect. nobis Deus primus (Amob. adv. gent. III).

(4) Deo qui est maximus (Inscrip. sobre una lámpara antigua del museo de Passeri.—Antichità de Escolano. Napoli, 17 tom. in fol., tom. VIII, pág. 261).

(5) Melior natura (Ovid. Metam. I, 21). Numen ubi est, ubi Di? (Id. Her. XII, sig.) Πρὸς Διὸς καὶ Θεῶν (Demost. pro Cor.) οἱ Θεοὶ δὲ εἰσονται καὶ τὸ Δαιμόνιον (Id. de falsa leg., 68).

(6) Deum summum, illud quidquid est summum (Rin. hist. nat. II, 4).

(7) Principem et maxime Deum (Lact. etha. ad Stat. Theb. IV, 516, cit. en la Biblioteca latina de Fabricio).

(8) Rector orbis terrarum (Sen. ap. Lact. dis. just. I, 4).

dor (1); el Dios de los dioses y de los hombres (2); el padre omnipotente (3); además, es también verdad, que no se puede adorar á Júpiter como le corresponde sino junto con Palas y Juno, siendo por su naturaleza el culto de esas tres potencias indivisible (4).

Es muy cierto, que si raciocinamos con sabiduría sobre el Dios, jefe de las cosas presentes y futuras, y sobre el Señor, padre del jefe y de la causa, veremos en ella con claridad, al menos con lo que puede ver el hombre más felizmente dotado (5): también es verdad, que á Platon que ha dicho lo que antecede, no se le puede corregir sino con respeto, cuando dice en otro lugar: «Que estando el gran Rey en medio de todas las cosas, y habiendo sido todas hechas para él, ya que es el autor de todo bien, el segundo rey sin embargo, está en medio de las cosas segundas y el tercero en medio de las terceras (6), lo que por lo demás no

(1) Imperator divum atque hominum (Plaut. in Rud., prol. V, II).

(2) Deorum omnium Deus (Sen. ubi supra). Θεός ὁ Θεῶν Ζεὺς. Deus Deorum Jupiter (Plat. in Crit. opp. tom. X, p. 66). Deus Deorum (Salmo LXXXIII, 7). Deus noster præ omnibus Diis (Ibid. CXXXIV, 5). Deus magnus super omnes Deos (Ibid. XCIV, 3). Ἐπι πᾶσι Θεός (Plat. Rig. passim).

(3) Pater omnipotens (Vig. Æen. I, 65-X, 2, etc.)

(4) Jupiter sine contubernis conjugis fatque colli non solet (Lact. dis. instit.)

(5) τῶν τῶν πάντων Θεῶν ηγεμόνα τῶν τῶν ὄντων καὶ τῶν μελλόντων, τοῦ τε ηγεμόνος καὶ αἰτίου πατέρα κύριον... ἂν ὀρθῶς ὄντως φιλοσοφώμεν, εἰσόμεθα πάντες σαφῶς, εἰς δύναμιν ἀσθράπων εἰδαιμόνων. (Plat., epist. VI, ad Herm. Erast. et Corisc., Opp., tom. XI, p. 92.—En efecto, ¿cómo conocer al uno sin el otro? (Tertull., De an., cap. 1.)

(6) Περί τῶν πάντων βασιλεῖα πάντ' ἐστὶ, καὶ ἰσχυροῦς ἕνεκα πάντα, καὶ ἐκείνος αἰτίων ἅπαντων τῶν καλῶν, δευτεροῦδε περὶ δευτέρα, καὶ τρίτον περὶ τὰ τρίτα. Ejsd. epist. II, ad Dionis., (Ibid. tom. XI, p. 69; et apud Euseb. Præp. evang. XI.)

El que tenga curiosidad de saber lo que se ha dicho sobre este testo, podrá consultar Orig., de princ., lib. I, cap. 3, n.º 5, opp. edit. Ruæi, en fol., tom. IV, p. 62.—Huet, in Origen., ibid., lib. II, cap. 2, n.º 27, 28; y las notas de La Rue, p. 63, 135.—Clem. Alex., tom. V, p. 598, edic. Paris.—Athenag. leg. pro Christ. Oxonia, ex theatro Seldon, in 8.º, 1706, curis Dechair, p. 93, n.º XXI, in not. Es muy singular, que ni Huet, ni su sabio comentador hayan citado el testo de Platon, del que el de Origenes es un comentario notable. Ved aquí este último testo tal como Photio nos lo ha conservado como original. (Cód. VIII.) Διῆκειν μὲν τὸν πατέρα διὰ πάντων τῶν ὄντων, τοῦ δὲ υἱοῦ μέχρι τῶν λογικῶν μόνων, τὸν δὲ

debia escribirse de un modo mas claro por si llegara á perderse lo escrito, por algun acontecimiento de mar ó de tierra, para que el que lo encontrase no comprendiera nada (1).

Muy verdad es que ha salido *Minerva* del cerebro de *Júpiter* (2), y que *Venus* habia salido primitivamente *del agua* (3) en la que volvió á meterse, cuando aquel diluvio, durante el cual *todo se volvió mar y el mar quedó sin riberas* (4), durmiéndose en el fondo del agua (5): si á esto se añade que volvió á salir de ella bajo la forma de una paloma, que fué célebre en todo el Oriente (6), no será esto un gran error.

Muy verdad es, que cada hombre tiene su *genio conductor* é *iniciador* que lo guia por entre los misterios de la vida (7). Muy

πνεῦμα μέχρι μόνων τῶν σεσοσμένων, c'est-à-dire, le Pere embrasse tout ce qui existe; le Fils est borné aux seuls etres intelligents, et l'esprit aux seuls élus.

(1) Φρασέον δὲ σοὶ δι' αἰνιγμάτων, ἵν' αὐτὴν δέλτος ἢ ποιντὸν ἢ γῆς ἐν τύχαις ὁ ἀνάγνωτος μὴ γνῶ. πλάτῃ, (Plat. ubi sup.)

(2) Eccli. XXX, 5.—*Télémaque*, lib. VIII. Il chanta d'abord, etc.

(3) En memoria de este nacimiento, habian establecido los antiguos una memoria para perpetuar para siempre, que todo crecimiento en los reyes organizados viene del agua.—ἕξ ὕδατος πᾶτων ἀξενσις. Véase el Scoliarte en el verso ciento cuarenta y cinco de la cuarta Pythica de Píndaro. Segun la antigua doctrina de los Vedas, Brahma, (que el espíritu de Dios), era llevado sobre las aguas en el principio de las cosas, en una hoja de lata; y la potencia sensible tomó su origen en el agua. (Willian's Jones, dans les Recherches asiatiques, Diss. sur les dieux de Grece et d'Italie, tom. I.)—M. Colbroke, ibid., tom. VIII, p. 403, note.—La fisica moderna está de acuerdo. Véase *Black's Lectures on Chemistry*, in-4.º, tom. I, p. 245.—*Lettres physiques et morales*, etc., par M. de Luc; in-8.º, tom. I, página 112, etc., etc.

(4) Omni á pontus erant, deerant quoque littora ponto.

(Ovid., Métam.)

(5) Véase la disertacion sobre el monte Caucaso par F. R. Wilford (dans les Rech. Asiat., tom. VII, p. 522-23.)

(6) Así no hay que estrañar que los hombres se hubiesen convenido en reconocer la paloma por el *ave de Venus*, nada es falso en el paganismo, pero todo es corrompido.

(7) Μισσαγῆτος τοῦ βίου αγαθῆς. (Men. ap. Plut., De tranq. an). esos genios habitan la tierra por orden de *Júpiter*, para ser en ella los benéficos guardianes de los desgraciados mortales (Hesiod.); pero sin cesar sin embargo de ver al que les ha enviado (Matth. XVIII, 10). Luego pues, cuando hemos cerrado la puerta y dejado en la oscuridad nuestros aposentos, acordémonos de no decir jamás (que es de noche y) que nos hallamos solos; por que Dios y nuestro ANGEL están con nosotros, y para vernos no necesitan de luz (Epist., Arr., disert. I, 14), Bacon en una obra altamente sos-

verdad es, que no puede *Hércules* subir encima del *Olimpo* y caerse allí con *Hebea*, sino despues de haber consumido por el fuego sobre el monte *Etna*, toda su parte humana (1). Es cierto, que *Neptuno* ejerce su mando sobre las virtudes y el mar, á quien infunde miedo (2).

Es cierto que los *Dioses* se alimentan con néctar y ambrosia (3); cierto y verdad que los *héroes* que han merecido bien de la humanidad y sobre todo los *fundadores* y *legisladores* tienen derecho para ser declarados *dioses* por la potencia legitima (4); es

pechosa, pone en el número de las paradojas ó de las contradicciones aparentes del cristianismo: Que no pedimos nada á los ángeles y que no les demos gracias de nada: creyendo que les debemos mucho (*Christian paradox*, etc. etc. Works. tom. II, p. 494). Esta contradiccion que no es del todo aparente, no se encuentra en el cristianismo total.

(1) Quodcumque fuit populabile flammæ

Mulciber abstulerat; nec cognoscenda remansit

Herculis effigies; nec quidquam ab origine ductum

Matris habet; tantumque Jovis vestigia servat.

(Ovid., Mét., IX, 262, seqq.)

(2) «De dos puntos opuestos del Cielo llama á los vientos: como, les dice, os habeis creído con poder bastante para atreveros á turbar de ese modo la tierra y los mares, y levantar esas enormes oleadas sin acordaros de mi omnipotencia? Por precio de semejante audacia os deberia....; pero ante todas cosas, es preciso tranquilizar las olas; otra vez no me insultareis impunemente. ¡Partid sin dilacion! marchad, decid á vuestro dueño, que el imperio de los mares no le pertenece; la suerte ha colocado en mis manos el terrible tridente. Solo habita el palacio de los vientos en medio de elevados peñascos: que él sea el que se agite en este retiro! Que él sea quien reine en estas vastas prisiones!» Dijo, y desde luego la tempestad se calmó: Neptuno dispó las condensadas nubes, dejó brillar el Sol, y paseó su ligero carro sobre la aplanada superficie de las aguas.» (Virg., Æn. I, 131, y sig.)

Entonces amcnazó á los vientos, y dijo á la mar: CALLATE!... é inmediatamente quedó todo en una profunda calma. (Marc. IV, 39.—Luc. VIII, 24.—Matth. VIII, 26.)

Se vé aqui la diferencia de la verdad y de la fábula: la primera hace hablar á Dios, la segunda hace formar juicios; pero siempre, como se verá mas abajo, hay alguna cosa diferentemente semejante.

(3) «Yo soy el ángel Rafael....; os ha parecido que bebia y comia con vosotros; pero me alimento de una vianda invisible y de una bebida que no puede ser vista de los hombres.» (Tobías, XII, 13, 19.)

(4) La canonizacion de un soberano en la antigüedad pagana, y el apoteosis de un héroe del cristianismo en la iglesia, no difieren, segun la expresion ya empleada, sino como dos poderes negativos y positivos. De un lado están el error y la corrupcion; del otro, la verdad y la santidad; pero

verdad que cuando un hombre se halla enfermo, es menester esforzarse para *encantar* suavemente al mal con *palabras poderosas*, sin descuidar sin embargo ninguno de los medios de la medicina material (1). Es verdad que la medicina y la *divinacion* tienen un parentesco muy cercano (2).

Es verdad que los *Dioses* han venido á las veces á sentarse á la mesa de los justos, y que otras veces han venido sobre la tierra para explorar los crímenes de esos mismos hombres (3); es

todo parte del mismo principio; Por que el error, repito otra vez, no puede ser más que la verdad corrompida; es decir, un pensamiento que procede de un principio inteligente mas ó menos degradado, pero que sin embargo no podrá obrar segun su esencia, ó si se quiere segun sus ideas naturales ó innatas. *Totum prope cælum nonne humano genere completum est?* Cie. Tusc. Quæst. I, 13. En efecto, tal es su destino. La cosa no es ya susceptible de duda ni de chanzas. Pero ¿por qué no ha de haber una distincion para los *héroes*? En cuanto á los que se obstinan en ver aquí lo mismo que en otra parte, imitaciones razonadas, no tengo nada que decirles: esperemos que llegue la hora de despertarse!

(1) . . . . . Τὸς μὲν μαλακαῖς

Ἐπικριδαῖς ἀμφέπων;

Τὸς δὲ προσάνα πι—

νοντας, ἢ γυμνασίου περιήπων πάντοθεν

Φαρμακὰ, τοὺς δὲ πομαῖς ἔρασαν ὄρθος.

(Pind., pyth. III, 91, 93).

*Locus classicus de medicina veterum* (Heyne, ad loc. v, Pindari carm., Göttingæ, 1798, tom. I, p. 241).

Sería permitido, sin faltar á la memoria de un hombre tan sabio, observar que parece haberse engañado al ver en los versos 94 y 95, *los amuletos*; porque parece evidente que Pindaro en este punto, habla simplemente de las aplicaciones, de las fomentaciones, de los *tópicos* en una palabra; pero apenas me atrevo á tener razon contra Heyne.

(2) Ἱπποκρίτου δέκα καὶ πέντε συγγενεῖσι (Hippoc. Epist. ad Philop., opp., tom. II, p. 896). «Por que sin el socorro de Esculapio, que poseia estos secretos de su padre, jamás los hombres hubieran podido inventar los remedios.» (Ibid. p. 966). La medicina ha colocado á sus primeros inventores en el cielo, y todavia en la actualidad pide sus remedios á los oráculos (Plin. Hist. nat., XXIX, 1). Lo cual no debe admirar, puesto «que es el Altísimo el que ha criado al médico, y el que cura por medio de las medicinas. . . . «El es quien ha producido de la tierra todo lo que cura. . . ; quien ha hecho conocer á los hombres los remedios de que se sirve para calmar los dolores. . . Rogad al Señor. . . . Apartaos del pecado. . . ; purificad vuestro corazón. . . . Y despues apelad el médico; porque el Señor es quien lo ha criado.» (Eccl. XXXVIII, 1, 2, 4, 6, 7, 10, 12).

(3) Ils sont finis ces jours où les esprits célestes

verdad que las naciones y las ciudades tienen *patronos* y que en general *Júpiter* ejecuta en este mundo una infinidad de cosas por el ministerio de los *genios* (1); es verdad que los mismos elementos, que son imperios, están presididos, como los imperios, por ciertas *divinidades* (2).

Es verdad que los *principes* de los pueblos están llamados al consejo del Dios de Abraham; porque los *dioses poderosos* de la tierra son mucho mas importantes que se pudiera creer (3).

Remplissaient ici-bas leurs messages divins;  
Où l'ange, hôte indulgent du premier des humains,  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;  
L'entretenait du ciel, des grandeurs de son Maître;

(MILTON, trad. par M. Delille. P. P. IX, 1. seqq).

Esta es una elegante parafrasis de Hesiodo, citado por Orígenes como rindiendo testimonio á la verdad (Adv. Cels., tom. I, opp. iv, núm. 76, pág. 563).

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

Ἐνθαὶ γὰρ τότε δαίτες ἔσαν ἑνοὶ δὲ θεοὶ

(1) Constat omnes urbes in alicujus Dei esse tutela, etc. (Macrob., Sat. III, 9). Quemadmodum veteres Pagani tutelaria sua numina habuerunt regnorum, provinciarum et civitatum (Dii quibus imperium steterat), ita romana Ecclesia suos habet tutelares sanctos, etc. (Henr. Morus, opp. theol., pág. 665).

Exod. xiii; Dan. x, 13, 20, 21; xii, 1. Apoc. viii, 3; xiv, 18; xvi, 5. Huet, Dem. evang. prop. VII, núm. 9, S. Aug., De Civ. Dei, VII, 30.

San Agustin dice que Dios ejercia su jurisdicción sobre los gentiles por ministerio de los ángeles, y este parecer está fundado en muchos textos de la Escritura. (Berthier sur les Psaumes, Ps. CXXXIV, 4, tom. V, p. 363). «Pero los que por una grosera imaginación (en efecto nada hay mas grosero), creen quitar á Dios todo lo que dan á sus ángeles y á sus santos. . . . interpretan siempre la Escritura en su verdadero sentido, etc.?» (Bossuet, Pref. sobre la esplicación del Apoc., núm xxvii). Véanse los *Pensamientos* de Leibnitz, tom. II, p. 54, 56.

(2) Cuando veo en los profetas, en el Apocalipsis y hasta en el Evangelio, el *ángel de los Persas*, el *ángel de los Griegos*, el *ángel de los Indios*, el *ángel de los niños*, que toma la defensa. . . ; el *ángel de las aguas*, el *ángel del fuego*, etc., reconozco en esas palabras una especie de meditacion de Santos ángeles; veo tambien el motivo que ha podido dar ocasion á los paganos á distribuir sus divinidades en los elementos y en los reinos para presidirlos: porque todo error está fundado sobre alguna verdad de que se abusa (Bossuet, ibid.) y de la que no es mas que una viciosa imitacion (Massillon, Verdad de la Religion, primer punto).

(3) Quæ Pater ut summâ vidit Saturnius arce,  
Ingemit, et referens fœdæ convivia mensæ

Pero tambien es verdad, «que entre todos esos *Dioses*, no hay uno que pueda compararse al *Señor*, ni cuyas obras se aproximen á las suyas: puesto que el cielo no contiene nada que se le asemeje; que en medio de los hijos de Dios, no tiene Dios mismo un igual, y que además él es el único que haga milagros (1).»

¿Luego cómo no se querrá creer que no haya podido engañarse el paganismo sobre una idea tan universal, y tan fundamental como es la de los sacrificios, es decir, la de la redención por la sangre? No podía el género humano formarse la sangre que necesitaba, y ¿qué hombre entregado á sí mismo podía sospechar la inmensidad de la caída y la inmensidad del amor reparador? Y sin embargo, todo pueblo, al confesar mas ó menos lucidamente esta caída, confesaba al mismo tiempo la necesidad é indole del remedio.

Esta ha sido constantemente la creencia de todos los hombres, la cual modificándose en la práctica segun el carácter de los pueblos y de los cultos, deja siempre aparecer el principio; y particularmente concuerdan todas las naciones en la eficacia maravillosa que tiene el sacrificio voluntario de la inocencia, inmolándose ella misma á la divinidad como víctima de propiciación: siempre han dado los hombres un precio infinito á esa sumision del justo que acepta los padecimientos, y por ese motivo, Séneca, despues de haber pronunciado su célebre palabra: *Ecce par Deo dignum! vir fortis cum mala fortuna compositus* (2), añade en seguida: *Utique si, et provocavit* (3).

*Ingentes animo et dignas Jove concipit iras,  
Conciliumque vocat; tenuit mora nulla vocatos....*

*Dextrâ levâque deorum.*

*Atria nobilium valvis celebrantur apertis....*

*Ergo ubi marmoreo Superi sedere recessu,*

*Celsior ipse loco, etc.*

(OVID., *Métam.* II).

*Principes populorum congregati sunt cum Deo Abraham: quoniam dii fortes terræ vehementer elevati sunt.* (Ps. XLVI, 10).

(1) *Non est similis tui in diis, DOMINE; et non est secundum opera tua* (Ps. LXXXV, 8).

*Quis in nubibus (sur l'Olympe) æquabitur Domino; similis erit Deo in filiis Dei?* (Ps. LXXXVIII, 7).

*Qui facis mirabilia solus.* (Ps. LXXI, 18).

(2) *Ved al grande hombre presa del infortunio! estos dos luchadores son dignos de las miradas de Dios* (Sen. De Provid., II).

(3) *Du moins si le grand homme á provoqué le combat.* (Ibid.)

Cuando los feroces carceleros de Luis XVI, prisionero en el *Temple*, le negaron una navaja, le dijo el servidor fiel que nos ha trasmitido la historia interesante de ese largo y tan espantoso cautiverio: «*Señor, preséntese V. á la Convencion nacional con esa larga barba, para que vea el pueblo cómo le tratan á V.*;» y respondió el rey: NO DEBO BUSCAR QUE SE INTERESEN SOBRE MI SUERTE (1): ¿pues qué pasaba entonces en aquel corazon tan puro, tan sumiso, tan preparado? Parece temer el angusto mártir sus traerse al sacrificio, ó hacer la víctima menos perfecta. ¡Ay! ¡qué aceptación! ¿qué no habrá merecido?

Se podía llamar sobre este punto á la experiencia, para que confirmara la teoría y la tradicion; porque los cambios mas venturosos que acontecen en las naciones, siempre cuasi son comprados con sangrientas catástrofes, de que la inocencia es víctima: la sangre de Lucrecia espulsó á los Tarquinos, y la de Virginia arrojó á los Decemvros: cuando dos partidos se chocan en una revolucion, y se ven caer por uno de ambos lados víctimas preciosas, se puede apostar, por mas apariencias contrarias que existan, que ese es el partido que acabará por triunfar. Si se conociera la historia de las familias como la de las naciones, ofreceria una multitud de observaciones análogas, pues se podria muy bien descubrir, por ejemplo, que las familias mas duraderas, son las que han perdido mas parte de sus miembros en la guerra: á esto habria dicho un antiguo: «Para la tierra, para el infierno bastan esas víctimas (2),» pero hombres mas ilustrados podrian decir: *El justo que de su vida en sacrificio verá una larga posteridad* (3).

Y la guerra, que es un asunto inagotable de reflexiones, mostraria aun la misma verdad, bajo otro aspecto; puesto que es una la voz de los anales de todos los pueblos, para enseñarnos cómo maltrata ese azote terrible á las naciones con una violencia rigurosamente proporcional á los vicios de ellas, de manera que cuando hay multitud de crímenes, tambien hay abundancia de sangre. *Sine sanguine non fit remissio* (4).

Como háse dicho en las *Conversaciones*, la Redención es una

(1) Véase la Relacion de M. Cléri. Lond., Baylis, 1793, in 8.º, página 175.

(2) *Sufficiunt Dis infernis terræque parenti.* (Juv. Sat. viii, 257).

(3) *Qui iniquitatem non fecerit... si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum* (Is. LIII, 9, 10).

(4) *Sin efusion de sangre, no hay remision de pecados* (Hebr. IX, 22).

idea universal, pues siempre y en todas partes han creído los hombres que el inocente podía pagar por el reo (*utique sit, et provocaverit*); mas esta idea la rectificó el cristianismo así como mil otras, que hasta en un estado negativo le habían dado de antemano el testimonio mas decisivo: bajo su imperio, el justo (que nunca cree serlo) trata sin embargo de aproximarse á su modelo por el lado doloroso, y así, se examina, se purifica, y hace sobre sí mismo esfuerzos que parecen superiores á la humanidad, para obtener por fin la gracia de poder *restituir lo que no robó* (1).

Empero al certificar el dogma, el cristianismo no lo explica, al menos públicamente, y así vemos que los primeros iniciados del cristianismo se ocuparon con mucho afán en investigar las raíces secretas de esta teoría: es menester oír sobre todo á Orígenes en este asunto interesante que había meditado mucho: su opinion muy conocida, era: «Que la sangre derramada sobre el calvario no solo había sido útil para los hombres, sino para los ángeles, para los astros, y para todos los seres creados (2);» opinion que ciertamente no sorprenderá á quien recuerde las palabras de S. Pablo: «*Quiso Dios reconciliar toda cosa por el que es el principio de la vida, y el crimen que nació entre los muertos, habiendo pacificado por la sangre que derramó en la cruz, tanto lo que está sobre la tierra como lo que en el cielo* (3)» y si gimen todas las criaturas (4), según la profunda doctrina del mismo apóstol, ¿por qué no deberían todas sentir un consuelo?—El grande y santo rival de Orígenes nos asegura que aun á los principios del siglo V de la Iglesia, estaba recibida la opinion de que *la redención*

(1) *Quæ non rapui tunc exsolvebam* (Ps. LVIII, 8).

(2) *Sequitur placitum aliud Origenis de morte Christi non hominibus solum utili, sed angelis etiam et sideribus ac rebus creatis quibuscumque* (P. D. Haetti Origen., lib. II. cap. II, quæst. 3, núm. 20. Orig. opp. tom. IV, p. 149).

(3) Coloss. I, 20. Ephes. I, 10. Paley, en sus *Horæ Paulinæ* (London, 1790, in 8.º, p. 212), observa que ambos testos son muy notables, y que esa reunion de cosas divinas y humanas es un sentimiento demasiado singular que no se encontrará en otra parte sino en las dos epístolas: *A very singular sentiment and found nowhere else but in these two epistles*. Si la palabra en otra parte se refiere á las epístolas canónicas, la asercion no es exacta, pues el sentimiento demasiado singular se encuentra espresamente en la epístola á los hebreos, IX, 23. Si la palabra tiene toda su latitud se vé que Paley se engañó mas todavía.

(4) Rom., VIII, 22.

*pertenece un tanto al cielo como á la tierra* (1), y S. Juan Crisóstomo no dudaba que el mismo sacrificio, continuado hasta los fines del tiempo y celebrado diariamente por ministros legítimos, obrase de la misma manera *para todo el universo* (2).—Esta es la inmensa latitud en que consideraba Orígenes los resultados del grande sacrificio: «Mas esta teoría dice que depende de misterios celestes, nos lo declara el mismo apóstol, cuando dice: *Que era necesario que lo que solo era figura de las cosas celestiales, fuera purificado con la sangre de los animales, pero que las celestiales mismas lo fuesen por victimas mas preciosas que las primeras* (3). Contemplad la espiacion de todo el mundo, quiero decir, de las regiones celestiales, terrenas é inferiores, y ved entonces de cuántas victimas necesitaban!... Mas el cordero solo, ha podido quitar los pecados de todo el mundo, etc., etc. (4)»

Además, aun cuando Orígenes haya sido un gran autor, un grande hombre, y uno de los mas sublimes teólogos (5), que jamás han ilustrado á la Iglesia, no quiero sin embargo defender cada renglón de sus escritos, me basta cantar con la Iglesia Romana: «*La tierra, el mar, y los astros mismos, en fin todos los seres, fueron lavados con esta sangre* (6).»

Después de que, no acabo de admirar bastante los escrúpulos particulares de ciertos teólogos, quienes se niegan á adoptar la hipótesis de la pluralidad de los mundos, temiendo que llegará á conmover el dogma de la redención (7), es decir, que según ellos,

(1) *Cruz Salvatoris non solum ea que in terra, sed etiam ea que in cælis erant pacasse perhibentur*. (D. Hieron. Epist. LIX, ad Avitum, c. 1, v. 22).

(2) Nosotros sacrificamos por bien de la tierra, del mar y de todo el universo (S. Crisost. Hom. LXX, in Joh.) Y S. Francisco de Sales al decir «que Jesucristo había sufrido principalmente por los hombres, y en parte por los ángeles;» se ve desde luego, y sin examinar precisamente lo que con estas palabras quiso decir, que no reducía el efecto de la redención á los límites de nuestro planeta (Véanse las cartas de San Francisco de Sales, lib. V, p. 58, 59).

(3) Herbr. IX, 23.

(4) Orig. Hom. XXIX, in Num.

(5) Bossuet, *Préf. sobre la explicacion del Apóc.*, núm. xxvii, xxix.

(6) Terra, pontus, astra, mundus.

Hoc lavantur sanguine (flumine).

(Hymno de los Laudes del domingo de pasión).

(7) Se encontrará un ejemplo notable de esto en las notas con que el ilustre cardenal Gerdil quiso honrar al último poema de su colega, el cardenal Bernis.



debemos creer que el hombre, viajando en el espacio sobre su triste planeta, miserablemente incomodado entre *Marte* y *Venus* (1), es el único sér inteligente del sistema, y que los otros planetas no son mas que globos *sin vida y sin belleza* (2), que el Criador lanzó en los espacios para divertirse aparentemente, como un jugador de bolas: ¡No, jamás se presentó pensamiento mas mezquino ante la mente humana! Decía Demócrito, tiempo hace, en una conversacion célebre: ¡Ay caro amigo! Guárdese V. con mucho cuidado de achicar bajamente en su espíritu la naturaleza, que tan grande es (3): pues bien, nosotros que vivimos en medio de la luz, pudiendo contemplar en su claridad á la inteligencia suprema, en lugar de aquel vano fantasma de la naturaleza, muy inexcusables seríamos si no nos aprovecháramos de esta advertencia: no, no achiquemos miserablemente al Sér infinito, poniendo límites ridiculos á su poder y á su amor. Por ventura, ¿hay algo mas cierto que esta proposición: *todo ha estado hecho por y para la inteligencia?* ¿Puede un sistema planetario ser otra cosa que un sistema de inteligencia, y cada planeta en particular, puede ser otra cosa que la mansión de una de esas familias? ¿Pues qué punto comun hay entre la materia y Dios? ¿Conócelo el polvo? (4) Si los moradores de los otros planetas no son seres culpables como nosotros, no necesitan del mismo remedio, y si por el contrario, le necesitan, ¿temen esos teólogos de que acabo de hablar, que la virtud del sacrificio que nos salvó no pueda ascender hasta la luna? Mucho mas profunda y mas comprehensiva es la ojeada de Orígenes, cuando dice: *El altar se hallaba en Jerusalém, pero la sangre de la víctima bañó al universo* (5).

No se cree, sin embargo, autorizado para publicar todo lo que sabía con respecto á este punto: «Para hablar, dice, de esa víctima de la ley de gracia ofrecida por Jesucristo, y hacer comprender una verdad que es superior á la inteligencia humana,

- (1) Nam Venerem Martemque inter natura locavit,  
Et nimium, ah! miseris, spatiis conclusit iniquis.  
(Boscovitch, *De Sol. et lun. defect.* lib. I.)
- (2) Inanes et vacuae (Gen. I, 2).
- (3) *Μεγαλὸς ὡς εταίρε κατασμιφολογεῖ πλουσίην τῆν φύσιν εἰούσαν.* (Véase la carta de Hipócrates á Damagotés. Hipp. opp. t. II, p. 918-19.) (No se trata aquí de la autenticidad de las cartas.)
- (4) Nunquid confitebitur tibi pulvis? (Ps. XXIX, 10.)
- (5) Orig., Hom. I, in Levit. n.º 3.

»sería menester nada menos que un hombre *perfecto*, ejercitado en juzgar lo bueno y lo malo, y que tuviera derecho para decir por un mero movimiento de la verdad: Predicamos la sabiduría á los Perfectos (1): aquel, de quien dijo S. Juan: *Ecce agnus Dei, qui tollit peccata mundi...* ha servido de espiacion, segun ciertas leyes misteriosas del universo, habiendo querido someterse á la muerte en virtud del amor que tiene á los hombres, y rescatarnos, un dia, con su sangre, de manos de aquel que nos habia seducido, y á quien nos habiamos rendido por el pecado (2).»

De esta redencion general que produjo el gran sacrificio, pasa Orígenes á esas redenciones particulares, que podrian llamarse *diminutas*, aunque procedan siempre del mismo principio, y dice: «Otras víctimas se aproximan á esa.... Quiero hablar de los generosos mártires que tambien dieron su sangre; mas ¿dónde está el sabio para comprender esas maravillas? Y ¿quién tiene inteligencia bastante para penetrarlas? (3) Necesario es hacer investigaciones profundas, para formarse una idea, aunque muy imperfecta, de la ley en virtud de la cual esa especie de víctimas purifican aquellos para quienes se ofrecen.... (4) Un simulacro vano de crueldad queria unirse al sér á quien se ofrecen para la salvacion de los hombres, pero una inteligencia vigorosa y elevada sabe rechazar las objeciones que se elevan contra la Providencia, sin esponer, sin embargo, los últimos secretos (5); pues tan profundos son los juicios de Dios, y tan difíciles de esplicarlos, que muchas almas débiles han hallado en esta pretension una ocasion de caída; pero, en fin, constando entre las naciones que una multitud de hombres háanse entregado voluntariamente á la muerte por la salvacion comun, por ejemplo, en el caso de epidemias pestilenciales (6), y que la eficacia de

- (1) I. Cor. II, 6.  
(2) Rom. VII, 14. — Orig. opp., tom. IV. Comment. in Evang. Joh. Tom. VI, cap. xxxii, xxxvi, p. 151, 153.  
(3) Oseas.  
(4) Los mártires administran la remision de los pecados; su martirio, á ejemplo del de Jesucristo, es un bautismo donde los pecados de muchos son espiados; y podemos en cierto modo ser rescatados por la sangre preciosa de los mártires, lo mismo que por la sangre preciosa de Jesucristo. (Bossnet, *Medit.* para el tiempo de jubileo.)  
(5) *ὡς ἀπὸ ῥηπτοτέρων ὄντων καὶ ὑπὲρ ἀνθρώπων πύσιν.* (Ibid.)  
(6) Si se recorre la escala del espíritu humano desde Orígenes hasta

»tales sacrificios la ha reconocido bajo la fé de las mismas Escrituras aquel fiel Clemente, á quien S. Pablo ha dado tan hermoso testimonio (Phil. IV, 13), es menester que el que se sienta llevado á blasfemar misterios superiores á lo que alcanza generalmente la inteligencia humana, se determine á reconocer en los mártires alguna cosa de *diferentemente semejante*....

»El que mata.... á un animal venenoso.... por cierto ha merecido bien de todos aquellos para quienes el animal hubiera podido ser nocivo, si no lo hubiese muerto.... pues creamos que sucede una cosa semejante por la muerte de los santísimos mártires... lo cual, destruye potencias malévolas...., y procura á un gran número de hombres, socorros maravillosos en virtud de cierta fuerza que no se puede nombrar (1).»

Luego, no se diferencian las dos redenciones por su naturaleza, sino meramente por su excelencia y sus resultados, segun sea el mérito y el poder de los agentes: con respecto á esto, recordaré lo que se ha dicho en *las conversaciones* relativamente á la inteligencia divina y á la inteligencia humana: no pueden diferenciarse sino del mismo modo que figuras semejantes, las cuales siempre lo son, cualesquiera que sea la diferencia de dimensiones que exista entre ellas. Contemplemos al acabar, la mas hermosa de las analogías: El hombre-reo, solo podia ser absuelto por la sangre de las victimas; luego, siendo esta sangre el lazo de la reconciliacion, habíase imaginado el error antiguo de que *los Dioses* acudian á doquier corria la sangre sobre los altares (2), á cuya creencia errónea no se negaron nuestros primeros doctores, creyendo á su vez, que *los ángeles corrian*, doquier que colara la verdadera sangre de la verdadera victima (3).

La Fontaine, se verá cuán naturales son al hombre estas ideas.

L'histoire nous apprend qu'en de tels accidents

On fait de parçils dévouements.

(*Animaux malades de la peste.*)

(1) Orig., *ubi sup.*

(2) Porphyr., *de Abst.*, lib. II, en la *Dém. évang.* de Leland, tom. I, ch. v. § 7. (S. August. *de Civil. Dei* X, n. Orig., *adv.*, Cels. lib. III.)

(3) Chrysost., *Hom. III*, in *Ep. ad Ephes.*, oral. *de Nat. Chr.*; *Hom. III*, *de Incomp. Nat. Dei*.—Perpét. de la fé, etc., in-4.°, t. I, lib. II, cap. vii, n.° 1. Todos estos doctores han hablado de la realidad del sacrificio; pero ninguno de ellos tan realmente como S. Agustin cuando dijo: que el judío convertido al cristianismo, bebía la misma sangre que habia vertido (sobre el Calvario). Aug. *Serm. LXXVII*.

Por consecuencia, de las mismas ideas sobre la naturaleza y eficacia de los sacrificios, veian tambien los antiguos algun punto misterioso en la *comunion del cuerpo y de la sangre de las victimas*; la cual, segun ellos, llevaba consigo el cumplimiento del sacrificio y el de la unidad religiosa; de suerte, que por mucho tiempo se negaron los cristianos á probar las carnes inmoladas, *temiendo comulgar* (1).

Sin embargo, aunque viciada en su aplicacion, era tan justa y profética en su raiz esa idea universal de la *comunion por la sangre*, como lo era la de que procedia: en los designios incomprensibles del amor omnipotente, entró el perpetuar hasta el fin del mundo y por medios muy superiores á los de nuestra débil inteligencia, ese mismo sacrificio que materialmente una sola vez fué ofrecido para la salvacion del género humano: habiendo la *carne* alejado al hombre del cielo, se habia revestido Dios de carne para unirse al hombre por lo que de él le separaba: mas esto aun era demasiado poco para una inmensa bondad que acometia á una inmensa degradacion; y así, esa carne divinizada y perpétuamente inmolada, se la presenta al hombre bajo la forma de su alimento privilegiado, *y el que se niegue á comer de ella no vivirá* (2): como la palabra, que en el orden material solo es una cadena de ondulaciones circulares escitadas en el aire y parecidas en todos los planos imaginables á las que apercibimos en la superficie del agua golpeada en un punto, lo mismo que esa palabra, repito, llega sin embargo en toda su integridad misteriosa, á todo oido herido absolutamente del fluido agitado, lo mismo la *esencia corporal* (3) del que se llama *palabra*, radiando desde el centro de la Omnipotencia que se halla por todas partes, entra entera en cada boca, y multiplícase al infinito sin dividirse: con mas rapidez que el relámpago, con mas velocidad que un rayo, penetra la sangre *theándrica las entrañas culpables* para borrarles las manchas (4); llega hasta los limites desconocidos de esas dos potencias irreconciliablemente unidas (5),

(1) Porque todos los que participan de una misma victima, son un mismo cuerpo. (I. Cor. X, 17.)

(2) Job. VI, 34.

(3) Σώμα ἁγίου τι. (Orig. *adv. Cels.*, lib. VIII, n.° 33, citado en la *Perpét. de la fé*, in-4.°, tom. II, lib. VII, ch. 1.)

(4) *Adhæreat visceribus meis... ut in me non remaneat scelerum macula.* (Liturgia de la misa.)

(5) *Usque ad divisionem animæ et spiritus* (Hebr. IV, 12.)

en que los saltos del corazón (1), chocando la inteligencia, la turban: si, por una verdadera afinidad divina se apodera de los elementos del hombre, y los trasforma sin destruirlos: «Tiene uno ciertamente derecho de maravillarse, cómo puede el hombre elevarse hasta Dios; pero hé aquí un prodigio mucho mayor, y es: Dios que se baja hasta el hombre! y no basta; para pertenecer de mas cerca á su criatura querida, entra en el hombre, y todo justo es un templo en que habita la divinidad (2)»: Sin duda alguna, es esto un prodigio inconcebible; pero al mismo tiempo infinitamente plausible, que satisface á la razon abrumándola; en todo el mundo espiritual, no hay mas magnífica analogía, proporcion mas exacta entre intenciones y medios, entre efectos y causas, entre males y remedios: no hay nada que demuestre de un modo mas digno de Dios, lo que siempre confesó el género humano, antes mismo que se lo hubiera uno enseñado, quiero decir, la degradacion radical, la sensibilidad de los méritos de la inocencia que paga por el reo, y la SALVACION POR LA SANGRE!

(1) *Intentiones cordis.* (Ibid.)

(2) *¿Miraris homines ad Deos ire? Deus ad homines venit; imo (quod proprius est) IN HOMINES VENIT.* (Sen., Epist. LXXIV.) *In unoquoque virorum bonorum. (QUIS DEUS INCERTUM EST) habitat Deus.* (Id., Epist. XLI.)

¡Excelente movimiento del instinto humano que busca lo que la fé posee!

INTUS CHRISTUS INEST ET INOBSERVABILE NUMEN.

(Vida, *Hymn. in Euchar.*)

QUIS DEUS CERTUM EST.

## NOTAS Y ACLARACIONES Á ESTA OBRA.

### NOTAS DE LA PRIMERA VELADA.

I. — (Página 26. La ley justa no es la que tiene efecto sobre todos, sino la que se ha establecido para todos).

*Nihil miremur eorum ad quæ nati sumus quæ ideo nulli querenda, quia paria sunt omnibus... etiam quod effugit aliquis, pati potuit. Eum autem jus est non quo omnes usi sunt, sed quod omnibus latum est.* (Senec. epistola CVII). *In eum intravimus mundum in quo his vivitur legibus: placet? pare: Non placet? eci. Indignare si quid in te iniqui proprie constitutum est... ista de quibus quereris omnibus eadem sunt; nulli dari faciliora possunt.* (Id. epist. XCI).

II. — (Página 28. ¿Per qué que es IOV-I, sino IOV-AH)?

No habria menor dificultad si la palabra estuviese escrita en caracteres hebraicos, porque si cada letra de IOVI estuviese animada con el sonido correspondiente á cada vocal, resultaria exactamente el nombre sagrado de los hebreos. Haciendo abstraccion de la palabra *Jupiter*, que es una anomalía, es cierto que la analogía de otras formaciones del nombre que se dá al Dios supremo con el de *Tetragrammeton*, tiene alguna cosa de notable.

III. — (Página 36. Opinion que fué, segun creo, la de Origenes).

En ninguna de las obras de Origenes he encontrado esta observacion; pero en el libro de los *Principios* sostiene, que si alguno tuviese lugar de buscar en la *Escritura Santa* todos los pasages donde se trata de las enfermedades que los culpables padecen, se encontraría con que estas enfermedades no son mas que tipos que figuran vicios ó suplicios espirituales. *νεπι αργων, II, 11* Lo que queda oscuro probablemente por falta del traductor latino.

El apologista citado por el interlocutor, parece ser el autor español de la obra titulada: *Triunfo del Evangelio*.

IV. — (Página 37. Y cuanto mas virtuoso es el hombre, mas al abrigo se halla de las enfermedades que tienen nombres propios).

Pero hay menos enfermedades de las que comunmente se cree, que estén caracterizadas y claramente distinguidas de toda otra; y hasta los médicos de primer orden confiesan, que apenas pueden contarse tres ó cuatro enfermedades entre todas, que tengan su signo pathognomónico, de

en que los saltos del corazón (1), chocando la inteligencia, la turban: si, por una verdadera afinidad divina se apodera de los elementos del hombre, y los trasforma sin destruirlos: «Tiene uno ciertamente derecho de maravillarse, cómo puede el hombre elevarse hasta Dios; pero hé aquí un prodigio mucho mayor, y es: Dios que se baja hasta el hombre! y no basta; para pertenecer de mas cerca á su criatura querida, entra en el hombre, y todo justo es un templo en que habita la divinidad (2)»: Sin duda alguna, es esto un prodigio inconcebible; pero al mismo tiempo infinitamente plausible, que satisface á la razón abrumándola; en todo el mundo espiritual, no hay mas magnífica analogía, proporcion mas exacta entre intenciones y medios, entre efectos y causas, entre males y remedios: no hay nada que demuestre de un modo mas digno de Dios, lo que siempre confesó el género humano, antes mismo que se lo hubiera uno enseñado, quiero decir, la degradación radical, la sensibilidad de los méritos de la inocencia que paga por el reo, y la SALVACION POR LA SANGRE!

(1) *Intentiones cordis.* (Ibid.)

(2) *¿Miraris homines ad Deos ire? Deus ad homines venit; imo (quod proprius est) IN HOMINES VENIT.* (Sen., Epist. LXXIV.) *In unoquoque virorum bonorum. (QUIS DEUS INCERTUM EST) habitat Deus.* (Id., Epist. XLI.)

¡Excelente movimiento del instinto humano que busca lo que la fé posee!

INTUS CHRISTUS INEST ET INOBSERVABILE NUMEN.

(Vida, Hymn. in Euchar.)

QUIS DEUS CERTUM EST.

## NOTAS Y ACLARACIONES Á ESTA OBRA.

### NOTAS DE LA PRIMERA VELADA.

I. — (Página 26. La ley justa no es la que tiene efecto sobre todos, sino la que se ha establecido para todos).

*Nihil miremur eorum ad quæ nati sumus quæ ideo nulli querenda, quia paria sunt omnibus... etiam quod effugit aliquis, pati potuit. Eum autem jus est non quo omnes usi sunt, sed quod omnibus latum est.* (Senec. epistola CVII). *In eum intravimus mundum in quo his vivitur legibus: placet? pare: Non placet? eci. Indignare si quid in te iniqui proprie constitutum est... ista de quibus quereris omnibus eadem sunt; nulli dari faciliora possunt.* (Id. epist. XCI).

II. — (Página 28. ¿Per qué que es IOV-I, sino IOV-AH)?

No habria menor dificultad si la palabra estuviese escrita en caracteres hebraicos, porque si cada letra de IOVI estuviese animada con el sonido correspondiente á cada vocal, resultaria exactamente el nombre sagrado de los hebreos. Haciendo abstracción de la palabra *Jupiter*, que es una anomalía, es cierto que la analogía de otras formaciones del nombre que se dá al Dios supremo con el de *Tetragrammeton*, tiene alguna cosa de notable.

III. — (Página 36. Opinión que fué, según creo, la de Orígenes).

En ninguna de las obras de Orígenes he encontrado esta observación; pero en el libro de los *Principios* sostiene, que si alguno tuviese lugar de buscar en la *Escritura Santa* todos los pasajes donde se trata de las enfermedades que los culpables padecen, se encontraría con que estas enfermedades no son mas que tipos que figuran vicios ó suplicios espirituales. *νεπι αργων, II, 11* Lo que queda oscuro probablemente por falta del traductor latino.

El apologista citado por el interlocutor, parece ser el autor español de la obra titulada: *Triunfo del Evangelio*.

IV. — (Página 37. Y cuanto mas virtuoso es el hombre, mas al abrigo se halla de las enfermedades que tienen nombres propios).

Pero hay menos enfermedades de las que comunmente se cree, que estén caracterizadas y claramente distinguidas de toda otra; y hasta los médicos de primer orden confiesan, que apenas pueden contarse tres ó cuatro enfermedades entre todas, que tengan su signo pathognomónico, de

tal modo propio y exclusivo, que sea posible distinguirlas de todas las demas (Joan. Bap. Morgagni. *De sedibus et causis morborum*. Lib. V, in epist. ad Joan. Fried. Mechel).

Podria muy bien decirse: ¿por qué precisamente tres? pues qué acaso toda esa horrible familia de vicios va á terminar en tres deseos? (S. Juan, epistola 1.ª, XI, 16).

V. — (Página 37. A quienes Dios ha favorecido con la longevidad.)

Yo creo deber colocar aquí las palabras de Bacon sacadas de su historia de la vida y de la muerte.

«Aunque la vida humana no sea mas que un conjunto de miserias, y una acumulacion continua de pecados, y aunque la aprecie en muy poco aquel que aspira á la eternidad; sin embargo, el cristiano no debe despreciarla, puesto que de él depende hacer de ella una serie de acciones virtuosas. Vemos en efecto, que el discípulo predilecto sobrevivió á todos los demás, y que un gran número de padres de la Iglesia, sobre todo entre los Santos, monjes y ermitaños, llegaron á una extrema ancianidad; de modo, que despues de la venida del Salvador, puede creerse que ha sido derogada esta bendicion de longevidad no tanto como las demas bendiciones temporales.» (Sir. Francis Bacon's Works. London, 1803, en 8.ª, tomo VIII, p. 358).

VI. — (Página 37. Ninguna enfermedad puede reconocer una causa material).

En apoyo de esta asercion puedo citaros el mas antiguo, y tal vez al mejor de los observadores. Es imposible, ha dicho Hipócrates, conocer la naturaleza de las enfermedades si no se las conoce en la indivisibilidad de que dimanan (Ἐν τῷ ἀμερεῖ κατὰ τὴν ἀρχὴν ἐξ ἧς διεκρίθη. Hippocr. Opp. Edit. Van der Linden. in 8.ª, tom. II. De virginum morbis, página 355).

Es sensible que no haya desarrollado mas estos pensamientos; pero lo encuentro perfectamente comentado en la obra de un fisiologista moderno (Barthez, *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*. Paris, 1806, 2 tomos en 8.ª), el cual reconoce espresamente, que el principio vital es un sér; que este principio es uno; que ninguna causa ó ley mecánica es admisible en la esplicacion de los fenómenos de los cuerpos vivientes; que una enfermedad no es (excepto los casos de lesiones orgánicas) mas que una afeccion del principio vital que es independiente del cuerpo, segun todas las apariencias; y que esta afeccion es determinada por la influencia, que una causa cualquiera puede ejercer sobre este mismo principio.

Los errores que manchan este libro no son mas que una ofrenda al siglo; deslucen sus grandes confesiones sin debilitarlas.

VII. — (Página 39. El sabio nos anuncia con delicada sabiduria las funestas consecuencias de las noches culpables).

*Ex iniquis somnis filii qui nascuntur, etc.* (Sap. IV, h.)

Y la sabiduria esclama en Atenas: . . . . .

Γυναικῶν λέχος πολύφρονον, ὅσα δὴ ὀροτοῖς ἔρεξας ἦδ'η κακά;

Eurip. Med. 1290, 93.

VIII. — (Página 40. Ved ahí por qué la única, la misma inteligencia

verdadera es tambien la única que sin haberlo reducido todo al hombre, se ha apoderado sin embargo del matrimonio, y lo ha sometido á santos reglamentos).

Los esposos no deben pensar sino en tener hijos, y en ofender lo menos posible á Dios (Fenelon, *obras espirituales*, en 12.ª, tom. III. *Del matrimonio*, núm. XXVI).

*Lo demás es de los humanos!*

Despues de haber citado esta ley, es preciso citar todavia un rasgo deslumbrador del mismo Fenelon. ¡Ah! dice, si los hombres hubiesen hecho la religion, la hubieran hecho de otro modo.

XI. — (Página 40. Cuando al parecer no se entregaban sino á las funciones de las leyes materiales).

Estas misteriosas ideas se han apoderado de muchas célebres inteligencias. Origenes, á quien dejaré hablar en su propia lengua por temor de adulterarle, ha dicho en su obra sobre la oracion:

Ἐν μὴ καὶ τῶν κατὰ τὸν γάμον σιώπασαι ἄξιων μυσήριον τὸ ἔργον σεμνότερον, καὶ βραδύτερον, καὶ απαθέστερον γίνεται. . .

(De Orat. Opp. tom. I, p. 198, núm. 2, in fol.)

En otra parte, hablando de la institucion mosaica, dice:

Ὅδ'ε παρὰ ἰουδαίους γυναῖκες πιπράσκουσι τὴν ὕψαν παντὶ τῷ, καὶ ἐνθρῖζει τῇ φύσει τῶν ἀνθρωπίνων σπερμάτων.

(Idem. adv. Cels. I, V).

Milton no podia formarse una idea bastante elevada de estas misteriosas leyes (Paradlort. IV, 613, VIII, 798) y el Newton que la ha comentado, advierte que Milton designa con estas palabras de misteriosas leyes, cierta cosa que no sería conveniente divulgar, que es necesario cubrirla de un religioso silencio, y respetarla como un misterio.

Pero el elegante Theosopho, que ha vivido en nuestros días, ha dicho en un tono mas elevado: «el órden permite que los padres y madres sean vírgenes en sus generaciones, con el fin de que el desórden encuentre allí su castigo. Así es como marcha tu obra, Dios supremo. . . . ! ¡Oh profundidad de los conocimientos que encierra la generacion de los séres. Φύσις τῶν ἀνθρωπίνων σπερμάτων. Quiero abandonaros sin reserva al agente supremo: es bastante que se haya dignado concedernos aquí bajo una imágen inferior de las leyes de su emanacion. Virtuosos esposos! Miraos como ángeles en el destierro, etc.»

(Saint-Martin. *Hombre de deseo*, en 8.ª, §. 81).

X. — (Página 41. Que el abominable imperio del mal fisico puede ser reducido por la virtud á unos límites que es tambien imposible fijar).

Creáenos pues de todo corazon con el excelente filósofo hebreo, que á la sabiduria de Atenas y de Memphis unió la de Jerusalem, que la justa pena del que ofende á su Criador es la de ponerle bajo la mano del médico (Eccle. XXXVIII, 15). Escuchémosle con religiosa atencion cuando esclama: Los mismos médicos rogarán al Señor á fin de que les conceda un acierto feliz en el alivio y curacion del enfermo para conservar la vida (Ibid. 14). Observamos que la ley divina que todo lo ha hecho para el espiritu, tiene sin embargo un sacramento, es decir, un medio espiritual establecido directamente para la curacion de las enfermedades corporales;

de modo, que el efecto espiritual está puesto en esta circunstancia en segundo lugar (Jac. V., 14, 15). Concibamos si podemos, la fuerza operativa de la oracion del justo (Jac. V, 16), sobre todo de esa oracion apostólica, que por una especie de encanto divino, suspende los dolores mas violentos y hace olvidar la muerte. Lo he visto muchas veces en quien la hace con fe (Bossuet, Oracion fúnebre de la duquesa d' Orleans).

Y nosotros comprendemos sin trabajo la opinion de aquellos que están persuadidos de que la primera cualidad de un médico es la piedad. En cuanto á mí, declaro que prefiero infinitamente á un médico impío, el salteador y asesino de un camino público, porque al menos contra este puede uno defenderse, además de que no deja de ser castigado alguna vez de tiempo en tiempo.

#### NOTAS DE LA SEGUNDA VELADA.

I. — (Página 45. Juan Jacobo Rousseau, uno de los sofistas de su siglo, y sin embargo, el mas destituido de verdadera ciencia, de sagacidad, y sobre todo, de profundidad, con una profundidad aparente que está toda en las palabras).

No debe concedérsele el mérito del estilo sin restriccion; es necesario notar que escribe muy mal la lengua filosófica, que nada define, que emplea mal los términos abstractos, que los toma ya en sentido poético, ya en sentido familiar. En cuanto á su mérito intrínseco, La-Harpe ha dicho: *Todo, hasta la verdad engaña en sus escritos.*

II. — (Página 46. En efecto, toda degradacion individual ó nacional queda sobre la marcha manifestada por una degradacion rigorosamente proporcional en el lenguaje).

*Ubiunque videris orationem corruptam placere, ibi mores quoque á recto descivisse non est dubium* (Senec. Epis. mor. CXIV). Puede volverse este pensamiento y decirse con tanta verdad: *Ubiunque mores á recto descivisse videris, ibi quoque orationem corruptam placere non est dubium.* El siglo que acaba de finar ha dado en Francia una triste prueba de esta verdad. Sin embargo, muy buenas inteligencias han visto el mal y se han impuesto un riguroso silencio; todavía no se sabe lo que sucederá. *El estilo amparado,* como se le llamaba en otro tiempo, se apoya en la misma teoría. Por uno de esos falsos descubrimientos que no cesan de introducirse en el dominio de las ciencias, se ha considerado á este estilo en contacto con las naciones extranjeras; y ved de qué modo el espíritu humano pierde su tiempo gozándose sobre esterioridades engañosas, que se entretiene neciamente en sondear, en vez de desecharlas para llegar á la verdad. Jamás el protestantismo francés perseguido, libertado ó protegido, ha producido ni producirá en francés ningun monumento capaz de honrar la lengua y la nacion. Nada puede desmentirme en este momento. *Macte animo!*

III. — (Página 49. No dice Platon, que debemos atender mas al generador que al engendrado? y en otro punto no ha añadido que el Señor Dios de los Dioses, viendo que los seres? etc.)

En general estas citas son justas. Pueden comprobarse en la obra de Timeo de Locres, impresa con las obras de Platon (Edit. Bip., tom. X, pá-

gina 26; véase tambien el Timeo de Platon, *ibid.*, pág. 426, y el Critias, *ibid.*, p. 65-66) He observado que en Critias Platon no dice, *el don inestimable*, sino las mas bellas cosas entre las mas preciosas: *Τα κάλλιστα ἀπὸ τῶν τιμωτάτων ἀπὸλλύστες.* (*Ibid.*, in fin). El abate Le Batteux, en su traduccion de Timeo de Locres, y el abate Feller (Dic. hist., art. Timeo. Catecismo Filosófico, tom. III, núm. 465), hacen hablar á este filósofo de una manera mas esplicita; pero como la segunda parte del pasaje citado queda oscura, y que Marcelo Ficino me parece haber puramente congeturado, imito la reserva del interlocutor, que se ha atendido á lo que hay en él de cierto.

IV. — (Página 50. Añade, que el hombre llevado así por sentimientos contrarios, no puede obrar bien y vivir dichoso sin reducir á esclavitud, etc.)

Todas estas ideas se encuentran con efecto en el Phedro de Platon. (Opp. tom. X, p. 286 y 341.) Este diálogo singular se asemeja mucho al hombre. Las verdades mas respetables, están en él muy mal acompañadas y Tiphon se manifiesta en ellas demasiado inmediato á Osiris.

V. — (Página 51. Todo el género humano proviene de una sola pareja. Se ha negado esta verdad como todas las demás).

Newton, á quien con justo título puede llamarse, para servirme de una espresion de Dante, MASTRO DI COLOR CHERANNO, ha decidido, que no es permitido en filosofía admitir el *mas* cuando el menos basta á la explicacion de los fenómenos, y que siendo suficiente una sola pareja para explicar la poblacion del universo, no hay derecho de suponer muchas. Linneo que no ha tenido rival en la ciencia que ha cultivado, sienta como un axioma, que *todo ser viviente que tiene un sexo, viene de una pareja creada por Dios en el origen de las cosas*; y el caballero W. Jones, que tanto habia meditado sobre las lenguas y las diferentes familias humanas, declara que acepta esta doctrina *sin titubear* (Asiat. Research. en 4.<sup>o</sup>, tom. III, pág. 470). Voltaire, fundado sobre su miserable razon de la diversidad de las especies, ha sostenido con empeño la opinion contraria, y sería escusable (no teniendo mala intencion), al ver que hablaba de lo que no entendia. Mas ¿qué diré de un fisiologista citado anteriormente en la nota VI, el cual despues de haber reconocido espresamente la omnipotencia del principio interior en la economía moral, y su accion alterada luego que él mismo es viciado de cualquiera manera, adopta igualmente el grosero razonamiento de Voltaire, y trae en apoyo de su opinion la estatura de un Patagon, el pelo de un negro, la nariz de un cosaco, etc. etc., para decirnos con gravedad que *segun la opinion mas verosimil, la NATURALEZA (¿quién es pues esta mujer?), ha sido determinada por leyes primordiales, cuyas causas son desconocidas, á CREAR diversas razas de hombres?*

Ved de qué modo un hombre, tan hábil por otra parte, puede encontrarse al fin conducido por el fanatismo anti-mosáico de su siglo á ignorar lo que sabe y á negar lo que afirma.

VI. — (Página 52. Ved la sabia antigüedad sobre las narraciones de los primeros hombres; ella os dirá que fueron hombres maravillosos etc.)

*Antiquitas proxime accedit ad deos* (Cicero, de Leg. II, 11), *non tamen negaverim fuisse primos homines alti spiritus visos; et ut dicam, á diis recentis: neque enim dubium est quin meliora mundus nondum effatus ediderit.*

(Sen. Epist. XC). Orígenes decía con mucha oportunidad á Celso: «Habiendo la Providencia criado el mundo, es absolutamente preciso que el hombre haya sido puesto desde el principio bajo la tutela de ciertos seres superiores, y que desde entonces Dios se manifestase ya á los hombres. «Esto mismo atestigua también la Santa Escritura, etc. (Gen. XVIII). «Convenía en efecto que en la infancia del mundo, la especie humana recibiera socorros extraordinarios, hasta que la invención de las artes la pusiese en estado de defenderse por sí misma, sin tener necesidad de intervención divina, etc.» Orígenes condena á la poesía profana como una aliada de la razón y de la revelación; y cita á Hesiodo, cuyo pasaje tan conocido, está perfectamente parafraseado por Milton (Paraiso perdido IX, 2, etc.) Véase Orig. contra Celso IV, cap. 28. Opp. Edit. Rucci, tom. I, p. 199, 562.

VII. — (Página 53. Pitágoras, viajando por Egipto, seis siglos antes de nuestra era, aprendió la causa de todos los fenómenos de Venus).

*Veneris stellæ Pythagoras deprehendit.* Olympiad. XLII *quæ fuit annus urbis CXLII.* Plin. Hist. nat., lib. II, cap. 8, tom. I, p. 150. Edit. Hard. in 4.º Macrob. Saturn., l. XII. Maurice's history of Indostan, in 4.º, tom. I, p. 167.

VIII. — (Página 53. No he podido menos de sospechar que los Egipcios conocían la verdadera forma de las órbitas planetarias).

*Εἴτα σὺ δέδιπας, κ. τ. λ.* Sept. Sap. conv. Edit. Steph. in-fol., tom. II, página 149. Amyot ha traducido: «Los Egipcios decían que los astros, al hacer sus revoluciones ordinarias, están unas veces mas altos y otras mas bajos, y que según están bajos ó altos, así llegan á ser peores ó mejores que anteriormente lo han sido, etc.» (*Banq. de los siete sabios*, cap. XI).

IX. — (Página 53. Juliano, en uno de sus desabridos discursos, no sé cuál, llama al sol *el Dios de los siete rayos*).

En el quinto discurso es donde emplea esta notable espresion; y en efecto hace honor á los Caldeos. Es cierto que Petan á la márgen de su edicion (en 4.º, p. 323) cita un manuscrito que lleva *ἑπταῖρα* en lugar de *ἑπτακτινα*; pero la primera leccion es evidentemente de un copista, que no comprendiendo nada de los *siete rayos*, debió aplaudirse mucho por haber ideado esta correccion, que solamente prueba cuanto debe evitarse el corregir los manuscritos sin contar con el apoyo de otra autoridad escrita.

X. — (Página 53. En el libro de los indios se lee; que siete jóvenes doncellas, habiéndose reunido para celebrar la venida de Crischna, etc.).

Esto no es precisamente así. La fábula indiana no dice que estas vírgenes fuesen en número de siete; pero en el monumento que representa la fábula, y del que se ha enviado una copia á Europa, se ven en efecto siete jóvenes. (*Maurice's hist. of Ind.*, tom. I, p. 108); lo que sin embargo conduce á lo mismo, tanto mas, cuanto que los brahamas sostienen espresamente que el sol tiene siete rayos primitivos (*Sir William Jones's works. suplem.* in 4.º, tom. II, p. 116). (Nota del Editor).

Pindaro ha dicho (*Olymp.* VII, 131, 135. Edit. Heinii. Gotting., 1798, in 8.º, tom. I, p. 98) «que despues que los dioses se hubieron dividido la tierra, y que el Sol, olvidado en la particion, retuvo para sí la isla de Rhodas que acababa de salir del seno del mar; tuvo de la ninfa que dió su nombre á la isla *siete hijos de una inteligencia maravillosa*;» puede ver-

se además en la grande obra de P. de Montfaucon, que todas las figuras que representan á Apolo ó al Sol, tienen la cabeza adornada de siete rayos luminosos, ó de una diadema de siete puntas; así es, que ya de un modo, ya de otro, constantemente se vé el número *siete* unido al Sol, y esto me ha parecido siempre notable (*Antiq. expls.*, Paris, 1722, in fol., tom. III, cap. IV, pág. 119 y sig.)

XI. — (Página 53. Añadid que el verdadero sistema del mundo fué perfectamente conocido desde la mas remota antigüedad).

Pueden verse sobre este punto los numerosos testimonios de la antigüedad, recopilados en el bello prefacio que Copernico ha escrito á la cabeza de su famoso libro *De Orb. cal. Revol.*, dedicado al papa Pablo III, gran protector de las ciencias, y sobre todo de la astronomía. Puede observarse á propósito de este libro, que los soberanos pontífices han favorecido eficazmente el descubrimiento del verdadero sistema del mundo, por la proteccion que en diferentes épocas han dispensado á los defensores de este sistema. Es inútil hablar de la aventura de Galileo, cuyos despropósitos únicamente deja de saberlos la ignorancia (Véanse las memorias leídas en la academia de Mantua por el abate Tiraboschi. *Storia della letterat. Ital.*, Venecia, 1796, en 8.º, tom. VIII, p. 313 y sig.)

XII. — (Página 54. Es permitido á las gentes que lo creen, excepto la Biblia, citarnos las observaciones chinescas de hace cuatro ó cinco mil años, sobre una tierra que no existía, etc.)

Séneca ha dicho: *Philosophi credula gens.* (Quæst. nat. V, 26). Ah! es decir, que únicamente serán crédulos aquellos que crean lo que ellos quieran? No faltan ejemplos: estos son notables. ¿No los hemos visto durante medio siglo demostrarnos la imposibilidad física del diluvio por falta del agua necesaria para la grande sumersion? Pero desde el momento que para formar las montañas por vía de precipitacion, tuvieron necesidad de mas agua de la que supone el diluvio, no titubearon en cubrir el globo hasta sobre las cordilleras mas altas. Decid que los gigantescos peñascos que forman ciertos monumentos del Perú, podrian muy bien ser piedras facticias, y en seguida encontrareis uno de esos señores que os dirá: *no veo en ello nada que no sea muy probable* (*Cartas americanas*, tom. I, carta VI, p. 93; *nota del traductor*). Enseñadles la piedra de Siberia, que está en la Academia de ciencias de S. Petersburgo, y que pesa 2,000. *Ese es un aerolito*, dirán; *ha caido de las nubes y se ha formado en un abrir y cerrar de ojos*. Pero si se trata de capas terrestres, ya es otra cosa. Un perubiano puede muy bien hacer de repente un granito, como se forma muchas veces en el aire; pero para la roca calcarea, Dios no empleará menos de sesenta mil años.

XIII. — (Página 54. Todo esto no merece la pena de discutirse: dejémosles decir).

Bailli habia demostrado que las famosas tablas de Trivalore remontaban hasta la época tan célebre en la India de *Carli-Yug*, es decir, lo menos dos mil años antes de nuestra era. Pero no vé que esas tablas se hubiesen encontrado escritas, y aun por fortuna fechadas hacia fines del siglo XIII. (*De la antigüedad de Surya-Sidhanta*, por M. Bentley en las indagaciones asiáticas, en 4.º, tom. VI, p. 538). ¡Qué desgracia para la ciencia, si los franceses hubiesen dominado en la India durante la fiebre irreligiosa que

ha trabajado á este gran pueblo, y que todavía no parece debilitarse si no por haber debilitado al enfermo! Esas detestables cartas del último siglo se hubieran coaligado con los brahmas para ahogar la verdad y nadie sabe lo que hubiera sucedido en la actualidad. La Europa debe infinitas gracias á la sociedad inglesa de Calcutta, cuyos honrosos trabajos han quebrado esa arma en la mano de los mal intencionados.

XIV. — (Página 53. Sin embargo, aunque nada haya pedido nunca á nadie y no se le conozca algun apoyo humano, no está menos probado que posee los mas raros conocimientos).

La célebre obra de M. Bryant, *A new System, or an analysis of ancient mythology*, etc. London, 1776, en 4.º, 3 vol., puede considerarse como un comentario de esta proposición. Un libro de este género contiene necesariamente una parte hipotética; pero el conjunto de la obra, es principalmente el tercer volumen, me parecen presentar una verdadera demostración de la ciencia primitiva, y aun de los poderosos medios físicos que fueron puestos á disposición de los hombres; pues que sus obras materiales sobrepujan á las fuerzas humanas, *qualia nunc hominum producit corpora tellus*. Caylo ha desafiado á la Europa entera con toda su mecánica á construir una pirámide como las de Egipto. (Investigaciones de la antigüedad, etc., en 4.º tom. V, pref.)

XV. — (Página 56. Voltaire, y es cuanto puede decirse, no ha confesado que la divisa de todas las naciones ha sido siempre: QUE LA EDAD DE ORO FUE LA PRIMERA QUE SE MANIFESTÓ SOBRE LA TIERRA?)

En efecto, en el ensayo sobre las costumbres, etc.; *aurea prima sata est atas*. Cap. IV. Obras de Volt., en 8.º, 1758, tom. XVI, pág. 289. Es ciertamente muy notable que las mismas tradiciones se hayan encontrado en América. *El reino de Quetzalcoatl, era la edad de oro de los pueblos Anahuac: entonces todos los animales y los hombres vivian en paz, la tierra producía sin cultivo sus mas ricos frutos... pero este reinado... y la felicidad del mundo, fueron de corta duracion, etc.* (Vistas de las cordilleras y monumentos de América, por M. Humboldt, tom. I, en 8.º, Plancha VII, pág. 3.)

XVI. — (Página 60. No estoy menos admirado del nombre de *Cosmos* dado al mundo.)

Véase Eustathe sobre el v. 16 del lib. 1.º de la Iliada. Por lo demás siempre pretendo contestar á la observación general que se encuentra en las lenguas antiguas, en épocas de una barbarie mas ó menos profunda, palabras que suponen conocimientos estraños á esta época, confieso, sin embargo, que la palabra *cosmos* no me parece citada con oportunidad en apoyo de esta proposición, pues que es evidentemente nueva en el sentido de mundo. Homero no la emplea jamás en su acepción primitiva de orden de decencia, de ornamento, etc. Iliada II, 214, V. 759; V. 111, 12; X, 472; XI, 48; XII, 40; XXIV, 622, etc. Odyss. VIII, 179, 364, 489, 492; XIV, 363, etc. Hesiodo apenas hace uso de esta palabra (aun en el sentido de ornamento) ni de ninguna de sus derivadas tan numerosas y tan elegantes. Es muy singular que la palabra *cosmos*, se encuentre una sola vez en la Theogonia. V, 588; y *cosmo*, *ibid.* V, 372. Pindaro emplea casi siempre la palabra *cosmos* en el sentido de ornamento, alguna vez en la de conveniencia, jamás en la de mundo. Euripides jamás se sirve de ella,

en este último sentido, lo que no deja de ser sorprendente. Se la encuentra en verdad segun el mismo sentido en los himnos atribuidos á Orfeo. (*A la tierra*, V, 4; *al sol*, V, 16, etc.) Lo cual no es sino una prueba mas de que estos signos han sido inventados ó interpolados en una época muy posterior á aquella á que se atribuyen.

XVII. — (Página 61. Como es que los antiguos latinos, cuando no conocían mas que la guerra y la labranza, imaginaron espresar por la misma palabra, la idea de la oración y del suplicio?)

Salustio, amigo de usar voces anticuadas, ha dicho: *Itaque senatus, obee feliciter actis diis immortalibus supplicia decernere*. (De bello Jugurt, L. V.) Y cerca de un siglo mas tarde, Apuleo, imitando el mismo gusto decia: *plena armatis et supplicis*. (Metam. XI.) y en otra parte *supplicatio, supplicari*, etc., etc., vienen de esta palabra, y la misma analogía tiene lugar en nuestra lengua, donde se encuentra *supplico et supplicatione, supplicar y castigar*.

XVIII. — (Página 61. Quién les enseña á llamar á la fiebre *purificatrix* ó *espiatriz*?)

En efecto, parece que no hoy la menor duda sobre la etimología de *Febris*, que evidentemente pertenece á la antigua palabra *februare*, de donde se deriva *februarius*, el mes de las espriaciones. En lugar de estas singulares palabras, yo he colocado la de *Rhumb*, que desde largo tiempo pertenece á muchas lenguas marítimas de Europa. *Rhumbos*, en griego, significando en general *rotacion*, y *rhumbon* una *circumbalacion en espiral*, no podria verse sin ser un *Mathanasio* en la palabra *rhumb*, un conocimiento antiguo de la loxodromía?

XIX. — (Página 61. Y quién sabe si Homero no testificaba la misma verdad, sin saberlo quizá, cuando nos habla de ciertas cosas, que los dioses nombran de una manera, y los hombres de otra?)

Puede observarse á propósito de esta espresion, que jamás se la encuentra en la Odysea, y esta observación puede añadirse á las que permiten conjeturar, que los dos poemas de la Iliada y de la Odysea, no son de la misma mano; por que el autor de la Iliada es muy constante en los nombres, pronombres, epitetos, rodeos, etc.)

XX. — (Página 61. Recuerdo que Platon ha hecho observar ese talento de los pueblos en su infancia.)

Dice en efecto, que todo hombre inteligente es deudor de grandes alabanzas á la antigüedad por el infinito número de palabras felices y naturales que ha impuesto á las cosas. *Ἔστιν καὶ κατὰ φύσιν κείμενα*, De ley. XII. Opp. tom. VIII, pág. 379.

Seneca admira tambien ese talento de la antigüedad para designar los objetos *eficacissimis notis*. (Sen. epist. mor. LXXXI.) El mismo es admirable en esta espresion que es absolutamente *eficaz*, para hacernos comprender lo que quiere decir.

Platon, no ateniéndose á reconocer ese talento de la antigüedad, saca una incontestable consecuencia: *En cuanto á mí, dice, considera como una verdad evidente, que las palabras no han podido imponerse primitivamente á las cosas, mas que por un poder superior al hombre; y DE AHI VIENE EL QUE* ELLAS SEAN TAN JUSTAS. — *Ὀμῶς μὲν ἐγὼ τοῦ ἀλέξιστατου λόγου περὶ τούτων εἶμι ἢ ἀνθρώπων τὴν θεῶν τὰ πρῶτα τὰ εἴδη τὰς πράξεων.*



ἄΝΤΕ ΑΝΑΚΤΑΙΟΝ ΕΙΝΑΙ ΑΥΤΑ ΟΡΘΩΣ ΕΧΕΙΝ. Plat. in Crat. Opp., tom. II. Edit. Bip., pág. 343.

XXI. — (Página 62. Ved como observaron antiguamente sobre las dos palabras latinas *duo et ire*, de las que hicieron *duire*, etc.)

Charron ha dicho tambien: *aquel que yo quiera duire é instruir*, etc. (De la sabiduria, lib. II., cap. V. núm. 13.) Esta palabra nació en una época de nuestra lengua, en la que el sentido de estas dos palabras *duo et ire*, era generalmente conocido. Cuando la idea de la simultaneidad se borró de los entendimientos, la accion *onomaturge*, añadiéndola la partícula destinada en francés á espresar esta idea, es decir, el *cum* de los latinos dirá *conducir*. Cuando decimos en estilo familiar *cela ne me va pas*, el sentido primitivo subsiste siempre; porque es como si dijéramos. *Cela ne peut aller avec moi, m'accompagner, subsister á cote de moi*: en un sentido semejante decimos tambien: *Cela ne vous va pas*.

XXII. — (Página 62. El pronombre personal *se*, del adverbio relativo de lugar *hors*, y de una terminacion *tir*, han hecho *sort-tir*, es decir, *sehorstir*, ó poner su propia persona fuera del sitio donde estaba.)

Roubaud, en un discurso preliminar del nuevo diccionario de sinónimos franceses, vé en *sort-tir hors et ire*. No comprendió esta palabra, porque despreció las consonantes, en las cuales el verdadero etimologista debe fijar una atención casi esclusiva. Las vocales representan los tubos de un órgano; es el poder animal que no puede mas que gritar; pero las consonantes son las teclas, es decir, el signo de la inteligencia que articula el grito.

XXIII. — (Página 62. *COURAGE*, formada de *cor* y *rage*, es decir, *rabia del corazon*).

Decía en mi *COURAGE*: *si el rey marchase, etc.* (Joinville, coleccion de memorias, etc., tom. II. Esta frase es absolutamente griega: ἔγω δὲ ἐν τῷ θυμῷ μὲν λέλον, etc.)

A mediados del siglo XVI, esta palabra de *COURAGE* conservaba todavía su significacion primitiva. *La voluntad de Dios omnipotente le cambió el courage.* (Véase el salvoconducto dado por el Sultan á un súbdito del rey cristianísimo, con motivo del libro titulado *Prontuario de los Concilios*, etc. Lyon, de Thournes, 1546, en 16°, p. 208). De *cor* se ha formado *cœur*, en virtud de la misma analogía que de *bos* se ha formado *bœuf*, de *flos fleur*, de *cos queux*, de *volum*, *vœu*, de *ovum œuf*, de *nodus*, *nœud*, etc.

XXIV. — (Página 62. Haced conmigo anatomía de la palabra *INCONTESTABLE*, y encontrareis en ella la negacion *in*, el signo del medio y de la simultaneidad *cum*, la raiz antigua *test*, comun si no me engaño, á los latinos y á los celtas.

De ahí la palabra *testis* en latin: la de *remoin* (Antiguamente *tesmoing*), en nuestra lengua, *test* en inglés, juramento del *testigo*, etc.)

XXV. — (Página 63. Y el signo de la capacidad *able*, del latin *HABILIS*, si el uno y el otro no vienen de una raiz comun y anterior).

*Capit habile capable*: *cabeza poderosa que posee una gran capacidad.* Habiéndose perdido el primer origen, hemos atribuido á la palabra *capable* el sentido único de la segunda, *habile*. Los ingleses han conservado este puro y simple, *CAPABLE mant* (un hombre capaz).

XXVI. — (Página 63. Admirad la metafísica sutil que del *quare* latino, *paree detorto*, ha hecho el *car* francés).

*Quare* ha hecho *car*, lo mismo que *quasi* ha hecho *casi*; *quartus*, *cart*; *querela*, *kerelle*; *quicumque*, *kiconque*: *quamquam*, *cáncan* (palabra célebre), y tantos otros que han conservado ó desechado la ortografía latina. *Car* la ha conservado bastante tiempo; *car* se lee en una ordenanza de Felipe el Largo, de 28 de octubre de 1318; *quar se nos souffrions*, etc; memoria de Joinville en la coleccion de mem., en 8.°, pref. p. 88. Y á principios del siglo XVI, un poeta decía:

QUAR MON MARI EST, JE VOS DI  
Bon mire, ye le vos affi.

(Versos citados en las advertencias de Lebret, sobre el Médico por fuerza de Moliere).

XXVII. — (Página 63. Y que ha sabido tomar de *unus* la partícula *on*, que desempeña tan gran papel en nuestra lengua) (la francesa).

La espresion numérica *un*, convertida en pronombre indefinido para espresar la unidad separada de un género cualquiera, es tan necesaria ó tan natural, que los latinos á veces la emplean casi sin apercibirse, contra el genio y las reglas mas ciertas de su lengua. Muchas veces se ha citado el pasaje de Terencio, *forte unam vidi adolescentulam*. Podrían citarse otros. *Corn. Nep. in Annib. XII, Cic., de Nat., deorum II, 7; Ad Fam. XV, 16 Phil. II, 3; Tac. Ann. II, 30, etc.* Siendo el pronombre indefinido uno de los principales elementos primordiales de la lengua francesa, nuestros padres, empleando una elipsis muy natural y muy cómoda, lo separaron del sustantivo hombre, repitiéndolo siempre que se trataba de espresar lo que el hombre en abstracto había dicho ó hecho, y decían *un a dit, é est un qui passe*; como se dice en nuestros dias en algunos dialectos vecinos de la Francia. La Fontaine ha dicho tambien:

Vous rappelez en moi la sonvenance  
D'un qui s'est vu mon unique souci.

Pero bien pronto el *un* se cambió en analogia general que ha cambiado la *u*, inicial latina en o francesa, *onde*, *ombre*, *once*, *onction*, *onguent*, etc., en lugar de *unda*, *umbra*, etc. Esta analogia es tan fuerte, que muchas veces nos hace pronunciar la *o* en las palabras mismas donde la ortografía ha retenido la *u*, como en *nuncupatif*, *fungus*, *duumvir*, *triumvir*, *nundinalis*, etc., que pronunciamos *noncupatis*, *fongus*, etc. De ahí viene la pronunciacion latina de los franceses que tanto divierte á los italianos, *bonom*, *malom*, *Dominus roviscom*, etc. Soy pues, desde luego de la opinion del interlocutor sobre el origen de nuestras partículas *car* y *on*. Los habitantes de Port-Royal han pretendido, sin embargo, que nuestro *car* viene del griego *car* (καρ) y que *on* viene de *homme*; pero me parece que en ambos casos ha faltado la estos señores la gracia de la etimología. Dios es el maestro. (Véase la gramática general cap. XIX.)

XXVIII. — (Página 64. *Suproug* (esposo) que significa exactamente aquel que está unido con otro, bajo el mismo yugo).

¿Quién no se admirará de la analogia perfecta de esta palabra con el *conjug* de los latinos; analogia puramente intelectual, pues que nada tiene de comun con los sentidos? Además la palabra *conjug* es un sincope de *conjugatus*, la *c* y la *s* están comprendidas en la *x*.

La fraternidad del latin y del esclavon, supone absolutamente un origen comun y una cosa conocida.

Recomiendo sobre todo á la atencion de los filólogos los nombres de número que son capitales en esta clase de investigaciones.

XXIX. — (Página 64. Lo que quita toda idea de ser prestadas).

Sé que existia la indicada coleccion; pero no sé si todavía existirá, en cuyo caso espero obtenerla. Trataré de suplir hasta cierto punto la falta de la referida coleccion con algunos ejemplos notables que yo mismo he apuntado con respecto al francés.

Ανακεφαλαίωσις, *récapitulation*. Συγκαταθασις, *condescendance*. Διάσυρμός, *persiflage*. Διασύρειν, *persifler*. Επαρισερότης, *gaucherie*. Δήμου άνδρα, *comme du peuple* (Homère, *Iliade*, II, 198). Μακρά φίλη, *grande amie* (Théocr. II, 42). Κάλαμας αὐλόν, *flute de canne* (id. *ibid.*). Εορτην ποιείν, *faire une fete*. ὀρθάσαι ὑμῶν (Pind. *Olymp.* III, 5.) *dresser un contrat, un plan, etc.* Μυσίαν χάριν, *mille graces*. (Eurip. *Alc.*, 554.) Ἐπάμφω καθεύδειν, *dormir sur les deux oreilles*. Ὅσρα ἰατρῆς μελέων (Hom., *Iliade*, IV, 205), *ver un malade* (hablando de un médico). Λίματος εἰς ἀγατοῖο (Id. *Odyss.*, IV, 611), *vous etes d'un bon sang*. οὐκίας μέλαγης ἦν, (Plat. in *Men.* Edit. Bip. *Rom.*, pag. 378), *il était d'une grande maison*. Θάττον ἢ βάδην (Xén., *hist. Græc.*, V, 4, 53), *plus vite que le pas*. Ἦν ἀττοῖς εἰδέναι (Démot., *De falsâ lege*, 20), *c'était à eux de savoir*. Ποῖ σὸν πῶδα κικλεις (Eurip., *Orest.*, 613), *ou tournez-vous vos pas, etc., etc., etc.*

De misère y de malheur hemos sacado miserable y malheureux, que pertenece igualmente á la miseria y el vicio, la una conduce frecuentemente al otro: los griegos procedieron del mismo modo con sus dos palabras Πόνος y Μυγός.

Pero todas las analogías desaparecen ante la de Νῶστιμος (*nostimos*) y de *revenant*. Como nada hay tan dulce como el regreso de una persona querida y largo tiempo esperada por nosotros, y recíprocamente, nada tan dulce para la *recien venida*, sobre todo para el guerrero que vuelve sano y salvo á su patria y á su familia (Νῶστιμον ἡμαρ), los griegos espresaron con la misma palabra el *placer* y la *vuelta*; y los franceses han adoptado la misma idea. Se dice hombre *avenant*; mujer *avenante*; figura, *fisonomía revenante*. Este hombre me *REVIENT*: es decir me es tan agradable como un amigo *recien venido*.

XXX. — (Página 65. Para salvar estas originalidades chocantes).

Tales son por ejemplo las palabras Εὐμαρία (*Eumaria*). Νοῖ ἀφ' οὐραίου. — Theocrito, *id.* VI, 26. Eusth. *ad* (Iliade, I, 113).

Τὰ μόρια, ἐκτέμνειν (ἵππων) Δρομάς, etc., etc.

Es muy esencial observar sobre estas palabras y las precedentes, que tan maravillosa coincidencia de ideas no nos ha sido transmitida por intermediarios latinos, aun cuando hubiésemos tomado de ellos las palabras que representan las ideas. Hemos recibido de los latinos por ejemplo, la palabra *advenant* (*adveniens*); pero jamás los latinos han empleado esta palabra para espresar lo que es *agradable*. Para esta palabra como para tantas otras no ha habido entre nosotros y los griegos ningun lazo, ninguna comunicacion visible. Qué manantial de meditaciones, *his quibus datum est!*

XXXI. — (Página 66. Desde el juramento de Luis el Germánico en 842). Este juramento que pasa por el mas antiguo monumento de nuestra lengua, ha sido impreso muchas veces, y se encuentra al principio de uno de los volúmenes del *Mundo primitivo* de Court. de Gebelin; en el diccionario romano, wallon, céltico, tudesco, etc., en 8.º, 1777; en el diario histórico y literario, julio 1777, p. 324, etc. El completo perfeccionamiento de esta lengua está fijado en el *Mentor* de Corneille y en las *Cartas provinciales*.

Esta última obra sobre todo, es gramaticalmente intachable: no se encuentra en ella ni la sombra de esa especie de escoria que fluctua sobre las mejores obras de Corneille.

XXXII. — (Página 66. Y por eso con mucha razon le han llamado los Hebreos ALMA PARLANTE).

HHAIM-DABER. Es el hombre articulador de Homero. El grave Voltaire nos dice: «El hombre siempre ha sido lo que es. No quiere decir esto que siempre haya tenido hermosas ciudades, cañones de veinticuatro, óperas-cómicas y conventos de religiosos. Pero... existiendo siempre el fundamento de la sociedad, ha habido siempre alguna sociedad... No vemos que todos los animales lo mismo que los demás seres ejecutan invariablemente la ley que la naturaleza les ha dado? Los pájaros hacen su nido lo mismo que los astros siguen su curso en virtud de un principio que no cambia jamás. Cómo ha de cambiar el hombre? etc., etc...» Pero en la página siguiente no se afana menos por investigar en virtud de qué ley, por qué secretos lazos, por qué instinto el hombre habrá vivido SIEMPRE en familia sin haber formado todavía una lengua. (Introduc. al Ensayo sobre la Hist. univ., en 8.º, 1785. Obra. Tom. VI, p. 31, 32, 33).

Romani tollant equites peditesque cachinnum.

XXXIII. — (Página 69. Los primeros siempre que no hagan uso sino con una excesiva reserva, nunca en los trozos de inspiracion, y solamente por los sustantivos y adjetivos).

Y tambien siempre que no usen de este derecho sino con mucha sobriedad y con una marcada timidez. Quisiera me fuese permitido emplear el término DEMAGOGO (Bossuet, *Hist. des Var.* V, 18). SAGACIDAD, si me atrevo á emplear este término. (Bourdalous, *serm. sobre la observ. de la ley*, 2.ª parte.) Espiritu LUMINOSO, como dicen nuestros amigos de Port-Royal). Madam. de Sévigné, 27 de setiembre de 1671. — El BRILLO de los pensamientos (Nicolé, citado por la misma, 4 de noviembre del mismo año). Subraya HABLADURIA y AMABILIDAD (prueba que no habia *amabilidad*), 7 de octubre de 1676). EFERVESCENCIA: ¿qué has dicho, hija mia? es una palabra que jamás habia oido. (Madam. de Sévigné, 2 de agosto de 1689). — OBSCENIDAD: ¿qué decís, señora? (Moliere, *crit. de la Escuela de las mujeres*).

En general, los grandes escritores temen el neologismo; un sentimiento secreto les advierte que no es permitido entrelinear la escritura de nuestros superiores.

XXXIV. — (Página 70. Siempre es la misma, mientras que el pueblo es el mismo.)

Es muy notable, que al paso que una lengua varia, aproximándose gradualmente al punto de perfeccion que le corresponde, los caracteres que la distinguen varían en la misma proporción, y no se fijan sino despues que aquella se ha fijado. En todas partes donde los verdaderos principios

de la lengua han sido alterados, se percibirá también cierta alteración en la escritura. Todo proviene, de que cada nación *escribe su palabra*. Hay una grande excepción en el interior del Asia, donde los chinos, por el contrario, parece que *hablan su escritura*; pero no dudo que allí, la menor alteración en el sistema de la escritura, producirá súbitamente otra alteración en el lenguaje. Estas consideraciones acaban de borrar hasta la menor idea de razonamiento anterior ó arbitrario en las lenguas. Despues de haber visto la verdad, se palpa. Por lo demás, y puesto que se trata de escritura, soy de la misma opinión de Plinio, que dice: *apparet aeternum litterarum usum*. (Hist. nat. VII, 57.)

XXXV. — (Página 73. Puesto que fué el maestro de Platon quien tomó prestados de él sus principales dogmas metafísicos.)

Galeno no deja ninguna duda sobre este punto. «Hipócrates, dice, admitió dos fuentes de nuestros conocimientos: el principio sensible, y la inteligencia. Creía, que en virtud del primer poder, conocemos las cosas sensibles, y por el segundo, las espirituales. (In lib. de offic. Med. IV.) El primero de entre los griegos de quien tenemos conocimiento, reconoció, que todo error y todo desorden parten de la materia, y que toda idea de orden de hermosura y de arteificio, nos viene de lo alto.» (Id., De dieb. decret.) De ahí viene, que Platon fué el mas grande partidario de Hipócrates, de quien tomó sus principales dogmas. Ζηλωτής ὡς Ἰπποκράτους Πλάτων ΕΙΠΕΡ ΤΙΣ ΑΛΛΟΣ καὶ τὰ μέγιστα τῶν δογμάτων παρ' ἐκείνου ἔλαβε. (Ib. De usu part., I.) Estos testos se encuentran citados al final de las ediciones de Hipócrates, *inter testimonia veterum*. El lector que desee verlos en la de Van-der-Linden (in 8.º, tom. II, p. 1017), debe observar sobre el primer testo, del que no digo sino la sustancia, que el traductor latino Vidus, Vidius, se ha engañado, haciendo hablar al mismo Hipócrates en lugar de Galeno. — Ἀς ἴστε καὶ διὰ Πάντος, κ. τ. λ. (Ibid.)

XXXVI. — (Página 74. El hombre nada puede enseñar sino en virtud de lo que ya sabe.)

Este axioma decisivo en favor de las ideas innatas, se encuentra en efecto en la metafísica de Aristóteles (lib. I., cap. vii. — En otra parte repite: «que toda doctrina y toda ciencia racional, está fundada sobre un conocimiento antecedente.... que el silogismo y la inducción no apoyan su marcha sino sobre esta clase de conocimientos; partiendo siempre de principios sentados como conocidos.» (Analyt. poster. lib. I., cap. i., De demonstr.)

XXXVII. — (Página 74. Nada hay en el entendimiento, que antes no se haya encontrado en los sentidos.)

Yo he encontrado en el lib. XII, cap. ix, de la metafísica de Aristóteles algunas ideas que se parecen muchísimo á las que espresa aquí el interlocutor. «Como nada hay, dice, superior al pensamiento, si este no fuese sustancia, y si acto simple, se seguiría, que el acto material tendría la superioridad de excelencia ó de perfección (τὸ ἐν τῷ σεμνῷ) sobre el principio mismo que se produce. — Ὅστε φευκτέον τούτο.

XXXVIII. — (Página 75. La verdad, dice, es una ecuación entre la afirmación y su objeto.)

Encuentro en efecto esta definición en Santo Tomás, bajo una forma menos lacónica. *Veritas intellectus est adæquatio intellectus et rei secundum*

*quod intellectus dicit esse quod est, vel non esse quod non est.* (Advers. gent. Lib. I, cap. XLIX, n. 1.) — *Illud quod intellectus intelligendo dicit et cognoscit* (porque no puede conocer y juzgar sin decir) *oportet esse rei æquatam, scilicet ut ita in re sit, sicut intellectus dicit.* Ibid.

XXXIX. — (Página 75. Lo que se dice de la cosa, y lo que está en la cosa.)

*Illud verum est de eo quod intellectus dicit, non operatione qua id dicit.* Ibid.

XL. — (Página 75. Lo que se dice de la cosa, y lo que está en la cosa.)

*Intellectus possibilis (sive activus) est aliqua pars hominis, et est dignissimum et formalissimum in ipso. Ergo ab eo species sortitur et non ab intellectu passivo.* — *Intellectus possibilis probatur non esse actus corporis alicujus, propter hoc quod est cognoscitivus omnium formarum sensibilium in universali. Nulla igitur virtus cujus operatio se extendere potest ad universalia omnia formarum sensibilium, potest esse actus alicujus corporis.* S. Thom., *ibid.*, lib. II, capitulo LX, n.º 3-4. *Scientia non est in intellectu passivo, sed in intellectu possibili.* Ibid., n.º 8. — *Intellectus possibilis... perficitur per species intelligibiles à phantasmatis abstractis.* Ibid. n.º 15. — *Sensus non est cognoscitivus nisi singularium... per species individuales receptas in organo corporalibus: intellectus autem est cognoscitivus universalium.* Ibid., lib. II, cap. LXVII, n.º 2. — *Sensus non cognoscit incorporalia, nec se ipsum, nec suam operationem; visus enim non videt se ipsum, nec videt se videre.* Ibid., n.º 3-4.

Este pequeño número de citas, me parece bastará para justificar las aseeraciones del interlocutor respecto á lo que dice Santo Tomás. Puede leerse prescindiendo de la condenación de Condillac, tan ridiculo con sus sensaciones trasformadas, tan obstinadamente barajado con la verdad, que cuando la encuentra casualmente, esclama: «no es ella.»

(Nota del Editor.)

XLI. — (Página 80. «Y es un deber sagrado para nosotros contribuir á él con todas nuestras fuerzas.»)

Aunque el espíritu general del pasaje se haya dado ya en el testo, merece sin embargo la pena de citarse original: sobre todo por la estremada rareza del libro de que está sacado.

*Velim autem ut (unusquisque) ita per se sentiat quem fructum non modo res litteraria, sed etiam res christiana ex his nostris lucutionibus perceptura sit, ut nostra admonitione non indigeat; et tametsi quid commodi imprimis religioni attulerimus nondum cuique fortassis illico apparebit, tamen veniet tempus quum non ita obscurum erit. Equidem singulare celestis Numinis beneficium esse arbitror quod omnes omnium gentium linguæ quæ ante hos ducentos annos maxima ignorantia tegebantur, aut patefactæ sunt bonorum virorum industria aut adhuc producuntur. Nam si destinationem æternæ majestatis et in futurum tempus consilia divinæ mentis ratio investigare non potest, tamen exstant jam nulla Providentiæ istius argumenta ex quibus majus aliquid agitari sentiamus, quod votis expetere pium sanctumque est: pro virili autem manus præbere, et vel minimam materiam comportare unice gloriosum.*

(Theoph. Sigib. Bayeri, Museum sinicum; in-8.º, Petropoli, 1730, tom. II, præf., p. 143-144.)

## NOTAS DE LA VELADA TERCERA.

I. — (Página 89. ¡Ah! que nada hay!...)

*Ego deum genus esse semper dixi et dicam cœlitum;  
Sed eos non curare opinor quid agat hominum genus.*

*Nam si curent, bone bonis sit malis malè, QUOD NUNC ABEST.*

(Ennius ap. Cicer., de Div. II, 50).

Véase para la integridad del testo la nota de Olivet respecto á este punto.

II. — (Página 89. Que este trozo producía mil aplausos).

*Magno plausu loquitur ausentiente populo.* (Cicer. ibid.)

III. — (Página 89. Y ni la noche oscura puede ocultar nuestra ignorada huella).

*EST PERFECTO DEUS qui que nos gerimus auditque et videt.*

*Is, uti tu me hic habueris, proinde illum illie curaverit;*

*Bene merenti bene profuerit; male merenti par erit.*

(Plant., capt. II, 11, 63, 65).

Ved en las obras de Racine, la traducción de los himnos del breviario romano á *Laudes: Lux ecce surgit aurea*, etc. No puede dudarse que en esta parte ha traducido á Plauto.

IV. — (Página 90. Como el sueño de un hombre al despertarse).

*Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt corde!* (Ps. LXXII, 1.) *Mei autem pene moti sunt pedes... pacem peccatorum videns* (2-3)... *Et dixerunt: Quomodo sit Deus!* (11)... *Et dixi: Ergo sine causa justificavi cor meum, et lavi inter innocentes manus meas!* (13)... *Existimabam ut cognoscerem hoc: labor est ante me* (16)... *Donec intrem in sanctuarium Dei, et intelligam in novissimis eorum* (17)... *Verumtamen propter dolo posuisti eis, dejecisti eos* (18)... *Facti sunt in desolationem; subito defecerunt, perierunt propter iniquitatem suam velut somnium surgentium* (19-20).

Diderot, en los principios de moral que ha compuesto, en las características de Shaftsbury cita este pasaje de David: *Pene moti sunt pedes mei*, como una duda que asaltó el espíritu del profeta, y sin decir una palabra de lo que precede ni de lo que sigue. Juventud inconsiderada! cuando pones la mano sobre algun libro de esos hombres perversos, acuérdate de la primera cualidad que les falta, que siempre es la *probidad*.

V. — (Página 90. Y alabar ante los hombres las maravillas de mi Dios).

*Quid enim mihi est in cœlo, et á te quid volui super terram?* (Ps. LXXII, 25.) *Defecit caro mea et cor meum. Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum* (26)... *Quia ecce qui elongant se á te peribunt, perdidisti omnes qui fornicantur abs te* (27)... *Mihi autem adherere Deo bonum est, ponere in Deo meo spem meam; ut annuntiem omnes prædicationes tuas in portis filie Sion* (28).

VI. — (Página 93. Y que preciso fuera abandonarlo todo para ir á contemplar á esos dichosos mortales.)

Véase esplicaciones de los salmos tomo II, Ps. XXXVI, 2, p. 77-78-85. *Reflex. spirit.*, tom. II, p. 438, etc.

Si no temiese traspasar los límites de una nota, citaría una multitud de

pasajes en apoyo de lo que aquí dice uno de los interlocutores. Me limitaré á algunos rasgos notables de la especie de oración que aquel indica de una manera general.

«Es pues, cierto, que además de la felicidad que me espera en la patria celestial, puedo tambien lisonjearme de ser feliz en esta vida mortal? La felicidad no se encuentra en la posesion de ninguno de los bienes de este mundo.... Aquellos que gozando, se quejan de la situacion en que se encuentran, desean alguna cosa que no poseen ó alguna otra que la que tienen. Por otra parte; todos los males que inundan la superficie de la tierra, son obra de los vicios.... que nos representan la imágen del infierno desencadenando, para hacer al hombre desgraciado. Aun cuando estuviesen en la cumbre de la gloria, y en el seno mismo de los placeres, los hombres que no han comprendido la verdadera doctrina, serán desgraciados, porque los bienes son incapaces de satisfacerles: por el contrario, aquellos que han recibido la palabra de vida.... marchan por el camino de la felicidad, aun cuando se vean entregados á todas las calamidades temporales.... Recorriendo los anales del Universo.... No encuentro la felicidad sino en aquellos que han soportado el apreciable yugo del Evangelio: *Vuestra ley es recta, y llena de alegría los corazones.* (Psalmo XVIII, 9).... Ella acarrea un estado de descanso, de contentamiento, y de delicias que escede á todo sentimiento.... y que subsiste aun en medio de las tribulaciones.... *Por el contrario, dice el sabio, (Ecclesiis, XLI, 11, 12), desgraciados impios! Ellos vivirán en la maldicion....* La inquietud, la perplegidad y la desesperacion, serán en esta vida el tormento de los enemigos de vuestra ley.» (Berthier, *reflex. spirit.*, t. I, 4.ª medit. 3.ª reflex., p. 438, y sig.) (Nota del Editor.)

VII. — (Página 97. Alrededor del malvado, me parece que veo sin cesar todo el infierno de los poetas.)

*Vestibulum ante ipsum, primisque in faucibus Orci*

*Luctus et ultrices posuere cubila curæ.*

*Pallentesque habitant morbi, tristisque senectus,*

*Et metus, et malesuada fames, et turpis egestas,*

*Terribiles visu formæ! lethumque, laborque,*

*Tum consanguineus lethi sopor, ET MALA MENTIS*

*GAUDIA, mortiferumque adverso in limine bellum,*

*Ferreique Eumenidum thalami, et discordia demens*

*Vipereum crinem vittis innexa cruentis.*

(Virg. *Æn.* VI, 273, 599).

Hay un rasgo de moral en estas palabras: *et mala mentis gaudia.*

VIII. — (Página 97. Nos enseña el poeta á la inocencia, durmiendo en paz al lado del perverso atormentado)

*An magis auratis pendens laquearibus ensis*

*Purpureas subter cervices terruit; imus*

*Imus præcipites! quam si sibi dicat, et intus*

*Palleat infelix quod proxima nesciat uxor*

(A. Pers., Sat. III, 40-44).

## NOTAS DE LA VELADA CUARTA.

I. — (Página 105. Hemos sido creados á imagen de Dios).  
Es necesario por lo mismo notar que la filosofía antigua había consagrado este precepto. Pitágoras decía: *IMITAD A DIOS*. Platon que tanto debía á este antiguo sabio, dijo: *que el hombre justo es aquel que se hace semejante á Dios tanto como nuestra naturaleza permite* (Polit. X, opp. T.); y recíprocamente, *que nada hay mas semejante á Dios que el hombre justo* (In Theat., opp., tom. III, p. 122). Plutarco añade que el hombre no puede gozar de Dios de una manera mas deliciosa que haciéndose tan semejante á él como le sea posible por la imitación de las perfecciones divinas) De será Num. vind., I, IV.

II. — (Página 105. La semejanza nada tiene que ver con la igualdad).  
La semejanza que existe entre el hombre y su Criador es la de la imagen con el modelo, *sicut ab exemplari, non secundum aequalitatem*. (Santo Tomás, *Suma Theológica*, I, part. 93, art. 1.º) Véanse sobre esta semejanza á Nata Alex. (His. Eccles. Vet. Test. cel. mund., I, art. 7, Prop. II).

III. — Página 106. El hombre no reina sobre la tierra sino por que es semejante á Dios).

¡Axioma evidente y verdaderamente divino! Porque la supremacia del hombre no tiene otro fundamento que su semejanza con Dios. (Bacon, in *Dial. de bello sacro*. Works, tom. X, p. 311). Atribuye esta magnífica idea á un teólogo español, llamado *Francisco Vitoria*, que murió en 1532, y á algunos otros.

IV. — (Página 109. Id. á observar su figura ó busto al palacio de l'Ermítage).

La biblioteca de Voltaire fué, como se sabe, comprada despues de su muerte por la corte de Rusia. Actualmente está depositada en el palacio de l'Ermítage, magnífica dependencia del palacio de invierno, edificado por Catalina II. La estatua de Voltaire, ejecutada en mármol blanco por el escultor Francisco Hondon, está colocada en medio de la biblioteca, y parece su inspector. Esta biblioteca dá lugar á importantes observaciones, que si no estoy equivocado, todavía no se han hecho. Me acuerdo tanto, ¿cómo es posible acordarse de lo que se ha leído hace cincuenta años? que Lovelace, en el romance de *Clarisa* escribió á su amigo: «Si teneis interes en reconocer á una persona, comenzad por conocer los libros que lee.» Nada hay que sea mas cierto. Pero esta verdad es de un órden mucho mas general de lo que se presenta al entendimiento de Richardson. Se refiere á la ciencia lo mismo que al carácter, y es seguro que recorriendo los libros que un hombre ha reunido, se conoce desde luego lo que sabe y lo que aprecia. Bajo este punto de vista, la biblioteca de Voltaire no deja de ser curiosa. Causa admiracion al considerar la estremada medianía de las obras que en otro tiempo bastaron al Patriarca de Ferney. En vano se buscará lo que se llama *grandes* libros y ediciones escogidas, sobre todo de los clásicos. El conjunto dá la idea de una biblioteca formada para entretener las veladas de un aldeano. Es preciso fijar tambien la atencion sobre un armario lleno de libros desor-

denados, cuyas márgenes están llenas de notas escritas por Voltaire, y casi todas notables por sus mediocridad y mal tono. La coleccion entera es una demostracion de que Voltaire fué extraño á toda clase de conocimientos profundos, pero sobre todo, á la literatura clásica. Si falta algo á esta demostracion, quedará completa por rasgos de una ignorancia sin ejemplo que se han escapado á Voltaire en cien puntos de sus obras, y á pesar de todas sus precauciones. Algun día tal vez, sea conveniente presentar una coleccion de ellos á fin de acabar con este hombre.

X. — (Página 112. Porque no hay quien pueda desconocerlo).

Pitágoras decía: hace cerca de veinte y cinco siglos que un hombre que pone el pié en un templo, siente nacer en él otro espíritu. (Séneca Ep. mor. XCIV). Haut, en nuestros tiempos fué un ejemplo de sentimiento contrario. La oracion pública y los cantos religiosos le chocaban. *Lautes beten und singen war ihm zuwider*. (Véase la noticia sobre Haut, sacada de *Fregmüthig*, en la correspondencia de *Hambourg* del 7 de marzo de 1804, núm. 38). Este era un signo de reprobacion, del que los alemanes pensaron lo que quisieron.

VI. — (Página 112. Nada sucede mas de lo que debe suceder).

*Nihil fuerit quod non necesse fuerit, et quidquid fieri possit, id, aut esse jam aut futurum esse.... nec magis immutabile ex vero in falsum, necatus est Scipio, quam necabitur Scipio, etc., etc.* (Cicer., de fato, cap. IX).

VII. — (Página 115. Si lo que dice Aristóteles es cierto).

Nada hay tan conocido como el testo de Aristóteles que se lee en el libro De celo, cap. VII, donde en efecto dice que esa granizada que nosotros podríamos llamar *plomada*, se calienta en el aire á punto de fusion (*ἀστερινερα*). Los autores latinos atribuyen el mismo fenómeno á la bala de plomo arrojada por una honda

*Non secus exarsit quam quum Balearica plumbum*

*Funda jacit. Volat illud et incandescit eundo;*

*Et quos non habuit sub nubibus invenit ignes.*

(Ovid. Met.)

*Glans etiam (plumbea) longocursu volvenda liquescit.*

(Lucr.)

*Liquescit excussa glans funda et altritu aeris velut*

*igne distillat.*

(Sen. Nat. quæst. II. 88).

*Et media adversi liquefacto tempora plumbo*

*Diffidit.*

(Virg., Æn., IX, 57).

M. Heyne ha dicho sobre este verso: *Non quasi plumbum funda emissum in aere liquefieri putarint, quod portentosum esset; sed infictum et illis duris, ossibus, etc.* Habria poca dificultad si este testo fuese único, ó si Aristóteles, Séneca, Lucrecio y Ovidio, no hubiesen hablado como físicos.

VIII. — (Página 116. Las oraciones de rogativas).

Observo que esta palabra rogativas se encuentra en los antiguos romanos, y cuya fórmula nos ha sido conservada.

*Mars pater, te precor, quesoque uti tu morbos visos invisosque, viduertem, vastitudinem, calamitatem, intemperiasque prohibessis; uti tu fruges,*

frumenta, vineta, virgultaque grandire, beneque evenire sinas; pastores, pascuage salva servassis. (Cato, de R. R., c. 41).

XI. — (Página 117. ¿Qué hay en eso de chocante ó extraño, ni que pueda motivar una queja?)

Tal vez sea algo ridícula esta cita de memoria, pero el sentido está presentado con mucha exactitud. Ved las propias palabras de Herder; es una queja bien poco filosófica la que Voltaire, á propósito del terremoto de Lisboa dirige á la divinidad, de una manera que es casi una blasfemia. (Ved al buen cristiano!) No somos nosotros y todo lo que nos pertenece, y hasta nuestra morada deudores á la tierra y á los elementos? Y si en virtud de las leyes de la naturaleza nos exigen lo que es suyo.... sucederá otra cosa que lo que debe suceder en virtud de las leyes eternas de la sabiduría y del orden? (Herders Ideen für die Philosophie der Geschichte der Menschheit, tom. I, lib. 1, chap. 3).

X. — (Página 123. Así como vuestra misericordia es la que nos libra de ellos).

Tuere nos, Domine, quæsumus.... et terram quam vidimus nostris iniquitatibus trementem, superno munere firma; ut mortalium corda cognoscant et, te indignante, talia flagella prodire, et, te miserante, cessare. (Véase el Ritual).

#### NOTAS DE LA VELADA QUINTA.

I. — (Página 129. No comprenderé nunca la moralidad de los seres inteligentes).

Esta era la opinion de Orígenes: Los hombres, dice, no serían culpables si no llevasen en su espíritu las nociones de moral comunes é innatas, escritas en caracteres divinos (Γραμμάτι θεού). Adv. Cels., in-fol., tom. I, Paris, 1723.

Charron pensaba lo mismo cuando dirigia á la conciencia este apóstrofe casi original y tan penetrante: «Qué ley ó regla vas á buscar en el mundo! ¿Qué te puede decir ó alegar que no tenga en tí ó á tu alrededor, si quisieses tocar ó escuchar! Te será preciso decir como al acreedor de mala fé, que exige la presentacion del pagaré que tiene contra sí? *Quod petis intus habes*; pides lo que tienes en tu seno. Todas las tablas de la ley, las dos de Moisés y las doce de los griegos (de los romanos), y todas las mejores leyes del mundo, no son mas que extractos producidos en juicio contra tí que tienes oculto el original y finges no saber lo que es; cerrando cuanto puedes los ojos ante esa luz que brilla á tu alrededor, de esa celestial y divina luz que tantas veces has despreciado y olvidado.» (De la sabiduría, lib. II, cap. III, núm. 4).

II. — (Página 132. Lo que ordena precede á lo que está ordenado).

Πανταχὲ τὸ ἀρχὸν ἀρχομένου Προσδύτερον, καὶ ἄγον ἀγομένου.

(Plat. de Leg., lib. XIII, in Epin. Opp., tom. IX, p. 252)

Puede observarse de paso que la última palabra de Platon: *lo que ordena precede á lo que está ordenado*, destruye la máxima tan famosa de nuestros teatros:

El primero que fué rey, fué soldado feliz.

La misma expresion es empleada por Voltaire, burlándose de él; *porque el primer soldado cobró sueldo de un rey.*

III. — (Página 132. Tocar, ser tocado no corresponde mas que á los cuerpos).

*Tangere enim et tangi nisi corpus nulla potest res.*

(Lucr. de R. N., I. 305).

El doctor Robison, sabio editor de Black., se ha burlado justamente de los químicos mecánicos (los hombres mas ridiculos), que han querido trasportar á su ciencia este pensamiento de Lucrecio. Dice así: «si el calor es producido en algunas soluciones químicas, es, dicen los químicos, por efecto del frotamiento y del choque de diferentes particulas que entran en solucion; mas si se mezcla nieve y sal, las mismas cosas y los mismos frotamientos producen un frio intenso, etc.» (Black's lectures on chemistry, in 4.º tom I, on heat, pág. 126).

IV. — (Página 133. Que el movimiento principió por una voluntad.)

«Μὴν ἀρχὴ τις ἔσται τῆς κινήσεως ἀπάσης ἄλλη πλὴν τῆς αὐτῆς αὐτῆν κινήσεως μεταβολῆ; el movimiento puede tener otro que la fuerza que se mueve ella misma?» Plat. de leg. Opp., tom. IX, p. 86-87. *Corporeum non movet nisi motum... Quum autem non sit procedere in infinitum in corporibus, oportebit devenire ad primum movens incorporeum... Omnis motus á principio immobili.* (S. Thomas adv. gent., I, 44; III. 23.) Platon no está aquí copiado, pero se le encuentra perfectamente.

V. — (Página 134. Os ruego que leais sus cartas teológicas al doctor (Benthy, etc.)

Pueden leerse esas cartas en la biblioteca británica. Febrero 1797, vol. IV, número 30. Véase sobre todo la de 3 de febrero 1693, ibid, pág. 192.

Habia dicho ya en su inmortal obra: «Cuando me sirvo de la palabra atraccion... no considero esa fuerza físicamente, sino solo matemáticamente; guárdese muy bien el lector de pensar que por esta palabra... quier designar una causa ó una razon física, ni que trato de atribuir á los centros de atraccion, fuerzas reales y físicas, pues no trato en esta obra sino de las cantidades y proporciones matemáticas, sin ocuparme de las fuerzas y cualidades físicas.» (Philos. natur. princ. mathem. cum. comment. P. P. Le Seur et Jacquier, Genovæ, 1739-40, in 4.º, tom. I. Def. VIII, página 11, et Schol. propos. XXXIX, pág. 464.)

Cotes, en el célebre prefacio de la misma obra, dice: que cuando se llega á la causa mas simple, no es permitido pasar mas adelante, pág. 33; y que le parece no haber comprendido bien el espíritu de su maestro: pero Clarke, de quien Newton ha dicho, *Clarke solo me comprende*, ha hecho sobre este punto una notable confesion. La atraccion, dice, puede ser el efecto de una impulsión, pero ciertamente material (*impulsu non utique corporeo* y en una nota añade: La atraccion no es ciertamente una accion material á distancia, sino la accion de cualquiera causa inmaterial. (*CAUSÆ CAUSÆ IMMATERIALIS, etc.*) Véase la física de Robault, traducida en latin por Clarke, in 8.º, tom. II, cap. XI, §. 13, testo y nota.) El trozo entero es curioso.

«Pero no abandonemos tan grande cuestion sin haber oido á Platon, «Los modernos, dice (¡los modernos!), han creído que el cuerpo podía moverse por sí mismo y en virtud de sus propias cualidades; han creído que el alma por sí sola podía mover á los cuerpos; pero en cuanto á nosotros que creemos todo lo contrario, no titubaremos en considerar al alma

«como la causa de la pesantez.» (O si se quiere una traduccion mas servil.) «No hay para nosotros ninguna razon para andar, bajo ningun concepto, que el alma no tiene poder para mover los graves.

οὐδ' ἡμῖν ἀπιστεῖ ψυχὴ κατὰ λόγον οὐδ' ἄρα ὡς βάρος οὐδ' ἐν περιφέρειῳ δυναμένην.

(Plat. de leg., lib. XIII, Opp., tom. IX, pág. 267.)

Es preciso notar que en esta parte περιφέρειν no significa *circumferre*, sino solamente *ferre* ó *ferre secum*. La cosa es tan clara que la mas limitada inteligencia puede comprenderla.

VI. — (Página 136. Por Dios, dijo, espresico que tenga alguna cosa adentro. Ἄν Δία, εἴπειν, ἐνδον τι εἶναι δεῖ. (Plut. in Lacon. LXIX.)

VII. — (Página 140. Y aun las atribuan cierta lijera idea de impiedad.)

No es menester, dice Platon, llevar muy adelante la investigacion de las causas, por que á la verdad, esto no es piadoso.

οὔτε πολυπραγμονεῖν τὰς αἰτίας. ΟΥΓΑΡΟΥΔ' ΟΣΙΟΝ ΕΙΝΑΙ. Plat. de leg. Opp. édit. Bipot., tom. VIII, pág. 587.

VIII. — (Página 142. En todo aquello que no halla inteligencia.)

La indispensable necesidad de admitir un agente fuera de la naturaleza, causaba mucha inquietud al traductor francés de Bacon, hombre absolutamente moderno, pero se consoló con el pasaje siguiente: «Todos los filósofos han admitido la necesidad de no sé qué fluido indefinible, que han llamado con diferentes nombres, tales como *materia sutil*, *ajuste universal*, *espíritu*, *carne*, *vehículo*, *fluido eléctrico*, *fluido magnético*, *Dios*, etc.» (Citado en el resumen de la filosofía de Bacon, tom. II, pág. 242.)

IX. — (Página 142. Ha hecho de Bacon su Dios.)

Sin embargo hay dos opositores. Se sabe que Hume ha colocado á Bacon superior á Galileo, que es grande esfuerzo de justicia. Hant lo ha elogiado con economía notable. No encuentra epitafio mas brillante que el de ingenioso (*simreich*) Hants Kritik der rein, Vern. Leipzig, 1779 in 8.º Vorr. S. 12, 13), y Condorcet añade con sencillez, que Bacon no tenia el genio de las ciencias, y que su método en descubrir la verdad, de que no dió ejemplo, no cambiará de ningun modo la marcha de las ciencias. (Esquiss, etc, in 8.º pág. 229.)

X. — (Página 142. Que tenia contra su sola experiencia, cien mil razones para no creer en Dios.)

Resumen de la filosofía, etc. vol. citado, pág. 177. Por lo demás, el mismo siglo que tributaba á Bacon honores no merecidos, le ha rehusado los que legitimamente le eran debidos, para castigale de los venerables restos de la fe antigua que permanecian en el aire en su cabeza. Era por ejemplo, moda, y todavía creo no ha pasado, el preferir los Ensayos de Montaigne á los de Bacon, que contienen mas ciencia verdaderamente sólida, práctica y positiva, que puede encontrarse, segun yo creo, en ningun otro libro de esta especie.

XI. — (Página 143. Le ha faltado el no poder sobreponerse á las preocupaciones de su nacion.)

Felicior quidem, si ut vim religionis, ita etiam illius castitatem intellexisset. (Christoph. Stag. præf. in Benedicti fratris philos. vers. trad. Romæ, Palearini, 1733, in 8.º, tom. 1, pág. 29.)

XII. — (Página 146. Las dificultades que han de inutilizarlo al fin.)

Partiendo del principio conocido de que las velocidades son á las dos estremidades de la palanca recíprocamente como el peso de las dos potencias, y la longitud de los brazos directamente á las mismas velocidades; Ferguson se ha entretenido en calcular, que si en el momento en que Arquimedes pronunció su célebre dicho: *Dadme un punto de apoyo, y moveré el universo*, Dios le hubiese cogido la palabra facilitándole con este punto de apoyo á tres mil leguas del centro de la tierra, materiales de una fuerza suficiente, y un contrapeso de doscientas libras, hubiera necesitado este gran geómetra una palanca de ciento veinte cuadrillones de millas, y una velocidad á la estremidad del largo del brazo, igual á la de una bala de cañon para levantar la tierra una pulgada en veinte y siete billones de años. (Ferguson's astronomi. explained. London, 1803, in 8.º, cap. VII, pág. 83.)

N. B. la espresion numérica del segundo de estos números, exige catorce cifras, y la del primero, veinte y siete cifras.

XIII. — (Página 148. Han negado francamente la creacion.)

Los unos han dado al origen del mundo, tal como nos lo describe Moisés, el nombre de *reformacion*; otros han confesado con candor, que no concebían la idea de ningun principio, y esta filosofía ha existido durante mucho tiempo. Sin embargo, no desesperemos de nada; los escudos de una villa célebre, han profetizado como Caifás, sin saber lo que decían. POST TENEBRAS LUX.

XIV. — (Página 150. Theseo está sentado, y siempre lo estará.)

Sedet æternumque sedebit

Infelix Theseus.

(Virg., Æn., VI, 617-18.)

XV. — (Página 150. Ese rio que solo una vez se pasa.)

Irremeabilis unda.

(Ibid., 425.)

XVI. — (Página 150. Ese tonel de las Danaides, siempre lleno y siempre vacío.)

Assiduæ repetunt quas perdunt Belides undas.

(Ovid., Met. IV, 462.)

XVII. — (Página 150. Siempre naciente bajo el pico del buitre que le devora siempre.)

Immortale jecur tundens, secundaque pœnis,

Viscera, nec requies fibris datur ulla renatis.

(Virg., ibid., 398, 600.)

XVIII. — (Página 150. Ese Tántalo siempre dispuesto á beber aquel agua, á coger esas frutas que siempre se le escapan.)

Tibi, Tantale nulla

Deprehenduntur aquæ, quæque imminet effugit arbor.

(Ovid., 457, 458.)

XIX. — (Página 150. Esa piedra de Sisifo, siempre vuelta á levantar continuamente.)

Aut petis aut urges ruaturum, Sysife, saxum.

(Ibid., 468.)

XX. — (Página 150. Ese círculo, simbolo constante de la eternidad, descrito por la rueda de Ixion.)

*Volvitur Ictio, et se sequiturque fugitque.*  
*Perpetuas patitur penas.*

(Ibid., 460, 466.)

### NOTAS DE LA VELADA SESTA.

I. — (Página 153. La misma proposición se lee palabra por palabra en las *Máximas de los Santos* de Fenelon.)

En efecto, está escrita palabra por palabra. «No se ora, dice, sino mientras se desea; y no se desea, sino mientras se ama; al menos con un amor interesado.» (Max. de los Santos. Bruselas, 1698, en 12.º, art. XIX, pág. 128.) En otra parte, dice: «Orar, es desear... El que no desea, hace una oración engañosa. Aun cuando pase los días enteros en recitar oraciones, ó escitar en sí mismo sentimientos piadosos, no rogará verdaderamente, si no desea lo que pide.» (Obras Espirit., tomo III, en 12.º, núm. 111, pág. 48.)

En los discursos cristianos y espirituales de Madama Guyon, se lee el pasaje siguiente: «La oración no es otra cosa, que el amor de Dios... El corazón no pide sino en virtud de sus deseos; orar pues, es desear: El que no desea en el fondo de su corazón, hace una oración engañosa. Aun cuando pase días enteros en recitar oraciones, meditar ó escitarse á sentimientos piadosos, no ruega verdaderamente si no desea lo que pide.» (Tom. II, en 8.º, Discurso VII.)

II. — (Página 153. «Tened piedad de mí, á pesar de mí mismo.»)

Pero, ¿qué direis en la falta de fervor, en el disgusto y en la tibieza? Le direis siempre lo que teneis en el corazón; direis á Dios que os cansa... Que tarda en sustraeros á los más viles entretenimientos... Le direis... ¡Oh Dios mío! Ved mi ingratitud, etc., etc. (Tom. IV, Cart. CLXXXV.)

Otro maestro de la vida espiritual, se espresó con el mismo lenguaje un siglo antes que Fenelon. «Pueden hacerse, dice, actos de confianza sin confianza...; aun cuando los hagamos sin gusto, no es necesario mortificarse...» (San Francisco de Sales, Velada 11.)

III. — (Página 165. Que lo que no tiene nombre, no se dirá en la conversacion.)

Este pasaje, considerado con gravedad, presenta tres enormes errores. 1.º: Loke reconocia espresamente la palabra interior, y sin embargo, la hacia depender del pensamiento exterior. Es una estravagancia del siglo XVIII: 2.º creia que el hombre (independientemente de todo vicio orgánico), puede algunas veces espresar á sí mismo lo que no puede espresar á los demás: 3.º creia que el hombre no puede espresar una idea que no lleva nombre claro y perceptible. — Pero todo esto no puede más que indicarse.

IV. — (Página 168. No hay nada más célebre en la historia de las opiniones humanas, que la disputa de los antiguos filósofos.)

«¿Qué otra cosa hay más importante para el hombre, que la investigación del fin, del objeto, del centro único hácia el cual deben dirigirse todos sus pensamientos, todas sus opiniones, todos sus proyectos de conducta en el camino de la sabiduría? ¿Qué es lo que la naturaleza nos ma-

nifiesta como el supremo bien, al cual nada debemos preferir? ¿Qué es por el contrario, lo que ella desecha como el exceso de la desgracia? Los grandes géneos que se han dividido sobre esta cuestión, etc.» (Cicer. de Fin., 1, 5.)

V. — (Página 169. Es como ya veis tan sabio como moral ó encumbrado, ó magnífico.)

«Hombres que se llaman filósofos, pero que en el fondo no son más que sofistas de profesión, vienen á decirnos que los hombres son felices, cuando viven á medida de su deseo. Nada es más falso: porque el colmo de la miseria para el hombre, es querer lo que no le conviene, y la desgracia de no poder esperar lo que se desea, es mucho menor que la de conseguir lo que no es permitido desear.» (El mismo Ciceron apud. D. August. de Trin., XIII, 5. Inter fragm. Cicer. Op. El Zevir, 1661, en 4.º, p. 1321.)

VI. — (Página 170. La libertad no es otra cosa que el poder de hacer lo que no se hace, ó no hacer lo que se hace.)

Dissert. Sobre la libertad, §. 12 obras de Condillac, en 8.º tom. III, pág. 429. Voltaire ha dicho: *la libertad es el poder de hacer lo que la voluntad exige*; y añade en seguida de una manera digna de él, *de una necesidad absoluta*. «A esta opinión prosaica llegó Voltaire en su ancianidad, despues de haber defendido poéticamente en su juventud la libertad.» (Merc. de Francia 21 de enero de 1809, número 392.) Pero haciendo abstracción del fatalismo, se encuentra también la definición de Voltaire, el error de Loke y de todas aquellas que no han comprendido la cuestión. Además si hay muchos modos de engañarse, no hay más que uno de tener razón: la voluntad en el estilo de S. Agustín, no es más que la libertad. (Bergier, Dic. Theol. art. Gracer.)

VII. — (Página 171. En donde está el espíritu de Dios allí se halla la libertad.)

*Ubi spiritus Domini ibi libertas.* (II. Cor. III, 17.) Es necesario hacer justicia á los estoicos. Sola esta secta ha merecido que se la llamase *fortissimam et Sanctissimam sectam* (Sen. Epist. LXXXIII.) Sola ella ha dicho (fuera del cristianismo) que es necesario amar á Dios; (ibid. XLVII.) Que toda la filosofía se reduce á dos palabras; á sufrir y á abstenerse; que es necesario amar al que nos golpea mientras nos golpea, (Justi Lips. Manud. ad. Stoic. phil. 1, 13.) Ella ha producido el himno de Cleanto, é inventado la palabra *Providencia*. Ella ha hecho decir á Ciceron: *Temo que sean solos los que merezcan el nombre de filósofos*; y á los padres de la Iglesia: *que los Stoicos coincidieron en muchos puntos con el cristianismo.* (Cic. Tirs. t. IV. Hier. in Ins. C. X; Aug., de Civ. Dei. v. 8, 9.)

VIII. — (Página 172. O si su virtud es cuadrada.)

II, 21, 14. Sin embargo, segun Loke en la misma parte donde sienta esta bella doctrina. «La voluntad no es más que el poder de producir un acto ó de reproducirlo; de modo que no puede rehusarse á un ajuste el poder de querer, cuando tiene el de preferir la ejecución á la omisión, ó la omisión á la ejecución.» (Ibid.) ; De donde se sigue, que el poder que es el principio de la acción, nada tiene de comun con la acción, lo cual es muy bello; y ved á Loke!

En otra parte os dirá que la libertad supone la voluntad. (Ibid. §. 9.)



De modo que la libertad nada tiene de comun con esta facultad, sin la cual no habria libertad; lo que tambien es un extremo curioso. Pero todo esto es bueno para el siglo XVIII.

XI. — (Página 172. ¿Qué decis de un filósofo capaz de escribir tales absurdos?)

«La libertad es una propiedad tan esencial á todo ser espiritual, que el mismo Dios no podria despojarle de ella.... Quitar la libertad á un espíritu seria lo mismo que reducirlo á la nada; lo cual no debe entenderse mas que del espíritu y no de las acciones del cuerpo, que el espíritu determina segun su voluntad...., porque es necesario distinguir la voluntad ó el acto de querer, de la ejecucion que se hace por ministerio del cuerpo. El acto de querer no puede impedirse por ninguna fuerza exterior, ni aun por la de Dios.... Pero hay medios de obrar sobre los espíritus que tienen á persuadir y no á contradecir. Atando á un hombre para impedirle obrar, no se cambia ni su voluntad, ni su intencion; pero podrian esponsorarsele motivos, etc. etc.» (Euler, cartas á un príncipe de Alem., tom. II, lib. XCI.)

X. — (Página 178. Y que esa injusticia no sirve mas que para retardar el descubrimiento de la verdad).

Hume ha dicho en efecto: «Que no hay modo de discurrir mas comun, y sin embargo, que sea mas vituperable, que atacar una hipótesis filosófica, por contraria que sea á las costumbres y á la religion: Cuando una opinion conduce al absurdo es ciertamente falsa, pero no es cierto que lo sea porque acarree consecuencias peligrosas.» (Essais, sect. VIII, of the liberty and necessity, in. 8.º, p. 105).

Puede admirarse aquí la moral de estos filósofos! No es cierto, nos dice Hume (porque su conciencia le impide decir mas), y sin embargo vá mas adelante, esponiéndose con absoluta deliberacion á enganar á los hombres y dañarles. Es necesario confesar que el probabilismo de los filósofos es un poco mas peligroso que el de los teólogos.

XI. — (Página 179. Pero estaba muy lejos de un pensamiento tan profundo).

Con permiso del interloentor ese pensamiento se ha presentado muy bien al espíritu de Locke, pero lo ha rechazado por un nuevo delito contra el buen sentido y la moral, sosteniendo que ningún hombre tiene derecho, tomándose á sí mismo por regla, de mirar á otro como corrompido en sus principios; porque dice, este modo original de argumentar presenta un camino espedito á la infabilidad (Lib. I, cap. III, § 20).

Ciertamente es necesario temer mucho á la infabilidad para dejarse conducir á semejantes estremidades. Pero para consolar al lector de tanto sofisma voy á citarle su oráculo pronunciado por el ilustre Mallebranche. La infabilidad se encierra en la idea de toda sociedad divina (Investigacion de la verdad lib. III, cap. I, Paris, 1721, en 4.º, p. 194). Qué palabra! Es un rasgo de luz invencible, es un rayo de luz que penetra hasta la misma vista humillada por la repulsa. Por lo demás, Locke era conducido por su precaucion dominante: fiel al principio que deshecha toda autoridad, no podia perdonar á esos hombres empeñados en formar niños (como ellos dicen) que surtian de dogmas en los cuales ellos mismos creian, vertiendo-

los en estas inteligencias sin experiencia como se escribe sobre el papel blanco. (Lib. I, cap. III, §. 22). Se vé á quién y qué quiere aquí, y cómo ha llegado á ser el idolo de los enemigos de toda especie de surtimiento.

(Nota del editor.)

XII. — (Página 181. Toda doctrina racional está fundada sobre un conocimiento anterior).

Πάσα διδασκαλία καὶ πᾶσα μαθησις διανοητικὴ ἐκ προϋπαρχούσης γίνεται γνῶσεως.

(Aris. Analyt. post., lib. I, de Demonstr.)

XIII. — (Página 181. Partiendo, pues, del silogismo y la induccion de principios sentados como ya conocidos).

ὁ συλλογισμὸς καὶ ἡ ἐπαγωγή... διὰ προηγουσσομένων ποῖονται τῇ διδασκαλίᾳ... λαμβάνοντες ὡς παρὰ ζυγίωντων.

(Ibid.)

XIV. — (Página 181. Antes de llegar á una verdad particular la conocemos ya en parte).

Πρὶνδ ἐπαχθῆναι ἢ λαβεῖν συλλογισμὸν... τὸσον μὲν τίνα ἴσως φατέον ἐπίσταται τὸσον δ' ἄλλον, οὐ...

(Ibid.)

XV. — (Página 181. Mirad por ejemplo un triángulo actual ó sensible).

Ἄισθητὸν τρίγωνον.

(Id., Analyt. prior., lib. II, 21).

XVI. — (Página 181. El hombre nada puede aprender, ó todo lo que sabe no es mas que una reminiscencia).

Εἰ δὲ μὴ τὸ ἐκ τῶ Μενάνι ἀπορρημα συμβύσεται ἢ γὰς οὐδὲν μαθήσετας ἢ ἂ σιδεν.

(Idem, Analyt. post., lib. I).

XVII. — (Página 181. Faltan los principios de donde pueda derivarse).

Συλλογισμὸς μὲν γὰρ ἔσται καὶ ἀνευ τούτων, ἀπόδειξι δὲ οὐκ ἔσται

(Ibid.)

XVIII. — (Página 181. La esencia de los principios está en que sean anteriores, evidentes, no derivados ni demostrables, y causados respecto á su conclusion).

Ἀληθῶν καὶ πρώτων καὶ ἀμέσων καὶ γνωρίμων τέρων καὶ προτέρων καὶ αἰτίων τοῦ συμπερασματος.

(Ibid.)

All reasonings terminates in first principles: all evidence ultimately intuitive. (Dr. Beattie's Essai on the nature and immutability of Truth 8, chap. 2).

XIX. — (Página 181. Los progresos al infinito; cosa imposible).

Ἀδύνατον γὰρ τὰ ἀπειρα διελθεῖν

(Ibid., Anal. post., lib. III).

XX. — (Página 181. Toda verdad adquirida es menos clara para nosotros que el principio que nos la ha hecho visible).

Ανάγκη μὴ μόνον προϋποθέσειν τα πρώτα... Ἀλλὰ καὶ μάλλον αἰεὶ γὰρ διὸ  
ὑπάρχει ἐκεῖνο μάλλον ὑπάρχει οἷον διὸ ἐν φιλομαεῖ ἐκεῖνο μάλλον φιλον.  
(Ibid.)

O lengua desesperada!

XXI. — (Página 181. Es preciso creer mas en el principio de la ciencia).

οὐ μόνον ἐπίρτημιν ἀλ' ἂ καὶ ἀρχὴν ἐπιστήμης εἶναι τινὰ φαίεν  
(Ibid., Analyt. post., lib. III)

XXII. — (Página 182. Que no puede contrariar á la verdad).

Ὁ ἀνάγκη (εἶσι) δι' αὐτὰ καὶ δοκεῖν ἀνάγκη, οὐ γὰρ πρὸς τὸν ἕξω λόγον ἢ ἀποδείξει  
εἰς, ἀλλὰ πρὸς τὸν ἐν τῇ ψυχῇ... αἰεὶ γὰρ εἶναι πρὸς τὸν ἕξω λόγον, ἀλλὰ  
πρὸς τὸν ἕσω λόγον, οὐκ αἰεὶ

(Ibid. Lib. I, cap. viii).

XXIII. — (Página 182. Sino de la que se sirven para demostrar).

ππικοινοῦσι δὲ πᾶσι αἱ ἐπίσημαι ἀλλήλαις κατακοινά, καὶ αὐτὰ δὲ λέγω οἷον  
κρῶνται ὡς ἐκ τούτων ἀποδεικνύτες ἀλλή οὐδ'... ὁ δεινός.

(Ibid. Analyt. Post., lib. I, cap. viii).

XXIV. — (Página 182. Desde que el hombre diga: Esto es).

Περὶ πάντων αἰδ' ἐπιφραγίζομετα τούτο οὐ ΕΣΤΙ... κ. τ. λ. (Plat. in  
Phaed., Opp., tom. I, Edit. Bip., p. 171).

XXV. — (Página 182. Habla precisamente en virtud de un conocimiento interior y anterior). Ἐπιστημὴ ἐνοῦσα (Ibid., p. 163).

XXVI. — (Página 183. Tenemos naturalmente ideas intelectuales que no han pasado por los sentidos).

Non est iudicium veritas in sensibus (S. Agust.) Fenelon que cita este pasaje (Max. de los Santos, art. XXVIII), ha dicho en otra parte, hablando de este padre: Si un hombre esclarecido recopilase de los libros de San Agustin todas las sublimes verdades que ha derramado como por casualidad, este extracto, hecho con acierto, sería muy superior á las meditaciones de Descartes, aunque sus meditaciones sean el esfuerzo mas grande de las reflexiones de este filósofo... cuyas obras tengo en mucho aprecio (Obras Espirit., in 12, tom. I, p. 234, 235).

XXVII. — (Página 187. La reputacion de los libros, si se exceptuan los de los matemáticos).

Yo adopto la salvedad del interlocutor. La reputacion del matemático es sin duda la mas independiente en el lugar que ocupa su patria entre las demás naciones. No lo creo sin embargo absolutamente independiente. Comprendo muy bien, por ejemplo, que á Keppler y á Newton se les considere en todas partes como lo que son; pero que este último hubiera brillado con los mismos rayos si hubiese nacido en un rincón de Alemania, y que el primero no hubiese gozado de un renombre mas brillante si hubiera sido Sir John Keppler, y descansase al lado de los reyes, y bajo los mármoles de Westminster, es lo que yo no creeré jamás.

Sería necesario tambien, si se tratase de algun otro libro, tener en cuenta el poder del estilo que es una verdadera magia. Quisiera saber cuál hubiera sido el éxito del *Espíritu de las leyes*, escrito en el latin de Suarez; y cuál sería el del libro de Suarez, *De legibus et legislatore*, escrito con la pluma de Montesquieu. (Nota del editor).

XXVIII. — (Página 190. La de la distincion de las dos sustancias).

Liceo, tomo XXIII, art. *Helvetius*. Se siente que un hombre tan apreciable como La Harpe se haya imbuido de las máximas de Loke, no se sabe por qué ni cómo, hasta el punto de declararnos *ex cathedra*, que este filósofo *discurría* como Racine *versificaba*; que uno y otro se aproximan á la perfeccion...; que Loke es el lógico mas poderoso que ha existido, y que sus argumentos son corolarios de matemáticas. (Por qué no teoremas?) Linceo, tom. XXIII, art. *Helvetius*, tom. XXIV, art. *Diderot*. Leibnitz es un poco menos apasionado: está muy poco satisfecho de Loke; no lo encuentra pasable mas que para los jóvenes, y esto hasta cierto punto; porque raras veces profundiza su materia (Opp., tom. V, in 4.º, Epist. ad Kortoltum, pág. 304).

No quiero apoyarme en esta oposicion, la memoria de La Harpe merece algun miramiento. Lo que debe observarse es, que precisamente Loke ha sido el filósofo que menos ha *discurrido*, tomando esta palabra en el sentido mas riguroso. *Su filosofía* es toda negativa ó descriptiva, y ciertamente la menos racional de todas.

XXIX. — (Página 190. Que Loke es el Pascal de Inglaterra).

«Loke el Pascal de los ingleses no habia podido leer á Pascal...» (Por qué? Es que Loke no sabia leer en 1688?). «Sin embargo, Loke, ayudado siempre de su buen sentido, dice: Dejad los términos. (Nota de Voltaire sobre los pensamientos de Pascal. Paris, Renouard; en 8.º, p. 289).

Leed en la lógica de Port-Royal un trozo sobre las definiciones, bien superior á todo lo que Loke ha podido escribir sobre el mismo asunto. (1.ª parte, cap. XII, XIII). Pero Voltaire no habia podido leer la lógica de Port-Royal, y además no podia derogar la regla general adoptada por él y por toda su falange, de no alabar jamás sino la ciencia extranjera. En verdad que pagaba bien la loca idolatría con que su nacion le honraba!

XXX. — (Página 192. Para humillar á una autoridad que chocaba mas allá de toda espresion).

Esta autoridad que parece haber reflexionado bastante sobre todas las cuestiones que interesan á su origen y á su poder, debe preguntarse á si misma con gravedad, cuál es la causa de ese prodigioso desden que la rodea enteramente, y del cual la Europa ha visto tan sorprendentes testimonios en el famoso proceso agitado en 1813 en el Parlamento de Inglaterra, con motivo de la emancipacion de los católicos. Ella verá cómo el hombre que conoce perfectamente en el fondo de su conciencia á si mismo y á sus obras, tiene derecho de despreciar y aborrecer todo lo que viene del hombre. Que se coloque pues, en un puesto mas elevado, y en seguida recobrará el lugar que le corresponde. Entretanto, á nosotros corresponde consolarla con una consideracion llena de aprecio y de amor, de los disgustos de que se halla rodeada. Esto parece paradoja, y sin embargo nada hay mas cierto. *Ella no puede pasarse sin nosotros.*

XXXI. — (Página 192. Los principios innatos sobre los que no se puede ya disputar).

Loke se espresa de este modo en el lugar indicado: no era una pequeña ventaja para aquellos que se apropian como maestros y como institutores, el establecer como principio de principios, que los principios no deben ponerse en cuestion; por que una vez establecido el dogma de que hay

principios innatos, (qué trastorno de lógica! Qué horrible confusion de ideas!) Todos sus participantes se encuentran obligados á recibirlos como tales, lo que llega á privarles del uso de su razon y de su juicio..... En este estado de ciega credulidad, eran gobernados mas fácilmente, y hechos los instrumentos de cierta clase de hombres, que tenian la habilidad y el cargo de conducirlos..... y de hacerles TRAGAR como principios innatos todo aquello que podia llenar las miras de los institutores, etc. (Lib. I, cap. iv, §. 24).

XXXII. — (Página 192. Al escribir al márgen de este bellissimo capítulo: ¿de dónde nos ha venido la opinion de los principios innatos?)

No se trata de capítulo; son palabras que Loke ha escrito al lado de la division XXIV, del capítulo III del libro I, donde en efecto leemos: Whence the opinion of innate principles? Parece que poniendo todos sus verbos en pasado, ha querido dirigir mas particularmente sus ataques contra la enseñanza católica, prescindiendo, como de ordinario, del buen sentido y de la buena fé; pero mirando mas de cerca, y considerando el conjunto de su razonamiento, se vé que en general respetaba toda autoridad espiritual. Esto sobre todo, fué lo que indujo al obispo de Worcester á alternar en público con Loke, pero sin escitar ningun interés; porque en el fondo de su corazón:

Quién podria tolerar un Graco  
Quejándose de un sedicioso?

(Nota del Editor).

XXXIII. — (Página 194. Un orador francés se haria oír desde mas lejos, porque su pronunciacion es mas clara y mas fuerte.)

Puede leerse esta Carta de Wren en el European Magazine, agosto 1790, tomo XVIII, pág. 91. Fué insertada poco tiempo despues en un diario inglés, donde leemos, que en opinion de este célebre arquitecto: It is not practicable to make a simple room so capacious with pews and galleries as to hold 2,000 persons and both to hear distinctly and to see the preacher (*The Times*, 30 nov. 1812, núm. 8771).

Wren decide, que la voz de un orador inglés no puede hacerse oír mas allá de cincuenta piés de frente, treinta hácia los costados, y veinticinco detrás de él; y aun esto, añade, ha de ser á condicion de que el predicador pronuncie distintamente y se apoye sobre las finales. (*Europ. Magaz. ibid.*)

#### NOTAS DE LA VELADA SÉTIMA.

I. — (Página 197. Esa grande estravagancia humana).

«Si se os dijese que todos los gatos de un gran país se habian juntado por millares en una llanura, y que despues de haber malullado á todo su sabor, se han arrojado con furor los unos sobre los otros, despedazándose con dientes y uñas; que de esta pelea han quedado sobre el campo de una parte y de otra, de nueve á diez mil gatos que han inficionado con su hediondez el aire á diez leguas á la redonda, ¿no diriais, «ved ahí la fiesta mas abominable de que se ha oído hablar jamás?» Y si los lobos hiciesen lo mismo, qué ahullidos! qué carnicería! y si los unos y los otros os

dijesen que apreciaban la gloria, ¿no os reiriais de todo corazón al ver la ingenuidad de estas pobres bestias?» (*La Bruyere*).

II. — (Página 202. Y es una de esas, acerca de las cuales todos los hombres han estado constantemente de acuerdo, y lo estarán siempre).

Licurgo tomó de los Egipcios su idea de separar la gente de guerra del resto de los ciudadanos, de poner aparte los mercaderes, artesanos y gentes de oficio; con lo que estableció una distincion pública, verdaderamente noble, gallarda y gentil. (*Plut. in Lic.*, cap. vi de la traduccion de Amiot).

Y aun entre nosotros, una familia que jamás haya llevado las armas, por grandes que hayan sido los méritos que haya adquirido en las funciones civiles mas honrosas, nunca será verdaderamente noble, limpia y gentil. Siempre le faltará alguna cosa.

III. — (Página 203. En verdad, no veo nada tan claro para el buen sentido, que no quiere sofisticar).

El error durante el último siglo, fué una especie de religion que los filósofos profesaron y predicaron altamente, lo mismo que los filósofos habian profesado y predicado la verdad. No es que estos filósofos hubiesen obrado jamás de buena fé: al contrario, es lo que siempre les ha faltado visiblemente. Sin embargo, estaban convenidos, como los antiguos augures, de no reirse jamás al mirarse, se servian tanto como el negocio lo permitia, de la audacia en lugar de la persuasion. Ved aquí un pasaje de Montesquieu muy propio para hacer comprender la fuerza del espíritu general que guiaba á todos los escritores.

«Las leyes de la naturaleza, dice, son aquellas que se derivan únicamente de la constitucion de nuestro ser; para conocerlas bien, es preciso considerar al hombre antes del establecimiento de las sociedades: las leyes de la naturaleza serian las que recibiria en un estado semejante.» (*Esp. de las leyes*, lib. II).

Igualmente las leyes naturales, para el animal político y religioso (como ha dicho Aristóteles), se derivan de un estado anterior á toda asociacion civil y religiosa! Yo soy, siempre que no se trata de estilo, un admirador bastante tranquilo de Montesquieu; sin embargo, jamás llegaré á persuadirme, que haya escrito seriamente lo que acaba de leerse. Creo sencillamente que recitaba su *credo* como tantos otros con sus labios, para ser festejado por los frailes, y tal vez tambien para no malquistarse con los inquisidores, por que estos no se chanceaban en su tiempo del error.

IV. — (Página 205. Nunca asistia á misa en el campo, sin ver comulgar allí algun mosquetero con la mayor edificacion).

«Os he hablado del lugarteniente de la compañía de granaderos que fué muerto. No estareis pesaros de saber que se le encontró un cilicio sobre el cuerpo. Era de una piedad singular, y habia hecho sus devociones el dia anterior. Se dice que en esta compañía hay gente muy arreglada. En cuanto á mí, no oigo ninguna misa en el campo á que no asista algun mosquetero, y donde no haya alguno que comulgue de la manera mas edificante del mundo. (*Racine á Boileau, en el campo delante de Namur*, 1692, obras *édic. de Geoffroi*, París, 1808, tom. VII, pág. 275, carta XXII).

V. — (Página 206. Una amarga cruz, propio todo para apartarse del mundo.)

«Estoy contristado de que no sirvais; pero es un designio de pura misericordia para separaros del mundo y entregaros á una vida de pura fé, que es una muerte sin descanso.» (Obras espirit. de Fenelon, en 12., tomo IV, carta, CLXIV, pág. 171, 172).

VI. — (Página 206. ¿Y qué diremos de ese otro oficial á quien Madama Guyon escribia, etc.)

«No es necesario que os singulariceis; así, pues, no os incomodeis por perder alguna vez la misa en los dias de trabajo, sobre todo en el ejército. Lo que corresponde á vuestro estado, debeis considerarlo como una orden de Dios.» (Obras de Madama Guyon, tom. XXXIV, tom. XI cartas cristianas y espirituales, carta XVI, pág. 54, Londres 1768, en 12.)

VII. — (Página 209. El titulo de Dios de los EJERCITOS en todas las páginas de la Santa Escritura.)

«Mascaron, al principio de la primera parte de la oracion fúnebre de Turena, ha dicho: casi todos los pueblos de la tierra, por diferentes que sean su temperamento é inclinación, han convenido en el punto de adquirir el primer grado de la gloria por medio de la profesion de las armas. Sin embargo, si este sentimiento no estuviese apoyado mas que sobre la opinion de los hombres, podria considerársele como un error que ha fascinado á todos los entendimientos, pero alguna cosa de mas real y de mas sólida, me convence de que está fundado mucho mas alto, y si estamos engañados en la noble idea que nos formamos de la gloria de los conquistadores, gran Dios! casi me atreveré á decir que sois vos quien me habeis engañado. El mas augusto de los titulos que Dios se dá á si mismo, no es el de Dios de los ejércitos? etc., etc.»

«Pero ¿quién no admirará la sabiduría de Homero, que hacia decir á Júpiter, hace mas de tres mil años: Ah! con cuánta injusticia los hombres acusan á los Dioses! Ellos dicen que los males les vienen de nosotros, mientras son sus crímenes los que únicamente los hacen mas desgraciados de lo que debieran serlo. — Podemos nosotros hablar mejor?»

VIII. — (Página 212. La tierra ávida de sangre, como hemos dicho hace algunos dias, abre la boca para recibirla y retenerla en su seno, etc.)

Isaias, XXVI, 21. Gen. IV, 11. Apolo en la tragedia griega del Orestes declara: «que no es necesario tomar á Helena como causa de la guerra de Troya que tan cara ha costado á los griegos; que la hermosura de esta mujer no fué mas que un medio de que se sirvieron los Dioses para encender la guerra entre dos pueblos, y hacer correr la sangre que debía purificar la tierra, manchada por el desbordamiento de todos los crímenes.» (Eurip., Orest. V, 1677-80.)

Pocos autores antiguos se manifiestan tan versados como Eurípides en todos los dogmas de la teología antigua. Ha hablado como Isaias y Mahomet, ha hablado como uno y otro: Si Dios, dice, no levántase á una nacion contra otra nacion, la tierra estaria enteramente corrompida. (Alcoran, citado por el caballero Will, Tones; hist. de Tomás-Koulikhan. Works, in 4., tom. V, pág. 8.) *Fas est et ab hoste doceri.*

IX. — (Página 213. Este es el grito que se oyó en los hermosos dias de Luis XVI.)

Ved lo que escribia Bolingbroke con motivo de la guerra terminada por la paz de Nimegua, en 1679: «La miserable conducta del Austria, la po-

breza de algunos príncipes del imperio, la desunion, y para hablar mas claro, la política mercenaria de todos los príncipes; en una palabra, las miras mezquinas, las falsas nociones, y para espresarme todavia con mas franqueza sobre mi nacion que sobre las otras; la maldad del gabinete inglés no impedirá que se pongan límites á ese poder, pero lo elevará á una fuerza casi insuperable á toda coalicion futura.» (Bolingbroke 1, Letters on the study and use of history. Bale; 1788, en 8.ª, carta VII, página 148.)

X. — (Página 214. Bajo el emperador Arnoulo, Roma fué tomada por causa de una liebre.)

El emperador Arnoulo, estaba sitiando á Roma. Una liebre que salió del campo del príncipe, dió á correr, tomando la direccion de la ciudad; los soldados hecharon detrás, persiguiéndola con grandes gritos y alaridos; los sitiados que creyeron llegado el momento de un asalto general, perdieron la cabeza y emprendieron la fuga, precipitándose desde lo alto de las murallas; y Arnoulo, aprovechando este pánico terror, se apoderó de la ciudad (Luitpr., hist., lib. I, cap. 8.) Muratori no cree este hecho; aun cuando nos haya sido contado por un autor contemporáneo. (Muratori *Anno Italia ad ann. DCCCXCVI*, in 4., tom. V, pág. 215.) Yo sin embargo lo creo tan cierto como el de las ocas.

XI. — Página 229. El mismo poeta que acabais de citar recuerda esa ley con, etc. etc.)

*Illic testiculi tibi conscius unde fugit mus*

*... ubi velari pictura jubetur*

*Quaecumque alterius secus imitata figuram est.*

(Juven., sat. VI, 338, 341.)

XII. — (Página 229. El cristianismo se apoderó á su vez de la noche, consagrándola á santas ceremonias.)

Pour chanter ici tes louanges,

Notre zèle, Seigneur, a devancé le jour;

Fais qu'ainsi nous chantions un jour avec les anges

Le bien qu'à tes élus réserve ton amour.

Lève-toi, soleil adorable,

Qui de l'éternité ne fais qu'un heureux jour;

Fais briller à nos yeux ta clarté secourable,

Et répands dans nos cœurs le feu de ton amour.

Fuyez, songes, troupe menteuse,

Dangereux ennemis par la nuit enfantés;

Et que fuie avec vous la mémoire honteuse

Des objets qu'à nos sens vous aviez présentés.

Que ce jour se passe sans crime,

Que nos langues, nos mains, nos yeux soient innocents;

Que tout soit chaste en nous, et qu'un un frein légitime

Au joug de la raison asservisse nos sens...

Chantons l'auteur de la lumière

Jusqu'au jour où son ordre a marqué notre fin;

Et qu'en le bénissant notre aurore dernière

Se perde en un midi sans soir et sans matin, etc., etc.

(Véanse los himnos del Breviario romano traducidos por Racine, en las

obras de este poeta). El que quiera, sin vocacion, ensayar alguna cosa en este género, tan fácil y sencillo en apariencia, aprenderá dos cosas, arrojando la pluma: lo que es la oracion y lo que es el talento de Racine.

XIII. — (Página 231. Los viajeros modernos han encontrado en América las vestales, el fuego nuevo, la circuncision, el bautismo, la confesion, etc.)

Nada es mas cierto que esta asercion. Véanse las cartas americanas de Carli-Rubbi, en 8.º, tom. I, cartas 4, 5, 6, 9.

En el Perú, el sacrificio consistia en el *Cancu* ó pan consagrado, y en el *Aca*, ó licor sagrado de que los sacerdotes de los Incas bebian despues de la ceremonia. (Ibid., I, 9).

«Los Megicanos formaban una imágen de su ídolo de pasta de maiz que hacian cocer como el pan. Despues de haberla llevado en procesion y regresado con ella al templo, el sacerdote la rompía y la distribuía á los asistentes. Cada cual comía su trozo y se creía santificado despues de haber comido á su Dios.»

(Raynal, Hist. fil. et polit., etc., lib. VII. Carli ha hecho muy mal en citar este hecho sin la menor señal de desaprobacion. (Ibid., I, 9). Puede observarse aquí, como de paso, que los impíos del último siglo, Voltaire, Hume, Federico II, Raynal, etc., se han divertido diciéndonos: *Que nosotros comemos á nuestro Dios despues de haberlo hecho; que una oblea se convierte en Dios; etc.* Han encontrado un medio infalible de hacernos ridiculos, y es, prestándonos sus propios pensamientos; pero la proposicion, *el pan es Dios*, se destruye por si misma, por su propia absurdidad (Bossuet, Hist. de varia., II, 3). De este modo todos los bufones posibles son muy dueños de edificar en el aire cuanto quieran.

XIV. — (Página 232. ¿Hipócrates no ha escrito un tratado espreso sobre los sueños? etc.)

Hipócrates dice en este tratado: *Que todo hombre que juzgue bien por las señales que los sueños proporcionan, conocerá la grande importancia; y en seguida, y de una manera mas general que la memoria del interlocutor no recuerda decide: Que la inteligencia de los sueños es una gran parte de la sabiduría, ὅστις οὖν ἐπίσταται καὶ τὰ πάντα ὀρθῶς μέγα μέρος ἐπίσταται σοφίης.* (Hipp. de Somn. pp. Édit. Van der Linden. Tom. I, cap. II, in fin. p. 635).

No conozco ningun otro testo de Hipócrates que mas directamente haga relacion al asunto.

(Nota del editor.)

XV. — (Página 232. En fin, Marco Aurelio, no solamente ha mirado estas comunicaciones nocturnas como un hecho incontestable, sino que, etc.)

En efecto, en las memorias de este gran personaje se lee: «Los Dioses tienen la bondad de dar á los hombres por medio de los sueños y de los oráculos, los socorros de que tienen necesidad. Una gran prueba del cuidado que los Dioses se toman por mí, es, que en mis sueños me han enseñado los remedios para mis males, particularmente para mis vértigos y mi salivacion de sangre, como me sucedió en Gaeta y en Cryso.» (Pensamientos de Marco Aurelio, lib. I al fin, y lib. IX, §. 27).

## NOTAS DE LA VELADA OCTAVA.

I. — (Página 242. Que este dogma es tan plausible, que se apodera, por decirlo así, del buen sentido, sin esperar la revelacion).

Los mismos libros de los protestantes presentan muchos testimonios favorables á este dogma. No quiero privarme del placer de citar uno de los mas notables, y que ciertamente no iré á exhumar de un infolio. En las colecciones estraidas de los papeles de Madama Necker, el editor M. Necker, escribe con motivo de la muerte de su incomparable esposa estas palabras de una mujer de provincia: «Si ella no está en el paraíso, todos estamos perdidos.» Y añade. *Ah! sin duda está en esa celestial morada; ALLI ESTA, Ó ESTARA, y su crédito servirá á sus amigos!* (Observaciones del editor, tom. I, pág. 13).

Se convendrá en que este testo eshalo un olor bastante pronunciado de catolicismo; y creo no podrá citarse una protesta mas natural ni mas espontánea del buen sentido contra las preocupaciones de secta y de educacion.

II. — (Página 242. Se separaron de nuevo porque no querian mas que el purgatorio).

El doctor Beattie, hablando del libro VI de la Eneida dice, que se encuentra en él una sublime teoria de las recompensas y castigos de la otra vida; teoria tomada probablemente de los Pitagóricos y de los Platónicos, que estos mismos debian á una antigua traduccion. Añade, que este sistema, aunque imperfecto, está de acuerdo con las esperanzas y temores del hombre y con sus nociones naturales de vicio y de virtud; lo que basta para hacer la narracion del poeta interesante y patética hasta el esceso. (On Thruth., part. III, cap. II, in 8.º p. 221, 223).

El doctor, en su cualidad de protestante, no se permite hablar mas claro; sin embargo, se vé cuán perfectamente se acomodaba á su razon un sistema que comprendia sobre todo LUGENTES CAMPOS. El protestantismo que es sobre todo el que mas se ha engañado, como reconocerá bien pronto, no se ha engañado jamás de una manera mas antilógica ni mas antidivina que sobre el artículo del purgatorio.

Los griegos llamaban á los muertos los pacientes (οἱ κλιμέντες, οἱ κλιόμενοι Clarke, sur le 278 vers du III livre de l'Iliade, Ernesti dans son Keyp-sike (in KAMON), pretenden que esta espresion es absolutamente sinónima del latin *vita functus*; lo que me parece no puede ser justo, sobre todo respecto de la segunda forma κλιόμενοι, el verso de Homero donde se encuentra esta notable espresion, indica sin duda ninguna la vida y padecimientos actuales.

Καὶ πῶτα μοῖ, καὶ γαῖα, καὶ ὅ ὑπὲρ ἔσθε ΚΑΜΟΝΤΑΣ ἀθρόοις τέμνοσθε. (Hom. Iliad., III, 278).

III. — (Página 244. Puesto que no se puede formar ninguna idea de lo que no existe).

Mallebranche, despues de haber espuesto esta bella demostracion de la existencia de Dios por la idea que nosotros tenemos, con toda la fuerza,

con toda la claridad, con toda la elegancia imaginable, añade estas palabras bien dignas de él y de nuestras sábias meditaciones. «Pero es inútil, dice, proponer al comun de los hombres demostraciones que no pueden llamarse personales. (Mallebr. investig. de la verdad, lib. II, cap. XI). Que toda persona pues, para quien esta demostracion sea hecha, esclame de todo corazon: *os doy gracias por no ser como uno de esos*. Aquí la oracion del fariseo es permitida y aun ordenada, con tal que la persona al pronunciarla, no piense con todos sus sentidos ni esperimente el mas ligero movimiento de odio contra aquellos.

IV. — (Página 247. Han hecho de la investigacion de las intenciones un grande negocio, una especie de arcano).

Uno de esos locos desesperados, notable por yo no sé qué orgullo agrio, immoderado, repugnante, se ha distinguido particularmente por el partido que ha sacado de este gran sofisma. Nos ha presentado una teoria de fines que abrazará las obras del arte y las de la naturaleza (un zapato, por ejemplo y un planeta) y que propondrá reglas de análisis para descubrir las miras de un agente por la inspeccion de su obra. Se acaba por ejemplo de inventar el telar de hacer medias; estais pues obligados á descubrir por via de análisis las miras del artista, y en tanto que no hayais adivinado si se trata de medias de seda, no hay fin, y por consiguiente ni artista. Esta teoria está destinada á reemplazar á las obras en donde es lijeramente tratada; porque la mayor parte de las obras escritas hasta el presente sobre las causas finales, encierran principios tan aventurados y tan vagos, observaciones tan pueriles y tan desconcertadas, reflexiones tan triviales y tan declamatorias, que no debe sorprender el que se hayan disgustado tantas personas de esa especie de lecturas. Por lo demás, se guarda muy bien de nombrar los autores de esas obras tan pueriles y tan declamatorias, etc. porque le hubiera sido preciso nombrar todo lo que jamás ha existido en el mundo de mas grande, de mas religioso y de mas amable, es decir, todo lo que se le parecia menos.

#### NOTAS DE LA VELADA NOVENA.

I. — (Página 255. Exámen de la evidencia intrínseca del cristianismo).

Este libro fué traducido en francés bajo el título de vista de la religion cristiana, considerada en sí misma, por M. Jennings. Paris, 1764, in 12. El traductor M. Le Tourneur se permite mutilar y alterar la obra sin advertirlo. Se leerá con mas fruto la traduccion del abate Feller con notas. Lieja, 1779, in 12. Es inferior en estilo, pero no es de lo que se trata. La de Tourneur es notable por este epigrama hecho para el siglo: *casi me habeis persuadido á hacerme cristiano*. Act. XXVI, 29).

II. — (Página 265. Nada mas apacible, mas legal ni mas libre que la introduccion del cristianismo en el Japon).

Nada es tan cierto; basta citar las cartas de S. Francisco Javier. Escribia de Malaca el 20 de junio de 1549. «Parto tercera vez para el Japon con Cosme, Turiani y Juan Fernand: vamos acompañados de tres cristianos japoneses, sugetos de una rara probidad..... Los japoneses acaban de enviar embajadores al virey de las Indias para obtener sacer-

»dotes que puedan instruirles en la religion cristiana.» Y el 3 de noviembre del mismo año escribia de Congoximo al Japon, á donde habia llegado el 3 de agosto. «Dos bonzos y gran número de japoneses se van á Goa para instruirse allí en la fé.» (S. Francisxi Xaverii, Ind. ap. Epistolae. Wratslavie, 1734, in 12, página 160 y 208).

III. — Página 267. Voltaire..... objetó que Marco Aurelio y Epitecto hablan continuamente de amar á Dios).

Véanse los pensamientos de Pascal, Paris Reynouard, 1803, dos vol. en 8.º, tomo II, pág. 328. Hay en este pasaje de Voltaire tantos versos como palabras. Porque sin hablar continuamente, que es en estremo ridículo, hablar de amar á Dios no es pedir á Dios la gracia de amarle; esto es lo que ha dicho Pascal. Además, Marco Aurelio y Epitecto no eran religiones. Pascal no ha dicho (lo que sin embargo hubiera podido decir): Ningun hombre fuera de nuestra religion ha pedido, etc. Ha dicho lo que es muy diferente: Ninguna otra religion mas que la nuestra, etc. ¿Qué importa que tal ó cual hombre haya podido decir algunas palabras mal pronunciadas sobre el amor de Dios?

No se trata de hablar, se trata de tener; se trata igualmente de inspirar á los demás, y de inspirarles en virtud de una institucion general al alcance de todos los espíritus. Ved lo que ha hecho el cristianismo y lo que la filosofia no ha hecho ni puede hacer jamás. Nunca se repetirá bastante: ella nada puede sobre el corazon del hombre. *Circum prae cordia ludit*. Está al rededor del corazon, pero jamás entra en él.

IV. — (Página 267. No dudareis de que tuvo á los cristianos á la vista).

«Qué son, dice, en su epístola LXXVIII, qué son las mas crueles enfermedades comparadas con las llamas, caballetes, con las planchas candentes, con esas llagas hechas por un refinamiento de crueldad sobre los miembros lacerados ya con llagas precedentes? Y sin embargo, en medio de estos suplicios un hombre ha podido dejar escapar un suspiro, ha podido no suplicar, esto no es bastante, ha podido no responder; tampoco esto es bastante; ha podido reir y hasta de buena fé.» Y en otra parte dice: «quién pues no experimentará temor ni dolor, si el yerro, despues de haber amenazado la cabeza del hombre intrépido penetra, y despedaza una despues de otra todas las partes de su cuerpo; si se le hacen contemplar sus entrañas en su propio seno; si para aumentar la intensidad del dolor se interrumpe su suplicio para continuarlo en seguida; si se desgarran sus llagas cicatrizadas para hacer correr de nuevo la sangre? Sufrirá sin duda, porque ningun grado de valor puede extinguir el sufrimiento; pero nada teme, porque mira de mas alto sus propios padecimientos.»

De quién quiso hablar Séneca? Hubo antes de los mártires ejemplos de tanta atrocidad por una parte y de tanta intrepidez por la otra? Séneca habia visto los mártires de Nerón; Lactancio que solo vió á Diocleciano, ha descrito sus padecimientos, y las mas fuertes razones militan para creer, que al escribir, habia tenido á la vista los pasajes de Séneca que acaban de leerse. Estas dos frases sobre todo son notables por su semejanza:

*Si ex intercallo, quo magis tormenta sentiat, repetitur et per siccata recens dimittitur sanguis.* (Sén. Ep. LXXXV). *Nihil aliud devitant quam ut*

*ne torti moriantur... curam tortis diligenter adhibent ut ad alios cruciatus membra renouentur et reparetur novus sanguis penam.* (Lact., lib. Instit., lib. V, cap. II, de Justitia).

V. — (Página 268. Y en seguida habla de *sabatismos*, de *prosternaciones*, de vergonzosas posturas, etc.).

Entre los hebreos, y sin duda también en otras naciones orientales, el hombre que deploraba la pérdida de un objeto querido, ó de alguna otra desgracia, se estaba sentado; y ved por qué *sentar* y *llorar* son tantas veces sinónimos en la Santa Escritura. Este testo de los salmos, por ejemplo (totalmente desfigurado en nuestras desgraciadas traducciones): *Surgite postquam sederitis, qui manducatis panem doloris.* Ps. CXXVI, 6), significa: «consolaos, después de haber llorado, ó vosotros que comeis el pan del dolor!» Una multitud de textos atestiguan la misma costumbre, que no era estraña á los romanos. Ovidio, hablando de Lucrecio dijo:

..... Passis SEDET illa capillis,  
Ut solet ad nati mater itura rogam.

Seguramente que al decir esto no trató de describir la actitud ordinaria de una mujer sentada; y cuando los hijos de Israel venían á sentarse en el templo á llorar allí sus crímenes ó sus desgracias (Jud. XX, 26, etc.), no estaban sentadas cómodamente sobre sillas. Parece fuera de duda, que en circunstancias semejantes estaban sentados en tierra, ó agachados: á la actitud de un hombre sentado sobre sus piernas, es á lo que Plutarco hace alusión por la espresion que emplea, y que no puede trasladarse fácilmente á nuestra lengua. *Postura inmóvil*, puede ser la espresion mas propia y la que mas se le aproxime.

Es necesario sin embargo observar para mayor exactitud, que una diferencia en la puntuacion puede alterar la frase de Plutarco. de modo, que el epíteto de *inmóvil*, recaería sobre la palabra *prosternacion*, en lugar de afectar á la de *encogimiento*. El traductor latino ha optado por el sentido empleado por el interlocutor. Por lo demás la observacion principal permanece en toda su fuerza.

(Nota del editor).

VI. — (Página 268. Se dirige principalmente contra Pompeyo y Tito, por haber conquistado esa desgraciada Judea, etc.)

Creo á propósito citar aquí los versos de Rutilio.

Atque utinam numquam Judea subacta fuisset

Pompei bellis imperioque Titi!

Latius excisæ pestis contagia serpunt.

Victoresque suos natio victa premit,

Es decir: «Mas valiera que la Judea no hubiese sucumbido jamás bajo las armas de Pompeyo y Tito! Los venenos que aquella comunica se esparcen mas lejos por la conquista, y la nacion vencida envilece á sus vencedores.» Parece en efecto que estas palabras, dichas sobre todo en el siglo v, no podían designar á otros que á los cristianos, y así lo ha entendido el docto Huet en su *Demostracion evangélica*. (Prop. III, § 21). Sin embargo, un excelente intérprete de la Santa Escritura, que nos la ha explicado con un lujo de erudicion que algunas veces se aproxima á la ostentacion, abraza el parecer contrario, y cree que en el paraje de Rutilio, únicamente se trata de los judios. (Dessertazioni e lezione di S. Scrittura del P. Nicolai di della compagnia di Gesu Firenze, 1756, in 4.º, to-

mo (Dissert. prim., pág. 138). Tan difícil es ver claro en este punto, y discernir exactamente ambas religiones en los escritos de los paganos!

VII. — (Página 268. Séneca que conocia perfectamente esa religion).

La conocia tan bien, que ha marcado el principal carácter en una obra que no poseemos, pero de la que S. Agustin nos ha trasmitido este fragmento. «Hay entre los judios, dice Séneca, hombres que saben la razon de sus misterios, pero la multitud no sabe por qué hace lo que hace.» Sen. apud. S. Aug. Civ. Dei VII, II). Y el mismo S. Agustin ha dicho: «Que pocos comprenden los misterios, aunque muchas veces los celebran.» (Ibid. X, 16). Orígenes es mas detallado y mas espreso. «Hay nada mas bello, dice, que ver á los judios instruidos desde la cuna, de la inmortalidad del alma, de las penas y recompensas de la otra vida? Las cosas, sin embargo, no estaban representadas sino bajo un velo mitológico para los niños y para los hombres necios. Pero para aquellos que buscaban la verdad y querian penetrar los misterios, esta mitología era, si me es permitido espresarme así, *metamorfoseada* en verdad.» (Orig. adv. Cels. lib. V, núm. 42, pág. 610, col. 2, Lit. D.) Lo que dice en otra parte no es menos notable: «La doctrina de los cristianos sobre la resurreccion de los muertos, sobre el juicio de Dios, sobre las penas y recompensas de la otra vida, no es nueva: son los antiguos dogmas del judaismo.» (Id. ibid., lib. II, núm. 1, 4).

Eusebio, citado por el célebre Huet, se espresa absolutamente con el mismo lenguaje, y dice en estos términos: «Que la multitud habia sido obligada entre los hebreos á la letra de la ley, y á prácticas minuciosas desprovistas de toda esplicacion; pero que los espíritus elevados, libres de esta servidumbre, habian sido dirigidos hácia el estudio de cierta filosofía divina muy superior al vulgo, y hacia la interpretacion de sentidos alegóricos.» (Huet, Demost. evangel., tom. II, Prop. IX, cap. 171, número 8).

Esta tradicion (ó recepcion) es la verdadera y respetable Cábala, de que la moderna es hija legítima y contrahecha.

VIII. — (Página 269. Newton no se ha desdenado de hacerle absoluta justicia en su cronología).

No sé que Newton haya hablado en su cronología del calendario de los hebreos; pero donde dice, como de paso, una palabra es en el Comentario sobre el Apocalipsis, libro del cual puede decirse con razon que muchos han hablado y pocos le han conocido, dice lacónicamente. *Judæi usi non sunt ritioso cyclo.* (Isaaci Newtoni ad Dan. proph. vatic. nec non, etc., opus posthumum. Trad. lat. de Sunderma, Amst., 1737, in 4.º, cap. II, pág. 113). Scaligero, escelente juez en esta materia, decide que no hay nada mas exacto, ni nada mas perfecto que el cálculo del año judaico: remite á los calculadores modernos á la escuela de los judios, y les aconseja sin cumplimiento que se instruyan en esta escuela, ó que se callen. (Scaligero de Emend. temp., lib. VIII. Génova, 1620, in fol., pág. 656). En otra parte nos dice: *Hæc sunt ingeniosissima, etc... methodum hujus computi latinis argutissimam et elegantissimam esse nemo harum rerum paulo peritus inficiabitur.* (Ibid., lib. VII, pág. 640). (Nota del Editor).

IX. — (Página 269. La custodia de sus mas secretos archivos de Ecbatana).

Cualquiera que sea el aprecio que se merezca este rabino, justamente célebre (*Moises Maimonidas*), quisiera sin embargo, buscar las autoridades sobre las cuales se apoya el hecho particular de los archivos de Ecbatana, lo que no puedo hacer en este momento. En cuanto al inmenso establecimiento de los judíos más allá del Eufrates, donde realmente forman una potencia, no cabe la menor duda sobre este hecho (Véase la embajada de Philon, *Inter. opera graec. et lat.* Génova, 1613, in fol., p. 792, lit. B).

X. — (Página 269. La anécdota tan curiosa de Aristóteles, que conversando un día en Asia con un judío)

En efecto, Cunaó dijo: (Lib. I, c. vi, p. 26. El z. 1632). «*Tantã eruditione ac scientiã hominem, uti prae illo omnes Graeci qui aderant trunci et stipites esse viderentur.*» Pero este autor, aunque en otra parte sabio y exacto, se permite aquí una ligera hipérbole, si no ha sido engañado por su memoria. Aristóteles alaba á este indio como un hombre amable, hospitalario, virtuoso, casto sobre todo, sabio y elocuente. Añade que podía aprenderse mucho en su conversacion; pero que no hace ninguna comparacion humillante para los griegos. No se pues, dónde ha tomado Cunaó sus *trunci* y sus *stipites*. Por lo demás, el interlocutor parece ignorar que no es Aristóteles el que habla aquí, sino más bien Clearco, su discípulo, es el que hace hablar á Aristóteles en un diálogo de la composicion del primero. (Véase el fragmento de Clearco en el libro de Josefo contra Apion. Lib. I, cap. viii, trad. d'Arnaud d'Andilly). (Nota del Editor).

XI. — (Página 269. La traduccion de los libros sagrados en una lengua que llegó á hacerse universal).

Mucho tiempo antes de los setenta existia ya una traduccion griega de una parte de la Biblia. (Véase el prefacio que está á la cabeza de la Biblia de Beyerling. Anvers, 3 vol. en fol. Freret, *Defensa de la Cronologia*, p. 264, *Leccion de historia*, tom. I, p. 616. Baltus, *Defensas de los Padres*, etc. Cap. XX. París, in 4.º, 1711, pág. 614 y sig.)

Podriamos dispensarnos de pruebas respecto á este punto, porque la traduccion oficial de Ptolomeo supone necesariamente que el libro era entonces, no digo conocido, sino célebre. En efecto *no se puede desear lo que no se conoce*. ¿Qué Príncipe ha podido jamás ordenar la traduccion de un libro, y de un libro semejante sin ser á ello determinado por un deseo universal, fundado á la vez sobre un gran interés escitado por el libro?

XII. — (Página 271. Tácito, por una ceguedad singular, ha elevado esta doctrina hasta las nubes, etc.)

«*Judaei mente sola unumque numen intelligunt, summum illud et aeternum, neque mutabile, neque interitum.*» Este es el mismo hombre que nos dirá del mismo culto y en el mismo capítulo: *mos absurdus sordidusque* (Ann. V, 3). Hacer justicia á lo que se aborrece, es un exceso de abnegacion casi siempre superior aun á los más grandes entendimientos.

Será muy oportuno leer en Pluton el detalle de ciertas circunstancias, en extremo interesantes, tocadas rápidamente en un diálogo en que la memoria hace todo el gasto. Philon, al hablar á un Príncipe como Caligula, y citándole los actos y opiniones de la familia imperial, seguramente que no intentaría mentir ni aun exagerar.

«Agripa, dice, vuestro abuelo materno, así que hubo llegado á Jerusalem, bajo el reinado de Herodes, quedó encantado de la religion de

» los judíos, y no podía callarse.... El emperador Augusto ordenó que de sus propias rentas, y segun las formas legítimas, se ofreciese cada día » AL DIOS DEL ALTISIMO, sobre el altar de Jerusalem, un toro y dos corderos » en holocausto, aunque sabia muy bien que el templo no encerraba ningún simulacro, ni público ni oculto; pero este gran Príncipe á quien » nadie escudía en espíritu filosófico, comprendia la necesidad que habia en » el mundo de un altar dedicado al Dios invisible, y que todos los hombres pudiesen dirigir sus votos á este Dios, para obtener la comunicacion de una feliz esperanza y el goce de los bienes perfectos....

«Julia, vuestra visabuena, hizo magníficos presentes al templo en vasos » y copas de oro, y aunque el entendimiento de la mujer difícilmente se » desprende de las imágenes, ni puede concebir las cosas absolutamente » estrañas á los sentidos, sin embargo, Julia, tan superior á su sexo por » la instruccion como por otras dotes de la naturaleza, llegó al punto de contemplar las cosas ininteligibles con preferencia á las sensibiles, y á saber que estas no son más que sombras de las primeras.» N. B. Por el nombre de *Julia* se ha de entender *Livia*, mujer de Augusto, que por adopcion habia pasado á la familia de los judíos, y que en efecto era visabuena de Calígula.

En otra parte y en el mismo discurso al terrible Calígula, Philon dice espresamente: «Que el emperador Augusto, no solamente admiraba, sino » que ADORABA esa costumbre de no emplear ninguna imagen para representar materialmente una naturaleza invisible.»

Ἐβάμαζε καὶ προσέκειναι τὸ εἶδον (Philonis leg. ad Caium inter Opp. colon. Allobrog., 1613, in fol., pág. 799 et 803).

## NOTAS DE LA VELADA DÉCIMA.

I. — (Página 279. En que se quejan de que el crimen se atreva á hacer servir para sus excesos un signo santo y misterioso).

Es imposible saber cuáles son los textos que el intelocutor tenia á la vista, y ni aun si recuerda algunos bien distintamente. Yo no puedo citar sobre este punto más que dos pasages; el uno de Clemente de Alejandria y el otro de S. Juan Crisostomo. El primero dice: (Pedag., lib. III, cap. XI.) «Que nada hay más criminal que hacer servir al vicio un signo místico por » su naturaleza.» El segundo es menos lacónico, dice: «Ha sido criado » para que arda en nosotros el fuego de la caridad, con el fin de que todos » nos amemos como hermanos, á la manera que padres é hijos se aman entre sí.... De este modo las almas se adelantan las unas hácia las otras » para unirse.... Mas no puedo añadir otra cosa sobre este asunto.... Vosotros me entendeis, vosotros que estais admitidos á los misterios.... y » vosotros que os atreveis á pronunciar palabras denigrantes y obscenas, » considerad la boca que profanais, y temblad.... Cuando el apóstol decía » á los fieles: *Saludaos por el santo beso*.... era para unir y confundir sus » almas.» *Per oscula inter se copulavit* (D. Joan. Chryssost. in II, ad cor. epist. comun. hom. XXX., inter opp. curá Bern. de Montfaucon. Paris, MDCCXXXII, tom. X pág. 650-651.)

Puede citarse también á Plinio el naturalista: «Hay, dice, no sé qué re-



«ligion unida á ciertas partes del cuerpo. El reverso de la mano por ejemplo, se presenta al ósculo.... Pero si aplicamos el ósculo á los ojos, nos parece penetrar hasta el alma y tocarla.»

*Inest et aís partibus quedam religio: sicut dextra oculis avera appetitur... hos (oculos) cum osculamur, animum ipsum videmur antigerere.* (C. Plin. Sec. Hist. nat. curis Harduini. París, MDCLXXV; in-4°, tom. II. §§ 54, 103, pages 547, 595.) (Nota del Editor.)

II. — (Página 179. Que Dios es el lugar de los espíritus, como el espacio es el lugar de los cuerpos.)

*Investigaciones de la verdad en 1.º*

Además, el sistema de la *vision en Dios* es claramente expresado por Santo Tomás, que cuatro siglos mas tarde hubiera sido Mallebranche ó Bossuet, y tal vez el uno y el otro. «*Videntes Deum omnia simul vident in ipso.*» Los que «ven á Dios, ven al mismo tiempo todo en él» (D. Thom. adversus gentes. Lib. III, cap. LIX.) Puesto que ven en el seno de él, que *todo lo lleva, que todo lo contiene y que todo lo oye.* (Eccl. I. 7.) S. Agustin se aproxima tambien infinitamente cuando llama á Dios con tanta elegancia y no menos justicia, *SINUM COGITATIONIS MEÆ; centro generador de mis pensamientos.* (Confes. lib. XIII. 11.) El Padre Berthiér, siguiendo las mismas ideas ha dicho. Todas «las criaturas, obra de vuestras manos, aunque muy diferentes de vos, puesto que ellas son finitas, están siempre en vos, y vosotras estais siempre en ellas. El cielo y la tierra no os contienen, puesto que vos sois infinito; pero vos las conteneis en vuestra inmensidad. Vos sois el lugar de todo cuanto existe, y no estais mas que en vos mismo.» (Reflex. spirit., tom. III, pág. 28.) Este sistema es evidentemente cierto de cualquiera manera que se le considere; en cuanto á las conclusiones que de él pudieran sacarse no es este lugar para ocuparnos.)

III. — (Página 282. La degradacion del hombre puede por la tanto ser colocada en el número de las pruebas de la unidad humana... ha venido tambien la salvacion por uno solo.)

«Todos los hombres pues, deben creer juntos para no hacer mas que un solo cuerpo con Cristo, que es la cabeza. Porque todos nosotros no somos mas que los miembros del cuerpo único que se forma y se edifica por la caridad, recibiendo los miembros de la cabeza, el espíritu, la vida y el acrecentamiento por medio de las coyunturas y comunicaciones que los unen, y segun la medida que es propia á cada uno de ellos.» (Eph. IV, 15, 16.)

«Y en esta grande unidad es de tal modo el fin de toda accion divina respecto á nosotros, que el que la cumpla toda en todos, no se encontrará el mismo cumplido, sino despues que aquella esté cumplida.» (Ibid. I, 23.)

Y entonces, es decir, al fin de las cosas, Dios será todo en todos. (I, Cor., XV, 28.)

Este es el modo como S. Pablo comentaba á su maestro, y Origenes, comentando tambien á S. Pablo, se pregunta: «¿Qué significan las palabras *Dios será todo en todos?* y responde: «Creo significan que Dios será tambien *todo en cada uno*, es decir que cada sustancia inteligente, estando perfectamente purificada, *todos sus pensamientos serán Dios*; no podrá ver ni comprender mas que á Dios; poseerá á Dios, y Dios será el principio y medida de todos los movimientos de esta inteligencia: de este modo estará Dios *todo en todos*, porque la distincion del mal y del bien desaparece-

rá, puesto que Dios en quien el mal no puede residir, estará *todo en todos*, y así al fin de las cosas nos volverá al punto de donde hemos partido.... cuando la muerte y el mal hayan sido destruidos, entonces Dios estará verdaderamente *TODO EN TODOS* (Origenes libro de los principios, lib. III, cap. VI.)

IV. — (Página 283. Ese pan y ese vino místicos que se nos presentan en la santa mesa, rompen el yo y nos absorven en su inconcebible necesidad.)

Podrian citarse muchos pasajes en este sentido, pero bastará uno solo de S. Agustin: «hermanos míos, dice en uno de sus sermones, sois el cuerpo y los miembros á quien recibis. Cuando se pronuncia: *ved el cuerpo de Jesucristo*, y respondeis. *Amen*: respondeis tambien á lo que sois (*Ad id quod estis respondetis*), y esta respuesta es una confesion de fé... Escuchemos al Apóstol que nos dice, *siendo muchos, no somos sin embargo mas que un solo pan, un solo cuerpo.* (I, Car., X, 17.) Considerad que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos. El escorcismo que precede al bautismo os *pulveriza* bajo la muela: el agua del bautismo os hace fermentar, y al recibir el fuego del Espíritu Santo, sois cocidos, por decirlo así, por este fuego... Lo mismo sucede con el vino. Recordad, hermanos míos, de qué modo se hace. Muchos granos tiene la uva; pero el licor que se esprime de estos granos es una confusion en la unidad; así el Señor Jesucristo ha consagrado en su mesa el misterio de paz y de nuestra unidad.» (S. Agustin, Sermon. inter opp. ult. edit. Beu. París, 1683; 14 vol. fol., tom. V. part. 1, 1103, col. p. 2, lit. D, E, F.)

V. — (Página 285. Vivimos en efecto en medio de un sistema de cosas invisibles manifestadas visiblemente.)

ΕΙΣΤΟΜΗΟΥΚ ΦΑΙΝΟΜΕΝΕΤΑ ΒΛΕΠΟΜΕΝΑ ΓΕΓΟΜΕΝΑ.

(Heb. XI, 5) La Vulgata ha traducido: *ut ex invisibilibus visibilia ferent.* — Erosmo en su traduccion dedicada á Leon X: *ut ex his quæ non apparebant ea quæ videntur ferent.* — Le Gros: *todo lo que es visible es formado de una manera tenebrosa.* — La version de Mous: *todo lo que es visible ha sido formado, no habiendo anteriormente nada que fuese visible.* La traduccion protestante de Osterwald: *de modo que las cosas que se ven, no han sido hechas de cosas visibles.* — La de David Martín, in fol. Gintera, 1707 (Biblia Sinodal), *de modo que las cosas que se ven, no han sido hechas de cosas manifestadas.* — La traduccion inglesa, recibida por la iglesia anglicana: *So that things which are seen were not made of things which do appear.* — La traduccion eslavona, cuyo autor se ignora, pero que es muy antigua puesto que se la atribuye, aunque falsamente, á S. Gerónimo: *Vo ege ot negavliamich vidimym byti* (lo cual es absolutamente lo mismo que la de la Vulgata). La traduccion alemana de Lutero. *Dass alles was man siehet aus nichto worden ist.* S. Juan Crisóstomo ha entendido este testo como la Vulgata, cuyo sentido tan solamente está un poco desarrollado en el diálogo. *Εκ μὲν φαινόμενων ταβλεπόμενα γέγονε.* (Chrys. Hom. XXII, in epist. ad Hebr. cap. xi.)

VI. — (Página 283. El fisico que ha hecho la experiencia de Hales.)  
Creo deber observar como de paso, considerando el asunto muy poco conocido, que esa famosa experiencia de Hales sobre las plantas, que no

quitan el menor peso á la tierra que las nutre, se encuentra palabra por palabra en el libro llamado *Actas Petri, un Recognitiones*. El célebre Whiston que tenia á este libro en gran concepto, y que lo ha traducido del griego, ha insertado el pasaje entero en su libro titulado: *Astronomical principles of religion*. London, 1725; in 8., pág. 187, sobre el libro de *Recognitiones*, atribuido á S. Clemente, discípulo de S. Pedro, escrito en el siglo segundo, é interpolado en el tercero, véase *Joh Milli Prolegomena in N. T. græcum*; in fol., pág. 1, núm. 277, y la obra de Rufino, *De adulteratione bibl. Origenis*, inter opp. Orig. Bale, Episcopiunt, 1771, tomo I pág. 777; 2 vol. in fol.

VII. — (Página 286. Porque las leyes del mundo son las leyes de Keplero.)

Es mas que probable que Keplero no hubiera jamás pensado en la famosa regla que lo immortalizó, si no hubiese salido como de sí misma de su sistema armónico de los cielos; fundado... sobre no sé qué perfecciones pitagóricas de números, figuras y consonantes; sistema misterioso, del que se ocupó desde su juventud hasta el fin de sus días, en el cual empleó todos sus trabajos, y que nos ha valido la mas grande parte de sus observaciones y de sus escritos. (*Mairau, Dissert. sobre el gelo.*—Paris; 1749; in 12, pref. pág. 11.)

VIII. — (Página 287. Se creía que aun despues de los descubrimientos de Galileo, que los vidrios, etc.)

«La reunion de los rayos del sol aumenta el calor, como lo prueban los lentes que son mas delgados en el medio que hácia los bordes, á diferencia de los vidrios de anteojos, como yo creo. Para servirse de ellos, se coloca desde luego el vidrio entre el sol y el cuerpo que se quiere inflamar, y en seguida se levanta hácia el sol, lo cual vuelve mas agudo el ángulo del cono...» (*Ibid. Inquisitio legitima de calore et frigore*, tom. II, pág. 181.) En otra parte nos dice: «Que si se coloca un espejo horizontal á distancia, por ejemplo, de un palmo, no quema tanto como si despues de haberlo colocado á una distancia menos de la mitad de la primera, se le vá retirando lenta y gradualmente. El cono, sin embargo, y la convergencia son las mismas, pero es el movimiento el que aumenta el calor.» (*Ibid.*, tom. VIII, Nov. org. lib. II, núm. 28, pág. 101.) No puede irse mas lejos. Es el punto culminante de la ignorancia.

IX. — (Página 287. Jamás se descubrirá nada del profundo misterio de la naturaleza, sino siguiendo las ideas de Gilbert.)

No solamente he leído, si no que ni he podido adquirir el libro de Guillermo Gilbert, del que Bacon habla tantas veces. (*Comentarie de magnate.*) Puedo sin embargo suplirlo de una manera que creo suficiente para mi objeto, citando el siguiente pasaje de la fisica de Gassendi, compendiada por Bernier, in 12, tom. I, cap. xvi, pág. 170-171: «Estoy persuadido que la tierra no es otra cosa que un grande imán, y que el imán... no es otra cosa que una pequeña partícula que proviene de la verdadera y legítima sustancia de la tierra. Si despues de haber observado que un renuevo que se ha plantado hecha raíces y germina, que arroja tallos, etc... no habrá ninguna dificultad en asegurar que este renuevo ha sido cortado del olivo (por ejemplo) ó de la verdadera sustancia del olivo: igualmente, despues de haber colocado un imán en equilibrio, y habiendo ob-

«servado, que no solamente tiene polos, un eje, un ecuador, paralelas, meridianos, y todas las demás propiedades que el cuerpo de la tierra; sino tambien que guarda una perfecta conformidad con la misma tierra, volviendo sus polos hácia los polos de la tierra, y sus densas partes hácia las otras partes semejantes á la tierra, porque no podrá asegurarse que el imán ha sido arrancado de la tierra, ó de la verdadera sustancia de la tierra?»

X. — (Página 288. Leed si quereis á los médicos irreligiosos, como sabios, ó como escritores, si lo merecen por su estilo, pero no los aproximéis nunca á vuestro lecho.)

Entre mis papeles encontré la siguiente observacion que viene perfectamente en apoyo de esta tesis. La extracté hace algun tiempo de un anónimo sobre el doctor Cheyne, médico inglés, inserta en el 20 vol. del *Magasin Européen* en el año 1791, noviembre, pág. 356.

«Es necesario decir para mayor gloria de los profesores en medicina, que los mas grandes inventores en esta ciencia y los mas famosos prácticos, no fueron menos célebres por su piedad que por la estension de sus conocimientos; y en verdad que nadie debe admirarse de que hombres llamados por su profesion á descubrir los mas ocultos secretos de la naturaleza, sean los mas penetrados de la sabiduria y bondad de su autor... Esta ciencia tal vez ha producido en Inglaterra una constelacion mas grande de de hombres famosos por el genio, el espíritu y la ciencia, que ningun otro ramo de nuestros conocimientos.»

Citemos tambien al ilustre Morgagni; el cual repetia muchas veces: «que sus conocimientos en medicina y en anatomia habian puesto su fé al abrigo de la tentacion.» Un dia escribia: «Oh! si pudiese amar á ese gran Dios como le conozco!» (Véase Elogio del dotore Giambattista Morgagni, efemeridi di Roma, 13 giugno 1772, núm. 21.)

XI. — (Página 288. Manejaban con maravillosa destreza los instrumentos que se ponian en sus manos).

La palabra siglo no debe tomarse aqui al pie de la letra, porque la era moderna de la invencion en las ciencias matemáticas, abraza desde el triunvirato de Cavalieri, del P. Gregorio de S. Vicente y de Viette, á fines del siglo XVI, hasta Jacobo y Juan Bernouilli, á principios del siglo XIII; y es muy cierto que esta época fue la de la fé y de las facciones religiosas. Un hombre del último siglo que parecia no tener igual, por la variedad y estension de conocimientos y talentos libres de toda mezcla perjudicial, el P. Boscovich, creia en 1755, que nadie podia oponerse entonces á los gigantes de la época que acababa de pasar, sino que todas las ciencias estaban á punto de retrogradar, y lo probaba por medio de una graciosa curba. (Véase *Ros. Jos. Boscovich S. J. Vaticinium quoddam geometricum*, in *Supplem. ad Bened. Stay, philos. recent. versibus traditam. Romæ, Palearini, 1755*; in 8., t. I, pág. 408.) No es de mi incumbencia fallar sobre las *Recreaciones matemáticas*, pero creo que en general, y teniendo en cuenta algunas escepciones de la regla, la estrecha alianza del genio religioso y del genio inventor quedará siempre demostrada por todo buen entendimiento.

XII. — (Página 297. Estos átomos estaban hechos en formas de jaulas, cuyas varitas, etc.)

«El esceso de la longitud de las varitas sobre su latitud debe espresarse al menos por el núm. 10 elevado á la potencia 27. En cuanto á la latitud es constantemente siempre la misma sin escepcion, y una pulgada mas pequeña de una cantidad que es 10 elevada á la 13. potencia.» Aquí ni hay mas, ni menos, ni próximamente; la cuenta es redonda.

XIII. — (Página 297. Si los hombres hubieran recordado que toda la antigüedad se ha convenido en reconocer en los pájaros algo divino).

Aristófanes, en su comedia de las *Aves*, hace alusion á esta tradicion antigua.

Οὗτος δὲ (ἔρως) χρεῖται πτερύγεσσι μίγξειν ψυχῶν κατὰ τάρταρον εἶρος  
Ἐνεσπένετο γένος μίστερον, καὶ πρῶτον ἀνήγαγεν ἐς φῶς.

Πρῶτερον δ' οὐκ ἦν γένος ἀθανάτων...

Ille verò alatus mistus chao et caliginoso, in tartaro ingente,  
Eddidit nostrum genus, et primum eduxit in lucem:

Neque enim deorum genus ante erat.....

(Aristoph., *Aves.*, v, 699, 702.)

XIV. — Página 298. En lugar de leer á Lucrecio que recibió de manos de un padre asesino).

*Ibid.* Página 28. Llama á Lucrecio su maestro en física. No duda haber encontrado la solución del mas grande problema que los físicos hayan propuesto jamás, y que la mayor parte de ellos habian considerado, ó como absolutamente insoluble en sí, ó como inaccesible al entendimiento humano, página 244. Sin embargo, tiene gran cuidado de enorgullecerse: *el no es superior á los demas hombres, sino por la felicidad de haber sido llevado á la buena fuente, y haber bebido en ella.* (Pág. 150). Y para honrar á su maestro, dice, anunciando la muerte de uno de sus amigos: *Que el pobre hombre se marchó QUO NON NATA JACENT* (Pág. 290). Nadie al menos puede disputarle el mérito de la claridad.

XV. — Página 298. Leed por ejemplo las vidas y espedientes de canonicacion de San Francisco Javier, de San Felipe de Neri, de Santa Teresa, etc., etc).

He creído deber buscar y colocar aquí la narracion en que Santa Teresa describe este extraordinario estado.

«En el éxtasis, dice, casi no puede resistirse jamas.... Sucede muchas veces, sin que nosotros pensemos en ello.... con una impetuosidad tan pronta y tan fuerte, que vemos y sentimos á la vez elevarse la nube, en la cual, esa divina águila nos oculta bajo la sombra de sus alas... Permanezco algunas veces un poco mas, y luego me encuentro tan rendida y tan fatigada, que me parece tener todo el cuerpo quebrado.... Es un combate que se empeña contra un poderoso gigante.... En otro tiempo me era imposible resistir á uncombate tan violento. Sentia elevarseme el alma y la cabeza, y en seguida todo el cuerpo, de modo que ya no tocaba la tierra. Una cosa tan extraordinaria me sucedió un día que estaba de rodillas en el coro, en medio de todas las religiosas, dispuestas á comulgar, usé del derecho que me daba mi cualidad de superiora para prohibirles hablar otra vez, etc.»

(*Obras y vida de Santa Teresa, escrita por ella misma y por orden de sus superiores.* Traducción de Arnaud de Andilly, París, 1680, en fol. cap.

XX, p. 104.) Véase tambien *Las vidas de los santos*, traducidas del inglés de Butler, 12 vol. in 8.º) — *Vida de Santo Tomás*, tom. II, pág. 572. — *de San Felipe de Neri*, tom. IV, nota D, pág. 541, y sig. — *Vida de San Francisco Javier* por el P. Bouhuors, in 12, tom. II, pág. 572. — *Prediche di Francesco Massotti. della compagnia di Gesiù Venezia, 1769, pág. 330 etc., etc.*

## NOTAS DE LA VELADA UNDECIMA.

I. — (Página 309. Que la nacion francesa debia ser principal instrumento de la mas grande de las revoluciones.)

Creo se leerá con interés el pasaje siguiente, sacado de un libro alemán titulado: *Die Siegesgeschichte der christlichen Religion in einer gemeinnützigen Erklärung der Offenbarung Johannis.* Nüremberg. 1799, in 8.º El autor anónimo es muy conocido en Alemania; pero nada absolutamente en Francia, al menos que yo sepa. Su obra merece ser leida por todos aquellos que tengan la suficiente paciencia al traves de las olas de un fanatismo que infunde pavor, *erat quod tollere velles.* Ved pues el pasaje que guarda una perfecta analogia con aquel de que acaba de hablar el interlocutor.

«El segundo angel que grita: *Babilonia ha caído, Jacob Bohme.* Nadie ha profetizado mas claramente que él, sobre lo que llama la *era de los lirios* (LITIZIET.)» Todos los capitulos de un libro gritan: «*Babilonia ha caído!*» «*su prostitucion ha caído, el tiempo de los lirios ha llegado.*» (Ibid., cap. XIV. V. VIII, pág. 421.)

«El rey Luis XVI se habia perfeccionado en su larga cautividad. Cuando subió al cadalso, levantó los ojos al cielo y dijo como su Redentor: *Señor, perdona á mi pueblo.* Decidme, querido lector, si un hombre puede hablar así sin estar penetrado (*durchgedrungen*) del espíritu de Jesucristo! «Despues de él, millones de inocentes han sido segados y recogidos en la granja por la espantosa revolucion. La siega comenzó por el campo Francés, y de allí se estendió á todo el campo del Señor de la cristiandad. «Orad pues, sacerdotes, orad y velad (Página 429). Esa nacion (la francesa) era en Europa la primera en todo; no es pues extraño que haya sido tambien la primera que haya sazonado eu todos sentidos. Los dos ángeles se gaderos, comienzan por ella, y cuando la siega esté dispuesta en toda la cristiandad, entonces el Señor aparecerá y pondrá fin á toda siega y á toda bendicion sobre la tierra.» (Ibid., página 431.) No sé esplicarme el motivo por qué los doctores protestantes tienen en general tanta aficion por el fin del mundo. Beugel, que escribia hace poco mas de sesenta años, contando por los mas doctos calculos los años de la *bestia* desde el año 1830, encontró que debia ser anonadado precisamente por el año 1796. (Ibid., pág. 433.)

El anónimo que cito, nos dice de una manera bien perentoria «No se trata de edificar palacios, ni de comprar tierras para su prosperidad; *ya no nos queda tiempo para esto.*» (Ibid., pág. 433).

Siempre que desde el nacimiento de su secta se ha hecho un poco ruido en el mundo, han creído que era llegado su fin. Ya en el siglo XVI un jurisconsulto alemán reformado, dedicando un libro de jurisprudencia al

elector de Baviera, se excusaba con gravedad en el prefacio, por haber emprendido una obra profana en un tiempo en que visiblemente se tocaba el fin del mundo. Este trozo merece ser citado en lengua original, por que una traduccion le quitará su originalidad. *In hoc imminente rerum humanarum occasu, circumactaque jam ferme præcipitantis ævi periodo, frusta tantum laboris impenditur in his politicis studiis paulo post desituris.... Quum vel universa mundi machina suis jam fessa fractaque laboribus, et effecta senio hæc hominum flagitiis velut morbis confecta lethalibus ad eandem ἀπολύτρωσιν, si unquam alias, certe nunc imprimis quadam ἀπεκράδονια feratur et anhelat. Accedit miserissima, quæ præ oculis est Reip. fortuna, et inenarrabiles & δεινές Ecclesiæ hoc in extremo seculorum agone durissimis angoribus et sævissimis doloribus lacerata.*

(Matth. Wesembecii præf. in Paratitlas).

II. — (Página 209. En su Polion que despues fué traducido.)

Nada hay mas curioso que lo que el célebre Heyne ha escrito sobre el Polion. Cita una infinidad de autores antiguos y modernos que han visto alguna cosa de extraordinario en esta pieza, lo que sin embargo no le impide decir: *no veo nada de mas vano ni de mas nulo que esta opinion* (1). Pero qué opinion cuando se trata de un hecho? Si alguno ha creído que Virgilio era inmediatamente inspirado, ha estado en una opinion de aquellas que uno puede burlarse si quiere; pero no es eso de lo que se trata: se querrá negar que al nacimiento del Salvador el universo no estuvo á la expectativa de un grande acontecimiento? No, no es posible, y el doctor comentador conviene consigo mismo que jamás el furor de los profetas fué mas grande que en esta época (2), y que en medio de estas profecias habia una que prometia una inmensa felicidad; y añade que Virgilio sacó buen partido de sus oráculos (3). En vano Heyne, para cambiar el estado de la cuestion nos repite las complacientes reflexiones sobre el desprecio de los romanos hácia las supersticiones judáicas (4). Porque sin exigirle lo que entienda por supersticiones judáicas, aquellos que hayan leído atentamente estas Veladas, habrán podido convencerse de que el sistema religioso de los judíos, no carecia en Roma de conocedores, de aprobadores, ni de participantes declarados, aun de las clases mas elevadas. Heyne nos dice tambien, que Herodes era el amigo particular y el huésped de Polion, y que Nicolás de Damas, hombre muy hábil, que habia hecho las veces del mismo Herodes, y que era un favorito de Augusto, pudo hacer conocer al Príncipe las opiniones judáicas. No debemos pues, creer á los romanos tan estraños á la historia de la creencia de los hebreos. Se creia en la época marcada que iba á estallar un grande acontecimiento? que vendria del Oriente, que hombres salidos de la Judea sujetarian el mundo? Se hablabá en todas partes de una augusta mujer, de un niño milagroso, dispuesto á descender del cielo, para volver la edad de oro á la tierra, etc.? Si, y nó,

(1) *Nihil tamen ista opinione esse potest levius et certis rerum argumentis magis destitutum* (Heyne, sobre la IV égloga en su edicion de Virgilio. Londres, 1794, in-8<sup>o</sup>, tom. 1, página 72.)

(2) *Nulla tamen tempore vaticiniorum insanius fuit studium.* (Heyne, ibid., pág. 73.)

(3) *Unum fuit aliquod (Sybillinum oraculum) quod magnam aliquam futuram felicitatem promitteret.* (Ibid., pág. 74.) *Hoc itaque oraculo et vaticinio seu commento commodo usus es Virgilius* (Ibid., pág. 74.)

(4) *Ibid.*, pág. 73.

hay medio de contradecir estos hechos: Tácito y Suetonio los atestiguan. «Toda la tierra creia tocar el momento de una feliz revolucion; la prediccion de un conquistador que debia avasallar al universo y á su poder, embellecida por la imaginacion de los poetas, enardecia los espíritus hasta el entusiasmo; advertidos por los oráculos del paganismo, todos los ojos estaban vueltos hácia el Oriente, de donde se esperaba á ese gran libertador. Jerusalem se despertaba al ruido de tan lisonjeros clamores, etc.» (1).

En vano es que la irreligion obstinada pregunte á todas las genealogías romanas, pidiéndoles la gracia de nombrar al niño celebrado en Polion, aun cuando este niño se encontrase, únicamente resultaria, que Virgilio, para hacer la corte á algun gran personaje de su tiempo, aplicó á un recién nacido las profecias de Oriente; pero este niño no existe, y por mas esfuerzos que han hecho los comentadores, jamás han podido nombrar á cuál de los versos de Virgilio se adaptaba sin violencia. El doctor Louth sobre todo, (*de sacra poesi Hebræorum*) no deja nada que desear en punto tan interesante.

De qué se trata pues, y sobre qué se disputa? Heyne ha tenido sucesores que han encarecido mucho este punto. Compadezcamos á esos hombres furiosos contra la verdad, que sin fé, y sin conciencia cambian el estado de una cuestion absolutamente clara, por buscar dificultades donde no las hay, entreteniéndose en refutar doctamente lo que no decimos, para consolarse de no poder refutar lo que decimos.

III. — (Página 110. Jamás hubiera recurrido el hombre á estos oráculos, jamás hubiera podido imaginarlos si no hubiese partido de una idea primitiva).

Nada hay mas conocido que el tratado de Plutarcó *De la cesacion de oráculos*. Hay unos versos de Lucano que no parecen tan conocidos, y que sin embargo merecen serlo. Versan sobre cosas que es necesario abandonar á las reflexiones del lector, acostumbrado á hacer la separacion de las verdades.

Non ullo secula dono  
Nostra carent majore Deum, quàm Delphica sedes  
Quòd siluit, postquàm reges timuere futura  
Et Superos vetuere loqui. . . . Tandem conterrita virgo  
Confugit ad tripodas. . . . Mentemque priorem  
Expulit, atque hominem toto sibi cedere jussit  
Pectore. . . .

Luego añade sobre el espíritu profético en general:  
Nec tantum prodere vati  
Quantum scire licet: venit ætas omnis in unam  
Congeriem, miserumque premunt tot secula pectus,  
Tanta patet rerum series, atque omnè futurum  
Nititur in lucem. . . .

(Luc. Phars. V. 92, 180)

(1) Sermones del P. Eliseo.

IV. — (Página 311. Maquiavelo es el primero que conozco que ha sentado esta proposición).

El trozo de Maquiavelo sobre las profecías merece en efecto grande atención: «*D'onde et si nasce io non so, etc.*» es decir:

«No sabré dar la razón; pero es un hecho atestiguado por toda la historia antigua y moderna, que jamás ha sucedido una gran desgracia en alguna ciudad ó provincia, que no haya sido predicha por algunos adivinos, ó anunciada por medio de revelaciones, prodigios ú otros signos celestes. Sería de desear que la causa fuese discutida por hombres más instruidos que yo en las cosas naturales y sobrenaturales. Puede suceder, que estando nuestra atmósfera, como creen ciertos filósofos (1), habitada por una multitud de espíritus que prevén las cosas futuras por las leyes mismas de su naturaleza, esas inteligencias que tienen piedad de los hombres, les advirtiesen por medio de cierta clase de signos, con el fin de que pudiesen estar prevenidos. Sea lo que quiera, el hecho es cierto, y siempre después de estos anuncios se han visto suceder cosas nuevas y extraordinarias.» (Mach. Disc. sobre Tito-Livio, I, 56).

Entre mil pruebas de esta verdad, la historia de América presenta una muy notable: «si se cree á los primeros historiadores españoles, existía entre los americanos una opinión casi universal, de que cuando eran amenazados por alguna grande calamidad, esperaban que esta les viniese de una raza de terribles conquistadores, venidos del Oriente, para desolar su territorio, etc.» (Robertson, hist. de América, tom. III, en 12.º; lib. V, pág. 39).

En otra parte, el mismo historiador refiere el discurso de Motezuma á los grandes de su imperio: «les recuerda las tradiciones y las profecías que anunciaban desde mucho tiempo la llegada de un pueblo, de la misma raza que ellos, y tomaría posesion del poder supremo.» (Ibid., p. 123, sobre el año 1520).

Puede verse en la página 103, etc., la opinion de Motezuma sobre los españoles. La lectura del célebre Solís no deja ninguna duda sobre este particular.

Las tradiciones chinescas tienen absolutamente el mismo lenguaje. Se lee en Chonking estas notables palabras: «cuando una familia se aproxima al trono por sus virtudes, y otra está dispuesta á descender en castigo de sus crímenes, el hombre perfecto es advertido por signos precursores.» (Memorias sobre los chinos, en 4.º, tom. I, pág. 482).

Los misioneros han colocado al pié del texto la nota siguiente: «la opinion de que los prodigios y fenómenos anuncian grandes catástrofes, cambio de dinastías, y revoluciones en el gobierno, es general entre nuestros letrados. El Tien, dicen ellos, el Chonking y otros libros antiguos, no amenazan jamás con grandes desastres á una nación, sin invitarla á la penitencia por medio de signos sensibles.»

Hemos visto que el mas grande acontecimiento del mundo, era universalmente esperado. En nuestros días, la revolucion francesa ha presentado

(1) Este era un dogma pitagórico *ἔναι πάντα τον ἀέρα ψυχῶν ἐμπλήων* (Laert. in Pyth.) Hay en el aire, dice Plutarco, grandes y poderosas naturalezas (Plut. de Iside et Osiede, cap. XXIV, traduc. de Amyot.) S. Pablo antes que Plutarco habia consagrado esta antigua creencia (Ephes. II, 2.)

un ejemplo en extremo notable de ese espíritu profético, que anuncia constantemente las grandes catástrofes. Desde la carta dedicatoria de Nostradamus al rey de Francia (que pertenece al siglo XVI), hasta el famoso sermón del P. Beauregard; desde los versos de un anónimo dedicados al frontispicio de Santa Genoveva hasta la canción de M. Desdile, no creo que haya habido acontecimiento notable, que tan claramente, y por todas partes haya sido anunciado. Podría acumular una multitud de citas, pero las omito porque son bastante conocidas, y porque harían demasiado estensa una nota.

Ciceron, examinando la cuestion, de por qué somos advertidos en nuestros sueños de muchos acontecimientos futuros (jamás la antigüedad ha dudado de este hecho), aduce tres razones tomadas del filósofo griego Posidonio: 1.º el espíritu humano prevée muchas cosas sin ningun socorro exterior, en virtud de su afinidad con la naturaleza divina; 2.º el aire está lleno de espíritus inmortales que conocen las cosas y las hacen conocer; 3.º los dioses en fin, las revelan inmediatamente (1). Y haciendo abstraccion de la tercera esplicacion, que para nosotros se contiene en la segunda, se encuentra aquí la pura doctrina de Pitágoras y de S. Pablo.

V. — (Página 111. Y mas allá de la eternidad).

*In æternum et ultra.*

(Exode, XV, 18. Michée, IV, 5).

Au delà des temps et des âges,

Au delà de l'éternité.

(RACINE, *Esther*, dern. vers.)

Un hábil crítico francés apreeia en poco esta expresion: «no se concibe, dice, que haya alguna cosa mas allá de la eternidad. Esta expresion no estaria al abrigo de la crítica sino estuviere autorizada por la Santa Escritura: *Dominus regnabit in æternum et ultra.*» (Geoffroi, sobre el testo de Racine que acaba de leerse). Pero Bourdaloue es de otro parecer, y dice: «mas allá de la eternidad; expresion divina y misteriosa.» (Tercer sermón sobre la purificacion de la Virgen, 3.ª parte). Y Madama Guyon ha dicho tambien: *en los siglos de los siglos y MAS ALLÁ.* (Disc. Crist. XLVI, núm. 1).

VI. — (Página 113. Porque si hay en ellas alguna cosa de evidente para el espíritu humano despreocupado, es que los movimientos del universo no pueden esplicarse, etc.)

A estas ideas me tomaré la libertad de añadir aquí algunas otras, que indicaré como simples dudas; porque no es permitido manifestarse dogmático, sino cuando se tiene el derecho de no dudar; y este derecho no nos pertenece sino en las cosas que han sido objeto principal de nuestros estudios. No siendo pues matemático, espresaré con reserva y sin pretension las dudas que no siempre merecen despreciarse, pues no hay ciencia que no deba dar cuenta á la metafísica y responder á sus cuestiones.

La palabra *atraccion* es evidentemente falsa para espresar el sistema del mundo. Es necesario encontrar una que espresé la combinacion de ambas fuerzas. Si la atraccion existiese sola, toda la materia del universo no se-

(1) Cic., de div. I.

ría mas que una masa inerte é inmóvil. La fuerza tangental que se emplea para espresar los movimientos cósmicos, no es mas que una palabra puesta en lugar de una cosa. No siendo esta cuestion una de aquellas que es imposible penetrar, la reserva en este punto seria poco á propósito. Y no porque no se nos diga en una multitud de libros, que es *supérfluo* *entregarse á esta clase de investigaciones; que las primeras causas son inabordables; que basta á nuestra débil inteligencia preguntar á la experiencia, y conocer los hechos, etc.* Pero no debemos dejarnos seducir de esta pretendida modestia. Siempre que un sabio del último siglo toma el tono humilde, y que parece teme decidir, es seguro que vé una verdad que quisiera ocultar. No se trata aquí de ningún misterio que nos imponga silencio; al contrario, poseemos todos los conocimientos que exige la solucion del problema. Confesamos que *todo movimiento es un efecto*; y además, sabemos que el origen del movimiento no puede encontrarse sino en el espíritu; ó como dicen los antiguos, tantas veces citados en esta obra: *que el principio de todo movil no debe ser buscado mas que en el inmóvil*. Los que han dicho que *el movimiento es esencial á la materia*, han cometido un grande crimen; el de hablar contra su conciencia; porque no creo que haya hombre sensato que no esté persuadido de lo contrario; lo que les hace absolutamente inexcusables; y además se puede sospechar legítimamente que no saben lo que afirman. En efecto, el que afirma de una manera abstracta que el movimiento es esencial á la materia, no afirma absolutamente nada, porque no hay movimiento abstracto y real: todo movimiento es un movimiento particular que produce su efecto. No se trata pues de saber si *el movimiento es esencial á la materia*; sino si el movimiento, ó la serie, ó el conjunto de movimientos que deben producir, por ejemplo, un mineral, una planta, un animal, etc., son esenciales á la materia; si la idea de la materia supone necesariamente la de una esmeralda, de un ruisenor, de un rosal, etc. lo que es en extremo ridículo. No hay en la naturaleza movimiento ciego ó de turbulencia; todo movimiento tiene un objeto y un resultado de destruccion, ó de organizacion; de modo, que no puede sostenerse el movimiento esencial sin afirmar al mismo tiempo los resultados esenciales; y encontrándose de este modo el movimiento evidente y necesariamente unido á la intencion, se sigue, que suponiendo esencial á la materia, se admite la *intencion esencial y necesaria*; es decir, que se refiere al espíritu por el argumento mismo con que quisiera desembarazarse.

Quando el sistema newtoniano apareció en el universo, agradó al siglo: no tanto por su verdad, que todavía era cuestionable, cuanto por el apoyo que parecia prestar á las opiniones que iban á distinguir para siempre á ese siglo fatal. Cotes, en el famoso prefacio que pone á la cabeza del libro de los Principios, establece: que *la atraccion era esencial á la materia*, pero el autor del sistema fué el primero en desconocer á su ilustre discípulo. Declara públicamente que jamás habia oido sostener esta proposicion, y hasta añade, que *jamás habia visto el prefacio de Cotes* (1).

(1) Parece imposible, y sin embargo, nada es mas cierto; pues en sus cartas teológicas al doctor Bentley, dice espresamente, hablando del prefacio de Cotes: "que jamás lo habia leído, ni aun visto. (Newton non vidit.)", en honor de Cotes muerto en la flor de su edad, hizo Newton esta soberbia oracion funebre.--Si Cotes hubiera vivido, hubiéramos sabido alguna cosa.

En el mismo prefacio de su famoso libro, Newton declara solemnemente que *su sistema no pertenece á la fisica*, que *no quiere atribuir ninguna fuerza á los centros, en una palabra, que no quiere salir del circulo de las matemáticas* (por difícil que parezca comprender esta especie de abstraccion).

Los newtonianos no cesan de hablar de *física celeste*, poniéndose de este modo en oposicion directa con su maestro, que siempre ha escluido de su sistema toda idea de fisica, lo que desde luego me ha parecido muy notable.

Hay entre los newtonianos otra contradiccion que todavía resalta mucho mas, porque no cesan de decir que la atraccion no es un sistema, sino un hecho; y sin embargo, cuando vienen á la práctica, no es mas que un sistema el que defienden. Hablan de *dos fuerzas* como de una cosa real; y en verdad, si la atraccion no tuviese un sistema, no seria nada, pues todo se reduciria al hecho, ó á la observacion.

Últimamente (1819) la Academia Real de Paris ha preguntado: *si podrían acabarse por sola la teoria, dos tablas de la luna, tan perfectas como las que han sido construidas por la observacion*.

Hay una duda sobre este punto, y el simple buen sentido, extraño á los cálculos profundos, estaria espuesto á creer que la atraccion no es mas que *la observacion representada por fórmulas*: lo que sin embargo no afirmaré, porque no quiero salir de este tono de reserva, al cual he propuesto atenerme rigurosamente.

Hay sin embargo dos cosas ciertas, independientemente de todo cálculo: es cierto por ejemplo que los Newtonianos no deben ser escuchados cuando dicen: *Que no están obligados á nombrar la fuerza que agita los astros y que esta fuerza es un hecho*. Lo repito, guardémonos de la filosofia moderna, pues siempre que se inclina respetuosamente y dice: *no me atrevo á avanzar*, es señal cierta de que ve ante sí una verdad que teme. El movimiento de los astros no es mas misterioso que otro: todo movimiento nace de otro movimiento antecedente: el astro no puede ser movido mas que por una impulsión mecánica, si está en el rango de los movimientos secundarios; ó por una voluntad, si es considerado como movimiento primitivo. Los Newtonianos pues, están obligados á decirnos cuál es el motor material á quien han encargado conducir á los astros por el espacio; y en efecto, han llamado en su auxilio, á yo no sé qué *ether* ó fluido maravilloso, para sostener el honor del mecanismo: puede verse en esta materia el esceso de su razon humana, en las obras de Lesage de Ginebra. Semejantes sistemas ni aun siquiera son dignos de una refutacion. Sin embargo, son preciosos bajo cierto aspecto, por cuanto manifiestan la desesperacion de esa clase de filósofos, que apoyarian sus opiniones sobre cualquiera suposicion, por poco tolerable que fuese.

Vednos pues conducidos necesariamente á la causa inmaterial; y ya no se trata mas que de saber si debemos admitir una segunda causa, ó remontrarnos inmediatamente á la primera; pero en uno y otro caso ¿á qué quedan reducidas las fuerzas, su combinacion y todo el sistema mecánico? Los astros giran por que una inteligencia los hace girar. Si se representan por numeros todos los movimientos, se comprenderán perfectamente, pero nada es mas indiferente á la existencia del principio necesario.

Si yo giro al rededor de un plano, los observadores distantes son muy dueños de decir que *soy agitado* por dos fuerzas, etc., y sus cálculos serán incontestables. El hecho, sin embargo, es que *giro porque quiero girar*.

Es necesario también recordar aquí lo que Newton ha dicho (1) sobre la indispensable distinción de las posibilidades físicas, ó simplemente teóricas y metafísicas.

¿Pueden, dice, imaginarse diez mil agujas derechas sobre un espejo? Sin duda, por que no se trata mas que de teoría. Basta suponerlas todas perfectamente perpendiculares: para qué suponerlas inclinadas de un lado mas que de otro? Pero si entrásemos en el círculo físico, no puede imaginarse cosa mas imposible.

Lo mismo absolutamente sucede con el sistema del mundo. Esta inmensa máquina puede ser dirigida por fuerzas ciegas? Desde luego que sí, sobre el papel, con fórmulas algebraicas y figuras; pero en la realidad, de ningún modo. Sin una inteligencia operante ó cooperante, el órden no es posible. En una palabra, el sistema físico es físicamente imposible.

No nos queda pues que elegir, como he dicho, entre la inteligencia primera y la inteligencia creada.

Pero entre estas dos suposiciones no hay lugar á deliberar mucho tiempo; la razón y las tradiciones antiguas que tanto se han despreciado en nuestro siglo, nos hubieran decidido bien pronto.

Siguiendo estas ideas, se comprenderá como el sabeísmo fué la mas antigua de la idolatría;

Porque se atribuía una divinidad á cada planeta, que la presidia, y parecia amalgamarse con ella, dándole su nombre;

Porque el planeta, satélite de la tierra (cosa absolutamente ignorada por los hombres de los primitivos tiempos) porque ese planeta, digo, á diferencia de los demas, era presidido, segun ellos, por una divinidad que pertenecía á la tierra y á los infiernos (2).

Porque creían que habia tantos metales como planetas, cada uno de estos debía su nombre y su signo á uno de los metales (3);

Porque Job atestiguaba al Señor que jamás habia aproximado la mano á su boca al mirar á los otros (4);

Porque Origenes decia que *el sol, la luna y las estrellas ofrecen oraciones al Dios supremo por su hijo único*.... que estiman mas el ver que nosotros dirigimos nuestras oraciones á Dios que si se las dirigimos á ellas, *dividiendo así el poder de la oración humana* (5);

Porque Bossuet se quejaba de la ceguedad y barbarie de los hombres que no quieren jamás comprender los genios patronos de las naciones y motores de todas las partes del universo.

A esta imponente masa de tradiciones antiguas, hay que añadir la teoría de las astrología judiciaria, que ha deshonrado sin duda al entendimiento humano, lo mismo que la idolatría, pero que sin duda también, lo mismo que la idolatría, encierra verdades de primer órden, que hace mucho tiempo nos han sido sustraídas como inútiles ó perjudiciales, ó que no sabemos reconocerlas bajo nuevas formas.

(1) véanse también las cartas teológicas al doctor Bentley.

(2) Tergeminanque Hecatem, tria virginis ora diae. (Virg. AEn. IV.)

(3) Habia antiguamente siete planetas y siete metales, es singular que en nuestros dias el número de unos y otros, haya aumentado en la misma proporción, pues conocemos 28 planetas ó satélites y 28 metales. (Diario de Paris, del 4 de abril de 1810, págs. 672. 673 n. 4.)

Lo que no es menos singular, es que haya semi-planetas, lo mismo que hay semi-metales, pues las asteroidas son semi-planetas.

(4) Job, XXXI, 26, 27, 28.

(5) Exercitus caeli te adorat. (Esdras. IX, 6) -- Omnis milita caelorum. (Isaie. XXXIV, 4) -- Militum caeli. (Jérém., 21, 2.)

miento humano, lo mismo que la idolatría, pero que sin duda también, lo mismo que la idolatría, encierra verdades de primer órden, que hace mucho tiempo nos han sido sustraídas como inútiles ó perjudiciales, ó que no sabemos reconocerlas bajo nuevas formas.

Todo nos conduce á la incontestable verdad, de que el sistema del mundo es inexplicable é imposible por medios mecánicos. El saber de qué modo esta verdad puede conformarse con las teorías matemáticas, es lo que yo no decidiré, por temor de salir del círculo de los conocimientos que me pertenecen: pero siendo incontestable la verdad que he espuesto, y no pudiendo ninguna verdad estar en contradicción con otra, á los teóricos de profesion toca resolver esta dificultad: *Ipsi viderent*.

La primera vez que el espíritu religioso llegue á apoderarse de un gran matemático, sucederá una gran revolucion en las teorías matemáticas.

No sé si me equivoco, pero esa especie de despotismo, que es el carácter distintivo de los sabios modernos, no es propio mas que para retardar la ciencia. Descansa hoy absolutamente sobre profundos cálculos al alcance de un insignificante número de hombres, que se han concertado para imponer silencio á la multitud. Sus teorías han llegado á ser una especie de religion, y la mas pequeña duda es un sacrilegio.

El traductor inglés de todas las obras de Bacon, el doctor Schaw, ha dicho en una de sus notas, cuyo lugar no puedo señalar, pero de cuya autenticidad estoy seguro: *Que el sistema de Copérnico tiene todavía muchas dificultades*.

Ciertamente que se necesita grande intrepidez para enunciar semejante duda. La persona del traductor me es absolutamente desconocida, y hasta ignoro si existe: es imposible apreciar sus razones que no ha juzgado á propósito hacernos conocer; pero respecto al valor es un héroe.

Desgraciadamente ese valor no es comun, y no dudo que hay en muchas cabezas (alemanas sobre todo) pensamientos de esa especie, que no se atreven á espesar.

En cuanto á mí, me limito á pedir, partiendo de esta incontestable verdad: *Que todo movimiento supone un motor, y que la fuerza que mueve es de absoluta necesidad ó anterior á la que es movida* (1), se haga una revista filosófica del sistema astronómico.

La demanda me parece modesta, y no veo motivos para que nadie pueda incomodarse; y mucho menos si doy un ejemplo de las dudas suscitadas en mi espíritu por las teorías mecánicas, eligiéndolo en las nociones elementales sobre la figura de la tierra.

(1) Adoraverunt omnem militiam caeli. (Reg. lib. VI, XXVII, 16.) *ἡμῶν τῶν ἐκτικῶν δοκῶν* (Orig. adv. Cels. lib. V.)

Celso supone que no contamos para nada con el sol, la luna y las estrellas, mientras que confesamos: "que ellas esperan también la manifestación de los hijos de Dios, que ahora están sojuzgados por la vanidad de las cosas materiales. (Rom. VIII, 19 y sig.) Si entre las innumerables cosas que nos dicen de los astros, Celso hubiese entendido solamente: *Alabadle, ó rosotras, estrellas y luz! ó bien, alabadle, cielos de los cielos!* (Ps. CXLVII, 3) no nos acusaría de no contar para nada con tan grandes panageristas de Dios." (Orig., *ibid.* V.)

(2) *Μὴν ἀρχὴν τις οὐκ ἔσται κινήσεως ἀπ' αὐτῆς ἀλλὰ πᾶν ἢ τῆς αὐτῆς αὐτῆν κινήσεως μεταβολή;* es decir, puede el movimiento tener otro principio que esa fuerza que se mueve ella misma? Ese poder es inteligente, y esa inteligencia es Dios; luego es absolutamente necesario que sea anterior á la naturaleza física, que recibe de ella el movimiento, porque el *κινῶν* no sería antes el *κινούμενον*? (Plat. de Leg. X, 86, 87) Véase también á Aristóteles. (Physicorum, lib. III, I, 23.) *Quid calum moveatur ex aliqua intellectuali substantia.*

Se nos dice al comenzar las primeras instrucciones sobre este punto, que nuestro planeta es aplastado hácia los polos, y que por el contrario, se eleva en el ecuador; de modo que los dos ejes son desiguales en una proporción que se trata de designar.

Para cerciorarnos se nos dice, hay dos medios, la experiencia, ó las medidas geodésicas, y la teoría.

Esto descansa sobre una verdad física: que si una esfera gira sobre su eje, sobresaldrá hácia su ecuador en virtud de una fuerza centrífuga, y tomará la forma de un esferoide aplastado; y manifestándonos en el gabinete de física una esfera de cuero cocido, girando sobre su eje en medio de una manecilla, y tomando en efecto, en virtud de la rotación, la indicada figura, se nos dice: *Ved cuán claro es!*

Pero ved también cuántos argumentos se levantan al llegar á la edad de la razón contra esa demostración decisiva.

En primer lugar, la tierra no es de cuero cocido: el interior es *carta cerrada*; pero en cuanto al exterior, y hasta esa mediana profundidad que Dios nos ha permitido penetrar, vemos agua, tierra, inmensas montañas que se hunden hasta una profundidad desconocida, y que no podemos considerarlas como la osamenta de la tierra. Si esa masa supuesta inmóvil, recibiese de repente el movimiento diurno, la habitación del hombre y de los animales, sería destruida por las aguas que correrían bajo el ecuador: *De este modo la tierra no podría ser lo que es, sino cuando comenzase á girar*, etc.

En segundo lugar, los físicos á que me refiero, no admiten la *creación* propiamente dicha. Partiendo pues, de esta hipótesis, ¿cómo pueden decir: *que la tierra es saliente hácia el ecuador por un movimiento que jamás ha comenzado?* Esta suposición es imposible.

Supongamos en tercer lugar, y dejando á un lado la cuestión de la eternidad de la materia, que el mundo al menos haya comenzado á formarse; es necesario que estos mecánicos nos digan, en qué revelación han aprendido, que cuando la tierra comenzó á girar, era blanda y redonda: dos suposiciones que merecen la pena de examinarse. Si la tierra es redonda (supongámosla por un instante), debió ser elíptica antes de girar, y alargada sobre el eje, tanto como era necesario, para llegar á ser perfectamente redonda por el movimiento de rotación.

De este modo todo se reduce á medidas geodésicas, y la pretendida teoría no es nada.

Observemos finalmente, que muchas partes de la ciencia, particularmente la de que se trata en este momento, descansa sobre observaciones infinitamente delicadas, y toda observación delicada exige una conciencia delicada. La probidad mas rigurosa es la primera cualidad de todo observador.

FIN.

## TABLA DE MATERIAS.

PREFACIO DE LOS EDITORES. - Noticias biográficas de M. Maistre, VII. - Su estilo, IX.

VELADA PRIMERA, 15. - Una noche de estío en S. Petersburgo, 16. - Estatua ecuestre de Pedro I, 17. - Felicidad de los malvados é infelicidad de los justos, 20. - El rey Menú, 30. - El verdugo, 32. - Impunidad del crimen, 33. - Las enfermedades consideradas como castigo, 35. - Temperancia, 39.

VELADA SEGUNDA, 43. - Enfermedad original, 45. - Opinión de Platon, 50. - El hombre considerado moralmente, 51. - El Dios de los siete rayos, 53. - Pirámides de Egipto, 53. - Los indios, 57. - Origen de las lenguas, 59. - Paralelo de la lengua griega y francesa, 62. - Origen de las ideas, 71. - Doctrina de Santo Tomás, 75. - Definición del pensamiento, 77. - Ideas innatas, 78.

VELADA TERCERA, 83. - Ventajas aparentes del vicio sobre la virtud, 87. - Opinión de Leibnitz, 92. - Id. del P. Berthier, 92. - Resultados positivos del vicio y de la virtud, 96. - Exámen de la verdadera virtud, 99. - No hay hombre justo en la tierra, 102.

VELADA CUARTA, 104. - El castigo considerado como consecuencia inevitable del crimen, 105. - Semejanza del hombre con Dios, 105. - Juicio crítico de Voltaire, 108. - Su busto, 109. - Necesidad de la oración, 111. - Por qué á los inocentes alcanzan las penas impuestas á los culpables? 119. - El orgullo es el principio de nuestros crimines, 122. - Todo azote del cielo es un castigo, 121.

VELADA QUINTA, 128. - Argumento deducido de los animales en prueba de las ideas innatas, 129. - No existen causas físicas propiamente dichas, 132. - Juicio crítico de Bacon, 140. - La oración es una segunda causa, 143.

VELADA SESTA, 152. - Que es lo que constituye la verdadera oración, 153. - Definición del deseo, 154. - El fondo de la oración es la fé, 156. - La oración escrita, 158. - Exámen analítico del libro de Loke titulado Ensayo sobre el entendimiento humano, 163. - Su definición de la nada, 163. - Idem del poder, 166. - Id. de la unidad, 167. - Sus conocimientos en las ciencias naturales, 167. - Su definición de la libertad, 170. - Su opinión acerca de las ideas en general, 177. - Carácter de Loke, 184. - Inmerecida reputación de Loke, 186. - Causas que la favorecieron, 187. - Paralelo entre Loke y Pascal, 190. - Carácter francés, 194.

VELADA SETIMA, 196. - Facilidad de la guerra, 198. - Paralelo entre el militar y el verdugo, 199. - Virtudes y sentimientos del militar, 205. - Carácter distintivo de las guerras del siglo XVII, 207. - La guerra considerada como una ley del mundo, 209. - Resultados de la guerra en el orden moral, 212. - Influencia de la opinión en el éxito de las batallas, 216. - Acción de gracias al Todopoderoso despues de la batalla, 218. - Himno Ambrosiano, *ibid.* - Equivocada opinión acerca de los conocimientos y cultura del pueblo hebreo, 220. - David y sus salmos, 221. - La noche, 228. - El sueño es favorable á las comunicaciones divinas, 231.

VELADA OCTAVA, 234. - Diferencia entre la conversacion, diálogo y conferencia, 135. - Las desgracias y padecimientos son un bien y contribuyen á perfeccionar al hombre, 239. - Argumentos contra la existencia y atributos de Dios, fundados en los padecimientos de la virtud en este mundo, 243. - Su solución, 244. - Argumentos de los teístas: su solución, 250.



Se nos dice al comenzar las primeras instrucciones sobre este punto, que nuestro planeta es aplastado hácia los polos, y que por el contrario, se eleva en el ecuador; de modo que los dos ejes son desiguales en una proporción que se trata de designar.

Para cerciorarnos se nos dice, hay dos medios, la experiencia, ó las medidas geodésicas, y la teoría.

Esto descansa sobre una verdad física: que si una esfera gira sobre su eje, sobresaldrá hácia su ecuador en virtud de una fuerza centrífuga, y tomará la forma de un esferoide aplastado; y manifestándonos en el gabinete de física una esfera de cuero cocido, girando sobre su eje en medio de una manecilla, y tomando en efecto, en virtud de la rotación, la indicada figura, se nos dice: *Ved cuán claro es!*

Pero ved también cuántos argumentos se levantan al llegar á la edad de la razón contra esa demostración decisiva.

En primer lugar, la tierra no es de cuero cocido: el interior es *carta cerrada*; pero en cuanto al exterior, y hasta esa mediana profundidad que Dios nos ha permitido penetrar, vemos agua, tierra, inmensas montañas que se hunden hasta una profundidad desconocida, y que no podemos considerarlas como la osamenta de la tierra. Si esa masa supuesta inmóvil, recibiese de repente el movimiento diurno, la habitación del hombre y de los animales, sería destruida por las aguas que correrían bajo el ecuador: *De este modo la tierra no podría ser lo que es, sino cuando comenzase á girar*, etc.

En segundo lugar, los físicos á que me refiero, no admiten la *creación* propiamente dicha. Partiendo pues, de esta hipótesis, ¿cómo pueden decir: *que la tierra es saliente hácia el ecuador por un movimiento que jamás ha comenzado?* Esta suposición es imposible.

Supongamos en tercer lugar, y dejando á un lado la cuestión de la eternidad de la materia, que el mundo al menos haya comenzado á formarse; es necesario que estos mecánicos nos digan, en qué revelación han aprendido, que cuando la tierra comenzó á girar, era blanda y redonda: dos suposiciones que merecen la pena de examinarse. Si la tierra es redonda (supongámosla por un instante), debió ser elíptica antes de girar, y alargada sobre el eje, tanto como era necesario, para llegar á ser perfectamente redonda por el movimiento de rotación.

De este modo todo se reduce á medidas geodésicas, y la pretendida teoría no es nada.

Observemos finalmente, que muchas partes de la ciencia, particularmente la de que se trata en este momento, descansa sobre observaciones infinitamente delicadas, y toda observación delicada exige una conciencia delicada. La probidad mas rigurosa es la primera cualidad de todo observador.

FIN.

## TABLA DE MATERIAS.

PREFACIO DE LOS EDITORES. - Noticias biográficas de M. Maistre, VII. - Su estilo, IX.

VELADA PRIMERA, 15. - Una noche de estío en S. Petersburgo, 16. - Estatua ecuestre de Pedro I, 17. - Felicidad de los malvados é infelicidad de los justos, 20. - El rey Menú, 30. - El verdugo, 32. - Impunidad del crimen, 33. - Las enfermedades consideradas como castigo, 35. - Temperancia, 39.

VELADA SEGUNDA, 43. - Enfermedad original, 45. - Opinión de Platon, 50. - El hombre considerado moralmente, 51. - El Dios de los siete rayos, 53. - Pirámides de Egipto, 53. - Los indios, 57. - Origen de las lenguas, 59. - Paralelo de la lengua griega y francesa, 62. - Origen de las ideas, 71. - Doctrina de Santo Tomás, 75. - Definición del pensamiento, 77. - Ideas innatas, 78.

VELADA TERCERA, 83. - Ventajas aparentes del vicio sobre la virtud, 87. - Opinión de Leibnitz, 92. - Id. del P. Berthier, 92. - Resultados positivos del vicio y de la virtud, 96. - Exámen de la verdadera virtud, 99. - No hay hombre justo en la tierra, 102.

VELADA CUARTA, 104. - El castigo considerado como consecuencia inevitable del crimen, 105. - Semejanza del hombre con Dios, 105. - Juicio crítico de Voltaire, 108. - Su busto, 109. - Necesidad de la oración, 111. - Por qué á los inocentes alcanzan las penas impuestas á los culpables? 119. - El orgullo es el principio de nuestros crimines, 122. - Todo azote del cielo es un castigo, 121.

VELADA QUINTA, 128. - Argumento deducido de los animales en prueba de las ideas innatas, 129. - No existen causas físicas propiamente dichas, 132. - Juicio crítico de Bacon, 140. - La oración es una segunda causa, 143.

VELADA SESTA, 152. - Que es lo que constituye la verdadera oración, 153. - Definición del deseo, 154. - El fondo de la oración es la fé, 156. - La oración escrita, 158. - Exámen analítico del libro de Loke titulado Ensayo sobre el entendimiento humano, 163. - Su definición de la nada, 163. - Idem del poder, 166. - Id. de la unidad, 167. - Sus conocimientos en las ciencias naturales, 167. - Su definición de la libertad, 170. - Su opinión acerca de las ideas en general, 177. - Carácter de Loke, 184. - Inmerecida reputación de Loke, 186. - Causas que la favorecieron, 187. - Paralelo entre Loke y Pascal, 190. - Carácter francés, 194.

VELADA SEPTIMA, 196. - Facilidad de la guerra, 198. - Paralelo entre el militar y el verdugo, 199. - Virtudes y sentimientos del militar, 205. - Carácter distintivo de las guerras del siglo XVII, 207. - La guerra considerada como una ley del mundo, 209. - Resultados de la guerra en el orden moral, 212. - Influencia de la opinión en el éxito de las batallas, 216. - Acción de gracias al Todopoderoso despues de la batalla, 218. - Himno Ambrosiano, *ibid.* - Equivocada opinión acerca de los conocimientos y cultura del pueblo hebreo, 220. - David y sus salmos, 221. - La noche, 228. - El sueño es favorable á las comunicaciones divinas, 231.

VELADA OCTAVA, 234. - Diferencia entre la conversacion, diálogo y conferencia, 135. - Las desgracias y padecimientos son un bien y contribuyen á perfeccionar al hombre, 239. - Argumentos contra la existencia y atributos de Dios, fundados en los padecimientos de la virtud en este mundo, 243. - Su solución, 244. - Argumentos de los teístas: su solución, 250.

VELADA NOVENA, 134.-Reversibilidad de los padecimientos del inocente en provecho de los culpables, 155. Opinión de Séneca, 261.-Juicio crítico de su estilo y sus ideas, 264.-Introducción del cristianismo en el Japon, 265.-Predicación de San Pablo, 266.-Influencia del cristianismo en el sistema moral y religioso de Séneca, 268.-Deferencia de los emperadores romanos á los judíos y su religion, 270.-Caracter de los judíos, 271.

VELADA DECIMA, 274.-Trascendencia del crimen de los padres sobre los hijos, 275.-Ley mahometana, 277.-La soberanía, 278.-Dos épocas mas grandes del Espíritu; torre de Babel, Pentecostes, 276.-Tendencia de la especie humana hácia la union, 279.-Mallebranch, S. Pablo, Spinoza, 279.-Metastasio, Mad. Guyon, 280.-Edificar, palabra inventada por San Pablo, 181.-Unidad humana, 282.-La mesa introductora de la amistad, 283.-Es sagrada, 283.-S. Pablo, Bossuet, 283.-Metafísica, 286.-Keplero, Newton, Bacon, Ptolomeo, Copérnico, Gilbert, Séneca, 286 y 87.-El amigo médico, 288.-Leonardo Enlero, 288.-No hay causas materiales, 288.-El cetro de la ciencia corresponde á la Europa por ser cristiana, 289.-Bossuet, 290.-Mallebranche, 291.-Sentencia de Bacon, 292.-Kepler, 293.-El honor, 295.-La supersticion, 296.-Anécdota sobre la supersticion, 296.-Otra anecdota, 297.-Las indulgencias 302 y siguientes.-S. Francisco Javier, 304.

VELADA UNDECIMA, 306.-A quienes se dá el nombre de iluminados, 301.-Interpretacion de la sagrada Escritura, 307.-Apocalipsis, sus profecias 308.-Espíritu profético de los antiguos, 309.-Opinion de Maquiavelo, 311.-Tradiciones antiguas, 313.-Creyentes del Lama, 314.-Propension del género humano hácia la unidad, 315.-El prontestatismo, 316.-Sociedad biblica, 317.-Dogma fundamental de los iluminados, 318.-Su carácter y tendencias, 319.-Heroismo del sacerdocio francés, 322.

PROYECTO FINAL DE LAS VELADAS, 325.

ACLARACIONES SOBRE LOS SACRIFICIOS, Capítulo I, 329.-Creencia de la antigüedad, 330.-Idea de dos potencias ó almas distintas, 333.-Testos de la Escritura que parecen apoyar esta doctrina, 334.-Id. de S. Agustin, 335.-Usos y ceremonias de los Egipcios, 336.-Vitalidad de la sangre, Opinion de Hunter, 337.-Ceremonias que usaban los taurobolos en los sacrificios, 340.

CAPITULO II. DE LOS SACRIFICIOS HUMANOS, 342.-Supersticion de los sacrificios humanos, 342.-Creencia de los Druidas, 343.-Dialógo de Platon, 344.-Creencia de los Gaulas, 345.-Ceremonias del politeismo, 346.-Creencias y ceremonias que existian en América, 347.-Id. en la India, 349.-Opinion de Hipócrates sobre la mujer, 352.-Opinion de Heyne sobre los sacrificios humanos, 356.-Juicio de Voltaire sobre los sacrificios, 357.-Id. de Condillac, 359.

CAPITULO III. TEORIA CRISTIANA DE LOS SACRIFICIOS, 360.-Doctrina del Paganismo, 361.-Espresion de Séneca, 366.-Célebre dicho de Luis XVI prisionero en el Temple, 367.-Opinion de Origenes, 368.

NOTAS Y ACLARACIONES A ESTA OBRA, 375. — NOTAS DE LA VELADA PRIMERA, 375. — NOTAS DE LA VELADA SEGUNDA, 378. — NOTAS DE LA VELADA TERCERA, 390. — NOTAS DE LA VELADA CUARTA, 392. — NOTAS DE LA VELADA QUINTA, 394. — NOTAS DE LA VELADA SESTA, 398. — NOTAS DE LA VELADA SETIMA, 404. — NOTAS DE LA VELADA OCTAVA, 409. — NOTAS DE LA VELADA NOVENA, 410. — NOTAS DE LA VELADA DECIMA, 415. — NOTAS DE LA VELADA UNDECIMA, 421.

